



NAOMI

UN MUNDO HELADO

NOVIK

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La familia de Miryem se halla al borde de la pobreza, hasta que se hace cargo de la situación y no tarda en ganarse la reputación de ser capaz de convertir la plata en oro. Cuando el rey de los staryk, unas criaturas hechas de hielo que amenazan con llevarse el verano para siempre, se entera de tal hazaña le impone una tarea que parece imposible y que hará que Miryem descubra que tiene poderes. Tejerá una telaraña en la que quedarán atrapadas una joven campesina, Wanda, y la desdichada hija de un noble local que pretende casarla con el joven y apuesto zar Mirnatius. Miryem y sus dos inesperadas aliadas se embarcarán en una desesperada odisea que las llevará hasta los límites del sacrificio, el poder y el amor.

UN MUNDO HELADO

Naomi Novik

Traducción de Julio Hermoso Oliveras



Capítulo 1

La verdadera historia no es ni la mitad de bonita de lo que te han contado. Dice la verdadera historia que la hija del molinero, con sus largos cabellos de oro, quiere atrapar a un príncipe, a un señor o al hijo de un hombre rico, así que va a ver al prestamista, le pide dinero para comprarse un collar y un anillo y se acicala para el festival. Y la muchacha es bastante guapa, de modo que ese príncipe, señor o hijo del hombre rico se fija en ella, baila con ella, se revuelca con ella en un pajar después del baile, se marcha a su casa y se desposa con la mujer rica que su familia ha elegido para él. A continuación, la mancillada hija del molinero le cuenta a todo el mundo que el prestamista se ha confabulado con el diablo, y el pueblo lo echa de allí a patadas o quizá incluso lo apedrea, de forma que ella, al menos, se queda con sus joyas como dote, y el herrero se casa con ella antes de que aquel primogénito llegue un poco más pronto de lo que le correspondía.

Porque de eso trata la historia en verdad, de librarse de pagar las deudas. No es así como te lo cuentan, pero yo ya lo sabía. Sí, mi padre era prestamista.

No se le daba muy bien. Cuando alguien no le pagaba a tiempo, él jamás se lo mencionaba siquiera. Sólo cuando teníamos la despensa bien vacía, o cuando se nos caían a pedazos los zapatos y mi madre hablaba con él entre susurros después de que yo me hubiese ido a la cama, entonces salía él, infeliz, llamaba a algunas puertas y se las arreglaba para que pareciese que se estaba disculpando por pedir lo que le debían. Y cuando había dinero en casa y venía alguien a pedir un préstamo, odiaba decir que no, aunque no tuviéramos lo suficiente para nosotros mismos. De forma que todo su dinero, la mayor parte del cual era de mi madre —su dote—, fue a parar a las casas

de los demás. Y a todo el mundo le gustaba que las cosas fueran así por mucho que supieran que deberían avergonzarse de sí mismos, de manera que contaban aquella historia con mucha frecuencia, incluso o especialmente cuando yo podía oírla.

El padre de mi madre también fue prestamista, pero él era muy bueno. Vivía en Vysnia, a doce leguas por ese viejo y bacheado camino que culebreaba de pueblo en pueblo como un cordel lleno de nudos pequeños y sucios. Mamá solía llevarme de visita, cuando se podía permitir pagar unas monedas para que nos hicieran hueco en la parte de atrás de la carreta de un buhonero, o en un trineo, con cinco o seis cambios en el trayecto. En ocasiones veíamos el otro camino fugazmente, entre los árboles, aquella senda que pertenecía a los staryk, reluciente como la capa superior de un río en invierno, cuando soplaba el viento y se llevaba la nieve. «No mires, Miryem», me decía mi madre, pero yo no lo perdía nunca de vista con el rabillo del ojo, con la esperanza de mantenerlo cerca, porque eso suponía un viaje más rápido: quien fuera que llevase las riendas de la carreta azotaría a los caballos para azuzarlos hasta que aquel sendero volviese a desaparecer.

Una vez, oímos los cascotes a nuestra espalda, cuando los staryk salieron de su camino, un ruido como el crujido del hielo, y el hombre a las riendas apremió a los caballos para meter la carreta detrás de un árbol; todos nos acurrucamos en la parte de atrás del carro, entre los sacos, y mi madre me rodeó la cabeza con el brazo para mantenerla baja y que no sintiera la tentación de echar un vistazo. Pasaron de largo por delante de nosotros y no se detuvieron. Era la carreta de un pobre buhonero, llena de cacerolas de latón deslucido, y los caballeros staryk sólo iban en busca de oro. El tintineo de los cascotes se fue apagando, y nos envolvió un viento cortante, así que, cuando me incorporé, tenía blanco de escarcha el extremo de la trenza fina que llevaba en el pelo, igual que la manga de mi madre, con la que me había cubierto, y también la espalda. Pero la escarcha se deshizo y, en cuanto desapareció, le dijo el buhonero a mi madre:

—Bueno, pues ya hemos descansado, ¿verdad? —Como si no recordara el motivo por el que nos habíamos detenido.

—Sí —dijo mi madre al tiempo que asentía, como si ella tampoco lo recordara.

El hombre se puso en pie, se volvió a subir al pescante de la carreta y chasqueó la lengua a los caballos para ponernos otra vez en marcha. Era demasiado pequeña como para recordar gran cosa de aquello más adelante, y tampoco era lo bastante mayor como para preocuparme tanto por los staryk como por ese frío tan común que me atravesaba la ropa y por el pellizco que sentía en el estómago. No quería decir nada que hiciese que la carreta se detuviera de nuevo, impaciente como estaba por llegar a la ciudad y a la casa de mi abuelo.

Mi abuela siempre tenía un vestido nuevo para mí, liso y de un pardo poco llamativo, pero cálido y bien hecho, y, cada invierno, un par de zapatos de cuero que no me hacían daño en los pies, ni estaban remendados ni rajados por los bordes. Me daba de comer tres veces al día, hasta reventar, y la última noche antes de marcharnos siempre preparaba una tarta de queso, su tarta de queso, dorada al horno por fuera, pero blanca, gruesa y que se desmigajaba por dentro, con una pizca de sabor a manzana y decorada con pasas dulces y doradas en lo alto. Después de haberme comido lenta y pausadamente hasta el último bocado de una porción más ancha que la palma de mi mano, me metían en la cama en el piso de arriba, en el dormitorio grande y acogedor donde dormían mi madre y sus hermanas cuando eran niñas, en la misma cama estrecha de madera tallada con palomas. Mi madre se sentaba con la abuela junto a la chimenea y le apoyaba la cabeza en el hombro. No decían nada, pero cuando fui algo más mayor, cuando ya no me quedaba dormida de inmediato, podía ver a la luz de la chimenea que a las dos les rodaba por la cara el leve y húmedo rastro de las lágrimas.

Podríamos habernos quedado. Había sitio en la casa de mi abuelo, y allí nos recibían con los brazos abiertos, aunque siempre regresábamos a casa,

porque queríamos a mi padre. Era un desastre con el dinero, pero cariñoso y amable hasta lo indecible, e intentaba compensar sus defectos: se pasaba prácticamente todos los días en el frío del bosque, cazando para comer y buscando leña, y cuando estaba en casa, no había nada que no hiciese con tal de ayudar a mi madre. En mi casa no se hablaba de tareas de mujeres, y cuando pasábamos hambre, él era el que más hambre pasaba y nos ponía de su comida en nuestro plato, a escondidas. Cuando se sentaba junto al fuego por la noche, siempre tenía algún trabajo en las manos, tallando algún juguetito para mí, o algo para mi madre, algo para decorar una silla o una cuchara de madera.

Pero el invierno era siempre largo y muy frío, y desde que tenía edad para recordar cada año era peor que el anterior. Nuestro pueblo carecía de murallas y prácticamente de nombre; algunos decían que se llamaba Pakel, por estar cerca del sendero, y aquellos a los que no les gustaba eso porque les recordaba la proximidad del camino de los staryk los acallaban a voces y decían que se llamaba Pavys por su cercanía al río, pero nadie se molestaba en situarlo en un mapa, así que nunca se llegó a tomar decisión alguna al respecto. Al hablar, todos lo llamábamos «el pueblo», sin más. Resultaba de fácil acceso para los viajeros, a un tercio del camino entre Vysnia y Minask, y un riachuelo cruzaba el camino desde el este, en dirección al oeste. Muchos campesinos traían su género en barca, de manera que siempre había ajetreo en nuestro día de mercado. Pero hasta ahí llegaba nuestra relevancia. Ningún señor se preocupaba demasiado por nosotros, y menos aún el zar de Koron, que no se preocupaba en absoluto. No te podría haber contado para quién trabajaba el recaudador de impuestos hasta que, en una visita a la casa de mi abuelo, me enteré de forma accidental de que el duque de Vysnia se había enfadado porque los ingresos de nuestro pueblo no dejaban de menguar constantemente, año tras año. El frío que surgía del bosque se filtraba más y más temprano cada vez y atacaba nuestras cosechas.

Y el año en que cumplí los dieciséis, además, vinieron los staryk durante la

que debería haber sido la última semana del otoño, antes de que se hubiera recogido toda la cebada tardía. Desde siempre, venían de cuando en cuando a saquear el oro. La gente contaba historias sobre algún episodio breve que creían recordar, y sobre los muertos que dejaban a su paso. En el transcurso de los últimos siete años, sin embargo, conforme los inviernos iban empeorando, los staryk se habían vuelto más codiciosos. Aún quedaban algunas hojas en los árboles cuando salieron cabalgando de su camino y entraron en el nuestro, y llegaron a unas tres leguas más allá de nuestro pueblo, hasta el rico monasterio que había por la vereda, y allí mataron a decenas de monjes y se llevaron los candelabros, el cáliz de oro y todos los iconos pintados con pan de oro, un tesoro dorado que se llevaron al reino que había al final de su camino, fuera cual fuese aquel reino.

Aquella noche se congeló el suelo por completo a su paso, y del bosque surgió un continuo viento cortante, todos los días después de aquél, con unos remolinos de nieve que hacían daño. Nuestra pequeña casa estaba apartada en uno de los extremos del pueblo, sin ningún muro cercano que colaborase en la tarea de cortar el viento, y nosotros estábamos cada vez más delgados, más hambrientos y con más tiritonas. Mi padre continuaba poniendo excusas y evitando un trabajo que no podía soportar, pero incluso cuando mi madre por fin ejerció un día su presión y él lo intentó, apenas regresó con un triste puñado de monedas y dijo como disculpa: «Es un invierno muy malo. Un invierno muy duro para todos», cuando ellos ni siquiera se hubieran molestado en ofrecerle a él tal excusa, creo yo. Al día siguiente, atravesé el pueblo para ir al panadero a buscar nuestra hogaza y oí a unas mujeres que nos debían dinero y hablaban de los banquetes que pensaban preparar, los caprichos que pensaban comprar en el mercado. Nos aproximábamos al solsticio de invierno, y todo el mundo quería servir algo bueno en su mesa, algo especial para la celebración de las fiestas, sus fiestas.

De manera que habían hecho que mi padre se marchara con las manos vacías cuando en sus casas brillaba la luz sobre la nieve y el olor de la carne

asada se escapaba por las rendijas, y otra vez caminaba yo con paso lento a ver al panadero para darle un triste penique a cambio de una hogaza basta y medio quemada que, desde luego, no sería la que yo hubiera hecho. A una de sus otras clientas le había dado una buena, pero a nosotros nos guardaba una estropeada. En casa, mi madre estaba haciendo un caldo aguado de repollo, sacaba de donde podía el aceite usado de cocina para encender el quinqué en la tercera noche de nuestra celebración y no dejaba de toser mientras trabajaba: otra ola de frío glacial había llegado del bosque y se había colado por cada rendija y por cada hueco de nuestra destartada casita. Habíamos conseguido mantener encendido el quinqué durante unos minutos antes de que llegara una ráfaga de viento y nos lo apagase, cuando mi padre dijo: «Bueno, quizá eso significa que ya es la hora de irse a la cama», en lugar de volver a encenderlo, porque ya casi nos habíamos quedado sin aceite.

Llegado el octavo día, mi madre estaba demasiado cansada de tanto toser como para salir de la cama siquiera.

—Enseguida se pondrá bien —dijo mi padre mientras evitaba mirarme—. Este frío pasará pronto. Ya está durando mucho.

Estaba tallando velas de madera, unos palitos finos para quemarlos, porque ya habíamos gastado las últimas gotas de aceite la noche previa. En nuestra casa no se iba a hacer el milagro de la luz.

Salió a buscar la poca leña que quedase bajo la nieve. Nuestra leñera también se estaba quedando vacía.

—Miryem —me llamó mi madre con la voz ronca cuando mi padre salió.

Le llevé una taza de té aguado con una pizca de miel, todo cuanto tenía para que se sintiese mejor. Le dio unos sorbos, se volvió a recostar y dijo:

—Cuando pase el invierno, quiero que vayas a la casa de mi padre. Que él te lleve a la casa de mi padre.

La última vez que fuimos a visitar a mi abuelo, las hermanas de mi madre vinieron una noche a cenar con sus maridos y sus hijos. Todos vestían prendas de lana gruesa y habían dejado en la entrada de la casa unas capas de pieles,

llevaban anillos de oro en los dedos y pulseras de oro también. Rieron y cantaron, y toda la habitación se notaba caldeada pese a estar en lo más crudo del invierno; tomamos pan tierno, pollo asado y un caldo de aspecto dorado, muy sabroso y salado, cuyo vapor me ascendía hasta la cara. Cuando mi madre me habló de ese modo, aspiré todo el calor de aquel recuerdo junto con sus palabras y lo anhelé con los puños dolorosamente apretados. Pensé en marcharme para no quedarme allí como un mendigo, en dejar a mi padre solo y en abandonar para siempre el oro de mi madre en las casas de nuestros vecinos.

Apreté los labios con fuerza, le di un beso a mi madre en la frente, le dije que descansara y, cuando se quedó dormitando, me fui hasta el cajón junto a la chimenea donde mi padre guardaba su libro grande de cuentas. Lo saqué y tomé también la pluma desgastada de su soporte, mezclé un poco de tinta con las cenizas de la chimenea e hice una lista. La hija de un prestamista —incluso la de un mal prestamista— aprende a hacer cuentas. Escribí y calculé, volví a escribir y volví a calcular los intereses y los plazos que quedaban cancelados con todos aquellos pagos tan ridículos y desperdigados sin orden ni concierto que habíamos recibido. Mi padre los tenía todos meticulosamente anotados, tan escrupuloso con todos los prestatarios como ellos no lo habían sido nunca con él. Cuando tuve mi lista terminada, saqué de mi bolsa todo el género de punto, me puse el chal y salí al frío de la madrugada.

Fui a todas las casas que nos debían dinero y aporreé cada puerta. Era temprano, muy temprano, no había amanecido aún, porque la tos de mi madre nos había despertado en plena noche. Nadie había salido de casa todavía, así que los hombres me abrían la puerta y me miraban sorprendidos, y yo los miraba a ellos a la cara y les decía:

—He venido a liquidar tus cuentas.

Intentaban ponerme excusas, por supuesto; algunos de ellos se reían de mí. Oleg, el carretero, apretó sus manazas con fuerza, se apoyó los puños en las caderas y me miró desafiante mientras su pequeña esposa con el aspecto de

una ardillita no levantaba la cabeza del fuego y me lanzaba miradas breves y rápidas. Kajus, que había pedido prestadas dos piezas de oro un año antes de que yo naciese y había conseguido una buena clientela para el krupnik que preparaba y destilaba en unos grandes calderos de cobre comprados con nuestro dinero, me sonrió, me dijo que pasara y me quitase el frío de encima, y me ofreció una bebida caliente. Lo rechacé. No quería que me hiciesen entrar en calor. Me quedaba en sus umbrales y sacaba mi lista, y les decía cuánto habían pedido prestado, lo poco que habían devuelto y cuántos intereses añadidos debían ya.

Ellos resoplaban, discutían y algunos me gritaban. Nadie me había gritado jamás en mi vida: ni mi madre, con su voz tan callada, ni mi amable padre. Pero hallé algo amargo en mi interior, algo de aquel invierno que me había llegado al corazón: el sonido de la tos de mi madre y el recuerdo de esa historia que tantas y tantas veces contaban en la plaza del pueblo, la historia de la muchacha que llegó a convertirse en reina con el oro de otro y que jamás pagó sus deudas. Permanecía en sus umbrales y no me movía. Mis números eran correctos, y todos lo sabíamos, tanto ellos como yo. Y cuando se cansaban de gritar, yo les preguntaba:

—¿Tienes el dinero?

Lo veían como una escapatoria. Decían que no, por supuesto que no; nunca tenían tales sumas.

—Entonces me pagarás un poco ahora, y otro poco cada semana hasta que tus deudas queden saldadas —decía yo—, y abonarás los intereses de los pagos que no has realizado, si no quieres que lo ponga en manos de mi abuelo para que lleve todo esto ante la ley.

Ninguno de ellos viajaba mucho. Sabían que el padre de mi madre era rico y que vivía en una gran casa en Vysnia, que había hecho préstamos a caballeros e incluso a un señor, según se rumoreaba. Así que me daban algo, poco, a regañadientes, apenas unos peniques en algunas casas, pero en todas me dieron algo. También les permitía que me entregasen bienes: catorce varas

de un cálido paño de lana teñido de un rojo granate, una jarra de aceite, dos docenas de buenas velas, largas, de cera blanca, un cuchillo de cocina nuevo del herrero. A todos los objetos les adjudicaba un valor justo —el precio que le habrían cobrado a cualquier otro que lo comprase en el mercado, y no a mí —, anotaba los números delante de ellos y les decía que volvería a verlos la semana siguiente.

De camino a casa, me detuve en la de Lyudmila. Aquella mujer no pedía dinero en préstamo; es más, podría haberlo prestado ella sin cobrar intereses y, aun así, nadie en el pueblo habría sido tan tonto como para pedir un préstamo a alguien que no fuese mi padre, quien les dejaba pagar como quisieran o no devolverlo siquiera. Me abrió la puerta con esa sonrisa suya tan ensayada: daba cobijo a los viajeros durante la noche. La sonrisa se le borró nada más verme.

—¿Y bien? —me espetó cortante, convencida de que había venido a mendigar.

—Panova, mi madre está enferma —le dije, con cortesía, para que siguiera pensándolo un poquito más y se sintiera aliviada cuando añadiese—: He venido a comprar algo de comer. ¿Cuánto pides por la sopa?

Después le pregunté el precio de los huevos, y del pan, como si estuviera tratando de cuadrar lo poco que llevase en el monedero, y como ella no tenía conocimiento de que las cosas fuesen de otra manera, se limitó a soltarme los precios con brusquedad en lugar de inflarlos y doblarlos. Luego se sintió molesta cuando por fin conté los seis peniques de una cazuela de sopa caliente con medio pollo dentro, tres huevos frescos, una hogaza tierna y un cuenco de miel de panal cubierto con una servilleta. Aun así, me lo dio a regañadientes, y me lo llevé todo por el largo camino hasta mi casa.

Mi padre ya había regresado antes que yo; estaba cebando el fuego, y alzó una mirada de preocupación cuando empujé la puerta con el hombro para entrar. Se quedó mirando la comida y la lana roja que traía en los brazos. Dejé toda mi carga y puse el resto de los peniques y un kopek de plata en la jarra

que teníamos junto al hogar, donde, de otro modo, sólo quedaría un par de peniques. Le entregué la lista con las anotaciones de los pagos. Acto seguido, me di la vuelta y me dediqué a cuidar de mi madre.

Después de aquello, fui yo la prestamista del pueblo. Era una buena prestamista, y mucha gente nos debía dinero, así que la paja que teníamos en el suelo de la casa no tardó en convertirse en unos tablones lisos de una madera excelente, rellenamos las grietas de la chimenea con una buena arcilla, renovamos la paja del techo, y mi madre tuvo una capa de pieles con la que taparse para dormir, o para ponérsela, para mantener el calor del pecho. A ella no le gustaba todo aquello, en absoluto, ni tampoco a mi padre, que salió fuera a llorar en silencio y a solas el día en que traje la capa a casa. Odeta, la mujer del panadero, me la había ofrecido como pago por toda la deuda de su familia. Era muy bonita, de tonos oscuros y pardos claros; la había traído consigo cuando se casó, hecha con los armiños que su padre había cazado en los bosques del boyardo.

Aquella parte de la vieja historia resultó ser cierta: tienes que ser cruel para ser una buena prestamista, pero yo estaba dispuesta a ser tan inmisericorde con nuestros vecinos como ellos lo habían sido con mi padre. Tampoco es que les arrebatase a sus primogénitos, pero, una semana hacia el final de la primavera, cuando los caminos quedaron por fin despejados de nuevo, me acerqué caminando a ver a uno de los agricultores de los campos más alejados, un hombre que no tenía nada con lo que pagarme, ni siquiera una barra de pan de sobra. Gorek había pedido prestados seis kopeks de plata, una suma que jamás podría devolver ni aunque recogiera una buena cosecha todos los años hasta el final de sus días; es más, no me parecía que aquel hombre hubiera tenido nunca en la mano más de cinco peniques a la vez. En un principio, trató de echarme de la casa a base de maldiciones, con toda tranquilidad, como tantos de ellos hacían, pero cuando me mantuve firme y le

dije que la justicia vendría a por él, la voz se le llenó de verdadera desesperación.

—Tengo cuatro bocas que alimentar —me dijo—. No puedo sacarlo de debajo de las piedras.

Supongo que debería haberme sentido mal por él. Mi padre lo habría hecho, y mi madre también, pero yo, envuelta en mi frialdad, lo único que sentía era el peligro del momento. Si se lo perdonaba y aceptaba sus excusas, todo el mundo tendría una excusa una semana después; vi cómo se volvía a desbaratar todo a partir de ahí.

En ese instante entró su hija tambaleándose, muy alta, con las trenzas rubias cubiertas con un pañuelo y un pesado yugo sobre los hombros, cargada con dos cubos de agua, el doble de lo que yo era capaz de llevar cuando iba al pozo.

—Entonces, tu hija vendrá a mi casa a trabajar para liquidar la deuda, por medio penique al día —le dije, y me marché más ancha que larga, e incluso hice un par de pasos de baile por el camino, sola, bajo los árboles.

La hija se llamaba Wanda. Silenciosa, vino a casa al amanecer del día siguiente, trabajó como una mula hasta la cena y después se marchó en silencio; mantuvo todo el rato la cabeza baja. Era muy fuerte, y cargó prácticamente con todas las tareas del hogar en apenas la mitad de aquel día. Llevó el agua y cortó la leña, atendió el pequeño grupo de gallinas que teníamos ahora rebuscando por el patio y fregó los suelos, la chimenea y todas las cacerolas, y yo quedé muy satisfecha con mi solución.

Cuando se marchó, por primera vez en mi vida oí a mi madre hablar a mi padre con tono airado, culpándole como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando más resfriada y enferma estaba.

—¿Es que no te importa lo que le está haciendo eso? —oí que gritaba a mi padre con una voz todavía ronca mientras me quitaba el barro de los tacones de las botas en la puerta del jardín.

Al no tener que hacer el trabajo matinal, había pedido prestado un borrico y

me había marchado hasta las aldeas más lejanas a recaudar el dinero de una gente que quizá pensaba que nadie acudiría jamás a reclamarlo. Ya se había recogido el centeno del invierno, y tenía dos sacos enteros de grano, otros dos de lana y una bolsa grande de las avellanas preferidas de mi madre, que se habían mantenido frescas durante el invierno al frío de la intemperie, además de un cascanueces viejo pero de buena calidad, hecho de hierro, de manera que ya no tendríamos que pelar las avellanas con el martillo.

—¿Y qué le tengo que decir? —le respondió él a gritos—. ¿Qué le digo? No, tú te tienes que morir de hambre; no, tú tienes que pasar frío y tienes que vestir harapos, ¿no?

—Si tuvieras la sangre fría necesaria para hacerlo tú, también permitirías que lo hiciera ella —le soltó mi madre—. ¡Es nuestra hija, Josef!

Aquella noche, mi padre trató de decirme algo sin levantar la voz, atropellándose con las palabras: que ya había hecho bastante, que no era mi trabajo, que mañana me quedaría en casa. No aparté la mirada de las avellanas que estaba pelando, ni tampoco le respondí, y me guardé aquel nudo de frío bajo las costillas. Pensé en la voz ronca de mi madre, y no en las palabras que ella había dicho. Poco después, la voz de mi padre se fue apagando. Mi frialdad salió a su encuentro y lo rechazó igual que en aquella ocasión en que me vio en el pueblo pidiendo lo que le debían a él.

Capítulo 2

Era frecuente que Pa dijese que iba a ver al prestamista. Quería pedirle dinero para un arado nuevo o para comprar unos cerdos, o una vaca lechera. La verdad es que yo no sabía qué era el dinero. Nuestra cabaña estaba lejos del pueblo, y pagábamos los impuestos en forma de sacos de grano. Pa hacía que sonase como si fuera algo mágico, pero Ma hacía que sonase peligroso.

—No vayas, Gorek —le decía ella—. Siempre hay problemas cuando se debe dinero, tarde o temprano.

Entonces, Pa le gritaba que se metiera en sus asuntos y le daba una bofetada, pero no iba.

Sí fue cuando yo tenía once años. Otro bebé había llegado y se había ido en la misma noche, y Ma estaba enferma. No nos hacía falta otro bebé. Ya teníamos a Sergey y a Stepon, y a los cuatro niños muertos enterrados junto al árbol blanco. Pa siempre enterraba allí a los bebés, aunque era difícil cavar en aquel suelo, porque no quería hacerlo en ninguna tierra que valiese para la siembra. De todas formas, tampoco podía plantar nada demasiado cerca del árbol blanco. Lo devoraba todo a su alrededor. Si salían allí unos brotes de centeno, en una mañana fría aparecían todos marchitos, y en el árbol surgía alguna que otra hoja blanca. Y no podía talarlo: era todo blanco, así que pertenecía a los staryk. Si lo talaba, vendrían y lo matarían, de modo que lo único que podíamos plantar allí eran niños muertos.

Después de que Pa volviese dentro, enfadado y sudoroso tras enterrar al último bebé muerto, dijo a voces:

—Vuestra madre necesita medicinas. Voy a ver al prestamista.

Nos miramos entre nosotros, Sergey, Stepon y yo. Ellos eran pequeños y

estaban demasiado asustados como para decir algo, y Ma estaba demasiado enferma para decir nada. Yo tampoco pronuncié palabra. Ma seguía tumbada en la cama, había sangre, y ella estaba acalorada y muy roja. No me dijo nada cuando hablé con ella. Sólo tosió. Yo quería que Pa trajese algo de magia y que la hiciese salir de la cama y ponerse buena otra vez.

Así que se marchó. Se bebió dos kopeks en el pueblo y perdió otros dos jugando antes de regresar con el médico, que se llevó los dos últimos kopeks y me dio unos polvos para disolverlos en agua y dárselos a Ma. Aquello no detuvo la fiebre. Tres días más tarde, estaba intentando darle de beber un poco de agua, y ella no dejaba de toser.

—Ma, te traigo un poco de agua —le dije.

No abrió los ojos. Me puso la mano, tan grande, tan pesada y tan floja sobre la cabeza. Y se murió. Me quedé sentada con ella todo el día, hasta que Pa regresó del campo. Se quedó mirándola en silencio y me ordenó:

—Cambia la paja.

Cogió el cuerpo y se lo echó al hombro como un saco de patatas, la sacó de la casa, se la llevó hasta el árbol blanco y la enterró al lado de los niños muertos.

El prestamista vino unos pocos meses después de aquello y pidió que se le devolviera el dinero. Lo dejé entrar cuando vino. Sabía que era un siervo del diablo, pero no le tenía miedo. Era un hombre muy flaco, de manos, de cuerpo y de cara. Ma tenía un icono clavado en la pared, tallado con una ramita fina. Ése era el aspecto que tenía el prestamista. Tenía una voz callada. Le di una taza de té y un trozo de pan porque recordaba que Ma siempre le daba a la gente algo de comer cuando venían a casa.

Cuando Pa llegó, echó de allí a gritos al prestamista. Después me zurró cinco veces con el cinto por dejarle entrar siquiera, y más aún por darle de comer.

—¿Qué se le habrá perdido aquí? No puedo sacarlo de debajo de las piedras —dijo mientras se volvía a poner el cinto.

No levanté la cara del delantal de mi madre hasta que dejé de llorar.

Lo mismo dijo cuando vino a nuestra casa el recaudador de impuestos, pero apenas lo dijo para el cuello de su camisa. El recaudador siempre venía el último día de la cosecha del grano de invierno y de primavera. No sé cómo lo hacía, pero siempre se enteraba. Cuando se marchaba, los impuestos quedaban pagados. Nos tocaba vivir con lo que él no se llevase. Nunca era mucho. En invierno, Ma solía decirle a Pa: «Eso nos lo comeremos en noviembre, y eso en diciembre», e iba señalando esto y lo otro hasta que quedaba todo asignado hasta la primavera. Pero Ma ya no estaba allí, así que Pa se llevó al pueblo uno de los cabritillos. Esa noche regresó muy tarde y muy borracho. En la casa, estábamos durmiendo junto al horno, y él se tropezó con Stepon al entrar. Stepon chilló, y Pa se enfadó, se quitó el cinto y se puso a zurrarnos hasta que salimos corriendo de allí. La mamá cabra dejó de dar leche, y nos quedamos sin alimento al final del invierno. Tuvimos que escarbar en la nieve en busca de bellotas viejas hasta la primavera.

El siguiente invierno, sin embargo, cuando vino el recaudador, Pa se llevó un saco de grano al pueblo de todas formas. Todos nos fuimos a dormir al establo con las cabras. A Sergey y a Stepon no les pasó nada, pero Pa me zurró a mí de todos modos a la mañana siguiente, cuando ya estaba sobrio, por no haber tenido preparada la cena cuando él regresó a casa. Así que el año siguiente esperé en la casa hasta que vi a Pa llegar por el camino. Llevaba un farol, y lo agitaba en grandes círculos de lo borracho que venía. Puse la comida caliente en un cuenco sobre la mesa y salí corriendo. Ya estaba oscuro, pero no cogí ninguna vela porque no deseaba que Pa me viese marcharme.

Tenía la intención de ir a los establos, aunque me quedé vigilando para ver si Pa venía detrás de mí. El farol se agitaba de un lado a otro dentro de la casa, mirando por las ventanas, buscándome. Entonces dejó de moverse, de modo que lo tuvo que haber dejado sobre la mesa. En ese momento pensé que estaba a salvo. Empecé a fijarme para ver hacia dónde me dirigía, pero no veía nada en la oscuridad, ya que había estado mirando fijamente las ventanas

iluminadas, y no iba camino de los establos. Me estaba hundiendo en la nieve. No se oía el sonido de las cabras ni de los cerdos. Era una noche oscura.

Pensé que antes o después llegaría a la valla o al camino. Seguí caminando con las manos por delante para palpar la valla, pero no llegaba hasta ella. Estaba oscuro, y al principio sentí miedo, pero después sólo tuve frío, y más adelante empecé también a tener sueño. Se me dormían los dedos. La nieve se me metía por la rendija de la corteza cosida de los zapatos.

Entonces vi una luz delante de mí y fui hacia ella. Estaba cerca del árbol blanco. Las ramas eran finas, y aún tenía todas las hojas blancas pese a estar en invierno. Soplaban el viento entre ellas y sonaba como si alguien susurrara demasiado bajo como para oír lo que te dice. Al otro lado del árbol había un camino ancho, muy liso, como el hielo, y resplandeciente. Sabía que era el camino de los staryk, pero era muy bonito, y yo aún me sentía muy rara, con mucho frío y sueño. No me acordé de tener miedo. Fui andando hacia él.

Las tumbas formaban una hilera debajo del árbol. Había una piedra plana sobre cada una de ellas. Ma las había sacado del río para los demás, y yo había sacado una para ella y otra para el último bebé. Las suyas eran más pequeñas que las otras, porque yo todavía no era capaz de cargar con piedras tan grandes como Ma. Al pasar sobre la hilera de piedras para dirigirme hacia el camino, una rama del árbol me golpeó en los hombros y me caí al suelo de golpe. Me quedé sin respiración. El viento agitó las hojas blancas, y las oí decir: *¡Corre a casa, Wanda!* Desapareció el sueño, y me sentí tan atemorizada que me levanté e hice corriendo todo el camino de regreso hacia la casa. Podía verla desde bastante lejos, porque el farol seguía en las ventanas. Pa ya estaba roncando en la cama.

Un año después, nuestro vecino, el viejo Jakob, vino a casa para pedirle mi mano a Pa. Quería que Pa le diese también una cabra, de modo que Pa lo echó de la casa diciendo:

—Una virgen, sana, de fuertes espaldas, ¡y todavía me pide una cabra!

Trabajé muy duro después de aquello. Me encargué de tantas tareas de Pa como pude. No quería dejar una hilera de niños muertos y morirme. Gané estatura, tenía el pelo rubio y largo, y me crecieron los pechos. Otros dos hombres pidieron mi mano en el transcurso de los dos años siguientes. Al último ni siquiera lo conocía. Venía de la otra punta del pueblo, a unas dos leguas de distancia. Llegó a ofrecer un cerdo, incluso, como compensación nupcial, pero a aquellas alturas mi duro trabajo ya había hecho que Pa se volviese codicioso, y le dijo que tres cerdos. El hombre escupió en el suelo y se marchó de casa.

Las cosechas, sin embargo, iban muy mal. La nieve se fundía más tarde cada año, en la primavera, y llegaba antes en el otoño. Después de que el recaudador se llevase lo que le correspondía, no quedaba mucho para bebida. Había aprendido a esconder comida en ciertos lugares para que no se nos acabase en invierno y lo pasáramos tan mal como el año anterior, pero Sergey, Stepon y yo estábamos creciendo. El año en que cumplí los dieciséis, tras la cosecha de primavera, Pa regresó del pueblo sólo medio borracho y avinagrado. No me pegó, pero se me quedó mirando como si fuese uno de los cerdos, valorándome en su imaginación.

—Vendrás conmigo al mercado la semana que viene —me dijo.

Salí al día siguiente y fui hasta el árbol blanco. Me había mantenido apartada de él desde aquella noche en que vi el camino de los staryk, pero este día aguardé hasta que el sol estuviese en lo más alto. Dije entonces que iba a buscar agua, pero me fui al árbol. Me arrodillé bajo las ramas y dije:

—Ayúdame, Ma.

Dos días más tarde vino a casa la hija del prestamista. Era igual que su padre, una ramita seca con el cabello castaño y las mejillas consumidas. No llegaba a la altura del hombro de Pa, pero se plantó en la puerta, proyectó su larga sombra en el interior de la casa y dijo que lo enviaría a la justicia si no le pagaba el dinero que le debía. Pa le gritó, pero ella no le tenía miedo.

Cuando él terminó de decirle que no podía sacar nada de debajo de las piedras y le mostró la despensa vacía, ella le propuso:

—Entonces, tu hija vendrá a trabajar para mí como pago de tu deuda.

Cuando ella se marchó, regresé al árbol blanco y dije:

—Gracias, Ma.

Y entre las raíces enterré una manzana, una manzana entera, aunque estaba tan hambrienta que me la podía haber comido con semillas y todo. Sobre mi cabeza, el árbol hizo brotar una florecilla blanca muy pequeña.

A la mañana siguiente fui a la casa del prestamista. Temía ir sola al pueblo, pero eso era mejor que ir al mercado con Pa. La verdad es que ni siquiera tenía que entrar en el pueblo: su casa era la primera nada más salir del bosque. Era grande, con dos habitaciones y un suelo de tablas que olían a madera fresca. La mujer del prestamista se encontraba acostada en la habitación del fondo. Estaba enferma y tosía. Oírlo me hacía encoger los hombros y ponerlos en tensión.

La hija del prestamista se llamaba Miryem. Aquella mañana puso un puchero de sopa, y el vapor llenó la cabaña con un olor que me hizo un nudo en el estómago. Tomó entonces la masa que estaba levantando en un rincón y se marchó con ella. Regresó a última hora de la tarde con el rostro endurecido, los zapatos polvorientos y una hogaza de pan dorado sacada de los hornos del panadero, un balde de leche, un platillo de mantequilla y un saco al hombro, lleno de manzanas. Distribuyó unos platos sobre la mesa y puso uno para mí, lo cual no me esperaba. El prestamista dijo un hechizo mágico sobre el pan cuando nos sentamos, pero yo me lo comí de todas formas. Estaba rico.

Intenté hacer tanto como pude, para que desearan que volviese. Antes de marcharme de la casa, la mujer del prestamista me dijo con su voz ronca y sus toses:

—¿Quieres decirme tu nombre?

Un momento después, se lo dije.

—Gracias, Wanda —me respondió ella—. Has sido de gran ayuda.

Después de salir de la casa, oí que la mujer decía que había trabajado tanto que la deuda seguramente quedaría saldada en poco tiempo. Me detuve a escuchar ante la ventana.

—¡Ese hombre se llevó un préstamo de seis kopeks! —exclamó Miryem—. A medio penique al día, la muchacha tardará cuatro años en pagarlo todo. Y no me vengas con que no es un salario justo, cuando come con nosotros.

¡Cuatro años! Tenía el corazón tan alegre como unas castañuelas.

Capítulo 3

Las ráfagas de nieve y la tos de mi madre no dejaron de llegar hasta bien entrada la primavera, pero los días se volvieron por fin más cálidos, y la tos se desvaneció al mismo tiempo ahogada en sopas, en miel y en descanso. En cuanto fue capaz de volver a cantar, mi madre me dijo:

—Miryem, la semana que viene iremos a ver a mi padre.

Yo sabía que era por desesperación, un intento de apartarme de mi trabajo. No deseaba marcharme, pero sí quería ver a mi abuela y mostrarle que su hija ya no pasaba frío por las noches, que ya no se helaba, que su nieta ya no iba por ahí como una mendiga; quería visitarla sin verla llorar, por una vez. Fui a hacer mis rondas una última vez y le dije a todo el mundo que me marchaba a la ciudad y que tendría que cargarles igualmente el interés correspondiente a las semanas que estuviera fuera a no ser que dejaran sus pagos en nuestra casa mientras yo estaba de viaje. Le dije a Wanda que debía seguir viniendo a diario y prepararle la cena a mi padre, dar de comer a las gallinas y limpiar la casa y el patio. Asintió en silencio y no discutió.

Y nos marchamos a casa de mi abuelo, pero en esta ocasión pagué a Oleg para que nos llevase todo el camino con sus buenos caballos y su cómoda carreta, cargada de paja y de mantas, con el tintineo de los cascabeles en el arnés y una capa de pieles extendida por encima contra el viento. Mi abuela, sorprendida, salió a vernos cuando nos acercamos a la casa, y mi madre acudió a sus brazos, silenciosa y ocultando la cara.

—Bueno, entrad y calentaos —dijo mi abuela fijándose en el trineo y en nuestros nuevos vestidos de lana roja rematada con piel de conejo, el mío con un botón dorado en el cuello que había salido del cofre de la tejedora.

Me envió al estudio de mi abuelo, a llevarle agua caliente, para poder hablar a solas con mi madre. Mi abuelo rara vez había hecho algo más que emitir un gruñido y mirarme de arriba abajo con cara de desaprobación al verme vestida con las prendas que mi abuela me había comprado. No sé cómo sabía yo lo que mi abuelo pensaba de mi padre, porque no recuerdo haberle oído decir una sola palabra al respecto, pero lo sabía.

En esta ocasión me lanzó una mirada, con las cejas erizadas y el ceño fruncido.

—¿Ahora vienes con pieles? ¿Y con oro?

Debería contar que me habían educado como correspondía a la posición social de mi familia, y que sabía perfectamente que no debía contestar a mi abuelo, pero ya me había disgustado que mi madre se sintiese molesta y que aquello no le agradase a mi abuela, como para que encima él, precisamente él, se metiese ahora conmigo.

—¿Y por qué no tenerlo yo, en lugar de otra persona que lo habría comprado con el dinero de mi padre? —le dije.

Mi abuelo se quedó tan sorprendido como cabe esperar de que su nieta le hablase de aquella manera, pero había oído lo que le había dicho, y me volvió a fruncir el ceño.

—¿Te lo ha comprado tu padre, entonces?

En aquel instante, la lealtad y el amor le pusieron freno a mi lengua, bajé la mirada y terminé de verter en silencio el resto del agua caliente en el samovar y de cambiar el té. Mi abuelo no impidió que me marchase, pero, a la mañana siguiente, de algún modo se había enterado de toda la historia, ya sabía que me había ocupado del trabajo de mi padre, y de repente se le veía complacido conmigo como nunca lo había estado, como nadie lo había estado.

Sus otras dos hijas habían conseguido un mejor matrimonio que mi madre, sus maridos eran hombres ricos de la ciudad que tenían buenos oficios, pero ninguno de ellos le había dado un nieto que quisiera continuar con su negocio. En la ciudad, los míos eran lo bastante numerosos como para no tener la

obligación de ser banquero, o un campesino que se labrase su propio alimento. La gente de la ciudad estaba dispuesta a pagar por nuestros bienes, y había un mercado floreciente en nuestro barrio judío, a la espalda de nuestra casa.

—No es apropiado para una joven —trató de decir mi abuela, pero mi abuelo soltó un resoplido.

—El oro no conoce la mano que lo guarda —afirmó él, y me miró con el ceño fruncido, pero de buena manera—. Necesitarás sirvientes. Uno, para empezar, un buen hombre sencillo y fuerte, o una mujer, a quien no le importe trabajar para un judío: ¿conseguirás uno?

—Sí —respondí pensando en Wanda, que ya estaba acostumbrada a venir, y la hija de un pobre campesino tampoco tenía muchas oportunidades más de ganar un salario en nuestro pueblo.

—Bien. Pues deja de ser tú quien vaya a buscar el dinero —me dijo mi abuelo—. Envía al criado, y si algún cliente quiere discutir, tendrá que acudir él a tu casa. Consigue un escritorio para poder estar sentada detrás mientras que los clientes permanecen de pie.

Asentí, y cuando nos marchamos a casa, me dio una bolsa llena de peniques por un valor total de cinco kopeks, para prestarlos en los pueblos cercanos al nuestro donde no tenían su propio prestamista. Al llegar a casa, le pregunté a mi padre si Wanda había venido mientras yo estaba fuera. Me miró con ojos tristes, hundidos y pesarosos aunque ya hacía meses que no pasaba hambre, y me dijo en voz baja:

—Sí. Le dije que no era necesario que viniese, pero ha venido todos los días.

Satisfecha, hablé con ella aquel día después de que terminase su jornada. Su padre era un hombre corpulento, y ella también era alta y de anchas espaldas, con unas manos grandes y enrojecidas por el trabajo, las uñas bien cortadas, la cara sucia y el cabello largo y rubio oculto bajo su pañoleta, mansa y silenciosa como un buey.

—Quiero disponer de más tiempo para llevar las cuentas —le anuncié—.

Necesito a alguien que haga las rondas y recaude el dinero en mi nombre. Si quieres aceptar tú esa tarea, te pagaré un penique al día en lugar de medio.

Se demoró pensándolo un momento, como si no estuviera segura de haberme entendido bien.

—La deuda de mi padre quedará saldada antes —contestó por fin, como si quisiera estar segura.

—Cuando quede saldada, seguiré pagándote —le dije de un modo un tanto imprudente, pero si Wanda me hacía la recaudación, yo podría recorrer las aldeas vecinas y realizar nuevos préstamos.

Deseaba dar más préstamos con aquella cascada de plata que me había ofrecido mi abuelo y recibir de vuelta un interminable torrente de peniques.

Wanda guardó silencio de nuevo, y dijo:

—¿Me pagarás con monedas?

—Sí —le aseguré—. ¿Y bien?

Asintió, y yo asentí también. No me ofrecí a estrecharle la mano, porque nadie se la estrecharía a un judío, y de haberlo hecho, yo habría sabido que era falso. Si Wanda no mantenía el trato, dejaría de pagarle; esa garantía era mejor que cualquier otra que pudiese tener.

A Pa se le veía antipático y enfadado desde que empecé a trabajar en casa del prestamista. No me podía vender a nadie, ni tampoco me tenía con él para trabajar, y seguíamos sin tener mucho para comer. Gritaba más y nos levantaba la mano con más fuerza. Stepon y Sergey se pasaban la mayor parte del tiempo con las cabras. Yo lo esquivaba todo lo que podía, y el resto lo recibía en silencio. Hacía mis cuentas con la boca cerrada. Si cuatro años habrían servido para saldar la deuda de mi padre a razón de medio penique diario, ahora quedaría saldada en dos. De modo que dos años eran seis kopeks, y podría trabajar durante dos años más antes de que mi padre creyese que ya

estaba saldada su deuda. Tendría seis kopeks. Seis kopeks de plata que serían sólo míos.

Yo apenas había visto tanto dinero de refilón, si acaso cuando mi padre deslizó dos monedas resplandecientes en la mano abierta del médico. De no haberse bebido y jugado las otras cuatro, puede que hubiéramos tenido suficiente.

No me importaba ir a las casas de unos desconocidos, llamar a la puerta y pedirles dinero. No era yo quien se lo pedía, sino Miryem: era su dinero, y a mí me iba a dar una pequeña parte. Allí de pie en el umbral de las casas, podía ver el interior, los bonitos muebles, las chimeneas tan cálidas. En aquellas viviendas no tosía nadie. «Vengo de parte de la prestamista», les decía, y les informaba de cuánto debían, y no abría la boca cuando trataban de contarme que la cantidad estaba mal. En algunas casas me decían que no podían pagar, y yo les decía que tenían que ir a casa de Miryem, a hablar con ella, si no querían que lo pusiese en manos de la justicia. Al final me daban algo, de modo que mentían. En esos casos me importaba todavía menos.

Llevaba conmigo un cesto grande y resistente, y metía dentro todo lo que me daban. A Miryem le preocupaba que se me olvidase quién me había dado qué, pero a mí no se me olvidaba. Recordaba hasta la última moneda y cada uno de los distintos pagos en especie. Ella lo escribía todo en su gran libro negro, con una gruesa pluma de ganso con la que su mano raspaba con trazo firme, sin pausa. En los días de mercado, hacía limpieza de lo que no quería conservar, y yo la seguía con el cesto hasta el pueblo. Vendía y comerciaba hasta que el cesto se quedaba vacío y se llenaba la bolsa que llevaba ella, una vez convertidos telas, frutas y botones en monedas. A veces daba otro paso antes: si un campesino le daba diez madejas de lana, Miryem se las llevaba a una tejedora que le debía dinero y, como pago, le encargaba hacer una capa que ella vendía después en el mercado.

Y al final de la jornada dejaba caer una cascada de peniques en el suelo, los hacía rular en un papel y los envolvía, para transformarlos luego en plata;

un rulo de peniques del tamaño de mi dedo anular equivalía a un kopek. Lo sabía porque cuando Miryem se llevaba aquel rulo al mercado la vez siguiente, por la mañana muy temprano, buscaba a algún mercader que hubiese llegado de fuera del pueblo y que aún estuviese montando su puesto. Entonces le daba el rulo, y él lo abría, contaba los peniques y le daba a ella un kopek de plata a cambio. Miryem no gastaba ni cambiaba las monedas de plata en el mercado. Se las llevaba a casa y también las envolvía en un papel, y un rulo del tamaño de mi dedo meñique equivalía a una moneda de oro. Las guardaba en aquella bolsa de cuero que le había dado su abuelo. Yo nunca veía aquella bolsa excepto en los días de mercado, y en esos días ya la tenía fuera cuando yo llegaba, sobre la mesa, y allí permanecía hasta después de que me hubiera marchado tras la jornada. No la escondía ni la sacaba cuando yo pudiera verla, y sus padres jamás la tocaban.

No alcanzaba a entender cómo se las arreglaba para calcular el valor de cada cosa para los demás, cuando ella misma no las quería para sí. De todas formas, poco a poco aprendí a leer los números que ella escribía en su libro al adjudicar el valor a un pago, y cuando oía de lejos los precios que obtenía en el mercado, ambos eran prácticamente iguales, siempre. Quería entender cómo lo hacía, pero no lo preguntaba. Ya sabía que ella sólo me veía como a un caballo o a un buey, algo aburrido, silencioso y fuerte. Así me sentía yo con ella o con su familia. Me daba la sensación de que no dejaban de hablar en todo el día: charlaban, cantaban o incluso discutían, pero nadie levantaba nunca la voz ni tampoco la mano. Siempre mantenían el contacto físico unos con otros. La madre de Miryem le ponía la mano en la mejilla, o el padre le daba un beso en la cabeza cada vez que ella pasaba cerca. Había ocasiones en que, al marcharme de su casa al final de la jornada, cuando ya estaba en el camino, me adentraba en los campos y quedaba fuera de su vista, me ponía yo misma la mano en la nuca, aquella mano mía que se había vuelto tan grande, tan pesada y tan fuerte, e intentaba recordar cómo era el tacto de la mano de mi madre.

Lo único que había en mi casa era un silencio sepulcral. Habíamos pasado algo de hambre durante todo el invierno, incluso yo, con mi comida de más. Tenía una caminata de dos leguas que hacer con ella. La primavera ya estaba aquí, pero todos seguíamos hambrientos. De camino a casa cogía unas setas o algún rábano silvestre, si es que tenía esa fortuna, y toda verdura que viese por allí. No había muchas. La mayoría no eran comestibles y se las dábamos a las cabras. Después, en nuestro huerto, desenterraba alguna de las patatas nuevas, que eran demasiado jóvenes para que mereciese la pena comérselas, pero nos las comíamos de todos modos. Cortaba algún trozo con muy buen ojo, el más pequeño posible, y la volvía a enterrar, entraba en la casa y atizaba las brasas debajo del caldero que había puesto allí por la mañana con nuestro repollo. Metía los trocitos de patata con cualquier otra cosa que hubiese encontrado. Nos lo comíamos sentados a la mesa y sin levantar la cabeza, sin hablar nunca.

Nada crecía bien. El suelo se mantenía duro y congelado hasta entrado el mes de abril, y el centeno crecía a paso muy lento. Una semana después de que Pa fuera por fin capaz de empezar a sembrar judías, volvió a caer la nieve y mató la mitad de las plantas. Aquella mañana, cuando me desperté, creí que aún era de noche: fuera, el día era de un gris plomizo, y nevaba tanto que no veíamos la valla de la casa del vecino. Pa se puso a maldecir y nos sacó a golpes de la cama. Salimos todos corriendo y fuimos a buscar a las cabras, los cinco cabritillos. Uno de ellos ya estaba muerto. Al resto los metimos en la casa con sus madres. Se dedicaron a balar y a mordisquearnos las mantas, y casi se lanzan al fuego, pero siguieron vivos. Cuando dejó de nevar, troceamos el cabrito muerto y salamos la poca carne que tenía. Hice un caldo con los huesos y nos comimos el hígado y los pulmones. Por un día no pasamos hambre.

Sergey se podía haber comido tres veces su ración. Estaba empezando a ponerse muy grande. A veces pensaba que se iba de caza, aunque sabía que lo colgarían por furtivo o le harían algo peor en caso de que se cobrase alguna pieza en el bosque. Los únicos animales que podía llevarse del bosque eran

los que estaban marcados, los que tenían alguna mancha parda o negra, aunque de éstos apenas quedaban ya, y los animales blancos, los completamente blancos, pertenecían a los staryk. No sabía qué le harían a quien cazase sus animales, porque nadie lo hacía, pero sabía que algo le harían. A los staryk no se les podía quitar nada que fuese suyo. Ellos venían y le robaban a la gente, pero no les gustaba que nadie les robase a ellos.

Había veces, sin embargo, en que Sergey llegaba y comía, sin levantar la cabeza y sin parar, toda su ración, igual que yo me tomaba la mía. Como si supiera que había comido más que el resto de los que estábamos sentados a la mesa. Por eso pensé que iba a cazar a donde nadie lo veía. Tampoco le dije que no lo hiciese: él ya lo sabía. De todos modos, en mi casa las cosas no eran como en casa del prestamista. No pensaba yo en la palabra *amor*. El amor se enterró con mi madre. Sergey y Stepon no eran más que otros dos de aquellos bebés que habían hecho enfermar a mi madre. Ellos no habían muerto, y por eso habían supuesto más trabajo aún para ella y ahora para mí. Consumían parte de la comida, y a mí me tocaba hilar la lana de las cabras, tejerles la ropa y lavársela. Así que tampoco me preocupaba demasiado que los staryk pudieran hacerle algo a Sergey. Pensé que a lo mejor debía decirle que me trajese los huesos para hacer un caldo, pero entonces caí en que, si comíamos aquello, estaríamos todos en un lío, y tampoco merecía la pena por unos malditos huesos que Sergey ya habría dejado limpios.

Pero Stepon sí quería a Sergey. Cuando mi madre murió, hice que Sergey se ocupase de Stepon. Yo ya tenía once años y sabía manejarme, y Sergey sólo tenía siete, así que Pa me lo permitió. Cuando Sergey fue lo bastante mayor como para ir al campo, ya se había acostumbrado a aguantar a Stepon, y no me lo envió de vuelta. Stepon iba detrás de él, se quitaba de en medio y le llevaba agua. Ayudaba con las cabras, y juntos podían dormir calientes fuera de la casa cuando mi padre se enfadaba, incluso en invierno. Sergey le zurraba a veces, pero nunca era para tanto.

Y así fue que Stepon acudió a mí el día en que Sergey cayó enfermo.

Todavía no era mediodía. Yo estaba trabajando en el huerto del prestamista, cortando la cabeza de los repollos. La verdad es que no estaban listos aún, pero aquella noche había helado un poco a pesar de que aún estábamos a comienzos del otoño, y Miryem había dicho que era mejor recogerlos para lo que pudieran servir. Tenía puesto un ojo en la puerta de la casa: no tardaría en abrirse, y la mujer del prestamista me llamaría para que entrase a comer. Esa mañana había un mendrugo de pan duro entre el grano que iba para las gallinas: me lo había cogido para mí y lo había ido royendo poco a poco, ablandándolo en la boca con tragos de agua del barril de la lluvia, fría bajo una capa de hielo, pero me seguía rugiendo el estómago. Volvía a mirar a la puerta cuando gritó Stepon.

—¡Wanda! —Estaba apoyado en la valla cogiendo grandes bocanadas de aire—. ¡Wanda!

Cuando gritó mi nombre, me sobresalté como si Pa me viniese por detrás con una vara.

—¿Qué pasa? —Estaba enfadada con Stepon por venir, no lo quería allí.

—Wanda, ven —dijo haciéndome un gesto para que fuese. Nunca hablaba mucho. La mayoría de las veces, Sergey lo entendía sin que dijera nada, y cuando mi padre llenaba nuestra casa con su voz, él salía fuera siempre que podía—. Wanda, ven.

—¿Hay algún problema en casa? —La mujer del prestamista estaba en la puerta, envuelta en un chal para protegerse del frío—. Ve, Wanda. Le diré a Miryem que te he enviado a casa.

No quería irme. Me imaginaba que le había pasado algo a Sergey, porque ése era el motivo por el que vendría Stepon. No quería renunciar a mi plato por ir a ayudar a Sergey, quien jamás me había ayudado a mí, pero eso no se lo podía contar a la mujer del prestamista. Me levanté y salí en silencio por la puerta del patio. Cuando ya nos habíamos adentrado en el camino, entre los árboles, sacudí a Stepon y le dije, enfadada:

—No vuelvas a buscarme nunca jamás.

Sólo tenía diez años, aún era lo bastante pequeño para que lo sacudiese.

Pero él se limitó a agarrarme la mano y a tirar de mí. Y fui con él. Lo único que podía hacer era llegar a casa y decirle a Pa que Sergey se había metido en un lío, y eso no lo iba a hacer yo. No sentía ningún afecto por Sergey, pero él no iría a Pa a chivarse de mí, y yo tampoco me chivaría de él. Stepon seguía tratando de echar a correr. Comencé a dejar que me metiese prisa, corría un ratito sin pensarlo y entonces me detenía, y él se paraba a recobrar el aliento. Y volvíamos a empezar. Recorrimos las dos leguas tan sólo en una hora. Un poco antes de llegar a nuestra casa, Stepon empezó a tirar de mí para sacarme del camino, hacia el bosque. Entonces comencé a recelar.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté.

—No se levanta —dijo Stepon.

Sergey estaba en el río, donde acudíamos a por agua en alguna ocasión durante el verano, si el riachuelo cercano se había secado. Estaba en la orilla, tumbado de costado. No parecía dormido. Tenía los ojos abiertos, y cuando le llevé el dedo a los labios pude notar que respiraba, aunque no había manera de despertarlo. Traté de levantarle un brazo, pero los tenía pesados y flácidos. Miré a mi alrededor. A su lado, medio metido en el agua, había un conejo muerto con un cordel de lana basta de cabra atado en la pata. No tenía ninguna marca. Había escarcha por todo el camino, y el hielo ascendía de la orilla del arroyo, y así fue como supe que los staryk lo habían sorprendido cazando y se habían llevado su alma.

Volví a dejar caer el brazo. Stepon me miró como si estuviese convencido de que iba a hacer algo, pero no había nada que hacer. El sacerdote no vendría a ayudarnos tan lejos del pueblo, y, en todo caso, Sergey estaba robando cuando sabía que no debía hacerlo. No pensé que Dios te fuera a salvar de los staryk cuando todo había sido culpa tuya.

No dije nada. Stepon tampoco dijo nada, pero no dejaba de mirarme como si supiera que yo podía hacer algo, hasta que yo también comencé a sentir por dentro que sí podía, aunque no quería. Apreté los dientes e intenté no pensar

en nada que pudiera probar, y después traté de despertar a Sergey a bofetadas, y después le eché agua fría en la cara aunque sabía que eso no serviría de nada. Y no sirvió de nada. Ni se inmutó. El agua le cayó por la cara, algunas gotas se le metieron en los ojos, los recorrieron y volvieron a caer como si fueran lágrimas, pero Sergey no estaba llorando, estaba allí tumbado y tan vacío como un tronco muerto y podrido por dentro.

Stepon no miraba a Sergey. Me miraba a mí, sin pestañear. Me daban ganas de darle una bofetada, o de echarlo de allí con la vara. ¿Alguna vez me había servido de algo alguno de los dos como para que yo estuviera en deuda con ellos? Dejé de intentarlo, me levanté con los puños cerrados y dije unas palabras que me supieron a bellotas viejas y podridas:

—Cógelo por los pies.

Sergey todavía no era tan grande como para no poder llevarlo entre los dos. Le di la vuelta para ponerlo boca arriba, lo cogí por debajo de los brazos, Stepon lo cogió por los tobillos y se los puso sobre los delgados hombros, y entre los dos lo sacamos poco a poco del bosque y lo llevamos todo el camino hasta el lindero de nuestras tierras, hasta el árbol blanco.

Cuando llegamos allí, estaba más enfadada aún que cuando salimos: me caí tres veces en el bosque al caminar de espaldas tirando de aquel peso con las manos, me tropecé con unas raíces y me resbalé en el barro medio congelado. Me magullé con una piedra, me llené de polvo y aplasté unas bayas venenosas que me tendría que frotar de la ropa al lavarla. Pero no era eso lo que me hacía estar enfadada. Me la habían quitado, entre todos ellos: Sergey, Stepon y el resto de aquellos niños muertos y enterrados. Me habían quitado a mi madre. Jamás quise compartirla con ellos. ¿Qué derecho tenían sobre ella?

Pero no dije nada en voz alta. Dejé caer al suelo los hombros flácidos de Sergey, junto al árbol blanco, al lado de la tumba de nuestra madre. Me quedé allí de pie, ante el árbol, y dije:

—Ma, Sergey está enfermo.

El aire estaba frío y quieto. Más allá de nosotros, el centeno apenas había

crecido en un campo extenso que medio verdeaba y se perdía en la distancia, unas plantas mucho más pequeñas de lo que deberían ser, y podía ver el humo de nuestra casa elevándose en una línea gris y recta. No se veía a nuestro padre. No soplaba viento alguno, pero el árbol blanco suspiró con un temblor en las ramas, y se desprendió un pequeño fragmento de su corteza en un extremo. Lo agarré y lo separé del tronco en una tira larga.

Levantamos a Sergey y cargamos con él todo el camino hasta nuestro arroyo, y desde allí envié a Stepon a casa para que me trajera unas brasas y una taza. Reuní unas hierbas secas y unas ramitas muertas y formé una pila, y cuando llegó Stepon encendí un fuego y herví un té con la corteza. El agua se volvió turbia y del color de la ceniza, y de la taza salió un olor a tierra; le levantamos la cabeza a Sergey y le obligamos a tragar un sorbo de aquel té. Se agitó entero como una bestia que se sacudiese las moscas en verano. Le di otro trago más, y un tercero, y se dio la vuelta y se puso a vomitar, una y otra vez, un montón de carne roja y fresca que salía de él y caía en el suelo, horrible y apestosa. Me aparté corriendo para no vomitar también. Cuando por fin terminó, él también se apartó de aquella pila con un llanto suave.

Le di de beber un poco de agua, y Stepon enterró aquel montón de carne cruda que había salido de dentro de él. Sergey lloró un rato más entre jadeos. Tenía un aspecto demacrado y flaco, como si se hubiera estado muriendo de hambre, pero al menos estaba otra vez con nosotros. Tuvo que apoyarse en mí cuando se levantó. Fuimos por el arroyo hasta la piedra donde bebían las cabras, y allí estaban, pastando y masticando las hojas en la orilla. La más vieja de todas se nos acercó dando un paseo y moviendo las orejas hacia delante. Sergey le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cara en su costado mientras yo le ordeñaba una taza y se la daba para que bebiese.

Se tragó hasta la última gota, dejó limpia la taza y me miró, receloso. Nuestro padre se fijaba en si una cabra no daba tanta leche como debería, y nos zurraba a todos por ello cuando no sabía quién había sido. Yo, sin embargo, le cogí a Sergey la taza de la mano, ordeñé otra para él y se la di. No

sé por qué lo hice, pero lo hice, y a la mañana siguiente, cuando mi padre volvió de ordeñar con los baldes de leche y empezó a gritar, me levanté y le dije en voz bien alta:

—¡Sergey necesita comer más!

Mi padre me lanzó una mirada, y eso mismo hicieron Sergey y Stepon. Yo también lo habría hecho de haber estado fuera de mi cuerpo. Un instante después, me dio una bofetada y me dijo que me guardase mis opiniones para mí solita, pero se marchó, y ahí se acabó todo. Sergey, Stepon y yo nos quedamos de pie dentro de la casa, como si estuviéramos esperando, pero no volvió. No hubo ninguna paliza. Sergey me miró, yo lo miré a él, y no dijimos nada. Pasado otro minuto, agarré mi pañoleta, mi saco, y me marché a trabajar. Seguía teniendo la ropa sucia y endurecida por el barro. No tendría tiempo para lavarla hasta el día de la colada.

Cuando regresé a mediodía, Sergey había sacado la pila de lavar la ropa, y Stepon la había llenado con agua del arroyo. Incluso habían hervido algo de agua para que no estuviera fría y que la ropa se limpiase con más facilidad. Me quedé mirándola, y entonces me saqué del bolsillo y les mostré los tres huevos que me había dado la mujer del prestamista. La mujer me había preguntado por lo sucedido. Cuando le conté que mi hermano se había puesto malo con algo que había comido, me dijo que lo mejor para asentar el estómago eran los huevos frescos crudos, y me dio tres. Yo me tomé uno, Sergey se tomó uno y medio, y Stepon la última mitad. Acto seguido, se pusieron a cortar por mí nuestros repollos mientras yo me lavaba la ropa, y cuando terminé, preparé la comida.

Capítulo 4

Durante todo aquel año tan frío, me dediqué a sembrar mi plata. La primavera había vuelto a llegar con retraso, el verano fue breve, e incluso los huertos crecían despacio. La nieve siguió cayendo hasta bien entrado abril. La gente acudía a mí desde aldeas lejanas, decenas de ellas a nuestro alrededor, y me pedían dinero para sobrevivir al invierno. Cuando regresamos a Vysnia la primavera siguiente, llevé conmigo la bolsa de cuero de mi abuelo llena de rulos de kopeks, listos para cambiarlos por zloteks de oro y llevarlos al banco, a salvo de los saqueos de los staryk tras aquellos gruesos muros de la cámara y las murallas exteriores de la ciudad, aún más gruesas. Mi abuelo no dijo nada, se limitó a sostener la bolsa un rato, sopesándola en equilibrio en la mano, pero yo veía que estaba orgulloso de mí.

Mis abuelos no solían tener invitados en su casa cuando íbamos a verlos, salvo las hermanas de mi madre. No me había percatado antes de aquello, y lo hice entonces porque la casa, de pronto, estaba llena de gente que venía a tomar el té, que se quedaba a cenar, y repleta de luces, del bullicio de los vestidos y de voces risueñas. En esas dos semanas conocí a más gente de la ciudad que en todas mis visitas anteriores. Siempre había tenido la vaga idea de que mi abuelo era un hombre importante, pero ahora veía que lo era diez veces más: unos y otros se dirigían formalmente a él como panov Moshel, incluso el mismo rabino, y en la mesa discutía de manera muy seria con otros hombres las cuestiones políticas del barrio judío; con frecuencia cerraban acuerdos allí mismo, entre ellos, como si estuvieran legitimados para hacerlo.

Yo no entendía por qué aquellos invitados no habían venido en otras ocasiones. Todos ellos se mostraban amables y encantados de verme.

—¿No será ésta la pequeña Miryem? —dijo panova Idin sonriéndome y acariciándome las mejillas: era la esposa de uno de los amigos de mi abuelo. No recordaba haberla visto nunca, tanto tiempo habría pasado—. ¡Qué mayor está ya! No tardaremos nada en ir a bailar a tu boda.

Mi abuela hizo un mohín con los labios al oírla. Mi madre parecía todavía más descontenta. No se movió de un rincón del cuarto de estar cuando llegaron los invitados, atareada con una camisa de lino liso que le estaba cosiendo a mi padre, y se limitó a decir lo justo a las visitas para no ser cortés, precisamente mi madre, quien se mostraba amable con los que le quitaban el alimento de la boca y jamás la invitaban a su casa.

—No soy de los que visten la mona de seda con tal de venderla —me dijo mi abuelo sin rodeos cuando por fin le pregunté por los invitados—. Tu padre no puede darte una dote como la que esperarían de mi nieta los invitados a esta casa, y le juré a tu madre cuando se casó que no le metería más dinero en el bolsillo a su marido para que lo volviese a perder.

Entonces comprendí por qué no había traído a sus invitados ricos, y por qué no quería que mi abuela me comprase los vestidos que él tenía en mente, con pieles y botones de oro. No iba a coger a la hija del molinero y a tratar de hacerla pasar por una princesa a base de galas prestadas con tal de cazar a un marido lo bastante zoquete como para dejarse engañar por aquello, o a otro que deshiciese el acuerdo en cuanto se enterase de la verdad.

Aquello no me enfadó. Me gustaba mucho en él aquella dura y fría honestidad, y me hizo sentir orgullosa que ahora sí tuviese invitados en casa e incluso que alardease de mí ante ellos, de cómo me había marchado con un talego de plata en la mano y había vuelto con uno de oro. Me gustaba sentir aquellas miradas, que me valoraban como quien sopesa una bolsa de monedas, y me gustaba poder mantener la cabeza bien alta mientras lo hacían, sentir mi propio valor.

En cambio, descubrí que me estaba enfadando con mi madre. La última noche antes de marcharnos, sus hermanas acudieron de nuevo a cenar; éramos

doce sentados a la mesa además de los pequeños, muchos, que gritaban ruidosos en el patio. A mi lado se sentó mi prima Basia: un año mayor que yo, muy guapa, con los brazos rollizos, el pelo liso castaño y brillante, y un collar y unos pendientes de perlas, serena y elegante. Había visitado a la casamentera un mes atrás, y ahora bajaba los ojos con una sonrisa en la mirada y en la comisura de los labios cada vez que su madre hablaba del joven que estaban considerando: Isaac, joyero —como el padre de ella— y habilidoso, aunque mi abuelo, un tanto escéptico, hacía gestos negativos con la cabeza y planteaba muchas preguntas sobre su negocio. Mi prima tenía las manos tersas y suaves. Nunca había tenido que realizar un trabajo duro, y sus ropas eran de fina costura, con un bello bordado de flores y pájaros cantando.

No la envidiaba, al menos no ahora que me podía comprar mi propio delantal bordado si me apetecía gastarme el dinero en ello. Me alegraba tener mi trabajo, pero sentía la tensión en mi madre, cerca de mí, como si hubiera deseado interponer la mano para evitar que viese la vida de Basia y quisiera algo parecido.

Al día siguiente nos marchamos volando a casa en el trineo sobre la capa de nieve congelada, a través del bosque oscuro. Hacía un frío cortante para ser primavera, pero tenía mi propia capa de pieles, llevaba tres enaguas debajo del vestido y nos arropábamos con tres mantas, cómodas y calentitas. Aun así, el rostro de mi madre iba cargado de pena. No nos dijimos nada.

—¿Preferirías que aún fuésemos pobres y pasáramos frío? —acabé reventando ante ella, en un silencio que pesaba entre nosotras en aquel bosque oscuro.

Mi madre me rodeó con los brazos y me besó.

—Querida mía, querida mía, lo lamento —me dijo con un leve llanto.

—¿Lo lamentas? —le pregunté—. ¿Estar caliente en vez de pasar frío? ¿Ser rica y estar cómoda? ¿Tener una hija capaz de convertir la plata en oro? —La aparté de mí.

—Ver cómo te endureces y te vuelves de hielo para conseguir todo eso —

replicó ella.

No respondí, me limité a acurrucarme entre mi ropa. Oleg les hablaba con un tono de urgencia a los caballos: acababa de surgir un brillo de plata entre los árboles, en la distancia, un asomo del camino de los saryk. Los caballos trotaban con más brío, pero el camino de los saryk se mantuvo a nuestra altura hasta que llegamos a casa, brillando entre los árboles. Podía sentirlo en el costado, el resplandor de un viento más frío que trataba de apretarse contra mí y perforarme la piel, pero me daba igual. Estaba más fría por dentro que por fuera.

A la mañana siguiente, Wanda llegaba tarde a casa, y cuando entró, venía sin aliento, con la cara arrebatada de sudor y las medias y la falda cubiertas de pegotes de nieve, como si hubiese venido campo a través y hubiera abierto a la fuerza una nueva senda en lugar de seguir el camino del pueblo.

—Los saryk están en el bosque —dijo sin levantar la vista.

Cuando salimos al patio, vimos que allí seguía el camino de los saryk, un leve resplandor entre los árboles a menos de trescientos cincuenta pasos de distancia.

Jamás había oído que el camino se hubiera aproximado tanto al pueblo. No teníamos una muralla, pero tampoco éramos lo bastante ricos como para tentarlos. Pagábamos nuestros impuestos en forma de grano y de lana, y los ricos cambiaban la plata por oro detrás de las murallas de la ciudad y lo guardaban en bancos igual que yo. Quizá alguna mujer tuviese un collar de oro, o un anillo —tardé en acordarme del botón de oro del cuello de mi vestido—, pero no habrían podido reunir un cofre pequeño de joyas de oro ni aunque hubiesen tirado abajo la puerta de todas y cada una de las casas de la calle principal.

El bosque irradiaba un frío glacial; si te arrodillabas y sacabas la mano desnuda, podías sentir el frío que reptaba por el suelo como el débil aliento de

un gigante lejano, y en el aire había un olor a ramas rotas de pino. Había una profunda capa de nieve en el bosque, pero daba la sensación de ser un frío excesivo para ser natural, incluso. Volví a echar un vistazo al pueblo y vi a otras personas que también miraban desde el patio de sus casas, las más cercanas a la nuestra. Panova Gavelyte me frunció el ceño cuando cruzamos una mirada, como si fuese culpa nuestra, antes de entrar otra vez en su casa.

Sin embargo, no sucedió nada más, y había que hacer el trabajo de la mañana, de modo que poco a poco todos volvimos a entrar en nuestras casas y dejamos de pensar en el camino en cuanto dejamos de verlo. Me senté con mis libros a repasar todo cuanto había traído Wanda a casa durante las dos semanas que habíamos estado fuera. Sacó el cesto lleno de pan rancio y de grano para las gallinas y salió a darles de comer y a recoger los huevos. Mi madre había renunciado por fin a hacer cualquiera de las tareas al aire libre, y eso me alegraba: estaba sentada en la mesa pelando patatas para la comida, caliente junto al fuego, y tenía algo de color en las mejillas, una leve redondez que el invierno anterior le había consumido. Me negué a darle importancia a la manera en que me estaba mirando allí con mis libros.

Los números eran correctos y estaban claros, habían entrado las cantidades que debían entrar. Mi abuelo me había preguntado por mi criada, si era buena; no me consideró estúpida por haberle prometido a Wanda que le pagaría en metálico. «Es fácil que un criado se vuelva deshonesto cuando te trae unas monedas que nunca llega a tocar —me había dicho—. Haz que sienta que su fortuna aumenta con la tuya.»

Ya andaba un tanto recelosa de lo que estaba creciendo mi fortuna, aun con catorce monedas de oro entre los gruesos muros de la cámara del banco de mi abuelo. Sabía que ese dinero no procedía en realidad de mis préstamos; era la dote de mi madre, que por fin retornaba a nosotros. Mi padre lo había prestado tan rápido después de casarse, que acabó todo en los bolsillos de otros antes de que yo naciese, y había sido tan poco lo recibido como pago que todos nuestros vecinos en leguas a la redonda seguían en deuda con nosotros. Habían

arreglado sus casas y sus graneros, habían comprado cabezas de ganado y semillas, habían casado a sus hijas y habían enviado a sus hijos varones a vivir la vida, y, mientras tanto, mi madre había pasado frío, y a mi padre lo habían echado a patadas de sus casas. Tenía la intención de recuperar hasta la última moneda, y además los intereses.

No obstante, ya había recaudado el dinero fácil. Había una parte que nunca retornaría: algunos que pidieron préstamos a mi padre ya habían muerto, o se habían marchado tan lejos que desconocía su paradero. Ya estaba teniendo que aceptar más de la mitad de mis pagos en especie, en forma de trabajo o de otro modo, y convertir aquello en monedas no era tarea fácil. Nuestra casa ya era acogedora, y teníamos tantas gallinas como éramos capaces de cuidar. La gente me había ofrecido también una cabra o una oveja, pero no sabíamos nada sobre cómo mantenerlas. Podía venderlas, pero resultaba complicado, y sabía que no debía darles a mis clientes ni un céntimo de crédito por debajo del importe total que recibía por sus mercancías en el mercado. Me dirían que los estaba estafando, aunque dedicase mi tiempo al trabajo de venderlas.

Sólo prestaba dinero nuevo a quienes me ofrecían una esperanza razonable de que lo tendrían para pagarme, y lo hacía en cantidades pequeñas y cautelosas, pero eso me generaba un flujo de pagos igualmente cauteloso, y aun así no sabía cuántos me dejarían de pagar antes de cancelar toda su deuda. De todos modos, mirando mis cuentas después de haber puesto en orden las cantidades que habían entrado, decidí que empezaría ya a pagar a Wanda: cada día cancelarían medio penique de la deuda de su padre, se llevaría otro medio penique a casa y tendría unas monedas de verdad que guardar, y así, tanto ella como su padre tendrían la sensación de que Wanda estaba ganando dinero; dejaría de ser un simple número anotado en mis libros.

Acababa de tomar para mí la decisión de contárselo aquella tarde, antes de que se marchara a casa, cuando la puerta se abrió de golpe, y Wanda volvió a entrar corriendo con el cesto agarrado contra el pecho, aún lleno de grano.

—¡Han estado alrededor de la casa!

Al principio no supe a quién se refería, pero me levanté alarmada de igual modo; tenía la cara pálida y una expresión atemorizada, y Wanda no era asustadiza.

—Enséñamelo —pidió mi padre, que agarró el atizador de hierro de la chimenea.

—¿Ladrones? —dijo mi madre en voz baja.

Aquello fue también lo primero en lo que pensé, en cuanto pude pensar en algo. Me alegré de haberme llevado el dinero y haberlo dejado en el banco, pero entonces seguimos a mi padre al exterior y rodeamos la casa hasta la parte de atrás, donde las gallinas seguían cacareando ruidosas e indignadas a la espera de su alimento, y Wanda nos enseñó las marcas. No eran ladrones, ni mucho menos.

Las huellas de los cascos eran apenas una impresión poco profunda en la nieve en polvo más superficial, muy reciente. No habían atravesado la costra de hielo de debajo, pero eran muy grandes, del tamaño de la pezuña de un caballo pero hendidas, como las de un venado, y con unas marcas en el extremo de delante. Llegaban justo hasta la pared de la casa, donde alguien había descabalgado y se había asomado a nuestra ventana: alguien que llevaba unas extrañas botas de punta alargada.

Al principio no me lo creí, en absoluto. Desde luego que era algo extraño, pero pensé que alguien nos estaba gastando una broma, como aquellos niños de la aldea que a veces me tiraban piedras cuando era pequeña. Alguien se habría acercado a hurtadillas a dejar aquellas marcas para asustarnos, o quizá fuese algo aún más malicioso: para crear la excusa de algún robo que estuviesen planeando. No obstante, antes de abrir la boca para decirlo, me percaté de que nadie podría haber hecho aquellas marcas sin haber dejado sus propias huellas en la nieve a menos que se hubiesen descolgado del tejado de alguna manera, con un palo. Pero tampoco había ninguna marca en el tejado, y las huellas de pezuñas hendidas trazaban un extenso rastro que atravesaba nuestro patio y llegaba hasta el bosque, donde desaparecía bajo los árboles. Y,

al mirar en aquella dirección, vi el resplandor del camino plateado, que seguía allí, entre los árboles.

No dije nada, ni tampoco lo dijeron mis padres, y todos nos quedamos mirando hacia el camino en el bosque; sólo Wanda dijo de plano:

—Son los staryk. Los staryk han venido hasta aquí.

Aun así, aquél no era lugar para los staryk, el patio con las gallinas, asomarse por la ventana de nuestra habitación más grande: por encima de mi cama, no había nada que ver allí salvo la chimenea con su pequeña cacerola, el armario que mi padre le había hecho a mi madre, los sacos de grano en la despensa. Mi casa tenía un aspecto tan simple y tan ordinario que únicamente servía para que la sola idea pareciese más ridícula, de modo que me enderecé y volví a fijarme en las huellas como si me esperase que fueran a desaparecer y a dejar de convertir el mundo en un lugar más desordenado y absurdo.

Mi padre cogió el atizador y lo agitó directamente sobre las huellas, caminó por la nieve siguiendo la hilera, arrastró sobre ella el atizador hasta el lindero del bosque y regresó pisando sobre las propias huellas. Llegó hasta nosotras y dijo:

—No volveremos a oír nada semejante. Nadie sabe quién lo ha hecho, es posible que sólo fueran unos críos que quisieran gastar una broma estúpida. Vuelve a tus tareas, Wanda.

Me quedé mirándolo. Nunca había oído a mi padre hablar con un tono tan duro. Ni siquiera sabía que pudiese hablar así. Wanda vaciló. Miró hacia donde antes estaban las huellas, echó a andar lentamente sobre la nieve pisoteada y se puso a dar de comer a las gallinas. Mi madre permanecía allí de pie, bien envuelta en su chal, con los labios apretados y los puños cerrados con fuerza.

—Vuelve a la casa, Miryem —me dijo—, necesito que me ayudes con las patatas.

Seguí a mi madre al interior de la casa, y, al hacerlo, ella echó un vistazo por el camino, hacia el pueblo, pero todos los demás se habían metido en sus

casas y se dedicaban a sus tareas; no quedaba nadie fuera mirando.

Una vez dentro, mi padre se acercó a la ventana sobre mi cama con un palo fino que había sacado de la leñera, lo utilizó para medir su longitud y su anchura con unos cortes que hizo con su cuchillo, cogió después el abrigo y un hacha pequeña y volvió a salir con el palo fino en la mano. Lo vi marchar y miré a mi madre, que se asomaba al exterior, hacia la parte de atrás, a una Wanda ya atareada barriendo el patio.

—Miryem —dijo mi madre—, creo que sería bueno para tu padre disponer de la ayuda de un hombre joven. Le pediremos al hermano de Wanda que venga a quedarse con nosotros por las noches, y le pagaremos.

—¿Pagar a alguien sólo por dormir en casa? ¿De qué nos iba a servir si viniese uno de los staryk? —Era una idea tan ridícula que casi me reí al decirlo en voz alta, y no alcanzo a recordar por qué no pensé que fuera algo distinto de una broma.

Tenía la sensación de que acababa de vivir un sueño, y ya se estaba desvaneciendo.

—No digas ese tipo de cosas —me regañó mi madre, cortante—. No quiero que vuelvas a decir nada semejante. Y no hables con nadie sobre los staryk, en ningún lugar del pueblo.

Aquello lo entendí menos aún. Todo el mundo estaría hablando de los staryk, con el camino allí en el bosque, y mañana era día de mercado.

—Entonces no irás —sentenció mi madre después de que yo se lo dijese, y, cuando protesté y le conté que tenía mercancías de Vysnia que llevar para vender, me cogió por los hombros y me dijo—: Miryem, pagaremos al hermano de Wanda para que se quede por la noche, de manera que ella no le contará a nadie que los staryk vienen a nuestra casa. Y tú tampoco le contarás a nadie que han estado cerca.

Dejé de discutir.

—Hace dos años, a las afueras de Minask —me dijo mi madre en voz baja —, una banda de staryk cruzó los campos hacia tres pueblos, aldeas no mucho

más grandes que ésta. Quemaron las iglesias y las casas de los ricos y se llevaron todo el oro que pudieron encontrar, por poco que fuese. Sin embargo, pasaron por el pueblo de Yazuda, donde vivían los judíos, y no quemaron sus casas, y por eso la gente comenzó a decir que los judíos habían hecho un pacto con los staryk. Ya no quedan judíos en Yazuda. ¿Lo entiendes, Miryem? No dirás nunca que los staryk han venido a nuestra casa.

No estábamos hablando de enanitos, ni de magia ni de ninguna cosa absurda. Se trataba de algo que yo entendía perfectamente.

—Iré mañana al mercado —dije pasados unos instantes, y cuando pareció que mi madre estaba a punto de replicar algo, proseguí—: Sería extraño si no lo hiciese. Iré, venderé los dos vestidos nuevos que compré y charlaré sobre lo que está de moda en Vysnia.

Mi madre asintió un instante después, me acarició la cabeza y me tomó la cara entre las manos. Luego nos sentamos juntas a la mesa y nos pusimos a pelar el resto de las patatas. Fuera, oía a Wanda trabajar cortando leña, el firme *chac chac* del hacha con su ritmo constante. Poco tiempo después, mi padre regresó con los brazos cargados de ramas verdes y se pasó el resto de la mañana junto al fuego, tallándolas y colocándolas juntas formando pequeñas rejillas que clavó en los marcos de las ventanas de la casa.

—Estábamos pensando en que podríamos pagar al hermano de Wanda para que viniera a pasar aquí las noches —dijo mi madre sin levantar la mirada de su labor de punto mientras él trabajaba.

—Estaría bien tener por aquí a un hombre joven —reconoció mi padre—. Me preocupo cada vez que tenemos dinero en casa. En cualquier caso, me vendría bien la ayuda. Ya no soy tan joven como antes.

—Al final quizá podamos tener cabras —dije—. Él podría cuidar de ellas por nosotros.

Aquella mañana tras su regreso, Miryem me dijo:

—Wanda, nos gustaría que un hombre joven viniese a quedarse por las noches para ayudar a cuidar de la casa y ocuparse de unas cabras que vamos a traer. ¿Podría venir tu hermano y ayudarnos?

No respondí de inmediato. Quería decirle que no. Le había llevado los libros durante aquellas dos semanas enteras, mientras ella estaba fuera. Yo sola. Iba todos los días a hacer mis rondas, cada día a un conjunto distinto de casas, y después regresaba y preparaba la cena para su padre el prestamista y para mí, y entonces me sentaba ante la mesa con las manos un poco temblorosas y abría el libro con cuidado. Qué suave al tacto era el cuero entre mis dedos, por dentro, con cada fina página cubierta de letras y de números. Pasaba aquellas páginas, una tras otra, hasta que daba con las casas que había visitado aquel día. Miryem tenía un número distinto en la página de cada casa, y junto a él ponía el nombre de quien vivía allí. Mojaba la pluma, limpiaba el plumín, lo volvía a meter en la tinta y escribía muy despacio y le daba forma a cada número lo mejor que podía. Y luego volvía a cerrar el libro, limpiaba la pluma y guardaba la tinta en el estante. Y todo aquello lo hacía yo sola.

Durante todo aquel verano, cuando los días fueron más largos y podía quedarme un poco más, Miryem me había estado enseñando a escribir los números con una pluma. Me llevaba fuera después de cenar y los trazaba en la tierra con un palo, una y otra vez. Pero no sólo me enseñó a escribirlos, sino que me enseñó a «hacerlos», un nuevo número que salía de unir otros dos, y a restar un número de otro, también. Y no sólo números pequeños que podía llevar con los dedos o contando piedras, sino números grandes. Me enseñó a convertir cien peniques en un kopek, y veinte kopeks de plata en un zlotek de oro, y a volver a dividir una pieza de plata de nuevo en peniques.

Me dio miedo al principio, cuando empezó. Eso fue cinco días antes de coger el palo y trazar las líneas que ella había hecho. Miryem hablaba de ello como si fuera algo común y corriente, pero yo sabía que me estaba enseñando a hacer magia. Aún seguí sintiendo miedo después, pero es que no lo podía remediar. Aprendí a dibujar las formas mágicas en la arena, y luego lo hice

con una vieja pluma gastada y algo de ceniza mezclada con agua sobre una piedra plana, y por último con la propia pluma de Miryem y tinta sobre un trozo viejo de papel que ya estaba de color gris de lo mucho que se había escrito y se había borrado. Llegado el final del invierno, cuando ella se marchó de visita, pude llevar yo los libros por ella. Hasta comenzaba a ser capaz de leer las letras. Me sabía los nombres, de palabra, y en cada página me los decía a mí misma en voz baja, tocaba las letras con el dedo y veía qué letra hacía cada sonido. A veces, cuando me equivocaba, Miryem me obligaba a parar y me decía el correcto. Toda esa magia me la había entregado ella, y no deseaba compartirla.

Un año antes, le habría dicho que no sin pensarlo, con tal de guardármela para mí, pero eso fue antes de salvar a Sergey de los staryk. Ahora, cuando llegaba tarde a casa, él ya me había preparado a mí la cena. Stepon y él se habían pasado todo el invierno reuniendo pelo de cabra de los matorrales y del heno, lo suficiente como para hacerme un chal que me pudiese poner cuando iba caminando al pueblo. Era mi hermano.

Entonces estuve igualmente a punto de decir que no por miedo. ¿Y si Sergey contaba el secreto? Era algo tan grande que casi me veía incapaz de guardármelo yo dentro. Todas las noches me iba a la cama pensando en seis kopeks de plata bien agarrados en la mano, fríos y brillantes. Los iba sumando a base de juntar peniques de uno en uno, al menos mientras podía, antes de que me venciera el sueño.

Un instante después, sin embargo, dije muy despacio:

—¿Y este trabajo ayudaría a terminar antes de pagar la deuda?

—Sí —dijo Miryem—. Cada día ganaréis dos peniques entre los dos. La mitad irá a parar a la deuda hasta que esté saldada, y os daré la otra mitad en monedas, y aquí está la primera, por el día de hoy.

Sacó un penique limpio y redondo y me lo puso en la mano, brillante, como si fuera una recompensa por pensar que sí en lugar de no. Me quedé mirándolo y cerré el puño con fuerza en torno a la moneda.

—Hablaré con Sergey —le dije.

No obstante, cuando se lo conté en un susurro, en el bosque, lejos de donde podría estar Pa para oírnos, Sergey me preguntó:

—¿Y sólo quieren que me quede en la casa? ¿Me van a dar dinero, sólo por quedarme en esa casa y dar de comer a las cabras? ¿Por qué?

—Les dan miedo los ladrones —le dije, y en cuanto salieron aquellas palabras de mis labios, recordé que no era cierto, pero no me veía capaz de recordar cuál era la verdad.

Tuve que levantarme y hacer como si cogiese el cesto de las gallinas y me pasease antes de que el recuerdo de aquella mañana me asomara siquiera por la memoria. Había salido y me había comido en silencio parte del pan rancio, de pie, en el rincón de la casa donde no me verían ellos ni tampoco las gallinas, y entonces doblé la esquina y vi las huellas...

—Los staryk —dije. Sentí la palabra fría en la boca—. Los staryk estuvieron allí.

Si Miryem no me hubiese dado el penique, no sé qué habríamos hecho. Sabía que la deuda de mi padre ya no tenía importancia. Ninguna ley me obligaría a ir a una casa a la que iban los staryk a asomarse a las ventanas. Pero Sergey se quedó mirando la moneda en mi mano, yo la miré también, y me dijo:

—¿Un penique cada uno, todos los días?

—La mitad irá a pagar la deuda, por ahora —le dije—. Un penique cada día.

Pasó un instante y continué:

—Éste te lo quedarás tú, y yo me quedaré el siguiente.

Lo que no dije fue: «Vayamos al árbol blanco y pidamos consejo». Entonces fui igual que Pa. No quería oír la voz de Ma diciendo: «No vayáis, que habrá problemas». Yo ya sabía que habría problemas, pero también sabía lo que pasaría si dejaba de trabajar. Si se lo contaba a Pa, él me diría que no tenía que regresar ni por un minuto a la casa de unos demonios, y entonces me

vendería en el mercado por un par de cabras a alguien que quisiera una esposa con una espalda fuerte y sin números en la cabeza. No valdría ni seis kopeks, siquiera.

Y así fue que en su lugar le dije a mi padre que el prestamista quería a alguien que le ayudase a cuidar las cabras, y que pagaría más rápido su deuda si dejaba que Sergey fuera a su casa por las noches. Puso mala cara y le dijo a Sergey:

—Estarás de vuelta una hora después del amanecer. ¿Cuándo quedará saldada la deuda?

Sergey me miró. Abrí la boca y le dije:

—Dentro de tres años.

Me esperaba que me pegase, que me gritase que era una estúpida que no sabía hacer cuentas, pero Pa se limitó a gruñir:

—Sanguijuelas y chupasangres —dijo, miró a Sergey y añadió—: ¡Les dirás que te tienen que poner allí el desayuno! Nosotros ya no tendremos leche de las cabras.

Así que ahora disponíamos de tres años. Primero sería un penique cada dos días, y después un penique cada día. Sergey y yo juntamos las manos detrás de la casa.

—¿Qué compraremos con eso? —me dijo en un suspiro.

No supe qué responderle. No había pensado en comprar nada con el dinero, sólo me había imaginado tenerlo, un dinero real en mis manos.

—Si nos gastamos algo, Pa lo descubrirá —me dijo Sergey—. Nos obligará a dárselo.

Lo primero que pensé fue que Pa no querría llevarme al mercado, al menos. Si traía un penique a casa todos los días, estaría encantado de dejarme ir a trabajar para el prestamista. Pero entonces me lo imaginé quedándose con mis peniques, me vi teniendo que ponerle en la mano todas y cada una de aquellas monedas brillantes. Pensé que se las gastaría bebiendo y jugando, que no volvería a trabajar nunca. Estaría encantado.

—No lo haré —dije. Me ardía el estómago—. No permitiré que se quede con nada.

Pero tampoco sabíamos qué hacer.

—Lo esconderemos —propuse—. Lo esconderemos todo. Si trabajamos durante tres años y no nos lo gastamos, tendremos diez kopeks cada uno. Todo junto, eso sería un zlotek. Una moneda de oro. Cogemos a Stepon y nos iremos de aquí.

¿Adónde podríamos ir? No lo sabía, pero estaba segura de que cuando tuviésemos tanto dinero podríamos ir a cualquier parte. Podríamos hacer cualquier cosa. Y Sergey asintió; él pensaba lo mismo.

—¿Dónde lo podemos esconder? —preguntó.

Y así acabamos yendo al árbol blanco, y cavamos un hoyo bajo la piedra de la tumba de mi madre, metimos allí el penique y volvimos a taparlo con la piedra.

—Ma —dije—, guárdalo bien por nosotros, por favor.

Acto seguido nos marchamos de allí a toda prisa sin esperar a ver si pasaba algo. Sergey tampoco quería oír a Ma decirnos que no lo hiciésemos.

Sergey se marchó al pueblo aquella noche después de la cena, con un gorro que había hecho yo con trapos para envolverle la cabeza y mantenerle las orejas calientes. Me quedé en el patio de delante, viéndolo marchar. El camino de los staryk aún seguía cerca, en el bosque, brillando. No es que fuese como un farol, sino más bien como las estrellas en una noche nublada. Si intentabas mirarlo directamente, no podías verlo. Cuando apartabas la mirada, lo veías allí brillando con el rabillo del ojo. Sergey se había mantenido tan lejos de él como había podido. Ya no le gustaba ir al bosque. Fue todo el camino por la cuneta del sendero del pueblo, la del lado contrario a los árboles del bosque, pese a tener que ir arrastrando los pies por la nieve mientras que el camino ya estaba bien duro a aquellas alturas. Aun así, no tardó en desaparecer en la oscuridad.

Por la mañana, pude ver sus huellas aún en la nieve cuando fui yo hacia el

pueblo. Casi hubiera deseado que Sergey hubiese ido por el centro del camino para no verlas, porque me temía que se detuviesen en algún lugar del recorrido. Pero no lo hicieron. Las seguí durante todo el trayecto hasta la casa de Miryem, y allí estaba Sergey en la mesa, tomándose un cuenco de kasha caliente que olía a frutos secos y me hizo sentir el estómago vacío a mí también. En casa ya no desayunábamos, no había suficiente comida.

—Ha estado todo tranquilo durante la noche —me dijo Sergey, y cogí el cesto y salí a ver las gallinas.

Había todo un mendrugo de pan rancio en el cesto, y la parte del centro aún estaba blanda. Me lo comí y fui a atender las gallinas, pero no salieron a verme.

Me acerqué despacio. Había huellas por todo el gallinero. De la pezuña de un venado, pero grande y con garras. El ventanuco que había en lo alto, que yo había cerrado el día anterior al marcharme, estaba abierto de par en par como si algo hubiese husmeado por allí. Me agaché y metí la mano en el gallinero. Allí estaban las gallinas, todas juntas, agazapadas y con las plumas ahuecadas y voluminosas. Sólo había tres huevos pequeños, y, cuando los saqué, vi que uno tenía la cáscara gris, de un gris blanquecino como el de la ceniza de una chimenea.

Lancé el de color gris hacia el bosque con tanta fuerza como pude y pensé en barrer las huellas y hacer como si no las hubiese visto. ¿Y si el prestamista le decía a Sergey que no volviese más, ya que no había ahuyentado a los staryk? A lo mejor me enviaban a casa a mí también. Y si limpiaba las huellas de la nieve, quizá me olvidara de ellas igual que me había sucedido el día antes. Casi sería como si ni siquiera hubiesen estado allí. Fui a buscar la escoba que utilizaba para barrer el patio, pero estaba apoyada contra el lateral de la casa, y, cuando fui a cogerla, vi las huellas de las botas. Había muchas. Aquel staryk, el mismo de las botas en punta, había venido a la parte de atrás de la casa y había recorrido tres veces la pared, arriba y abajo, justo donde ellos dormían.

Capítulo 5

El hermano de Wanda no era mucho más que un crío: alto, de anchas espaldas e inexperto, un caballo medio famélico de grandes huesos que asomaban en los codos y las muñecas. Al llegar por primera vez aquella noche, se quedó mirando al suelo y dijo que su padre sólo le permitiría venir si le dábamos la cena y el desayuno, y cuando se sentó a la mesa, vi que Gorek no era ningún necio al plantear aquellos términos: comía como un animal. Por el precio de lo que se comía, bien le podíamos haber doblado el salario. De todas formas, no dije nada, ni siquiera cuando mi madre le dio otro trozo de pan con mantequilla. Mis padres habían trasladado mi cama a su habitación y, en su lugar, le habían dejado a Sergey un par de mantas sobre las que dormir.

Me desperté en la oscuridad de la madrugada. Mi padre se dirigía al salón, y una rendija abierta en la puerta dejaba entrar un aire cortante. Oí que Sergey se sacudía la nieve de las botas y que le decía a mi padre un breve «Todo tranquilo».

—Vuelve a dormirte, Miryem—dijo mi madre en voz baja—. Sergey sólo ha salido a echar un vistazo.

Abrí los ojos un par de veces más durante la noche, con el sonido de Sergey al salir y la nítida caricia del aire frío, pero los volví a cerrar de inmediato. No pasó nada. Nos levantamos por la mañana y comenzamos a preparar kasha para el desayuno. Sergey estaba fuera, clavando unos postes en el suelo para hacer un redil donde guardar las cabras. El camino de los staryk seguía allí, entre los árboles, pero cuando miré desde la ventana pensé que quizá estaba algo más lejos. Era un día frío y gris, y no había asomado el sol, pero aun así el camino relucía. Algunos niños del pueblo habían salido de la

aldea más allá de nuestra casa y se desafiaban a lanzar piedras al camino de los staryk o a tocarlo. Oía sus voces de alegría, cómo se provocaban los unos a los otros.

Wanda llegó mientras su hermano estaba aún sentado a la mesa comiendo, y salió con el cesto de las gallinas. Volvió con él casi vacío, sólo dos huevos a pesar de que ya teníamos nueve gallinas ponedoras. Dejó el cesto sobre la mesa, y todos nos quedamos mirando los huevos. Eran pequeños, de cáscara muy blanca.

—Hay más huellas detrás de la casa —dijo de sopetón.

Fuimos allí y las miramos. Las reconocí nada más verlas, aunque ya se me había olvidado el aspecto que tenían: hasta que Wanda abrió la boca, prácticamente se me había olvidado que allí había habido alguna vez unas huellas.

Las botas de punta habían estado merodeando por la pared trasera del dormitorio, habían ido y vuelto en tres ocasiones, y aquel animal de pezuñas hendidas se había detenido junto al gallinero y había dejado más huellas a su alrededor, por toda la nieve, como un zorro que hubiese estado olisqueando en busca de un agujero por donde colarse. Todas las gallinas estaban juntas y agazapadas allí dentro, formando un único montón de plumas.

—¡Miré bien, lo juro! —aseguró Sergey.

—No te preocupes, Sergey —le respondió mi padre.

Wanda barrió el patio, y tiramos los dos huevos a los despojos. Sentí por los hombros la tensión del brazo de mi madre cuando entramos de nuevo en la casa.

Sergey regresó a la granja de su padre, Wanda hizo la limpieza y fue a buscar agua. No me volví a olvidar de las huellas, aunque quería hacerlo, pero cuando Wanda entró, me puse en pie y dije:

—Venga, nos vamos al mercado. —Y cogí el chal como si ese día no hubiera sucedido nada extraño ni fuera de lo común.

Cuando salimos, no dejé de darle la espalda al bosque. Notaba un aire frío

en los talones, unos dedos que se contraían y ascendían por debajo del largo dobladillo de mi vestido. No me di la vuelta para ver si aún estaba ahí el resplandor de plata del camino de los staryk.

Wanda llevaba el cesto con todas las baratijas pequeñas que había comprado en Vysnia para venderlas, y también los dos vestidos que había comprado para mí en un alarde de extravagancia, porque mi madre no me dejó comprarle uno a ella. Eran dos vestidos preciosos y que abrigaban mucho, de lana, con unas flores grandes que destacaban por todo el bajo en tonos verdes y azul oscuro sobre un tejido rojo. Me fui directa al puesto de Marya, la costurera, saqué los bajos de los vestidos para enseñárselos y le dije:

—Mira el nuevo diseño que tienen en Vysnia este año.

Un grupo de mujeres se congregó a mi alrededor para echar un vistazo de inmediato, un muro de contención contra cualquier otro cotilleo que pudiera estar corriendo. Un diseño nuevo era más importante para ellas que el camino de los staryk, algo en lo que nadie deseaba pensar demasiado, la verdad, y tampoco se veía desde la plaza del mercado. Marya, por supuesto, me preguntó cuánto quería por los vestidos. No respondí de inmediato. Estaba rodeada por seis mujeres que me miraban a la cara como unos cuervos dispuestos a soltar un picotazo. Por un solo y brevísimo instante, se me pasó por la cabeza dejarle los vestidos baratos, dejar tras de mí una sensación amistosa que pudiera hablar en mi defensa llegado el caso de que alguien se pusiese a hablar del camino de los staryk y de lo cerca que estaba de nuestra casa. De repente comprendí mejor a mi padre.

Respiré hondo y dije:

—No sé si podré venderlos así, sin más. Se puede ver la cantidad de trabajo que tienen, y de las mejores manos de Vysnia. Están hechos para un casamiento, y he pagado mucho para conseguirlos y traerlos hasta aquí. No puedo venderlos por menos de un zlotek cada uno.

Me pasé todo el día de pie en el mercado sin moverme del sitio mientras las mujeres venían a ver aquellos vestidos que valían un zlotek y murmuraban

entre ellas sobre los bordados, el corte, los vivos colores. Examinaban las costuras y asentían cuando les señalaba lo cuidadas y perfectas que eran las puntadas, tan pequeñas, que se notaba que habían utilizado un hilo muy fino. Entretanto les vendía el resto de la mercancía, las demás cosas que me había traído de Vysnia. Todo se vendió por más de lo que esperaba, como si aquellos objetos hubiesen adquirido el resplandor del lujo. Al final de la jornada vino el recaudador de impuestos, que gustaba de detenerse en el mercado de vez en cuando a pesar de disponer de un criado que le hacía las compras, me pagó dos zloteks y se llevó los vestidos para el ajuar de su hija.

Volví a casa con el corazón saliéndome del pecho, con una especie de fiereza triunfal en la garganta, medio temerosa y sin saber muy bien qué hacer. Tan sólo había pagado un kopek por cada vestido. Mis padres no dijeron nada cuando puse los dos zloteks sobre la mesa con todos los peniques y los tres kopeks que también había ganado con las ventas. Mi padre dejó escapar un leve suspiro, casi sin hacer ruido.

—Bueno, parece que mi hija sí que es capaz de convertir la plata en oro — reconoció casi con impotencia, me puso la mano en la cabeza y me hizo una caricia, como si lo lamentase en lugar de estar orgulloso.

Los ojos se me llenaron con el escozor de unas lágrimas que ardían de ira, pero encajé los dientes, me guardé el oro en la bolsa de cuero y le di a mi madre el tarro de cerezas en conserva que había comprado para todos como un capricho. Después de cenar, mi madre preparó un té fuerte y puso las cerezas en un plato de cristal con una cucharilla pequeña de plata, la última pieza que quedaba del servicio de té que se trajo al contraer matrimonio. El resto había ido desapareciendo en el mercado con el transcurso de los años, cada vez que pasábamos hambre. Metimos las cerezas dulces en el té, nos tomamos la bebida caliente y dulce, nos comimos las cerezas que se habían calentado y dejamos en cada cuchara los huesos con los labios, con suma delicadeza.

Wanda quitó la mesa, se puso su pañoleta en la cabeza y se preparó para marcharse. Se detuvo entonces y alzó la mirada cuando la estancia entera se

oscureció. Se veía por las ventanas que fuera había empezado a nevar de repente, y, cuando abrimos la puerta, nevaba ya con tal fuerza que no se veía la siguiente casa del pueblo. En la otra dirección, el camino de los staryk permanecía visible, como si de algún modo brillara con más fuerza en la nieve, y por un instante casi creí haber visto algo que se movía por él, entre los árboles.

—No te puedes marchar con este tiempo —dijo mi madre—. Te quedarás hasta que pare.

Wanda retrocedió y empujó la puerta para cerrarla con un esfuerzo contra el viento.

Sin embargo, no dejó de nevar durante el resto de la tarde. Ni siquiera amainó un poco. Al caer la noche, Wanda y mi padre salieron y quitaron la nieve de lo alto y de alrededor del gallinero para que las gallinas no se asfixiaran. Nos volvimos a acurrucar dentro, como si también nosotros fuéramos gallinas metidas en un gallinero. El olor del estofado había desaparecido a pesar de que los restos aún seguían en el fondo del hogar para mantenerlo templado, y de que mi madre había puesto a asar unas patatas en los rescoldos para una cena tardía. El ambiente estaba cargado de un frío gélido que te dejaba una sensación cortante en la nariz, sin nada cálido ni vivo en el aire, ni siquiera el olor a tierra o a hojas en descomposición. Intenté ver algo para ponerme con mis libros y coser después, pero tuve que dejarlo todo. Estaba demasiado oscuro, y parecía que la luz de la vela no alcanzaba más allá de la mesa.

—Vamos, no deberíamos quedarnos así, tan apagados —dijo por fin mi padre con todos sentados como pequeños bultos silenciosos debajo de los abrigo de pieles, de los chales y de las mantas—. Cantemos juntos.

Wanda nos escuchó cantar, y cuando hicimos una pausa para coger aliento, preguntó de forma abrupta:

—¿Es magia eso?

Mi padre dejó de cantar.

—No, Wanda, por supuesto que no —afirmó mi madre con tono firme—. Es una loa a Dios.

—Ah —dijo Wanda sin añadir nada más, y ninguno volvimos a cantar en un buen rato. Entonces prosiguió—: Es para que los mantenga alejados, ¿no?

—No sé yo, Wanda —respondió mi padre con voz queda un instante después—. Dios no nos salva de los sufrimientos de esta tierra. Los staryk afligen tanto a justos como a pecadores, igual que las penas y las enfermedades.

Nos contó de memoria la historia del Libro de Job. No es que fuera un consuelo, ni mucho menos, a no ser que te gustara el final —que a mí no—, pero mi padre no llegó hasta ahí aquel día; iba justo por el punto en que Job se lamenta de la injusticia de Dios tras haber perdido a toda su familia, cuando se oyó el golpe en la puerta, un fuerte impacto como si alguien llamase con un bastón recio. Todos nos sobresaltamos, y mi padre dejó de hablar. Nos quedamos sentados con los ojos clavados en la puerta. Finalmente, mi padre dijo de forma abrupta:

—Pero bueno, no hacía falta que Sergey intentara venir con la que está cayendo.

Se levantó y fue a la puerta. Me dieron ganas de protestar a gritos, de decirle que retrocediese; vi que Wanda se encogía todavía más en aquel nudo de mantas, con una fuerte expresión de recelo en la cara. Ella tampoco pensaba que fuese su hermano. En realidad, ni siquiera mi padre lo pensaba. Se llevó consigo el atizador camino de la puerta, alargó la mano izquierda, y abrió de golpe con un rápido tirón y el atizador bien alto y en ristre.

Pero no había nadie en la puerta. No entró ni el viento. La nieve había dejado de caer tan rápido como había llegado, y en el exterior tan sólo se veía la habitual oscuridad de la noche, unos últimos copos que flotaban y reflejaban la luz de la chimenea al terminar de caer a la deriva más allá de nuestro umbral. Me quedé observándolos y volví la cabeza hacia la ventana, entre los barrotes, hacia el bosque: el camino de los staryk había desaparecido.

—¿Qué pasa, Josef? —preguntó mi madre.

Mi padre permanecía en la puerta, mirando al suelo. Aparté las mantas, me levanté y me acerqué a su lado. Ni siquiera hacía ya tanto frío allí fuera; me bastaba con el chal. El camino de nuestra casa estaba otra vez cubierto de una nieve que me llegaba hasta la rodilla e, incluso bajo los aleros, había cubierto rápidamente el suelo de piedra de la entrada. Una hilera de huellas de pezuñas hendidas daba la vuelta a la casa desde la parte de atrás, y había un par de marcas de unas botas puntiagudas en la nieve recién caída ante nuestra puerta. En el mismo centro del escalón del umbral, descansando leve sobre la superficie, había un pequeño bolso de cuero blanco bien cerrado.

Mi padre echó un vistazo alrededor. Ya podíamos ver a nuestros vecinos: todas las casas habían quedado convertidas en unas setas achaparradas y blancas, con la parte superior de las ventanas iluminada por encima de la nieve que cubría los alféizares. No había un alma en el camino, por ninguna parte, pero al asomarme a mirar, vi movimiento en una ventana, la mano de un niño que limpiaba un círculo en el cristal congelado. Mi padre se agachó con rapidez, cogió el bolso de cuero y se lo llevó dentro. Cerré la puerta a su espalda.

Puso el bolso en la mesa. Nos reunimos todos a su alrededor y nos quedamos mirándolo como si fuera un carbón encendido que pudiera prender e incendiar toda la casa en cualquier momento. Era blanco, de cuero blanco, no teñido por algún método ordinario del que hubiera tenido conocimiento alguna vez: tenía el aspecto de haber sido siempre blanco, de arriba abajo. No había costuras ni puntadas que pudieran apreciarse por los lados. Finalmente, al ver que nadie más se movía para tocarlo, tiré del cordel blanco de seda de la parte de arriba para abrirlo y vacié las monedas que había dentro. Seis monedas de plata, pequeñas, finas, planas y perfectamente redondas que se deslizaron sobre la mesa en un montoncito con el tintineo de unas campanillas. La cálida luz de la chimenea inundaba toda la casa, pero en aquellas monedas había un resplandor frío, como si estuvieran bajo la luna.

—Es muy amable por su parte hacernos este obsequio —dijo mi padre con aire seco.

Por supuesto, los staryk jamás harían tal cosa. A veces oías historias de unas hadas que venían con regalos. Mi propia abuela hablaba de una historia que en ocasiones le contaba a ella su abuela: decía que cuando la abuela de esta última era niña, en Elkurt, en el oeste, se encontró un día con un zorro ensangrentado en el alféizar de la ventana de su alcoba en el ático, como si lo hubiera herido un perro. Lo metió dentro, le curó la herida y le dio un poco de agua. El zorro se la bebió a lametones y le dijo a la niña con una voz humana: «Me has salvado, y algún día te devolveré el favor». Y volvió a salir por la ventana de un salto. Cuando la niña creció y se convirtió en una mujer, con sus propios hijos, abrió un día la puerta de la cocina al oír que raspaban en ella, y allí estaba el zorro, que le dijo: «Coge a toda tu familia y todo el dinero que tengas en la casa y ve al sótano a esconderte».

Ella hizo lo que le dijo el zorro, y nada más esconderse oyeron el rugido de unas voces airadas en el exterior. Unos hombres entraron en su casa, tiraron al suelo los muebles y lo rompieron todo, y se olió una densa nube de humo en el ambiente. No obstante, y sin saber muy bien cómo, aquellos hombres no dieron con la puerta del sótano, y el humo y el fuego no descendieron hasta allí.

Aquella noche volvieron a salir sin hacer ruido y se encontraron con que habían quemado su casa, la sinagoga y las casas de todos sus vecinos. Cogieron las pocas posesiones que les quedaban y corrieron hasta los límites del barrio, donde pagaron al dueño de una carreta para que los llevase al este, y así fue como llegaron a Vysnia, donde el duque acababa de abrir las puertas a los judíos, si venían con dinero.

Pero ésa era una historia de otro país. No se oían historias así sobre los staryk. Lo que te contaban aquí era que un caballero staryk herido y desfallecido llegó un día a lomos de una extraña bestia blanca al granero de una familia de campesinos, y que esta familia, atemorizada, lo había metido en su casa y había curado sus heridas. Cuando el caballero se despertó, cogió la

espada, los mató, llegó a rastras hasta su corcel y cabalgó de vuelta a los bosques todavía sangrando, y el único motivo por el que se supo de lo sucedido fue que la madre había enviado a sus dos hijos pequeños a esconderse en el almiar del granero y les había dicho que no se moviesen de allí hasta que el staryk se hubiese marchado.

Por eso sabíamos que los staryk no nos habían entregado plata por pura amabilidad. No se me ocurría por qué lo habrían dejado, pero allí estaba, sobre nuestra mesa, reluciendo como un mensaje que éramos incapaces de entender. Mi madre respiró hondo, me miró y me dijo en voz baja:

—Quieren que las conviertas en oro.

Mi padre se sentó ante la mesa y se tapó la cara, pero yo sabía que era culpa mía, tanto hablar sobre convertir la plata en oro en el corazón del bosque, en aquel trineo sobre la nieve. Los staryk siempre querían oro.

—Cogeremos el dinero de la cámara —dijo mi madre—. Menos mal que lo tenemos.

—Mañana regresaré a la ciudad —añadí yo.

Luego salí y me quedé en el patio de la casa, en la nieve recién caída, con ambos puños apretados con fuerza.

La capa superior ya estaba congelada, dura y sólida: iría bien para viajar, para desplazarse rápido. Había seis monedas de plata en el bolso, y yo había guardado catorce monedas de oro apenas en aquella última visita. Podía pagar a Oleg por su trineo, regresar a Vysnia y sacar seis monedas de oro de la cámara del banco de mi abuelo, entregárselas a los staryk —seis monedas de oro que me había trabajado yo— y utilizarlas para comprar mi seguridad.

Wanda salió envuelta en su chal para ir a dar de comer a la nueva cabra que habíamos traído a casa del mercado. Ni que decir tiene, con aquella tormenta, que Sergey no había venido, y ya era tarde para que Wanda se marchase andando a casa. Me miró y entró en silencio en el establo; al salir me preguntó de sopetón:

—¿Les darás tu oro?

—No —le dije, hablando tanto para ella como para que me oyeran los staryk en el bosque—. No, no les daré absolutamente nada. Quieren que la plata se convierta en oro, y eso es lo que haré.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Miryem cogió la bolsa de cuero blanco de los staryk, se marchó a casa de Oleg y le pidió que la llevara de vuelta a Vysnia. No me pidió que le pusiera al día los libros. Ni siquiera me recordó que fuese a recaudar los pagos. Su madre salió a la puerta del patio a despedirse de ella y permaneció allí un largo rato sujetándose el chal sobre los hombros, incluso después de que el trineo hubiese partido.

Pero tampoco necesitaba que me lo recordaran. Cogí el cesto y salí a hacer mis rondas. Era el sexto día del mes, de modo que hoy recaudaría en el pueblo. A nadie le gustaba verme llegar, pero Kajus siempre me sonreía de todas formas, como si fuéramos amigos, aunque no lo éramos. Cuando empecé a trabajar para Miryem, Kajus siempre pagaba en jarras de krupnik. A Miryem no le gustaba eso, porque él vendía ese mismo krupnik en el mercado todas las semanas, caliente y recién salido de la caldera en invierno, y todo el mundo se lo compraba a él, y no a ella. Miryem había encontrado una posada camino abajo donde se lo compraban si tenía diez tarros para vender, pero eso eran más complicaciones de las que ella quería, y debía pagar a alguien para que lo llevara hasta allí.

Pero entonces Kajus me dio una botella en malas condiciones, que parecía perfecta por fuera, pero Miryem olisqueó la parte superior del tapón, lo abrió y salió un olor a hojas podridas. Se quedó mirándolo con un mal gesto en los labios y me dijo que apartase aquella botella de las demás, que la dejase en un rincón de la casa y que no le dijese nada a Kajus. El hombre me dio otras dos botellas malas seguidas en los dos meses siguientes. Después de la tercera, Miryem me dio los tres corchos y me envió con ellos de vuelta a decirle a

Kajus que estropearse tres veces era ya demasiado, y que no aceptaría más de su krupnik como pago, de modo que ahora tendría que pagar en peniques. En esa ocasión no me sonrió.

Pero hoy sí.

—¡Pasa y entra en calor! —me dijo, aunque ese día ya no hacía tanto frío—. Tendrás que esperar un rato. El mayor de mis chicos ha ido a llevarle mi último lote a panova Lyudmila y traerá el dinero. —Hasta me dio un vaso de krupnik para beber. Solía tener el dinero esperando, y nunca tenía que invitarme a pasar—. Así que Miryem ha vuelto a Vysnia a por más vestidos, ¿eh? ¡Está haciendo un buen negocio! Y tiene la suerte de contar contigo aquí, en casa, para cuidar sus asuntos.

—Gracias —le dije con cortesía al dejar el vaso—. Es un buen krupnik.

Me pregunté si pretendía sobornarme para que me llevara menos. Otra gente lo había intentado. No entendía por qué pensaban que iba a aceptarlo. Si le llevaba menos a Miryem, ella anotaría la cantidad menor en el libro, y ellos seguirían debiendo todo lo que no hubieran pagado. Sólo se ahorrarían dinero en caso de que pretendiesen decir que había sido yo quien se había quedado con él cuando llegase el momento de declarar que su deuda estaba pagada. Y por qué no me iban a engañar a mí, si yo les había ayudado a engañar a Miryem.

—Sí, esa chica sabe lo que se hace —prosiguió Kajus—. Puedes confiar en que encontrará a una muchacha trabajadora que le ayude. ¡No eres sólo una cara bonita! Ah, ya viene Lukas.

Su hijo entró en la casa con una caja de tarros vacíos. Era un poco más mayor que Sergey, aunque no tan alto como él ni como yo, pero sí tenía la cara rellena, y buenas carnes en los huesos. No pasaba hambre. Me miró de arriba abajo.

—Lukas, dale siete peniques para el prestamista —le ordenó su padre, y el muchacho fue contando los peniques que me iba poniendo en la mano. Era más de lo que tenían que pagar—. Yo también he estado haciendo un buen negocio

—me contó Kajus con un guiño afectuoso—. ¡Este tiempo tan frío! Un hombre tiene que calentarse la panza con algo. Esto debe de ser especialmente malo allá lejos, en vuestros campos —añadió—. Hace mucho que no veo a tu padre por el pueblo.

—Sí —le dije cautelosa.

Mi padre no venía porque no nos sobraba nada para gastarlo en aguardiente.

—Toma —me dijo Kajus, y me entregó una jarra sellada de las pequeñas, de las que vendía en el mercado por una pizca si le traías de vuelta la jarra. Me quedé mirándola sin cogerla. No sabía para qué era; ya me había pagado, pero Kajus continuaba ofreciéndomela con insistencia—. Un regalo para tu padre —me dijo—. Ya me traerás la jarra cuando tengas oportunidad.

—Gracias, panov Simonis —le dije, porque tenía que hacerlo.

No quería llevarle a mi padre una jarra de krupnik para que se emborrachase en casa y nos zurrase, pero no veía la forma de salir airosa. La próxima vez que Pa viniese al pueblo, Kajus esperaba que le diese las gracias, y si se descubría que yo no le había dado la jarra, entonces sí que me llevaría una buena tunda. Así que puse la jarra en el cesto.

Nadie más me invitó a krupnik en las demás casas. Marya la costurera fue la única que me dijo algo además de entregarme el dinero.

—Entonces, Miryem se va a traer más vestidos de Vysnia, ¿verdad? —me soltó sin preámbulos. Apenas me había dado un penique—. Me parece irse un poco lejos, y por una mercancía muy valiosa. Quién sabe si será capaz de vender algo más.

—No sé si traerá más vestidos, panova —le dije.

—Bueno, hará lo que le venga bien a ella y a nadie más, eso seguro —dijo Marya, y me cerró de un portazo en la cara.

Regresé a la casa y desempaqueté los pagos. Uno de los prestatarios me había dado una gallina vieja que ya no ponía huevos, lista para la cazuela.

—¿La querrá hoy, panova Mandelstam? —le pregunté a la madre de

Miryem—. Puedo retorcerle el pescuezo y desplumarla si quiere.

Estaba cosiendo y, cuando le pregunté, alzó la mirada y giró la cabeza en torno a la habitación como si estuviera buscando algo que había perdido.

—¿Dónde está Miryem? —me preguntó como si se le hubiese olvidado, pero negó con un gesto y dijo—: Ay, qué tonta soy. Ha vuelto a Vysnia a por más vestidos.

—Sí, ha ido a Vysnia a por vestidos —dije despacio.

Algo me sonaba mal en todo aquello, pero claro, ése era el motivo de que hubiese vuelto. Eso pensaban todos los demás.

—Bueno, hay suficiente comida en la casa. Guardaremos esa gallina —dijo panova Mandelstam—. Déjala con las demás por ahora y vuelve a entrar. Es la hora de la cena.

Me llevé la gallina vieja y la metí en el gallinero. Me fijé en la nieve de detrás de la casa, acumulada por el viento y sin huellas de ninguna clase, y en la escoba medio enterrada y apoyada contra la pared: era la que yo misma había utilizado para borrar las huellas de aquel staryk que se había acercado a la casa la noche antes y había dejado un bolso con monedas de plata para que Miryem la convirtiese en oro. Me estremecí y regresé dentro para poder olvidarlo de nuevo.

Tenía que marcharme después de cenar. Mi padre ya estaría enfadado porque el día anterior no había aparecido para ponerle la cena, a causa de la tormenta, pero me puse a barrer el suelo, fui a echarles un ojo a las gallinas y lo anoté todo en el libro antes de irme. La noche anterior había dormido en el camastro que habían hecho para Sergey, calentita y a gusto en la estancia grande con el horno y el olor a masa, a estofado, a kasha y a miel. Mi casa no olía así. Con la cena, la madre de Miryem me dio una taza de leche fresca de vaca de un balde grande con el que había pagado panova Gizis; también me dio dos peniques por dos días, aun cuando Sergey no había venido la noche anterior por la tormenta, y un hatillo para mi cesto con algo de pan, huevos y mantequilla.

—Sergey no recibió su cena ni su desayuno —me dijo.

Me puse el chal y me marché con el peso de su amabilidad bajo el brazo.

Di un rodeo a través del bosque, oculté el hatillo entre las raíces del árbol blanco y enterré otra vez los peniques. Puse uno en mi montón y otro en el de Sergey. Luego me dirigí a la casa, y allí estaba Stepon tratando de darle vueltas a un puchero de gachas que se había endurecido. Tenía una marca muy roja en la cara, y hacía gestos de dolor al moverse. Me miró con una expresión infeliz. Al parecer, la noche anterior nuestro padre le dijo que preparase la cena, y después le pegó por no saber cómo hacerlo.

—Siéntate y descansa —le dije—. Tenemos algo para más tarde.

Aclaré las gachas con un poco de agua y cociné unos repollos. Mi padre entró enfadado, gritando mientras se quitaba las botas y diciéndome que no tenía motivos para quedarme en el pueblo por una pequeña nevada que había pasado tan rápido, y que el prestamista descontaría de la deuda un día más por quedarse conmigo.

—Se lo diré —dije apresurándome a poner el repollo en la mesa, antes incluso de que él llegara hasta el fondo de la casa—. Panov Simonis me ha dado un regalo para ti, Pa.

Dejé la botella de krupnik sobre la mesa y pensé que quizá la pudiese utilizar para evitar ahora una zurra, ya que más tarde estaría igualmente borracho.

—¿A cambio de qué me ofrece Kajus un regalo? —dijo Pa, que olisqueó la botella con suspicacia al abrirla.

Sin embargo, no tardó en empezar a bebérsela a grandes tragos, entera, mientras se comía medio repollo y las gachas. Los demás nos tomamos nuestra ración con rapidez y sin levantar la cabeza.

—Iré ahora a por la leña, ya que no he estado en casa —dije.

Pa no me dijo que no fuese. Sergey y Stepon se escaparon conmigo, y me los llevé al árbol blanco. El hatillo aún estaba allí, donde lo dejé, y no se había congelado. Compartimos la comida, y mis hermanos me ayudaron a

recoger la leña. Después Sergey se marchó por el camino hacia el pueblo, y Stepon se acurrucó conmigo fuera, contra la pila de leña, y me ayudó a mantener el calor mientras escuchábamos por las rendijas cómo Pa cantaba a voces.

Pero de pronto dejó de cantar y me llamó a gritos.

—¡Será estúpida, qué lejos se ha ido! —dijo entre gruñidos al ver que no respondía—. El fuego ya se está apagando.

Pasó un buen rato antes de que se fuera a la cama y empezase a roncar. A esas alturas, Stepon y yo ya estábamos helados. Nos colamos en la casa haciendo el menor ruido posible, echamos más leña al fuego para que durase encendido hasta el alba y puse kasha a hacerse para el desayuno. Enseñé a Stepon a prepararla para que supiese hacerlo la próxima vez. Nos metimos silenciosos en la cama y nos fuimos a dormir. Por la mañana, mi padre me arreó seis azotes con el cinto por haberme alejado tanto a pesar de que el fuego estaba en perfectas condiciones y de que el desayuno estaba listo. Creo que me zurró, más que nada, porque no había estado ahí por la noche. Pero tenía un fuerte dolor de cabeza y estaba hambriento, de manera que, cuando Stepon le puso un cuenco grande de kasha caliente sobre la mesa, dejó de zurrarme y se sentó a comer. Me limpié la cara, tragué saliva y me senté a su lado.

Ya era tarde cuando llegué a Vysnia en el trineo de Oleg. Esa noche dormí en casa de mi abuelo, y, a la mañana siguiente, bajé bien temprano al mercado de nuestro barrio y pregunté hasta que di con el puesto de Isaac el joyero, aquel con quien pretendía casarse mi prima Basia. Era un joven con gafas y unos dedos pequeños y gruesos aunque muy hábiles, apuesto, con buenos dientes, unos bonitos ojos castaños y la barba corta para que no se le entrometiese en el trabajo. Estaba inclinado sobre un yunque en miniatura, martilleando un disco de plata con sus minúsculas herramientas, tremendamente preciso. Me

quedé observándole trabajar durante unos diez minutos antes de que suspirase y dijese un «¿Sí?» con un leve aire de resignación, como si hubiera albergado la esperanza de que me marchase en vez de causarle molestias con algún asunto. Saqué mi bolso de cuero blanco y volqué las seis monedas de plata en el paño negro sobre el que trabajaba.

—Con esto no basta para comprar nada aquí —dijo con total naturalidad y sin apenas echar un vistazo; se disponía a reanudar su trabajo, pero frunció ligeramente el ceño y se giró de nuevo. Cogió una moneda y la observó con detenimiento, le dio la vuelta entre los dedos y la frotó, la volvió a dejar y me miró sin parpadear—. ¿Dónde las has conseguido?

—Llegaron a través de los staryk, si estás dispuesto a creerme —le dije—. ¿Puedes hacer algo con ellas? ¿Una pulsera o un anillo?

—Te las compro —se ofreció.

—No, gracias.

—Convertirlas en un anillo te costaría dos zloteks —me dijo—. O te las compraría por cinco.

Me dio un vuelco el corazón: si estaba dispuesto a comprármelas por cinco, eso significaba que Isaac creía que podía vender por más aún cualquier cosa que hiciese con ellas. Sin embargo, no traté de regatearle el precio.

—A cambio, tengo que devolver seis monedas de oro a los staryk —fue lo que le dije—. Así que te puedo pagar un zlotek para que me hagas un anillo o, si quieres, puedes vender lo que hagas con ellas y nos dividiremos el beneficio que quede después de apartar el pago de los staryk. —Y eso era lo que yo realmente quería; estaba segura de que Isaac podría vender mucho mejor que yo cualquier pieza de joyería—. Soy Miryem, la prima de Basia —añadí por último.

—Ah —exclamó, volvió a mirar las seis monedas y las movió con los dedos.

Por fin accedió. Me senté en un taburete detrás de su mostrador, y comenzó a trabajar. Fundió las monedas en un pequeño horno que compartían los

joyeros, en el centro de sus puestos, y vertió la plata líquida en un molde, uno grueso hecho de hierro. Cuando estaba a medio enfriar, lo sacó con los dedos enguantados en cuero y grabó un dibujo en la superficie, imaginativo, lleno de ramas y de hojas.

No le llevó mucho tiempo: la plata se fundió y se enfrió con facilidad, y aceptó sin inconveniente la minúscula punta del buril. Cuando terminó, dejó caer el anillo sobre un terciopelo negro, y nos quedamos allí los dos, mirándolo en silencio durante un rato. Era como si aquel dibujo se moviera y mutara de forma extraña: te atraía la mirada y la cautivaba, y lucía con un brillo frío aun al sol del mediodía.

—El duque lo comprará —dijo Isaac, y envió a su aprendiz corriendo al centro de la ciudad.

El muchacho regresó con un criado alto, imponente, vestido de terciopelo y con una trenza de oro, cuya expresión dejaba claro en cada arruga lo molesto que estaba por la interrupción de sus importantes tareas, fueran éstas cuales fueran, pero incluso él dejó a un lado su irritación cuando vio el anillo y lo sostuvo en la palma de la mano.

Lo compró de inmediato por diez zloteks y se lo llevó en una caja cerrada que sujetaba cuidadoso con ambas manos. Isaac tenía diez zloteks de oro en su palma, y, aun así, todo lo que hicimos los dos fue quedarnos allí sentados mirando al criado del duque hasta que desapareció de nuestra vista, como si el anillo siguiese tirando de nuestros ojos aun desde dentro de la caja. El hombre se fue alejando más y más por la ajetreada calle del mercado, y pese a ello no me costaba lo más mínimo distinguirlo entre la multitud. No obstante, por fin atravesó las puertas del barrio judío y desapareció, y quedamos liberados para bajar la vista y fijarnos en nuestra recompensa, aquellas diez monedas de oro que le habíamos sacado a la plata de los staryk.

Metí seis de ellas de vuelta en el bolso de cuero blanco. Isaac se quedó dos —serían de ayuda para pagar una buena compensación nupcial— y yo me llevé las dos últimas a casa de mi abuelo, a quien se las entregué, orgullosa,

para que acabasen en la cámara con el resto de mi oro. Me miró con una sonrisa escueta, llena de satisfacción, y me dio unos golpecitos en la frente con el índice.

—Ésta es mi chica espabilada —me dijo, y le correspondí la sonrisa, igual de escueta, igual de satisfecha.

—¡No pretenderás marcharte tan tarde! —exclamó mi abuela con un cierto aire de reproche cuando fui a ponerme las prendas de abrigo después de comer: era viernes.

—Estaré allí antes del anochecer, si vamos ligeros —repuse—. Y será Oleg quien lleve las riendas, no yo.

Había conseguido que se quedase allí a esperarme una noche a cambio de perdonarle su siguiente pago; salía más barato que pagar a un carretero de Vysnia para que me llevase a casa. Había dormido en los establos de mi abuelo, con su yegua, pero no querría quedarse allí más tiempo, no sin otro pago, y no nos podríamos haber marchado hasta después de la puesta de sol del día siguiente. De todas formas, los staryk no guardaban el *sabbat*, y no estaba muy segura de cómo se suponía que iba a devolverles sus monedas una vez convertidas. Pensé que quizá tendría que dejarlas en el umbral de nuestra puerta, para que vinieran ellos a llevárselas.

—Llegará allí a tiempo —dijo mi abuelo de modo tajante, y lo convirtió en algo aceptable, así que me volví a subir al trineo de Oleg.

Avanzamos con rapidez sobre la nieve helada y endurecida, con el trote veloz de la yegua que tan sólo tiraba de mi peso. Oscureció bajo los árboles, mas el sol no se había puesto aún, ni mucho menos. Tenía la esperanza de que llegásemos, pero la yegua comenzó entonces a bajar el ritmo, se puso al paso y terminó por detenerse por completo. El animal se quedó allí parado, con las orejas de punta en un gesto inquieto y el cálido aliento bufando por los ollares. Pensé que quizá necesitaba un pequeño descanso, pero Oleg no le había dicho nada al animal, ni tampoco movió un dedo para que arrancase de nuevo.

—¿Por qué nos detenemos? —pregunté por fin.

Oleg no me respondió: se recostó en el pescante como si estuviera dormido. Se levantó un viento helado que me murmuró en la nuca, trepó por los bordes del trineo y se hizo un hueco entre las mantas para llegar hasta mi piel. Surgieron unas sombras azuladas que se alargaron sobre la nieve, proyectadas por el resplandor de una luz pálida y tenue en algún lugar a mi espalda, y, en el preciso instante en que mi aliento comenzaba a elevarse en rápidas nubes de vaho que me envolvían el rostro, la nieve crujió: una criatura grande venía lentamente hacia el trineo. Tragué saliva, atraje sobre mí la capa que me cubría e hice acopio de todo el gélido valor que fui capaz de hallar en mi interior para darme la vuelta.

Al principio no me pareció que el staryk tuviese un aspecto tan terriblemente extraño, y eso era lo que hacía de él algo en verdad terrible. Pero seguí mirándolo, y su rostro comenzó poco a poco a volverse inhumano, delineado en hielo y en cristal, con unos ojos como el filo de unos cuchillos de plata. Era lampiño, como un muchacho, pero su cara era la de un hombre adulto, y vi que era alto, altísimo, cuando se acercó más y se elevó imponente sobre mí como aquella estatua de mármol de la plaza de Vysnia, de una talla descomunal. Llevaba el cabello blanco en unas largas trenzas. Sus vestimentas, exactamente igual que el bolso de las monedas, eran todas de aquel cuero blanco contranatural, y montaba un venado más grande que un caballo de tiro, con unas astas que se ramificaban una docena de veces y de las que pendían unas gotas de cristal transparente. Y cuando el animal sacó la lengua roja para relamerse el hocico, vi unos dientes afilados como los de un lobo.

Me dieron ganas de echarme a temblar y acobardarme, pero me agarré con fuerza a mi capa de pieles con una mano a la altura del cuello para protegerme del frío que surgía de él, y con la otra le ofrecí el bolso de las monedas cuando se aproximó al trineo.

Se detuvo y me observó con uno de sus ojos de color azul de plata, con la cabeza ladeada como un pajarillo que me estuviera estudiando. Sacó una mano

enguantada y cogió el bolso, lo abrió y volcó las monedas en el cuenco de la palma con un leve tintineo que cobraba sonoridad en el silencio que nos rodeaba. Las monedas tenían un aspecto distinto en su mano, cálidas y brillantes como el sol, relucientes en contraste con el blanco frío y antinatural de su guante. Las miró como si lamentase que lo hubiera logrado. Las volvió a meter en el bolso, tiró del cordel para cerrarlo bien sobre el resplandor dorado como quien captura un rayo de sol, y el talego de oro desapareció debajo de su larga capa.

A su espalda, el camino de los staryk era una avenida ancha y reluciente que salía de entre los árboles. Le dio la vuelta a su montura sin decir una palabra, para llevarse aquellas seis monedas de oro que le había conseguido con mi trabajo como si fueran simplemente lo que se le debía, y surgió en mí una oleada de ira.

—Necesitaré más tiempo la próxima vez, si queréis que os convierta más —dije en voz bien alta a su espalda, lanzando las palabras contra el silencio helado y pétreo que nos rodeaba como un caparazón.

Volvió la cabeza y se me quedó mirando como si le sorprendiese que me hubiera atrevido a hablarle; el ciervo de astas afiladas dio un paso hacia el camino, y ya no estaba allí. Oleg se sacudió entero, azuzó a la yegua con voz aguda y comenzamos a trotar de nuevo. Me recosté en las mantas, tiritando, como si el aire se hubiese vuelto de repente mucho más frío. Tenía entumecidas las yemas de los dedos de la mano con la que le había ofrecido la bolsa de las monedas. Me quité el guante, me metí la mano debajo del brazo para calentarlos e hice una mueca al sentirlos contra la piel. Una nevada liviana empezó a caer sobre nosotros durante el resto del camino.

Esa noche reparé en el anillo de plata que llevaba mi padre, cuando se puso a marcar con el dedo el ritmo de su irritación contra el lateral de la copa en un tintineo constante. Me obligaba a sentarme a su mesa en una cena formal una

noche a la semana, para mejorar mis modales en cortés compañía, decía él. Mis modales no tenían necesidad de mejora —Magreta ya se había ocupado de ello—, pero, fuera cual fuese el verdadero motivo de mi padre, no cabía la menor duda de que no era por su propio placer. Se mostraba a disgusto cada vez que me veía, como si albergara la esperanza de que me hubiese vuelto más bella, más ingeniosa, más encantadora. Pues no, ay de mí. Pero yo era la única de todos sus hijos ya en edad de que él se preocupara, por cuanto mis medio hermanos permanecían aún al cuidado de las niñeras, y a mi padre le disgustaba que estuviera ociosa cualquiera de sus propiedades.

Y así bajaba yo a cenar y hacía gala de mis correctos modales de sociedad con tal de que Magreta no viniese a imponerme ningún castigo, y cuando algún caballero o algún boyardo se sentaba a la mesa de mi padre, o en las raras ocasiones en que teníamos un barón de visita, yo mantenía bajos los ojos en una mirada de pudor y los escuchaba hablar de ejércitos, de recaudaciones de impuestos o de fronteras y de política, fogonazos de un universo más ancho y tan distante de la estrechez de mis aposentos allá en lo alto, como pudiera serlo el mismísimo paraíso. Hubiera preferido pensar que algún día tendría la ocasión de acceder a tal universo; así lo había hecho mi madrastra, sonriendo con las manos extendidas para saludar a nuestros invitados, asegurándose de que su mesa y su hospitalidad estuvieran a la altura del orgullo y de los merecimientos de cada cual, con la presencia de una figura elegante y engalanada junto a mi padre cuando éramos nosotros quienes íbamos de visita o cuando dábamos cobijo a nobles de mayor rango. De las palabras de esposas, hijas y hermanas, ella deducía la realidad del estado de las tierras de aquellos nobles, y, por la noche, mi padre escuchaba su asesoramiento y su consejo. Era la voz en el oído de su esposo. A mí me hubiera gustado albergar la esperanza de tener el mío.

No obstante, la irritación de mi padre me decía lo contrario. Había sido una decepción para él desde el comienzo, con los muchos años que mi madre tardó en traerme al mundo para poco después perder el hijo varón que con tanto

retraso llegaba y, además, morir con él. Habían sido necesarios unos cuantos años para que se decidiese por su mejor sustituta, y, aunque Galina había hecho cuanto podía, mi padre seguía sin tener nada con lo que medrar más allá de mí y de dos niños pequeños que continuaban en brazos de las niñeras justo cuando todos los hombres de su cohorte —aquellos que habían ayudado al viejo zar a alcanzar el trono— tenían unas hijas listas para las nupcias y unos hijos que deseaban más belleza y elegancia en una esposa de las que yo podía ofrecer, o, al menos, pedirían más dinero del que mi padre podía prometer para compensar tales carencias.

Cuando era más pequeña y aún se consideraba en cierto modo posible que yo alcanzase una verdadera utilidad, en ocasiones mi padre me hacía preguntas bruscas sobre los libros que había leído o me exigía que le recitase los nombres de todos los nobles de Lithvas, del zar hacia abajo, hasta los condes, en orden de precedencia, pero últimamente había dejado de molestarse. Mi última institutriz acababa de empezar a enseñar las letras al mayor de mis hermanos, y si tenía algún libro para leer se debía a que me las había arreglado para sacarlo yo misma a hurtadillas de las estanterías de abajo en alguna oportunidad aislada. Y cuando no había nadie más sentado a la mesa que pudiese distraerlo de mi silencio y de mis caras pálidas y largas, mi padre me miraba con el ceño fruncido y tamborileaba con los dedos contra la copa.

Esa noche no había invitados a la mesa. El zar vendría pronto de visita, y no se había invitado a nadie más en los meses precedentes con el fin de ahorrar los inevitables costes. Mi padre pretendía gastar lo mínimo posible, pero, aun así, aquel dispendio lo hacía sentir más descontento conmigo de lo normal. Quizá servía para que viera con mayor claridad lo poco que recibiría a cambio de mí, aunque si hubiera sido yo una mujer más hermosa, a buen seguro que mi padre jamás habría sido de esos señores que gastan hasta endeudarse con tal de agasajar al zar, de ponerle a sus hijas delante de los ojos como un cebo, y que quedan como unos necios en su esperanza.

El zar no se iba a casar con ninguna de ellas, por muy hermosas que fuesen;

se casaría con la princesa Vassilia. No es que fuera más guapa que yo, pero su padre era el príncipe Ulrich, que gobernaba no una, sino tres ciudades, y tenía diez mil soldados y la gran mina de sal bajo su control, y su hija no tenía necesidad de ser hermosa para convertirse en zarina. El zar ya debería haberse casado con ella, aunque resultaba evidente que prefería mantener las esperanzas de los demás nobles durante un tiempo más; un peligroso juego con el orgullo de Ulrich, pero era un juego que le daba al zar una excusa para viajar mucho y diseminar los gastos de su lujosa corte en lugar de ser él quien brindase su hospitalidad.

Y mi padre tenía una hija casadera, en teoría, y, por tanto, podía imponerle su presencia. Así me había convertido yo en un dispendio que superaba mi valor, en especial cuando estaba claro que mi padre ni siquiera tenía la esperanza de obtener un beneficio secundario: que algún miembro útil de la corte del zar pensase en mí para un hijo o un primo que tuviese en alguna parte. Yo me alegraba de no despertar la atención del zar, un hombre joven, apuesto y cruel, pero sí me hubiera gustado ser lo bastante guapa o encantadora como para que al menos alguien quisiera casarse conmigo en vez de tomarme como el simple codicilo de lo que fuese que le pudieran sacar a regañadientes a mi padre como dote. O incluso tener la seguridad de que alguien se casaría conmigo: mi única escapatoria de una vida entre tan angostos muros. La irritación de mi padre era el silencioso anuncio de un sombrío destino para mí.

Mientras aquel anillo suyo golpeaba con un leve y agudo tintineo contra el lateral de la copa, me fijé en cómo capturaba la luz la fría plata y se me olvidó que era la impaciencia lo que lo impulsaba. Sólo pensé en copos de nieve que caían tras una ventana iluminada, en el silencio del arranque del invierno, de pie en el jardín en un día en que las hojas estaban cubiertas de un hielo claro y reluciente. Incluso olvidé escuchar lo que me estaba contando, hasta que me dijo, cortante:

—Irina, ¿estás prestando atención?

No me quedó más refugio que la honestidad.

—Perdonadme, padre —dije—. Estaba observando vuestro anillo. ¿Es mágico?

Ésa había sido otra de las decepciones causadas por mi madre: su magia, de la que carecía por completo. Un caballero staryk violó a su bisabuela durante un saqueo nocturno en pleno invierno en el que también murió su esposo, y el hijo al que dio a luz nació con los ojos y el cabello de plata, podía caminar en plena ventisca y enfriar las cosas con sólo tocarlas. Sus hijos también nacieron con el cabello de plata, aunque no recibieron muchos poderes, y mi padre se había casado con mi madre por el éxito de aquella leyenda, por sus ojos claros y por un mechón de plata que le caía hacia atrás por la cabeza.

Sin embargo, su aspecto era toda la magia que ella poseía, y yo ni siquiera había recibido tanto, no más que un simple cabello castaño, los ojos castaños de mi padre, y además tiritaba como nadie en el frío. Y, pese a ello, al ver el anillo de mi padre sentí caer la nieve. Mi padre se detuvo y bajó la mirada hacia el anillo en su mano. Era un poco pequeño para él, lo llevaba por encima del nudillo del índice de la mano derecha, y frotó la superficie con el pulgar. Sin percatarse, lo había estado tocando durante toda la comida.

—Una artesanía poco habitual, eso es todo —dijo un instante después con un tono definitivo que daba a entender que no íbamos a comentar aquella cuestión por más tiempo.

De manera que él no sabía si era mágico, desconocía cualquier poder que pudiese tener y no le preocupaba lo más mínimo que nadie supiese más de lo que él sabía.

No dije más, bajé la mirada y presté cuidada atención al resto de la comida mientras él me contaba sin emoción ninguna lo que se esperaba de mí durante la visita del zar, es decir, nada. No deseaba hacer el gasto de comprarme varios vestidos nuevos, de modo que iba a estar un tanto indispuesta e iba a permanecer en el piso de arriba para quitarme de en medio, y sería Galina

quien recibiese tres vestidos nuevos. No dijo otra palabra al respecto del anillo ni tampoco mencionó mi anterior distracción.

Me alegraba quedarme al margen del zar, pero aquellos tres vestidos nuevos me habrían resultado más útiles a mí que a Galina, si es que mi padre tenía pensado comenzar a ofrecerme en algún momento. Esa noche puse una vela en el alféizar de la ventana y vi caer los copos de nieve a través de la luz de la llama mientras Magreta me cepillaba el pelo y me deshacía los enredos con primor, de arriba abajo, con el peine y el cepillo de plata que siempre llevaba consigo, en el bolso que tenía atado en la cintura; después vendrían los diecisiete cepillados desde la raíz, por si acaso, uno por cada año que había estado creciendo. Me cuidaba el pelo como si fuera un jardín, y éste correspondía sus atenciones; en aquellos días ya alcanzaba una longitud superior a mi estatura, y podía sentarme junto a la ventana mientras ella me cepillaba las puntas desde su silla cerca del fuego.

—Magra —le pregunté—, ¿mi padre amaba a mi madre?

Se quedó tan sorprendida que dejó de cepillar. Yo sabía que ella había servido a mi madre antes de que yo naciera, pero nunca le había preguntado por ello. Nunca se me había ocurrido preguntarle. Era tan pequeña cuando murió mi madre que sólo pensaba en ella como en un antepasado desaparecido muchísimo tiempo atrás. Mi padre me había hablado de ella en unos términos muy precisos y exactos, lo bastante como para que yo entendiese que había sido un fracaso. No generó en mí el deseo de saber más.

—Pues claro, dushenka, por supuesto que sí —dijo Magreta, y, si bien lo habría dicho aunque no fuese cierto, no había vacilado, lo cual significaba que estaba convencida de sus propias palabras—. Se casó con ella sin dote alguna, ¿no es así? —añadió sin embargo, y entonces me tocó a mí darme la vuelta y mirarla sorprendida.

Mi padre jamás me había contado eso. Era prácticamente inimaginable.

—No habla de ella como si la hubiera amado —le hice notar, y ahora era yo la imprudente.

Magreta vaciló antes de contestar.

—Bueno, ahí tenéis a vuestra madrastra, así que se me ocurra —me dijo.

La verdad era que no necesitaba que Magreta me contase que el amor había pescado a mi padre como a un pececillo desprevenido y que, después de desprenderse del anzuelo, había estado deseoso de olvidar que alguna vez lo hubo mordido. Ciertamente era que mi madrastra había llegado con una cuantiosa dote de monedas de oro en un cofre pesado y más grande que yo, que ahora descansaba en las profundidades del tesoro, bajo la casa. No habían pescado a mi padre una segunda vez. Y era bien probable que mi madre lo hubiese decepcionado más aún de haber tenido ella la magia suficiente para encandilarlo como a un estúpido, y para nada más.

Soñé con el anillo aquella noche, aunque lo lucía una mujer con un mechón de plata que le nacía sobre la frente y le caía hacia atrás, un mechón a juego con el anillo que llevaba en la mano. Su rostro no se veía con claridad en el sueño, pero se apartó de mí y se encaminó por un bosque de árboles blancos y plateados. No me desperté pensando en mi madre, sino en el anillo; quería tener la oportunidad de tocarlo, de tenerlo en la mano.

Por lo general, Magreta me mantenía bien lejos de mi padre, y todos los días me llevaba a un rincón de los jardines a hacer ejercicio caminando, incluso cuando hacía frío. Aquella mañana me metí en la zona más antigua del jardín, lejos de la casa; aún quedaba allí una capilla abandonada y medio enterrada bajo las enredaderas desprovistas de hojas, con la madera grisácea en parte descompuesta, unas puntas esculpidas como espinas que asomaban entre la nieve en polvo del tejado. Magreta se quedó abajo y me cotorreó sus preocupaciones, pero ascendí entre el crujido de los escalones para entrar en el campanario vacío con el fin de poder mirar por la ventana redonda sobre el muro de los jardines y ver el gran patio donde mi padre ejercitaba a sus hombres a diario.

Ése era un deber que él nunca abandonaba. Ya no era joven, pero había nacido boyardo, y no duque, y muchos años atrás había matado a tres

caballeros en un solo día de batalla y había logrado hacer brecha en las murallas de Vysnia en nombre del padre del zar, a cambio del derecho de hacer suya aquella ciudad. Aún supervisaba la formación de sus propios caballeros y se llevaba a los muchachos corpulentos de los campesinos y los convertía en soldados en la ciudad. Hasta dos archiduques y un príncipe se habían dignado a enviarle a sus hijos para que los educase, porque sabían que él se los devolvería bien formados.

Pensé que quizá se habría quitado el anillo para los ejercicios de instrucción; de ser así, estaría en algún lugar de su estudio, sobre la mesa. Ya estaba haciendo mis planes. Magreta no me dejaría entrar allí, pero podría convencerla para entrar en la biblioteca, la puerta de al lado, y perderla allí entre las estanterías; podría entrar y ponerle la mano encima por un breve instante.

Sin embargo, cuando me fijé en el patio, donde los soldados marcaban el paso a las estrictas órdenes de su superior, vi las manos de mi padre, desnudas a pesar de que solía llevar unos gruesos guantes o incluso guanteletes de metal en ocasiones. Se sujetaba las manos tras la espalda, la izquierda sobre la muñeca derecha. El anillo de plata brillaba como si le diera la luz del sol, aunque el cielo estaba de un gris oscuro y la nieve caía traída por el viento, tan lejos de mi alcance como si estuviera en otro mundo.

Aquel señor de los staryk me seguía viniendo a la cabeza aun después de llegar a casa. No lo recordaba constantemente, tan sólo en los momentos en que estaba sola en alguna parte y metida de lleno en alguna tarea. Cuando salí a atender a las gallinas detrás de la casa, recordé sus huellas allí, y me alegré de ver la nieve inmaculada. En el establo, al dar de comer a las cabras en la tenue luz del amanecer, me fijé en una esquina donde había un rastrillo de pie entre las sombras, y me acordé de él saliendo de entre los oscuros árboles con sus trenzas blancas y su sonrisa cruel. Cuando salí a coger un poco de nieve

para el agua y hacer té, se me enfriaron las manos y pensé: «¿Y si vuelve?». Me puso de mal humor, porque estar enfadada era mejor que tener miedo, pero entonces entré con el balde de nieve y me sorprendí allí delante del fuego y enfadada sin motivo, con mi madre mirándome asombrada.

No me había preguntado nada acerca del staryk, sólo por cómo estaban mis abuelos y si había tenido un buen viaje, como si ella también se hubiera olvidado del motivo por el que había ido a Vysnia. No me quedaba nada de aquella plata mágica que me la fijase en el pensamiento, ni siquiera aquel pequeño bolso de cuero blanco. Recordaba haber ido al mercado y a Isaac trabajando, pero no podía ver mentalmente el anillo que había creado.

Sin embargo, sí recordaba lo suficiente como para volver a salir a la parte de atrás de la casa a mirar todas las mañanas, y el lunes salió Wanda a dar de comer a las gallinas mientras yo seguía allí. Se unió a mí y observó el suelo, la superficie lisa y perfecta, y me dijo de improviso:

—¿Le pagaste, entonces? ¿Y ha desaparecido?

Por un segundo estuve a punto de preguntarle: «¿A quién te refieres?», y entonces volví a recordarlo y se me crisparon los puños.

—Le pagué —dije, y Wanda asintió un momento más tarde, un único movimiento brusco de la cabeza, como si comprendiese que le estaba diciendo que eso era todo cuanto sabía: quizá regresara, quizá no.

Me había traído unos delantales de Vysnia con el nuevo diseño bordado, delantales en lugar de vestidos para poder venderlos por menos de un zlotek sin dar la impresión de que los vestidos habían sido una estafa. Todos ellos se vendieron enseguida aquel día de mercado, igual que los pañuelos que también había comprado. Una mujer de una granja, allá en el campo, me preguntó incluso si iba a regresar a Vysnia pronto, y si creía que podría conseguir allí un buen precio por su hilo de telar. Nadie hacía nunca negocios conmigo, si podían evitarlo, salvo para comprarme barato y venderme caro; por lo general, aquella mujer le habría pedido a uno de los carreteros —a Oleg o a Petrov— que se lo llevaran a la ciudad si es que ella no lograba venderlo en

el mercado, pero en aquellos últimos años, con los inviernos tan largos y fríos, las ovejas y las cabras estaban dando una lana muy basta, el precio estaba cayendo, y la mujer no era capaz de sacarles mucho.

Su hilo era mejor de lo normal, suave y grueso; se notaba que lo había cardado, lo había lavado e hilado con primor. Froté una hebra entre los dedos y recordé que mi abuelo había dicho que enviaría mercancías al sur, por el río, con la llegada de la primavera: había contratado una barcaza. Tenía la intención de empaquetar la mercancía con paja, pero quizá la podría atar con hilo de lana y venderla más cara en el sur, donde no había hecho tanto frío.

—Dame una muestra, me la llevaré la próxima vez que vaya y te diré cuánto puedo conseguir —fue todo lo que le dije—. ¿Cuánto tienes para vender?

Sólo tenía tres sacos, pero vi que había otros escuchando nuestra conversación. Era mucha la gente que vendía la lana en el mercado como una pequeña ganancia añadida, o incluso como medio de vida, y la caída de los precios los estaba estrangulando; tenía la seguridad de que si regresaba al mercado y le decía —donde otros me pudiesen oír— que podía ofrecerle un buen precio, serían muchos más los que acudirían a mí sin hacer ruido.

Llegada la hora de regresar a casa desde el mercado aquel día, ya se me había metido en la cabeza que había ido a Vysnia a por más mercancía para vender, para hacer más negocios por mi cuenta. Detrás de mí llevaba tres cabras nuevas atadas que había comprado baratas por la caída del precio de la lana, y tenía más planes en mente: le pediría a mi abuelo que cogiese mis beneficios de la lana y me comprase unos vestidos en el sur, con cierto estilo extranjero, el justo para venderlos en Vysnia y también en nuestro mercado.

Esa noche había un pollo asado y dorado sobre la mesa y unas zanahorias glaseadas con grasa, y por una vez mi madre disfrutó de aquella buena comida sin poner cara de que cada mordisco fuese a envenenarla. Comimos, Wanda se marchó a casa, y nos acomodamos juntos al lado del fuego. Mi padre leía para sus adentros la Biblia nueva que le había comprado en Vysnia y movía

silencioso los labios; mi madre estaba haciendo ganchillo con un elegante hilo de seda, una pieza que algún día quizá podría acabar en un vestido nupcial. La luz dorada brillaba en sus rostros, amables y ajados, y por un segundo sentí que el universo entero quedaba suspendido en un instante de felicidad, de paz, como si hubiese llegado a un lugar que jamás había sido capaz siquiera de imaginar.

Unos golpes llamaron a la puerta, fuertes y vigorosos.

—Voy yo —dije, y dejé mi costura a un lado, pero, cuando me puse en pie, mis padres ni siquiera alzaron la mirada.

Me quedé paralizada en el sitio por un segundo, pero seguían sin mirar; mi madre continuaba con un leve tarareo y balanceando el gancho que entraba y salía del hilo. Me acerqué despacio a la puerta y la abrí, y el staryk estaba en el umbral con todo el invierno a su espalda, un torbellino de nieve que no caía más allá de las ventanas.

Extendió el brazo, me ofreció otro bolso que tintineó como una cadena y me habló con un hilo de voz aguda, como el silbido del viento por los aleros del tejado.

—Esta vez podrás contar con tres días antes de que regrese para llevarme lo que es mío —me dijo.

Me quedé mirando el bolso de cuero. Era grande, cargado de un buen peso en monedas, y había allí más plata que oro tenía yo, aunque vaciase la cámara; mucho más. El aire traía la nieve, que se me derretía fría en las mejillas y me salpicaba el chal. Pensé en aceptarlo en silencio, en mantener la cabeza baja y temerosa. Sí que tenía miedo. Llevaba espuelas en las botas y unas joyas en los dedos como enormes lascas de hielo, y a su espalda aullaban las voces de todas las almas perdidas en las ventiscas. Por supuesto que tenía miedo.

Pero había aprendido a tener más miedo a otras cosas: a que me despreciasen, a que me fuesen achicando pedacito a pedacito, a que me pusieran sonrisas burlonas y se aprovecharan de mí. Levanté la barbilla y le respondí con tanta frialdad como pude.

—¿Y qué me daréis vos a cambio?

Se le agrandaron los ojos, que perdieron todo el color. Chilló el vendaval a su espalda, y una puya de aire frío cargada de nieve y de hielo me sopló en plena cara con el escozor del pinchazo de unos alfileres en las mejillas. Esperaba que me atacase, y tenía el aspecto de querer hacerlo.

—El triple, doncella mortal —me dijo en cambio, casi con el ritmo de una canción—. Convertirás para mí el triple de plata en oro, o serás tú quien se convertirá en hielo.

Ya me sentía medio helada, con las manos tan frías que me imaginaba capaz de sentir el dolor en los huesos de los dedos bajo la carne entumecida. Por lo menos, tenía demasiado frío incluso para ponerme a tiritar.

—¿Y después? —le pregunté, y no me tembló la voz.

Se rio de mí, con una risa fuerte y salvaje.

—Y después, si es que lo consigues, te convertiré en mi reina —afirmó en tono de burla, y lanzó el bolso a mis pies con un sonoro tintineo.

Cuando volví a alzar la mirada, había desaparecido, y mi madre dijo a mi espalda con voz lenta y trabajosa, como si el hablar le supusiera un esfuerzo:

—Miryem, ¿por qué tienes la puerta abierta? Está entrando el frío.

Capítulo 7

El bolso de cuero que había dejado el staryk pesaba diez veces más que antes, lleno de relucientes monedas. Las conté en torres bien alineadas, tratando de poner en orden mis pensamientos al respecto.

—Nos marcharemos —anunció mi madre al verme levantarlas.

No le había contado la promesa que me había hecho el staryk, o su amenaza, pero aquello no le gustaba de igual manera: un señor de cuento de hadas que venía a exigir que le diese oro.

—Iremos con mi padre, o a algún otro lugar lejano —añadió, pero yo no estaba muy segura de que eso fuera a servir de nada.

¿Cuán lejos tendríamos que ir para huir del invierno? Aunque hubiese algún país a mil leguas más allá de su alcance, eso supondría pagar sobornos para cruzar cada frontera, y un nuevo hogar allá donde acabásemos, y quién sabe cómo nos tratarían cuando llegásemos allí. Ya habíamos oído suficientes historias sobre lo que le sucedía a nuestra gente en otros países, bajo el dominio de reyes y obispos que querían que se les perdonase su deuda y deseaban llenarse el bolso con las riquezas confiscadas. Uno de los hermanos de mi abuelo había llegado de un país estival, de una casa con naranjos dentro de los muros de un patio; ahora eran otros quienes recogían aquellas naranjas que su familia había plantado y atendido con tantos cuidados, y ellos habían tenido la fortuna de llegar hasta aquí.

E incluso en uno de aquellos países estivales, no pensaba que pudiese escapar para siempre. Un día soplaría el viento y caería la temperatura, y, en plena noche, la escarcha se deslizaría por el umbral de mi puerta. Vendría a cumplir con su promesa, una venganza definitiva después de haberme pasado

la vida huyendo por el mundo, sin aliento y temerosa, y me dejaría congelada ante la puerta de una casa en el desierto.

De modo que volví a meter en el bolso las seis torres de monedas, de diez cada una. Sergey ya había llegado para aquel entonces; lo envié a ver a Oleg, a pedirle que viniese con su trineo para llevarme a Vysnia.

—Dile que le deduciré un kopek de su deuda si me lleva y me trae de vuelta el sábado por la noche —le dije con cara muy seria. Era el doble del precio que debería haber tenido el trayecto, pero tenía que ir de inmediato.

El staryk quizá me hubiese dado tres días, pero yo sólo tenía hasta la puesta de sol del viernes para hacer el trabajo; no creía que fuese a aceptar el *sabbat* como excusa.

Estaba en el mercado a primera hora del día siguiente, y en el preciso momento en que Isaac me vio delante de su puesto, me preguntó con interés:

—¿Tienes más de aquella plata? —Se sonrojó entonces y, al recordar los modales, me dijo—: Es decir, bienvenida de vuelta.

—Sí, tengo más —le dije, y volqué el bolso tan pesado en una hilera resplandeciente sobre su paño de terciopelo negro; ni siquiera había sacado aún su mercancía para la jornada—. Esta vez tengo que devolver sesenta monedas de oro —le conté.

Isaac ya estaba dando la vuelta a las monedas con las manos y el rostro encendido de avidez.

—No era capaz de recordar... —dijo, medio para sí, y al oír lo que le había dicho se me quedó mirando boquiabierto—. ¡Yo también tengo que sacar un pequeño beneficio del trabajo que requerirá esto!

—Hay suficiente para hacer diez anillos, a diez monedas de oro cada uno —le dije.

—No podría venderlos todos.

—Sí podrías —repliqué.

Estaba segura de ello: ahora que el duque tenía un anillo de aquella plata mágica, toda persona acaudalada de la ciudad, hombres y mujeres, querría

tener uno idéntico, en el acto.

Miró las monedas con el ceño fruncido, moviéndolas con los dedos, y suspiró.

—Haré un collar, a ver qué podemos conseguir.

—¿De verdad no te crees capaz de vender diez anillos? —le dije sorprendida, preguntándole si me había equivocado al fin y al cabo.

—Quiero hacer un collar —dijo, lo cual no me pareció muy sensato, pero quizá pensaba que luciría más su trabajo y que le serviría para labrarse un nombre.

Lo cierto era que no me importaba, siempre y cuando pudiese pagar otra vez a mi staryk y ganar algo más de tiempo para mí.

—Y tiene que estar hecho antes del *sabbat* —añadí.

Se quejó.

—¡Por qué vienes a pedir un imposible!

—¿Acaso te parece esto posible? —le dije señalando las monedas, y no pudo rebatírmelo.

Tuve que sentarme con Isaac mientras él trabajaba y encargarme de quienes acudían a su puesto a pedirle otras cosas; Isaac no deseaba hablar con nadie ni que le interrumpiesen. La mayor parte de los que venían eran criados ocupados e irritados, y algunos de ellos esperaban encontrarse sus encargos ya listos; me hablaban con brusquedad y me fulminaban con la mirada y la intención de acobardarme, pero respondía a sus bravatas con frialdad:

—Como puedes ver, el maestro Isaac está trabajando, y estoy segura de que tu señor o tu señora no querrán causar molestias a un cliente al que no puedo nombrar, alguien que adquirirá una pieza como ésa —les decía, y les hacía un gesto con la mano para que se fijaran en la mesa de trabajo, donde la luz del sol brillaba de lleno sobre la plata entre sus manos.

Aquel resplandor frío los hacía callar. Se quedaban un rato allí de pie, mirando, y se marchaban sin tratar de discutir más.

Isaac siguió trabajando sin pausa hasta que los rayos del sol por fin se

desvanecieron, y volvió a empezar al amanecer del día siguiente. Me percaté de que había intentado apartar y guardar algunas monedas mientras trabajaba, como si quisiera conservarlas para no olvidar. Pensé en pedirle una para guardarla yo, pero no serviría para nada. A mediodía suspiró, cogió la última de las que había apartado, la fundió y colocó un último encaje de plata sobre su diseño.

—Está terminado —anunció a continuación, y lo alzó, la plata suspendida sobre las anchas palmas de sus manos como si fuera carámbanos, y nos quedamos mirándolo durante un rato.

—¿Enviarás a alguien a contárselo al duque? —le pregunté.

Negó con la cabeza, sacó una caja de debajo de la mesa —cuadrada, hecha de madera tallada y forrada de terciopelo negro— y metió el collar dentro con sumo cuidado.

—No —me dijo—. Para esto, seré yo quien vaya. ¿Quieres venir?

Fuimos juntos hasta las puertas de nuestro barrio y nos adentramos en las calles de la ciudad. Nunca había recorrido a pie aquella parte. Las casas más cercanas a las murallas eran míseras y humildes, estaban avejentadas, pero Isaac me llevó a las calles más amplias, más allá de una enorme iglesia de piedra gris con unas ventanas que parecían piezas de joyería en sí mismas, y por último hasta las gigantescas mansiones de los nobles. No pude dejar de mirar las verjas de hierro, repujadas en forma de leones o de dragones que se retorcían, y las paredes cubiertas de enredaderas de frutas y flores esculpidas en la piedra. Quería mostrarme orgullosa, recordar que era la nieta de mi abuelo, con oro en el banco, pero me alegré de no estar sola cuando ascendimos por aquellos anchos escalones de piedra de los que ya habían barrido la nieve.

Isaac habló con uno de los criados. Nos acompañaron a una pequeña sala de espera. Nadie nos ofreció nada de beber, ni donde sentarnos, y un criado permaneció allí de pie mirándonos con un gesto de desaprobación. Yo, sin embargo, casi lo agradecía: la irritación me hacía sentir menos

empequeñecida y menos propensa a quedarme boquiabierta. Finalmente, entró aquel criado que vino al mercado la última vez y exigió saber qué nos había llevado hasta allí. Isaac sacó la caja y le mostró el collar, el hombre lo observó.

—Muy bien —dijo de forma breve, y se volvió a marchar.

Reapareció media hora más tarde y nos dio la orden de acompañarlo. Nos guio a las escaleras de atrás, ascendimos por ellas y salimos a un vestíbulo más suntuoso que cualquier cosa que hubiera visto jamás, con las paredes forradas de tapices de vivos colores y el suelo cubierto por una alfombra de un diseño bellissimo.

Aquella alfombra silenció nuestras pisadas y nos condujo a un salón todavía más lujoso, donde había un hombre con un elegante atuendo y una cadena de oro, sentado en una silla enorme y recubierta de terciopelo ante un escritorio. Vi el anillo de plata mágica en el primero de los dedos de su mano. No se miraba el anillo, pero me percaté de que no dejaba de darle vueltas con el pulgar, como si quisiera asegurarse de que no había desaparecido de su mano.

—Muy bien, veámoslo —dijo al dejar la pluma.

—Excelencia. —Isaac se inclinó y le mostró el collar.

El duque miró la caja con detenimiento. No le cambió la expresión, pero sí tocó el collar ligeramente sobre su lecho, con un dedo, para apenas mover aquel bucle de hebras como si fueran de encaje. Cogió aire, por fin, y lo expulsó de nuevo por la nariz.

—¿Y cuánto pides por él?

—Excelencia, no puedo venderlo por menos de ciento cincuenta.

—Ridículo —gruñó el duque.

Incluso a mí me costó evitar mordirme el labio: era un precio exorbitante.

—De lo contrario, tendré que fundirlo y convertirlo en anillos —dijo Isaac abriendo las manos en un gesto de disculpa.

Era una forma bastante inteligente de negociar: por supuesto que el duque

preferiría que nadie más tuviese un anillo como el suyo.

—¿De dónde sacas esta plata? —quiso saber el duque—. No es común.

Isaac vaciló y me miró a mí. El duque siguió la dirección de su mirada.

—¿Y bien?

Hice una reverencia y me agaché tanto como pude sin que ello me impidiese levantarme de nuevo.

—La trajo... uno de los staryk, mi señor. Quiere cambiarla por oro.

Temí que no me creyera. Sus ojos caían sobre mí como dos pesos muertos, pero no dijo un «bobadas», ni me llamó embustera. Volvió a mirar el collar y masculló:

—Y te gustaría hacerlo pasando por mi bolsa, ya veo. ¿Cuánta más de esta plata habrá?

Eso ya me había estado preocupando a mí; si el staryk traía más plata aún la próxima vez, no sabía qué podría hacer: me había traído seis la primera vez, sesenta la segunda, ¿cómo iba yo a conseguir seiscientas piezas de oro? Tragué saliva.

—Quizá... quizá mucha más.

—Mmm —dijo el duque, que volvió a estudiar el collar.

Llevó la mano a un lado, cogió una campanilla y la hizo sonar. El criado apareció en la puerta.

—Ve a decirle a Irina que la quiero aquí —ordenó, y el hombre hizo una reverencia.

Esperamos unos cuantos minutos, no demasiado tiempo, y vino una joven a la puerta. Tendría mi edad, más o menos, esbelta y recatada con un vestido liso de lana gris y un pudoroso escote al cuello con un velo de fina seda gris que le caía por detrás de la cabeza. Su carabina venía detrás de ella, una mujer mayor que nos miró con mala cara a mí y, especialmente, a Isaac.

Irina hizo una reverencia sin alzar la mirada del suelo. El duque se levantó y le llevó el collar. Se lo puso en el cuello, retrocedió y se detuvo allí para mirarla. No diría que fuese una joven especialmente guapa, común sin más,

salvo que tenía el pelo largo, abundante y lustroso; pero eso carecía de importancia con el collar puesto, en realidad. Incluso costaba apartar la mirada de la joven, con el invierno aferrado a la garganta y el reflejo del resplandor de la plata en el velo y en sus ojos oscuros al mirarse en el espejo de la pared.

—Ay, Irinushka —dijo la carabina en un murmullo de aprobación.

El duque asintió.

—Muy bien, joyero, estás de suerte —dijo sin quitarle los ojos de encima a la joven—. Puedes recibir un centenar de monedas de oro por el collar, y lo siguiente que harás será una corona digna de una reina, que constituirá la dote de mi hija. Por ella recibirás diez veces más que esas cien monedas, cuando la vea sobre su frente.

—Su excelencia os quiere allí, mi señora —anunció la criada, que incluso me hizo una reverencia, más de lo que solían hacer los sirvientes de más alto rango; para ellos, «mi señora» era mi madrastra.

Aquella criada era en sí un mensaje, con su impecable vestido gris: era una de las criadas superiores, las que tenían permiso para encerar los muebles, y no una de las fregonas, las más humildes que frotaban los suelos y se encargaban de las chimeneas; éstas eran las que me arreglaban a mí la alcoba. Allí no había nada valioso que pudiesen estropear.

—Rápido, rápido —dijo Magreta.

Dejó su labor de costura y se puso a meterme prisa, a retocarme la trenza que me rodeaba la cabeza y que ella me había hecho dos días antes; podía sentir su deseo de haber dispuesto de tiempo para rehacerla, pero todo se quedó en un gesto negativo, en indicarme que me quitase el delantal, en cepillarme los zapatos y el bajo de la falda. Me mantuve quieta y la dejé hacer mientras valoraba las pocas opciones que me iban quedando.

Por supuesto, sólo había un motivo para que mi padre me hiciese llamar a

su estudio durante el día, algo que no había hecho nunca, ya que de todos modos me iba a ver esa noche en la cena: al final, sí había alguien que deseaba casarse conmigo, y la cuestión estaba bien avanzada. O bien había ya una dote comprometida, o al menos una negociación seria en camino; estaba segura de ello, aunque no se había producido ni el menor suspiro al respecto la última vez que cené con él.

Las prisas tenían todo el sentido del mundo: ya que no podía evitar el gasto de la visita del zar, al menos se ahorraría el de mis nupcias por separado, y más aún; convertir al zar y a su corte en los invitados de la boda de su hija le serviría tanto a su situación como a su bolsa. Se verían obligados a brindar por mí y por mi esposo, y habrían de traer presentes cuyo valor sin duda se tendría en cuenta en la dote que estaba en discusión.

Sin embargo, no era capaz de imaginarme que en el matrimonio hubiese nada que me fuera a gustar a mí. Por supuesto que me hubiera gustado ser la señora de mi propia casa, a salvo de todas aquellas sombrías alternativas que veía ante mí, pero no con aquellos apremios y, de una forma tan clara, por la conveniencia de mi padre. El hombre dispuesto a casarse conmigo de aquel modo no me estaría desposando a mí, ni mucho menos; estaba alcanzando un acuerdo para conseguir un pegote de barro con forma de mujer joven que pretendía moldear a su conveniencia, y no tendría la necesidad de valorarme mucho cuando mi padre dejaba tan a las claras que él no lo hacía. Mi mejor esperanza sería la de alguien de bajo rango, un boyardo rico y ambicioso que debiese lealtad a mi padre y que estuviera dispuesto a tomar a su hija a un precio acordado con tal de ganarse un lugar de privilegio en el ducado; en tal caso, yo habría tenido aquel valor para él. No obstante, no se me ocurría ningún candidato. Tras siete años de malos inviernos, los boyardos de mi padre dedicaban más tiempo a pensar en sus depauperados bolsos que en su estatus en la corte. No parecía probable que alguno de ellos quisiera una esposa cara.

En todo caso, un hombre así de poco serviría. Lo más probable era que mi

padre hubiese encontrado a un noble que no pudiera conseguir de otro modo una esposa joven de su mismo rango: alguien lo bastante desagradable como para que más de algún padre vacilase antes de entregar a su hija. Un hombre cruel, quizá, más que ansioso por tener una muchacha cuyo padre no fuese a poner demasiadas objeciones a lo que pudiera ser de ella.

Aun así bajé a verle, desde luego; no tenía elección. Magreta casi temblaba mientras bajábamos los escalones. Comprendía igual de bien que yo cuáles eran las perspectivas, pero ella prefería no pensar en los problemas antes de que se presentaran, así que soñaba con un casamiento bueno y feliz para mí y en retirarse como la anciana niñera de la señora de la casa en lugar de verse emparedada en las habitaciones del ático con una hija abandonada. Dejé que ella se emocionase mientras yo me preguntaba si estaba a punto de conocerlo a él en persona y, de ser así, cómo podría saber si merecía la pena irritar a mi padre mostrándome como si fuera un mal negocio. Era una brizna de esperanza muy desagradable a la que aferrarse.

Pero cuando se abrió la puerta no había ningún representante aguardándome, nadie que hubiera podido ser ni aun el enviado de un posible marido; tan sólo dos judíos, un hombre y una mujer, delgados, morenos y de ojos oscuros, y el hombre sostenía una caja que rebosaba de invierno. Se me olvidó pensar en nada más, o pensar, siquiera: el collar emitía hacia mí un fulgor frío y plateado desde el terciopelo negro, y otra vez me encontré ante la ventana del jardín, con el aliento del invierno en las mejillas y la escarcha trepando por el alféizar de la ventana bajo mis dedos, con el anhelo de algo que quedaba fuera de mi alcance.

Estuve a punto de dirigirme hacia él con los brazos extendidos; me agarré las faldas de lana gris e hice una reverencia con esfuerzo, obligándome a mantener la mirada baja por un instante, pero, al volver a erguirme, lo miré de nuevo. Seguía sin pensar, ni siquiera cuando mi padre cogió el collar y lo sacó de la caja. Cuando lo trajo hacia mí, alcé la mirada con una expresión de asombro: todo aquello era un error. No podía ser que pretendiese darme algo

así, a mí. No obstante, me hizo un gesto con impaciencia, y, pasados unos segundos, me di la vuelta muy despacio, le di la espalda y bajé la cabeza para permitirle que me lo pusiera en el cuello.

El ambiente era cálido en la estancia, mucho más cálido que mis habitaciones allá en lo alto, con el crepitar de un buen fuego. Aun así, sentí frío el metal sobre la piel, frío y maravilloso, refrescante como cuando te llevas las manos húmedas a la cara en un día caluroso. Levanté la cabeza, me di la vuelta, y mi padre me estaba mirando. Todos ellos me estaban mirando, fijamente.

—Ay, Irinushka —murmuró Magreta con ternura.

Alcé la mano para tocar los elegantes eslabones con los dedos. Aun sobre mi piel, el tacto seguía siendo frío, y cuando me miré en el espejo, dentro de aquel marco no me encontraba ya en el estudio de mi padre. Estaba en un bosquecillo de oscuros árboles invernales, bajo un pálido cielo gris, y casi podía sentir la nieve cayéndome sobre la piel.

Permanecí allí durante un instante intemporal, inhalando con fuerza el aire dulce y fresco que me llenaba los pulmones, un aire cargado del aroma de las ramas de pino recién cortadas, de una densa nevada y del ancho y profundo bosque que me rodeaba por doquier. Y en ese momento oí la lejana promesa de mi padre a los judíos de que les entregaría mil piezas de oro si hacían una corona para que fuese mi dote. De modo que estaba en lo cierto: sí tenía en mente unos esponsales, y las disposiciones eran de la mayor urgencia.

No me permitió quedarme con el collar, por supuesto. Cuando se marcharon los judíos, me hizo un gesto para que me acercase, y, a pesar de que se detuvo en una pausa en la que no dejó de mirarme, alargó las manos hacia mi nuca, me quitó el collar y lo volvió a dejar en la caja. Acto seguido me miró con dureza, como si se hubiera visto obligado a recordar cómo era yo sin él puesto; hizo un gesto negativo con la cabeza y me dijo de manera breve y concisa:

—El zar estará aquí la semana después de la siguiente. Practica tus bailes. Cenarás conmigo todas las noches hasta entonces.

»Encárgate de su ropa —le dijo a Magreta—. Ha de tener tres vestidos nuevos.

Hice una reverencia y regresé arriba con Magreta pisándome los talones, prendida como una nube de pajarillos inquietos que alzan el vuelo de golpe y revolotean enloquecidos antes de volver a posarse en el árbol.

—Tengo que ir a por algunas de las criadas para que me ayuden —dijo, y se agachó para coger su costura con tal de tener algo que agarrar con fuerza entre las manos—. ¡Hay tanto que hacer! No hay nada preparado. ¡No tenéis ni la mitad del ajuar! ¡Y hay que hacerlos tres vestidos!

—Sí —admití—. Debes hablar de inmediato con el ama de llaves.

—Sí, sí —dijo Magreta, que salió volando otra vez de la alcoba y me dejó por fin a solas, para que me sentase junto al fuego con mi labor, un camisón blanco que estaba bordando para el lecho nupcial.

Ya había coincidido con el zar en una ocasión, siete años atrás, cuando su padre y su hermano acababan de morir; mi padre había acudido a Koron para la coronación, para honrar al nuevo zar o, mejor dicho, al nuevo regente, el archiduque Dmitir. La primera vez que vi a Mirnatius fue en la iglesia, mientras el sacerdote celebraba la ceremonia con una entonación monótona, pero no le presté demasiada atención en aquel entonces; estaba tan aburrida que me dormía en el asiento junto a Galina, con aquel atuendo tan rígido y que abrigaba tanto, hasta que me desperté de golpe y me puse en pie cuando por fin lo coronaron, con la sensación de que me estaban clavando una aguja, apenas un momento antes de que todos los demás se levantasen para aclamarlo.

Después de aquello, nadie más le prestó demasiada atención. Los grandes señores se reunieron a comer y a departir en la mesa del zar en homenaje a Dmitir, y Mirnatius salió a solas al jardín trasero del palacio, donde también yo estaba jugando, igual de irrelevante. Él tenía un arco y unas flechas de tamaño pequeño, disparaba a las ardillas y, cuando las alcanzaba, iba a verlas y se quedaba mirando encantado aquellos cuerpecillos muertos. No lo hacía del modo ordinario de un niño orgulloso de ser un buen cazador: agarraba las

flechas y las sacudía para hacer que las ardillas se retorciesen y se agitasen, si podía, y las miraba fascinado, con una expresión de asombro en los ojos.

Vio que lo miraba fijamente, con cara de indignación. Era demasiado pequeña como para haber aprendido a ser cauta.

—¿Por qué me miráis así? —dijo—. Es la poca vida que les queda. No es cosa de brujería.

Bien podría haber conocido él la diferencia: su madre era una bruja que había seducido al zar después de que muriese su primera zarina. Nadie daba su aprobación a aquel matrimonio, por descontado, y apenas unos años después fue condenada a morir en la hoguera cuando la sorprendieron tratando de conseguir que matasen al hijo de la primera zarina con el fin de convertir a su propio hijo en el heredero. Ahora, tanto el zar como el príncipe heredero habían muerto de unas fiebres, de manera que el hijo de la bruja se había convertido en zar de todos modos, lo cual, como Magreta solía decir, le enseñaba a todo el mundo la lección de que ser una bruja no implicaba ser sabia.

Yo tampoco era muy sabia en aquellos días, aunque tenía la excusa de ser una niña pequeña.

—Ya las habéis matado. ¿Por qué no las dejáis en paz? —le dije pese a tratarse del zar, lo cual no era muy coherente, pero yo sabía lo que quería decir: no me gustaba que anduviese maltratando aquellos cuerpecillos, haciendo que se retorciesen por pura diversión.

Sus bonitos ojos verdes se entrecerraron muchísimo en un gesto de ira, levantó el arco y apuntó hacia mí. Ya era lo bastante mayor para entender que era la muerte lo que tenía delante. Quise echar a correr, pero me quedé petrificada sin más, con todo el cuerpo inmóvil en el sitio y el corazón paralizado con él, y Mirnatius se echó a reír y bajó el arco.

—¡Saludad todos a la defensora de las ardillas muertas! —dijo en tono de burla, y me hizo toda una reverencia formal, como si estuviera en una boda, antes de marcharse tan tranquilo.

Durante el resto de aquella semana, cada vez que jugaba en el jardín tenía la seguridad de tropezarme con una ardilla muerta, escondida siempre en algún lugar apartado de la vista de los jardineros, y cuando se me iba la pelota rodando, o cuando jugaba al escondite con Magreta y me agachaba entre los arbustos, allí me encontraba con una abierta en canal, tirada, esperándome.

Pensé en delatarlo: estaba segura de que todo el mundo me creería, por lo guapo que era Mirnatius, y por su madre. La gente ya murmuraba sobre él, incluso, pero se lo conté primero a Magreta, y cuando ella me sacó la historia completa, me dijo que los problemas siempre buscan a quienes los crean, tal y como me deberían haber enseñado las ardillas, y que no iba a armar más revuelo con aquello. Me mantuvo después metida en nuestras habitaciones, hilando con la rueca durante el resto de nuestra visita salvo para unas comidas apresuradas.

No volvimos a hablar de aquello a partir de entonces, aunque yo sabía que Magreta no lo había olvidado más que yo. Volvimos a Koron hace cuatro años, para el fastuoso funeral del archiduque Dmitir. Mirnatius había ordenado la asistencia de la mayor parte de la nobleza, presumiblemente para dejar claro que ya no tenía ningún regente ni lo necesitaba, e hizo que todos le juraran de nuevo lealtad a él en persona. Estuvimos allí durante dos semanas. Magreta no me perdió de vista en ningún momento, y no me permitió salir de mi alcoba sin el velo por la cara a pesar de que no era todavía una mujer, y me traía ella todas las comidas desde la cocina, con sus propias manos. Mirnatius destacaba presidiendo el duelo: tenía dieciséis años por entonces, alto, completamente desarrollado y más apuesto si cabe, con el cabello negro y aquellos ojos claros que parecían dos piedras preciosas relucientes en su oscura piel de tártaro, la boca con unos dientes rectos y blancos; y con la corona y las vestiduras doradas podría haber sido una estatua, o un santo. Me fijé en él a través de la tenue neblina de mi fino velo hasta que volvió la cabeza en mi dirección, y yo bajé de inmediato la mirada y me aseguré de

empequeñecerme y pasar desapercibida en la tercera fila de las princesas y las hijas de los duques.

Sin embargo, dentro de dos semanas vendría a casa de mi padre, y allí no habría ocultación posible. Mi padre no le iba a ofrecer tres buenas cenas y a llevárselo a cazar jabalíes en los oscuros bosques para así reducir su dispendio, sino que celebraría un despilfarro de banquete que duraría tres jornadas, con juglares, magos y danzas que mantendrían entretenido bajo techo al zar y a toda su corte, y al final sí me daría tres vestidos nuevos y me convertiría en una ofrenda. Se diría que mi padre sí tenía la intención de atrapar al zar para su hija, con un anillo, un collar y una corona de plata mágica con los que cebar su trampa.

Observé mi rostro en el reflejo de la ventana y me pregunté qué habría visto la dura mirada de mi padre al ponerme aquel collar en el cuello como para hacerle pensar que era una oportunidad digna de ser aprovechada. No lo sabía. No pude verme la cara cuando me lo puse, pero tampoco me cabía el consuelo de considerarlo un necio.

Aún me encontraba junto a la ventana, con las manos apoyadas en la piedra fría una vez abandonada mi costura, cuando Magreta regresó a la alcoba sin dejar de cotorrear para ponerme en las manos una taza de té dulce y caliente. Hasta había traído consigo un corte de mi pastel favorito, de semillas de amapola, que debía de haberle sacado al cocinero; no recibía yo tales caprichos a diario. Detrás de ella venía una criada con más leña para el fuego. Me dejé llevar por Magreta hasta la chimenea, agradecida por cuanto intentaba hacer, y no le dije que todo aquello era un error. Lo que de verdad quería era aquel collar de plata, frío en el cuello, por mucho que me trajese mi sino; deseaba ponérmelo, buscar un espejo largo y escapar a hurtadillas hacia un oscuro bosque invernal.

Ya era la noche del sábado, tras la puesta de sol, cuando me volví a subir al

trineo de Oleg. Había dejado veinte piezas de oro adicionales en la cámara de mi abuelo, y llevaba conmigo el bolso de cuero blanco y repleto del staryk, un cuero que sufría con el peso del oro. Se me tensaron los hombros cuando nos adentramos en el bosque, y a cada instante me preguntaba si el staryk vendría a mí una vez más y cuándo lo haría, hasta que, en algún lugar de las profundidades del bosque, el trineo comenzó a frenar y se detuvo bajo las oscuras ramas. Me quedé quieta como un conejillo, buscando alguna señal de él, pero no vi nada. La yegua piafó y bufó una nube de aliento caliente, y Oleg no se quedó dormido, sino que colgó las riendas en los pies del pescante.

—¿Has oído algo? —le dije en voz baja, pero él se apeó y sacó un cuchillo de debajo del abrigo al venir hacia mí.

Caí en la cuenta de que se me había olvidado preocuparme por nada que no fuese la magia. Lancé hacia Oleg el montón de mantas y de paja como una frágil barrera y salí a toda prisa por el otro lado del trineo.

—No lo hagas —le solté de golpe—. Oleg, no lo hagas. —Las pesadas faldas me arrastraban por la nieve mientras él rodeaba el trineo para venir a por mí—. Oleg, por favor. —Pero tenía la mandíbula encajada, con una frialdad más profunda que la de cualquier invierno—. ¡Ese oro no es mío! —grité desesperada, sujetando el bolso entre los dos—. No es mío, tengo que devolvérselo...

No se detuvo.

—Ningún oro es tuyo —me gruñó—. Nada es tuyo, buitrecillo codicioso que le arrebatas el dinero de las manos a los trabajadores honestos.

Cada palabra que salía de sus labios me resultaba familiar, como un cuchillo: era la misma historia, otra vez, sólo que un poco distinta; un cuento que Oleg había encontrado para convencerse de que no estaba haciendo nada malo, de que tenía derecho a quedarse con lo que se iba a llevar y a mentir, y supe que no me escucharía. Abandonaría mi cuerpo a los lobos, se iría a casa con el oro metido bajo el abrigo y diría que me había perdido en el bosque.

Dejé caer el bolso, agarré con las dos manos una buena cantidad de tela de

mis faldas y retrocedí con esfuerzo, tambaleándome por la profunda nieve, que me llegaba por encima de los muslos. Se lanzó a por mí, me aparté y caí de espaldas. La capa superior de la nieve cedió bajo mi peso, y las ramas de los arbustos de debajo se me clavaron en las mejillas. No me podía levantar. Lo tenía encima de mí, con el cuchillo en una mano y la otra extendida para agarrarme, y entonces se detuvo; los brazos se le cayeron muertos en los costados.

No es que estuviera teniendo clemencia conmigo. Un frío más profundo se apoderaba de su rostro, le cubría los labios de azul, y una escarcha blanca avanzaba por su barba poblada y castaña. Retrocedí con esfuerzo y me levanté, temblando. El staryk se hallaba de pie detrás de él, con una mano en la nuca de Oleg como el amo que sujeta a un perro.

Un instante después dejó caer la mano. Oleg permaneció entre nosotros con expresión de desconcierto, lívido como si estuviese congelado. Se dio la vuelta, regresó despacio hacia el trineo y se subió en el pescante. El staryk no volvió la cabeza para verlo marchar, como si no le importara en absoluto lo que había hecho; se limitó a mirarme con aquellos ojos que relucían como el cuchillo de Oleg. Yo temblaba y tiritaba, tenía lágrimas en las pestañas que hacían que se me pegaran. Parpadeé para abrir los ojos y puse las manos en tensión hasta que dejaron de temblar. Entonces me agaché, recogí el bolso de cuero de la nieve profunda y se lo ofrecí.

El staryk se acercó y lo cogió de mi mano. No volcó el contenido, estaba demasiado lleno para eso. Lo que hizo fue meter la mano y sacar un puñado de monedas de oro que volvió a dejar caer en el bolso, tintineando entre sus dedos, hasta que sólo quedó una moneda retenida en sus dedos enguantados de blanco, brillante como el sol. Con el ceño fruncido, la miró, me miró a mí.

—Está todo ahí, las sesenta —le dije.

Se me había ralentizado el corazón, porque supongo que era eso o reventar.

—Como debe ser —dijo—. Si me fallas, en hielo te convertirás, pero si lo consigues, obtendrás mi mano y mi corona —dijo como si de verdad lo

pensara, y también enfadado, aunque había sido él mismo quien había establecido los términos: me dio la sensación de que el staryk casi hubiera preferido congelarme antes que recibir su oro—. Ahora, doncella mortal, márchate a casa hasta que vuelva a visitarte.

Miré el trineo con un gesto de impotencia: Oleg estaba sentado en el pescante, con la mirada congelada y perdida en el invierno, y lo último que deseaba era subirme con él. Sin embargo, no podía ir caminando a casa desde allí, ni tampoco a ninguna otra aldea donde pudiese pagar a otro cochero. Oleg se había salido del camino para llevarme a aquel lugar, y no tenía ni idea de dónde estábamos. Me di la vuelta para protestar, pero el staryk ya se había marchado. Me quedé sola bajo unas ramas de pino cargadas de nieve, rodeada únicamente de silencio, de pisadas y con el profundo agujero aplastado allí donde había caído, la silueta de una muchacha dibujada en la nieve como la que podía haber hecho una niña jugando.

No me había movido aún de allí y ya comenzaba a nevar, una densa e intensa nevada que me obligó a cambiar de opinión. Me abrí camino cautelosa hasta el trineo y me volví a subir detrás. Oleg agitó las riendas en silencio, y la yegua empezó a trotar de nuevo. Dirigió al animal hacia los árboles, lejos del camino, y se adentró más en el bosque. Intenté decidir si me daba más miedo llamarle la atención y que me respondiese, o no recibir ninguna respuesta, y si debería saltar en marcha del trineo. De repente, entramos en un camino distinto a través de una estrecha abertura entre los árboles: un camino de superficie pálida y lisa como una placa de hielo, de un blanco resplandeciente. Los patines del trineo sufrieron una sacudida al entrar en el camino, y continuaron en absoluto silencio. Las pesadas herraduras de los cascos de la yegua se movían raudas sobre el hielo, y el trineo se deslizaba detrás. A nuestro alrededor, los árboles se alzaban altos y blancos como abedules, cargados del susurro de las hojas; eran unos árboles que no crecían en nuestro bosque, que deberían estar pelados de hojas por el invierno. Vi unos pájaros blancos y unas ardillas blancas que pasaban veloces de rama en

rama, y los cascabeles del trineo generaban una extraña música, aguda, clara y fría.

No miré a mi espalda para ver de dónde venía el camino. Me acurruqué en las mantas, cerré con fuerza los ojos y así los mantuve hasta que, de pronto, volvió a sonar el crujido de la nieve por debajo de nosotros, y el trineo ya estaba detenido ante la verja del patio de mi casa. Me bajé prácticamente de un salto, eché a correr y crucé la verja para llegar hasta la puerta de la casa antes de darme la vuelta. Pero tampoco habría hecho falta que corriese. Oleg se alejó sin volver la cabeza para mirarme siquiera.

Capítulo 8

—Wanda —me dijo Miryem la mañana después de regresar—, ¿puedes llevar esto a casa de Oleg? Le perdoné un kopek por esperarme en Vysnia.

Me dio un recibo escrito, pero no me miró a los ojos al pedírmelo. Tenía unos arañazos rojos en la parte de atrás de la mandíbula y en las mejillas, como si allí se le hubiera enganchado una rama o algo con garras.

—Sí, iré —le dije.

Me puse el chal y cogí la nota, pero cuando llegué frente a la casa de Oleg, calle abajo al doblar una esquina, me detuve y me quedé mirando. Dos hombres se llevaban su cuerpo a la iglesia. Le vi la cara por un instante. Tenía los ojos abiertos, con la mirada fija, y la boca azulada. Su mujer estaba sentada, acurrucada, cerca de los establos. Las vecinas llegaban a la casa con unos platos tapados. Una de ellas se detuvo delante de mí. Ya conocía a Varda: aún debía una pequeña suma cuando empecé a encargarme de las recaudaciones, y saldó la cuenta con tres gallinas ponedoras jóvenes.

—Y bien —me dijo cortante—. ¿Qué quieres sacar de esta casa? ¿La carne del muerto?

Kajus llegaba también a la casa con su mujer y su hijo, cargados con una jarra grande de krupnik caliente.

—Vamos, panova Kubilius, es domingo. Seguro que Wanda no estará recaudando —dijo él.

—Oleg se ganó un kopek que descontó de su deuda al llevar a Miryem a Vysnia —respondí—. He venido a traer el recibo.

—Ya lo ves, ahí está —le dijo Kajus a Varda, que nos miró con mala cara tanto a él como a mí.

—¡Un kopek! —dijo—. Uno menos que su pobre esposa les tendrá que quitar de la boca a sus hijos para engordar la bolsa del judío. ¡Dámelo a mí! Yo se lo llevaré, no tú.

—Muy bien, panova —repuse, y le entregué el papel.

Volví con Miryem y le conté que Oleg estaba muerto, que lo habían encontrado en la puerta de su propio establo, helado en el suelo, boca arriba y con la mirada perdida tras haber guardado la yegua y el trineo.

Me escuchó en silencio y no dijo nada. Seguí con ella un rato más, y después, como no se me ocurrió otra cosa que hacer, le dije:

—Voy a dar de comer a las cabras.

Y ella asintió.

Al día siguiente, yo salí a recaudar y enfilé el camino del este. Todo el mundo se había enterado ya. Me preguntaban si era cierto, y se lamentaban cuando les decía que sí. Oleg era un hombre grande y alegre que pagaba cerveza y vodka para los amigos en la taberna durante el invierno, y le llevaba leña a una viuda cuando traía un cargamento para sí. Incluso mi padre lo lamentó cuando llegué a casa y se lo conté. Cuando lo enterraron el martes, su mujer fue la única de los asistentes al duelo que regresó del cementerio de la iglesia con los ojos secos.

Todo el mundo hablaba de ello, pero no como algo que hubiese hecho un staryk. Le había reventado el corazón, decían al tiempo que hacían un gesto negativo con la cabeza. Era triste cuando algo así le sucedía a un hombre fuerte, un hombre grande y sano, pero a nadie le extrañó que se quedase helado durante una noche en pleno invierno.

Yo no le dije nada a nadie sobre todo aquello, salvo a Sergey, cuando nos quedamos juntos en el sendero, con el bosque silencioso y resplandeciente a la luz de la luna. Se dirigía a pasar la noche en casa de Miryem, que no le había dicho que dejase de ir, aunque Sergey no pudiese hacer nada para detener a los staryk. Tampoco había dejado de pagarnos nuestros peniques. La mayor parte del tiempo nos las arreglábamos para olvidar, para convencernos a nosotros

mismos de que Sergey sólo iba a cuidar de las cabras. Y él continuaba yendo y tomándose dos comidas en su casa, y enterrábamos nuestros peniques junto al árbol blanco en nuestro camino de vuelta.

—¿Te acuerdas? —le pregunté, y se quedó quieto.

Nunca habíamos hablado de lo que le sucedió a él en el bosque, jamás.

Sergey no quería hablar de ello, se le notaba, pero allí seguí a su lado, con mi silencio que preguntaba por mí, hasta que por fin me dijo:

—Estaba limpiando un conejo. Salió cabalgando de entre los árboles. Me dijo que el bosque era suyo y que yo era un ladrón, y entonces me dijo... — Sergey se detuvo, con una expresión extraña y vacía, y negó con la cabeza.

No se acordaba, y no deseaba recordarlo.

—¿Iba montado en un animal con garras en las pezuñas? ¿Y llevaba unas botas con la punta muy larga? —le pregunté, y Sergey asintió una vez.

Así que era el mismo: no sólo era un staryk sino que era un señor de los staryk, y, si no había mentido, era el señor de todo el bosque. Había oído a la gente decir en el mercado que el bosque llegaba hasta la costa del mar del norte. Un gran señor de los staryk venía a ver a Miryem por el oro, y si ella no era capaz de dárselo, ya sabía yo que nos la encontraríamos muerta en el patio de su casa, rodeada de huellas de botas con la punta curvada.

Y ya no habría más deudas que pagar. En cuanto se enterase de que Miryem estaba muerta, mi padre me diría que se acabaron los pagos. Estaría encantado de echar a gritos al padre de Miryem, pero ni siquiera tendría que hacerlo. Su madre se quedaría con los ojos rojos de tanto llorar, pero, aun en su dolor, pensaría en mí. La siguiente vez que fuese para allá, me diría que la deuda quedaba saldada, que ya había hecho lo suficiente. Para seguir trabajando, tendría que decirle a mi padre que me estaban pagando, y él se quedaría entonces con las monedas. Llegaría a casa borracho del pueblo todos los días, se llevaría mi penique y me zurraría para que fuese a ponerle la cena. Y sería lo mismo cada día a partir de entonces, para siempre.

—Podríamos decirle que nos están pagando, pero menos —le dije a

Sergey, que parecía tener sus dudas, y lo entendió.

Nuestro padre no sospechaba nada ahora. ¿Por qué nos iba a pagar alguien, cuando él nos enviaba gratis, y ellos no tenían por qué hacerlo? Pero si le contábamos que nos estaban pagando para que nos permitiera seguir yendo, entonces comenzaría a sospechar. Iría a ver al padre de Miryem y le exigiría saber cuánto nos estaba pagando, y panov Mandelstam le respondería con honestidad. No podíamos pedirle que mintiese por nosotros. Tan sólo nos miraría con angustia, por que quisiéramos mentir a nuestro padre, y lamentaría no poder ayudarnos.

Y, una vez que nuestro padre supiese que habíamos mentido sobre cuánto nos estaban pagando, nos preguntaría cuánto nos habían pagado ya, y entonces sabría que había dinero en alguna parte, que lo habíamos escondido. Y no nos zurraría con el cinto ni con sus manazas por haberle escondido el dinero, nos zurraría con el atizador, y quizá no parase después de que le contásemos dónde estaba.

Las campanas de la iglesia doblaban por Oleg cuando lo enterraron tres días después y su tañido sonaba como los cascabeles de su trineo, demasiado fuerte en un bosque de árboles blancos. A mí me encontrarían congelada igual que a él si no le entregaba su oro al staryk, pero también debía temer lo que sucedería si se lo daba. ¿Me subiría a su ciervo blanco detrás de él y me llevaría a aquel bosque blanco y frío, a vivir allí sola con mi propia corona de plata mágica? Nunca lo había sentido por la hija del molinero de aquella historia que contaban los aldeanos; lo sentía por mi padre y por mí, y me enfadaba. Pero ¿a quién le gustaría, al fin y al cabo, casarse con un rey que te cortaría alegremente la cabeza si no le convertías la paja en oro? No tenía más ganas de ser la reina del staryk que de ser su esclava o de quedarme congelada.

No pude volver a olvidarlo. Ahora lo tenía constantemente en algún rincón

del pensamiento, y se apoderaba de él un poco más cada día, como la escarcha en el cristal de la ventana. Todas las noches me despertaba sobresaltada, jadeando, temblando con un frío en mi interior que los brazos de mi madre eran incapaces de expulsar, y con el recuerdo de sus ojos de plata.

—¿Puedes conseguirle el oro? —me preguntó Wanda esa mañana de forma tan abrupta como antes.

No me hacía falta preguntarle a quién se refería. Estábamos cuidando de las cabras, y mi madre estaba en el patio, apenas a unos pasos, de modo que no podía romper a llorar aunque hubiese querido hacerlo; mis padres ya sospechaban algo y me miraban con cara de extrañeza y de preocupación. Me llevé a los labios el dorso de la mano para contener el sonido de mi protesta.

—Sí —contesté de forma escueta—. Sí se lo puedo conseguir.

Wanda no dijo nada, se limitó a mirarme con los labios apretados en una línea recta, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Si algo me alejara de casa una temporada..., ¿te quedarías y ayudarías a mi padre? Él seguiría pagándote. Te pagaría el doble —añadí, de repente, a la desesperada.

Pensé en mis padres solos en la aldea, sin mí, pero con toda la ira que yo había generado en cada casa y que se volvería entonces contra ellos. Por un instante me volví a ver en el claro del bosque, luchando en la nieve con el torcido rostro de Oleg encima de mí, en absoluto congelado, sino arrebatado, sonrojado y lleno de odio.

Wanda tardó unos segundos en responderme.

—Mi padre querrá tenerme en casa —me dijo entonces muy despacio.

Levantó la cabeza del abrevadero y me miró de soslayo. Yo la miré sorprendida, pero lo entendí, por supuesto. No le estaba dando el dinero a su padre; él jamás querría que se quedara en casa si le estuviera llevando un penique diario. Se lo estaba quedando para sí.

Seguí cepillando a la cabra, reflexionando sobre aquello. Durante todo aquel tiempo había pensado que estaba negociando con su padre, no con ella, y

que todo cuanto tenía que hacer era darle un poco de dinero, más del que él pudiera obtener del trabajo de una hija en la granja. No se me había ocurrido pensar que ella quisiera el dinero para sí.

—¿Lo quieres para una dote? —le pregunté.

—¡No! —me dijo, muy encendida.

Si no era eso, no podía entender por qué querría mantener oculto el dinero. Ya le había pagado doce peniques para ella y para su hermano, y aún se ponía su viejo vestido harapiento y los zapatos de esparto, y cuando fui aquella primera vez a casa de Gorek para recaudar, la granja entera me pareció pobre como ella sola. Ya se podían haber gastado diez veces más que doce peniques.

—¿Qué hizo tu padre con los seis kopeks que pidió prestados? —le pregunté con mucha calma.

Y me lo contó. Saberlo no fue de mucha ayuda, por supuesto. Gorek era su padre, y tenía derecho a pedir dinero a quien estuviera dispuesto a prestárselo, el derecho de gastárselo de un modo tan estúpido como desease, el derecho de poner a su hija a trabajar para pagar su deuda y el derecho de quedarse con el dinero que ella ganase. Si Wanda no quería casarse, no había nada que pudiera hacer para liberarse de su padre. No me contó qué había estado haciendo con el dinero, pero tampoco podía haber estado haciendo nada con él salvo apilarlo en algún lugar como si del tesoro de un dragón se tratase. A estas alturas, Gorek ya la habría descubierto si se lo hubiese gastado en algo: por eso Wanda no se había comprado un vestido ni unas botas decentes. Tenía la fortuna de que su padre no hubiera venido mucho por el pueblo últimamente: de haberme dicho algo a mí, de haberle oído hablar a voces de que nos estábamos aprovechando de un hombre pobre, le habría respondido acalorada, sin pensarlo siquiera, y él lo habría descubierto. No me gustaba pensar en lo que podría haber sucedido. Me daba la sensación de que el hombre que se gastaba en bebida y en juego cuatro kopeks que no podía devolver era también el tipo de hombre que azotaría a su hija hasta hacerla sangrar, sin detenerse nunca a pensar en el dinero que ella le podría traer si la mantenía trabajando.

—Puedes contarle que me he marchado a desposarme con un hombre rico —le dije. Al fin y al cabo, sería cierto—. Dile que, en cuanto llegue a casa, volveré a comprobar los libros. —Y eso también sería cierto—. Y... y cuando la deuda quede saldada, puedes decirle que nos ofrecemos a pagarle un penique a la semana en monedas contantes y sonantes para que los dos sigáis viniendo. Se pagaría una vez al mes, y le entregaríamos los cuatro peniques por adelantado. Cuando se los haya gastado, volverá a estar en deuda, y no podrá negarse a enviaros. Y al mes siguiente lo haríamos de nuevo.

Wanda me hizo un gesto de asentimiento, una sola vez. Le ofrecí la mano de repente, sin pensármelo, y me sentí como una tonta con la mano allí esperando en el aire entre las dos mientras ella se quedaba mirándola, pero, justo antes de que la dejase caer, Wanda extendió la suya y me la estrechó, una mano grande, ancha y con los dedos rojos y bastos. Me agarró la mano un poco fuerte, pero no me importó.

—Regresaré a Vysnia mañana —anuncié, más tranquila. No pensaba que las murallas de la ciudad fuesen a impedir el paso al staryk, pero por qué no probarlo. Por lo menos, no estaría en casa. No dejaría huellas por todo el patio de mis padres, unas huellas con las que el resto del pueblo se inventase una historia despiadada—. Tendré que estar allí, de todos modos, cuando él venga.

Y le hablé de Isaac, le conté cómo le estaba consiguiendo su oro al staryk. No obstante, no se lo conté a mi madre; ni siquiera le recordé al staryk cuando me dijo:

—¿Te vuelves a marchar tan pronto?

Me alegré de que no se acordase, de que se extrañase en lugar de sentir miedo por mí.

—Quiero traerme más delantales —le dije.

Aquella tarde me aseguré de que el libro de cuentas estuviera en perfecto orden, y nada más terminar, salí al exterior y me quedé mirando nuestra casa, tan acogedora ya con las contraventanas que le había pedido al carpintero que

pusiera, con el pequeño gallinero y el reducido rebaño de cabras que armaban jaleo en el patio; cogí entonces mi cesto y me fui dando un paseo al pueblo. No sé por qué lo hice. No era día de mercado, y Wanda ya había hecho las rondas. No tenía nada que hacer en el pueblo, y nada había cambiado, salvo que ahora todo el mundo me ponía mala cara al pasar en lugar de aquellas sonrisas de burla de los días en que verme con mis zapatos remendados y la ropa harapienta era un agradable recordatorio del dinero que tenían en los bolsillos y que no pretendían devolver nunca.

Por eso lo hice, probablemente: me di un paseo hasta la otra punta del pueblo y volví, y al regresar a casa no lamentaba marcharme y dejarlos a todos. No me apasionaba nada del pueblo, ninguno de ellos, ni siquiera ahora que era terreno conocido. No lamentaba no caerles bien, no lamentaba haber sido dura con ellos. Me alegraba, y me alegraba en extremo. Ellos querían que enterrase a mi madre y que abandonase a mi padre para que muriese solo. Querían que me convirtiese en una mendiga en casa de mi abuelo y que viviese el resto de mis días como un ratoncillo silencioso en la cocina. Habrían devorado a mi familia, habrían utilizado sus huesos de mondadientes y jamás lo habrían lamentado lo más mínimo. Mejor quedar convertida en hielo por el staryk, que no fingía ser un buen vecino.

Ya no contaba con Oleg para alquilar su trineo, así que a la mañana siguiente salí al camino del mercado y aguardé allí. Pasó un carretero con buena pinta en un gran trineo cargado de toneles de arenque en salazón que venía de la costa, le hice un gesto para que se detuviera y le ofrecí cinco peniques si me llevaba hasta Vysnia. Podía haber pagado más, pero había aprendido la lección. Esta vez había esperado a que pasara un hombre más mayor en un carro más viejo, y llevaba oculto el vestido bueno con pieles en el cuello y en los puños: me había puesto el abrigo grande y viejo de lana de mi padre, ese que pretendía utilizar para hacer trapos ahora que le había comprado otro nuevo y bueno, de pieles.

El viejo carretero me habló de sus nietas por el camino, y quiso conocer mi

edad; viendo que yo seguía soltera, se alegraba de que su nieta un año más joven que yo estuviera ya casada, y me preguntó si me dirigía a la ciudad para conseguir un marido.

—Ya veremos —le dije, y me eché a reír con ganas en un repentino arrebato de alivio, por lo increíble que era todo.

Yo allí sentada en la carreta de un pescadero con las botas embarradas, un espantapájaros con el abrigo parcheado de mi padre: ¿qué iba a querer de mí un señor de los staryk? No era una princesa, ni siquiera una campesina de cabellos de oro. Supongo que para él daría lo mismo que fuese judía, pero también era bajita, huesuda y cetrina, con un hueso abultado en medio de una nariz que ya era demasiado grande para mi cara. En realidad, era deliberado lo de no haberme casado aún: mi abuelo me había dicho con buen juicio que esperase otros dos años antes de acudir a la casamentera, para que fuese entrando más en carnes y, mientras tanto, mi dote engordase conmigo de tal manera que me ayudase a encontrar un marido con el sentido común suficiente para desear una esposa que aportase al matrimonio algo más que su belleza, pero no tan codicioso como para que no le importase su aspecto en absoluto.

Ése era el hombre para mí, uno sensato y de mirada limpia que me quisiera con honestidad; no tenía ningún valor para un señor mágico. Seguro que el staryk lo había dicho sólo como una broma, porque no pensaba que yo fuese a ser capaz de lograr su tarea en absoluto. No podía pretender casarse conmigo en serio. Cuando le entregase su tercer saco de oro, se limitaría a dar un pisotón en el suelo lleno de ira o, más probablemente —pensé de nuevo con los pies en la tierra—, me convertiría en hielo de todos modos, en venganza por haber demostrado que se equivocaba. Me froté los brazos y miré por entre el bosque: hoy no había ni rastro del camino de los staryk, tan sólo árboles oscuros, la nieve blanca y el sólido hielo del río que se deslizaba bajo los patines.

Llegué tarde a casa de mi abuelo, justo antes de la puesta de sol. Mi abuela me dijo tres veces lo agradable que era volver a verme, tan pronto, y me

preguntó con cierta ansiedad por la salud de mi madre y si ya había vendido toda la mercancía. Mi abuelo no me hizo ninguna pregunta. Me lanzó una dura mirada bajo aquellas cejas y se limitó a decir:

—Muy bien, basta de jaleo. Ya casi es la hora de cenar.

Guardé mis cosas, y durante la cena me dediqué a charlar sobre los delantales que había vendido y sobre el cargamento de lana que llevaría la barcaza de mi abuelo cuando por fin se fundiese el hielo del río: treinta fardos, que no era una cantidad enorme, sólo algo con lo que empezar. Me alegraba contar con los muros de ladrillo de la casa de mi abuelo a nuestro alrededor, sólidos y tan prosaicos como nuestra conversación. Pero aquella noche, cuando estaba sentada haciendo punto con mi abuela en el acogedor salón, la puerta de la cocina se sacudió hasta las bisagras, a nuestra espalda, y aunque el ruido fue muy sonoro, mi abuela ni siquiera levantó la cabeza. Dejé mi labor a un lado, despacio, me levanté y me dirigí a la puerta. La abrí y retrocedí de un respingo: detrás del staryk no estaba ya el callejón estrecho, ni el muro de ladrillo de la casa de al lado, ni la aguanieve endurecida bajo sus pies. Estaba en un claro, rodeado de un círculo de árboles de ramas pálidas, y a su espalda se extendía el camino blanco de hielo que se perdía en la distancia bajo un cielo gris aguado con una luz fría y clara, como si un paso más allá del umbral me fuera a sacar del mundo por completo.

Sobre el escalón de la entrada no había un bolso, sino un joyero, un pequeño cofre hecho de madera pálida y blanquecina, descolorida como un hueso, sujeto con unas gruesas cinchas de cuero blanco atado, con bisagras y un cierre de plata. Me arrodillé y lo abrí.

—Siete días te concederé esta vez, para que me devuelvas mi plata convertida en oro —dijo el staryk con esa voz suya como un cántico mientras yo miraba el montón de monedas del interior.

Era plata suficiente para hacer una corona, con la luna y las estrellas, y no dudé ni por un segundo de que el zar se casaría con Irina, con aquello como dote.

El staryk me miraba desde lo alto con sus ojos acerados, feroces e impacientes como los de un halcón.

—¿Acaso creías que los caminos de los mortales podían escapar de mí? ¿O que los muros de los mortales me podían impedir el paso? —me preguntó, y la verdad era que no, no lo había creído al fin y al cabo—. No pienses en escapar de mí, muchacha, pues volveré a por ti en siete días, allá donde hayas huido.

Dijo aquello sonriéndome, cruel y satisfecho, como si estuviera seguro de que me había impuesto una tarea imposible, y eso me enfadó. Me levanté, alcé la barbilla y le dije con frialdad:

—Aquí estaré, con vuestro oro.

Su rostro perdió la sonrisa, lo cual fue satisfactorio, pero pagué por ello.

—Y si haces tal y como dices, te llevaré conmigo y te haré mi reina —me dijo en respuesta, y aquello no sonó como una broma, allí, sobre la piedra del umbral de la casa de mi abuelo, con un dibujo blanco de escarcha que surgía de su arboleda como una tela de encaje y la fría luz de la plata que resplandecía en el cofre.

—¡Esperad! —le dije cuando comenzaba a darse la vuelta—. ¿Por qué habríais de llevarme con vos? Debéis saber que no poseo magia ninguna, no en realidad: no podré convertir la plata en oro para vos en vuestro reino, si es que me lleváis de aquí.

—Por supuesto que podrás, joven mortal —me dijo por encima del hombro, como si la engañada fuera yo—. Un poder que se afirma, se desafía y se ejecuta por tres veces es cierto; en ello lo convierte su propia demostración.

Dio entonces un paso al frente, y la pesada puerta se me cerró en la cara y me dejó con un cofre lleno de monedas de plata y una sensación de desgracia en la boca del estómago.

Isaac hizo la corona en el plazo de aquella febril semana, trabajando en ella en un pequeño puesto del mercado. Sacaba cucharones llenos de plata que martilleaba y alisaba en finas láminas para dar a la corona la forma de un abanico lo bastante alto como para doblar el tamaño de la cabeza. Después añadió con minucioso cuidado una serie de gotas de plata fundida, a modo de perlas, que dispuso siguiendo unos elegantes patrones en espiral que giraban sobre sí mismos y se abrían como unas enredaderas. Pidió moldes prestados a todos los demás joyeros del mercado y preparó centenares de eslabones planos que unió formando unas cadenas; las colgó de un lado al otro de la corona para bordearla como una orla, por la parte más baja y ancha del abanico abierto. Ya el segundo día, hombres y mujeres venían sólo para verle trabajar. Me senté allí, en silencio, descontenta, y los mantuve a raya. Todas las noches se llevaba el trabajo a casa consigo, y yo me llevaba el cofre, más ligero cada vez, con el que cargaban en mi nombre dos criados de mi abuelo. Nadie nos importunaba. Hasta los raterillos, con sus ambiciones de sacar a hurtadillas de la mesa una sola y simple moneda de plata, se quedaban atrapados por la luz del invierno; cuando se acercaban demasiado, los labios se les relajaban y se les entreabrían de asombro, con una mirada de perplejidad, y cuando los miraba yo a ellos, se sobresaltaban y se perdían entre el gentío.

Llegado el final del quinto día, el cofre estaba vacío, y la corona terminada; una vez ensambló el conjunto entero, Isaac se dio la vuelta.

—Ven aquí —me pidió, y me puso la corona en la cabeza para ver si estaba bien equilibrada.

La sentí fría y ligera como un copo de nieve sobre la frente. En el espejo de bronce de Isaac, tenía el aspecto de un extraño reflejo de mí misma en unas aguas profundas, con unas estrellas de plata en la medianoche sobre mi frente, y el mercado entero quedó sumido en una cascada de silencio a mi alrededor, tan acallado como el claro donde estaba el staryk. Me dieron ganas de deshacerme en lágrimas, o de salir huyendo, pero me quité la corona de la

cabeza y la devolví a las manos de Isaac, y cuando el joyero terminó de envolverla con cuidado en paño y en terciopelo negro, el gentío por fin se marchó entre los murmullos de unos y de otros.

Los criados de mi abuelo nos protegieron durante todo el camino hasta el palacio del duque. Nos lo encontramos lleno de ajetreo y del ruido de los preparativos: el zar llegaba dentro de dos días, y la casa entera rebosaba de una excitación contenida; todos ellos habían oído algo acerca de los planes del duque, y las miradas de los criados siguieron la forma envuelta de la corona mientras Isaac cargaba con ella por los pasillos. En esta ocasión nos hicieron pasar a una antecámara mejor para esperar, y apareció la carabina, que venía a buscarme.

—Tráela contigo. Los hombres se quedan aquí —me dijo mientras les lanzaba a ellos una significativa mirada de sospecha.

Me llevó arriba, a un par de habitaciones pequeñas, ni mucho menos tan grandiosas como las de abajo: supongo que una hija sencilla no había hecho mejores méritos hasta ahora. Irina estaba sentada ante un espejo de cristal, tesa como el palo de una escoba. Lucía un vestido de seda gris metálico sobre unas impolutas faldas blancas, esta vez con un escote recortado mucho más bajo en el corpiño, para enmarcar el collar. El cabello, tan largo y tan bonito, lo tenía urdido en varias trenzas, listas para que se las recogiesen, y se agarraba las manos con fuerza ante sí.

Movía ligeramente unos dedos contra otros, nerviosa, mientras la carabina le sujetaba las trenzas; desenvolví la corona y se la coloqué en la cabeza con cuidado. Se alzaba resplandeciente bajo la luz de una docena de velas, y la carabina se quedó callada, con los ojos muy abiertos y la mirada puesta en su protegida. Irina se levantó despacio y dio un paso hacia su imagen reflejada en el espejo, extendiendo la mano hacia el cristal casi como si deseara tocar a la mujer de allí dentro.

Fuera cual fuese la magia que tenía aquella plata para encandilar a los que se acercaban, o bien se había desvanecido o bien a mí ya no me afectaba; ojalá

lo pudiese hacer aún, ojalá me pudiera deslumbrar y cegar lo suficiente como para que a mis ojos no les importase nada más. En cambio, veía el rostro de Irina en el espejo, pálido, escueto y embelesado mientras se miraba con su corona, y me pregunté si le agradaría casarse con el zar, abandonar el silencio de sus pequeños aposentos y cambiarlo por un palacio y un trono lejanos. Dejó caer la mano, se volvió hacia la estancia, y se encontraron nuestras miradas: no nos dijimos nada, pero por un instante la sentí como una hermana, nuestras vidas en las manos de otros. Lo más probable era que ella no tuviese más elección al respecto.

Se abrió entonces la puerta: era el duque en persona, que venía a pasar inspección a su hija. Se detuvo en el umbral. Irina hizo una reverencia a su padre, se irguió de nuevo y elevó un poco la barbilla para equilibrar la corona; ya parecía una reina. El duque la miró fijamente, como si apenas fuese capaz de reconocer a su propia hija. Se sacudió un poco y se liberó de esa extraña sensación antes de volverse hacia mí.

—Muy bien, panovina —me dijo sin vacilar, aunque yo no había dicho una palabra—. Tendrás tu oro.

Nos entregó mil piezas: lo suficiente para volver a colmar de oro el cofre del staryk y que sobraran cientos de ellas, una fortuna, que me permitiría hacer un sinfín de cosas. Los criados de mi abuelo me llevaron a casa el cofre y los sacos. Él mismo bajó las escaleras al oír las exclamaciones de mi abuela y echó un vistazo al tesoro; acto seguido cogió cuatro monedas de oro de los sacos —que iban a la cámara— y le entregó dos a cada uno de los criados, antes de darles permiso para retirarse.

—Gastad una y guardad la otra, ya recordáis la norma del sabio —les dijo, y los dos hicieron una reverencia, le dieron las gracias y se marcharon volando a divertirse, arreándose codazos el uno al otro y sonriendo de oreja a oreja por el camino.

A continuación, hizo salir a mi abuela de la habitación con un pretexto: le pidió que preparase su tarta de queso para celebrar mi buena fortuna, y cuando

ella se marchó a la cocina, mi abuelo se volvió hacia mí.

—Ahora, Miryem, me vas a contar el resto de la historia —me dijo, y rompí a llorar.

No se lo había contado a mis padres, ni a mi abuela, pero sí se lo conté a él: confiaba en que mi abuelo lo soportase como no confiaba en que lo harían los demás, para no romperles el corazón con su deseo de salvarme. Sabía lo que haría mi padre, lo que haría mi madre si lo descubrían: se interpondrían entre el staryk y yo para formar una muralla con el cuerpo, y entonces los vería caer fríos y congelados antes de que él se me llevase.

Y ahora sí estaba convencida de que me llevaría con él. Hasta entonces no había sido capaz de encontrarle el sentido: ¿qué utilidad tendría una mujer mortal para un señor mágico, y cómo era posible que tanto alarde me convirtiese en una mujer digna de matrimonio, aunque me las hubiese arreglado para reunir seiscientas monedas de oro a modo de dote? Pues está claro que un rey de los staryk querría una reina verdaderamente capaz de convertir la plata en oro, fuese mortal o no. Los staryk siempre venían a por el oro.

Mi abuelo se limitó a escuchar mientras yo le lloraba todo.

—Al menos ese staryk no es un necio al desear una esposa por ese motivo —me dijo luego—. Sería la fortuna de cualquier reino. ¿Qué más sabes de él?

Me quedé mirándolo fijamente, con el rostro aún humedecido. Él se encogió de hombros.

—No es lo que buscabas, pero en la vida hay cosas peores que ser una reina.

Me hizo un regalo al hablar así, al convertirlo en un emparejamiento normal y corriente que considerar y comentar, aunque en realidad no lo fuese. Tragué saliva, me enjuagué las lágrimas y me sentí mejor. Al fin y al cabo, si lo analizaba con frialdad, sí que era un buen partido para la hija de un hombre pobre. Mi abuelo hizo un gesto de asentimiento mientras yo me tranquilizaba.

—Bien. Piensa en ello con la mente despejada. Los señores y los reyes no

suelen pedir lo que desean, sino que se pueden permitir los malos modales. No hay nadie más, ¿verdad?

—No —respondí, y negué levemente con la cabeza.

No lo había, aunque había vuelto de la casa del duque con Isaac a mi lado, y cuando él se despidió de mí y se llevó su parte —cuatro sacos para él, llenos de oro— me había dicho lleno de júbilo: «Dile a tu abuelo que mañana iré a hablar con él», dando a entender que ya tenía el dinero suficiente para casarse, y yo me sentí tan celosa de Basia que estuve a punto de arder en llamas. En realidad, no se trataba de Isaac. Era pensar en ella desposada con un hombre de profundos ojos castaños y manos cuidadosas, y verla en su propia casa, donde el amor podría brotar en un terreno que yo había abonado con el oro de mi trabajo.

—Irás a tu marido con las manos llenas —dijo mi abuelo con un gesto hacia el cofre, como si supiera lo que yo sentía en el corazón—. Y es lo bastante sabio para valorar lo que tú le llevas, aunque no conozca aún el resto de tu valía. No es poca cosa ser capaz de llevar la cabeza alta. —Me tomó la barbilla con la mano y la sujetó con fuerza—. Levanta la cabeza, Miryem.

Asentí y encajé la mandíbula para reprimir un llanto que no iba a permitir que aflorase de nuevo.

Mirnatius llegó en un gran trineo cerrado y pintado en negro y oro, tirado por cuatro caballos negros que piafaban sudorosos en el aire frío, con soldados agarrados en la parte de atrás y cabalgando marciales en perfectas hileras a su alrededor. Tenía que haber más gente, otros trineos, pero fue difícil prestar atención a nadie más cuando se abrió la puerta de golpe y se bajó con una ventolera que se convirtió en vaho con el frío. Vestía también de negro, con un fino bordado de hilo de oro que resplandecía en las piezas de lana de su abrigo grueso. Tenía largo y rizado el cabello negro, y todos se volvían un poco hacia él, con el ansia de las polillas por la llama.

Saludó a mi padre con descuido, y cuando le preguntaron por su viaje, dijo algo a modo de leve queja sobre los rigores del invierno, de lo magra y floja que se había vuelto la caza. Aquel comentario habría servido para hacer bien de menos el entretenimiento ofrecido por mi padre, en el caso de que hubiera dedicado después la visita del zar por completo a la caza —lo cual sin duda había pretendido—, y Mirnatius tenía la clara intención de fastidiarle por ello. Mi padre, sin embargo, se inclinó ante él.

—Cierto, majestad, la caza se ha convertido en un triste aburrimiento, aunque espero que la hospitalidad de mi casa no os decepcione —le dijo, y el zar se detuvo.

Yo estaba oculta casi por completo detrás de una cortina, pero retrocedí de todos modos cuando el zar levantó la vista y barrió las ventanas de la casa con la mirada, como un halcón sobre los campos, tratando de hacer salir a alguna presa. Afortunadamente, miraba a la planta baja de la casa, y no a mi ventanuco en lo alto. Mi padre no me había asignado nuevos aposentos. Había muchos invitados en compañía del zar a los que deseaba impresionar, y, de todas formas, esperaba que yo me marchase pronto.

Mirnatius sonrió a mi padre, con el placer de quien espera divertirse mucho a expensas de otro.

—Yo también lo espero —le dijo—. Decidme, Erdivilas, ¿cómo está vuestra familia? La pequeña Irina debe de ser ya toda una mujer. Una belleza, tengo entendido, ¿verdad?

Todo era burla: por supuesto que no había oído nada semejante. Ya había viajado con mi padre, y la corte y los consejeros del zar sabían que yo no era nada extraordinario, y difícilmente veían en mí a una muchacha que haría que el joven zar volviese la cabeza... de haber corrido siquiera el menor riesgo de volver la cabeza, salvo, quizá, para hacerla girar por completo como los búhos.

—Están bien, sire, e Irina goza de buena salud, eso es todo cuanto un padre puede pedirle a Dios —dijo mi padre—. Yo no diría que otros hombres la

vean como una belleza, pero tampoco os voy a mentir: creo que tiene algo más que la mayoría de las jóvenes. La veréis mientras estéis aquí y ya me diréis si coincidís conmigo. Agradecería vuestro consejo, ya que se encuentra en edad casadera, y buscaría a un hombre que la mereciese si es que lo puedo disponer.

Una afirmación atrevida, casi grosera para la costumbre de las conversaciones de la corte, donde se trataba como una cuestión de honor el hablar siempre de forma oblicua y jamás sobre el meollo del asunto, pero sirvió para los propósitos de mi padre: Mirnatius perdió aquella expresión de malicia fácil. En cambio, siguió a mi padre al interior de la casa con el ceño fruncido en un gesto pensativo. Había comprendido el mensaje: que mi padre tenía serias intenciones de ofrecermé como prometida a pesar de lo extremadamente mala que sería la unión como jugada política, y que tampoco era un necio que pretendiese meter a una muchacha fea a hurtadillas en la cama del zar con la ayuda de una tenue luz y de fuertes licores; por tanto, algo inusual había en perspectiva.

Entraron todos para ser recibidos por mi madrastra y el resto de la casa, lejos del frío. Permanecí detrás de la cortina sin moverme mientras el resto de la comitiva del zar quedaba liberada, cortesanos, soldados y sirvientes que desaparecían en desbandada por todos los rincones de la casa y los establos. No restaba nada por ver allí, y, en mis pequeñas y repletas habitaciones, todas las mujeres que se había arremolinado en la otra ventana regresaron a sus asientos, a su costura frenética. Las fregonas volvieron con sus cubos a vaciar las tinas, que aún aguardaban junto al fuego: una para lavarme a mí y la otra únicamente para lavarme el pelo.

—Disculpad, mi señora —me dijo una de ellas con timidez.

Me pedía permiso para utilizar la ventana junto a la que me encontraba, que tenía debajo un práctico alero con el fin de desviar el agua de escorrentía y que no cayese sobre las ventanas de más abajo. Retrocedí para dejarle sitio. Aún tenía el cabello húmedo, largo y suelto por la espalda, cubriéndome por

completo los hombros. Tenía un leve olor a mirto, porque Magreta había puesto unas ramas en el agua. «Dicen que protege contra las envidias y la hechicería —me había dicho ella en tono muy serio—, pero en realidad es sólo que huele muy bien.»

Habían alimentado el fuego, que rugía para arrancarme el frío, y el resto de las mujeres sudaban con la cara arrebatada mientras se apresuraban en su costura. Me mantenía al margen de la excitación de su ajeteo. Eran todas prácticamente unas desconocidas para mí; reconocía sus rostros y sabía sus nombres, pero nada de ellas, a decir verdad. Mi madrastra había asumido la tarea de contratar a todas las mujeres de la casa, de conocerlas y de hablar con ellas para que le hicieran un buen trabajo, aunque nunca me había introducido en la supervisión de las labores de la casa. Al fin y al cabo, quizá hubiera preferido tener su propia hija.

Aun así, ella nunca había sido cruel conmigo; incluso había enviado a las mejores de sus mujeres para que ayudasen con mi costura por mucho que hubiese preferido utilizar la visita del zar como excusa para disponer ella de vestidos nuevos. Por supuesto, mi madrastra veía las ventajas de tenerme situada en tal posición... si es que se podía lograr. Al regresar a sus asientos después de echar un vistazo al zar, todas las demás mujeres me habían mirado con cara de duda. Ojalá hubiera podido yo sentirme así, pero es que ellas no me habían visto con el collar, con la corona. Sólo me había visto Magreta, que se retorció las manos cuando pensaba que no la veía y me lanzaba unas amplias sonrisas de aliento cuando creía que sí.

Ahora las mujeres estaban trabajando con la ropa de cama. Ya tenía los vestidos terminados y esperándome, en tres tonos de gris, como un cielo invernal. Mi padre había dado la orden de que los hicieran sin apenas ornamento, de fina seda, con el leve toque de un bordado blanco. El día anterior me había puesto uno de ellos para la última prueba, cuando la mujer del joyero me trajo la corona y me la puso en la cabeza, y en el espejo me convertí en una reina en un oscuro bosque de hielo. Extendí la mano hacia el

cristal y sentí que el frío se me agarraba a las yemas de los dedos con unos dientes afilados. Me pregunté si de verdad podría hacerlo, huir al mundo blanco del espejo. Sentí el frío en los dedos como una advertencia; no me pareció que nada que fuese mortal pudiera vivir en aquel lugar helado.

Cuando me di la vuelta, anhelante y temerosa, la mujer del joyero —apenas de mi edad o un poco más mayor, aunque delgada y de expresión endurecida— me miraba fijamente como si supiera lo que había visto en el espejo. Me hubiera gustado hacerle un millar de preguntas —cómo estaba hecha la corona, de dónde había salido aquella plata— pero ¿por qué iba a saberlo ella? No era más que una criada. En ese momento entró mi padre a pasarme revista, y tampoco habría podido hablar con ella de todas formas. Le pagó sin el menor regateo, pero claro, un trono saldría barato por aquel precio; no había gastado ni la mitad de aquel gran cofre que mi madrastra trajo en su día con ella.

Galina, mi madrastra, llegó a mi alcoba para verme un poco más tarde, después de que la corte se hubiera dispersado. Aquella placidez que mantenía de forma tan meticulosa se vio sacudida desde lo más profundo como las ondas que provocan unos peces veloces que van de aquí para allá.

—Cuánto alboroto —dijo—. Piotr tardará una hora en irse a dormir. ¿Se te ha secado el pelo? ¡Qué largo lo tienes! Siempre se me olvida cuando lo llevas recogido.

Resultaba obvio que pensaba alargarme la mano y acariciarme la cabeza, pero lo único que hizo fue sonreírme. Me habría irritado que lo hubiera hecho, y aun así, casi lamentaba que no lo hiciese. Pero lo que de verdad lamentaba yo era que no lo hubiera hecho diez años atrás, cuando era pequeña, una niña irritante y huérfana de madre, la hija de otra mujer: esa mujer a la que su marido había amado más que a ella, me percaté, motivo por el cual ella no fue cariñosa conmigo por mucho que eso hubiera sido lo más razonable.

Ahora bien, menos mal que ella no me quiso ni me obligó a quererla, porque, de todas formas, tampoco podría haber hecho nada para ayudarme. No es que mi padre no me fuera a escuchar ni a creerme si le decía que el zar era

un hechicero. Todo el mundo sabía que su madre era una bruja, pero mi padre tan sólo me diría que me apresurara y le diese un hijo antes de que el zar se consumiese en la magia negra, y entonces me convertiría en la madre del próximo zar, que sería su nieto: otro instrumento útil en sus manos, y más todavía si se daba el oportuno caso de que su padre falleciera mientras el niño era aún lo bastante pequeño como para necesitar un regente. Si a mí me resultaba difícil o desagradable estar casada con un hombre así, pues estupendo; al fin y al cabo, ya había sido difícil y desagradable para él ir a la guerra. Había sido él quien había llevado tan alto a nuestra familia, y era mi deber llevarnos aún más arriba, si estaba en mi mano; mi padre no vacilaría en entregarme igual que se había entregado él.

Y ¿por qué iba a querer Galina defenderme de semejante destino? Ella también se había entregado así. También había enviudado, sin hijos, y podía haber llevado una vida próspera y rica ella sola, pero en cambio le trajo a mi padre aquel cofre lleno de oro para convertirse en duquesa. Ahora podría ser la suegra del zar, un excelente retorno para su inversión.

—Sí, mi señora, así es —dijo Magreta—, Irina ya tiene el pelo seco. Ya es hora del cepillado.

Me llevó a una silla en el rincón, y ella sí que me puso las manos en la cabeza. Afrontó también los enredos con suavidad, despacio, como no solía hacerlo, y se puso a cantar muy bajo sobre mis cabellos, esa canción que siempre me gustó desde niña, la de esa muchacha tan lista que escapaba de la casa de Baba Yaga en el bosque.

Tardó una hora en cepillarme el pelo y en dejarlo tal y como ella lo quería, y otra hora más en trenzarlo y en recogerlo; me rodeó la cabeza con las trenzas a modo de corona. Vino el administrador de mi padre con el joyero, llamó a la puerta pero no entró. Esa noche me pondría el anillo, mañana le sumaría el collar y la tercera noche, la corona para decantar la cuestión si no estaba decidida ya. Se me había ocurrido ponerme a escondidas un sustituto; mi madre había dejado algunas baratijas de plata que Galina no se había

molestado en reclamar, entre ellas un anillo. Era bonito, bien bruñido, pero nadie se fijaría en él puesto en mi mano y pensaría que gracias a él era hermosa.

Pero mi padre repararía en la diferencia, y al día siguiente tocaría el collar, para el cual no tenía sustituto. La idea era que, esa noche, el zar sólo me mirase, hacerle fruncir el ceño y mirar otra vez, que me tuviese presente en algún lugar del pensamiento durante todo el día posterior, como si le picase, igual que le pasaba a mi padre con el pulgar, que no dejaba de darle vueltas al anillo cuando se lo ponía. Al día siguiente por la noche sería el momento en que de verdad me sacarían a la venta, y en la tercera noche —eso esperaba mi padre— se produciría una maniobra conjunta en la que me expondrían entre su futuro yerno y él, a modo de triunfo compartido.

La verdad era que yo deseaba el anillo. Quería ponérmelo y sentir la fría plata de nuevo sobre la piel, todo mío. Me levanté y entré en la alcoba con Magreta para ponerme el vestido. Me anudó las mangas, pasó las grandes nubes de seda del camisero de debajo, y, una vez vestida, regresé a la salita de estar e hice pasar al administrador. Aquel anillo que mi padre había llevado sobre el nudillo tan grueso y encallecido por la espada se deslizó con facilidad hasta la base de mi pulgar, donde encajó a la perfección. Extendí la mano ante mí con el brillo de la fría plata, y se acalló el murmullo de las mujeres sentadas a mi alrededor, o quizá fuese mi oído lo que ensordeció. Fuera, el sol descendía con rapidez, y el mundo se volvía azulado y gris.

Capítulo 9

El miércoles por la noche mis tías vinieron a cenar a casa de mi abuelo con sus familias al completo, todos reunidos en torno a la mesa formando un grupo muy ruidoso. Mi prima Basia estaba allí, por supuesto, y, mientras poníamos entre todos los platos en la mesa, me llevó aparte y me abrazó con fuerza.

—¡Todo está acordado! Gracias, Miryem, gracias, gracias —me susurró al oído, y me besó en la mejilla antes de regresar a la cocina.

Y claro, ¿por qué no iba a estar contenta Basia? Yo hubiera preferido que me abofetease en la cara y se riese de mí, para poder odiarla. No deseaba ser el hada buena que inundaba su hogar de bendiciones. ¿De dónde vendrían aquellas hadas, y en qué abundancia de gozo vivirían como para pasarse el día revoloteando por ahí y concediendo deseos a unas muchachas que más o menos se lo merecían? La solitaria mujer de la casa de al lado que murió sin que nadie la llorase y que dejó una vivienda vacía para que entraran a robar, con un montón de gallinas y un baúl lleno de vestidos por arreglar: ése era el único tipo de hada madrina en el que yo creía. ¿Cómo se atrevía Basia a darme las gracias por ello, cuando yo no deseaba darle nada en absoluto?

En la mesa, corté una porción grande de tarta de queso para mí y me la comí sin hablar, descortés, hambrienta y enfadada, tratando de decirme a mí misma lo mucho que me alegraría de dejarlos allí y de ser una reina de los staryk. Quise volverme tan fría como para desearlo, pero era la digna hija de mi padre, demasiado. Quería abrazar a Basia y regocijarme con ella; quería correr a casa a ver a mis padres y suplicarles que me salvaran. Noté el dulce y conocido sabor de la tarta en la garganta, tan suave, y, al terminar, me escapé y

subí a la alcoba de mi abuela y me eché agua de la jofaina en la cara. Me la cubrí con la toalla y respiré a través de la tela durante un rato.

Llegó entonces un estruendo de júbilo desde abajo, y cuando regresé, Isaac había venido con sus padres para tomar con nosotros una copa de vino. Los padres de Basia acababan de anunciar los esponsales, aunque ya lo sabían todos en la casa, por supuesto. Bebí a su salud e intenté alegrarme, sinceramente, aun cuando oí a Isaac contarle sus planes a mi abuelo, allí ante él, con Basia de la mano: había una casita que acababa de salir a la venta dos puertas más abajo de la casa de sus padres en la misma calle. Isaac la compraría de inmediato con el oro que yo le había conseguido, y se casarían dentro de una semana: ¡una semana!, tan pronto como estuviera arreglado, tan rápido como si les hubieran tocado en la cabeza con una varita mágica.

Mi abuelo asintió y dijo que, ya que la casita era pequeña, de un buen tamaño para una familia joven, quizá les gustaría casarse en casa del abuelo, como señal de su aprobación. Le gustaba que no se fueran a gastar demasiado dinero en algo más grandioso. Mi abuela ya había reunido a las dos madres para empezar a discutir en voz baja qué mensajeros había que enviar, la gente a la que había que invitar, mientras Isaac y Basia venían juntos hacia mí, sonrientes, y Basia me ofrecía la mano.

—¡Prométenos que estarás ahí para bailar en nuestra boda, Miryem! Es el único regalo que te pedimos.

Conseguí corresponder a la sonrisa y le dije que lo haría, pero las velas ya se consumían, y no eran los únicos esponsales que habían de establecerse en aquella noche. En medio del ruido de su felicidad, comencé a oír el sonido de las campanillas de un trineo, demasiado fuerte y con un extraño tono. Sonaron cada vez más y más alto hasta que se hallaron ante la puerta, con un pesado piafar de pezuñas arriba y abajo, y el enérgico golpe de un puño que llamaba a la puerta. Nadie más se percató. Siguieron charlando, riendo y cantando, aunque sus voces parecían amortiguadas bajo la enormidad del eco de aquel sonido.

Me aparté lentamente de ellos, los dejé a todos en el salón y recorrí el pasillo. El cofre lleno de oro aún seguía en la entrada, medio oculto bajo los abrigos y capas amontonados en el perchero; no sé cómo, pero nos habíamos olvidado de él. Abrí la puerta, y en el camino blanco de fuera aguardaba un trineo abierto, estrecho y elegante, de madera blanquecina, con cuatro de aquellas criaturas que parecían ciervos enganchadas con arneses de cuero blanco, un cochero en el pescante y dos lacayos colgados detrás, todos ellos lívidos y altos como... «mi» staryk —supongo que así había de considerarlo—, aunque no eran tan grandiosos ni de lejos. Llevaban el cabello blanco en una única trenza, perlado tan sólo con alguna gota aquí y allá, vestidos de arriba abajo en tonos de gris.

Su señor permanecía de pie en el umbral, y esta vez había venido vestido de ceremonia: lucía una corona, una banda de plata y oro sobre la frente con unos puntos que se abrían como las hojas puntiagudas del acebo, con gemas transparentes colocadas en el centro de cada una de ellas. Vestía de cuero blanco y llevaba una capa blanca rematada con pieles blancas y más cristales transparentes que colgaban del borde como flecos cristalinos. Me miró desde su altura con aire de enfado, descontento, con la boca curvada hacia abajo, como si no le gustase lo que veía. ¿Qué había allí que hubiera de gustarle? Llevaba puestas mis mejores galas, un vestido con las mangas bordadas en rojo en las muñecas, y la falda del mismo color, el chaleco de lana y el delantal con dibujos naranjas, pero nada era extravagante: el atuendo de la hija de un mercader, nada más, con los botoncillos de oro del chaleco y el cuello de pieles negras como única señal de una cierta prosperidad.

—No podéis desear casaros conmigo. ¿Qué pensará la gente? —le solté antes de que él dijera nada, empedregada, oscura, del color pardo de un pajarillo, como una esposa absolutamente ridícula para él.

Aumentó aún más el gesto de disgusto en su rostro y entrecerró los ojos como dos cuchillos.

—Cuanto he prometido lo cumpliré —me dijo entre dientes—, por más que

se acabe el mundo a causa de ello. ¿Tienes mi plata convertida en oro?

Esta vez ni siquiera sonó malicioso, como si hubiera abandonado toda esperanza de que yo fracasara. Me agaché, agarré la tapa del cofre y tiré para abrirlo allí mismo, en el sitio, entre las capas y los abrigos de lana; ni siquiera hubiese sido capaz de arrastrarlo hasta él yo sola.

—¡Aquí está! —le dije—. Tomadlo y dejadme en paz; no es más que una insensatez el casaros conmigo cuando no deseáis hacerlo, y cuando yo tampoco lo deseo. ¿Por qué no me prometisteis alguna insignificancia?

—Sólo un mortal podría hablar así sobre ofrecer una falsa moneda, sobre devolver poco a cambio de mucho —contestó rezumando desdén, y lo fulminé con la mirada, contenta de sentir ira en lugar de miedo.

—Yo tengo limpios los libros de cuentas —le dije—, y no llamaría «recompensa» a que me saquen a rastras de mi casa y me aparten de mi familia.

—¿Recompensa? —dijo el staryk—. ¿Quién eres tú para mí, que deba recompensarte? Fuiste tú quien exigió un justo retorno por demostrar el don de la magia más elevada; ¿acaso pensabas que me degradaría y fingiría ser alguien inferior, incapaz de estar a la altura? Soy el señor de la montaña de cristal, no un espectro sin nombre, y no dejo deudas sin saldar. Por tres veces lo has demostrado, tres veces fiel a tu palabra, por algún azar contranatural, fuera el que fuese —añadió, y sonó innecesariamente amargado al respecto—, y no seré yo quien falte a la suya, cualquiera que fuere el coste.

Me tendió la mano.

—¡Ni siquiera conozco vuestro nombre! —exclamé desesperada.

Me lanzó una mirada de tal indignación que se diría que había exigido que le cortasen la cabeza.

—¿Mi nombre? ¿Quieres *mi nombre*? Tendrás mi mano, y mi corona, y con ello habrás de contentarte. ¿Cómo te atreves a exigirme más?

Me agarró por la muñeca, con un frío que quemaba allí donde sus dedos enguantados me rozaban, y tiró de mí para que cruzase la puerta. El frío se

desvaneció de mi interior como cuando amanece al otro lado del ancho río, pese a encontrarme en aquel bosque blanco y pisando la nieve con las botas de andar por casa, sin un chal siquiera por los hombros. Intenté soltarme de él. Me tenía aferrada con una fuerza monstruosa, pero, cuando cargué con todo mi peso contra su sujeción, me soltó sin más. Caí en la nieve, me levanté corriendo y al mismo tiempo me di la vuelta con la intención de huir.

Pero no había adónde ir. Lo único que había era el camino que se perdía entre los árboles a mi espalda y continuaba por delante de mí, y no había rastro por ninguna parte de la puerta de la casa de mi abuelo ni de las murallas de la ciudad. Sólo quedaba allí el cofre de color blanco hueso, abierto frente a mí. En la fría luz del bosque, el oro de dentro brillaba como si los rayos del sol estuvieran atrapados en cada moneda, como si se fueran a deshacer entre tus dedos como la mantequilla derretida si tratabas de cogerlas.

Pasaron por delante de mí los dos lacayos y cerraron la tapa con cuidado, casi de forma reverencial. Vi en sus rostros el mismo anhelo que había visto en el mercado, las miradas de la gente atrapadas por aquella plata mágica. Alzaron el cofre con idéntico mimo, pero con facilidad, aunque los dos hombres fornidos de mi abuelo apenas habían sido capaces de moverlo entre esfuerzos y gruñidos. Me di la vuelta y los seguí con la mirada mientras lo llevaban al trineo, y me giré de nuevo en redondo hacia mi señor de los staryk. Me tendió una mano, imperioso.

¿Qué iba a hacer yo? Fui hacia él, desgarrada en la nieve profunda, y me subí al trineo después de él. El único consuelo que me quedaba era que el staryk se mantenía recto y rígido y se apartaba de mí tanto como podía sin ceder ni un dedo del centro del trineo.

—Adelante —dijo con brusquedad al cochero, y, con una rápida sacudida de las campanillas del arnés, nos pusimos en marcha por el camino ancho y blanco.

Había una colcha de pieles blancas en el suelo del trineo, me la puse sobre las rodillas y el leve tacto de las pieles que aferraban mis puños me ofreció un

leve consuelo. No sentía el más mínimo frío.

Magreta y yo nos sentamos juntas en el estudio de mi padre a la espera de que se requiriese mi presencia. Ya podía oír la música de abajo, pero mi padre pretendía que el entretenimiento de la noche durase un rato antes de que yo hiciese mi entrada, que no sería grandiosa, sino sutil, llegaría en silencio a sentarme junto a mi madrastra. Magreta seguía cosiendo y hablando, animada, sobre la mucha ropa de cama que aún faltaba en mi ajuar, salvo en los instantes en que su voz se quedaba suspendida en el aire hasta perderse en el silencio, cada vez que yo movía la mano y sus ojos quedaban capturados por el anillo de plata. Cuando vino Galina a decirme que esperase en el estudio, incluso ella se detuvo a admirarme un tanto perpleja.

No intenté ponerme a coser. En el regazo tenía un libro que había sacado de las estanterías de mi padre, un inusual placer del que no podía disfrutar. Me quedé observando la imagen de la narradora y el sultán, una criatura hecha de sombras apenas perceptible que tomaba forma en el humo del brasero entre sus manos de tejedora, y no fui capaz de llegar siquiera al final de una frase. Fuera, a través de la ventana, aún veía caer la nieve. Había empezado a nevar de repente a última hora de la tarde, con intensidad, como para mofarse de mí haciendo imposible una huida de por sí ridícula.

El estallido de unas risas llegó débil a través del suelo y estuvo a punto de enmascarar el temblor del pomo de la puerta, pero lo oí, y al verlo girar cerré de golpe el libro en mi regazo y de inmediato escondí debajo la mano con el anillo. Era demasiado pronto para que mi padre hubiera enviado a alguien a buscarme, y fue como si tampoco me sorprendiese ver a Mirnatius en la puerta, solo en el pasillo, fugado a hurtadillas del banquete. Magreta se quedó callada y petrificada como un conejillo a mi lado, con las manos cerradas sobre su labor. Ni siquiera llevaba aún echado el velo sobre la cara, y

estábamos a solas, de modo que mi carabina debería haberlo echado de allí. Pero claro, era el zar, y, de no serlo, Magreta sabía qué más era él, también.

—Bueno, bueno —dijo al entrar en la habitación—. Mi pequeña protectora de las ardillas, que ha crecido y ya no es tan pequeña. Qué lástima, no creo que podamos decir que seáis una belleza —añadió, sonriente.

—No, sire —le dije.

No me veía capaz de obligarme a bajar la mirada. Él sí que era guapo, y más aún al verlo de cerca: unos labios suaves y sensuales con la barba corta que los enmarcaba, y aquellos ojos sobrenaturales como dos gemas. Pero no era ése el motivo por el cual no podía apartar la mirada de su rostro. Recelaba demasiado de él como para mirar hacia otro lado, como el roedor que observa cómo se pasea el gato.

—¿No? —dijo en voz baja, y dio otro paso.

Me levanté de la silla para no quedar tan empequeñecida ante él. Magreta, temblorosa, se puso en pie a mi lado.

—¿Desea su majestad una copa de brandy? —soltó ella de golpe y en una desesperada defensa cuando Mirnatus comenzó a extender la mano hacia mí, refiriéndose a la botella de la mesita cercana con su vaso de cristal tallado.

—Sí —respondió él de inmediato—. De ése no, del brandy que están sirviendo abajo. Ve y tráelo.

Magreta no se movió de mi vera, sin dejar de mirar de aquí para allá a toda velocidad.

—No se le permite dejarme sola —dije.

—¿No se le permite? Bobadas. Yo le doy permiso. Me encargaré personalmente de guardar vuestro honor. Vete —le dijo, una orden que me pasó rozando como un hierro candente recién sacado del fuego, y Magreta salió de la habitación.

Presioné con fuerza los dedos a ambos lados del anillo mientras él se volvía hacia mí, me empapé del frío de la plata y lo agradecí. Avanzó otro paso, me tomó la cara con la mano y me hizo mirar hacia arriba.

—Y bien, ¿qué le habéis contado a vuestro padre, mi valiente y gris ardillita, para hacerle creer que puede obligarme a tomaros en casamiento?

Así que el zar pensaba que mi padre pretendía un chantaje.

—¿Sire? —dije, tratando aún de aferrarme a la rigidez de las formalidades, pero hizo fuerza con los dedos.

—Vuestro padre está gastando el oro en diversiones como si fuera agua, y él jamás había tenido tan suelto el cierre de la bolsa.

Me pasó el pulgar por la línea de la mandíbula y se aproximó; me creí capaz de oler la hechicería en él, el aroma fuerte y acre de una mezcla de canela, pimienta y resina de pino, y por debajo de esto, muy profundo, el humo de la madera al quemarse. Era tan encantador y tan seductor como el resto de él, y me dio la sensación de que iba a asfixiarme.

—Contádmelo —me pidió con voz suave, en una sola palabra que me avivó el calor en el rostro como quien echa el aliento a un vidrio frío en invierno para cubrirlo de vaho.

Pero mi anillo se mantenía fresco, y el sofoco se me pasó. No tenía que responderle, pero no responder..., eso habría sido de por sí una respuesta.

—Nada. Yo no habría hecho tal cosa —le dije, y ésa fue toda la honestidad que le ofrecí mientras trataba de liberarme de él.

—¿Por qué no? ¿Es que no queréis ser zarina, con una corona de oro? —me preguntó en tono de burla.

—No —le contesté, y me aparté de él.

La sorpresa le aflojó los dedos, y mi rostro se le escurrió. Me miró fijamente, y entonces surgió en su cara una ansiedad terrorífica que distorsionó por un instante su belleza como hacen las ondas del aire sobre la hoguera. Casi me pareció ver un resplandor rojo en su mirada cuando avanzó otro paso hacia mí... y entonces se abrió la puerta y entró mi padre en la habitación con un gesto de alarma y también de enfado: sus planes se estaban echando a perder, y no había nada que pudiera hacer él para impedirlo.

—Sire —dijo mi padre, y se endureció la expresión de sus labios cuando

vio que estaba ocultando el anillo debajo del libro—. Justo venía a llevar a Irina abajo. Sois muy amable al haber cuidado de ella.

Se acercó a mí y me tendió la mano para pedirme el libro, y se lo di contra mi voluntad, con un destello frío del anillo entre los dos cuando lo cogió. Observé a Mirnatus y me quedé esperando muy seria a que la mirada de perplejidad se apoderase de su rostro, ver cómo lo atrapaba la magia, pero él ya tenía la mirada encendida de hambre y de lujuria, y no le cambió la expresión lo más mínimo. Me miraba a mí, sólo a mí, y no tenía ni un solo vistazo de sobra para el anillo.

Después de mirarme un momento más, parpadeó una vez, desapareció de sus ojos aquella pátina de calor trémulo y se volvió hacia mi padre.

—Debéis perdonarme, Erdivilas —dijo pasados unos instantes—. Vuestras palabras han prendido en mí el deseo de volver a ver a Irina, sin el ruido del salón entre nosotros. Y esas palabras vuestras no han faltado a la verdad, en absoluto. Hay algo en ella, sin duda, de lo más inusual.

Mi padre se detuvo, sorprendido; como si el conejo se hubiera dado la vuelta de forma repentina y hubiese saltado hacia el podenco. Sin embargo, su determinación lo llevó más allá de aquel inesperado momento.

—Honráis mi casa con vuestras palabras.

—Sí —dijo Mirnatus—, quizá pueda ella bajar sin nosotros. Creo que deberíamos discutir de una vez su casamiento. Está destinada a un novio muy particular, creo yo, y debo advertiros de que no se siente inclinado a la paciencia.

Capítulo 10

Todos los días de aquella semana, el padre de Miryem me preguntaba un tanto perplejo: «Wanda, ¿has visto a Miryem?», y todos los días le recordaba que se había marchado a Vysnia. Y él me decía entonces: «Ah, claro, qué tontería olvidarme así». Todos los días, en la cena, la madre de Miryem ponía la mesa para cuatro, y le servían el plato, y los dos parecían sorprendidos al percatarse de que no estaba. Yo no les decía nada, porque me daban a mí el plato entero para que me lo comiese.

Hice la recaudación y escribí con cuidado las líneas en el libro. Sergey y yo nos ocupamos de las cabras y de las gallinas. Mantuvimos el patio limpio y la nieve barrida, amontonada y lisa. El miércoles fui al mercado e hice la compra, y un hombre que había llegado del norte vendiendo pescado me preguntó si a Miryem le quedaba algún delantal: había visto a otras lucirlos y los quería para sus tres hijas. Quedaban tres delantales en la casa, y el atrevimiento me hizo un enorme nudo en la garganta. Se lo conté y le dije:

—Puedo ir a por ellos si quieres. Dos kopeks cada uno.

—¡Dos kopeks! No puedo pagar más que uno.

—No puedo cambiar el precio —le dije yo—. Mi señora está fuera. No se los ha vendido a nadie por menos —añadí.

El hombre frunció el ceño, pero me dijo:

—Bueno, me llevaré dos.

Cuando asentí y le dije que iría a por ellos, me dijo a voces que le trajera los tres. Fui, cogí los delantales y se los llevé de vuelta. El hombre los inspeccionó por delante y por detrás en busca de cualquier hilo suelto o algún desteñido. Sacó entonces la bolsa y contó en voz alta el dinero que me iba

poniendo en la mano: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Seis kopeks, relucientes en la palma de mi mano. No eran míos, pero cerré la mano sobre ellos, tragué saliva y dije:

—Gracias, panov.

Cogí mi cesto y salí caminando del mercado, hasta que ya nadie me miraba, y eché a correr todo el camino de vuelta a la casa y entré de golpe y sin aliento. La madre de Miryem estaba poniendo la cena en la mesa. Me miró sorprendida.

—He vendido los delantales —le dije.

Creía que me iba a echar a llorar. Tragué saliva y le ofrecí el dinero.

Ella extendió la palma y lo cogió, pero ni siquiera se fijó en las monedas. Me puso la mano en la cara, una mano tan pequeña, tan delgada pero cálida. Me sonrió y me dijo:

—Wanda, ¿cómo nos las arreglábamos antes sin ti?

Se dio la vuelta para meter el dinero en un tarro en la estantería. Me tapé el rostro con las manos y me froté los ojos con el delantal antes de sentarme a la mesa.

De nuevo, la madre de Miryem había hecho demasiada comida.

—Wanda, ¿quieres un poco más? Es una pena que la comida acabe en la basura —volvió a decir el padre, que me pasó el cuarto plato.

La madre de Miryem miraba por la ventana con una extraña expresión, un tanto confundida.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera Miryem? —preguntó despacio.

—Una semana —respondí.

—Una semana —repitió la madre como si tratase de metérselo en la cabeza.

—Estará en casa antes de que te des cuenta, Rakhel —dijo el padre con buen ánimo, como si estuviera intentando convencerse.

—Está lejos —replicó la madre, que seguía teniendo aquella expresión de ansiedad en la cara—. Está muy lejos para que vaya ella. —Entonces se

recompuso por completo y me sonrió—. Bueno, Wanda, cuánto me alegro de que disfrutes de la comida.

No sé por qué, pero me vino la idea muy clara a la cabeza: «Miryem no va a volver».

—Está muy buena —le dije con una sensación amarga en la garganta—. Gracias.

Me entregó el penique del día y me marché a casa dando un paseo. Pensé que Miryem estaría siempre a punto de regresar. Sus padres la esperarían un día tras otro. Todos los días le pondrían el plato. Todos los días les sorprendería que no llegase. Todos los días me darían a mí su ración de comida. Quizá me dieran también su ración de otras cosas. Me encargaría del trabajo de Miryem. Su madre me volvería a sonreír del mismo modo en que lo había hecho hoy. Su padre me enseñaría más números. Intenté no desear aquellas cosas. Era como si deseara que no volviese.

Fui al árbol y enterré allí mi penique, y me dirigí a la casa y me detuve ante la puerta. Había visto huellas en el camino, durante todo el trayecto. No era tan raro, vivía más gente a lo largo del recorrido, pero ahora veía que las huellas salían del camino y se desviaban hasta la puerta de mi casa: dos hombres con botas de cuero, y aquello sí que era muy extraño. No era la época del recaudador de impuestos. Me acerqué despacio. Al llegar ante la puerta, oí risas y voces masculinas que brindaban. Estaban bebiendo. No quería entrar, pero tampoco podía evitarlo. Estaba helada de frío por el largo paseo, tenía que calentarme las manos y los pies.

Abrí la puerta. No tenía la menor idea de lo que me iba a encontrar. Cualquier cosa me habría sorprendido. Eran Kajus y su hijo Lukas. Tenían una jarra grande de krupnik sobre la mesa, con tres tazas. Mi padre tenía la cara roja, de modo que ya llevaban un buen rato bebiendo. Stepon estaba acurrucado en un rincón junto a la chimenea, ocultándose. Me miró desde allí abajo.

—¡Aquí está! —dijo Kajus cuando entré—. Cierra la puerta, Wanda, y ven

a celebrarlo con nosotros. ¡Vamos, Lukas, ve a echarle una mano!

Lukas se levantó, vino hasta mí y estiró un brazo hacia arriba para intentar ayudarme a quitarme el chal. No entendí por qué se tomaba la molestia. Me lo quité yo sola y lo colgué cerca del fuego, y la bufanda con él. Me di la vuelta. Kajus no dejaba de mirarme con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy seguro de que será una lástima para ti perderla —le dijo a mi padre—, ¡pero ése es el sino del hombre que tiene una hija! Y su casa no estará lejos. —Me quedé muy quieta. Miré a Stepon—. Wanda —prosiguió Kajus—, ¡lo hemos acordado todo! Te vas a casar con Lukas.

Miré a Lukas. No parecía muy contento, pero tampoco parecía muy triste. Tan sólo me miraba como si me examinase. Yo era la cerda que él había decidido comprar en el mercado, y tenía la esperanza de que engordara bien y le diera muchos cochinitos antes de que llegase la hora de hacer el tocino.

—Por supuesto, tu padre me ha hablado del asunto de su deuda —reconoció Kajus—, pero ya le he dicho que no tendrá que pagar más. Lo que hará será ponerla en mi cuenta, y tú la irás pagando con trabajo a partir de ahí. Y vendrás aquí todas las semanas y le traerás una jarra de mi mejor krupnik, para que no se le olvide la cara de su hija. ¡Por tu salud y tu felicidad!

Brindó por mí con su vaso y se humedeció los labios, mi padre levantó también el suyo y se lo bebió entero, y Kajus se lo volvió a llenar de inmediato.

De manera que mi padre ni siquiera obtendría por mí una cabra que pudiera darle leche, ni unos cerdos. No recibiría cuatro peniques al mes. Me había vendido por bebida, por una jarra de krupnik a la semana. Kajus aún sonreía. Debió de averiguar que me estaban pagando en dinero, o quizá pensaba que si yo estaba en su casa, Miryem le perdonaría parte de la deuda. Y si Kajus iba a hablar con el padre de Miryem, estaría en lo cierto. Desaparecería la deuda entera. Sería un regalo de boda que ellos me hacían. Era entonces posible que Kajus me mantuviese trabajando para ellos, pero les exigiría más y más dinero. Miryem ya no estaba. No podía venir y enfrentarse a él. Sólo estaban

sus padres, y ellos no eran capaces de plantar cara a Kajus. No eran capaces de enfrentarse a nadie.

—No —dije yo.

Todos se quedaron mirándome. Mi padre parpadeaba.

—¿Qué? —repuso con lengua de trapo.

—Que no —insistí—. No me casaré con Lukas.

Kajus había dejado de sonreír.

—Vamos a ver, Wanda... —empezó a decir.

Sin embargo, mi padre no se iba a quedar esperando a que Kajus dijese nada. Se levantó rápidamente y me pegó con tal fuerza en la cara que me caí al suelo.

—¿Dices que no? —chilló mi padre—. ¿Dices que no? ¿Quién crees tú que es el dueño de esta casa? ¡Tú a mí no me dices que no! ¡Cierra la boca! ¡Te casarás con él hoy mismo, burra tonta!

Ya se estaba quitando el cinto, o intentándolo, pero no lograba desabrocharse la hebilla.

—Gorek, sólo se ha sorprendido —le decía Kajus, que alzaba una mano pero no se ponía en pie—. Estoy seguro de que se lo pensará mejor dentro de un momento.

—¡Ya le enseño yo a pensarse mejor las cosas! —dijo mi padre, me agarró del pelo y tiró para levantarme la cabeza. Vi a Lukas de pasada: había retrocedido hacia la puerta y parecía asustado. Mi padre era un hombre corpulento, más que Kajus y que él—. ¿Dices que no? —repetía una y otra vez mientras me pegaba de un lado al otro, de ida y de vuelta.

Intenté cubrirme la cabeza, pero me apartó las manos de una bofetada.

—Gorek, así no tendrá un buen aspecto en su boda —dijo Kajus como si estuviera tratando de convertirlo todo en una broma, una voz que me sonó asustada en los oídos, que me retumbaban.

—¡A quién le importa la cara que tenga! —exclamó mi padre—. Tendrá la parte que cuenta de una mujer. ¡Y a mí no me levantes las manos! —me gritó

—. ¿Dices que no?

Ya había renunciado al cinto. Me tiró al suelo con fuerza, hacia el hogar, y cogió el atizador de al lado de la chimenea. Y entonces Stepon gritó «¡No!» y agarró el otro extremo del atizador.

Mi padre se detuvo. Aun medio cegada por las lágrimas, alcé la cabeza para mirar. Stepon seguía siendo tan pequeño y tan flaco como un pimpollo recién plantado. Mi padre lo podía haber levantado del suelo con su extremo del atizador, pero Stepon siguió agarrándolo con ambas manos, y lo sujetó con fuerza.

—¡No! —volvió a decirle.

Mi padre se quedó tan estupefacto que no hizo nada por un instante. Entonces trató de tirar del atizador, pero Stepon seguía agarrado con fuerza, iba y venía con sus tirones. Mi padre lo sujetó por el hombro e intentó empujarlo para que lo soltase, pero el atizador era más largo que su brazo, y estaba demasiado borracho para que se le ocurriese dejarlo, así que empezó a sacudirlo adelante y atrás y sólo consiguió agitar a Stepon con él por toda la casa, sin soltarse del otro extremo. Mi padre se enfadaba cada vez más. Soltó un rugido sin palabras y por fin tiró el atizador, engancho a Stepon y le pegó de lleno en la cara con el puño enorme.

Stepon cayó, sangrando con el atizador aún agarrado con fuerza.

—¡No! —repitió entre sollozos.

Mi padre estaba ya tan enfadado que no podía ni chillar. Cogió su taburete, se lo estampó a mi hermano en la espalda y lo rompió en pedazos. Stepon se desplomó en el suelo. Mi padre se quedó con una pata del taburete y pegó con ella a Stepon en las manos, fuerte, hasta que chilló, soltó el atizador y mi padre se hizo con él.

En el rostro de mi padre había una ira incandescente. Tenía los ojos rojos, los labios contraídos para enseñar los dientes. Si se ponía ahora a pegar a Stepon con el atizador, no se detendría. Lo mataría.

—¡Me casaré con Lukas! —dije—. ¡Pa, me casaré con él! —insistí, pero

cuando volví la cara hinchada para mirar, Lukas ya se había ido, y Kajus trataba de acercarse a la puerta sin llamar la atención.

—¿Adónde vas?! —le chilló mi padre.

—¡Si a la muchacha no le gusta, pues se acabó el arreglo! —dijo Kajus—. Lukas no quiere una chica que no lo quiera a él.

A lo que se refería era a que él no deseaba aquello en su casa. Había venido con su krupnik y con sus ingeniosos planes, había emborrachado a mi padre y había hecho crecer la ira en su interior como una hoguera que ahora lo quemaba todo, y quería huir de ella.

Y podía huir. Se estaba marchando, y Lukas ya se había ido. Mi padre no podía obligarlos a hacer cuanto él quería ni aunque les gritase. Eran gente rica del pueblo que pagaba sus impuestos. Si trataba de pegarles, ellos acudirían al boyardo para que hiciese azotar a mi padre, y mi padre lo sabía. Me chilló a mí.

—¡Esto es culpa tuya! ¡Qué hombre va a querer a una mujer que no sabe obedecer!

Venía a pegarme a mí con el atizador, Kajus estaba abriendo la puerta, y Sergey estaba allí fuera. Nos había oído gritar. Entró corriendo y agarró el atizador antes de que me golpease en la cabeza. Mi padre intentó liberarlo, pero no pudo. Sergey lo tenía bien sujeto. Era ya tan alto como mi padre, y ya había cogido algo más de peso comiendo dos veces al día en casa de Miryem. Y mi padre estaba flaco del invierno y borracho. Lo volvió a intentar, y después trató de alcanzar a Sergey con un puño, pero Sergey le dio un tirón al atizador para quitárselo, que describió un arco y golpeó a mi padre, en cambio.

Creo que, más que nada, a Pa le sorprendió ser él el que recibía el golpe. Nadie se enfrentaba jamás a él, ni siquiera en el pueblo. Era demasiado grande. Se tambaleó hacia atrás, se tropezó con Stepon —todavía acurrucado junto al hogar— y cayó de espaldas. Se golpeó en la cabeza con el borde del

puchero de kasha y tiró la barra que lo sujetaba. Aterrizó sobre el fuego, más allá del puchero, que le cayó entero en la cara, hirviendo.

Kajus soltó un grito ahogado y salió corriendo de la casa mientras Pa chillaba, pataleaba y hacía aspavientos. Me quemé las manos al quitarle el puchero de encima y lo sacamos de entre las cenizas, pero ya le ardían el pelo y la ropa. Tenía ampollas en la cara, y los ojos hinchados como dos cebollas bajo los párpados. Aplacamos las llamas con nuestra ropa. Por entonces ya había dejado de chillar y de moverse.

Estábamos los tres de pie a su alrededor. No sabíamos qué hacer. No parecía ya una persona. Tenía la cabeza entera hinchada y blanca excepto donde la tenía roja. No decía nada ni se movía.

—¿Está muerto? —dijo Sergey por fin.

Pa seguía sin moverse ni decir nada, y así fue como supimos que estaba muerto.

Stepon se dio la vuelta asustado entre Sergey y yo. Aún sangraba por la cara, tenía la nariz muy mal. Quería saber qué íbamos a hacer. Sergey estaba lívido. Tragó saliva.

—Kajus se lo contará a todo el mundo —dijo—. Les dirá que...

Kajus le contaría a todo el mundo que Sergey había matado a nuestro padre. Los hombres del boyardo vendrían, se lo llevarían y lo colgarían. Daría igual que Sergey no pretendiese hacerlo. Daría igual que nuestro padre estuviera dispuesto a matarnos a nosotros. No podías matar a tu padre. Me podrían llevar a mí también. Kajus le contaría a todo el mundo que me había negado a casarme con su hijo, y que después Sergey había matado a mi padre para impedir que él me pegase por ello. De manera que lo habíamos hecho juntos. Fuera como fuese, iban a ahorcar a Sergey, eso seguro, y aunque no me llevasen a mí y me colgasen, el boyardo se quedaría con la granja y se la daría a otro. Stepon era demasiado pequeño para trabajarla él solo, y yo era una mujer.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dije.

Fuimos al árbol blanco. Cavamos y sacamos los peniques. Sólo había veintidós, pero eso era todo cuanto teníamos. Nos quedamos mirando las monedas. Yo ya sabía cuánto se podía comprar con veintidós peniques, que no sería mucha comida y bebida para tres personas, y teníamos que hacer un largo camino para conseguir trabajo en alguna parte.

—Stepon —le dije—, debes ir a ver a panova Mandelstam.

Stepon me lanzó una mirada. Estaba asustado.

—Eres pequeño. Nadie dirá que lo hiciste tú. Te dejará quedarte allí.

—¿Por qué le va a dejar? —preguntó Sergey—. No le sirve de ayuda.

—Puede cuidar de sus cabras —dije, pero sólo para que Stepon y Sergey se sintiesen mejor.

Sabía que la madre de Miryem le dejaría quedarse allí aunque Stepon no supiese hacer nada, pero sí que sería de ayuda. Se le daban muy bien las cabras, de modo que, aunque ya no fuese nadie a hacer las recaudaciones, tampoco pasarían hambre. Y también les haría compañía todos los días hasta que Miryem regresara a casa. Un momento después, Stepon se frotó los ojos y asintió. Lo había entendido. Sergey y yo podíamos caminar rápido y durante mucho rato. Podíamos hacer trabajos por los que nos pagasen. Él aún no podía. Sería más seguro para todos, pero eso significaría despedirnos, quizá para siempre. Sergey y yo no podíamos volver, y Stepon no sabría dónde estábamos.

—Lo siento, Ma —le dije al árbol.

Al fin y al cabo, el dinero sí había causado problemas. Tendríamos que haberla escuchado. Sonó el viento entre las hojas blancas como un lamento largo y profundo. El árbol inclinó entonces tres ramas, muy despacio, hacia nosotros, y nos tocó en el hombro a cada uno. Lo sentí como si alguien me pusiera la mano en la cabeza. De la rama de Stepon colgaba un único fruto blanco y pálido, una nuez madura. Se quedó mirándola y luego nos miró a nosotros.

—Cógela —le dije.

Aquello era lo justo. Ma ya me había salvado a mí una vez, y a Sergey, y, de todas formas, habíamos sido nosotros dos quienes habíamos creado aquel problema. Stepon no se había buscado nada de aquello.

Así que mi hermano pequeño cogió la nuez y se la guardó en el bolsillo.

—¿Adónde iremos? —me preguntó Sergey.

—Primero iremos a Vysnia —respondí un instante después—. Podemos buscar al abuelo de Miryem. Quizá él nos dé trabajo.

Sabía que su abuelo se llamaba Moshel, aunque no creía que fuéramos capaces de encontrar Vysnia, la verdad, ni al abuelo; pero teníamos que echar a andar hacia alguna parte, y me acordé de que Miryem había hablado de enviar lana al sur, cuando se descongelase el hielo del río. Si hacíamos eso, ir al sur por el río más allá de Vysnia, no nos buscarían. Nadie nos perseguiría tan lejos.

Sergey asintió cuando se lo conté. Fuimos a nuestro redil y atamos en una hilera las cuatro cabras flacas que nos quedaban. Stepon las cogió y se marchó con ellas lentamente, por el camino, echando la vista atrás cada dos por tres hacia nosotros, hasta que quedó fuera del alcance de nuestra vista. Nos dividimos entonces los peniques entre los dos, mitad y mitad, y cada uno nos guardamos nuestra parte en nuestro bolsillo más reforzado. No queríamos volver a entrar en la casa, porque nuestro padre seguía allí tirado, pero acabamos entrando y llevándonos el abrigo de mi padre de donde estaba colgado, y también cogimos el puchero vacío de las cenizas para poder cocinar. Y nos adentramos en el bosque.

Mirnatius y yo nos casamos en la mañana del tercer día de su visita, yo con mi anillo, mi collar y mi corona. Mi padre había ofrecido aquellas joyas como dote diciendo que eran de mi madre. Mirnatius había dicho como de pasada un «Sí, con eso valdrá», como si no le importase. Yo creo que me habría tomado sin entregarle nada en absoluto, pero mi padre se quedó un tanto confundido

con la facilidad de su propia victoria, le hacía sentirse incómodo; quería creer que lo había logrado con sus maquinaciones. La corte me observó con cara de anhelo cuando entré en la iglesia, como si llevase todas las estrellas del firmamento en el cuello y en la frente, pero aquella plata mágica bien podría haber sido latón teniendo en cuenta el interés o la admiración que le prestaba mi prometido. A pesar de toda su insistencia en la inmediatez, dijo sus votos como si lo aburriesen, y dejó caer mi mano tan rápido como si fuera una brasa ardiendo. Lo único que se me ocurrió es que le encantó la posibilidad de casarse con una joven que no le quería, sólo para fastidiar, cuando todas las doncellas del reino suspiraban por él y hubieran dado los dedos de un pie por ser su esposa.

Nos marchamos inmediatamente después. Cogieron el baúl a medio pintar que contenía mi ajuar, lo cargaron de mala manera en la parte de atrás de un trineo pintado de plata y blanco —recién pintado: era el apresurado regalo de uno de los boyardos de mi padre, que se había limitado a pedir que le retocasen uno de los suyos— y acto seguido me cargaron a mí en el asiento cuando me llegó el turno. No me llevaría a nadie conmigo. Mirnatus le había dicho a mi padre que en su casa no había sitio para otra vieja, así que allí se quedó Magreta, desdichada y llorando en la puerta, oculta detrás de todas las demás mujeres del servicio.

Mirnatus besó a mi padre en las mejillas, como era debido con un familiar cercano, y se subió a mi lado. Casi agradecí no quedar enclaustrada con él en el trineo cerrado; no era lo bastante grande para dos personas, aunque una de ellas fuese el zar de Lithvas. Además, en nuestro trineo casi hacía demasiado calor; llevábamos unas gruesas pieles apiladas encima, y unos braseros llenos de piedras calientes en los pies y debajo del asiento. Se reclinó en un movimiento ágil y me ofreció un bolso.

—Lanzad monedas a la gente al pasar, amada mía, para que todos compartan nuestro júbilo —dijo arrastrando las palabras—. Y mostraos tan contenta como yo sé que debéis de estar. Sonreídeles —añadió, otra orden que

llegó hasta mí como las bocanadas de calor que surgían de los braseros, pero llevaba el anillo bajo los guantes, y la plata lo disipaba de mí hacia el exterior.

Apenas extendí la mano con cautela para tomar la bolsa y lancé unos puñados de relucientes kopeks y peniques por un lado del trineo, sin mirar. Nadie en las calles repararía en que no iba sonriéndoles mientras hubiera unas monedas por las que pelearse, y no me veía capaz de obligarme a dejar de mirarlo a él, que me frunció el ceño y siguió vigilándome con los párpados caídos, pero sin decir nada más.

El trineo voló por el camino del río helado, hicimos cuatro paradas para cambiar el tiro y finalmente nos detuvimos poco antes de que oscureciese para pasar la noche con el duque Azuolas. Era un terrateniente acaudalado, propietario de unas tierras extensas, pero tenía su sede en una localidad de menor tamaño y amurallada más por motivos de seguridad frente a los staryk que por temor a ninguna conquista. Se trataba de un lugar tranquilo que no podía dar cobijo a todo el séquito del zar, y Mirnatus dio la orden de que prácticamente toda su comitiva continuase viaje y se acomodase con boyardos menores y con caballeros por el camino para volver a reunirse al día siguiente. Permanecí en los escalones de la casa del duque mientras los demás se marchaban, todos los que me habían visto casarme, y sentí un frío que me ascendía por la espalda. Al menos, en la casa había sitio para algunos de ellos, y no fueron pocos los caballeros que pusieron cara avinagrada y de indignación cuando les hicieron seguir camino. Los criados estaban bajando mi baúl y llevándolo dentro. Me fijé en Mirnatus. Pudo ser cosa del crepúsculo nada más, pero se dio la vuelta y me miró con un fugaz resplandor rojizo en los ojos.

Entré a cenar con toda mi plata, hasta la última brizna, brillando a la luz de las velas: ni siquiera me quité la corona, y todos alrededor de la mesa, hombres, se me quedaron mirando con la sinceridad de un niño, perplejos y a la vez envidiosos del zar, sin saber ni mucho menos por qué. Hablé con tantos

de aquellos hombres encandilados como pude, pero apenas había probado el último plato cuando Mirnatus se excusó en mi nombre y me ordenó que me retirase y me pusiese en manos de las criadas que me esperaban, con dos de sus guardias detrás.

—Vigilad bien la puerta de mi zarina. No quiero que huya —les dijo, y todos le rieron la broma. Cuando dejé la mesa, él se volvió, me cogió la mano, se la llevó de un tirón a los labios y la besó con un aliento ardiente—. No tardaré en ir a veros —me susurró con severidad como una promesa sincera y abrasadora antes de soltarme.

Aquel beso me tiñó las mejillas con una oleada de color, y las criadas que me aguardaban se rieron con disimulo creyéndome ansiosa de mi apuesto novio. Me sentí agradecida por su equivocación. Las hice retirarse en cuanto se cerró la puerta de mi alcoba en lugar de permitir que me ayudasen a desvestirme.

—Mi señor me ayudará, digo yo —les dije bajando la mirada en un gesto de recato para evitar que viesan que era el temor y no la excitación quien hablaba.

Todas se rieron de nuevo y salieron sin más discusión, me dejaron a solas, aún vestida con mi pesado atuendo.

Dos días atrás, le había dicho a Galina: «Es un trayecto largo y frío de aquí a Koron, y mis viejas pieles son demasiado pequeñas». Sabía que se produciría una rebatiña desenfrenada entre los cortesanos que habían venido con el zar y los propios boyardos y caballeros de mi padre en su intento por hallar regalos nupciales, en un frenesí de prisas, y me pareció probable que consultaran a mi madrastra, así que ahora contaba con un grueso conjunto de pieles de armiño lo bastante espléndidas como para que las luciese una zarina. Blancas y suaves, las había dejado amontonadas en una esquina de la habitación, y, apenas cerraron la puerta las criadas, tenía puesto el abrigo de pieles, después la gruesa capa y el manguito. No me podía poner el gorro de

pieles y la corona al mismo tiempo, pero no quería dejar allí tirado el gorro de forma que se notase la ausencia del resto, así que lo metí en el manguito.

Me dirigí entonces hacia el espejo alto que colgaba de la pared y me miré en él, de pie en el torbellino de nieve del bosque oscuro. Di un paso hacia el espejo y sentí en la cara que irradiaba un frío cortante. Cerré los ojos y fui a dar otro paso, aterrorizada por el resultado: por toparme con el duro cristal contra la punta de la nariz y no tener escapatoria, o por atravesarlo y verme sola en plena noche, en otro mundo, del que quizá jamás sería capaz de regresar.

Pero no me encontré con ningún cristal en la cara, sólo con el invierno, cortante en las mejillas. Volví a abrir los ojos. Estaba sola, en un bosque de pinos lúgubres cubiertos por la nieve que me rodeaban hasta el infinito en todas direcciones. El cielo era de un gris plomizo allá en lo alto, el crepúsculo de última hora de la tarde y sin el brillo de ninguna estrella, tan gélido que me tuve que llevar el manguito a los labios para evitar que el aliento me congelara el rostro. Unos finos copos de nieve caían a mi alrededor y me pinchaban en la piel como diminutos alfileres. No era una simple noche fría de invierno, ni siquiera una ventisca; era un frío contranatural que me roía y trataba de filtrarse y llegar hasta el corazón y los pulmones, que me preguntaba qué estaba yo haciendo allí.

No había señal de ningún refugio por ninguna parte, ninguna casa donde pudiese pedir cobijo. Me di la vuelta y vi que estaba en la orilla de un río profundo y congelado, prácticamente sólido, negro, que relucía como el cristal, y al fijarme en la superficie, en lugar del reflejo vi la alcoba vacía de la que acababa de huir, como si la estuviera mirando desde el otro lado del espejo.

La puerta se abrió mientras observaba, y me puse tan tensa como la cuerda de un arco, pero bastó un instante para asegurarme: Mirnatus no me veía. Entró en la alcoba con una amplia y hambrienta sonrisa, y su rostro no hizo sino iluminarse cuando vio que la estancia se hallaba en apariencia vacía.

Cerró la puerta tras de sí y apoyó en ella la espalda. Bajó una mano sin mirar siquiera y echó la llave con detenimiento, un clic que llegó a mis oídos ligeramente distorsionado, como si lo hubiese percibido bajo el agua.

—*Irina, Irina, ¿te estás escondiendo de mí?* —dijo en voz baja con un regocijo ardiente en la voz al sacar la llave y guardársela en el bolsillo—. *Te encontraré...*

Empezó a buscarme: detrás de la pantalla de la chimenea, bajo la cama, dentro del ropero. Incluso se acercó al espejo, y retrocedí de un respingo al verlo venir directo hacia mí, pero no hacía sino mirar si había un hueco detrás del cristal. Al retroceder, la sonrisa por fin se le desvanecía; se aproximó a la ventana y abrió de golpe las cortinas, aunque él mismo había escogido la habitación con sumo cuidado: no había más que un ventanuco, y estaba bien cerrado.

Se dio la vuelta, y la ira comenzaba ya a torcerle el gesto. Me rodeé con los brazos, aterida de frío, mientras él empezaba a echar abajo la alcoba. Por fin se detuvo, jadeante, arrancadas las cortinas del dosel de la cama y con la mitad del mobiliario patas arriba, en una ira cargada de desconcierto.

—*¿Dónde estás!* —chilló con una ronquera terrible e inhumana en la voz—. *¡Sal y déjame verte! ¡Eres mía, Irina, me perteneces!* —Dio un pisotón en el suelo, tan fuerte que tembló la enorme cama de madera tallada—. *¡O si no, los mataré, los mataré a todos! ¡Tu familia, toda tu parentela caerá ante mí! A menos que salgas ahora... No te haré daño* —añadió en un repentino aire adulator, como si de verdad pensara que le creería.

Hizo una pausa, aguardó otro instante y, al ver que aun así no aparecía, comenzó a revolverse en un arrebato violento, dejó de buscar, ya sólo rasgaba y rompía objetos como una bestia furiosa que se dedicara a destrozar el mundo y a destrozarse ella sola al mismo tiempo.

Aquello siguió y siguió hasta que de repente chilló de furia y se acurrucó en un ataque en el suelo, golpeándose contra el piso, con convulsiones por todo el cuerpo y echando espuma por la boca. Aquella violencia duró tan sólo un

momento, y de pronto se quedó lánguido en el suelo, con los labios caídos y la mirada vacía. Era como si aquellos ojos me estuvieran mirando a mí, perdidos. Yo les devolví la mirada durante lo que se me antojaron unos minutos interminables, antes de que pestañearan.

Mirnatius se dio la vuelta, boca abajo, y se dio impulso primero para ponerse de rodillas y para levantarse después con un gesto de dolor. La ropa le colgaba hecha jirones de los hombros; miró a su alrededor, a la maltrecha cama y al resto de la estancia que él mismo había destrozado. Aquel resplandor hambriento le había desaparecido del rostro; apenas tenía una expresión confusa y de desconfianza.

—¿Irina? —dijo, e incluso levantó la colcha de la cama para mirar debajo como si creyera que podía haber aparecido allí de golpe, mientras tanto.

La dejó caer y hasta se acercó a la ventana para volver a mirar allí, como si no recordase que se había asegurado de hacerlo apenas un rato antes.

Sin perder la expresión de desconcierto en la cara, Mirnatius cruzó la alcoba con paso decidido hasta la chimenea.

—Ya veo que sí has acabado por meterme en esto —dijo en voz alta delante del hogar, como si esperase una respuesta—. ¡La hija de un duque! Y ni siquiera has dejado el cuerpo. ¿Qué has hecho con ella?

Las llamas rugieron y se elevaron, y un estallido de chispas se expandió con violencia por la alcoba. Mirnatius no les prestó demasiada atención, y allá donde le cayeron, sobre la piel, las pequeñas marcas de las quemaduras se desvanecieron con la misma rapidez con que lo habían dañado.

—*¡Búscala!* —dijeron las llamas con el bufido de una voz devoradora y crepitante—. *¡Tráela de vuelta!*

—¿Qué? —dijo Mirnatius—. ¿No estaba aquí?

—*¡Tengo que poseerla!* —gritó el fuego—. *¡La poseeré! ¡Encuéntrala y tráemela!* —Elevó la voz al mismo tono de los chillidos que habían proferido los labios de Mirnatius apenas un momento antes.

—Ah, espléndido. Debe de haber sobornado a los guardias para que la

dejaran salir. ¿Qué quieres que haga yo al respecto? ¡Fuiste tú quien insistió en mi casamiento con la única joven del mundo que huiría de mí! Ya me iba a costar lo mío aplacar al padre por un trágico e inesperado accidente, y va a ser un poquito más difícil si se ha esfumado.

—*¡Mátalo!* —le espetó el fuego—. *¡Es mía, me la entregaron a mí! ¡Mátalos a todos si es que la han ayudado a escapar!*

Mirnatius hizo un gesto de impaciencia.

—*¡No seas idiota!* Ese hombre estaba encantado con la idea de entregármela, y no habrá sido él quien la haya puesto a salvo. Ha huido ella por su propia cuenta y riesgo, y habrá llegado ya al reino vecino, lo más probable. O a un convento: eso sería maravilloso, ¿verdad?

El fuego hizo un ruido como el del agua sobre las brasas ardiendo.

—*La anciana* —dijo con un siseo, y el horror me hizo un nudo en la garganta—. *Esa mujer a la que no querías que viese la muchacha. ¡Tráela! ¡Ella lo sabe! ¡Me lo contará!*

Mirnatius hizo una mueca, como de desagrado, pero dijo:

—Sí, sí. Llevará un día enviar a buscarla. Mientras tanto, supongo que dejarás que sea yo quien invente alguna historia que convenza a todo el mundo de que mi querida y recién casada esposa ha huido en plena noche, ¿no? ¿Y qué me dices de todo este destrozo? Tendrás que darme los poderes de un mes entero para arreglarlo todo, y me da igual lo reseco que estés.

Las llamas se elevaron tan alto que llenaron el hueco de la chimenea, y una luz anaranjada saltó sobre el rostro del zar, que se limitó a cruzarse de brazos y quedarse mirándola, y, pasado un instante, una lengua reacia surgió del fuego y se alargó hacia él. Mirnatius cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, abrió los labios y, con un latigazo repentino, la lengua de fuego se le introdujo por la garganta; un calor resplandeciente le iluminó el cuerpo entero desde dentro, y bajo la piel le brilló el trazado de una red de líneas.

Permaneció en tensión, tembloroso, bajo el flujo de aquella llama hasta que por fin se separó del grueso del fuego, el último rastro del extremo le

desapareció por la garganta, y la luz se fue desvaneciendo poco a poco. Abrió los ojos y se tambaleó en un éxtasis de embriaguez, arrebatado y bello.

—Ah —exhaló.

El fuego iba perdiendo la altura que había alcanzado.

—*¡Encuétrala! ¡Encuétrala!* —Seguía crepitando, pero más bajo, como unas brasas que se desmoronan—. *Estoy hambriento, sediento...* —dijo, terminó de desmoronarse y se extinguió en silencio, se apagaron las llamas, que sólo dejaron unas brasas calientes en el hogar.

Mirnatius se volvió hacia la habitación, aún con una ligera sonrisa y los párpados pesados. Levantó el brazo, hizo un barrido perezoso con un gesto amplio, y por todas partes las astillas regresaron de un salto para formar de nuevo los muebles que habían reventado, los tejidos deshilachados volvieron a entretejerse para generar paños enteros, todo ello en un baile grácil bajo su mano. Mirnatius sonreía mientras lo observaba todo, del mismo modo en que sonreía cuando maltrataba a las pequeñas ardillas muertas en el suelo.

Cuando por fin dejó caer la mano a un costado con un gesto lánguido, con la misma elegancia que si hubiese estado actuando sobre un escenario, la habitación quedó como si nadie la hubiese tocado, salvo la mano de un artista: las tallas de la cama se habían vuelto más intrincadas, y la colcha arreglada tenía ahora un bordado en plata, verde y oro que se repetía en las cortinas. Miró a su alrededor satisfecho, asintió y salió de la alcoba, canturreando para sí y frotándose los dedos de las manos, unos contra otros, como si aún sintiera el poder que los recorría por dentro.

Cuando se marchó, la estancia quedó vacía y en silencio. Aquel fuego iracundo se había apagado; no quedaban más que unas brasas comunes y corrientes cuyo resplandor se volvía ahora irresistible a pesar de que el espanto aún se hallaba allí, a su alrededor. No quería regresar a la alcoba: ¿cómo iba a estar segura de que aquella cosa diabólica no seguía al acecho entre las brasas? Sin embargo, tenía los pies entumecidos dentro de las botas, y sólo sentía algo en el pulgar de la mano, donde llevaba puesto el anillo.

Estaba tiritando, pero no permanecería así por mucho más tiempo, y no había ninguna parte adonde pudiese ir. Debía regresar al calor, por unos momentos, al menos.

Debía hacerlo, pero la mano me empezó a temblar cuando me obligué a arrodillarme y a alargarla hacia el espejo pulido que formaba el río congelado. Mi mano atravesó la superficie con la misma facilidad que las aguas de unos baños, y la vi entrar en la habitación al otro lado. Me detuve con los dedos ahí, tan sólo los dedos, esperando, sin quitar ojo al fuego; pero tampoco podía esperar mucho. Tenía la mano caliente, tanto que me hizo sentir mil veces más frío en el resto del cuerpo, y al ver que no salía de allí ninguna llama que se abalanzara sobre mí, respiré hondo y me incliné hacia delante para meterme en el agua.

Salí rodando del espejo y caí al suelo en un calor verdaderamente maravilloso. Me levanté de inmediato con una mano en el espejo, preparada para volver a saltar al otro lado, pero el fuego no crepitó ni resopló. Fuera lo que fuese aquella cosa, se había ido. Me acerqué a rastras a la chimenea, y, pasados unos instantes, me quité las pieles congeladas, con las manos torpes y temblorosas, para dejar que el calor regresara a mí. En cambio no me quité las joyas, ni me deshice de mi plata, obviando los escalofríos incontrolados que se apoderaron de mí, fruto no solo del frío sino del miedo. Ya sabía que Mirnatius no tenía pensado nada bueno para mí, pero no había llegado a imaginarme algo así; no había temido que Baba Yaga estuviese planeando lanzarme al fuego, devorarme y llevarse de este mundo hasta el último de mis huesos. Y sólo contaba con un lugar frío donde esconderme.

Cuando por fin dejó de tiritarme el cuerpo e incluso sentí algo de calor con mi fino vestido puesto, me llevé a las mejillas las palmas de las manos, aún frías, y me obligué a calmarme, a pensar. Me levanté y observé la alcoba, el horror de aquel orden tan perfecto: otra mentira que Mirnatius y su demonio le estaban contando al mundo al cubrir la verdad de los muebles destrozados, los tejidos desgarrados y abrasados, para ocultarla bajo aquella pátina de belleza.

Se había llevado la llave, pero puse una silla bajo el picaporte para así tener al menos unos segundos de advertencia si alguien intentaba entrar. Entonces regresé al espejo.

Me quité la corona y la deposité con cuidado en el suelo. Aún podía ver aquel lugar donde acababa de estar, la fría orilla del río con un pequeño montículo de nieve con huellas en el lugar donde tuve yo los pies, unas huellas que el viento ya volvía a cubrir de nieve. Al tocar el cristal, me sentí como si estuviese intentando apartar unas cortinas muy pesadas, pero al hacer más fuerza con todo el cuerpo, las manos lo atravesaron por fin, aunque sólo llevase el anillo y el collar. Así que bastaba sólo con el collar y el anillo. Acto seguido me quité el collar y probé de nuevo. Esta vez, sin embargo, el cristal me detuvo las manos pese a que aún veía la nieve y sentía el frío que se filtraba en el mundo por entre mis dedos. La superficie del espejo parecía blanda y flexible en lugar de lisa e impenetrable, pero no me permitía atravesarla. Lo intenté con todas las joyas por separado, pero ninguna de ellas me dejaba pasar por sí sola. Necesitaba dos de ellas juntas para poder pasar al otro lado. Podía conservar el anillo en el dedo todas las horas del día, y llevármelo a la cama también, y a nadie le extrañaría, pero los collares y las coronas sí serían lo bastante extraños como para llamar la atención. Y si Mirnatius averiguaba cómo había conseguido escapar de él, se aseguraría de que no tuviese más oportunidades.

Fui al espejo y volví a mirar, hacia la orilla nevada del río. Ya había entrado en calor. Podía ponerme todas las enaguas, los tres vestidos nuevos uno encima del otro, todas las medias y los calcetines gruesos de lana por encima de las botas. Podía atravesar el espejo y quedarme sola otra vez. Si caminaba a lo largo del río, quizá hallase algún refugio. Tenía varias baratijas en el joyero, regalos de boda; me las podía guardar en el bolsillo y pagar por recibir ayuda o cobijo si es que alguien vivía en aquel bosque. No sabía cómo funcionaba la magia, pero estaba dispuesta a arriesgarme a morir congelada en la nieve con tal de alejarme de aquella cosa de la chimenea.

No obstante, por la mañana el zar enviaría a alguien a buscar a Magreta, y ella vendría sin vacilar. Estaría tan feliz, todo el camino; vendría con el corazón esperanzado y pensando que yo había convencido a mi esposo para que me permitiese tenerla por compañía, que él no sería tan malo, al fin y al cabo, y que ya se habría enamorado de mí sin duda y estaba dispuesto a mostrarse amable. Y él la entregaría entonces a aquella criatura diabólica para que la torturase con el fin de obtener de ella una información que Magreta desconocía, para descubrir dónde me había metido.

El trineo del staryk nos llevó a velocidad de vértigo sobre el camino de plata. Discurría entre dos hileras de árboles blancos y altos de corteza cenicienta que se abrían en unas ramas más claras cubiertas de unas hojas del color de la leche, con venas translúcidas. Unas florecillas de seis puntas, como enormes copos de nieve, nos caían sobre los hombros y en el regazo mientras las pezuñas del venado tamborileaban al avanzar sobre la superficie del camino, tan pulida como un estanque congelado. No veía más que el invierno, por todas partes. Traté de romper el silencio varias veces, preguntar hacia dónde nos dirigíamos y cuánto duraría el trayecto, pero era como si estuviese hablando con los ciervos. El staryk ni siquiera me miraba.

Por fin, una montaña comenzó a surgir al fondo: perdida en la niebla y difícil de divisar al principio a causa de la distancia, pensé, pero no se hizo más fácil distinguirla cuando se fue acercando y haciéndose grandiosa. La luz se filtraba a través de ella, centelleaba en los bordes —pero sólo por un instante— y después encontraba alguna otra parte de la montaña a la que darle su brillo, como si toda ella estuviera hecha de un cristal tallado, y no de roca y de tierra. El camino ascendía por una rampa en un lateral, hasta una puerta plateada y alta.

El recorrido se hizo extrañamente lento cuando la vimos. Las pezuñas volaban con la misma rapidez, y los árboles no dejaban de quedarse atrás al

mismo ritmo constante, pero la montaña no se acercaba, sino que permanecía allí recortada contra la misma porción de cielo. Era como si no nos aproximásemos lo más mínimo. A mi lado, el staryk iba sentado muy quieto, mirando siempre al frente. El cochero volvió entonces la cabeza tan sólo un poco: no es que mirase a su alrededor, sino que hizo un leve gesto en aquella dirección, y los labios del staryk se tensaron levemente. No hizo ningún otro gesto ni dijo nada, pero la montaña comenzó de pronto a moverse de nuevo hacia nosotros, como si fuera su voluntad lo único que la retenía.

Salimos del bosque, y se terminó el dosel de árboles blancos. El camino de los staryk continuó entonces paralelo a un río cuyas aguas discurrían en sentido contrario, procedentes de la montaña y cubiertas de una fina capa de hielo quebradizo en unos grandes témpanos, que se delineaban en el agua oscura y se alejaban muy poco a poco corriente abajo.

Al acercarnos más, vi que a aquel río lo alimentaba una estrecha cascada que surgía de la montaña, un largo y delgado velo que caía por una ladera de la montaña de cristal y finalizaba en un estanque de niebla difusa del que nacía el río. No entendía de dónde surgía la cascada: en aquellas pendientes cristalinas no había nieve alguna que pudiera fundirse y proporcionar el agua, no había tierra por la que hubiera podido filtrarse, pero pasamos lo bastante cerca como para que sintiese una fina nube de agua en la mejilla antes de que el camino comenzara a ascender y las puertas de plata se abriesen a nuestro paso.

El trineo entró en la montaña sin reducir la velocidad, desplazándose de una luz a otra como un parpadeo, un resplandor que parecía cautivo en las paredes, con unas líneas de plata que se retorcían y las surcaban fogonazos de cristales brillantes de vivos colores, aquí y allá. A nuestro alrededor se escindían y se ramificaban las bocas oscuras de otros túneles, pero nuestro camino continuaba ascendiendo y curvándose, cobrando luminosidad hasta que emergió por fin en una vasta pradera blanca de escarcha. Al principio pensé que habíamos atravesado la montaña entera y habíamos vuelto a salir, pero no:

estábamos dentro de un gigantesco espacio hueco cerca de la cumbre, y las brillantes facetas de los cristales lucían sobre nosotros. El pálido e interminable gris del cielo se rompía allí dentro con el fulgor de las gemas, con unas finas y deslumbrantes líneas irisadas cruzándolo de parte a parte, y, en el centro de la pradera, bajo aquel cielo diamantado, se alzaba un bosquecillo de árboles blancos.

Aun presa del miedo, de la ira y de mi propia impotencia, el imposible prodigio de aquel lugar me tenía cautivada. Me quedé mirando la bóveda de la montaña con el escozor del resplandor invernal en los ojos, y casi conseguí convencerme de que estaba soñando. No era capaz de situarme en aquel paisaje. Me resultaba más sencillo volver a ubicarme en la estrecha cama de la casa de mi abuelo, enferma quizá, o incluso con fiebre. Pero aquel paisaje no me dejaba salir. El trineo redujo la velocidad y se frenó cuando el cochero tiró de las riendas de los ciervos e hizo que se detuvieran en el exterior del anillo de árboles. Una multitud de staryk volvió el rostro para mirarme desde debajo de las ramas.

Apenas un segundo después, mi staryk se levantó y descendió del trineo con rigidez. Permaneció allí, dándome la espalda, tenso e inmóvil, hasta que bajé detrás de él, lenta y precavida. El suelo crujió ligeramente bajo mis pies cuando lo pisé, repleto de una hierba gris plateada y gélida, con los dibujos blancos que formaba la escarcha. Daba una sensación demasiado real. Él seguía sin decirme una sola palabra a modo de explicación.

—Llévalo al almacén —le dijo cortante al cochero, e hizo un gesto brusco con la mano hacia el cofre de oro, que aún descansaba en la parte de atrás del trineo.

El cochero asintió, hizo que los ciervos giraran la cabeza, se alejó por la pradera y rodeó el bosquecillo hasta que desapareció de nuestra vista. El señor de los staryk se dio la vuelta y arrancó al instante hacia el interior de la arboleda, y tuve que apresurarme para no perder el paso de sus grandes zancadas.

Los árboles blancos del bosquecillo estaban plantados en círculos concéntricos, y los demás staryk se habían situado dentro de aquellos anillos, según su rango, o al menos según su magnificencia. Los de los anillos más exteriores —los más concurridos— lucían vestimentas grises con toques de plata; en los siguientes círculos aparecían algunas joyas de colores oscuros. Conforme los anillos se iban haciendo más pequeños, las joyas y los ropajes se volvían más claros, y los de los círculos de menor tamaño resplandecían con gemas de los tonos más pálidos de rosa, amarillo y albo, vestidos de blanco y del gris más desvaído.

Pero sólo al atravesar los círculos más estrechos pude atisbar leves brillos de oro, e incluso entonces, apenas eran unos bordes dorados en el cierre de una capa o el filo de un anillo de plata, como si el oro fuese aquí algo tan escaso como lo era la plata de los staryk en mi propio mundo. De entre todos ellos, sólo mi staryk iba vestido entero de blanco y con piedras preciosas transparentes, con una banda sólida de oro en la base de la corona de plata. Me condujo por delante de todos ellos sin detenerse, hasta un montículo elevado en el mismo centro de la arboleda. Allí se alzaba un conjunto grandioso e irregular de lanzas congeladas, de hielo o de cristal transparente, brillantes, con un arroyo minúsculo y congelado que rodeaba la base y se alejaba serpenteando en una línea plateada entre los árboles.

Junto a las lanzas, había un criado tan inmóvil que bien podría haber sido una talla en el hielo; tenía la mirada baja. Sostenía un cojín blanco y, sobre él, una corona alta hecha de plata que me resultaba extrañamente familiar: Isaac la podría haber utilizado como patrón. El staryk se detuvo al llegar allí, observando aquel objeto tan delicado e imaginativo, y cuando se dio la vuelta para mirar a la multitud de su pueblo, su rostro adoptó una quietud mortal. No me miró, y habló con una voz fría.

—Contemplad a mi señora, vuestra reina —dijo.

Observé aquel mar de destellos, aquellos rostros imposibles y congelados que me miraban atentos, con desconcierto y desaprobación: ellos tampoco

eran capaces de verme en aquel paisaje, ni querían hacerlo. Había algunas sonrisas en los círculos más próximos, sonrisas crueles que me resultaban conocidas: eran las mismas con las que había crecido toda mi vida, las que me ponía la gente cuando me contaban el cuento de la hija del molinero, las sonrisas que me pusieron la primera vez que llamé a sus puertas. Sin embargo, en esta ocasión no me estaban sonriendo a mí: era demasiado insignificante para eso. Le sonreían a él con cierta incredulidad, nobles complacidos al ver cuán bajo caía su rey al casarse con aquel fardo de color marrón que era esa joven mortal.

Cogió la corona del cojín sin esperar más, se movió veloz para acabar de una vez con aquello y poner fin a su humillación. Yo tampoco deseaba estar allí, ni quería que todos ellos se mofasen de mí, pero sabía lo que me habría dicho mi abuelo: aquellos rostros no dejarían nunca de sonreír si yo se lo permitía. No veía cómo podría conseguir jamás que dejaran de hacerlo. Aquellos altos caballeros de pómulos blancos y barba de carámbanos de hielo llevaban espadas y dagas de plata en la cintura, arcos blancos al hombro, unos arcos que utilizaban para dar caza a hombres mortales por simple placer, y había visto a su rey arrebatarse el hálito de la vida a un hombre con un solo toque de la mano. No me cabía la menor duda de que cualquiera de ellos podría segarme a mí la mía.

Pero cuando el rey se volvió hacia mí con la corona en las manos y la frialdad del descontento en la cara, extendí con atrevimiento las mías y la sujeté con él antes de que él me la pusiera en la cabeza. Me fulminó con la mirada, y yo lo miré a él cargada de determinación. Aquella vieja ira surgió dentro de mí, pero no sentí frío ninguno con ella; notaba el suficiente calor como para que me saliese vapor de las mejillas, como para que se me iluminaran las palmas de las manos. La corona comenzó a calentarse allá donde yo la tocaba, y a mi alrededor comenzaron a disiparse todas aquellas sonrisas afiladas como cuchillos, en el preciso momento en que me surgieron unas finas líneas de oro de debajo de los dedos y recorrieron la plata, se

fueron ensanchando y curvándose con cada frágil trenza de orfebrería, en cada eslabón, uno por uno.

El rey staryk permaneció inmóvil, con los labios en una línea recta mientras veía cómo se convertía la plata, hasta que la corona brilló dorada entre nuestras manos como un amanecer extraño e intenso bajo aquel cielo de nubes. La multitud entera suspiró al unísono cuando finalizó, con el sonido de un suave suspiro. El rey sostuvo la corona en el sitio un instante más, y entonces la colocamos juntos sobre mi cabeza.

Era mucho más pesada que la corona de plata, sentía su peso en el cuello y en los hombros, tratando de doblegarme. Y recordé, a buenas horas, que era precisamente aquél el poder que él había venido a buscar en mí, el motivo por el que me había querido desde el principio, y acababa de mostrarles a todos que de verdad lo tenía. Seguro que ya no quedaba ninguna posibilidad de que me dejase marchar. Aun así mantuve la cabeza alta y me di la vuelta para mirarlos a todos. Ya no había sonrisas entre ellos, y la desaprobación se había convertido en recelo. Los miré a la cara, tan fría, y decidí que no iba a lamentar nada, una vez más.

No intercambiamos ningún voto, no hubo banquete y, desde luego, no hubo felicitaciones. Se clavaron en mí unos cuantos rostros de cristal tallado y algunas miradas de soslayo, pero, más que nada, lo que hicieron fue darse la vuelta y alejarse silenciosos, salir de la arboleda por todas partes y dejarnos allí solos, en el montículo. Hasta el criado se marchó con una reverencia y desapareció, y cuando se fueron todos, el rey staryk permaneció allí por un momento más antes de darse la vuelta sin previo aviso y marcharse también sobre el espejo pulido y cristalino que formaba el arroyuelo congelado.

Lo seguí. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Al aproximarnos al muro brillante de cristal de aquel espacio abovedado, vi que otros staryk entraban por aberturas, puertas y bocas de túneles, como si vivieran dentro de los muros de cristal igual que si se tratara de casas alrededor de una pradera. El arroyo de hielo no dejaba de ensancharse conforme caminábamos a lo largo de su curso; hacia el

final del bosquecillo abovedado, al llegar al muro brillante, la superficie congelada se volvió más fina y pude ver el agua que se movía en sus profundidades, y el punto de encuentro con la pared se agrietaba en la superficie y dejaba ver la corriente que discurría por debajo antes de adentrarse en la oscura boca de un túnel y desaparecer.

Junto a la boca de aquel túnel partían unas escaleras, recortadas en la ladera de la montaña. El rey staryk me abrió el paso en el ascenso, en una subida de vértigo y agotadora para las piernas que nos llevó por encima de las copas de los árboles blancos. Cuando miré hacia abajo por accidente —hice lo que pude para evitarlo, por temor a caerme sin más, ya que las escaleras no tenían barandilla— pude ver con más claridad aquellos anillos, y también el resto de la pradera que se extendía blanca a su alrededor. No aparté la mano de la pared de la montaña, a mi lado, y fui poniendo los pies con cuidado. Él ya me había tomado una buena delantera cuando llegué a lo alto, y los escalones me llevaron a una sola estancia grande, donde me esperaba con los puños apretados a ambos costados, de espaldas a mí.

Era tremendamente larga, tan ancha como todo el grosor del muro de la montaña: finalizaba en una fina pared de cristal en el otro extremo, transparente por completo, que se asomaba sobre la ladera. Me dirigí a paso lento hacia ella y miré lejos, muy lejos pendiente abajo. A mis pies, la cascada surgía directa de una fisura grande, con los bordes ahumados como los de un cristal que se ha agrietado en un incendio. Caía en una masa neblinosa que era todo cuanto alcanzaba a ver desde lo alto; el río medio helado partía de allí para adentrarse en el bosque oscuro de árboles verdes como los abetos y espolvoreados de blanco. No lograba ver el camino de los árboles blancos por ninguna parte. Apenas habíamos viajado unas pocas horas, pero no había ni rastro de Vysnia en la distancia, ni rastro de ninguna aldea mortal. Tan sólo el bosque invernal infinito que se extendía en todas las direcciones.

No me gustó verla, aquella enorme extensión oscura cubierta de tapetes blancos de nieve; no me gustó ver que Vysnia no estaba donde debía estar, ni

tampoco estaba el camino de los mortales que regresaba a mi pueblo desde la ciudad. ¿Me habrían echado de menos, allá en casa? ¿O simplemente había desaparecido de su consciencia igual que el staryk desaparecía de la mía cada vez que no lo tenía delante? ¿Se le olvidaría a mi madre por qué no había regresado aún a casa, o se olvidaría de mí, de que hubiese tenido jamás una hija, aquella que tanto dinero había ganado y que había alardeado tanto de ello que había provocado que un rey viniera a llevársela?

De las paredes de la estancia colgaban unas vaporosas cortinas de seda con brillos plateados, y no había una chimenea reconfortante, sino unos grandes pedestales con cristales gélidos que se elevaban por encima de la altura de mi cabeza a intervalos regulares, capturaban la luz y la reflejaban en su interior. No se había celebrado ningún banquete allá abajo, pero aquí arriba sí había una pequeña mesa de piedra blanca, ya puesta y aguardándonos con un par de copas servidas, de plata labrada, una con un ciervo y otra con una cierva. Cogí esta última, pero antes de poder beber de ella, el rey staryk se giró sobre los talones, me quitó la copa de la mano y la lanzó contra la pared con un ruidoso estruendo, con tal fuerza que el metal dejó una muesca allí donde golpeó y salió rodando. El vino se derramó en un gran charco por el suelo y, allá donde acabaron goteando los posos, se formó un extraño residuo de espuma blanca, de algo que había en la copa.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¡Ibais a envenenarme!

—¡Por supuesto que iba a envenenarte! —reconoció de forma despiadada—. Ya es lo bastante malo haber tenido que casarme contigo, pero someterme a... —Lanzó una mirada de aversión por la estancia, hacia un lugar donde ahora me daba cuenta de que las vaporosas cortinas ocultaban una especie de alcoba, un lugar para dormir.

—¡Pues tampoco teníais que casaros conmigo! —le dije más desconcertada que temerosa, por el momento, pero él hizo otro gesto irritado de desdén,

como si lo que estuviese haciendo fuese rascarle en alguna zona que él ya tuviese irritada.

De manera que el honor dictaba que tenía que casarse conmigo, porque había prometido que lo haría, pero eso no le impediría asesinarme inmediatamente después, ¿no? Al fin y al cabo, el rey no había hecho ningún voto de ninguna clase; se había limitado a decir que yo era su reina y a ponerme una corona en la cabeza, no había hecho ninguna promesa de amarme ni de protegerme.

Y luego me había subido aquí para matarme, y sólo me había perdonado la vida porque... Muy despacio, fui y recogí la copa del suelo. Volví a generar la misma sensación del instante en que la corona se convirtió en mis manos, el mismo resplandor cálido, y al agarrar con fuerza la copa por el tallo, el oro surgió y empezó a cubrir la plata. Me volví hacia él con la copa convertida ya por completo en mis manos, y el rey se quedó mirándola con expresión funesta, como si le estuviese mostrando su destino en lugar de una copa de oro.

—No necesito más recordatorios —me dijo con dureza—. Gozarás de tus derechos sobre mí.

Extendió un brazo y se quitó de golpe la capa de pieles blancas, la tiró sobre la silla. Acto seguido se desabrochó los puños y el cuello de la camisa; estaba claro que pretendía desvestirse de inmediato, y...

Estuve a punto de decirle que no tenía que hacerlo, pero, con una creciente sensación de alarma, me percaté de que no serviría de nada: ya se había casado conmigo y me había coronado porque me lo debía, por mucho que yo hubiese intentado rechazarlo, y aunque me habría envenenado sin el menor reparo, lo que no haría sería estafarme. Nuestro matrimonio me daba derecho a los placeres del tálamo nupcial, de modo que los disfrutaría, los quisiera yo o no. Era como si un hada perversa me hubiera concedido el deseo de tener un cliente que siempre pagase sus deudas en el plazo exacto.

—Pero ¿por qué deseáis tanto el oro? —le pregunté a la desesperada—. Tenéis plata, joyas y una montaña de diamantes. ¿De verdad os merece la

pena?

Me ignoró exactamente igual que en el trineo: para él, no era más que algo que debía soportar.

Tenía que desabrocharse lo que me pareció una cincuentena de botones de plata, pero los últimos volaban entre sus dedos. Viéndolos abrirse, le solté en un último intento frenético:

—¿Qué me daríais a cambio de mis derechos?

Se volvió hacia mí de inmediato, con la camisa colgando y prácticamente abierta sobre su pecho desnudo, una piel que se veía tan blanquecina como los suelos de mármol del palacio del duque.

—Una caja de joyas de mi tesoro.

El alivio casi me hizo acceder al instante, pero me obligué a respirar hondo tres veces para pensármelo, lo mismo que hacía cuando en el mercado alguien me presentaba una oferta que tenía muchos deseos de aceptar. El staryk me observaba con los ojos entornados, y no era estúpido; aunque no deseaba llevarme a la cama, sabía que yo tampoco quería llevarlo a él. Me habría hecho una oferta a la baja, algo que no le costase nada, para ver si la aceptaba con rapidez.

Por supuesto, yo seguía queriendo aceptarla: no podía dejar de ver la cama detrás de aquellas cortinas, y estaba segura de que él sería cruel, por accidente y por las prisas por acabar, aunque no fuese a propósito. Sin embargo, me obligué a pensar en lo que me habría dicho mi abuelo: mejor no llegar a un acuerdo que aceptar uno malo y que te consideren siempre un blanco fácil. Me armé de valor contra el nudo que sentía en el estómago.

—Puedo convertir la plata en oro —le recordé—. No podéis pagarme con un tesoro de joyas.

Frunció el ceño, pero no se produjo ningún estallido.

—¿Qué deseas, entonces? Y piénsalo con cuidado antes de pedir en exceso —añadió, una fría advertencia.

Dejé escapar, cuidadosa, el aliento que había estado conteniendo. Ahora,

por supuesto, me encontraba ante una nueva dificultad: no había querido que se aprovecharan de mí, pero tampoco quería pedir demasiado, ¿y cómo iba a saber qué consideraría él demasiado y qué no? Además, sabía que no me dejaría marchar, y ahora también sabía que tampoco me mataría, y no había mucho más que deseara de él en lo que fuese capaz de pensar. Excepto respuestas, me percaté. De manera que le dije:

—Todas las noches, a cambio de mis derechos, os haré cinco preguntas, y vos las responderéis, por muy tontas que puedan pareceros.

—Una pregunta —me dijo—. Y jamás me preguntaréis mi nombre.

—Tres —repuse, envalentonada de repente: no había reaccionado como si fuera un ultraje, al menos. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, pero no me dijo que no—. ¿Y bien? ¿Hay que darse la mano aquí para cerrar un trato?

—No —me dijo al instante—. Hazme dos preguntas más.

Apreté los labios en un gesto contrariado.

—Entonces, ¿cómo hacéis aquí los tratos? —le pregunté, porque me daba la sensación de que iba a ser importante.

Me miró con los ojos entornados.

—Cuando una oferta se ha hecho, y se ha tomado parte en ella.

Por supuesto, no tenía intención de iniciar una discusión al respecto, pero percibía que me estaba poniendo a prueba de nuevo, y con tres preguntas por noche, tardaría una eternidad en obtener algo de él a golpe de nimiedades como aquéllas.

—Para mí, eso no es una verdadera respuesta a mi pregunta, y si vuestras respuestas me son completamente inútiles, entonces no os preguntaré mañana —dije con toda la intención.

Me puso mala cara, pero reformuló su respuesta.

—Has expuesto tus términos y hemos regateado, hasta que he dejado de insistir en que los modificaras más. Por lo tanto, han sido éstos los términos bajo los cuales has formulado tus preguntas, y yo he dado una respuesta a cambio; cuando hayas planteado una tercera, y yo la haya respondido, el

acuerdo se habrá cumplido, y no te deberé nada. ¿Qué más es necesario? No tenemos necesidad ninguna de la falsa parafernalia de vuestros papeles y vuestros gestos, y tampoco puede haber seguridad ninguna en quien no es digno de confianza, para empezar.

De modo que había cerrado el trato respondiendo a mi primera pregunta como parte del acuerdo, algo que en cierto modo me parecía hacer trampas, pero tampoco estaba dispuesta a discutir por ello. Eso significaba que tan sólo me quedaba una pregunta hasta el día siguiente, y eran un millar las respuestas que deseaba a cambio. Empecé por plantear la más importante:

—¿Qué aceptaríais para dejarme marchar?

Soltó una carcajada terrible.

—¿Acaso hay algo que no te haya entregado aún? Mi mano, mi corona y la dignidad de mi rango, ¿y me pides que te otorgue un precio todavía más elevado? No. Te contentarás con lo que ya has obtenido de mí a cambio de tu don, y date por advertida, joven mortal —añadió con un tono frío entre dientes y entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos sombras azules, como una grieta profunda en un río helado que te advierte sobre la posibilidad de caerte a unas aguas que te ahogarían en caso de atravesarlo—, que ese don es lo único que te mantiene en tu lugar. Recuérdalo.

Dicho aquello, agarró su capa y se la puso al vuelo, salió de la estancia y cerró de un portazo tras de sí.

Capítulo 11

Me gustan las cabras porque sé lo que van a hacer. Si les dejas abierto el redil, o si hay un poste suelto, salen y se escapan, se comen los cultivos, y si no les vigilo las patas, me cocean cuando las ordeño, y si les arreo con un palo, salen corriendo; pero si les doy muy fuerte, entonces echarán a correr siempre en cuanto me vean, a menos que tengan mucha hambre y yo les traiga comida. Entiendo perfectamente a las cabras.

Intenté comprender a Pa, porque pensé que si lo hacía, me zurraría menos, pero nunca lo conseguí, y durante mucho tiempo tampoco entendí a Wanda, porque siempre me estaba diciendo que me largase, pero me preparaba la comida a la vez que al resto y a veces me daba ropa. Sergey era amable conmigo la mayoría de las veces, pero otras veces no, y tampoco sabía por qué. Una vez pensé que a lo mejor era porque yo había matado a nuestra Ma al nacer, pero le pregunté a Sergey y él me contó que yo ya tenía tres años cuando murió nuestra Ma, y que fue otro bebé el que la mató.

Ese día fui al árbol y vi su tumba, y la tumba del bebé, y le dije que me daba pena que estuviese muerta. Ma me dijo que a ella también le daba pena, que no me metiese en líos y que hiciera caso a Wanda y a Sergey, y eso fue lo que hice, tanto como pude.

Pero ahora Wanda y Sergey se habían ido, y Pa estaba muerto, y sólo quedábamos las cabras y yo, y el camino tan largo hasta el pueblo que teníamos por delante. Sólo había llegado una vez hasta el pueblo, el día en que el staryk se apoderó de Sergey, y ese día estuve a punto de no ir. Cuando lo encontré, al principio pensé que nadie me ayudaría, pero entonces pensé que a lo mejor me estaba equivocando igual que me equivocaba en otras cosas, y

que debería intentarlo al menos. Me pregunté a quién debería ir a buscar, a Pa o a Wanda. Pa estaba mucho más cerca, allí mismo, trabajando en el campo, y Wanda estaba a mucha distancia, lejos, en el pueblo, y tardaría horas y más horas en llegar, y Sergey estaría tirado en el bosque durante todo ese tiempo. Pero seguía sin estar seguro, así que fui y le pregunté a Ma, y ella me dijo que fuese a pedirle ayuda a Wanda, y eso fue lo que hice. Y ésa era la única vez que había estado en el pueblo.

Ahora no podía ir tan rápido, tirando de las cabras, pero tampoco tenía ganas de ir muy deprisa, la verdad. Sabía que a Wanda le caía bien panova Mandelstam, y a veces nos daba huevos, pero era otra persona más a la que no conocía y a quien tampoco entendería, y no sabía qué iba a hacer yo si me decía que me marchase. Pensaba que ya no podía volver y preguntarle otra vez a Ma en el árbol, no me habría dado una nuez si no, porque la nuez era para que me la llevara de allí. Así que me daba miedo llegar al pueblo por si panova Mandelstam no me dejaba quedarme, y entonces estaría solo con cuatro cabras en el pueblo, y no sabría qué hacer.

Pero Wanda tenía razón, porque cuando por fin llegué a la casa, panova Mandelstam salió enseguida y me dijo: «Stepon, ¿qué estás haciendo aquí?», como si supiera quién era yo aunque no había venido más que una vez a la casa y jamás había hablado con ella, sólo con Wanda. Me pregunté si no sería una bruja.

—¿Está enfermo Sergey? ¿Es que no podrá venir esta noche? Pero ¿por qué traes las cabras?

Me decía muchas cosas y me hacía tantas preguntas que yo no sabía cuál responder antes.

—¿Puedo quedarme aquí? —le dije desesperado, porque no podía evitar querer saber eso lo primero. Pensé que ya me podría hacer ella todas sus preguntas después—. ¿Y las cabras?

La mujer dejó de hablar, me miró y dijo:

—Sí, déjalas en el patio y entra a tomar un té.

Hice lo que me dijo panova Mandelstam, y cuando entré, me dio una taza de té caliente que era mucho mejor que cualquier otro té que hubiésemos tomado en nuestra casa, y me dio pan con mantequilla, y cuando me lo comí todo me dio otro pedazo, y cuando me lo comí entero también, me dio otro con miel. Tenía el estómago tan lleno que casi lo podía notar con la mano.

Panov Mandelstam entró mientras yo comía. Al principio me quedé un poco preocupado, porque para entonces ya pensaba que quizá todo iba bien ya que panova Mandelstam era una madre. No entendía yo muy bien qué eran las madres, la mía estaba en un árbol, pero sí sabía que eran algo muy bueno, y que te enfadabas mucho y te ponías muy triste cuando perdías la tuya, porque Wanda lo estaba, y Sergey también, y, de todas formas, cuando Pa entraba en nuestra casa yo siempre quería salir corriendo, igual que las cabras. Pero cuando entró panov Mandelstam no fue igual que cuando Pa entraba en nuestra casa: no se montó un escándalo. Se me quedó mirando, fue hacia panova Mandelstam y le dijo en voz muy baja, como si no quisiera que yo lo oyese:

—¿Ha venido Wanda con él?

La mujer le dijo que no con la cabeza.

—Se ha traído sus cabras. ¿Qué ha pasado, Josef? ¿Ha habido algún problema?

Panov Mandelstam asintió y acercó la cabeza a la de su esposa para que yo no pudiese escuchar lo que él le susurraba, pero no me hizo falta, porque yo ya sabía cuál era el problema: que Wanda y Sergey se habían marchado porque Pa estaba muerto en nuestra casa. Panova Mandelstam se agarró el delantal y se tapó la boca mientras él se lo contaba.

—¡No me lo creo! —dijo airada—. Ni por un minuto. ¡Nuestra Wanda no! Ese Kajus tiene de bueno lo mismo que un ladrón, siempre ha sido así. Mira que meter a esa pobre muchacha en un lío... —Panov Mandelstam le hacía gestos para que se callase, pero ella se volvió hacia mí y me dijo—: Stepon, en el pueblo están diciendo cosas terribles sobre Wanda y tu hermano Sergey. Dicen que... que han matado a tu padre.

—Sí que lo han hecho —dije, y los dos se me quedaron mirando fijamente.

Luego se miraron el uno al otro, y panov Mandelstam se sentó a mi lado ante la mesa y me habló en voz baja, igual que hablaba yo a una cabra que estaba asustada:

—Stepon, ¿quieres contarnos qué ha pasado?

Me preocupé al pensar en contárselo todo, en todas las palabras que tendría que decir, porque a mí no se me daba muy bien hablar.

—Voy a tardar mucho en terminar de contarlo —dije, pero ellos asintieron sin más, así que hice lo que pude, y ellos no dijeron una palabra para no interrumpirme a pesar de que sí, tardé mucho.

Panova Mandelstam también se sentó un rato después, con las manos quietas sobre la boca.

Cuando terminé, siguieron en silencio durante un buen rato, y panov Mandelstam dijo entonces:

—Gracias por contárnoslo todo, Stepon. Me alegro mucho de que Wanda te enviase aquí. Con nosotros tendrás un hogar mientras tú quieras.

—¿Y si me quiero quedar para siempre? —pregunté, para asegurarme.

—Entonces tendrás un hogar mientras nosotros lo tengamos —contestó él.

Panova Mandelstam estaba llorando, a mi lado, pero se secó las lágrimas, se levantó y me trajo más té y más pan.

Fue una extraña manera de pasar mi primera noche como zarina. Me hice un lecho con mis pieles blancas delante del espejo y dormí allí mismo, encima de ellas, de tal modo que pudiese cogerlas en los brazos y saltar por el espejo en cuestión de segundos. Tan sólo dormí a ratos, levantando la cabeza cada dos por tres para escuchar. Pero no vino nadie en toda la noche. Me desperté por fin cuando el cielo palidecía y tañían las campanas matinales, y, pasado un instante, me levanté y retiré la silla de debajo del picaporte. Di entonces unos toques en la puerta hasta que los guardias de fuera la abrieron entre bostezos,

dos hombres distintos de los soldados que me habían subido a la alcoba la noche antes. Me pregunté qué habría sido de aquellos dos hombres. Nada bueno, me imaginé, si Mirnatius de verdad pensaba que los había sobornado.

—Debo acudir a la oración matinal —dije a los nuevos guardias con tanta determinación como pude cargar en el «debo»—. ¿Me mostráis el camino? No conozco esta casa.

Con un demonio deseando devorarme, me sentía inclinada a la devoción, y allí no había nadie que le pudiera contar a los guardias que en casa era menos devota, de modo que no sacaron ninguna conclusión de ello. Me llevaron abajo, a la pequeña iglesia, donde me arrodillé con la cabeza gacha y dejé que el movimiento de mis labios siguiese el curso de la oración. No había mucha gente, apenas el sacerdote y unas cuantas mujeres de las más mayores de la casa que me lanzaron miradas de aprobación, lo cual podría resultar útil. El intempestivo frío se colaba por las paredes de madera, pero no me importó, palidecía en comparación con el frío de aquel reino invernal del otro lado del espejo, mi refugio. Pasar frío me ayudó a pensar.

Había una estatua de santa Sofía en una hornacina a mi lado, encadenada y con los ojos elevados a los cielos. Un zar pagano la encarceló con aquellas cadenas y la decapitó por predicar, pero fue ella quien ganó la guerra, aunque no ganase la batalla, y aquellas cadenas se guardaban ahora con el resto de las reliquias sagradas en la catedral de Koron y se sacaban para coronar a los zares y en otras ocasiones especiales. Las emplearon cuando sorprendieron a la difunta zarina, la madre de Mirnatius, tratando de asesinar con hechicería a su hijastro; y aunque ella hubiera tenido también su propio demonio particular, la tuvieron encadenada el tiempo suficiente para quemarla en la hoguera.

Así que Mirnatius tenía un buen motivo para no mostrar sus poderes delante de una multitud. No había saltado sobre mí sin más en medio del salón, ni en el trineo, ya puestos, ni tampoco deseaba pasar por la molestia de convencer a todo el mundo de que yo había huido. Intenté animarme con aquello, pero era poquísimo de lo que sacar ánimo ninguno. Podía tratar de establecer una serie

de fronteras que circunscribiesen su poder, pero serían terriblemente amplias: Mirnatus era mi esposo, era el zar, y era un hechicero con un demonio de fuego, un demonio que me quería a mí. Y el único poder que tenía yo era el de huir a un mundo de hielo y morir de un modo ligeramente menos truculento.

Pero tampoco me podía quedar para siempre en la iglesia. El servicio religioso había terminado. Tenía que levantarme y regresar a la casa con aquellas ancianas, y cuando entramos en el salón para desayunar, allí estaba Mirnatus.

—¿Ha visto alguien a mi amada esposa esta mañana? —le preguntaba a la mujer del duque, como si no tuviese la menor idea de lo que me podía haber sucedido, y en sus ojos había una dura y penetrante mirada, clavada en ella como si quisiera convencerla de algo.

Las mujeres se amontonaban a mi alrededor, había criados sirviendo el desayuno, y el propio duque Azuolas entraba en ese momento; me reconfortó la presencia de tanta gente, y dije con claridad, para toda la sala:

—Estaba en mis rezos, mi señor.

Mirnatus casi dio un respingo del susto y se giró de golpe para mirarme como si fuera un fantasma, o un demonio.

—¿Dónde estuvisteis anoche! —me soltó, aun delante de nuestros testigos.

Lo que no hizo, sin embargo, fue invocar a su demonio ni saltar sobre mí y sacarme de allí a rastras entre gritos. Dejé escapar entre los labios un silencioso suspiro de alivio y bajé la mirada con recato.

—He dormido muy bien después de que os marchaseis, mi señor —le dije—. Espero que vos lo hayáis hecho también.

Me miró de arriba abajo, y después miró a los guardias que me flanqueaban y que ahora le sonreían con un cierto aire de felicitación, desconocedores de la verdad, obviamente. A nuestro alrededor, todos ocultaron la sonrisa ante mi entusiasmo de recién casada. Cuando los ojos de mi esposo regresaron sobre mí, tenía una expresión de recelo. El desastre que había generado en mi alcoba incluía el baúl de mi ajuar, todos mis vestidos, y su magia lo había reparado

todo también. Lo noté en su mirada desafiante cuando reconoció la labor de su propia imaginación en los elaborados dibujos que trazaban los zarcillos de mi sobrevesta de encaje. Estaba claro que no tenía la menor idea de cómo interpretarlo.

Me armé de valor y crucé la sala para cogerme de su brazo.

—Estoy muy hambrienta —añadí como si no me hubiese percatado de su tensión y de que se había apartado un poco de mí—. ¿Desayunamos?

No le estaba mintiendo. Él casi no me había permitido disfrutar de mi cena nupcial, y el frío me había abierto un apetito voraz. En la mesa, comí lo suficiente para dos personas de mi tamaño, mientras que mi esposo apenas picoteaba la comida y me lanzaba alguna mirada ocasional con los ojos entornados, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí.

—Me doy cuenta, querida mía, de que en mi pasión me precipité un tanto al arrebatarnos del hogar de vuestro padre —me dijo por fin—. Debéis de sentirnos sola sin nadie de vuestra casa con vos.

No levanté la vista hacia él, pero le dije con un tono límpido:

—Amado esposo, no puedo desear compañía ninguna ahora que estáis vos a mi lado, pero debo confesaros que sí echo de menos a mi anciana niñera, que lleva conmigo desde que murió mi madre.

Abrió los labios para decirme que iba a enviar a alguien a buscarla, pero se contuvo.

—Bien —dijo, aún más receloso—, cuando nos hayamos establecido en Koron, enviaré a buscarla... no a mucho tardar.

De modo que había conseguido esa seguridad para Magreta, al menos, al hacerle pensar que yo la quería conmigo. Se lo agradecí sinceramente.

Durante la noche había caído una copiosa nevada que nos mantuvo allí metidos otra jornada más, y aproveché cada oportunidad que se me presentó para escapar de la compañía de mi esposo durante el resto del día: mi vieja catequista se habría quedado asombrada ante los cambios que el matrimonio había obrado en mis hábitos religiosos. La esposa del duque pareció un tanto

sorprendida cuando le pedí que fuéramos a rezar de nuevo tras el desayuno, pero le confié que mi madre había muerto al dar a luz, y que le estaba pidiendo a la Santa Madre que intercediera por mí; así, la mujer aprobó mi sólida aprehensión de mis deberes.

A nadie le parecía bien, por supuesto, que el zar no tuviese aún ni la sombra de un heredero, en especial cuando lucía un aspecto tan delicado. En la mesa de mi padre, sus invitados hacían gestos negativos con la cabeza y decían que debería haberse casado mucho tiempo atrás. No nos podíamos permitir una disputa por la sucesión. De habérnosla podido permitir, ya la habríamos tenido siete años antes, cuando murieron el viejo zar y su primogénito y sólo quedó como heredero un niño de trece años, tan sospechosamente bello como una flor, y todos los grandes archiduques y los príncipes se miraron los unos a los otros como leones sobre la cabeza del crío.

A lo largo de los años, algunos de ellos habían venido a Vysnia, incluso, para tratar de ganarse el apoyo de mi padre, y yo permanecía sentada en silencio ante la mesa de mi progenitor, con los ojos puestos en el plato, escuchando las respuestas que él les daba. Nunca le hablaban abiertamente, y él tampoco lo hacía al responderles, sino que les servía una bandeja llena de pasteles recién hechos con esa confitura ácida de moras que llegaba de Svetia y les decía con tono despreocupado: «Vemos una gran cantidad de mercaderes de Svetia en los mercados de por aquí. Siempre se quejan de los aranceles», con lo que se refería a que el rey de Svetia contaba con una gran armada y tenía sus hambrientas miras puestas en nuestro puerto del norte. O les decía: «He oído que el tercer hijo del kan saqueó Riodna el mes pasado, en oriente», con lo que daba a entender que el gran kan tenía siete hijos con ansia por el pillaje, todos ellos afamados guerreros con grandes grupos de saqueadores bajo su mando.

Justo el año anterior, habíamos ido nosotros de visita a ver al príncipe Ulrich. Por las noches —después de que Vassilia y sus susurrantes amigas se

levantasen de la mesa y me lanzasen fugaces miradas de complacencia al ver que no amenazaba yo con ser una mujer bella—, permanecía sentada junto a mi padre. Ulrich, cuya hija esperaba para casarse con el zar pese a que ya debería haberse desposado, habló del precio en alza de la sal, que lo había hecho rico, y de lo bien que avanzaban sus jóvenes caballeros en el dominio de la equitación. En la última noche de nuestra visita, mi padre alargó el brazo sobre la mesa para coger unas avellanas de un cuenco.

—Este invierno, los staryk han quemado un monasterio a un día a caballo de Vysnia —dijo de manera distraída mientras hacía crujir las avellanas para abrirlas, sacaba el fruto y dejaba las cáscaras desperdigadas por su plato.

Todos aquellos señores habían comprendido lo que quería decir: que incluso en la victoria, que a buen seguro no sería rápida, quedarían como presa fácil para las bestias de mayor tamaño que acechaban al otro lado de nuestras fronteras, o para el enemigo de dentro. Hasta ahora, todos ellos se habían tomado muy en serio aquel consejo. Sólo el archiduque Dmitir podría haberse hecho quizá con el trono sin provocar una disputa a mayor escala: ya había gobernado las Marcas Orientales y cinco ciudades con una hueste de jinetes tártaros a su servicio, pero incluso él había tenido la prudencia de conformarse con ser regente hasta que Mirnatius tuviese la edad necesaria para desposar a su hija.

Como es natural, en cuanto naciese un heredero, el delicado zar habría sufrido una lamentable enfermedad, y Dmitir habría continuado como regente con su nieto en el trono. Sin embargo, tres días antes de la boda, Dmitir había muerto de forma repentina a causa de unas virulentas fiebres —una buena dosis de magia negra, presumía yo ahora, además de lo oportunas que resultaron las muertes del viejo zar y de su hijo—, y, tras el funeral, Mirnatius dijo encontrarse demasiado abatido por el fallecimiento de su querido regente como para contemplar la idea del matrimonio en algún momento cercano. La princesa desapareció en un convento y jamás se volvió a oír hablar de ella, y las cinco ciudades fueron entregadas a cinco primos distintos.

Desde entonces, Mirnatius había gobernado a título propio, y nadie se había arriesgado aún a tratar de derrocarlo. Pero los grandes señores continuaban llegando a la mesa de mi padre, o le enviaban sus invitaciones, y lo hacían con mayor frecuencia últimamente. Habían pasado cuatro años desde que se frustró el casamiento, y Mirnatius no se había desposado con Vassilia ni con ninguna otra, y se cuchicheaba además que nadie le calentaba la cama. Una vez oí hablar a un indiscreto barón que había venido de Koron a visitarnos y se quejaba, borracho ya entrada la noche, de que tal y como iban las cosas ni siquiera habría bastardos. Por supuesto, aquellos señores no sabían que el zar tenía un demonio con quien considerar la situación, pero sí sabían que si Mirnatius no engendraba un heredero, la disputa por la sucesión se produciría antes o después, y eran bastantes los que la deseaban más pronto que tarde.

Mi padre tenía más de un motivo para desear ver casado al zar: de lo contrario, no tardaría en verse obligado a decidir de qué lado poner su suerte, con todos los riesgos que aquello entrañaría. Él tampoco era el único señor que veía en el horizonte una guerra en la que había bien poco que ganar. El propio duque Azuolas se hallaba en una situación muy similar: no era lo bastante fuerte como para pretender el trono, pero sí demasiado fuerte como para que le permitiesen mantenerse al margen de la disputa. De manera que nadie en aquella casa objetaba lo más mínimo cuando yo me dedicaba a rezar una y otra vez, y todas las mujeres me ayudaron encantadas cuando les pregunté qué alimentos eran los mejores para propiciar la fertilidad. Al final de la jornada, tenía un gran cesto repleto de cuanto me habían recomendado entre todas que tomase de las cocinas.

—Debéis engordar, dushenka —me dijo la madre del duque con unas palmaditas en la mejilla: sus recomendaciones bastaban para llenar la mitad de la cesta.

Aguardé junto al espejo mientras me ponía la plata para la cena. Tenía una multitud de damas que venían detrás de mí, y, tras ponerme la corona, me la volví a quitar y me quejé ante ellas de que me dolía la cabeza, y les dije que

quizá, en lugar de bajar, me quedaría en mi alcoba para estar más descansada cuando mi esposo se uniera a mí. Asintieron con gestos de aprobación y se marcharon, y yo me apresuré a ponerme los tres vestidos de lana y las pieles, y me volví a poner la corona en la cabeza. Cogí la cesta y atravesé el espejo.

Justo a tiempo: Mirnatius había subido veloz las escaleras en cuanto le dijeron que no iba a bajar. Imagino que tenía la intención de no quitarme los ojos de encima desde la cena hasta que me llevase a rastras a la alcoba con sus propias manos. Pero me escapé al otro lado con mi cesta justo cuando la llave traqueteó en la cerradura, y ya estaba sentada a salvo al borde del agua con mi cena de ostras, una hogaza de pan negro y cerezas cuando él irrumpió por la puerta y vio que había vuelto a desaparecer.

Buscó por la habitación vacía y alzó los brazos en un gesto de frustración. Esta vez no le dio por ponerse a gritar como un energúmeno, pero sí se puso a levantar colchas, a mover cortinas por la estancia y a buscar debajo de la cama durante unos minutos; se quedó de pie en el centro de la habitación, mirando por la ventana cómo se ponía el sol, con la mandíbula encajada y los puños apretados. Le pasó por el rostro el último rayo anaranjado de luz solar, y sus facciones se retorcieron de pronto en un acceso de furia salvaje, de ira frustrada, y pensé que otra vez iba a destrozar la alcoba.

Sin embargo, dejó escapar un jadeo con voz ahogada.

—¿Me darás otra vez el poder para repararlo todo?

Cerró los ojos con fuerza y se estremeció, y de pronto rugió el fuego con el estrépito de un crepitar furioso. Mirnatius se vino abajo, de rodillas, y cayó al frente sobre las manos, contra el suelo. Allí se mantuvo temblando, jadeando, con la cabeza baja, y se esforzó con una mueca de dolor para volver a erguirse sobre los talones.

—¿Por esto la querías? ¿Es una bruja? —le preguntó al fuego.

Y el fuego resolló:

—*¡No! Ella es como los del invierno, fría y dulce; como un pozo, se guarda muy hondo. Beberé de ella por mucho tiempo hasta que la agote...*

¡La deseo! ¡Encuéntrala!

—¿Qué esperas que haga yo? —quiso saber Mirnatius—. ¿Cómo es que desaparece si no es una bruja? No ha sobornado a los hombres de la puerta, ni anoche ni ahora. No hay otra forma de salir de aquí... ni de volver a entrar, para el caso.

El fuego crepitó, refunfuñando para sí.

—*No lo sé, no tengo capacidad para ver* —mustió—. *La anciana, ¿me la has traído?*

—No —dijo el zar un instante después, cauteloso—. Irina quería que enviase a buscarla. ¿Y si fue ella quien le enseñó todos estos trucos tan astutos?

—*¡Hazlo!* —rugió el fuego—. *¡Tráela! Y si Irina sigue desaparecida, consumiré a la anciana en su lugar... Pero, ay, ¡no la deseo a ella! ¡Es vieja, es débil y se agotará enseguida! ¡Deseo a Irina!*

Mirnatius frunció el ceño en un mal gesto.

—Y entonces dejarás que sea yo quien explique cómo es que mi esposa y su vieja niñera han muerto misteriosamente con un día de diferencia, ¿no es así? ¿Es que no vas a entrar en razón? ¡No puedo hacer que todo el mundo se olvide de ellas sin más!

Retrocedió entonces sobresaltado, en el instante en que el fuego surgió del hogar entre rugidos. Un horrible rostro de boca hueca y ojos vacíos cobró forma entre las llamas, se inflamó por la habitación y se abalanzó sobre él.

—*¡La deseo!* —le vociferó delante de la cara, y se convirtió en una sólida clava de fuego que le golpeó con violencia de un lado a otro, como si fuera un gato gigantesco y monstruoso que zarandea a un ratón antes de volver a retirarse, de volver a ocultarse entre la leña encendida y de dejar al zar tirado en el suelo con la ropa humeante y abrasada allá donde había entrado en contacto con el fuego.

Las llamas se extinguieron lentamente, en un resollar y mascullar. Mirnatius permaneció allí inmóvil, agazapado y cubriéndose la cabeza con un brazo,

acurrucado en torno a sí en un ademán de protección. Cuando el fuego quedó por fin reducido a unos rescoldos grises y silenciosos y Mirnatius se movió, lo hizo muy despacio, con gestos de dolor, como quien ha recibido una paliza tremenda. Pero conservaba su belleza por completo: cuando se puso en pie, los restos de sus ropas se deshicieron sobre su piel en forma de cenizas y harapos, y ya no mostraba ni una sola marca encima. Al demonio le gustaba mantener las apariencias, supongo. Se tambaleó debilitado, sin embargo, y unos instantes después de mirar hacia la puerta, decidió echarse en la cama — mi cama— y cayó dormido casi al momento.

En la orilla del río, junté las manos y las cerré con fuerza, la una sobre la otra. No sentía el cuerpo tan frío como la noche previa gracias a las capas de vestidos y a la cesta de comida. Me preocupaba que se me fuera a congelar casi de inmediato, pero en cambio, con cada bocado me venía el recuerdo de la mujer que me lo había ofrecido, como una leve caricia en la memoria, todos sus consejos y su aliento entre susurros, y cada sabor me calentaba por dentro, de arriba abajo. Pero no era capaz de alcanzar el hielo del temor que sentía en el estómago. Mañana, Mirnatius enviaría a buscar a Magreta, por muchas frases inteligentes que le hubiese dicho yo en la mesa del desayuno, y aún no tenía manera de salvarla a ella ni de salvarme yo misma.

Durante mucho tiempo después de que el rey staryk me dejase allí, me paseé por mi nueva alcoba cargada de furia y temor. Sobre la mesa permanecía la copa mellada de oro, mortificándome con ese recordatorio que él me había ofrecido sin necesidad alguna. Ésta iba a ser mi vida de ahora en adelante: atrapada entre aquella gente de corazón de hielo, llenándole de oro los cofres a su rey. Y si alguna vez lo rechazaba..., no tardaría en aparecer otra copa envenenada para mí, eso seguro.

Dormí incómoda detrás de aquellos finos telones de seda que susurraban inquietantes cada vez que se rozaban, y por la mañana me di cuenta de que no

había preguntado lo más importante, al fin y al cabo: no sabía cómo salir de mi habitación. En aquellas paredes no había la menor señal de una puerta. Estaba segura de haber entrado por el lado opuesto de la pared de cristal, y de que él se había marchado por el mismo sitio, pero pasé las manos por cada palmo de la superficie y no fui capaz de hallar rastro de ninguna abertura. No tenía forma de conseguir nada para comer ni para beber, y nadie vino a verme.

El único y frío consuelo que me quedaba era que él codiciaba el oro lo suficiente como para casarse conmigo, de modo que no me dejaría morir allí de hambre; ya había estipulado que respondería a mis preguntas cada noche, pero aún podría dejarme pasar incomodidades durante mucho tiempo. ¿Y cuándo llegaría la noche? Me paseé por la habitación en arrebatos hasta que me cansé, y entonces fui a sentarme junto a la pared de cristal y a mirar aquel bosque sin fin, esperando, pero pasaban las horas, o a mí me parecía que pasaban, y la luz del exterior jamás cambiaba. Continuaba cayendo algo de nieve, y el manto que cubría los árboles se había vuelto más grueso desde que me eché a dormir.

Me sentí más hambrienta y más sedienta, hasta que me bebí el licor de su copa abandonada, que me dejó mareada, con frío y furiosa cuando, por fin, apareció por una puerta que no estaba ahí un momento antes... y estaba segura de que tampoco era el mismo lugar por el que había entrado el día anterior. Lo seguían dos criados: traían un cofre de buen tamaño que tintineó al depositarlo a mis pies. Puse un pie sobre la tapa cuando fueron a abrirlo, y me crucé de brazos.

—Si habéis tenido la fortuna de haceros con una gallina que pone huevos de oro —le solté al rey, fulminándolo con la mirada— y deseáis que lo haga con regularidad, mejor será que os ocupéis de que la atiendan a su entera satisfacción, si es que tenéis algo de sensatez: ¿la tenéis?

Ambos criados se apartaron de un respingo, alarmados, y el rey se irguió bien alto, recortado de forma irregular en el resplandor de su propia ira: de los hombros le salieron como púas unos carámbanos de hielo que parecían

dagas relucientes, y los pómulos se le endurecieron como las facetas de una piedra cortada. No obstante, enderecé la espalda muy enfadada, mantuve la barbilla alta, y él pasó de largo por delante de mí con paso decidido hasta la pared de cristal. Permaneció allí mirando hacia el bosque con los puños apretados en el costado, como si estuviera dominando su mal temperamento, y se dio la vuelta.

—Sí..., siempre que sus exigencias sean razonables —me dijo con frialdad.

—Por ahora, lo que exijo es la cena —le solté—. A vuestro lado, servida como os la sirven a vos, como si fuese una reina apreciada y os sintieseis rebosante de alegría por haberos casado con ella. Por muy difícil que os resulte imaginaros algo tan remoto.

Seguía resplandeciendo, pero hizo un brusco gesto con la mano a los criados, que se inclinaron en una reverencia, salieron rápidamente de la sala, y no tardó en entrar otra multitud de ellos. En muy poco tiempo, habían dispuesto tal banquete sobre la mesa que tuve que hacer un esfuerzo para no considerarlo impresionante: vajilla de plata y cristalería con la transparencia de las joyas, un mantel níveo extendido, una oferta de dos docenas de platos, todos fríos, la mayoría de ellos nada que yo fuese capaz de reconocer, pero, para mi alivio, aun así podía comérmelos. Un pescado rosa fuerte y picante, rodajas de una fruta blancuzca con la piel de un color amarillo verdoso, una gelatina transparente con cuadraditos minúsculos de algo duro y salado, un cuenco con algo que parecía nieve pero olía a rosas y tenía un sabor dulce. Creí reconocer la fuente de guisantes, pero eran diminutos, estaban congelados y prácticamente sin cocinar. También había carne de venado, cruda, pero fileteada tan fina que te la podías comer de todos modos, servida sobre trozos de sal.

Cuando terminamos, los criados recogieron los platos, y el rey escogió a dos de las mujeres y les dijo que serían ellas quienes me atendiesen. Ambas se mostraron descontentas con la idea, y no es que a mí me hiciese feliz. No me dijo sus nombres, tampoco, y apenas me veía capaz de distinguirlas de

cualquiera de las otras; una tenía el pelo ligerísimamente más largo, en una sola trenza muy fina y surcada de pequeñas cuentas de cristal en la izquierda, y la otra tenía un pequeño lunar blanco debajo del ojo derecho; ésas eran todas las diferencias que logré encontrar. Tenían el cabello blanco y gris, y lucían las mismas ropas grises que el resto de los criados reales.

Ahora bien, tenían unos botones de plata que descendían por delante, así que me acerqué a ellas y toqué los botones con el dedo, uno tras otro, y los convertí en un oro reluciente. Todos los criados se lanzaron miradas fugaces cuando lo hice. Ellas se mostraron bastante más resignadas a su destino cuando, al acabar, les dije con naturalidad: «Para que todo el mundo sepa ahora que sois mis sirvientes», y el rey staryk pareció disgustado, lo cual me complació a mí. Supongo que fue algo mezquino, pero no me importó.

—¿Cómo os hago llamar cuando necesite algo? —les pregunté, pero ellas no dijeron nada y miraron de inmediato a su señor... y enseguida me di cuenta, por supuesto, de que él les había dicho que no respondiesen a mis preguntas, para obligarme a utilizarlas con él. Me mordí el labio y le pregunté al rey, con frialdad—: ¿Y bien?

Me dirigió una sonrisa muy fría, de satisfacción.

—Con esto.

Inclinó la cabeza hacia la criada del lunar, que me entregó una campanilla para que la tocase. El rey las hizo retirarse, y, cuando salieron de la habitación, me dijo con aire de frialdad:

—Te resta una pregunta más.

Tenía un millar de preguntas prácticas, en especial si nadie más iba a decirme nada —dónde lavarme, cómo conseguir ropa limpia—, pero fue la pregunta menos práctica y más urgente la que me surgió de la garganta, esa cuya respuesta ya conocía y no deseaba oír, la verdad.

—¿Cómo regreso a Vysnia, o a mi hogar?

—¿Tú? ¿Crear un camino desde mi reino hasta el mundo iluminado por el sol? —Su voz desdeñosa me dejó claro que pensaba que tenía las mismas

posibilidades de llegar allí que a la luna—. No lo harás, a menos que yo te lleve.

Se levantó entonces y salió con elegancia de la habitación, y yo me metí en mi alcoba, cerré las cortinas para no ver aquel interminable crepúsculo y hundí la cara entre los brazos, apretando los dientes y con unas lágrimas abrasadoras detrás de los párpados.

Mas llegada la mañana me levanté e hice sonar la campanilla con decisión. Mis nuevas criadas vinieron de inmediato, y, en lugar de hacerles preguntas, intenté limitarme a darles órdenes. Funcionó razonablemente bien: me trajeron un baño, llenaron una tina de plata enorme con elegantes curvas, más larga que mi estatura. Tenía el borde cubierto de un rocío helado y escarcha por todo el saliente, pero al meter cautelosa la mano, sentí que el agua estaba bien, aunque no sabía cómo, y me metí con una cierta mueca en la cara, preparada para gritar en cualquier instante. Sin embargo, resultó obvio que, fuera lo que fuese lo que había hecho el staryk para traerme a este reino, me había permitido soportar su frío.

También me trajeron comida y ropa limpia, toda blanca y de plata, cada trazo de la cual me dediqué a convertir en oro con decisión: pretendía continuar tal y como había empezado y mostrarme ante los ojos de todo el mundo tanto como pudiese.

Incluso después de servirme durante toda la mañana, ninguna de las dos mujeres me dijo su nombre, y no estaba dispuesta a ceder una de las preguntas a mi señor por aquello. En su lugar, cuando por fin me senté a desayunar, le dije a la que tenía el lunar blanco:

—A ti te llamaré Flek, y a ella Tsop —a la de la trenza—, a menos que prefiráis que utilice otro nombre.

Flek se sorprendió tanto que estuvo a punto de tirar la bebida que me estaba sirviendo en la copa, me lanzó una mirada de estupefacción y cruzó otra mirada con Tsop, que me clavaba los ojos igualmente sorprendida. Tuve mi

momento de alarma por si las había ofendido, pero a las dos se les sonrojó el rostro en un tono gris azulado.

—Es un honor para nosotras —dijo Flek, que bajó la mirada, y parecía sentir lo que decía.

A mí no se me habría ocurrido pensar que hubiera nada excesivamente bonito en los nombres que les había puesto..., ni siquiera lo había pretendido, pues sólo trataba de sacarles sus verdaderos nombres.

En cualquier caso, me sentí bastante satisfecha hasta que terminé de comer y el día se desplegó ante mí vacío, a excepción de aquel cofre de plata que aguardaba en el suelo en el centro de la sala. Lo miré con mala cara, pero tampoco tenía nada mejor que hacer; no tenía absolutamente nada que hacer. Y, al menos, el rey sí había cumplido con mis exigencias. No me gustaba la idea de darle nada que él quisiera, y mucho menos el oro que tanto codiciaba, pero también veía con claridad que era aquel trato lo que me había servido para conservar la vida, y si no quería hacerlo, lo mismo me daba ponerme a reventar el cristal y lanzarme a las rocas de la cascada de allá abajo.

—Volcadlo todo en el suelo —dije a regañadientes a Tsop y a Flek.

Lo hicieron sin gran esfuerzo y volvieron a dejar el cofre vacío al pie de aquel río de plata. Me dedicaron una reverencia y se marcharon para dejarme con ello.

Cogí una de las monedas de plata. En mi mundo, parecían carecer de marcas, pero, en el resplandor de aquella luz extraña que se filtraba a través de las paredes de cristal, brilló una imagen con las líneas de unos trazos pálidos: uno de aquellos árboles esbeltos y blancos de nieve por un lado, y, por el otro, la montaña de cristal con sus puertas de plata en la base, salvo que en aquella imagen faltaba la cascada. Allí, en mi mano, con apenas el leve esfuerzo del deseo, el oro cubrió la superficie de la moneda con un fulgor amarillento como la mantequilla que me destellaba contra los dedos.

Aquello me hizo enfadar de nuevo, o intenté que me hiciese enfadar, el contraste entre la calidez de aquel baño de sol atrapado en mi mano como un

prisionero y la infinita luz fría y gris del exterior. La lancé al cofre, con fuerza, y después tiré otra, y otra más. Cogí puñados de monedas de plata y me divertí dejándolas caer en el cofre, convirtiéndose en oro al dar vueltas por el aire mientras caían. No es que me costase, pero tampoco me apresuré. El rey se limitaría a ponerme a convertir otro cofre más cuando hubiese terminado.

Cuando ya había llenado un cuarto del cofre, más o menos, fui hasta la pared de cristal y me senté allí a observar mi nuevo reino. Había empezado a nevar con más fuerza. Aquel serpenteo fino de destellos negros del río que se alejaba bajo las placas de hielo era lo único que rompía la uniformidad del bosque, y la nieve no tardó en ocultarlo. No había señal de sembrados, de caminos ni de ninguna otra cosa que yo comprendiese, y el cielo estaba encapotado, gris y plomizo, y no se distinguían las nubes individuales. La reluciente montaña constituía una solitaria isla de luminosidad, como si capturase toda la luz reflejada en los fragmentos desperdigados de hielo y de nieve, aquí y allá, y la recogiese para sí con celo, para formar sus inverosímiles laderas. En los muros se encendía y se desvanecía un tenue degradado de luz que cambiaba en millares de tonos, y cuando presionaba con los dedos sobre la superficie fría, por un instante se descomponía en esquirilas de color alrededor del punto de contacto.

—¿De dónde...? Señálame el lugar de donde viene la comida —le dije a Flek después de que me trajese el almuerzo, una simple fuente de filetes finos de pescado y de una delicada fruta dispuestos en un círculo, unos sobre otros.

Vaciló con un gesto de confusión en el rostro, pero cuando me acerqué a la pared de cristal y le señalé el campo en el exterior, ella lanzó una mirada veloz e inquieta hacia el bosque y no vino a mi lado; hizo un gesto negativo con la cabeza y señaló directamente hacia abajo.

Fruncí el ceño y me fijé en la fuente de comida.

—Entonces, llévame al lugar del que procede el pescado.

Ya había empezado a darle vueltas a la idea de escapar, de atravesar la ladera de la montaña bajando a nado por un río y, de todas formas, quería salir

de mi habitación. Se suponía que era una reina; se me debería permitir recorrer mis dominios.

Flek parecía muy dubitativa, pero se acercó a la pared y me la abrió. No vi nada de lo que hizo; no tocó ninguna palanca, no realizó ningún gesto ni dijo ninguna palabra mágica; caminó hacia la pared sin más, se dio la vuelta hacia mí, y, de repente, Flek ya estaba esperando bajo el arco de una puerta, como si hubiera estado ahí siempre. Salí detrás de ella a un pasillo que podría haber sido un túnel. Las paredes eran lisas como el vidrio, y no se veía separación ninguna donde se unían los cristales. Descendía en una pendiente pronunciada, y Flek me condujo hacia abajo con paso muy vacilante, con muchas miradas hacia atrás, de soslayo; dejamos atrás varias cámaras en nuestro recorrido, salas que reconocí como cocinas aun cuando no hubiera en ellas una sola llama: largas mesas con criados staryk vestidos de gris que preparaban platos con un manejo meticuloso de los cuchillos, con cajas de fruta de colores pálidos, peces de piel plateada y tiras de carne de un color rojo violáceo.

Casi me alegré de verlos, porque dotaban aquel lugar de un sentido más lógico para mí: al menos, allí había alguien haciendo algo que podía comprender. Sin embargo, cada vez que alguno de ellos alzaba la vista y me miraba, ponían cara de una evidente estupefacción y lanzaban miradas a Flek, que las evitaba. Supongo que nadie esperaba de una reina que apareciese deambulando por las estancias del servicio, y les estaba ofreciendo un curioso espectáculo. Mantuve la barbilla alta, sin más, y desfilé detrás de ella, y pasado otro recodo, dejamos atrás la última puerta de las cocinas y llegamos a un tramo de pasillo ininterrumpido. Flek se detuvo allí y me lanzó una mirada hacia atrás, como si esperase que las cocinas hubieran bastado para satisfacerme, pero el túnel proseguía hacia delante, y yo sentía curiosidad.

—Continúa —le dije, y ella se dio la vuelta y avanzó en un descenso más pronunciado.

La luz de las paredes fue perdiendo intensidad poco a poco conforme bajábamos, hasta quedar reducida a unos pequeños brillos trémulos que se

perseguían, un tenue resplandor que aumentaba y se retiraba ligeramente, como si hubiéramos descendido por debajo de la superficie de la tierra y tan sólo nos pudiesen llegar los reflejos de la luz de arriba. Caminamos durante un largo rato. En varias ocasiones descendimos por escaleras estrechas y curvas, hasta que Flek giró de repente y abandonó el túnel a través de otro arco para entrar en una sala cavernosa, con las paredes de un cristal irregular y un estrecho pasaje alrededor de una profunda poza de aguas negras.

La superficie estaba tan lisa e inmaculada como un panel de cristal, pero unas redes con mangos largos descansaban contra la pared, y después de quedarme mirando durante varios minutos, vi los fugaces destellos del costado de plata de algún pez enorme y ciego que se movía en aquellas oscuras profundidades antes de volver a esfumarse hacia abajo.

Me arrodillé y toqué la superficie. Aunque ahora podía meter la mano en agua congelada y tomarla por un baño tibio, el frío de aquellas aguas me dolió en la yema del dedo. Vi que las ondas partían de donde yo había tocado y se expandían en unos círculos cada vez más grandes, la única perturbación en el agua hasta que alcanzaron el extremo opuesto y regresaron a mí rompiéndose las unas a las otras hasta que se alisaron en una quietud perfecta.

Me pregunté cuántas pozas más como aquella habría en las profundidades, cuántos huertos de frutales crecerían dentro de los muros de cristal y hasta dónde llegaría este mundo imposible contenido en el interior de la montaña, una fortaleza de reflejos de diamante. Flek guardaba silencio a mi lado, a la espera. Había hecho lo que yo le había ordenado, pero eso no me había dejado mejor de lo que estaba. Allí no había ninguna escapatoria para mí, salvo otra muerte, ahogada, y ella no iba a responder a ninguna de mis preguntas. Me levanté.

—Muy bien —le dije—. Llévame de vuelta a mi habitación. Por otro camino —añadí; quería ver más, si podía.

Flek vaciló, otra vez con expresión inquieta, pero giró hacia el lado contrario cuando salimos de la poza y me condujo hacia abajo, como si se

tuviera que adentrar más aún antes de encontrar otra ruta. La luz se volvió todavía más tenue, y dejamos atrás otros arcos que daban acceso a más de aquellas pozas oscuras. Más abajo aún, donde sólo se veía un mínimo resplandor, pasamos por otra sala con una poza, pero al mirar dentro no se veía ningún reflejo de la luz en el agua. Pasé por el arco de entrada para asomarme a mirar: tan sólo había un hueco vacío de paredes bastas de cristal que caía y caía, con una gran grieta en el fondo, como si el agua que en algún momento hubiese en aquella poza se hubiera filtrado hacia algún lugar. Cuando me di la vuelta, vi que Flek estaba junto a la puerta, observando la poza vacía con los brazos tensos en los costados y con cara de desconcierto.

Dejamos atrás varias salas más sin agua hasta que llegamos a un cruce de pasadizos, y Flek giró con veloz entusiasmo por un túnel que ascendía, como si se alegrase de subir de nuevo. No tardé en lamentar el haberla obligado a llevarme tan abajo: prácticamente carecía de la sensación del paso del tiempo, pero sí notaba el ascenso en las piernas, y me sentí cansada antes de que la luz comenzase a brillar otra vez en las paredes. Y aún nos quedaba mucho camino por delante. Flek me llevó por un trayecto que atravesaba una sala tan grande que no alcanzaba a distinguir los lados en aquella penumbra, repleta de un extremo al otro de una plantación de extrañas y minúsculas setas de un violáceo pálido que asentían con la cabeza en lo alto de unos altos tallos, como unas flores silvestres muy raras. Dejamos atrás a dos criados staryk con cestos para recogerlas, vestidos de un único tono de gris más oscuro que los otros que había visto. No se sorprendieron al verme; tan sólo lanzaron una breve mirada a Flek antes de volver a bajar los ojos. Ella se fijó en los sirvientes con la misma brevedad y mantuvo después el rostro al frente, por el sendero, hasta que salimos de aquella estancia.

Desde allí entramos en una alta escalera de caracol, angosta, que daba vueltas y más vueltas sobre un eje de cristal como el del huso de una rueca. La luz se volvió más intensa, y así fue como sentí el movimiento de nuestro

ascenso, pero no cambiaba nada más, y daba la sensación de que podría seguir así eternamente.

—Sácame de esta escalera, si es que puedes —le dije a Flek cuando ya no pude aguantarlo más.

Flek se limitó a volverse hacia atrás para mirarme, bajar la cabeza y seguir subiendo, pero el giro siguiente nos dejó en un descansillo.

No supe decir si aquello ya estaba allí esperándonos o no, y me dio igual; agradecía igualmente dejar el confinamiento de aquella escalera. Salimos a un parral que en un principio se me antojó como otra extrañeza, pero entonces comprendí que estaba muerto: se veían unos estrechos emparrados de madera de fresno bajo los troncos secos de unas cepas grises y oscuras, marchitas hasta la raíz, que se alzaban en un suelo agrietado y reseco; los pequeños bultos de unos frutos duros se habían secado en las ramas, dispersos entre las escasas hojas apergaminadas de color gris oscuro que quedaban colgando. Flek aceleró el paso por el parral muerto, y yo me alegré de apresurarme con ella; me sentía como si estuviese cruzando un cementerio.

Hubo que subir otras tres escaleras, ninguna de ellas tan estrecha, y por fin salimos a un pasadizo más iluminado que ascendía en una pendiente más suave, hasta que giramos inesperadamente por un arco de regreso a mi alcoba. No me había dado la sensación de que estuviésemos tan cerca.

Agradecí el dejar de caminar. Me sentí como si hubiese recorrido a pie el camino entero hasta las aldeas más alejadas de mi casa, ida y vuelta, leguas y más leguas, sólo que aquí había subido y bajado, todo dentro de las profundidades del refugio de la montaña de aquella gente. Sin embargo, no me podía alegrar de estar de vuelta en mi habitación. No era sino la celda de una prisión, y toda aquella montaña era la mazmorra que la rodeaba. Flek me trajo la copa de agua que le ordené, me hizo una reverencia y me dejó con unas prisas evidentes, contenta sin duda de desaparecer antes de que pudiese darle la orden de llevarme a algún otro lugar ridículo e incómodo, porque yo no

sabía adónde iba ni podía preguntarlo, ni tampoco me podían advertir, siquiera, cuando exigía pasar justo por los lugares que ellos mismos evitaban.

Un momento después de que se marchase, no hubo ya por dónde salir de la habitación, pero es que tampoco había adónde ir de todos modos. Me senté junto al cofre, recogí puñados de monedas de plata y las fui lanzando dentro convertidas en oro, llena de resentimiento. No trabajé con la intención de ir rápido, sino a la velocidad de un aburrimiento repetitivo, y allí me vi, arañando del suelo el último puñado de monedas de plata para meterlas en el cofre justo cuando Tsop entraba cargada con una bandeja con mi cena. Se me ocurrió insistir en que el rey staryk viniese a cenar otra vez conmigo, sólo para castigarlo, pero era un castigo que yo no me merecía, así que me senté y cené sola, y él apareció únicamente cuando estaba terminando.

De inmediato sorteó la mesa y fue hasta el cofre, y abrió la tapa de golpe. No dijo nada durante un largo rato. Sólo se quedó allí de pie mirándolo, con el reflejo del resplandor del amanecer en aquellos ojos ansiosos de luminosidad, un fulgor que le acentuaba las aristas heladas de las facciones con una luz dorada. Terminé de cenar, aparté la bandeja y me acerqué a él.

—Las criadas se han comportado y han hecho todo cuanto les he exigido — le dije con dulzura: quería que supiese que me las había arreglado por mí misma a las mil maravillas, y que había estado cómoda, no gracias a él, precisamente.

Pero él ni siquiera apartó la mirada del cofre.

—Tal era su deber. Formula tus preguntas —dijo únicamente y con absoluta displicencia, y en el acto caí en la cuenta de que lo único que había conseguido era volverme algo menos incómoda para él.

Ahora no tendría que pensar en mí ni una sola vez en todo el día; allí me quedaría yo sentada, en mi habitación, convirtiendo la plata en oro y haciendo molinillos con los pulgares, atendida por otros fuera de su vista, con un coste diario de tres preguntas, un coste nada gravoso.

Apreté los labios con fuerza.

—¿Cuáles son los deberes de una reina staryk? —le pregunté con frialdad tras pensarlo un momento.

Por supuesto, no deseaba serle de más utilidad aún, pero el trabajo servía para que uno se labrase un lugar en el mundo. En el improbable caso de que me hubiera convertido en la esposa de un archiduque, rodeada de criados, habría tenido una cierta idea de lo que me correspondía hacer: llevar una casa, los niños cuando llegasen; los bordados finos, tejer y levantar una corte. Aquí no tenía la más remota idea de qué se suponía que debía hacer y, si no me gustaba, aun así, prefería abandonar mis deberes voluntariamente, no porque fuese una cría estúpida que los desconocía.

—Depende de sus dones, de los cuales tú no posees más que uno —me dijo—. Mantente ocupada con ése.

—La falta de variedad podría llegar a aburrirme tanto que quizá lo abandonase —le dije—. Podríais decirme qué otros deberes hay y dejar que sea yo quien decida cuáles probaré.

—¿Crearás un centenar de años de invierno en un día de estío, o harás surgir de la tierra nuevos árboles de nieve? —se burló de mí—. ¿Alzarás la mano y recompondrás el rostro herido de la montaña? Cuando hayas hecho todo eso, entonces serás realmente una reina staryk. Hasta entonces, ceja en la insensatez de verte como lo que no eres.

Hablaba con un aire grandilocuente en la voz, casi un cántico, y me dio la desagradable sensación de que se estaba burlando de mí diciéndome la verdad, más que con insensateces. Como si a una reina staryk le pudiese dar por crear el invierno en pleno verano y lograr unir de nuevo la superficie agrietada de la montaña con un simple gesto de la mano. Y allí estaba yo sentada, en cambio, ocupando el lugar de una grandiosa hechicera o de una bruja de los hielos, una triste joven mortal sin nada que hacer salvo generar un enorme torrente de oro para que él se regodease.

Estaba segura de que el rey pretendía que me sintiera insignificante con aquella mofa, y yo no tenía la intención de que lo consiguiese, así que, cuando

terminó de burlarse, le dije con frialdad:

—Como no he aprendido aún a hacer que la nieve caiga a mi antojo, me contentaré con ser lo que soy. Y mi siguiente pregunta es: ¿cómo sé yo cuándo se ha puesto el sol en el mundo de los mortales?

Me frunció el ceño.

—No lo sabes. ¿De qué te puede servir, cuando no estás allí?

—Aún necesito celebrar el *sabbat* —le dije—. Comienza esta noche, con la puesta de sol.

Se encogió de hombros y me interrumpió en un gesto impaciente.

—Tal cosa no es de mi incumbencia.

—Bien, si no me ayudáis a averiguar cuándo es realmente el *sabbat*, a partir de ahora tendré que tratar todos los días como si lo fueran, ya que estoy segura de que perderé el hilo de los días sin una puesta de sol y un amanecer que los identifique —le dije—. Está prohibido trabajar en *sabbat*, y no me cabe la menor duda de que convertir la plata en oro se considera un trabajo.

—Quizá encuentres un motivo que lo justifique —me dijo con suavidad, y no tuve que esforzarme demasiado para sentir la amenaza en sus palabras.

Si le negaba mi don, por supuesto que dejaría de ser valiosa para él, y no me mantendría allí por mucho más tiempo.

Le miré fijamente a los ojos.

—Es un mandamiento de mi pueblo, y si no lo he incumplido para cocinar cuando estaba hambrienta, ni para avivar un fuego cuando tenía frío, ni para aceptar dinero cuando era pobre, no esperéis que lo rompa por vos.

Aquello era una insensatez, claro está, y sí que lo habría hecho si me hubiese puesto un cuchillo en el cuello. Mi pueblo no consideraba una especial virtud el morir por nuestra religión —lo veíamos innecesario—, y se suponía que podías incumplir el *sabbat* para salvar una vida, incluida la tuya propia. Pero él tampoco tenía por qué saberlo, forzosamente. Me puso mala cara, se volvió a marchar de la habitación y regresó unos minutos más tarde con un espejo con una cadena, uno redondo y pequeño en un marco de plata

como si fuera un colgante. Lo sostuvo en una mano ahuecada, clavó en él los ojos, y del espejo surgió la llamarada de la cálida luz de un ocaso, no muy distinta del brillo del oro amontonado que emitía el cofre. Se dio la vuelta, sujetó el espejo por la cadena y me lo mostró ante la cara, y fue como asomarse a una porción del horizonte a través del ojo de una cerradura: una luz anaranjada pintaba el cielo sobre el que caía un frío azul oscuro al hacerse la noche. Pero cuando extendí la mano para hacerme con él, el rey lo retiró y dijo con frialdad:

—Pídelo, entonces, si tantos deseos tienes de él.

—¿Me dais el espejo? —mustié.

Lo sostuvo sobre mis manos, lo dejó caer de tal manera que no hubiese la menor posibilidad de que nos tocásemos y, acto seguido, se dio la vuelta y se marchó.

Sergey y yo no llegamos al camino de Vysnia. Echamos a andar en aquella dirección, a través del bosque, pero después de caminar durante una hora, más o menos, comenzamos a oír voces que llegaban de la fronda, el ladrido de unos perros. Ya no quedaban muchos perros en el pueblo. Más que nada porque la gente se los había comido por lo mucho que estaba durando el invierno. Sólo habían conservado a los mejores perros de caza. Y ahora nos daban caza a nosotros. Nos detuvimos.

—Yo podría... —dijo Sergey un momento después—. Ir hacia ellos.

Si lo detenían a él, lo más probable era que dejaran de buscar. No me perseguirían a mí sola, en todo caso no la mayor parte de ellos. Así, al menos yo podría escapar. Si seguíamos juntos y teníamos que echar a correr, yo me cansaría antes. Sergey era más alto y más fuerte que yo, y mis faldas no eran lo mejor para correr por el bosque. Pero me los imaginé colgando a Sergey, poniéndole una soga al cuello y levantándolo del suelo, pataleando en el aire

hasta que se muriese. Vi una vez cómo colgaban a un ladrón al que atraparon en el mercado.

—No —le dije.

Así que regresamos juntos al bosque.

Todo volvió a quedar en calma durante un rato, pero entonces nos llegaron a los oídos aquellos sonidos lejanos. Primero fue un ladrido en la distancia, otro más tarde. Se acercaban. Nos dimos prisa, y otra vez volvió el silencio, pero nos cansamos, bajamos el ritmo, y volvimos a oír un ladrido a un lado, otro ladrido al otro lado, nos estaban rodeando como quien lleva las cabras al redil. En el suelo aún quedaba nieve que no se había derretido, y estábamos dejando huellas. No podíamos evitarlo.

De pronto comenzó a oscurecer. No era el sol, que se estuviese poniendo ya. Me sentía como si llevásemos mucho tiempo caminando, pero se debía únicamente a que estábamos cansados. Era un gran nubarrón oscuro que se adueñaba del cielo. Recibimos en la cara una ráfaga de viento que olía a nieve. No quise pensar en que se iba a poner a nevar. Ya había pasado la época de las ventiscas, casi estábamos en junio, pero cayeron los copos, sólo unos pocos al principio, luego algo más que unos pocos, y algo más tarde nos vimos solos en un claro del bosque y rodeados por una cortina blanca.

Dejamos de oír los ladridos y las voces. Caía mucha nieve, y con fuerza, y había una espesura en el ambiente que te decía que seguiría nevando durante un buen rato. Cualquiera se habría vuelto al pueblo tan rápido como fuese capaz. Nosotros seguimos avanzando tan rápido como pudimos, aunque no teníamos adónde ir, sólo más lejos. La nueva nieve cubría la antigua, así que no veíamos las zonas heladas, los baches embarrados ni la nieve suelta. Me hice daño en la rodilla al caerme sobre una piedra dura que estaba escondida, y Sergey se tropezó una vez y cayó al suelo de bruces sobre la nieve fría y húmeda, que se le quedó en la cabeza, colgando en montones que se hacían más grandes según avanzábamos.

Estaba acostumbrada a caminar largas distancias, pero ya habíamos

cubierto mucha más distancia que la que había entre la casa de Miryem y la mía, y eso era por el camino. Aunque teníamos que seguir andando. No tratábamos de ir hacia el camino, que ya no sabía hacia dónde estaba. Podíamos haber estado caminando en círculos. El frío me trepaba por los dedos de las manos y por los brazos, por los dedos de los pies y por las piernas. Tenía los zapatos mojados, y varias cintas se estaban rompiendo. Podía sentirlo porque notaba una cierta holgura, aunque se me estaban entumeciendo los pies. Sergey tenía que detenerse y esperarme a veces. El zapato se me terminó soltando por completo, me volví a tropezar y a caer, y el puchero salió por los aires.

Tardamos mucho en encontrarlo. Deberíamos haber continuado la marcha, pero no pensamos en ello hasta después de haber escarbado en todos los bancos de nieve a nuestro alrededor y después de tener las manos prácticamente insensibles por el frío. Seguimos buscando hasta que por fin encontré un agujero que llegaba hasta el fondo de un montón muy alto de nieve, escarbé y lo saqué. Tenía una pequeña abolladura en el costado. Nos quedamos mirándolo, y no era más que un puchero en el que no teníamos nada que cocinar. Entonces los dos supimos que tendríamos que haber seguido andando, aunque no lo reconocimos en voz alta. Sergey cogió el puchero, y nos levantamos para seguir avanzando.

Me fijé entonces en el montículo. Se había desprendido parte de la nieve de lo alto, y debajo se veía un muro que no me llegaba más que por la cintura, pero que no dejaba de ser una verdadera pared que alguien había levantado con piedras. No era muy larga. Por el otro lado estaba todo prácticamente despejado a excepción de un enorme montículo de nieve, el doble de alto que Sergey. No podían ser más que algún árbol y unos arbustos cubiertos de nieve, pero cuando pasamos sobre el murete y nos acercamos más, vimos que se trataba de una pequeña cabaña hecha de piedra en la parte de abajo y de palos en la superior. Por encima de todo ello se descolgaba una vieja cortina de hiedra muerta, sobre las paredes, sobre las ventanas y sobre el orificio donde

antes estaba la puerta. Las hojas secas se habían congelado, y la nieve se había acumulado sobre el hielo. Las ramas se partieron y cayeron en cuanto las apartamos.

Entramos sin pensárnoslo dos veces, sin esperar siquiera a que se nos acostumbraran los ojos y pudiésemos ver, pero daba igual lo que hubiese dentro: era mejor que estar fuera. De todas formas, un poco después pudimos ver que había una mesa, una silla y una cama hechas de madera, y un horno también. Se habían desprendido unas tablillas de la silla y de la cama, podridas igual que el colchón, pero el horno seguía en perfectas condiciones. A su lado había una pila de leña vieja.

Limpié algunas tablillas deshechas de debajo de la cama y cogí algo de paja del colchón para usarlo de yesca, me senté junto al horno y comencé a preparar un fuego con varios palitos. Sabía bien cómo se hacía, porque a veces nos quedábamos sin leña y se nos apagaba el fuego, y teníamos que volver a encenderlo. Sergey dejó nuestro puchero abollado y se calentó un poco dando unos pisotones. Volvió a salir. Cuando regresó, yo ya tenía encendido un pequeño fuego. Traía los brazos cargados de leña húmeda y de un milagro: patatas.

—Hay un huerto —dijo.

Las patatas eran pequeñas, pero había sacado diez de la tierra, y allí no había nadie más para comérselas salvo nosotros.

Eché la leña vieja al fuego hasta que se hizo más poderoso. Extendimos la leña húmeda que había traído Sergey por encima del horno y por delante, para que se secara. Metimos las patatas en el horno y llenamos el puchero de nieve para que se fundiese y se calentara. Nos sentamos junto al horno para entrar en calor hasta que hirvió el agua, nos servimos unas tazas de agua caliente y nos las tomamos para templarnos por dentro. Después hervimos más agua, corté las patatas y las metí en el agua para que terminasen de cocerse. Así, tendríamos las patatas para comérselas, y también nos podríamos beber el agua de haberlas cocido. Me daba la sensación de que las patatas tardaban

demasiado en hacerse, pero se hicieron, y nos las comimos, tan calientes y humeantes que nos quemamos la lengua, buenísimas.

No pensamos en nada en todo aquel tiempo, ni mientras comíamos. Teníamos muchísimo frío y muchísima hambre. Estaba acostumbrada a tener hambre y frío, pero no tanto. Aquello era peor que el invierno en que nos quedamos sin comida, así que no pensé en nada que no fuese entrar en calor y en llevarme algo a la boca. Pero terminamos de comer, entramos en calor, y cuando serví un par de tazas de agua de patata, pensé en aquel puchero cuando se cayó encima de Pa con toda esa kasha hirviendo, y sentí que se me estremecía el cuerpo entero y no era de frío.

Después de eso comencé a pensar otra vez. No pensé en Pa, pensé en nosotros. No nos habían atrapado, no habían colgado a Sergey y tampoco a mí. No habíamos muerto congelados en el bosque. En lugar de eso, ahí estábamos, en esa casita solitaria del bosque, calientes junto al fuego, y habíamos encontrado patatas, y yo sabía que aquello no estaba bien.

Sergey también lo sabía.

—Nadie vive aquí ya, desde hace mucho tiempo —me dijo.

Lo había dicho en voz muy alta, como si quisiera asegurarse de que nos oyese cualquiera que anduviese cerca.

Yo quería creérmelo, pero allí no habría vivido jamás ninguna persona real, por supuesto. El bosque pertenecía a los staryk. No había ningún camino que llevase hasta allí. No había rediles ni sembrados. Sólo una casita vacía en el bosque para una única persona, para vivir en soledad. Tenía que pertenecer a una bruja, y quién sabe si una bruja está muerta o no, o cuándo podría regresar.

—Sí —fue todo cuanto le dije—. Quien viviese aquí ya no está. Mira la cama y la silla. Llevan mucho tiempo ahí pudriéndose. De todas formas, no tardaremos en irnos.

Sergey asintió con el mismo afán que yo.

Seguía dándonos miedo dormir en aquella cabaña de brujas, pero no teníamos ninguna otra parte adonde ir, así que no tenía sentido pensar en ello.

Echamos más leña al fuego y nos subimos encima del horno, donde se estaba caliente. Pensé en decirle a Sergey que uno de los dos debería vigilar, pero ya me había quedado dormida antes de poder formar las palabras con los labios.

Capítulo 12

Sola en mi habitación de hielo y cristal, con la puesta de sol en el espejo, partí el pan que me había dejado Flek y le di un trago al vino. No podía encender una vela; Tsop y ella me miraron con cara de desconcierto cuando les pedí que me trajesen una. Entoné las oraciones con una voz que me sonó débil al no tener a mis padres cantando a mi lado, ni a mis abuelos. Pensé en aquella última noche en Vysnia, en la casa llena de gente, todos tan contentos alrededor de Basia e Isaac. Mi prima lo volvería a celebrar mañana con mi abuela y con su madre, con mis primas y con sus amigas: el *sabbat* previo a su boda. Cuando me tumbé, las lágrimas me habían dejado la garganta seca.

No tenía nada para leer ni nadie con quien hablar. Al día siguiente, guardé el *sabbat* recitándome la Torá en voz alta, hasta donde alcanzaba a recordar. Confieso que nunca me había sentido muy vinculada a la Torá. A mi padre le gustaba mucho, profundamente; creo que guardaba en el corazón el sueño de convertirse en rabino, pero sus padres eran pobres, y él no leía demasiado bien; las palabras y las letras le costaban un esfuerzo, no así los números, de manera que lo llevaron como aprendiz a un prestamista, un hombre que conocía a panov Moshel. Aquel aprendiz del prestamista conoció a la hija más pequeña de panov Moshel, y así comenzó la historia de mis padres.

Fuera como fuese, mi padre se pasaba casi todos los *sabbat* leyéndonos, y las palabras fueron ganando fluidez para él a base de repeticiones, pero yo me pasaba la mayor parte del tiempo pensando en cualquier trabajo que no se me permitiese hacer, o tratando de ahuyentar con la imaginación ese poco de hambre que me roía el estómago, o, en tiempos mejores, pensando en las preguntas más difíciles que se me pudiesen ocurrir, como si fuera un juego,

para obligar a mi padre a esforzarse con tal de responderlas. Sin embargo, los recuerdos se me habían fijado en la memoria mejor de lo que yo misma creía, y cuando cerré los ojos, traté de oír la voz de mi padre y de murmurar con él, y descubrí que era capaz de avanzar a trancas y barrancas. Ya iba por José en la mazmorra del faraón cuando el sol se volvió a poner, finalizó el *sabbat*, y mi marido regresó conmigo.

No abrí los ojos de inmediato, encantada con hacerle esperar, pero me sorprendió ver que no decía nada, así que alcé la mirada antes de lo que pretendía y vi satisfacción en su rostro. El paso de la amargura a la resignación era notable. Me hizo encajar la mandíbula. Me eché hacia atrás para apartarme de la mesa y le pregunté:

—¿Por qué estáis complacido?

—El río permanece inmóvil una vez más —afirmó, pero aquello no me dijo nada en un principio.

Me levanté y me acerqué a la pared de cristal. Unas gruesas curvas de hielo sobresalían en la montaña, remendando la grieta de la ladera, y aquella escueta catarata se había quedado congelada en el sitio. Incluso el río de abajo era un camino sólido y reluciente, y ya no fluía lo más mínimo. Había caído una densa nevada, tanto que los árboles del bosque oscuro quedaban todos ocultos bajo un manto.

No sabía por qué aquello lo tenía tan complacido, que se helara su mundo, pero en aquel blanco reluciente e ininterrumpido había algo terrible, un mal augurio. En aquella forma de hacer desaparecer la tierra y lo verde había algo premeditado que me hizo pensar en todos nuestros inviernos, tan duros y tan largos, en el centeno estropeado en los campos y en los frutales marchitos. Cuando el rey se acercó para situarse a mi lado, observé aquel júbilo casi extático que le embargaba el rostro y le dije, muy despacio:

—Cuando nieva en vuestro reino... ¿nieva también en el mío?

—¿Tu reino? —dijo bajando hacia mí la mirada con un leve desprecio ante aquella idea—. Los mortales desearíais que lo fuera, vosotros que encendéis

fuegos y levantáis murallas para cerrarme el paso y os olvidáis del invierno en cuanto se marcha. Pero sigue siendo mi reino.

—Bien, entonces también es mío ahora —le dije, y tuve la satisfacción de ver cómo fruncía el ceño, contrariado ante el horrible recordatorio de que se había casado conmigo—. Pero reformularé la pregunta si así lo deseáis: ¿hay nieve hoy en el mundo iluminado por el sol, aun cuando debería ser primavera?

—Sí —dijo él—. La nieve sólo cae aquí cuando cae sobre el mundo de los mortales; largo y tendido me he esforzado para traerla.

Lo miré fijamente, casi demasiado perpleja al principio como para sentir el horror que había en aquello. Sabíamos que los staryk venían en invierno, que las tormentas de nieve los fortalecían y que llegaban desde su mundo congelado a lomos de las ventiscas; sabíamos que el invierno hacía de ellos unos seres poderosos, pero no se me había ocurrido —ni a mí ni a nadie que conociese— que pudiesen generar el invierno.

—Pero... todos se morirán de hambre en Lithvas, ¿si es que no se congelan primero! —le dije—. Acabaráis con todas las cosechas...

Ni siquiera me miró, eso era lo poco que le importaba; ya estaba mirando de nuevo al exterior con un brillo en aquellos ojos claros, observando con satisfacción el interminable manto blanco que cubría su reino allí donde yo no veía más que hambruna y muerte. Y lo único que había en su rostro era una expresión triunfal, como si fuera justo eso lo que deseaba. Cerré los puños con fuerza.

—Supongo que estaréis orgulloso de vos mismo —le dije apretando los dientes.

—Sí —respondió de inmediato, dándome la espalda, y advertí demasiado tarde que se podía tomar por otra pregunta—. La montaña no sangrará más mientras persista el invierno, y mi orgullo está perfectamente justificado; he mantenido mi palabra a pesar de que el coste era elevado, y todas mis esperanzas han obtenido respuesta.

Una vez pagado su precio, se dio la vuelta de golpe, y estaba a punto de salir de la habitación con su ademán elegante cuando se detuvo y bajó la mirada hacia mí.

—No obstante, he llegado hasta aquí de un modo que está fuera de lugar —dijo con brusquedad—. Aunque no seas una fuerza de este mundo, ni del tuyo propio, sigues siendo la receptora de la magia más elevada, y debo hacerle a esto el honor que se merece. En lo sucesivo disfrutarás de las comodidades que desees, y te enviaré asistentes más adecuadas, damas de una posición superior, para que te sirvan.

Aquello sonaba extraordinariamente desagradable: verme rodeada de un tropel de aquellas nobles sonrientes que, a buen seguro, o bien me odiarían o bien me despreciarían tanto como él.

—¡No las quiero! —le dije—. Me valen las que tengo. Ya podríais darles permiso para responder a mis preguntas, si lo que queréis es ser amable conmigo.

—No lo quiero —me dijo con una ligera mueca de desagrado, como si le hubiese sugerido que quizá le apeteciese darle puntapiés a un animalillo indefenso, y es probable que eso lo hubiese hecho encantado—. Hablas como si yo se lo hubiese prohibido. Fuiste tú quien escogió como deseo que las respuestas fueran mías, cuando podías haber pedido prácticamente cualquier otro pago en lugar de ése. ¿Qué voz debería ofrecértelas ahora a cambio de nada, cuando les has adjudicado un valor tan alto? ¿Y cómo iba a atreverse una humilde criada a ponerte un precio?

Podría haber alzado los brazos en un gesto de frustración mientras él se marchaba, pero estaba igualmente feliz de que se marchase. Su satisfacción y su complacencia me disgustaban mucho más que su frialdad y su ira. Me quedé sentada, mirando por la ventana el espeso manto de nieve que él había tendido sobre el mundo, mientras la noche me oscurecía el espejito. No me importó por el duque, ni me importaba por los aldeanos, no mucho al menos, pero

sabía lo que les sucedería a los míos cuando se perdiesen todas las cosechas y los campesinos endeudados cayeran presa de la desesperación.

Sólo pensé en mi padre y en mi madre, en la nieve que les llegaría hasta los aleros del tejado y en aquel odio glacial cuya presión se cerniría igualmente sobre ellos. ¿Se irían a Vysnia, con mi abuelo? ¿Estarían a salvo allí, siquiera? Había dejado atrás una fortuna con la que podrían pagar un pasaje hacia el sur, al fin y al cabo, pero no era capaz de forzarme a creer —ahora que era cuando más lo deseaba— que llegarían a olvidarme tanto. No se marcharían sin mí. Aunque mi abuelo pudiese contarles adónde me habían llevado, mis padres jamás se irían; podía enviarles una carta llena de mentiras: «Soy una reina y soy feliz, no penséis más en mí», pero ellos nunca se la creerían. Y si se la creían, les estaría rompiendo el corazón de una forma peor que con la muerte. Mi madre, que se había echado a llorar al verme aceptar como pago la capa de pieles de una mujer que le había escupido a ella a los pies, pensaría que había terminado por convertirme en un témpano de hielo, si es que había decidido abandonarlos y ser la reina de un mortífero staryk, un rey capaz de congelar el mundo sólo por fortalecer el bastión de su montaña.

A la mañana siguiente, cuando Flek y Tsop recogían los platos de mi desayuno, anuncié:

—Quiero dar un paseo en carruaje.

Daba palos de ciego: probar con algo que podría hacer una noble staryk y, aun así, la levísima esperanza de una escapatoria. En esta ocasión fue un golpe de fortuna: Flek asintió sin vacilar, por una vez, y me sacó de mi estancia a través de aquella larga y mareante escalera que regresaba al gran espacio hueco y abovedado del centro de la montaña.

Bajar resultaba mucho más alarmante que subir: me sentía mucho más consciente de la fragilidad de unos peldaños que parecían de cristal y de lo lejos que estaba el suelo allá abajo. Veía los delicados árboles blancos con más claridad de la que deseaba, en sus anillos perfectos, anidados los unos en

los otros, los del centro más altos y llenos de hojas, los de la periferia apenas unos árboles jóvenes, algunos con las ramas desnudas.

Pero llegamos al suelo, por fin, y Flek me condujo a través de la arboleda por lo que me pareció un desconcertante laberinto de senderos, lisos todos ellos como la superficie de un estanque congelado y con un mosaico de piedras transparentes en los bordes. No habría sido capaz de distinguir un recodo del siguiente ni aunque me hubiesen dejado todo el día para averiguarlo. Allí nos cruzamos con otros staryk de rango más alto, vestidos de un gris más claro del que lucía Flek, algunos incluso con tonos marfil y prácticamente blancos, seguidos por una hilera de sus propios criados; me miraban con descaro, unos cuantos con una ligera sonrisa de curiosidad por el color oscuro de mi cabello y de mi piel, y por el brillo de mi oro: me había vuelto a poner la corona, ya que me parecía oportuno recordar a todo aquel que me viese que yo era su reina.

En el extremo opuesto, continuamos por otro túnel abierto en el muro de la montaña, uno amplio, sin duda lo bastante grande como para que lo recorriese un trineo, y que desembocaba en otra pradera interior donde una manada de ciervos con garras pastaba unas flores translúcidas y el trineo aguardaba sin techo que lo cubriese: supongo que no tenían necesidad de establos ni caballerizas. El mismo cochero que nos había traído hasta la montaña esperaba sentado junto al trineo con las riendas de un arnés en la mano. Cuando Flek le dijo que yo deseaba salir al exterior, el cochero se levantó en silencio, fue a buscar un par de ciervos y los enganchó enseguida. Acto seguido me abrió la puerta del trineo, como si nada.

Aquello era prácticamente lo mismo que decir que no habría la menor posibilidad de que me escapase en el trineo y que era una pérdida de tiempo, pero me subí de todos modos. Dijo algo a los ciervos, agitó las riendas, y los animales se lanzaron hacia delante con un leve salto; nos adentramos en otro túnel con una sacudida y comenzamos a recorrer veloces los senderos nevados. Me agarré al lateral del trineo para sujetarme. Me dio la sensación

de que íbamos mucho más rápido que cuando llegamos, pero quizá se debía a que nos desplazábamos cuesta abajo, adentrándonos en el túnel oscuro que descendía hasta las puertas de plata, envueltos en el sonido grave de las pezuñas de los ciervos como si fuera el zapateo de unos bailarines sobre la superficie helada, hasta que la oscuridad que tenía delante se agrietó con una línea de luz cegadora al abrirse las puertas para dejarnos paso. Salimos disparados de la reluciente ladera de la montaña y bajamos por el camino para entrar en el bosque nevado.

Continuaba agarrada a la barandilla del lateral, y cuando sentí el aire frío en la cara, respiré hondo y me percaté de que aun así me alegraba de estar en movimiento, de salir, aunque lo más probable fuese que no llegara a ningún lugar de utilidad. De todas formas merecía la pena intentarlo.

—Shofer —dije. El cochero se sorprendió igual que lo habían hecho Flek y Tsop y se giró hacia mí como si quisiera asegurarse de que me estaba dirigiendo a él—. Quiero ir a Vysnia. —Me miraba con cara de perplejidad, así que añadí—: El lugar al que fuiste a recogerme, antes de la boda.

El cochero se estremeció como si le hubiese pedido que me llevase a las puertas del infierno.

—¿Al mundo iluminado por el sol? Esa distancia no se puede salvar excepto por el camino del rey, y a su voluntad.

Cuando dijo aquello, y no antes, caí en la cuenta de que no había rastro de los árboles blancos ni de aquel camino blanco metálico que habíamos recorrido para llegar hasta la montaña. Me di la vuelta y miré a mi espalda. Se veía lo mismo: la montaña de cristal se alzaba allí alta y reluciente, y las huellas de dos patines alejándose tras el trineo por una nieve profunda hasta las puertas de plata. Podía ver la catarata, congelada ahora, y la brillante línea del río que se dirigía hacia los árboles. Sin embargo, no había rastro del camino de los staryk, como si nunca hubiese estado allí en absoluto, y todos los árboles que alcanzaba a ver por delante de nosotros eran pinos oscuros, blanqueados tan sólo por su pesada carga de nieve.

Me volví a recostar en el asiento, pensativa, y, como no le dije nada al cochero para que diésemos la vuelta, continuamos avanzando. Tampoco había ningún «otro» camino: entramos en el cauce helado del río, la única vía que se divisaba entre los árboles. Los ciervos no parecían tener ninguna dificultad en trotar por el hielo; quizá las garras de las pezuñas les sirvieran de ayuda.

Más allá de eso, el reino de los staryk tenía el aspecto de un bosque interminable. No veía nada a nuestro alrededor, ninguna otra edificación, y cuando me olvidé y le pregunté al cochero si alguno de ellos vivía fuera de su montaña de hielo, no me respondió; se limitó a mirarme, como diciéndome a lo sumo: «Preguntadle al rey». Continuamos avanzando durante mucho tiempo, y nada cambió. Debía de ser casi mediodía, y sin embargo la luz iba perdiendo intensidad cuanto más nos alejábamos de la montaña, y el intacto gris del cielo se degradaba en una penumbra crepuscular, y los árboles y la nieve a nuestro alrededor comenzaban a quedar sumidos en una neblina que hacía difícil verlos.

En la distancia del horizonte surgió una línea de un tono negro más oscuro, en un espacio estrecho que se abría entre los árboles donde el río se encontraba con el cielo. Los ciervos redujeron la velocidad, y Shofer se volvió hacia mí. No quería seguir avanzando, igual que Flek tampoco quería seguir descendiendo a las profundidades de la montaña, y las piernas doloridas me recordaron el castigo por presionarla. No obstante, si dejaba que fuesen ellos quienes decidiesen por mí adónde debía ir, estaba claro que jamás conseguiría escapar.

—¿Deberíamos regresar? —le dije, y lo formulé como una pregunta con una cierta malicia, para ver si podía azuzarle.

Él vaciló, se volvió de nuevo hacia los ciervos sin responderme y les dijo una sola palabra brusca. Continuamos avanzando hacia el horizonte oscuro; no tardó en hacerse de noche bajo las ramas de los árboles, y apenas era capaz ya de distinguir los troncos de los árboles por la ribera del río. No había luna ni estrellas que rompiesen la oscuridad del cielo; las hojas de los árboles sólo

eran una sombra más negra aún contra aquel gris como de carbón. Los ciervos cabeceaban, inquietos; a ellos tampoco les gustaba estar allí, lo notaba, y no pensé que les importase lo más mínimo quién iba en el trineo del que tiraban. El río helado seguía adentrándose en la oscuridad y desaparecía un poco más adelante.

—Muy bien, da la vuelta —cedí por fin, y Shofer hizo que los ciervos girasen rápidamente la cabeza con un enorme alivio.

Sin embargo, eché la vista atrás una última vez conforme le daba la vuelta al trineo, y entonces las vi: dos personas que aparecieron en la orilla del río, que asomaron en la oscuridad, dos personas envueltas en gruesas capas de pieles, y una de ellas era una reina.

Mirnatius ni siquiera se inmutó cuando el frío por fin me obligó a regresar a través del espejo. Me acerqué a la chimenea tan despacio como pude y entré en calor junto al fuego sin dejar de mirarlo, cautelosa, en busca de cualquier signo de que se pudiera despertar. Su magia había convertido la cama en el marco de su propia belleza, toda una obra de arte aun allí tirado e inconsciente. Suspiró y se movió dormido, murmurando en leves jadeos ininteligibles, con un brazo desnudo fuera de las sábanas y la cabeza ligeramente girada para mostrar la línea del cuello, los labios entreabiertos.

Mi sitio estaba en aquella cama con él, una novia temerosa de cuestiones ordinarias, de la torpeza y del egoísmo. Y ya habría sido bastante que temer: nunca me había imaginado más allá de soportarlo y de buscar maneras de ser lo bastante útil fuera del dormitorio como para ganarme el respeto, esa moneda tan valiosa. Ahora bien, estaba claro que con un marido tan apuesto debería haber gozado del derecho de albergar ciertas y prudentes esperanzas, también, las esperanzas de aquello —fuera lo que fuese— que hacía que las mujeres se metiesen en esos enredos de los que sólo oía hablar en susurros.

En cambio, aquel caparazón nacarado encerraba un monstruo que deseaba

consumirme como quien se bebe una copa de buen vino, la apura hasta la última gota y la abandona allí vacía; tendría que ingeniármelas para burlarlo todos los días tan sólo para sobrevivir. Ya no sabía quién era el señor y quién el siervo, pero aquel demonio había puesto a Mirnatius en el trono siete años atrás, le había suministrado un poder mágico desde entonces, y él estaba claramente listo y dispuesto a entregarme a mí como pago, tan sólo con unas nimias quejas sobre la incomodidad de recoger los ruinosos restos que quedaran de mí: ropa medio abrasada y abandonada en el suelo.

Tiré las sobras al fuego y dormí un poco junto a la chimenea, a ratos. En cuanto llegó la mañana, me levanté, me apresuré a ponerme el camisón como si lo hubiese llevado toda la noche e hice sonar la campanilla para que las criadas entrasen de inmediato. Mirnatius se despertó en un sobresalto, mirando como loco a su alrededor ante aquel ruido inesperado, pero el servicio ya estaba en la alcoba. Les pedí que trajesen un baño y el desayuno, y a otra doncella le pedí que me ayudase a vestirme, para que comenzasen a moverse con ajetreo por la alcoba sin dejarnos juntos y a solas.

—¿Habéis dormido bien, mi señor? —le pregunté a mi esposo con dulzura.

Él me miró perplejo de indignación, pero ya había cuatro personas en la estancia.

—Muy bien —dijo pasado un momento, sin quitarme los ojos de encima y, advertí también, sin pensar en lo que estaba diciendo y en lo que eso representaría para mi posición en su corte, cuando sus criados le contasen a todo el mundo que el zar, cuyo desinterés en los placeres de la carne había sido preocupante, se había quedado dormido en la alcoba de su esposa en lugar de irse a la suya, y que había dormido bien.

No me imagino que se preocupara mucho por conservar el favor de sus cortesanos, ya que podía hipnotizarlos sin más cuando éstos sintieran la inclinación de discrepar. Tan sólo prefería racionarles el desagrado para no desperdiciar demasiada de aquella magia que le otorgaba su demonio. Ahora bien, yo necesitaba toda arma que pudiese conseguir, cualquier cosa que

podiera ser de utilidad, de manera que me subí a la cama con él, que se apartó un poco de mí y me miró de soslayo. Cuando trajeron la bandeja, le serví un té —ya me había fijado que le gustaba tomarlo muy dulce— y le añadí varias cucharadas de cerezas antes de ofrecerle la taza. Pareció alarmado después de probarlo, como si pensara que aquello también era magia.

Mi esposo no podía decirme nada con todas las criadas allí... y ellas no se iban a marchar a ninguna parte habiendo tanto chismorreó del que hacer acopio, pues yo misma les había dado la excusa para quedarse, en especial a las doncellas sirvientas. Mirnatus no llevaba una prenda de ropa encima tras el destrozo que el demonio había hecho con ellas la noche anterior, y las sábanas se le resbalaron de los hombros desnudos y el pecho delgado. Todas las muchachas le lanzaban miradas insinuantes cuando pensaban que no las veía, y aprovechaban la menor excusa para permanecer cerca de él. La verdad es que se podían haber ahorrado el esfuerzo: el zar no me quitó los ojos de encima en ningún momento, se limitó únicamente a tomar bocados de mis manos con recelo y a corresponder a mi charla intrascendente hasta que llenaron la tina, instante en el que me levanté.

—Iré a hacer mis oraciones mientras vos os aseáis, mi señor —le dije, y me escapé.

Esta vez, sin embargo, cuando salí de la iglesia, el trineo esperaba en el patio y ya cargaban en él nuestro equipaje.

—Proseguimos nuestro camino a Koron, paloma mía —me dijo Mirnatus en el salón con los ojos entornados, y no me quedó más remedio: tendría que subirme al trineo a solas con él y adentrarnos en el bosque oscuro, camino de su palacio, repleto de sus soldados y sus cortesanos.

Entré, me puse el collar de plata, los tres vestidos de lana y las pieles y bajé cargada con mi joyero, nada inusual: mi propia madrastra siempre tenía el suyo a su cuidado cuando viajaba, y nadie iba a saber que allí dentro no había nada salvo la corona, ni que el resto de mis baratijas iban metidas entre la ropa con el fin de aligerar la caja. La coloqué entre mi costado y el trineo.

Si me veía obligada, saltaría con la caja y correría al bosque en busca del reflejo de unas aguas heladas para huir a través de ellas.

Sin embargo, aquella sed diabólica no centelleaba roja en los ojos de Mirnatus cuando partimos, y recordé que nunca la había visto ahí a plena luz del día, sólo tras caer la noche. Esperé a que estuviésemos bien lejos de la casa —después de que todas las mujeres se despidiesen de mí agitando sus pañuelos— y me dijo entre dientes con su propia voz humana:

—No sé adónde os escapáis corriendo todas las noches, pero no creo que yo os vaya a permitir que sigáis huyendo.

—Tendréis que perdonarme, mi querido esposo —le dije pasado un instante, después de valorar con detenimiento qué quería él que pensara, o qué deseaba yo que él supiera que sabía—. Fue a vos a quien os hice mis votos, pero es otro el que acude a la alcoba en vuestro lugar. Las ardillas huyen por instinto cuando un cazador se acerca demasiado.

Se puso en tensión, se apartó de mí hacia el extremo del trineo y adoptó un silencio vigilante, en ebullición, sin dejar de mirarme. Me preocupé de seguir sentada en una postura normal y relajada contra los cojines, con la mirada al frente. Nos deslizábamos veloces a través de la profunda y silenciosa quietud de los bosques, con las ramas de los árboles inclinadas bajo el peso de la nieve recién caída, y dejé que me aliviase la constancia de aquel paisaje ininterrumpido; quizá hiciese frío, pero nada comparado con el reino invernal donde pasaba las noches, y sentía el tranquilizador consuelo del anillo en el dedo.

Continuamos el viaje durante un largo rato, y entonces Mirnatus preguntó de repente:

—Y ¿adónde huyen las ardillas, cuando quieren esconderse?

Me quedé mirándole, un tanto desconcertada. Acababa de dar a entender que tenía conocimiento del demonio que lo poseía y de sus planes para mí, de manera que no podía esperar que le contase nada ni que cooperase con él en absoluto. Mas al ver que no le respondía, me miró con mala cara, con el

enfurruñamiento de un crío frustrado, se inclinó hacia mí y me dijo entre dientes:

—¡Decidme adónde vais!

El calor de su poder se abalanzó sobre mí, fluyó hacia mi hambriento anillo y me dejó intacta. Estuve a punto de preguntarle por qué malgastaba sus fuerzas: él ya sabía que no iba a funcionar. Supongo que había llegado a depender tanto de su magia que jamás llegó a aprender a pensar. Eso era lo único que me había hecho a mí algún bien en la casa de mi padre, pensar: a nadie le preocupaba lo que yo quería, o si era feliz. Tenía que labrarme mi propio camino para alcanzar cualquier cosa que deseara. Nunca me había sentido agradecida por ello hasta ahora, cuando lo que deseaba era mi propia vida.

Pero me daba cuenta de que si me quedaba allí sentada sin más, sin decir nada, era probable que Mirnatus perdiese los estribos. Las nubes de tormenta ya se le formaban en el entrecejo, y, aunque su demonio no fuese a hacer acto de presencia hasta después de caer la noche, aún podía ordenar a sus guardias absolutamente mundanos que me encerrasen en una mazmorra a la espera de que él llegara. Sería una gran sorpresa para la gente, por supuesto, que el zar metiese en una celda a su reciente esposa y ésta desapareciese acto seguido sin explicación, y mi padre haría buen uso de ello, sin duda ninguna, pero Mirnatus me estaba dando pocos motivos para creerlo capaz de mirar lo suficientemente lejos como para guardarse de aquellas consecuencias.

A menos que yo le obligase a hacerlo.

—¿Por qué no os casasteis con Vassilia hace cuatro años? —le pregunté con brusquedad justo cuando él comenzaba a abrir la boca para volver a gritarme.

Aquello tuvo el útil efecto de interrumpir la ebullición de su temperamento.

—¿Qué? —me espetó desconcertado, como si aquella pregunta no tuviera el menor sentido para él.

—La hija del príncipe Ulrich —continuó—. Su padre tiene diez mil

hombres y las minas de sal, y el rey de Niemsk aceptaría encantado que él le jurase lealtad si vos fuerais asesinado. Tendríais que haberos asegurado de que él os sería fiel después de haber hecho matar al archiduque Dmitir. ¿Por qué no os casasteis con ella?

El ceño fruncido y la perplejidad luchaban por hacerse con el control de su rostro.

—Sonáis como una de esas gallinas cluecas que me cacarean en los concilios.

—¿Esas a las que nunca escucháis, a las que hechizáis en un sopor cuando os incordian demasiado? —le dije, y se impuso el ceño fruncido, aunque no era el mismo tipo de ira: verse sermoneado sobre cuestiones políticas era una molestia con la que debía de estar familiarizado—. Pero no se equivocan. Lithvas necesita un heredero, y si vos no le vais a dar uno, bien os podrían derrocar antes o después. Y ahora que me habéis desposado a mí, y no a Vassilia, Ulrich podría decidir llevarlo a cabo antes de que tengáis la oportunidad.

—Nadie va a derrocar me —afirmó airado, como si le estuviese insultando.

—¿Cómo se lo impediréis? —le pregunté—. Si Ulrich casa a Vassilia con el príncipe Casimir, no acudirán a Koron a visitaros de forma que podáis utilizar la magia para darles la orden de que no marchen con un ejército sobre la ciudad. ¿Sois capaz de controlar su mente a cien leguas de distancia? ¿Podéis impedir que uno de entre un millar de arqueros os dispare desde el otro extremo del campo de batalla, o de obligar a diez asesinos a soltar de inmediato la espada en caso de que irrumpiesen en vuestra alcoba decididos a mataros?

Me miró como si él jamás hubiese tratado de hallar la respuesta a ninguna de aquellas preguntas, ni siquiera para sí mismo. Es probable que considerase a todos sus consejeros unos necios y unos agoreros que nada sabían sobre su magia, esa magia que le salvaría de todo cuanto pudiese amenazarle. Pero su demonio no parecía ser todopoderoso, y las hechicerías de su madre tampoco

la habían salvado a ella de la hoguera. Fue como si se sintiera menos invencible ante una pregunta directa y, desde luego, no me dijo que estuviese equivocada al respecto de los límites de su poder.

—¿Por qué había de importaros? —me dijo en cambio, como si pensase que estaba fingiendo ante él una especie de profunda preocupación por su bienestar—. Os llenaría de alegría, seguro.

—Mi placer tan sólo duraría hasta que me asesinaran a vuestro lado —repliqué—. Ulrich y Casimir preferirían contar con mi padre como aliado y no como enemigo, pero ni siquiera tienen la necesidad de contar con él, y no se arriesgarían al inoportuno inconveniente de que yo trajese al mundo un heredero después de haberse cobrado vuestra cabeza. Por supuesto —añadí—, sólo sería así en el caso de que vos no me hayáis matado primero, de algún modo sospechoso, y les deis una magnífica excusa para marchar contra vos —que era el argumento que quería exponerle en realidad.

Mirnatius retrocedió pensativo a su rincón, y me tomé como una pequeña victoria el hecho de que no me siguiera clavando la mirada, que ahora mirase hacia el exterior del trineo dándole vueltas a las ideas que le acababa de meter en la cabeza, unas ideas que, obviamente, se le había dado muy bien evitar hasta el momento.

Continuamos el trayecto durante todo el largo y frío día. El cochero se detuvo varias veces a dar descanso a los caballos, y los cambió en dos ocasiones en los establos de un boyardo mediano u otro cualquiera, gente de enérgicas reverencias. Me aseguré de bajar del trineo ambas veces, de pasearme por el patio y de mantener una charla cordial con nuestros anfitriones, con algunas buenas palabras acerca de los niños a los que sacaban de forma apresurada para que presentasen sus respetos. Quise dejar huella en tanta gente como fuese posible, si él iba a intentar que todo el mundo me olvidase. Mirnatius se mantuvo distante y dedicó todo el tiempo a observarme con los párpados caídos, lo cual me vino de perlas para proyectar una imagen de esposa apreciada.

La noche tardó mucho en llegar, algo extraño en un día tan invernal y tan frío, con aquella nieve tan densa que cubría el suelo en contra de lo natural. Yo lo agradecía, pero aun así la puesta de sol ya comenzaba a teñir de un brillo rojizo la mirada de Mirnatius cuando entramos en el patio de su palacio en Koron. Las murallas rebosaban de soldados, y Magreta aguardaba en los escalones con las manos bien agarradas sobre el pecho, pequeña y anciana con su capa oscura entre los dos guardias que la flanqueaban, como si el zar hubiese enviado anoche a unos hombres de vuelta a Vysnia y les hubiese dado la orden de sacarla a rastras de allí, con prisas, con tal de llegar aquí antes del anochecer.

Cuando subí los escalones, Magreta me rodeó con los brazos y lloriqueó un poco, diciéndome: «Dushenka, dushenka». Me agradecía que me acordase de una anciana y que enviase a alguien a buscarla, pero yo había sido injusta con ella: le temblaba la voz, y sus manos se aferraban a mí con demasiada fuerza. Comprendía que las dos coríamos un peligro mortal.

Yo también hice mis alardes agradeciendo a mi esposo su bondad y la sorpresa de encontrarme allí a Magreta, me armé de valor, lo besé en la escalera delante de su guardia y le sorprendí: él sólo consideraba aquello como un arma de su uso particular, supongo. Así que no se movió cuando rocé sus cálidos labios con los míos y me volví a apartar corriendo de él, como si me avergonzase mi propia osadía.

Me giré hacia los guardias, le pregunté a Magreta si se habían ocupado bien de ella y les di las gracias cuando ella asintió y me dijo que se había sentido muy a salvo, incluso en un trayecto tan largo como el de Vysnia.

—Decidme vuestros nombres, para que los recuerde —les dije.

Saqué la mano del manguito para ofrecérsela, coronada con el anillo reluciente. Ellos la tomaron con torpeza y me respondieron con un tartamudeo, aunque sin duda les habían dado la orden de ir y traer a la anciana sin importar lo que nadie les dijera, o lo que ella llorase, y se habían considerado unos carceleros, más que una escolta. Parte del tartamudeo era por la magia del

anillo, pero me imaginé que el resto se debía a esa magia más sutil que hay en el contraste; no imaginaba a Mirnatus dando muestras de cortesía a su servicio.

—Matas y Vladas —repetí—. Gracias por cuidar de mi anciana nanushka, y ahora vayamos dentro: debéis tomaros un trago de krupnik caliente en las cocinas después de vuestro largo viaje.

A duras penas podría Mirnatus retirar aquella pequeña amabilidad sin que pareciera extraño además de mezquino, pero estaba claro que no le gustaba que sus hombres recibiesen ningún tipo de orden de mí.

—Subiréis con vuestra niñera a mis aposentos y me esperaréis allí —me dijo con frialdad en cuanto me siguió por los pasillos, e hizo un brusco gesto para que se acercasen otros dos guardas reales que había en la puerta—. Llevadlas arriba y esperad dentro de la habitación hasta que yo llegue —les ordenó, justo la trampa que yo me temía, y se marchó airado al gran salón.

Agarré con fuerza la mano de Magreta mientras ascendíamos las escaleras. Ella se asió con igual fuerza y no me preguntó si mi marido me trataba bien, o si era feliz.

—Dime, ¿he hecho algo malo al decir a los guardias que se fueran a tomar un krupnik? —le pregunté a uno de los soldados mientras subíamos—. ¿Mi señor desapruueba la bebida?

—No, mi señora —dijo el guardia con una mirada fugaz.

—Ah —dije para dar muestras de que me sentía abatida, decepcionada con la volatilidad del carácter de mi esposo—. Algún asunto de Estado lo tendrá inquieto, supongo. Bueno, trataré de quitárselo de la cabeza esta noche. Quizá cenemos en la habitación. Magreta, me cepillarás el pelo y me harás un nuevo recogido.

La alcoba era tan grande como el salón de baile de mi padre, una habitación exagerada en su dorado y poco práctico esplendor. No me costó ningún esfuerzo quedarme mirando cuanto me rodeaba con los ojos muy abiertos, el inmenso mural de unos treinta palmos que había en lo alto —Eva

tentada por la serpiente, lo cual me pareció particularmente injusto dadas las circunstancias— y la propia cama, que bien podría haber servido de alcoba por sí sola, integrada dentro de una abertura en la pared y enmarcada con marquetería, columnas doradas y unas elaboradas cortinas de damasco de seda con un sutil diseño de hilos más claros. Las ventanas estaban incrustadas en los marcos de unas puertas que se podían abrir y daban a un balcón de un elegante hierro forjado. Las ramas de los árboles del jardín colgaban sobre la barandilla del balcón, ahora mismo cubierta de nieve.

En aquella estancia había cuatro chimeneas independientes, todas ennegrecidas por el humo y ardiendo fulgurantes incluso en pleno día, en el mes de mayo: un criado alimentaba el fuego cuando entré. Era una habitación para un duque de Salvia, o de Longines, de algún país donde el invierno apenas hiciera acto de presencia, y de pasada. Nadie con algo de sentido común habría diseñado esta habitación aquí, en Lithvas, y, desde luego, no era alguien con sentido quien lo había hecho: se veían unas leves grietas allá donde a buen seguro el propio Mirnatius habría dado la orden de tirar abajo la planta superior y las estancias adyacentes para crear aquel espacio tan disparatado.

No obstante, a pesar de todos sus excesos la habitación no dejaba de tener su belleza: cierto, era extravagante, incómoda y poco apropiada, pero en conjunto lograba no sobrepasar los límites del buen gusto y tener un aire suntuoso y no simplemente ridículo. Se diría salida de un libro de cuentos que hubiese pintado una mano con inventiva, donde todo estuviese en armonía. Apenas lo justo, pero aquello no hacía sino convertirla en algo más impresionante, igual que ver a un juglar mantener siete dagas en el aire al mismo tiempo, consciente de que el menor descuido las haría caer a todas en un desastre. Creo que a cualquiera que hubiese estado en aquella alcoba, aun de mala gana, le habría costado no sentirse embargado por ella. Los propios guardias se quedaron admirándola cuando entraron con nosotras y se olvidaron de parecer severos y envarados.

No dijeron nada cuando cogí mi joyero y me llevé a Magreta detrás del biombo del baño. Al otro lado otra chimenea encendida caldeaba el ambiente en torno a una bañera realmente magnífica, también dorada, y tan grande que me podría estirar de la cabeza a los pies allí dentro. Pero lo que era más importante: junto a la bañera había un espejo más magnífico aún si cabe, como si a Mirnatius le gustase admirar la obra de arte de su persona al salir de su baño.

Llamé a los guardias desde detrás del biombo para pedirles que enviasen a alguien a por té mientras Magreta, en rápida respuesta a los gestos que le hacía con la mano, me ponía el collar y la corona. Parecía perpleja aun sin dejar de obedecer, y lo pareció aún más cuando la envolví en mi capa sobrante y me arrodillé para levantar del suelo las pesadas pieles junto a la chimenea y ponérselas por los hombros. Se aferró a las pieles y se las ciñó cuando le dejé los extremos en las manos, y no dijo una palabra en voz alta, pero sí abrió la boca y la movió para formular en silencio las preguntas que deseaba hacer. Me llevé el dedo a los labios para que continuara en silencio y le hice un gesto para que se acercara al espejo.

Al otro lado se alzaba el bosque oscuro, bajo un manto blanco y espeso de nieve. No sabía si funcionaría, si podía llevarla conmigo a través del espejo, pero tampoco me quedaba ninguna otra esperanza. En el preciso instante en que alargaba el brazo para coger la mano de Magreta oí un ruido en el pasillo, unos pasos que se aproximaban, y cuando se abrió de golpe la puerta, oí el siseo de aquel demonio, que decía con la voz de Mirnatius:

—*¿Dónde está Irina, dónde está mi dulce esposa?*

Pero Magreta había dejado escapar un grito ahogado: la tenía cogida de la mano, y ella tenía la mirada fija en el espejo, con la tez pálida y tirando de mí por puro instinto. La sujeté con más fuerza.

—No me sueltes —le susurré, y después de una sola mirada de terror a su espalda, hizo un brusco gesto afirmativo con la cabeza.

Me volví hacia el espejo, lo crucé, tiré de ella conmigo, y salimos a la

orilla congelada del río.

Capítulo 13

Por la mañana llegó panov Mandelstam y se quitó la nieve de las botas con unos pisotones y le dijo en voz baja a panova Mandelstam:

—No los han cogido. La nieve ha caído antes.

Por eso me alegré de la nieve, aunque en ese momento no sabía si debía alegrarme de que nevase, porque ¿y si Wanda y Sergey se habían muerto congelados por ahí? Pero sí decidí alegrarme, porque yo había pasado ya mucho frío a veces, trabajando en la nieve, y con sueño, y Pa me pegaba en la cabeza para despertarme y me preguntaba si me quería morir de frío, y yo no quería, aunque sólo me estaba quedando dormido y eso no dolía ni te daba miedo. Me pregunté si Pa tuvo miedo cuando se murió. A mí me sonó como si lo tuviese.

Panova Mandelstam me dio dos cuencos de gachas para desayunar, con algo de leche añadida y unos arándanos secos, y les puso un poco de azúcar moreno encima, y me los comí, y estaban dulces y buenísimos. Luego fui a ocuparme de las cabras, porque eso era lo que Wanda había dicho que hiciese.

—Ellas también deberían tomarse un desayuno caliente en un día de frío como hoy —dijo panova Mandelstam, y me ayudó a preparar un puchero grande de afrecho.

Me aseguré de darle a mis cabras una buena ración. Parecían muy flacas al lado de las cabras de los Mandelstam, y el día anterior las otras cabras estuvieron dándoles topetazos y mordiscos. Pero ahora, las demás cabras se alegraban de tener más compañía, porque ya les habían cortado el pelo, y las mías aún lo tenían aunque estuviese lleno de abrojos y de suciedad. Se juntaron todas en el redil después de haberse comido todo el afrecho caliente.

Había mucha nieve en el patio. Quité una parte a paladas y la dejé en unos grandes montones para que las cabras y las gallinas pudiesen llegar a la hierba. El suelo estaba helado, pero saqué la nuez del árbol blanco, la miré y me pregunté si a lo mejor debería plantarla allí. Pero no estaba seguro, y no quería equivocarme, así que me la guardé otra vez en el bolsillo y volví a entrar. Para el almuerzo, panova Mandelstam me dio tres rebanadas de pan con mantequilla y mermelada, dos huevos y unas zanahorias y ciruelas pasas cocinadas juntas. Eso también estaba muy bueno.

Entonces llegó la tarde, y yo no sabía qué hacer. Panova Mandelstam se sentó en su rueda, pero yo no sabía hacer eso, y panov Mandelstam estaba leyendo un libro, y yo tampoco sabía hacer eso.

—¿Qué hago? —pregunté.

—¿Por qué no sales a jugar, Stepon? —dijo panova Mandelstam, pero tampoco sabía hacer eso, y, de todas formas, panov Mandelstam le contestó:

—Los demás niños...

Y ella apretó los labios y asintió, y se referían a que los niños del pueblo serían malos conmigo porque yo a lo mejor había ayudado a matar a mi padre, o sólo porque yo era la cabra nueva del redil.

—¿Qué hacía Wanda cuando estaba aquí? —pregunté, pero lo recordé en cuanto hice la pregunta—. Hacía la recaudación.

—Pero tú eres muy pequeño para eso —dijo panova Mandelstam—. ¿Por qué no vas a ver si eres capaz de encontrar unas buenas setas en el bosque? ¿Sabes cómo distinguir las que se pueden comer?

—Sí —le dije, y ella me dio el cesto, pero había mucha nieve ese día en el bosque, así que en realidad no tenía mucho sentido salir a coger setas.

Salí, busqué por toda la nieve y no vi ninguna seta. Entonces pensé en probar a hacer la recaudación aunque fuese demasiado pequeño, porque si los Mandelstam no la hacían y Wanda tampoco la hacía, entonces no veía quién más había allí para hacerla. En aquella casa había vivido alguien más, recordaba que Wanda había hablado de esa persona, pero no era capaz de

acordarme de cómo se llamaba. Me sentía muy raro al tratar de recordar un nombre y ver que no me venía a la cabeza, porque los nombres siempre me venían a la cabeza cuando yo quería, pero bueno, estaba seguro de que ahora mismo no había nadie más en la casa ni en el establo, porque había buscado por todas partes a ver si lo veía. De haberlo encontrado, podría haberle preguntado cómo se llamaba y haber dejado de sentirme raro. Hasta miré en el gallinero por si se había metido allí alguien a rastras, pero sólo había gallinas. Así que no había nadie más que yo, la verdad.

Era el día después del día de mercado en la cuarta semana del mes, y eso significaba que Wanda iría a recaudar de las dos aldeas del camino de carros que iba desde el pueblo hacia el sureste, y los nombres de los que había que recaudar eran Rybernik, Hurol, Gnadys, Provna, Tsumil y Dvuri. Me repetí los nombres para mí por el camino porque se me formaba con ellos una bonita canción en la cabeza. Cuando llegué allí, llamé a todas las puertas que vi y les pregunté cuál era su nombre, y si me decían que era uno de aquellos, les ofrecía el cesto. Ellos me miraban y dejaban cosas en él.

—¡Pobre niño! —me dijo panova Tsumil con voz suave, y me puso la mano en la cabeza—. ¡Y los judíos ya te han puesto a trabajar!

—Mmm, no —repuse yo, pero ella meneó la cabeza para decirme que no y puso unas madejas de lana en el cesto.

Después me dio de comer algo que llamaba «galleta». Una vez, Wanda trajo a casa unas de esas que le había dado panova Mandelstam, y estaban muy ricas, así que no discutí con panova Tsumil y me comí la galleta, que también estaba muy rica, y le dije:

—Gracias.

Y continué.

Después le llevé el cesto a panova Mandelstam y le dije:

—Al final no soy tan pequeño.

La mujer miró el cesto y se disgustó mucho. Yo no sabía por qué, pero entonces llegó panov Mandelstam, que me puso la mano en el hombro con

amabilidad y me dijo:

—Stepon, deberíamos habértelo explicado. Es muy importante no cometer ningún error al recaudar y llevar las cuentas al detalle. Si lo intentases con todas tus fuerzas, ¿te ves capaz de recordar y de contarnos exactamente adónde fuiste, y quién te dio exactamente cada cosa?

—Sí —respondí—. En este día del mes, Wanda va a ver a los Rybernik, los Hurol, los Gnadys, los Provna, los Tsumil y los Dvuri. —Y entonces señalé cada cosa y les dije quién me las había dado.

Pensé que panova Mandelstam seguía descontenta después de eso, pero me dio unos buñuelos rellenos de pollo de verdad, con una salsa espesa de zanahorias y patatas, y una taza de té con dos cucharadas grandes de miel, así que tuve que haberme equivocado.

A Sergey y a mí no nos gustaba la idea de quedarnos en aquella casita, pero tampoco podíamos marcharnos aún. Cuando nos despertamos el primer día, la nieve se había acumulado en el umbral de la puerta, en los alféizares de todas las ventanas y debajo de ellos, en grandes montículos. Cuando salimos, el bosque era todo blanco y más blanco, sólo se veían algunos trozos de los troncos oscuros de los árboles con las ramas dobladas por el peso. Ya les había empezado a salir la hoja cuando llegó la nieve, y ahora aguantaban aquella carga. No sabíamos dónde estaba el camino.

Miramos alrededor de la cabaña y vimos muchas cosas. Había patatas y zanahorias en el huerto, y un cobertizo donde había habido cabras, con un montón de paja de esparto y otro montón de lana esquilada que me llegaba a la altura de la cabeza. No la habían lavado, y las capas del fondo estaban sucias y mohosas, pero en la parte de arriba quedaba lana en buenas condiciones. Había un cesto en un estante, y en el rincón una pala con la que sería más fácil sacar las patatas. Dentro de la casa descubrimos una manta doblada en una estantería.

El sol lució todo aquel día, e hizo calor a pesar de la nieve que había en el suelo y que enseguida comenzó a derretirse. Sergey salió a buscar leña. Yo dejé las patatas y las zanahorias cocándose, y me puse a hacer unos zapatos nuevos para los dos con el esparto. Uno de los míos ya se había echado a perder, y los demás se estaban cayendo a pedazos. También utilicé lana para que los zapatos no estuviesen tan duros, ya que tampoco teníamos cortezas. La lana estaba llena de abrojos, de ortigas y de espinos. Preparé un puchero de agua y la lavé allí dentro, pero tampoco tenía un peine. Las púas se me clavaban en las manos y me escocían al trabajar, pero necesitábamos algo con lo que poder andar.

Ya había terminado un par para Sergey cuando él regresó con la leña. Se los probó, y no le estaban tan mal. Les metí dentro más lana, y eso sirvió de ayuda. Nos tomamos las patatas y las zanahorias. Después de eso hice unos para mí, y cuando estuvieron hechos preparé unas cortinas para las ventanas. Sergey encontró el nido de unos pájaros en un árbol, con unos huevos moteados con manchas pardas, así que pudimos cogerlos. Nos los comimos, y luego oscureció, así que nos fuimos a dormir otra vez.

Por la mañana vimos un cajón para el grano, porque la nieve ya se había derretido de sus costados, y estaba medio lleno de avena. Miramos dentro: había suficiente para quedarnos allí y comer durante mucho tiempo. Sergey y yo nos miramos el uno al otro. La bruja no había vuelto, y eso me hizo pensar que quizá no volviese nunca. Pero no me gustaba la manera en que estábamos encontrando tantas cosas.

—A lo mejor deberíamos irnos de aquí —le dije a Sergey de mala gana.

Quería y no quería irme. ¿Quién sabe si seríamos capaces de llegar hasta el camino? Pero Sergey miró al cielo, y yo lo hice también; el sol se estaba marchando. Ya había empezado a nevar otra vez. No podríamos ir a ninguna parte.

Sergey no dijo nada durante un rato. A él tampoco se le veía contento.

—A lo mejor podríamos arreglar la silla y la cama —propuso—. Por si

acaso vuelve alguien alguna vez.

Eso me pareció muy buena idea. Si nos limitásemos a coger las patatas, las zanahorias, la lana y la avena y a quedarnos en aquella casita sin dar nada a cambio, seríamos unos ladrones. Quien volviese por aquí se enfadaría, y tendría motivos para enfadarse. Debíamos corresponder.

Así que metí la avena y, mientras se cocinaba, hicimos un asiento nuevo para la silla: Sergey salió a la nieve y trajo unas ramas finas de árboles jóvenes, y yo las entretejé con el esparto y la lana, igual que había hecho con los zapatos, hasta que quedó lo suficientemente bien como para atarlo a la silla y sentarse en él. Y la silla quedó arreglada.

Todo lo que pretendíamos hacer con la cama era colocar unas esteras nuevas del mismo modo, pero cuando Sergey salió a buscar leña después de comer, volvió casi de inmediato. Había encontrado un pequeño montón enterrado bajo la nieve detrás de la casa, junto a un tajo en el que alguien había dejado clavada un hacha. Estaba oxidada, y tenía el mango un poco podrido y astillado, pero Sergey le raspó el óxido con una piedra y pudo utilizarla para cortar leña por mucho daño que le hiciese en las manos. Así que ahora podíamos hacer una nueva estructura entera para la cama, y no sólo unas esteras.

Nos daba miedo permanecer allí, pero ahora también nos daba miedo marcharnos y dejar el trabajo sin terminar. Era como si no nos quedase más remedio que cumplir lo que habíamos prometido. De todas formas, seguía nevando, así que Sergey se puso con el armazón de la cama mientras yo trabajaba con las esteras.

Por la mañana, la nieve volvía a tener un par de palmos de profundidad. Al menos teníamos comida, y la casa estaba caliente. Sergey trabajó con la cama y yo entretejé seis esteras grandes como el asiento de la silla para poder tumbarse en ellas. Las cubrimos de montones de paja y de lana limpia. Entonces pensé que por fin habíamos terminado y que nos podríamos marchar si queríamos. Todo aquel día había vuelto a ser soleado, y se derritió más

nieve. Sergey y yo nos pusimos de acuerdo en que nos marcharíamos al día siguiente.

A la mañana siguiente salimos al huerto a buscar más comida que llevarnos, y nos topamos con un rodal entero de fresas. Las plantas se estaban muriendo bajo la escarcha, y los frutos estaban helados como piedras, pero aún estarían buenos para comérselos. Entré en la casita y busqué algo donde llevar las fresas. En un estante junto a un rincón oscuro al lado del horno, había unos tarros viejos que no había visto antes, aunque estaba casi segura de haber mirado allí. Uno de los tarros estaba vacío y era perfecto para meter las fresas. Otro estaba lleno de sal, y en otro había un poco de miel que aún sabía bien.

Si ya era complicada la situación, en el estante junto al tarro más grande había una vieja rueca de madera y unas agujas de punto, lo cual significaba que no habíamos terminado, porque ahora podría hilar la lana y tejer el hilo que hiciese, y eso significaba que podríamos hacer un colchón de verdad como el que había antes en la cama y se había estropeado. Se lo enseñé a Sergey.

—¿Cuánto se tardaría? —me preguntó inquieto.

Respondí con un gesto negativo de la cabeza. No lo sabía.

Me pasé el resto de aquel día hilando mientras Sergey lavaba más lana para mí. Hice seis madejas grandes, tan rápido como pude, pero pensaba que haría falta más para hacer la funda entera de un colchón. Sergey salió y trajo más leña. Cogió mucha, e hice un puchero enorme de gachas, de forma que al día siguiente ni siquiera tendríamos que salir de la casa. Podíamos pasarnos allí el día tomando gachas. Entonces nos fuimos a dormir otra vez encima del horno.

—Wanda —me dijo Sergey a la mañana siguiente.

Estaba mirando hacia la mesa. La miré yo también. Todo parecía en orden. La mesa estaba despejada. La silla estaba bien metida en la mesa para que no estorbase. Entonces pensé que nosotros la habíamos dejado ayer contra la pared. A lo mejor la habíamos vuelto a mover hacia la mesa antes de irnos a la cama, pero me daba la sensación de que no lo habíamos hecho.

—Vamos a comer —le contesté por fin.

El puchero de gachas seguía caliente en el horno. Retiré la tapa y me detuve al mirar dentro. Había preparado el puchero hasta arriba de gachas. No es que fuera muy grande, y podríamos habérselo comido en un día, pero alguien ya se había tomado una buena ración. No podía ni pensar que quizá no hubiese sucedido, o que Sergey las hubiese probado, porque había un cucharón de madera que sobresalía del puchero, y la noche antes había pensado para mis adentros que ojalá tuviese un cucharón, y no había nada parecido en toda la casa.

Cuando dije: «¡Alto!», Shofer tiró de las riendas de los ciervos para detenerlos y miró hacia atrás alarmado, volviendo la cabeza sobre el hombro hacia las dos siluetas de la orilla.

—Sólo unos espectros vendrían a este lugar —dijo con voz grave y apremiante.

Pero yo sabía quién era la joven que estaba allí de pie con sus pieles blancas, con esa corona de plata en la cabeza que me resultaba tan familiar, la corona que me había proporcionado a mí la mía: era Irina, la hija del duque. Y si ella había encontrado una forma de llegar aquí, había una forma de regresar.

—Ve hacia ellas, o dime por qué no podemos ir —le exigí implacable, y, tras un instante, Shofer dio la vuelta de mala gana al trineo y me llevó a lo largo del río hasta que llegamos a ellas.

Irina lucía la corona, el collar reluciente y el anillo de plata en el dedo, y su aliento no se congelaba en el aire. Rodeaba con los brazos a la otra mujer, una anciana con una tiritona terrible pese a estar envuelta en unas pieles bastante gruesas, con el aliento suspendido en densas nubes alrededor de la cabeza.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —pregunté.

Irina alzó la mirada sin el menor rastro de haberme reconocido.

—No pretendíamos entrar sin ser invitadas —dijo—. ¿Nos daríais cobijo? Mi niñera no aguanta en el frío.

—Subid al trineo —le dije, a pesar del respingo de Shofer, y le tendí la mano.

Irina vaciló tan sólo un instante, mirando hacia el río, instó a la anciana a subir al trineo y subió detrás de ella. Me quité la capa y cubrí a la mujer como si fuera una manta. Tiritaba aún más, y se le estaban poniendo los labios de color azul.

—Llévanos al refugio más cercano —le dije a Shofer.

Dio un nuevo respingo, pero un segundo más tarde hizo volver grupas a los ciervos, ascendió por la orilla del río y se internó entre los árboles. A nuestra izquierda había una noche impenetrable, y a la derecha brillaba un pálido crepúsculo en la distancia, como si estuviéramos en la mismísima frontera de la negritud. Irina había vuelto la cabeza para seguir mirando el río, que desaparecía a nuestra espalda, y me miró a mí después. Su cabello largo y oscuro contrastaba con el blanco de las pieles bajo la corona de plata, ese cabello sobre el que caían los copos de nieve desde los árboles y brillaban en él como si fueran pequeñas gemas transparentes. El crepúsculo a su espalda se reflejaba en la palidez de su piel, e Irina brillaba con él, y de pronto caí en la cuenta de que tenía que haber sangre staryk en alguna rama de su linaje; con su centelleante plata, podía haber intercambiado su lugar conmigo y encajar en aquel reino como si fuera el suyo propio.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —volví a preguntarle.

Pero ella tenía los ojos clavados en mí, con el ceño fruncido.

—Yo te conozco —me dijo muy despacio—. Eres la mujer del joyero.

Por supuesto, Irina no sabía que no era así: nadie le habría dicho mi nombre, ni tampoco el de Isaac. Ella era una princesa, y nosotros no teníamos importancia. Deseé con amargura que aún fuera así, y que ella estuviese en lo cierto; estar en casa ocupando el lugar de Basia, o en mi propio hogar.

—No —le dije—. Yo sólo le proporcioné la plata. Mi nombre es Miryem.

Shofer dio un respingo sentado en el pescante, delante de mí, y lanzó hacia atrás una mirada fugaz y perpleja. Irina se limitó a asentir ligeramente, con el ceño aún fruncido, pensativa, y levantó la mano para tocarse el collar, en el cuello.

—Una plata que salió de aquí —dijo.

—Así es como... —dije al comprenderlo—. ¿La plata os ha traído?

—A través del espejo —dijo Irina—. Me ha salvado, nos ha salvado a las dos... —Y se inclinó sobre la mujer—. ¡Magra! Magra, no te quedes dormida.

—Irinushka —masculló la anciana.

Tenía los ojos prácticamente cerrados y había dejado de tiritar.

El trineo se detuvo de golpe: Shofer había tirado con fuerza de las riendas, y los ciervos cabecearon hacia atrás, inquietos. El cochero tenía la mirada fija al frente, con la espalda muy recta y los hombros rígidos. Habíamos llegado ante el murete de un huerto, casi enterrado en la nieve, y al otro lado vi el leve resplandor anaranjado que me era tan conocido: el parpadeo del fuego de un horno dentro de una casa, cálida y acogedora. A decir de la expresión en la cara de Shofer, cualquiera diría que se nos echaba encima una turba enfurecida.

—¿Quién vive aquí? —le pregunté sin pensar, pero Shofer sólo me lanzó una mirada de angustia, y, a pesar de todo, yo seguía sin ver el motivo. La mujer se venía abajo con rapidez—. Ayúdanos a sacarla —le dije, y, tremendamente reacio, colgó las riendas del pescante y se bajó.

Levantó a Magra con la misma facilidad que si fuera una niña pequeña, y la mujer gimoteó con su contacto incluso a través de las diversas capas de ropa y de pieles.

Se alejó con ella, con la levedad de su paso por la capa superficial de la nieve, mientras que Irina y yo la atravesamos y nos hundimos en los profundos montículos que había debajo. Lo seguimos con gran esfuerzo hasta que de repente disminuyó el grosor de la nieve al llegar al murete del huerto. No era más que una casita muy pequeña, la choza de un campesino con un horno que

la ocupaba casi por completo, pero por las pequeñas rendijas de las cortinas de las ventanas y de la puerta se escapaba el olor de las gachas calientes y el resplandor del fuego. Shofer se había detenido a buena distancia de la cabaña, y su temor me hizo sentir cautela, pero Irina fue directa hacia la puerta y la empujó sin vacilar: apenas era un panel hecho con unas tablillas finas y paja entretejida, para detener el viento, y cayó al suelo con un golpe ruidoso.

—Aquí no hay nadie —dijo un momento después, al volverse hacia nosotros.

Entré detrás de ella: era fácil ver que estaba vacía. Sólo había una habitación, con un único camastro sobre el que había un montón de paja. Irina lo cubrió con la capa con la que yo había abrigado a Magra. Shofer entró de muy mala gana y dejó a la mujer en el camastro sin quitarle ojo a la puerta cerrada del horno, al levísimo parpadeo de luz a su alrededor, y en cuanto la hubo dejado, se volvió a retirar corriendo hasta el umbral de la puerta. Había un cajón repleto de leña al lado del fuego, abrí la puerta del horno y hallé dentro un puchero, lleno de gachas calientes, recién hechas.

—Déjame que le dé un poco —dijo Irina, y en un estante encontramos un cuenco y una cuchara de madera.

Le sirvió una buena ración de gachas, que humeaban en el aire, y se arrodilló junto al camastro. Se las dio de comer a Magra, que se movió y se espabiló lo suficiente con el olor para tomárselas en pequeñas cucharadas. Shofer ponía cara de dolor con cada cucharada, como si estuviese viendo a alguien tomarse un veneno a propósito. Me miró y movió los labios, como si me quisiera decir algo y sólo un temor mayor le hiciese morderse la lengua. Seguí esperando a que sucediera algo terrible: miré en cada rincón de la estancia para asegurarme de que allí no había nada escondido, salí fuera y miré también alrededor de la casa. Tenía que haber alguien cerca, con el fuego encendido y la comida lista, pero no vi una sola huella en la nieve alrededor de la choza excepto la hilera que habíamos dejado Irina y yo desde el trineo al

atravesar los montículos como pudimos. Un staryk no habría dejado huellas, por supuesto, pero...

—Ésta no es la casa de un staryk —le dije a Shofer, una afirmación y no una pregunta.

Él no asintió, pero tampoco me miró con cara de desconcierto ni de sorpresa como sí hacían Flek y Tsop cuando me equivocaba. Volví a fijarme en el huerto. La casa se alzaba justo sobre la línea: una mitad del huerto estaba en el crepúsculo, y la otra en la noche cerrada, atrapado entre los dos. Le miré y le dije:

—Voy a cerrar la puerta.

—Me quedaré fuera —se apresuró él a decir, lo cual me dio esperanzas.

Entré, recogí la puerta del suelo y la volví a colocar en su sitio. Aguardé apenas unos instantes y la volví a apartar de un tirón...

Pero me encontré mirando únicamente al huerto vacío, con Shofer allí de pie, a la espera e inquieto. Había retrocedido aún más, hasta el otro lado del murete del huerto. Decepcionada, me di la vuelta hacia el interior. Magra había abierto los ojos y sostenía las manos de Irina en las suyas.

—Estáis a salvo, Irinushka —susurraba—. He rezado por que estuviéseis a salvo.

Irina me miró.

—¿Podemos quedarnos aquí?

—No sé si es seguro —le dije.

—No es menos seguro que el lugar donde estábamos.

—¿Se negó el zar a desposaros? —le pregunté.

Pensaba que el duque podría haberse enfadado con ella de haber sido el caso: no me pareció el tipo de hombre que se queda contento si se le tuercen los planes.

—No —repuso ella—. Soy la zarina. Mientras viva. —Dijo aquello con sequedad, como si no esperase que eso durara mucho—. El zar es un hechicero negro. Está poseído por un demonio de fuego que desea devorarme.

Me eché a reír, no pude evitarlo. No fue por regocijo, sino por amargura.

—Así que la plata mágica os ha traído un monstruo de fuego por esposo, y a mí un monstruo de hielo. Deberíamos meterlos en una habitación a los dos juntos y dejar que nos convirtiesen en viudas.

Lo había dicho de un modo despiadado, como una broma amargada, pero Irina me dijo con mucha pausa:

—El demonio dijo que yo saciaría su sed durante mucho tiempo. Me desea porque... soy fría.

—Porque tenéis sangre staryk, y plata de los staryk —le dije con la misma pausa.

Irina asintió. Me acerqué a la puerta y miré por una rendija: Shofer aún estaba lejos de la casa, sin posibilidad de oírnos y sin dar muestras de inclinación ninguna a acercarse más. Respiré hondo y me di la vuelta.

—¿Creéis que ese demonio haría un trato? ¿Aceptaría a cambio la oportunidad de devorar a un rey staryk?

Irina me mostró la manera en que la plata de los staryk le permitía ir y venir: volvimos a salir juntas y dimos con una tina grande detrás de la casa. Vertimos agua caliente en la tina, sobre la nieve amontonada dentro, para formar un pila encharcada con un reflejo. Irina se miró en la bañera y dijo:

—Veo el mismo lugar del que salimos: una alcoba en el palacio. ¿Tú lo ves? —me preguntó, pero yo sólo veía nuestros rostros, que flotaban con palidez en el movimiento del agua.

Cuando Irina me cogió de la mano y trató de llevarla al otro lado, me mojé hasta la muñeca a pesar de que ella la sacó completamente seca, sin una gota. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No puedo llevarte allí conmigo —me dijo.

Era como si hubiera dejado de existir en el mundo real, como si el rey staryk me hubiese arrancado de allí, de raíz.

—Tendré que convencerlo para que sea él quien me lleve —dije con gesto severo, lo mismo que él me había dicho.

No me importaba estar de este lado del agua siempre y cuando mi esposo se encontrase con su prematuro final. No pensaba que el resto de los staryk me fuese a aceptar como reina en su lugar, al menos mientras no aprendiese a generar yo misma unos interminables inviernos, a hacer salir de la tierra árboles de nieve o cualquier otra cosa que él hubiera exigido.

Trazamos rápido nuestros planes: no había mucho que planear, tan sólo un momento y un lugar concretos, y todo lo demás sería un lanzarnos a la desesperada a por la única oportunidad que teníamos cualquiera de las dos.

—El demonio no puede venir durante el día —explicó Irina—. Sólo aparece por la noche. No sé por qué, pero si pudiera, ya habría intentado hacerse conmigo antes: hoy me ha tenido a solas, o prácticamente a solas. —Hizo una pausa y añadió, pensativa—: Cuando la madre del zar fue condenada por brujería, la prendieron y la quemaron en un solo día, antes de la puesta de sol.

—De noche, entonces. —Guardé silencio, pensando en qué excusa se le podía poner a un rey staryk para que él la aceptase, el motivo por el que quería que me llevase de vuelta—. ¿Podríais convencer al zar para que regresara a Vysnia? —le pregunté con voz pausada—. ¿Dentro de tres días?

—Si es que soy capaz de convencerle de que haga cualquier cosa que no sea matarme —dijo ella.

Cuando finalizamos, Irina regresó dentro con su niñera, y yo volví hacia el trineo. Shofer no hizo preguntas, demasiado ansioso por marcharse. Me quedé sentada con la mirada perdida durante todo el trayecto de vuelta, dándole vueltas a la cabeza, con un nudo en el estómago y el ardor de la hiel.

Por supuesto que estaba aterrorizada. Por intentarlo, por fracasar, por conseguirlo. Era como un asesinato..., no, no me mentiría a mí misma: de hecho era un asesinato, si es que funcionaba. Pero claro, al fin y al cabo, el staryk parecía considerar perfectamente razonable matarme a mí, y yo tampoco

le había hecho ninguna promesa; ni siquiera estaba segura de estar casada de verdad. Él me había dado una corona, pero estaba claro que no había habido ningún contrato matrimonial, y no nos conocíamos el uno al otro. Le preguntaría a un rabino, si es que alguna vez tenía la oportunidad de volver a hablar con alguno. Ahora bien, casada o no, estaba razonablemente segura de que los rabinos me dirían que en justicia podía seguir el ejemplo de Judith y cortarle la cabeza al staryk si es que él me daba la oportunidad. Era el enemigo de mi gente, no sólo el mío, pero eso tan sólo me dejaba la enorme dificultad de llevarlo a cabo.

Shofer detuvo el trineo al pie del sendero pronunciado que conducía a mis habitaciones: allí estaba Tsop sentada en una piedra baja, como si hubiera estado esperando todo el día a que regresara, inquieta, a juzgar por la expresión de alivio que se le puso al verme. Bajé del trineo agarrotada: había sido un trayecto muy largo, y tenía todo el cuerpo dolorido. Tsop me condujo de vuelta a mi alcoba a un paso lo bastante ligero como para dejarme sin aliento, y se balanceaba en respingos hacia delante y hacia atrás cada vez que tenía que hacer una pausa. La criada no dejaba de mirar hacia abajo, y seguí la dirección de su mirada hacia la arboleda: todas las flores blancas se estaban cerrando con suavidad, como si fuera eso lo que determinaba la caída de la noche. Supongo que al rey le disgustaría que yo no estuviese de vuelta a tiempo para que él me ofreciese sus tres respuestas. En aquel momento se me ocurrió que, al final, podría sentirse forzado a cumplir con sus obligaciones maritales en caso de perder su oportunidad de responder cada noche, de modo que aceleré el ritmo tanto como pude.

Me esperaba en mi habitación, con los brazos cruzados y el brillo de la furia en la cara, una luz que le resplandecía en las aristas de los pómulos y en los ojos.

—Pregunta —me ordenó con aire desagradable en cuanto entré: el sol ya estaba medio oculto en el espejo que él me había dado.

—¿Quién vive en la casa de los límites de la noche? —le dije.

No es que hubiera habido mucha elección al respecto, pero esperaba no haber dejado a Magreta allí para que la devorase alguien que llegara más tarde.

—Nadie —me contestó de inmediato—. Pregunta.

—Eso no es cierto —le dije, y Tsop, que se retiraba haciendo sus reverencias, se sobresaltó como un caballo que recibiese un latigazo de buenas a primeras. Al staryk se le agrandaron los ojos en un gesto de desconcierto, y apretó los puños. Dio un paso hacia mí, como si fuera a golpearme—. ¡Había gachas en el horno! —le solté en una reacción instintiva de alarma.

Se contuvo. Apretó con fuerza los labios.

—... que yo sepa —dijo pasados unos segundos para completar su frase—. Pregunta.

Estuve a punto de volver a preguntarle. El rey centelleaba de ira, con una leve iridiscencia que iba y venía por su piel, y no pude evitar pensar en Shofer cuando levantó a Magreta como si fuera un saco de lana y no una persona, en la facilidad con que Tsop y Flek volcaron el cofre lleno de plata; si un staryk normal y corriente podía hacer eso, ¿qué podría hacerme él a mí? Quería quitarle yerro al momento para que pasase de largo. Era una tentación conocida: el decir amén, el empequeñecerme lo suficiente para escabullirme de un peligro que se me venía encima. Por un instante, me vi de nuevo en la nieve con Oleg, que venía a por mí con la cara crispada y los enormes puños apretados. Quería salir de allí como fuese, pedir clemencia, y sentía que el ardor del miedo me recorría la columna vertebral.

Pero se trataba de la misma elección, siempre la misma. La elección entre la muerte con mayúsculas y todas esas otras pequeñas muertes. El staryk me estaba fulminando con la mirada, sobrenatural y aterrador, pero ¿qué utilidad había en tenerle miedo? A pesar de toda su magia y toda su fuerza, no podía matarme más a conciencia de lo que Oleg lo hubiera hecho al arrancarme el aliento de la garganta sobre la nieve. Y si lograba enfadarlo lo suficiente como

para que lo hiciese, no se contendría ni con todas las súplicas del mundo, no más de lo que Oleg se habría detenido por que le rogase que se apiadara de mí en el bosque. No iba a conseguir salvar la vida en el último segundo, con unas manos apretándome la garganta. Sólo podía hacerlo cediendo con antelación, cediendo constantemente; igual que Scheherezade, pidiéndole con humildad a mi esposo asesino que siguiera perdonándome la vida una noche tras otra. Y sabía a la perfección que ni siquiera eso tenía la garantía de funcionar.

No haría ese trato. Iba a intentar matarlo, aunque tuviese la práctica certeza de que fracasaría, y tampoco iba a tener miedo de él. Enderecé los hombros y le miré a los ojos resplandecientes.

—Yo diría que se me debe una conjetura con cierta base, si sois capaz de hacerla. Si supieseis quién la construyó, por ejemplo.

—¿Deber? —me soltó. Con el rabillo del ojo, vi que Tsop había maniobrado de forma lenta y cautelosa para alejarse pasito a pasito, y que ahora recorría el resto de la distancia para salir de la habitación—. ¿Deber?

Con un bandazo repentino se plantó ante mí, como si se hubiese movido tan rápido que mis ojos no hubiesen podido ver cómo lo hacía. Me puso la mano en el cuello, con el pulgar en el hueco de debajo del mentón y empujándolo hacia arriba para que le mirase a la cara, con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Y si yo digo que todo cuanto te debo son dos respuestas más? —me dijo con voz suave, mirándome con un centelleo en los ojos.

—Podéis decir lo que queráis —repliqué sin ceder, con la voz raspando contra la piel de la garganta para salir a la fuerza.

—Una vez más te lo preguntaré: ¿estás segura? —me dijo entre dientes.

Su voz sonó con el profundo tono de una advertencia que no presagiaba nada bueno, como si estuviese llevándolo a un límite insoportable para él, pero yo ya había elegido. Lo había hecho el antepasado invierno, sentada al borde de la cama de mi madre, oyendo cómo se le escapaba la vida con cada tos. Había elegido al plantarme ante la puerta medio congelada de un centenar

de casas y exigir lo que se me debía. Me tragué la bilis y sentí su ácido sabor en la garganta.

—Sí —afirmé con tanta frialdad como podría haber mostrado cualquier señor del invierno.

Exhibió los dientes en un rugido de ira y se dio media vuelta para apartarse de mí. Llegó con paso airado al borde de la habitación y se quedó allí, dándome la espalda y con los puños apretados.

—Cómo osas... —le dijo a la pared sin darse la vuelta para mirarme—. Cómo osas rebelarte contra mí, crear la farsa de que eres mi igual...

—¡Eso lo hicisteis vos, cuando me pusisteis una corona en la cabeza! —repliqué. Era como si me quisieran temblar las manos, triunfales, furiosas o ambas cosas a la vez. Las apreté con fuerza—. No soy vuestra súbdita ni vuestra sierva, y si lo que queréis por esposa es un ratoncillo asustadizo, id a buscar a otra que sea capaz de convertirlos la plata en oro.

Resopló de frustración y desagrado y permaneció allí un momento más, tan sólo respirando con una agitación furiosa, elevando y hundiendo los hombros.

—Una bruja poderosa —dijo por fin— que se cansó de que los mortales le pidieran favores y se construyó una casa en la frontera del mundo iluminado por el sol, para que no la encontraran cuando no deseaba compañía. Pero se marchó hace ya mucho, y no ha regresado, pues yo lo sabría, si tamaño poder retornase a mi reino.

Yo respiraba con las mismas dificultades, aún enfurecida, y en un principio no lo identifiqué como una victoria, como una respuesta a mi pregunta; me dio la sensación de que aquello había salido de la nada.

—¿Qué es «hace ya mucho»? —le pregunté, demasiado apresurada.

—¿Acaso crees que a mí me importan los efímeros momentos con los que medís el paso de vuestra vida en el mundo iluminado por el sol, salvo cuando debo? —me respondió—. Hace mucho que fallecieron los niños mortales nacidos en aquel entonces, y los hijos de sus hijos ahora son ancianos, eso es todo cuanto puedo decir. Pregunta una vez más.

Una buena respuesta dentro de lo que cabía: al menos podía albergar la esperanza de que no fuese a aparecer ninguna bruja de poderes monstruosos que decidiese convertir a Magreta en su cena a cambio de las gachas que ella se había comido. Me hubiera gustado saber algo más sobre la posible procedencia de la comida, y sobre quién habría encendido el fuego, pero no me podía permitir preguntárselo; tenía una pregunta más acuciante:

—Le prometí a mi prima que bailarí en su boda. Y se casará dentro de tres días.

Pensé que tendría que continuar a partir de ahí, pero el rey ya se había dado la vuelta para mirarme, con un brillo que se asomaba a sus ojos: teniendo en cuenta la seriedad con la que él se tomaba aquí su palabra, supongo que de inmediato supo que me tenía entre la espada y la pared. Y así era, aunque no del modo en que él pensaba que me tenía.

—Entonces, todo apunta a que debes pedirme ayuda —dijo con voz suave y un regocijo patente—. Y rezar para que yo no me niegue.

—Bueno, tampoco lo haréis para ayudarme —repuse, y él dejó escapar un pequeño bufido de diversión—. Y ya habéis dejado claro que a vuestros ojos sólo valgo para una cosa. Y bien, ¿cuánto oro queréis que haga a cambio de acompañarme al casamiento de Basia?

Me miró con el ceño fruncido en un leve lamento, como si hubiera estado deseando que me postrase ante él y le suplicase su ayuda, pero era lo bastante pragmático como para no permitir que eso lo detuviese.

—Poseo tres almacenes de plata —dijo—, cada cual mayor que el anterior, y deberás convertir en oro cada moneda que haya dentro, antes de que te lleve: y tendrás que trabajar con premura, porque si no terminas la tarea a tiempo, no te llevaré conmigo, y habrás jurado en falso —terminó de decir con aire triunfal, como si me estuviese amenazando con un hacha sobre la cabeza, y quizá lo estaba haciendo; tuve la aciaga sospecha de que si había jurado en falso y él lo sabía, lo consideraría un delito mortal.

—Muy bien —respondí.

Se sobresaltó y me miró con una repentina consternación en el rostro.

—¿Qué?

—¡Que muy bien! —repetí—. Me acabáis de pedir...

—Y ahora, por primera vez, no haces el menor esfuerzo por negociar... —

Se detuvo en seco, otra vez con el rostro arrebatado con un brillo, y sentí una profunda desazón justo cuando empezaba a decir—: Tenemos un acuerdo. Que completes tanto de tu tarea como te sea posible.

—¿Qué tamaño tienen esos almacenes, exactamente? —le pregunté, pero el rey ya estaba saliendo de la habitación, sin pausa ninguna.

Yo tampoco hice ninguna pausa. Agité mi campanilla con insistencia, y Tsop volvió a entrar con timidez, lanzándome miradas fugaces de arriba abajo para ver si me habían..., no sé, estrangulado, azotado o castigado de algún otro modo por mi espantosa temeridad.

—Hay tres almacenes de plata en el palacio —le dije—. Necesito que me lleves hasta ellos.

—¿Ahora? —me dijo dubitativa.

—Ahora —respondí.

Capítulo 14

Vi a Miryem marcharse y regresé dentro. Magra estaba acurrucada junto al horno, envuelta en todas sus prendas, las capas y las pieles. Le pedí que se echase, pero ella negó con la cabeza: en el camastro no había más que un montón de paja, y decía que eso era muy duro para sus huesos viejos.

—Dormid, dushenka —me dijo. Magreta ya había encontrado algo que hacer con las manos: una rueca y una madeja de lana, nunca le gustaba estar ociosa—. Tumbaos y descansad, y yo os cantaré.

Aquel camastro era estrecho, duro e incómodo, pero llevaba sin dormir bien desde mi noche de bodas, y mis huesos no eran viejos. Con la chirriante voz tan familiar de Magreta en los oídos, caí profundamente dormida. Aún estaba oscuro fuera de la pequeña cabaña cuando me volví a incorporar, aunque me sentía demasiado descansada como para haberme despertado en plena noche. Magreta estaba dormitando en la silla. Me puse el abrigo de pieles y salí fuera.

La línea de penumbra entre la noche y el crepúsculo no se había movido del lugar por donde cruzaba el huerto. Al otro lado del murete se alzaba el bosque, espeso y silencioso, sin el menor signo de ningún ser vivo. Eché de menos el sonido de los pájaros y de otros animales en una quietud tan densa. Di la vuelta a la casa para mirar en aquella tina grande. Miryem me había ayudado a empujarla contra la parte de atrás del horno, por fuera de la casa, y no se había congelado del todo. Rompí la capa superior con un palo, y allí, en el agua oscura, vi la luz del sol en la alcoba del zar, resplandeciente en todas sus extensiones doradas. Mirnatius estaba despierto, vestido y paseándose por la habitación, con una leve cojera, como si estuviese dolorido. Unos criados

cabizbajos y con los hombros caídos se apresuraban a ponerle el desayuno. No sé qué se imaginaban que había sido de mí.

Volví a entrar y le di un beso a Magreta en la mejilla: seguía hilando junto al fuego.

—Irinushka, no deberíais volver —me dijo con voz trémula, aferrada a mis manos—. Ese plan que habéis ideado es demasiado peligroso. Esa cosa maléfica quiere devoraros el alma.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —repliqué.

—Entonces esperad a que él no esté vigilando —insistió Magra—. Esperad, y entonces volveremos y huiremos de allí.

—¿Huir del zar? ¿Recorrer todo el palacio a escondidas y salir sin que nadie nos vea? —Negué con la cabeza—. ¿Y después qué?

—Volveremos con vuestro padre... —dijo Magra, pero su voz se perdió en el aire.

Mi padre podría vengar mi asesinato, pero no me podía ocultar de mi esposo. No lo intentaría.

No retiré las manos; estaba pensando.

—Si desaparezco ahora, fuere cual fuere la causa —le dije—, supondrá la guerra. Padre acudirá a Ulrich y a Casimir, y les dará la excusa que necesitan. Y Mirnatius y su demonio no caerán con facilidad. Arrasarán en llamas la mitad de Lithvas sin pensárselo dos veces, cualquiera de los dos. Da igual quién venza, el reino quedará en ruinas, y los staryk nos enterrarán a todos en hielo.

—Dushenka —respondió Magra con inquietud—, esto no es algo por lo que vos debáis preocuparos, ni en lo que debáis pensar.

—¿Y quién más va a pensar en ello? Soy la zarina. —En teoría, eso significaba que yo había de traer al mundo al zarévich y, por lo demás, guardar silencio y no estorbar, pero pocas zarinas lo hacían, y, en todo caso, tampoco era una opción que estuviese disponible para mí—. Tengo que volver.

—¿Y si el demonio no desea a ese rey staryk? —apuntó—. Ni siquiera

deberíais tratar de hacer ningún trato con semejante criatura.

No estaba en desacuerdo con ella, pero me solté con delicadeza de sus manos y le dije con voz suave:

—Recógeme el pelo otra vez, Magreta.

Me quité la corona, le ofrecí la espalda y me senté en el suelo para facilitarle el trabajo. Me puso las manos en los hombros durante un momento. Sacó de su bolso el peine y el cepillo de plata y comenzó a trabajar en ello, con el peso de sus manos y aquellos tirones que conocía a la perfección. Cuando terminó, volvimos a colocarme la corona en la cabeza entre las dos y salí camino del agua.

Los sirvientes habían dejado a Mirnatius. Por ahora estaba sentado allí solo, bullendo de espaldas al agua, tomando furiosos tragos de su taza a intervalos; su plato seguía intacto. Me metí en la tina de agua tan lenta y cuidadosamente como pude y salí por uno de los enormes espejos de marco dorado que había a su espalda. Me aparté de allí varios pasos y eché la mano hacia atrás con suavidad para abrir una de las puertas del balcón, como si acabase de entrar.

—Buenos días, esposo —dije al tiempo que lo abría, y él se cayó de la silla y, al darse la vuelta de golpe, tiró la copa, que dejó una mancha de vino tinto caliente en el suelo.

Me hallaba a una buena distancia de él, cosa que le podía agradecer a la extravagancia de la enormidad de su habitación, que me salvó de ver cómo me retorció el pescuezo al instante. Cuando él llegó hasta mí, yo ya tenía la mano de nuevo en la puerta.

—¿Debería marcharme para siempre —pregunté con brusquedad—, para que veáis cómo le sienta eso a vuestro demonio, o estáis dispuesto a discutir la situación?

Avanzó y se asomó a las puertas del balcón: la nieve ya había caído alrededor de mis pies, como si me hubiese traído el soplo del viento del invierno, salida de la nada, y pudiese regresar a él con la misma facilidad.

—¿Qué hay que discutir, exactamente? —me dijo con aire desagradable y despiadado—. ¿Por qué seguís volviendo, siquiera?

—Por los impuestos que corresponden a mi padre —le espeté. Había pensado un poco en qué sería lo que le llamaría la atención a él, a Mirnatus, y no a su demonio. Lo necesitaba como intermediario, y tenía la razonable certeza de que lo único que él quería era saciar a su iracundo demonio para que no estallase y le azotase—. ¿Sabéis lo que son? ¿Sabéis cuáles os corresponden a vos? —añadí, por si acaso.

—¡Por supuesto que sé cuáles son mis derechos recaudatorios! —me soltó, lo cual significaba que no tenía la menor idea de cuáles correspondían a mi padre, aunque debería saberlo—. ¿Acaso debo creer que queréis que le recorte a vuestro padre sus derechos...?

—¿Qué ha sucedido con los que vos habéis recaudado? —le interrumpí con brusquedad—. ¿Han menguado?

—Sí, por supuesto, se han hundido de año en año. Iba a aumentar las tasas, pero el consejo me montó un escándalo tan infernal al respecto... ¿Qué hacemos hablando de impuestos? —reventó—. ¿Estáis intentando reiros de mí?

—No —le dije—. ¿Por qué se están hundiendo vuestras recaudaciones de impuestos? ¿Por qué no os ha permitido el consejo que subáis las tasas?

Se puso a gritarme.

—¡Porque los...! —Se detuvo y finalizó la frase con más calma—: Porque los inviernos son cada vez más crudos.

No era imbécil, por lo menos. No había terminado de hablar conmigo, y su mirada ya iba más allá de mí, se asomaba al balcón, a la densa nevada que había caído en el último día antes del mes de junio y a los últimos copos que aún caían en rachas a mi espalda y se desvanecían en el blanco de mis pieles: ya había dejado de verlo como un extraño fenómeno de la climatología. Y en cuanto dejó de verlo como un hecho aislado e improbable, comenzó a ver el resto: el aumento de las ventiscas y las cosechas estropeadas, los campesinos

hambrientos, los señores que se levantaban en armas, los ejércitos bien alimentados de los reinos vecinos que se le echaban encima, su resplandeciente palacio que se le venía abajo mientras él acudía tambaleante al hambriento fuego que le aguardaba. Vi cómo le pasaban uno a uno ante los ojos, y empezó a sentir temor, tan asustado como yo deseaba que estuviera.

—Son los staryk —le dije—. Los staryk están haciendo que se alargue el invierno.

Después de aquello, Mirnatus seguía sin estar complacido, pero al menos me escuchaba. Se dejó caer en uno de sus divanes de terciopelo y oro al tiempo que yo me sentaba en otro enfrente de él. Entre nosotros, en una gran mesa con la superficie espejada, brillaba un profundo cielo nocturno y el caer de la nieve, un estanque cuadrado en el que me podía haber zambullido. Cuando me eché hacia atrás y me apoyé en el respaldo, la imagen se difuminó y se transformó en la del techo en lo alto, la lustrosa serpiente verde que se enroscaba en la manzana entre mi esposo y yo, mientras Mirnatus se reclinaba con una mano sobre los labios y escuchaba mi cuidada propuesta en un silencio huraño.

Lo había acordado con Miryem, al otro lado: teníamos que traer al rey staryk aquí, y no al revés. A este lado del espejo, yo contaba con el nombre y el poder de mi padre a mi espalda y con la corona de zarina en la cabeza. Si éramos afortunadas, y nuestros dos monstruos se destruían mutuamente, lo más probable era que incluso los soldados de Mirnatus me escuchasen a mí en un primer momento, a falta de nadie más a quien obedecer, y mi padre contaba con sus dos mil hombres para respaldarme. Aun así, a mi padre no le importaría lo que yo deseaba, no más que antes, pero ahora queríamos lo mismo los dos: salvarme el cuello a mí.

No compartí aquellos aspectos de mi plan con Mirnatus. Tan sólo le conté algo más sobre cómo los staryk estaban alargando el invierno para fortalecer su reino.

—Vuestro demonio me desea por mi sangre staryk —concluí—. ¿Cuánto

más desearía a un staryk de sangre pura, y a su rey? Si está de acuerdo, yo os lo traeré a vos, y vos podréis salvar vuestro reino y saciar a vuestro demonio de una tacada.

—¿Y por qué motivo, exactamente, tendría que creerlos?

—¿Por qué motivo creéis vos que sigo volviendo? Ya deberíais tener claro que no tengo que hacerlo, y que tampoco me podéis impedir que me vaya. ¿De verdad creéis que ponerme más y más guardias encima servirá de algo? Si sirviera, ¿por qué iba yo a correr el riesgo?

Extendió los largos dedos en el aire, en un gesto de desdén.

—¿Si tampoco tengo la menor idea de por qué hacéis todo esto! ¿Por qué os importa tanto que los staryk congelen el reino? Prácticamente sois uno de ellos.

Ésa era una buena pregunta: Magreta también la había planteado, y no había tenido una respuesta que darle.

—Las ardillas también se morirán de hambre, cuando perezcan los árboles.

—¡Las ardillas! —Me fulminó con la mirada.

Aunque tenía la intención de haberle dicho aquellas palabras con un aire de frivolidad, sonaron extrañamente ciertas al salir de mis labios.

—Sí. Las ardillas —repetí con toda la intención—. Y los campesinos, los niños, las ancianas y toda esa gente a la que ni siquiera veis porque no son de ninguna utilidad para vos, todos los que morirán antes que vos y que vuestros soldados.

No sabía qué era lo que sentía, de qué sentimiento surgían aquellas palabras. De la furia, creo yo. No recordaba haber estado furiosa nunca. La furia siempre me había parecido inútil, como un perro que no deja de dar vueltas tratando de morderse el rabo. ¿De qué servía estar furiosa con mi padre, con mi madrastra, o con los sirvientes que eran descortesés conmigo? La gente se enfurecía a veces con el tiempo que hacía, también, o cuando se golpeaban un dedo del pie contra una piedra o se cortaban en la mano con un cuchillo, como si aquel objeto se lo hubiera hecho a propósito. Todo aquello

me resultaba igualmente inútil. La furia era un fuego en una chimenea, y yo nunca había tenido ninguna leña que quemar. Hasta ahora, cualquiera diría.

Mirnatius me miraba con mala cara, con el mismo enfurruñamiento con el que me miró en los jardines siete años antes, cuando le dije que dejase en paz a las ardillas muertas. ¿Cómo me atrevía yo a pensar que tenían el más mínimo valor en comparación con el divertimento del zar? Aquello me enfureció aún más, y mi tono de voz se volvió más brusco.

—¿De verdad os importa cuáles son mis motivos? Si os estoy mintiendo, no saldréis peor parado de lo que ya estáis.

—Sí podría salir peor parado, si no me estáis contando toda la verdad, y no lo estáis haciendo —me replicó—. No me habéis contado aún cómo desaparecéis ni adónde vais... ni dónde habéis metido a esa vieja decrepita vuestra. Y desde luego que no estáis siendo muy comunicativa sobre los detalles de cómo me traeréis a ese señor de los staryk.

—Por supuesto que no —le dije—. ¿Por qué iba a confiar en vos? Desde que intercambiamos los votos, no habéis hecho sino tratar de meterme por el gazonate de vuestro demonio.

—Como si yo tuviera algo que decir al respecto. ¿De verdad pensáis que yo quería desposaros a vos? Él os deseaba, y allá que fui yo al altar.

—Y mi padre me quería a mí entronada, y allá que fui yo al altar. No podéis excusaros ante mí alegando que os obligaron a hacerlo.

—¿Cómo? ¿Que no lo hicisteis a propósito para salvar a las ardillas y al campesinado mugriento y lleno de barro? —me espetó con aire despectivo, pero no me miró a los ojos, y prosiguió un instante después—: Muy bien. Esta noche le preguntaré si aceptaría a un rey staryk a cambio de dejaros a vos en paz.

—Bien. Y, mientras tanto —añadí—, escribiréis a vuestros duques y les daréis a todos la orden de venir a celebrar con nosotros nuestro casamiento. Y cuando escribáis al príncipe Ulrich, os aseguraréis de decirle que insisto en

ver a mi querida amiga Vassilia. Y cuando ella venga, la convertiré en mi principal dama de honor.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—No podemos permitir que se case con Casimir —le recordé con cierta impaciencia; ya habíamos hablado de ello.

—Si Casimir y Ulrich quieren arrebatarme el trono, ¿pensáis que les preocupará que Vassilia sea vuestra dama de honor? —me preguntó.

—Lo que les preocupará es no contar con un lazo de sangre que los vincule a ambos —repuse—, y sería mejor aún que sí existiera uno que vincule a Ulrich con vos. Casaremos a Vassilia en cuanto llegue. ¿Tenéis algún pariente apto en la corte...? ¿Alguien joven y apuesto, si es posible? Olvidadlo —añadí al ver su desconcierto. Mirnatus tenía dos tías, y sabía que ambas tenían una docena de hijos. No los había conocido a todos como para acordarme, pero podíamos confiar en que al menos uno de ellos estuviera soltero o hubiese enviudado de manera muy oportuna—. Yo buscaré a alguien. De todos modos, tenéis que presentarme hoy ante la corte.

—¿Y por qué, exactamente? Os aseguro que no disfrutaréis de la experiencia. El listón de la belleza en mi corte es bastante elevado.

Resultaba obvio que Mirnatus no esperaba que yo fuese a durar tanto como para ser presentada. Quizá lo pensara aún.

—Soy vuestra zarina, así que tendrán que acostumbrarse a mis deficiencias —le dije—. Tenemos que acallar cualquier rumor antes de que se produzca. El servicio ya habrá contado por todo el castillo que desaparecí durante la noche, y no nos podemos permitir los cuchicheos. Las cosechas serán malas este año, aunque consigamos acabar con este invierno, y vos ya habéis hecho enfurecer a una buena cantidad de vuestros nobles.

Mirnatus quería seguir protestando, podía verlo, pero se quedó mirando inquieto la nieve acumulada en el balcón, sin decir nada. No era idiota, al fin y al cabo; lo que le pasaba, hasta donde yo podía saber, tan sólo era que nunca

había dedicado un instante a pensar en política. Imagino que lo único que siempre quiso era el boato del poder, las riquezas, el lujo y la belleza, pero nada del trabajo que traía emparejado: no era ambicioso en absoluto.

Por supuesto, si alguna vez hubiese pensado en política, estaría planteando la mucho más relevante cuestión de con quién íbamos a casar a Casimir. Y la respuesta a esa pregunta era «conmigo», en cuanto Mirnatius y su demonio hubiesen quedado congelados como piedras, quemados en la hoguera o, al menos, al descubierto ante toda la corte y se hubieran visto obligados a huir, momento en el cual se me concedería la anulación de un casamiento ni mucho menos consumado.

No es que me gustara especialmente el príncipe Casimir. En una ocasión se alojó en la casa de mi padre, y dado que no me prestó la menor atención en toda su estancia, no dio muestras de su mejor comportamiento. Obligó a una joven criada a sentarse en su regazo y a sonreírle como si a ella le gustase cuando le masajeó los pechos y le azotó el trasero, pero, al marcharse tres días después, la muchacha tenía un collar de oro que no podría haber adquirido con su salario, así que, al menos, le había dado algo a cambio de aquello. El príncipe era casi de la edad de mi padre, un hombre que vivía por las apariencias casi por completo, pero no era un necio, ni cruel. Y, lo más importante, me cabía la razonable certeza de que no trataría de devorarme el alma. Había bajado el listón de lo que esperaba de un marido.

A nuestro alrededor, ya había tejido una red que sostendría todo Lithvas. Casarse conmigo y estar en el trono satisfaría a Casimir. Tener a Vassilia casada con un sobrino del difunto zar sería al menos una traba para Ulrich, y ya me encargaría discretamente de hacer llegar a sus oídos que mejor sería que mi querida amiga comenzase a tener descendencia al mismo tiempo que yo, lo cual le garantizaría un nieto en el trono al fin y a la postre. Eso le resultaría satisfactorio a él, y también a la parentela de Mirnatius. Todo lo que necesitaba era disponer del lugar que ahora ocupaba Mirnatius y, convenientemente, que él mismo se situase sobre una trampa que se abriría

directa a las entrañas del averno tan sólo con que yo diese con la manera de desbloquearla.

Pero antes necesitaba que su demonio matase por mí a un rey staryk, o no quedaría nada que salvar de Lithvas. Me levanté del diván e hice una pausa con el ceño un tanto fruncido, como si se me acabase de ocurrir una idea.

—Esperad —añadí de forma abrupta—. Tendríamos que volver a casa de mi padre para la celebración. Cuando escribáis a los príncipes y los archiduques, decidles que vayan a Vysnia en lugar de venir aquí.

—Pero ¿por qué íbamos a...? Olvidadlo —masculló al tiempo que lanzaba una mano en el aire con la misma elegancia de un pájaro que alzase el vuelo, con el puño de encaje a modo de larga cola de plumas.

Fue una gran satisfacción para mí; ya tenía preparadas unas cuantas excusas, pero eran un tanto endebles, y era mucho mejor que no tuviese que utilizarlas. No pretendía advertirle de que, con un poco de suerte, el mismísimo rey staryk se encontraría también en Vysnia dentro de tres días, invitado a una celebración distinta.

El lunes por la tarde, cuando volvía andando a casa de panova Mandelstam después de recaudar, vi a dos chicos del pueblo que jugaban en el bosque. Yo no era tan grande como Sergey, pero aun así era mayor que ellos, así que no intentaron pelearse conmigo, aunque, de todas formas, panov Mandelstam no se había equivocado, porque tampoco quisieron jugar.

—¿Qué se siente al haber matado a tu propio padre? —me gritó uno de ellos.

Echaron a correr entre los árboles y no esperaron a que les respondiese, pero yo me quedé pensando en ello durante el resto del camino. No estaba muy seguro de haber matado a mi padre, porque lo único que yo quería era que no pegase a Wanda con el atizador de la chimenea. No quería que se me cayera

encima, pero se me cayó encima, y en parte se murió por eso, así que a lo mejor no importaba que yo no lo quisiera. No lo sabía.

Sí sabía lo bien que sentaba vivir con panov y panova Mandelstam. Había dejado de tener hambre, ni siquiera un poquito, pero cada vez que pensaba en Wanda y en Sergey, aunque estuviera sentado a la mesa, me daba la sensación de haberme tragado unas piedras en vez de la comida. Me habría sentido muy bien si Sergey, Wanda y yo estuviéramos los tres viviendo con los Mandelstam. La casa era pequeña, pero Sergey y yo podíamos dormir en el establo. No obstante, no podía ser, porque Sergey había empujado a mi padre, que ahora estaba muerto.

Entonces pensé en qué era mejor, estar yo solo viviendo con los Mandelstam o estar todos juntos viviendo con mi padre. Al final decidí que hubiera sido mejor estar viviendo con mi padre si Sergey y Wanda estaban allí y si estaban bien, pero eso no podía ser, tampoco, ni aunque mi padre no estuviese muerto, porque entonces obligaría a Wanda a casarse con el hijo de Kajus. Después tuve que pensar en si sería mejor vivir aquí con los Mandelstam o estar en cualquier otro lado que podría no ser tan bueno, pero con Sergey y con Wanda. Era difícil pensar en eso, porque no sabía cómo sería ese otro sitio, pero después de pensarlo durante un rato largo, llegué poco a poco a la conclusión de que seguía queriendo estar con Sergey y con Wanda. No podía ser feliz con piedras en el estómago.

Tenía la nuez del árbol blanco en el bolsillo. No me quitaba de la cabeza la idea de sembrarla en el patio de los Mandelstam, aunque no lo había hecho aún. Me la llevé fuera, me quedé mirándola y dije en voz alta:

—Ma, no puedo sembrar aquí la nuez, porque Sergey y Wanda jamás podrán volver por aquí. No la sembraré hasta que encuentre un lugar donde podamos vivir todos juntos, Sergey, Wanda y yo, y estar a salvo.

Me la volví a guardar. Me dio pena no poder sembrar la nuez, porque echaba de menos notar que Ma estaba cerca, pero aun así me pareció que era

la decisión correcta. Sergey y Wanda me habían dado la nuez para que la sembrase, pero Ma querría que ellos pudiesen visitarla.

Volví a la casa con el cesto. Mientras Panov Mandelstam tomaba nota de todo al detalle, le pregunté:

—¿Sabe alguien dónde están Sergey y Wanda?

Se detuvo y levantó los ojos para mirarme.

—Los hombres han vuelto a salir hoy a buscarlos. No han encontrado nada.

Aquello me alegró, pero entonces lo pensé y me di cuenta de que también era malo.

—Es que tengo que encontrarlos —le dije.

Si nadie más era capaz de hacerlo, ni siquiera un montón de hombretones, ¿cómo iba a conseguirlo yo?

Panov Mandelstam me puso la mano en la cabeza.

—Quizá te envíen un mensaje cuando estén en algún lugar seguro —me sugirió, pero lo dijo con demasiada amabilidad, igual que le dices cosas bonitas a una cabra cuando intentas que se te acerque para poder atarla.

Aquello no significaba que él quisiera hacerme daño. Sólo quería retenerme en un buen sitio, seguro y caliente, para que no me muriese por ahí en la nieve. Pero si me quedaba en aquel sitio seguro y caliente, jamás volvería a ver a Sergey y a Wanda.

—No pueden enviar mensajes —le dije—. Si lo hicieran, todo el mundo sabría dónde están, irían a por ellos y los cogerían.

Panov Mandelstam no me respondió nada, sólo alzó los ojos hacia Panova Mandelstam, que había dejado de hilar con la rueca y miraba a su marido. Así supe que estaba en lo cierto, porque si me equivocase, ellos me lo habrían dicho.

—Sergey y Wanda iban a ir a Vysnia —les conté—. Querían pedirle trabajo a alguien. —Tuve que pensar en ello, porque era el abuelo de alguien, pero no sabía quién era ese alguien, lo cual era extraño, pero sí sabía cómo se llamaba aquel abuelo—. Panov Moshel.

—¡Es mi padre! —exclamó panova Mandelstam, que le dijo entonces a su marido—: La boda de Basia es el miércoles. Podríamos ir. Y... —Dejó la frase a medias, con el ceño fruncido en un gesto de desconcierto—. Y... — volvió a decir, como si esperase que algo saliera de entre sus labios, pero no salía.

Panov Mandelstam también tenía el ceño fruncido y la miraba desconcertado. La mujer se levantó de la rueca y se paseó por la habitación agarrándose las manos, con la mirada perdida en la nada, hasta que se detuvo delante de la estantería de encima del horno. Se quedó mirando un conjunto de muñequitas talladas en madera que había en el estante.

—Miriyem está allí —aseguró de repente—. Miriyem ha ido a visitar a mi padre.

Lo dijo como si estuviese empujando un muro para conseguir que saliese aquel nombre. Panov Mandelstam se levantó tan rápido que se le cayó la pluma al suelo, con la cara pálida. Iba a preguntarles quién era ésa, pero cuando fui a abrir la boca para preguntarles, ya no fui capaz de recordar el nombre que ella había dicho. Panova Mandelstam se dio la vuelta y extendió la mano.

—Josef —dijo con altibajos en la voz—. Josef..., ¿cuánto hace...?

La mujer dejó de hablar, y no me gustó verle la cara. Me hizo pensar en mi padre, en el suelo, haciendo ruidos y muriéndose.

—Iré a buscar a alguien con un trineo —dijo panov Mandelstam.

Ya se estaba haciendo tarde, pero panov Mandelstam se puso el abrigo de todos modos, como si pretendiese que nos marcháramos de inmediato. Panova Mandelstam fue corriendo hacia el tarro secreto que había encima de la chimenea, sacó seis monedas de plata, las contó y las metió en una bolsita para dárselas a su marido. Él cogió la bolsa y salió.

Panova Mandelstam agarró un saco, fue a la alcoba y comenzó a hacer el equipaje en cuanto él se marchó. Me alegraba que fuéramos a ir a buscar a Sergey y a Wanda, pero no me gustaban aquellas prisas. Me daba la sensación

de que la mujer tenía miedo de que sucediera algo malo si se quedaba quieta. Se arrodilló y empezó a sacar ropa del baúl. Le ofrecí ayuda sujetando el saco abierto para que ella pusiera cada prenda en el interior, pero de repente dejó de meter cosas. Estaba sentada sobre los talones, sin parar de mirar el baúl. Allí dentro había unos vestidos que eran demasiado pequeños para ella, y un par de botas de cuero negro, pequeñas también. Estaban desgastadas y tenían algún remiendo, pero seguían estando bastante bien. Las tocó con la mano, que ahora le temblaba.

—¿Eran tuyas? —le pregunté.

No me dijo nada, únicamente negó con la cabeza. Metió unas cuantas cosas más en el saco y cerró el baúl. Creía que habíamos terminado, pero siguió allí arrodillada con las manos sobre la tapa del baúl. Entonces volvió a abrirlo. Sacó las botas y me las dio a mí. Me venían un poco grandes, pero las notaba muy suaves. Nunca había tenido unos zapatos de cuero.

—Ponte otro par de calcetines —me ordenó, y me dio un par que había sacado del baúl, gruesos, de punto, y también pequeños.

Entonces, las botas me quedaron maravillosamente bien. Tuve los pies calientes incluso cuando salí a ocuparme de las cabras. Podía caminar por en medio de la nieve sin notarla.

—¿Quién dará de comer a las cabras y las gallinas mientras estemos fuera? —le pregunté a panova Mandelstam cuando volví a entrar.

—Iré a hablar con panova Gavelyte —me dijo, se puso el abrigo y el pañuelo, cogió unos peniques del tarro y salió.

Me quedé mirando desde el umbral cuando ella fue a la casa del otro lado de la calle y llamó a la puerta. Panova Gavelyte no la invitó a entrar. Se cruzó de brazos como si quisiera convertirse en una muralla, y la obligó a hablar con ella en el umbral. No retiró la muralla hasta que panova Mandelstam le mostró los peniques, y entonces la mujer cogió las monedas, se metió en la casa rápidamente y le cerró la puerta en las narices.

Panova Mandelstam parecía cansada cuando regresó a la casa, como si

hubiese caminado muy lejos o como si hubiera estado trabajando con esfuerzo en el campo el día entero, pero no dijo nada. Sacó un cesto y lo llenó de comida para el viaje. Justo después removió las brasas del horno y les echó ceniza encima hasta que el fuego se oscureció y se enfrió. Cuando terminó, el trineo ya se estaba deteniendo ante la puerta. Panov Mandelstam venía sentado detrás. Se bajó, cogió el cesto y el saco y ayudó a su esposa a subir a la parte de atrás del trineo. Me senté al lado de ella, y él nos puso encima dos capas de pieles y unas mantas gruesas. Cerró la puerta de la casa, cerró la cancela del patio y se subió al trineo, a mi otro lado.

El cochero era un joven flaco que tendría la edad de Sergey. Llevaba el abrigo de un hombre corpulento, y yo creo que también llevaba otros dos abrigos debajo de éste, así que parecía fornido en el asiento. Hizo un chasquido con la lengua dirigido a los caballos grandes, el trineo se sacudió hacia delante y nos pusimos en marcha. Bajamos por el camino que atravesaba el pueblo. Estaba lleno de gente. Creo que todo el mundo acababa de terminar su jornada laboral. De todas formas, tampoco es que hubiera mucho que hacer en los campos, porque la nieve no se había derretido aún. La gente que nos veía pasar nos miraba con dureza. Al final del camino, varios hombres salieron de una casa grande con una chimenea enorme y un cartel con el dibujo de una jarra grande de krupnik caliente. Hicieron que el trineo se parase en el camino y le dijeron a panov Mandelstam:

—Eh, judío, no creas que no nos enteraremos si ayudas a unos asesinos a escapar de la justicia.

—Vamos a Vysnia a una boda —dijo panov Mandelstam en voz baja.

El hombre soltó un bufido. Miró a nuestro cochero.

—Tú eres el hijo de Oleg, ¿verdad? ¿Algis? —le preguntó, y el cochero le dijo que sí—. Te quedarás con los judíos. Y no les quites ojo. ¿Entendido?

Algis volvió a decir que sí con la cabeza.

Miré hacia la casa. Kajus estaba de pie en la puerta con los brazos cruzados y la barbilla levantada, como si estuviera orgulloso de algo. Me

pregunté de qué sería. Lo miré fijamente. Él me miró y me puso mala cara, pero se le quitó ese aire de orgullo. Se dio la vuelta y entró enseguida. Algis sacudió las riendas, y los caballos reanudaron la marcha. Íbamos todos en silencio en el trineo, detrás de él. Ya habíamos estado antes en silencio, pero ahora no se trataba de un silencio agradable. Aunque íbamos en un trineo y al aire libre, me sentí como si estuviéramos allí encerrados con él. Nada más salir del pueblo, aparecieron árboles por todas partes. Cuando volví la cabeza para verlos pasar, se juntaron todos y formaron un muro de madera a ambos lados del camino que nos impediría entrar en el bosque.

Ya estaba prácticamente segura de lo que me encontraría cuando Tsop me bajó a los almacenes, pero tuvo algo de espantoso el ver abrirse las puertas de la primera sala, la más pequeña —que ya era tres veces más grande que la cámara de mi abuelo—, con cofres y sacos de plata apilados hasta el techo en cada pared. Con gesto severo, recorrí el pasillo que quedaba abierto entre medias hacia la segunda sala, que era otras tres veces más grande que la primera, aunque en ésta, al menos, había pequeños pasillos entre cada montón y unas estanterías de madera para almacenar el tesoro.

La puerta de la tercera sala estaba en el extremo opuesto: dos pesadas puertas de madera blanca enmarcadas en plata, y, cuando las empujé para abrirlas, al otro lado me encontré con una sala que, sin la menor duda, el transcurso de un millar de años habría ido horadando lentamente en el seno de la montaña. Era enorme, con empinados montículos de sacos y resplandecientes monedas sueltas apiladas a una altura que superaba la mía. El río serpenteaba por el medio de la sala, un camino helado y reluciente que entraba por un arco oscuro y desaparecía por otro, como si recorriese tortuoso las profundidades de la montaña hasta llegar aquí procedente del bosquecillo de árboles blancos y la atravesara entera para salir por la cascada de la ladera. Me había pasado un día convirtiendo un solo cofre. No me podía

imaginar cuánta magia haría falta para convertir todo aquello en oro, ni cuánto tiempo. Más del que tenía.

Tsop estaba a mi lado, mirándome de soslayo.

—Ve a traerme algo de comer y de beber —le ordené con severidad, y volví a salir hasta la primera sala.

Ya había tenido un día muy largo, y lo que deseaba era irme a la cama. En cambio, vacié sacos, me llené las manos de monedas de plata y las volví a verter, ya de oro. Intenté hundir las manos en una bolsa y convertirlas todas de una tacada, pero no funcionó como debía: las monedas no se convertían de manera uniforme, y cuando la vacié de golpe, había una docena de ellas que seguían siendo de plata. No me iba a poner a convertir todas las monedas de aquel sitio para que el rey después me cortase el cuello por una sola que se hubiera escapado rodando a un rincón. Tenía la absoluta certeza de que si me dejaba una única moneda sin convertir por algún tipo de error, él la encontraría. Sería más rápido convertirlas todas con cuidado, que tener que comprobarlas una a una después con el mismo cuidado, lo cual no equivalía a decir que fuese rápido en absoluto. Apenas había convertido unos sacos cuando volvió Tsop con una bandeja de comida y bebida.

Después de devorar unos buenos bocados, me fijé en la servilleta que había en la bandeja y la extendí en el suelo. Cogí el siguiente saco y volqué la mitad sobre la servilleta, con la plata extendida en una capa de una moneda de altura para poder ver cuáles se convertían. Tras varios intentos, di con el modo de convertirlas con sólo rozarlas con la mano, no demasiado rápido, o el cambio no se producía por completo, pero si desplazaba la mano a un ritmo constante y firme, poniendo mi voluntad en ello, todas se convertían.

—Tráeme un mantel oscuro y grande, el más grande que seas capaz de encontrar —le pedí a Tsop, y cuando lo trajo, empecé a volcar los cofres y los sacos sobre él.

Me las arreglé para acomodar dos o tres de ellos sobre el mantel de una tacada, y cuando terminaba con un lote, retiraba el mantel de debajo para

desperdigar las monedas y lo volvía a extender encima.

Se convirtió en algo aburrido, y parece absurdo decirlo. Estaba utilizando la magia a paladas, convirtiendo la plata en un oro reluciente con mis propios dedos, pero pronto dejó de ser mágico. Me habría gustado convertir algunas en pájaros, o prenderles fuego sin más. Incluso dejó de ser una fortuna, del mismo modo en que uno puede repetir una palabra muchísimas veces seguidas hasta que se convierte en un galimatías. Estaba cansada y agarrotada, me dolían los pies y los dedos de las manos, pero seguí trabajando. Estaba sentada en oro, me resbalaba con el oro bajo los pies al coger más plata de los estantes y dejar la sombra de unos sacos vacíos y los cofres volcados en un montón cada vez mayor en una esquina. El tiempo voló sin que fuera consciente de ello, hasta que por fin volqué el contenido del último cofre de aquella primera sala y convertí las últimas piezas de plata que había dentro. Fui tambaleándome a recorrer todas las estanterías del almacén en busca de cualquier cosa que quedara por convertir, y, al no encontrar nada después de repasarlo tres veces, seguí allí como una estúpida durante unos segundos más, me tumbé sobre mi montaña de oro cual inverosímil dragón y me quedé dormida sin pretenderlo.

Me desperté de golpe y descubrí allí al señor de los staryk, de pie ante mí, supervisando el tesoro que había hecho para él; tenía en las manos un puñado de monedas y miraba fijamente el cálido resplandor con un brillo de hambrienta avaricia en la cara. Alarmada, me puse en pie con esfuerzo, tambaleándome sobre el oro inestable. A él no le costaba nada mantener el equilibrio. Incluso extendió la mano para agarrarme por el brazo y sujetarme, aunque el gesto no fue tanto por amabilidad como para evitar que montase un escándalo a su lado.

—¿Qué hora es? —solté de golpe.

En lugar de responder a mi pregunta, el rey no me hizo el menor caso, lo que significaba que al menos no era de noche; no había perdido un día entero. Tampoco me daba la sensación de haber dormido mucho: aún tenía los ojos cansados y resecos. Respiré hondo. Se había alejado para hacer un repaso de

la sala, para echar un vistazo a los cofres y los sacos vacíos sin soltar aquel puñado de monedas resplandecientes.

—¿Y bien? —le espeté—. Si me he dejado alguna, decidlo ahora.

—No —dijo, y dejó que las monedas se le cayesen de la mano con un tintineo metálico entre las demás que había en el suelo—. Has convertido hasta la última moneda de este primer almacén. Dos almacenes restan aún.

Lo dijo casi con cortesía, e incluso inclinó un poco la cabeza ante mí, lo cual me sorprendió lo bastante como para que me quedase mirándole hasta que se volvió a marchar. Entonces me dejé caer de un tirón, me deslicé por la montaña de oro hasta la puerta y subí corriendo a mi habitación.

Allí, en la cama, vi el espejo que él me había hecho, y en él salía ya el sol rosado y de oro. Me tiré en la cama con un golpe seco de desesperación y observé el espejo en la mano. Me había pasado una noche entera, o prácticamente toda la noche con la sala más pequeña. Podía tener esperanzas de terminar la segunda, si no me volvía a dormir, pero a duras penas sería capaz de convertir una sola moneda de la tercera antes de que se me agotara el tiempo.

Pensé en huir. Como muy lejos, quizá podría llegar hasta la cabaña del bosque, pero ¿de qué me iba a servir eso? No podía salir de su reino. Y tampoco bajé las escaleras. Hice sonar la campanilla, le dije a Tsop y a Flek que me trajesen el desayuno, y no me apresuré con ello. Me quedé sentada y resentida comiendo platos llenos de pescado y de fruta fría como si no tuviese la menor preocupación, y mucho menos como si tuviese una enorme espada de plata pendiendo sobre la cabeza. La cortesía de mi esposo había afianzado mi certeza de que si no lo lograba, significaría mi muerte, y Tsop y Flek incluso cruzaron una mirada cuando pensaban que no las veía, como si se preguntaran qué estaba haciendo. Pero ¿por qué intentarlo, siquiera, si todo cuanto iba a conseguir era dejarle una montaña de oro aún mayor sobre la que me cortaría la cabeza? Su ley no parecía dejar margen para el error, y si no podías hacer

lo que habías afirmado, enmendaban aquella mácula del mundo eliminándote de su faz.

Estaba a punto de servirme otra copa de vino —ya puestos, ¿por qué no emborracharme hasta el final?—, pero me detuve de golpe y la volví a dejar. Me levanté de la cama.

—Venid a los almacenes conmigo —les ordené a Tsop y a Flek—. Y enviad a buscar a Shofer para que vaya para allá. Decidle que busque el trineo más grande de los establos y que quiero que nos lo lleve allí.

Tsop me miraba fijamente.

—¿Dentro del almacén?

—Sí —le dije—. El río está congelado ahora, así que decidle que siga su curso desde la arboleda hasta llegar allí.

Los ciervos parecían tener sus reservas al salir de la boca del túnel y escoger con delicadeza su camino entre las inmensas montañas de plata: Shofer había tenido que bajarse y tirar de ellos para guiarlos. Los tres staryk —Tsop, Flek y Shofer— mostraron más reservas aún cuando les dije lo que quería que hiciesen. Me cuidé de preguntarles nada al respecto, sólo les conté lo que debían hacer.

—Pero... ¿dónde queréis que la llevemos? —repuso Tsop pasado un instante.

Señalé hacia la oscura boca del túnel del río en el otro extremo de la cámara.

—Meted ahí dentro el trineo y volcáis la plata. Aseguraos de que dejáis el espacio suficiente para que quepa toda.

—¿La dejamos ahí... sin más? —preguntó Flek—. ¿En el túnel?

—¿Se la va a llevar alguien de ahí? —le pregunté con descaro.

Los tres dieron un respingo y evitaron mirarme a la cara, por si acaso era capaz de leer una respuesta en su rostro. La verdad es que no me preocupaba que fuera seguro. Lo que me preocupaba era que había prometido convertir toda pieza de plata que hubiera «dentro de estos tres almacenes», de manera

que allí dentro tenía que haber mucha menos plata, y muy rápido. Y si a mi esposo no le complacía la nueva ubicación de su tesoro, podría volver a trasladarlo cuando yo hubiese terminado.

Un momento después, Shofer cogió en silencio tres sacos con cada mano y los echó dentro del trineo. Los ciervos movieron nerviosos las orejas hacia atrás al oír los fuertes golpes. Tras unos segundos, Flek y Tsop comenzaron a ayudarlo.

Cuando vi que de verdad lo estaban haciendo, me di la vuelta, regresé a la segunda sala y me puse a trabajar con mi mantel oscuro. Era todavía más tedioso que el día anterior: estaba dolorida, tenía molestias en todos los miembros del cuerpo, y no es que estuviese tan agotada, pero era muy aburrido además de más doloroso. Sin embargo, continué volcando un saco detrás de otro y convirtiendo la plata en oro, más plata en oro, y echando las monedas doradas en los pasillos vacíos mientras trabajaba. No me detuve ni a comer ni a beber; me colgué del cuello el espejo con su cadena, y el brillo del sol pasaba por él con una velocidad alarmante. Había seis estantes enormes con incontables cofres de plata, y no había completado ni la mitad de uno cuando el resplandor dorado del mediodía empezó de nuevo a menguar. Acababa de empezar el segundo estante cuando comenzaron a anaranjarse los rayos del sol del ocaso en el borde del espejo. El primero de mis tres días había pasado.

Mi esposo apareció unos instantes más tarde, siguiendo su mortífero y puntual horario. Cogió un puñado de piezas de oro del montón desordenado que había en la entrada y las dejó caer entre los dedos mientras echaba un vistazo a mis progresos; apretó los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza, como si le molestase ver cuánto me quedaba por delante.

—¿A qué hora es la boda? —me preguntó.

Estaba muy concentrada —había descubierto que podía convertir las monedas a pares de forma fiable, una encima de otra, si le ponía empeño— y su pregunta me interrumpió. Me incorporé con un resoplido.

—Lo que prometí fue que bailaríamos en su boda, y los músicos tocarán hasta

la medianoche —le respondí con frialdad—. Tengo hasta entonces.

A pesar de mis bravatas, no parecía que fuese mucho tiempo: me quedaban dos noches y dos días para abrirme paso con una cuchara a través de una montaña.

—No has terminado aquí, y todavía queda por convertir el tercer almacén entero —me dijo con aire de amargura, cuando era culpa suya por exigir un imposible. Me alegré de que las puertas estuvieran cerradas, para que no pudiera ver lo que estaba sucediendo en la última sala de su tesoro—. Bien, convertirás lo que puedas antes de fracasar.

Lo fulminé con la mirada. De no haber tenido ninguna posibilidad de éxito, estaba claro que habría dejado incluso de intentarlo en aquel preciso instante.

Hizo caso omiso de mis miradas fulminantes, y se limitó a pedir con frialdad:

—Formula tus preguntas.

Deseaba tiempo, más que respuestas. Supongo que podía haberle preguntado qué me haría si no lo lograba, pero tampoco estaba deseando saberlo y así tener otra cosa más que temer por adelantado.

—¿Cómo puedo hacer que esto avance más rápido, si es que sabéis de alguna manera? —le pregunté.

No albergaba grandes esperanzas al respecto, pero él sin duda sabía más que yo acerca de la magia.

—No tienes forma de hacerlo sino tan rápido como puedas —me dijo mirándome casi con cara de sospecha, como si la pregunta fuese tan absurda que le resultaba increíble que se la hubiese hecho—. ¿Por qué iba a saberlo yo, si no lo sabes tú?

Hice un gesto negativo de frustración con la cabeza y me pasé el dorso de la mano por la frente.

—¿Qué hay más allá del límite de vuestro reino? Donde acaba la luz.

—Oscuridad —repuso.

—¡Eso ya lo he podido ver por mí misma! —dije con acritud.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas? —me respondió con igual irritación.

—¡Porque quiero saber qué hay en la oscuridad! —repliqué.

Hizo un gesto de impaciencia.

—¡Mi reino! Mi pueblo y nuestra tremenda fortaleza son lo que hace firme la montaña. En el transcurso de las edades de vuestra mortal existencia hemos alzado bien alto nuestras resplandecientes murallas, y juntos hemos ganado este bastión a la oscuridad para poder morar por siempre en el invierno. ¿Crees que eso es algo que se hace tan a la ligera, que puedes vagar a ciegas más allá de las fronteras de mi reino y hallar la senda hacia otro? —Eché entonces un vistazo alrededor de la sala y al montón de plata con una triste amargura—. Quizá lamentos ahora la urgencia mortal de tu promesa y te preguntes adónde podrías huir de un juramento que se ha quebrantado en mi reino. No te imagines que hallarás senda alguna hacia los reinos enanos, o que allí te darán protección contra el castigo.

Me lo dijo con aire despectivo, como si debiera avergonzarme de huir de él. Pues bien, me habría lanzado a por una escapatoria sin la menor de las vacilaciones, pero no tenía más noción de cómo llegar a esos reinos enanos que de llegar a la luna, y estaba segura de que tenía toda la razón al respecto de la bienvenida que me daría quien fuese que viviera allí. Pero eso me dejaba sin una pregunta que hacerle. Ya no me importaban sus costumbres ni su reino: lo iba a abandonar de una manera o de otra, y lo único que quería era ponerme a trabajar.

—¿Podéis serme de alguna utilidad en todo esto? —le pregunté.

Hizo un ademán impaciente.

—Ninguna que yo vea, y si la hubiere, en cualquier caso, no te queda absolutamente nada con lo que hacer un trueque a cambio de mi ayuda —me dijo—. Has comprometido tu don por un precio muy elevado en un acto de temeridad, y me quedan pocas esperanzas de que puedas salvarlo.

Se dio la vuelta y me dejó; observé aquellas montañas venenosas de plata a mi alrededor y pensé que lo más probable era que él estuviese en lo cierto.

Capítulo 15

Hacía muchísimo frío en aquella casita después de que Irina se marchase, y en el exterior era como si los árboles blancos se hubieran aproximado a las ventanas, como si quisieran llegar dentro con las ramas. Seguí agarrada a la manta de pieles que tenía sobre los hombros, arrastré la silla hasta el horno y me quedé allí sentada tiritando mientras me tomaba otra ración de gachas, con los huesos tan doloridos que los notaba rozar los unos contra los otros en todas las articulaciones, una pequeña molestia cada vez que me movía. Aun así, lo peor de todo era estar allí sola con aquel terrible invierno fuera. Eché otro tronco al fuego y lo moví para tener una llama más luminosa, como si fuese un poco de compañía, y para quitarme de encima aquella fría oscuridad que no cambiaba nunca. Aquél no era lugar para una anciana, una anciana cansada. «No entres en el bosque, o te cogerán los staryk y te llevarán a su reino», me decía mi madre cuando era pequeña, y aquí estaba ahora, escondida en su reino como un ratoncillo. ¿Y qué pasaría cuando se apagara el fuego?, ¿y cuando se acabasen las gachas? Al menos había una buena cantidad de leña en el cajón junto al horno.

Era un ama de casa muy particular la que vivía allí. Mientras Irina hablaba con esa extraña chica judía, encontré unas fresas, miel, sal y avena, y seis bolas enormes de hilo basto de lana, tan desiguales como unas gachas con grumos, al lado de una vieja rueca. El hilo se me enganchaba en los dedos, pero la lana de debajo era buena; tan sólo se debía a que lo habían hilado sin cardar, con descuido, alguien que tenía demasiada prisa como para hacerlo como Dios manda. Mi señora la duquesa me habría pegado con la vara en los nudillos si hubiera sido yo la autora de aquel desastre. No me refiero a la

duquesa de ahora, por supuesto: Galina era una buena ama, pero hilaba con indiferencia; ni tampoco hablo de la madre de Irina, antes que ella, quien las pocas veces que hilaba creaba con su rueca un hilo que brillaba como el alabastro mientras miraba por la ventana y cantaba en voz baja, para sí, y nunca se fijaba en el trabajo que hubieran hecho otras manos. Me refiero a la duquesa que había antes de ellas dos.

Por supuesto, se había marchado al convento hacía mucho tiempo; diez años hacía que había muerto, según me contaron, y que el Señor la tenga en su gloria. La última vez que la vi fue aquel terrible día en que el padre de Irina abrió una brecha en las murallas de la ciudad, en la batalla que lo convirtió en duque y ayudó a sentar al padre del zar en el trono. Las mujeres, todas juntas, vimos el humo del combate desde el palacio, hasta que ese humo comenzó a entrar en la ciudad. La duquesa se apartó entonces de la ventana y nos dijo: «Venid», a las demás muchachas y a mí, las seis solteras, y nos llevó abajo, a los sótanos, a una pequeña habitación que había al fondo, con una puerta encajada en la piedra de la pared, y nos encerró allí. Ésa fue la última vez que la vi.

Era un lugar muy frío, muy oscuro y muy estrecho. Qué próximo me volvía a parecer ahora aquel lugar en esta cabaña pequeña, fría y oscura, con el asedio del mortal invierno. Nos abrazamos las unas a las otras, nos echamos a temblar y lloramos, y allí nos encontraron los soldados, de todos modos. Hallaron todo cuanto había en la casa: joyas, muebles, el arpa dorada y pequeña tan mona que tocaba la dama Ania antes de morir por las fiebres; vi el arpa destrozada en el pasillo. Había muchos soldados, como las hormigas que dan con cualquier miga que una se haya dejado sin barrer.

Cuando consiguieron abrir la puerta de aquel cuartito ya era muy tarde, por la noche; ya estaban cansados, y eran apenas unos pocos, la mayoría de los hombres se habían quedado dormidos. Sólo dieron con nosotras porque para entonces ya estábamos muy asustadas, convencidas de que habían pasado días —aunque sólo habían sido horas—, y una de las chicas había comenzado a

estremecerse y a decir que nadie nos encontraría nunca allí y que moriríamos emparedadas. Todas nos contagiarnos de su terror, así que, cuando oímos voces, primero una y después el resto nos pusimos a chillar pidiendo ayuda. Y así, cuando nos sacaron, caímos llorando en sus brazos, y fueron atentos con nosotras, nos dieron agua cuando se la suplicamos; uno de ellos era sargento, que nos llevó arriba a ver a su señor y le dijo que nos tenían encerradas en el sótano.

Erdivilas —el barón Erdivilas por aquel entonces— estaba en el estudio del duque y ya se sentía como en su casa, con todos sus papeles por doquier y sus hombres entrando y saliendo. Yo tampoco encontré mucha diferencia. Sólo había estado allí una o dos veces: no era tan guapa como para que el duque mandase a buscarme, ni tampoco tan fea como para que la duquesa prefiriese dejar de verme cada vez que tenía que enviar un recado a su esposo. El nuevo duque tenía un rostro más severo que el antiguo, pero, después de echarnos un vistazo, dijo: «Mira qué bien. Llévalas a los aposentos de las mujeres y diles a los hombres que las dejen en paz; tampoco es necesario portarse siempre como animales». Y luego se dirigió a nosotras: «Haced cuanto podáis por los demás». Yo intenté hacerlo lo mejor que pude, y cuando ya no pude hacer nada más, me fui a hilar la lana que quedaba en los aposentos de mi señora e hice muchas madejas de buen hilo mientras apagaban los incendios en la ciudad, de modo que, cuando la situación se calmó un poco más, el duque me mantuvo en su casa, ya que no se quedaba con nadie que no se las arreglara para ser de la suficiente utilidad.

Lo agradecí, igual que agradecí que me sacaran de aquel cuarto del sótano, aunque fueran soldados enemigos. No tenía esposo, ni dote ni amigos. Mi madre había sido la esposa de un caballero pobre que perdió sus pocas tierras por culpa del juego y de los judíos. Mi padre la colocó con la duquesa y se marchó a las Cruzadas a morir, y la señora tuvo la bondad de conservarme entre su séquito cuando mi madre también falleció de unas fiebres aquel año tan invernal, en que la duquesa estaba apenada por la pérdida de Ania: yo sólo

era unos años más pequeña. Pero no era ya tan pequeña cuando la ciudad cayó, y ella se marchó con las hermanas religiosas antes de que yo saliera de aquel sótano.

No me quedaba nadie. No tenía a nadie, y ésa era mi situación desde la muerte de mi madre. Permanecí en los aposentos de las mujeres y me puse a hilar, y pasaron los años, y más años, y ya me dolían las manos cuando hilaba demasiado, y estos ojos míos comenzaban a ver menos como para coser bien, así que, cuando Silvija —la madre de Irina— murió con su hijo mortinato, no me quedé plañendo con las otras mujeres como era menester, sino que me marché sin hacer ruido a la alcoba de los niños, donde dormía la pequeña. A nadie le gustaba la niña, igual que tampoco les había complacido la madre, porque ninguna de las dos parecía preocuparse por complacer a nadie. Era siempre demasiado silenciosa, y si bien no tenía los extraños ojos de su madre, aun así parecía que pensaba demasiado, con aquella mirada tan singular. Irina estaba sentada en la cama cuando entré, como si los llantos la hubiesen despertado. Ella no lloraba. Tan sólo me miró con aquellos ojos oscuros, y me sentí inquieta, pero me senté a su lado, le canté y le dije que todo iba a ir bien, así que cuando entró Erdivilas en la alcoba se encontró con que ya la estaba atendiendo, y me dijo que continuara haciéndolo.

Me alegró aquello, el hecho de volver a tener una posición segura, pero cuando Erdivilas salió de la habitación, Irina seguía mirándome demasiado pensativa, como si comprendiese por qué había ido a cuidar de ella. Y enseguida me encariñé con la niña, claro está. No tenía a nadie más a quien querer, y aunque no fuera mía, me habían permitido tomarla prestada. Ahora bien, nunca había estado del todo segura de lo que ella sentía hacia mí. Los demás críos acudían corriendo a sus niñeras y a sus madres con besos y abrazos. Ella nunca lo hizo. Todos aquellos años me dije que no era más que su forma de ser, fría y silenciosa como la nieve recién caída, pero, en lo más hondo de mi corazón, seguía sin estar totalmente segura, hasta que el zar envió

a sus hombres a por mí con el fin de utilizarme para hacer daño a Irina, y vi que habría funcionado. Ay, qué extraña manera de sentirse feliz.

Irina había dormido un rato en el camastro de la cabaña, y yo le había cantado, a mi niña, sentada junto al fuego igual que todos aquellos años, y supe que sí era mi niña, que no me la habían prestado sólo por un tiempo. El hilo que había encontrado estaba lo bastante suelto como para poder separar la lana con facilidad, incluso ahora, con estas manos mías de grandes nudillos, y contaba con el peine y el cepillo de plata, lo único que la madre de Irina le había dejado a su hija. Cardé la lana hasta que quedó suave y la volví a hilar desde el principio, la enrollé en madejas, y cuando terminé con todas y cada una de ellas, eché otro tronco en el horno y me pasé el tiempo sentada delante de la rueca hasta que Irina se despertó.

Pero ahora había vuelto con él, con aquella monstruosa criatura que acechaba en el palacio, un mal negro disfrazado de hermosura. Si le hacía daño, si no la escuchaba... Pero ¿de qué serviría preocuparse? No podía hacer nada, una anciana a quien el río de la vida había traído y llevado durante tanto tiempo, de aquí para allá, para acabar ahora varada en esta orilla extraña. ¿Qué podía hacer yo? La quería, y había cuidado de ella tanto como había podido, pero no estaba a mi alcance protegerla de hombres ni de malignos. Le volví a trenzar el pelo, le puse la corona en la cabeza y la dejé marchar. Y cuando ella se fue, yo hice lo que pude, que era sentarme, esperar e hilar hasta que me pesaron las manos, las descansé en el regazo y cerré los ojos durante un rato.

Me desperté sobresaltada con el crepitar del último tronco. Oí una pisada en el exterior y me sentí atemorizada y perdida, e intenté recordar dónde estaba y por qué hacía tanto frío mientras los pasos se acercaban. Irina abrió la puerta. Durante un espantoso momento, seguí sin reconocerla: tan diferente y plateado era su aspecto en la entrada, con aquella ancha corona sobre la frente y el invierno arremolinándose a su espalda, y era como si formase parte de

todo ello. Pero continuaba siendo su rostro, y aquel momento pasó. Irina entró y cerró la puerta, y luego se detuvo y se quedó mirándola.

—¿Lo has hecho tú, Magra? —me preguntó.

—¿Hacer qué? —le dije, confundida.

—La puerta —respondió Irina—. Ahora está bien sujeta a la pared.

Seguía sin entenderlo: ¿es que antes no lo estaba?

—Sólo he estado hilando —le dije con la intención de mostrarle la lana, pero me vi incapaz de recordar dónde había puesto las madejas, no estaban sobre la mesa.

Pero eso no era importante. Me levanté, fui hacia mi niña y le tomé las manos, esas manos tan frías; había traído un cesto lleno de cosas para mí.

—¿Estáis bien, dushenka? ¿No os ha hecho daño?

Estaría a salvo durante un momento, otro instante más; la vida entera no estaba hecha sino de momentos, al fin y al cabo.

Sergey y yo observamos juntos el puchero de gachas y no dijimos nada. Nos dimos la vuelta y nos fijamos en el resto de la casa. Entonces recordé que había guardado el hilo de lana en la estantería, con la rueca y las agujas de punto, pero ahora estaba todo amontonado en la mesa. O yo pensaba que era mi hilo de lana, pero no lo era. Lo habían enrollado en unas madejas, y cuando cogí una vi que el hilo era distinto, más suave, más blando y mucho más fino. Al lado había un peine de plata, un precioso peine de plata como el que tendría una zarina, con un dibujo de dos ciervos con su cornamenta que tiraban de un trineo en un bosque nevado.

Busqué mi hilo de lana en la estantería, pero no estaba. El hilo fino y suave era del mismo color. Lo miré con mucha atención y vi que era la misma lana, sólo que la habían hilado de un modo distinto, como para mostrarme lo que querían.

Sergey estaba observando el cajón de la leña. Estaba medio vacío. Nos

miramos el uno al otro. De nuevo había empezado a hacer mucho frío durante la noche, así que uno de los dos debería haber bajado para echar más leña al fuego. Sin embargo, yo sabía que no había sido yo, y pude verle a Sergey en la cara que él tampoco había sido.

—Iré a ver si puedo cazar un conejo o una ardilla —dijo Sergey—. Y de paso cogeré más leña.

Aún quedaba mucha de la lana que Sergey me había lavado. Yo nunca había hilado algo tan fino como aquel hilo, pero ahora intentaría hacerlo mejor. Cardé la lana durante un largo rato con el peine, con cuidado de no romper ningún diente, y cuando por fin comencé a hilar, de pronto me acordé de mi madre, que me decía que tensara más el hilo. «Intenta ir un poco más rápido, Wanda.» Se me había olvidado. Después de su muerte, había dejado de prestar atención a mi manera de hilar. En la casa no había nadie que supiera mejor que yo cómo había de hacerse. Bajé la mirada a mi propia falda, de un punto basto con un hilo con bultos. Antes de que muriese, mi madre formaba unas grandes bolas de hilo con la lana de nuestras cabras y se las llevaba a nuestra vecina tres casas más allá, la que tenía un telar, y volvía con un paño de tela, pero la tejedora no aceptaba mi hilo, así que siempre tenía que ser yo quien tejiese nuestras prendas.

Tardé mucho tiempo, horas, en hilar una sola madeja de buen hilo. Sergey regresó cuando estaba terminando. Había cazado un conejo pardo y gris. Hice otro puchero de gachas mientras él lo desollaba. Puse toda la carne y los huesos en el puchero para preparar un estofado con las gachas, y con zanahorias. Hice tanto como cabía en el puchero, más de lo que nos podríamos tomar nosotros dos. Sergey me vio prepararlo, pero no dijo nada, y yo tampoco dije nada, aunque los dos estábamos pensando lo mismo: no queríamos que pasara hambre quien fuese que se estuviera comiendo nuestras gachas e hilando la lana. Si no se tomaba las gachas, quién sabe lo que se querría comer.

Mientras se cocinaba, pensé en empezar a tejer. Quería ver cuánta cama

alcanzaba a cubrir con lo que ya tenía hecho, para no perder el tiempo hilando más lana de la que necesitábamos. Tejé una franja del doble de la anchura de la cama, midiéndola hasta que tuvo el tamaño suficiente, y continué a partir de ahí. El trabajo no avanzaba con rapidez. Traté de ser cuidadosa y de mantenerlo igualado y suave, pero tampoco estaba acostumbrada a una labor tan meticulosa. Me costaba recordar que no debía dejar los puntos tan sueltos, y, en cambio, en otra parte los apreté demasiado y no me di cuenta al principio, hasta que ya había tejido tres hileras y empecé a tener que empujar con mucha fuerza para poder meter las agujas. Intenté seguir y hacerlo mejor a partir de entonces, pero había apretado tanto la última hilera que iba demasiado despacio, como si tratase de caminar por un barrizal espeso, y al final me rendí, desbaraté aquellas tres hileras grandes y rehíce por entero la parte que había quedado mal.

Cuando terminé la primera madeja, me detuve y eché un vistazo a lo que llevaba tejido. Era una pieza de la longitud de mi mano. La lana estaba tan bien hilada y enrollada que había más hilo del que yo me imaginaba. Medí la longitud de la cama con las manos y conté diez. Me quedaban cinco madejas y la bola de hilo que yo había hecho hoy, así que, con sólo hacer tres bolas más de hilo, tendría suficiente. Doblé con cuidado la labor de punto, la dejé sobre la estantería y volví a hilar.

Hilé toda la tarde. Hacía cada vez más y más frío. Alrededor de la puerta y de las ventanas había pequeñas nubes de niebla del aire de fuera, que se filtraba por las rendijas, y la escarcha comenzaba a formarse dentro. Sergey no me podía ayudar, así que se puso a hacer unas bisagras de madera para colgar la puerta. En un rincón del cobertizo había encontrado unos clavos viejos y una sierra pequeña y un tanto oxidada con la que hacer las bisagras. Clavó unas cuantas ramas más al marco de la entrada, por la parte de dentro de la casa, para que la abertura fuese más pequeña que la puerta y así evitar la corriente de aire. Hizo lo mismo alrededor de cada ventana. Acto seguido lo enlució todo con paja y con barro. Después de eso, el aire frío ya no pudo

entrar, y estuvimos cómodos y calentitos en la casa. El horno y las gachas la llenaban de un buen olor. Qué extraño era estar en aquel lugar silencioso, caliente y con comida. Era raro, pero ya me había acostumbrado a ello. Qué fácil era acostumbrarse.

Paramos para comer después de que yo terminase de hilar.

—Creo que para acabarlo necesitaré otros tres días —le dije a Sergey mientras nos tomábamos aquellas buenas gachas con carne.

Dejamos una buena cantidad de sobras en el puchero.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —me preguntó Sergey.

Tuve que pararme a calcularlo. Empecé por el día del mercado. Había vendido allí los delantales. Eso lo hice por la mañana, después me fui a casa y Kajus me estaba esperando allí. Incluso mentalmente, pasé con rapidez por lo que había sucedido a continuación, pero aun así seguía siendo un solo día. Luego huimos al bosque y avanzamos durante un buen rato hasta caer la noche. Hasta que encontramos la casa. Ése fue el día en que encontramos la casa. No daba la sensación de que hubiese podido ser el mismo día, pero lo era.

—Es lunes —dije por fin—. Hoy es lunes. Llevamos aquí cinco días.

Tras decir aquello en voz alta, los dos nos quedamos callados ante nuestros cuencos. No teníamos la sensación de haber pasado cinco días en esa casa, pero no porque nos pareciese que acabábamos de llegar. Teníamos la sensación de haber estado siempre allí.

—Puede que hayan enviado a alguien a dar el aviso en Vysnia —dijo Sergey—, sobre nosotros.

Dejé de comer y levanté la vista hacia él. Sergey quería decir que quizá no deberíamos marcharnos nunca, que deberíamos instalarnos allí.

—Habría sido difícil enviar a alguien con tanta nieve —dije lentamente.

Yo tampoco quería marcharme, pero seguía teniendo miedo de aquel lugar donde las cosas salían de la nada, donde alguien hilaba por mí, se comía nuestras gachas y consumía nuestra leña. Y no veía por qué estaba bien que nos quedásemos allí. Veía bien que nos hubiéramos quedado cuando nos

íbamos a morir congelados de no haberlo hecho. Eso tuvimos que hacerlo. Y habíamos correspondido por la comida. Habíamos arreglado la silla y arreglaríamos la cama. Habíamos ajustado las ventanas y la puerta. Pero todo eso no la convertía en nuestra casa, un lugar donde estar para siempre. Alguien había construido aquella cabaña, y no era nuestra. No sabíamos de quién era, y no podíamos preguntarle a esa persona si podíamos vivir ahí, aunque estuviese dispuesta a permitirnoslo.

—De todas formas, no podremos marcharnos hasta dentro de tres días —dijo Sergey—. Quizá se haya fundido la nieve para entonces.

—Ya veremos —dije pasado un instante—. Quizá el punto no me lleve tanto tiempo.

Sin embargo, después de recoger la mesa volví a la estantería donde había dejado el punto, y ya no estaba allí. En cambio, en el estante había media hogaza de pan todavía fresco, y debajo de una preciosa y elegante servilleta había un pequeño jamón, un queso y un buen pedazo de mantequilla, y a cada uno de ellos le faltaba una porción minúscula. Había una caja grande de té y hasta un tarro de cerezas en sirope como el que Miryem compró una vez en el mercado. Incluso un cesto lo bastante grande para contenerlo todo.

Me quedé tanto tiempo mirando aquellas cosas que Sergey se preocupó y vino junto a mí. No supo qué hacer. No era algo con lo que pudiéramos hacer ver que había sucedido de una manera real. No podíamos fingir que simplemente no habíamos visto antes toda esa comida. No podíamos fingir que alguien había entrado en la casa, había dejado allí todo aquello y se había vuelto a marchar. No nos habíamos quedado dormidos.

Por supuesto que queríamos tomarnos toda aquella comida tan maravillosa. Recordé en la boca el sabor de las cerezas, el denso dulzor del sirope como el olor del verano. Pero estábamos asustados, más aún que con la avena y la miel. Era un tipo de comida que ni siquiera cuadraba con aquella cabaña. Y acabábamos de comer, así que no teníamos hambre.

—Deberíamos reservarla para más adelante —dije después de unos

instantes—. No la necesitamos ahora.

Sergey asintió y miró el hacha.

—Voy a partir unos troncos —me dijo, y salió, aunque estaba oscuro.

Necesitábamos más leña. No habíamos echado al fuego un solo tronco en todo el día, pero el cajón estaba prácticamente vacío.

Encontré mi labor de punto sobre el camastro. Parecía distinto, y cuando lo desplegué, vi que la pieza era del mismo tamaño que la que había hecho yo, pero la habían rehecho desde el principio. Ahora tenía un dibujo, un diseño muy bonito como una rama con flores en relieve que podía notar con los dedos. Nunca había visto nada parecido salvo en el mercado, a la venta a cambio de dinero, y tampoco eran tan buenas.

Desbaraté un poco para intentar ver cómo estaba hecho el dibujo, pero cada hilera era muy distinta de la anterior, los puntos cambiaban mucho de una hilera a otra, y no vi el modo de recordar cuál venía a continuación. Entonces pensé que, por supuesto, era magia. Cogí del fuego un palo con una punta ennegrecida y utilicé la magia que me había enseñado Miryem. Empecé por el principio de la rama en la primera hilera y conté cuántos puntos había en una hilera, escribí el número, y si era un punto del derecho, le ponía una marca encima, y si era del revés, le ponía la marca debajo. Además, tuve que hacer otras marcas, cuando los puntos se juntaban o se añadían. Tuve que hacer los números pequeños, como si estuviera escribiendo en el libro de Miryem. Salieron unas treinta hileras, todas distintas, antes de volver a la primera.

Ahora bien, cuando terminé, tenía el dibujo entero en el suelo, convertido en números. Tenía un aspecto muy distinto. No sabía muy bien si creerme que aquello podía ser realmente lo mismo, pero recordé cómo aquellas pequeñas marcas del libro de Miryem se convertían en plata y en oro, así que cogí la labor de punto y empecé a añadir otra hilera. No miraba el dibujo mientras trabajaba, pensaba que debía confiar en los números, y eso hice, los seguí durante las treinta hileras completas. Me detuve entonces y observé lo que

había hecho, y allí estaban todas las ramas con sus hojas, igual de bonitas, lo había conseguido. La magia me había funcionado.

Sergey volvió a entrar y dio unos zapatazos contra el suelo. Traía en los hombros un polvillo blanco. Dejó en el cajón la gran carga de leña que traía en los brazos, pero sólo lo llenó por la mitad.

—Tengo que ir a por más —anunció—. Está nevando otra vez.

—¿Vas bien así, Stepon, o tienes frío? —me preguntó panova Mandelstam.

Le dije que iba bien así, tuviese frío o no, ya que en cualquier caso no había nada que hacer. Estaba sentado en el mejor sitio del trineo, acurrucado entre panov y panova Mandelstam bajo las mantas y las pieles, pero no dejaba de tener cada vez más frío. Al principio pensé que tenía tanto frío porque Algis estaba ahí espiándonos, pero no era por eso. Hizo más y más frío al avanzar aquella tarde, y en lo alto había unas nubes de color gris oscuro cada vez más gruesas. No habíamos llegado a la mitad del camino de Vysnia cuando por fin empezó a nevar. Sólo fue un poco al principio, pero luego comenzó a caer más y más fuerte, hasta que dejamos de ver lo que había por delante de la cabeza de los caballos.

—Quizá deberíamos detenernos en la siguiente aldea para pasar el resto de la noche —propuso panova Mandelstam un rato después—. No debería estar lejos.

Pero no llegamos a ninguna casa, aunque el trineo continuó la marcha durante mucho tiempo.

—Algis —dijo por fin panov Mandelstam al cochero—, ¿estás seguro de que no nos hemos salido del camino?

Algis se hundió un poco en sus abrigos y nos lanzó una mirada rápida, hacia atrás. No dijo nada, pero tenía el miedo en la cara. Entonces supe que había perdido el camino. Hubo un momento, en un recodo del sendero, en que los caballos pasaron entre dos árboles que no estaban uno a cada lado del paso,

sino un poco separados sin más. La nieve cubría el recorrido y los arbustos, así que Algis no se había dado cuenta. Había seguido adelante. Ahora estábamos perdidos en el bosque, que era muy grande, y en él no había ninguna casa lejos del camino ni del río. Los staryk mataban a todo el que se hacía una casa lejos del río.

Los caballos no iban ya muy deprisa. Estaban cansados y llevaban un paso lento y pesado. Sus pezuñas grandes se hundían en la nieve recién caída, y tenían que tirar de ellas para sacarlas a cada paso. No tardaron en detenerse por completo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Algis se había dado otra vez la vuelta y se había quedado encorvado sobre las riendas. Panov Mandelstam echó un vistazo a su espalda y dijo:

—No pasa nada, Stepon. Pararemos en algún sitio donde no haga mucho viento, cubriremos los caballos con las mantas y les daremos su pienso y cualquier hierba que podamos encontrar. Nos quedaremos entre los animales, debajo de las mantas, y conservaremos el calor hasta que amanezca. Cuando haya salido el sol, podremos saber dónde estamos. Algis, seguro que eres capaz de localizar un buen sitio.

Algis no dijo nada, pero un rato después hizo girar la cabeza de los caballos y detuvo el trineo cerca de un árbol grande. Si hasta ese momento no habíamos estado seguros de habernos adentrado en el bosque, ahora sí lo estábamos, porque no hay árboles tan grandes en ningún lugar cerca del camino. Alguien lo habría talado ya y lo habría utilizado de haber estado tan cerca como para sacarlo del bosque. El tronco era casi tan ancho como uno de los caballos, y en un lado tenía un agujero podrido que servía de hueco para refugiarse.

Panova Mandelstam y yo sujetamos las riendas de los caballos mientras panov Mandelstam y Algis pisoteaban la nieve junto al árbol y formaban un muro de nieve alrededor de un espacio abierto. Los caballos son mucho más grandes que las cabras. Me daban un poco de miedo, pero tenía que ayudar a

sujetarlos; de todas formas, estos animales se quedaban quietos y no saltaban como las cabras, y notaba que estaban muy cansados. Al final, llevamos los caballos a aquel espacio abierto, cogimos todas las mantas del trineo y se las echamos por encima. Panov Mandelstam sacó las bolsas del trineo y las puso en el hueco del árbol, ayudó a panova Mandelstam a bajarse del trineo, a caminar por la nieve y a sentarse sobre las bolsas.

Entonces se enderezó y miró a Algis. El cochero estaba de pie en la parte trasera del trineo. Tenía la cabeza baja.

—No llené el cubo —dijo con voz grave.

Se refería al cubo del pienso, así que no había comida para los caballos.

Panov Mandelstam no dijo nada durante un minuto. El silencio se me hizo muy largo.

—Esto es una nevada tardía, por fortuna. Aún quedará algo de verde debajo de la nieve. Tenemos que escarbar y darles hierba y lo que sea que podamos encontrar para que se lo coman.

Seguía siendo amable, aunque creo que no se sentía nada amable, y pensé que por eso se había quedado callado. Pensé que eso significaba que estaba muy preocupado, así que yo también me preocupé mucho. Hice cuanto pude para ayudar a escarbar. Gracias a las botas que me había dado panova Mandelstam, pude darle patadas a la nieve y llegar hasta el suelo, pero allí, bajo aquel árbol grande y viejo, sólo había agujas secas de pino.

Nos dispersamos todos en distintas direcciones.

—No te alejes tanto como para perder de vista el árbol grande —me dijo panov Mandelstam—. La nieve cubrirá tus huellas, y no encontrarás el camino de regreso. Date la vuelta para mirar cada diez pasos.

El árbol era tan grande que pude verlo durante un buen trecho. Fui contando y mirando cada diez pasos hasta que llegué a un lugar que estaba a cielo abierto. Había un árbol grande caído, bajo la nieve, formando un montículo. El árbol había crecido allí y después se había caído. Ahora quedaba un claro en el bosque. Escarbé en la nieve con las botas y con una rama partida, y encontré

hierba. Se estaba echando a perder por culpa de la nieve, pero todavía no se había estropeado del todo, y debajo también había más hierba seca, antigua. Saqué tanta como fui capaz de alcanzar. No me pareció mucha, pero hasta un poco de comida está muy bien cuando tienes mucha hambre. Pensé que, a lo mejor, a los caballos les pasaba como a las personas. Cuando tuve los brazos llenos, me la llevé de vuelta. Panova Mandelstam se había quedado con los animales. Les estaba acariciando la cabeza y les cantaba con voz suave. Los caballos tenían la cabeza baja. Al menos les había dado agua. No sabía de dónde había sacado agua que no fuese nieve, pero entonces la vi tiritar, y lo supe. Había metido nieve en el cubo del pienso y lo había rodeado con los brazos para que se derritiera.

Le ofrecí a cada uno la mitad de la hierba que había encontrado. Los caballos no se la comieron de inmediato, sino que panova Mandelstam la cogió y se la dio con la mano. Entonces sí comieron, y se la comieron muy deprisa. Y también volvieron panov Mandelstam y Algis. No habían encontrado hierba, pero Algis traía un poco de leña para intentar encender un fuego. Estaba húmeda, así que no creí que sirviera para eso.

—Había más hierba donde he conseguido ésa —dije.

—Iré con él —dijo Algis a panov Mandelstam.

El chico seguía mirando al suelo. Creo que se avergonzaba por haberse perdido y no haber llenado el cubo del pienso, y ahora estaba tratando de decir que lo sentía. La verdad era que yo no tenía ganas de oírle decir que lo sentía, pero tampoco podía decir que no quería que viniese conmigo, así que volvimos al claro. Algis extendió su abrigo sobre la nieve, escarbamos y sacamos más hierba hasta que formamos un buen montón encima del abrigo, y entonces Algis se lo llevó de vuelta, mientras yo seguía buscando más hierba hasta que regresó a ayudarme de nuevo.

Era más fácil con Algis que si estaba yo solo, porque él era más alto y más fuerte que yo, pero ojalá fueran Sergey y Wanda quienes estuvieran aquí con nosotros en vez de Algis. Los dos eran más altos que él, y más fuertes también,

cogerían más hierba, y a ellos no se les habría olvidado llenar el cubo, para empezar. Puede que no lo hubieran llenado hasta arriba, pero sólo si no hubiese pienso suficiente para llenarlo, y no porque se les hubiera olvidado. Y ellos tampoco nos estarían espiando.

No me sentía nada amable, en absoluto. Pensé que a lo mejor nos moríamos todos de frío. Pensé que, si nosotros no nos moríamos de frío, pero los caballos sí se morían de agotamiento sin la suficiente comida y nos quedábamos en el bosque sin caballos y sin poder seguir nuestro camino, entonces sería lo mismo que si nos estuviéramos haciendo allí una casa. Y, entonces, a lo mejor venían los staryk a por nosotros. No me gustaba pensar en lo que los staryk le habían hecho a Sergey, pero había momentos por las noches en que no podía evitar pensar en ello, como me estaba sucediendo en ese momento.

Por fin, Algis y yo ya habíamos recogido toda la hierba que habíamos podido encontrar. Ahora, al apartar la nieve a puntapiés, sólo veíamos sitios en los que ya la habíamos arrancado. Volvimos. Los caballos se comieron toda la hierba, pero seguían con la cabeza baja y aún tenían hambre. También tenían frío, porque no había ninguna hoguera. Panov Mandelstam lo había intentado, pero la leña y la yesca estaban demasiado mojadas para prender una chispa. Nosotros sí teníamos algo de comer, porque panova Mandelstam había llenado el cesto. A ella tampoco se le habría olvidado llenar el cubo de pienso. Pero compartió la comida con Algis de todos modos, y hasta le dio una porción tan grande como la de panov Mandelstam.

Cuando terminamos de comer, uno de los caballos dio un resoplido muy fuerte y se tumbó despacio. El suelo estaba muy frío, pero el animal estaba demasiado cansado para volver a ponerse en pie, aunque panov Mandelstam y Algis intentaron levantarlo entre los dos. Panova Mandelstam sujetaba al otro y trataba de convencerlo para que siguiera de pie, pero un rato después el segundo también se tumbó. Ahora tenían la cabeza mucho más baja. Pensé que tal vez se morirían. Y entonces, aunque no nos muriésemos nosotros, por la

mañana estaríamos solos en las profundidades del bosque, igual que estuvieron Wanda y Sergey, pero nosotros no éramos tan fuertes como ellos. Se habían marchado sin mí porque ellos podían seguir caminando mucho rato por el bosque, y yo no. Aunque quizá ellos tampoco hubieran seguido adelante. A lo mejor se habían detenido en el bosque y se habían muerto en la nieve, igual que nos pasaría a nosotros.

No había nada que pudiera hacer yo. No era lo bastante alto ni para tirar de las riendas de los caballos. Cuando los demás se rindieron, panova Mandelstam me hizo sentarme a su lado contra el costado de un caballo, y nos cubrimos con una manta y una capa de pieles. El cuerpo del caballo nos tapaba el viento, y el árbol también lo tapaba un poco. Seguía haciendo frío, pero eso era todo cuanto podíamos hacer. Panov Mandelstam y Algis se sentaron de la misma forma, apoyándose en el otro caballo. Me metí las manos en los bolsillos y me acurruqué junto a panova Mandelstam. Todavía tenía la nuez en el bolsillo. La rodeé con los dedos y la apreté con fuerza.

Después de que el rey staryk me dejara sola, me levanté y regresé al almacén más grande para ver cómo iba el trabajo. No albergaba grandes esperanzas, pues había muchísima plata. No obstante, era mejor tener pocas esperanzas que ninguna, y me quedaba la satisfacción de ser una molestia para mi marido, aunque se deshiciese de mí también.

Sin embargo, Tsop, Flek y Shofer habían hecho más de lo que yo me esperaba. Sin duda, se tardaba menos en tirar el dinero que en generarlo, y la fuerza de los staryk le restaba carga al trabajo: ya habían abierto un gran círculo en medio de la sala, y el trineo ya estaba otra vez medio lleno. Se habían llevado casi todos los sacos, y sólo quedaban las monedas sueltas. Aun así, había una gran cantidad de ellas. Los tres se irguieron cuando entré; con fuerza mágica o sin ella, también parecían cansados. No me sentía mal por estar tirando la plata de mi señor, pero les estaba haciendo trabajar como

mulos para conseguirlo, y para seguir disponiendo de la menor posibilidad, necesitaba que continuasen haciéndolo por mí hasta el final: durante toda aquella noche y el día siguiente, y después otra noche y otro día más, hasta el último momento posible antes de que el baile hubiese terminado. Por fortuna, la boda de Basia no empezaría hasta tarde, ya que era una joven de ciudad. No habría descanso ni para mí, ni para ellos, salvo que había sido yo quien se había metido en aquel lío, y no ellos, así que ¿por qué habría de importarles?

—Necesito algo de comer y de beber —admití—. Traed algo para vosotros también. Y si estoy viva cuando termine todo esto —añadí—, me traeréis toda la plata que tengáis vosotros, o que podáis pedir prestada, y os la convertiré en oro en agradecimiento por el trabajo que estáis haciendo.

Los tres se quedaron absolutamente quietos y callados. Un momento después, se miraron los unos a los otros, ¿para asegurarse de lo que había dicho?, y Tsop soltó:

—Somos criados.

—Preferiría que tuvieseis un mejor motivo para ayudarme que ése —dije con cautela.

No sirvió de ayuda. Aún parecían tan incómodos como si los hubiese invitado a atravesar una habitación llena de serpientes. Flek retorció las manos juntas delante de sí, mirándolas fijamente.

—Dadivosa —me dijo Shofer de forma abrupta, y lo dijo como si fuera un nombre—, aunque no sabéis lo que hacéis, yo acepto vuestra promesa, y en justicia me entregaré yo por ella, si aceptáis el intercambio. —Se llevó el puño cerrado a la clavícula y me hizo una reverencia.

Tsop tragó saliva.

—Y yo también —afirmó, e hizo otra reverencia.

Tsop miró a Flek, en cuyo rostro había una expresión desgarradora y de infelicidad.

—También yo lo haré —susurró Flek con una voz apenas audible un momento más tarde, juntó las manos sobre el pecho y se inclinó igualmente.

Pues bien, Shofer estaba en lo cierto, no sabía lo que acababa de hacer, pero estaba claro que había hecho algo, y había merecido la pena hacerlo.

—Lo acepto —dije de una vez, y Flek salió corriendo de la sala para ir a buscar algo de comer.

Mientras tanto, Tsop y Shofer comenzaron a echar los últimos sacos en el trineo como si su propia vida dependiera de ello, y no sólo la mía. Quizá fuera así, por lo que sabía yo. No me parecía que el oro fuera suficiente recompensa por aquello, pero si ellos así lo consideraban, tampoco me iba a quejar.

—He de cambiar los ciervos —me dijo Shofer cuando regresó Flek y yo me uní a ellos en el almacén grande para comer.

Asentí con la cabeza. Todos devoramos unos cuantos bocados, y yo cogí un vaso de aquella agua tan fría y volví a trabajar a solas en la segunda sala.

Creo que me quedé dormida una o dos veces durante aquella noche, pero no por mucho tiempo. Tan sólo dormité desfallecida, allí sentada, y me volví a despertar de sopetón un poco más tarde, al oír el golpeteo de las pezuñas en la sala de al lado, cuando se llevaban otro cargamento para volcarlo en el túnel. Me ardían los ojos, cansados, me dolían los hombros y la espalda; terminé de pasar la mano sobre las monedas que había en el mantel y lo volví a sacudir.

Las horas pasaban tediosas, demasiado lentas y a la vez demasiado veloces. Era un suplicio que no me daba sino ganas de que terminase, pero cuando la línea del amanecer surgió en el espejo, el corazón me empezó a latir con fuerza. Iba más rápido ahora que dominaba el truco de convertir las monedas en columnas de a dos: ya llevaba una buena cantidad del tercer estante, pero había tres más. Para conseguirlo, tendría que seguir trabajando a aquella velocidad hasta el final. Debía parar y probar bocado: Tsop me trajo algo de comer en una fuente y una copa de agua, y las manos me temblaron tanto que estuve a punto de derramarla. Me tragué todo lo que me había traído, sin saborearlo, y volví a aquel trabajo interminable y absolutamente terrible.

Mi marido volvió a aparecer justo cuando la puesta de sol se desvaneció del espejo. Me senté sobre los talones y me pasé el brazo por la frente. No

estaba sudando, pero me sentía como si sudar fuera lo que correspondía. El rey echó un vistazo a la sala con un frío desagrado, calculando cuánto me quedaba por hacer. Por entonces ya casi había terminado el cuarto estante, pero sólo restaban una noche y un día, y, hasta donde llegaba su conocimiento, aún faltaba por hacer aquella última y monstruosa sala.

—¿Qué significado tiene entre vuestra gente hacerle a alguien un regalo? — le pregunté.

Tenía muchísimas ganas de saber qué había hecho con mis sirvientes.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Un regalo? ¿Algo que se da sin recibir nada a cambio? —Hizo que sonara como si fuera un asesinato.

Intenté pensar en cómo describir lo que había hecho.

—Lo que se da en agradecimiento por algo que, de otro modo, se podría haber exigido.

Su expresión de desdén no se alteró.

—Sólo alguien despreciable se imaginaría tal cosa. Ha de haber una compensación.

El rey no había tenido el más mínimo problema en obligarme a convertirle la plata en oro sin ofrecer nada a cambio hasta que yo se lo sugerí, pero no se lo hice notar.

—Vos me habéis dado cosas sin una compensación —admití.

Se le agrandaron aquellos ojos de plata.

—Te he dado cuanto te corresponde por derecho y cuanto me has exigido, nada más —se apresuró a decir, como si pensara que me iba a sentir de lo más ofendida, y añadió—: Tú ya eres mi esposa; no se te puede pasar por la imaginación que pretenda que te conviertas en mi feudataria.

De modo que un regalo al que no se podía corresponder había que satisfacerlo con... ¿qué, exactamente?

—¿Qué es una feudataria?

Hizo una pausa, embargado una vez más por mi atroz ignorancia al respecto

de cuestiones perfectamente obvias.

—Aquella cuyo destino queda vinculado al de otra persona —dijo muy despacio, como si hablase con una niña.

—Eso no me lo explica de manera suficiente —le dije con aspereza.

Levantó las manos en un gesto de impaciencia.

—¡Aquella cuyo destino queda vinculado al de otra persona! Cuando un señor prospera, así lo hacen sus feudatarios; cuando un señor cae en desgracia, así lo hacen sus feudatarios; cuando queda manchado el nombre de un señor, también el de sus feudatarios, que, igual que él, tendrán la obligación de limpiarlo con su sangre.

Me quedé mirándolo, intranquila. No se me había pasado por la cabeza que Flek, Tsop y Shofer estuviesen poniendo en juego sus propias vidas, y, por mucho que ya sospechara que fracasar supondría mi muerte, había algo peor en oírlo claramente de sus labios. «Manchado», como una prenda que se echa a perder y que no tiene más arreglo que teñirla entera de rojo sangre.

—Suenas como si fuera un acuerdo terrible —dije con un nudo en la garganta, tratando de sonsacarle un poco más; quizá lo estuviese malinterpretando—. No alcanzo a imaginar por qué aceptaría alguien convertirse en feudatario.

Se cruzó de brazos.

—El hecho de que no te alcance la imaginación no es prueba de que no haya respondido tu pregunta en condiciones.

Apreté los labios, pero es que había abordado aquello de un modo demasiado directo. Formulé mi última pregunta con mucho más cuidado.

—Muy bien. Entonces, ¿cuáles serían las diversas y aclaratorias razones por las que alguien aceptaría o rechazaría tal oportunidad?

—Para ascender de posición, por supuesto —dijo de inmediato—. Un feudatario se sitúa siempre un rango por debajo de su señor. Sus hijos heredan tanto el rango como el vínculo de su obligación, pero los hijos de sus hijos sólo heredarán el rango y, en el momento de nacer, poseerán por derecho

propio la posición que ostentase entonces el feudatario. En cuanto a quién la rechazaría: aquellos cuyo rango ya es elevado, o quienes sospechan que es probable que se produzca la caída del señor que les requiere su obligación: sólo un necio vincularía su destino por tan escasa ganancia. —Estaba visiblemente complacido de imponer sus argumentos sobre aquella cuestión, pero se detuvo y adoptó una repentina cautela—. ¿Qué es lo que te preocupa tanto de los feudatarios? —quiso saber.

—¿Acaso os debo yo a vos mis respuestas? —le pregunté con el más dulce de los tonos que fui capaz de lograr, con el cuidado de formularlo como una pregunta.

Abrió la boca, la volvió a cerrar y me fulminó con la mirada, irritado, antes de marcharse altivo sin decirme otra palabra más: al fin y al cabo, no podía darme una respuesta gratuita.

Allí me quedé sentada y en silencio cuando él se marchó, en lugar de volver al trabajo. Desconocía lo que había estado haciendo con Shofer, Tsop y Flek, pero ahora que lo sabía intentaba convencerme de que, de haberlo sabido, lo habría hecho de todos modos. Al fin y al cabo, yo sólo les había planteado la oferta, y ellos habían decidido aceptarla plenamente conscientes del riesgo que asumían y yo ignoraba.

Pero no podía evitar pensar en aquellos círculos concéntricos de la boda, todos aquellos siervos vestidos de gris en la distancia de los anillos exteriores, callados y cabizbajos. No les había prometido riquezas únicamente, sino que les había abierto de golpe una senda dorada que llegaba desde el anillo más exterior hasta el rango más elevado de la nobleza, como un hada con una fruta envenenada en una mano y un sueño hecho realidad en la otra. ¿Quién podría darle la espalda a semejante oportunidad, aunque el riesgo fuese tu propia vida? Entonces me ascendió lentamente por la espalda un frío estremecedor: Flek había estado a punto de rechazarla. Shofer y Tsop tuvieron miedo, pero lo hicieron; ella sí había vacilado.

No deseaba saber por qué. No quería pensar en ello. No se lo podía

preguntar. Intenté convertir aquello en mi excusa, pero las manos me temblaban cada vez que trataba de abrirlas sobre las monedas de plata, que no se convertían. Al final, me puse en pie y empujé las puertas de la otra sala para abrirlas, el almacén donde Shofer, Tsop y Flek estaban cargando plata en el trineo tan rápido como podían aunque tenían apagadas de cansancio las marcadas aristas del rostro y nublado el azul gélido de los ojos, como una hoja de vidrio empañada por el aliento. Ya habían vaciado casi la mitad de la sala. Aún había una posibilidad, una posibilidad para mí: una oportunidad que yo había exprimido de su fuerza y su coraje. Se detuvieron para mirarme. No quería decir aquellas palabras. No quería que me importase.

—Si tenéis hijos, decidme cuántos —les pedí con un nudo en la garganta.

Tsop y Shofer guardaron silencio, pero se volvieron hacia Flek, que no me miraba a la cara.

—Tengo una hija, sólo una —susurró, en voz muy baja, y se dio la vuelta sin pensarlo y empezó a dar paladas de nuevo.

La plata se resbalaba de la hoja de la pala y tintineaba en el suelo como una espantosa lluvia metálica.

Capítulo 16

No quería despertarme, pero me pareció oír que Ma me llamaba con una voz que sonaba como una campanilla, así que abrí los ojos. Los caballos tenían nieve en el lomo, y también había nieve en los huecos de la manta de pieles con la que nos había tapado panova Mandelstam. Todos los demás se habían quedado dormidos. Pensé que quizá debería despertarlos, pero aún nevaba y hacía mucho frío, y pensé que, de todas formas, tampoco íbamos a llegar vivos al amanecer. No parecía que mereciese la pena despertarlos sólo para meterles miedo. Yo también tenía miedo, pero entonces oí un sonido. Era el tintineo que me había despertado. No estaba muy lejos.

Un minuto después, me obligué a salir de debajo de la manta de pieles. Hacía mucho frío, y me puse a tiritar enseguida, pero fui hacia el tintineo, y un poco más tarde supe que era un hacha, y me quedé quieto. Alguien estaba cortando leña, y no se me ocurría quién podía estar cortando leña en plena noche, en el bosque, en plena nevada, porque era algo muy extraño. Pero si estaba cortando leña con un hacha, lo más probable era que quisiese los troncos para un fuego, y si esa persona tenía un fuego y nos dejaba sentarnos junto a la hoguera, entonces no nos moriríamos.

Así que seguí adelante. El tintineo sonó cada vez más fuerte hasta que vi al hombre que estaba cortando la leña, y al principio pensé que era Sergey, pero claro, por supuesto que sabía que no era Sergey, sólo se parecía a él. Y entonces dije: «¿Sergey?», y él se dio la vuelta, y era Sergey, y corrí hacia él. Por un momento pensé que todos estábamos muertos y que esto era el cielo, como decía el cura en la iglesia cuando Pa nos llevaba, algo que sólo hacía de vez en cuando, si el cura lo veía por el pueblo. Pero pensé que no tendría frío

ni hambre en el cielo. Esperé que no estuviésemos en el infierno por haber matado a Pa.

—¡No, estamos vivos! —dijo Sergey—. ¿De dónde sales tú?

Lo cogí de la mano, lo llevé hasta el árbol grande y le mostré a todos los demás, dormidos.

—Pero ése es un espía —le dije señalando a Algis—. Los hombres del pueblo le han dicho que tenía que contarles si os encontrábamos.

Sergey se encogió de hombros después de un momento. Quería decir que, de todos modos, no podíamos dejar que Algis se congelase de frío, aunque fuese un espía, y aunque se le hubiese olvidado llenar el cubo de pienso y hubiera hecho que nos perdiésemos. Supongo que aquello era cierto. Además, si no hubiera hecho que nos perdiésemos, yo no habría encontrado a Sergey, así que a lo mejor podía dejar de estar enfadado con Algis.

Despertamos a los Mandelstam y a Algis, y todos se sorprendieron mucho de ver a Sergey, y por supuesto que se alegraron, aunque Algis también tuvo miedo, pero hasta él se alegró de que hubiese un lugar caliente al que ir. Sergey se acercó a los caballos. Uno de ellos estaba muerto, y el otro no quería levantarse, pero Sergey metió los brazos debajo de las patas delanteras del animal e hizo fuerza mientras Algis tiraba de las riendas y los Mandelstam y yo ayudábamos a empujar desde abajo, y el caballo por fin se levantó.

Sergey nos llevó a través del bosque, de vuelta al lugar donde estaba cortando la leña, y siguió más allá, y unas cuantas zancadas después pude ver un poco de luz de un fuego delante de nosotros. Todos aceleramos el paso cuando lo vimos, incluso el caballo. Allí había una casita con una chimenea y un cobertizo grande con un montón de paja. Sergey metió el caballo en el cobertizo, y el animal se puso a comerse la paja de inmediato.

—Dentro hay avena —dijo Sergey—. Entrad.

Wanda estaba dentro de la casa, pero salió a abrir la puerta porque nos oyó. Panova Mandelstam hizo un ruido de alegría al verla, corrió hacia Wanda, la rodeó con los brazos y la besó en las mejillas. Noté que Wanda no sabía qué

hacer, pero parecía igualmente contenta, y nos dijo: «Entrad», así que entramos en la casa, donde hacía mucho calor y olía muy bien, a gachas. Sólo había una silla y un tronco donde sentarse, pero también había un camastro y un catre encima del horno. Le dejamos la silla a panova Mandelstam y la pusimos junto al fuego, y Wanda la cubrió con una manta muy grande. Panov Mandelstam se sentó en el tronco, a su lado. Algis se sentó en el suelo, cerca del fuego, y se acurrucó. Wanda me dijo que me subiera encima del horno, y lo hice y me sentí muy calentito.

—Prepararé té —dijo Wanda, y me pregunté cómo iba a hacerlo.

También me pregunté de dónde había salido aquella casa, pero sobre todo pensé en lo bueno que sería tomarse un té caliente, aunque me quedé otra vez dormido antes de que estuviese preparado. No me volví a despertar hasta que fue por la mañana temprano, oí el ruido de un roce de madera y sentí una ráfaga de aire frío en la cabeza. Me incorporé. Seguía en lo alto del horno, y panova Mandelstam y panov Mandelstam dormían conmigo, uno a cada lado. Wanda y Sergey estaban durmiendo en el suelo, delante del horno.

El sonido era el roce de la puerta al cerrarse. Algis estaba saliendo, a la nieve. Volví a bajar la cabeza. La levanté otra vez y grité: «¡Sergey!», pero ya era demasiado tarde. Cuando salimos fuera, Algis ya se había ido. Se había llevado el caballo. Sergey le había dado avena al animal, le había frotado las patas y le había dado agua caliente para beber, así que por la mañana se encontraba mejor. Era un caballo fuerte y grande, para tirar de un trineo, y pensé que sería veloz al ir cargado sólo con Algis. Lo más probable era que el animal regresara por sí solo a su establo en el pueblo, si Algis se dejaba llevar por el caballo. Le contaría a todo el mundo dónde estábamos.

—Tenemos que intentar llegar a Vysnia antes de que la nieve se derrita —dijo panova Mandelstam cuando nos sentamos a la mesa.

Wanda había hecho té, y ahora estaba preparando unas gachas para comérmolas antes de marcharnos. Sergey y panov Mandelstam habían traído varios troncos más para sentarnos.

—Tenemos comida y abrigo. Saldremos al camino y haremos que alguien nos lleve a la ciudad. Nadie nos delatará en el barrio judío, y hay algo de dinero en el banco. Sobornaremos a alguien para limpiar vuestros nombres, si podemos. Mi padre sabrá a quién acudir.

—Debo terminar el colchón antes de marcharnos —dijo Wanda.

Fue a recoger la manta grande que había estado tejiendo, y entonces vi que no era una manta, sino una funda para hacer un colchón. Era muy bonita. Tenía un dibujo precioso con unas hojas.

—Wanda, es un trabajo maravilloso —dijo incluso panova Mandelstam al tocarla—. Deberías llevártela.

Pero Wanda negó con la cabeza.

—Tenemos que arreglar la cama.

Yo no sabía por qué, pero si ella lo decía, entonces tenía que hacerlo. Me fijé en el camastro y en la funda del colchón.

—Ya está casi terminada, ¿verdad? —le pregunté—. Tiene el tamaño perfecto.

Wanda sostuvo en alto la manta, y era del tamaño apropiado. Era más alta que ella. Cuando Wanda levantó los brazos por encima de la cabeza, la funda llegó casi hasta el suelo. La volvió a dejar, y pensé que Wanda parecía un poco asustada, aunque no sabía por qué le iba a asustar el hecho de que estuviese terminada, si eso era justo lo que ella quería.

—Sí —dijo Wanda—. Ahora ya puedo rematarla.

—Wanda —dijo panov Mandelstam muy despacio, como si quisiera hacerle una pregunta.

Pero mi hermana negó con la cabeza en un gesto enfurecido, porque no quería hablar de ello, y aunque a panov Mandelstam le encantaban las palabras, vio que Wanda no quería hablar, así que se contuvo.

—Está bien, Wanda —dijo panova Mandelstam un momento después—. Adelante, haz lo que tengas que hacer. Yo prepararé más gachas.

Wanda cosió rápidamente dos de los lados abiertos del colchón y lo relleno

con un gran montón de lana, y luego cosió la última parte del colchón y lo puso en el camastro. Quedaba muy bonito con el colchón encima. Mientras tanto, Panov Mandelstam y yo ayudamos a Sergey a ordenar el patio y el cobertizo. Volvimos a llenar el cajón de la leña, que se había vaciado durante la noche. No sabía por qué el horno consumía tanta leña, pero ahora sí sabía por qué Sergey estaba cortando leña en el bosque en plena noche, y menos mal que lo hizo. Panova Mandelstam me pidió que le llevase un palo largo, y ella le ató un poco de paja en el extremo y barrió la casa.

Las gachas estaban listas, así que nos las comimos. Salimos fuera con nuestros platos, que no eran más que unos trozos de madera que Sergey había cortado de un árbol, y los frotamos con nieve hasta que quedaron limpios. Los dejamos en una estantería dentro de la casa. Wanda preparó otro puchero de gachas y lo dejó en las cenizas para que se hiciese, aunque ya nos marchábamos. Cerró la puerta del horno y miramos a nuestro alrededor. La casita parecía limpia y ordenada. Era casi tan grande como nuestra vieja casa, pero a mí me gustaba más. Las tablas estaban más juntas las unas de las otras, el horno era muy sólido, y el tejado tenía buenas ensambladuras. Me dio pena que nos marchásemos de allí, y pensé que a Sergey y a Wanda también les daría pena marcharse.

—Gracias por darnos cobijo —le dijo Wanda a la casa, como si fuera una persona.

Entonces agarró el cesto y salió. Todos la seguimos fuera de la casa.

Los minutos se me deslizaban entre los dedos a la par que las monedas, de una plata que se desvanecía al convertirse en oro. Estaba lo bastante próxima a las puertas como para que se oyesen ligeramente los golpes metálicos de las palas en la otra sala, unos golpes acelerados y azuzados por aquel mismo plazo fatal, pero no me consentí el acercarme a ver por dónde iban. Trabajamos toda la noche sin detenernos. Cuando la mañana comenzó a brillar en la esfera del

espejo, tuve que obligarme a seguir convirtiéndolas de manera mecánica: la cabeza me dio vueltas, entre náuseas, al alzar la mirada y verlo. Aún quedaba toda una estantería por convertir, y mi primer instinto aterrorizado y sobresaltado fue el de ponerme a volcar los cofres como una loca y tratar de convertir de golpe todas las monedas. Cerré los puños y los ojos por un segundo antes de poder continuar.

No me detuve a tomar ningún desayuno. Sentía un vago agradecimiento por que mi esposo no hubiese acudido a inspeccionar otra vez mis avances aquella mañana, en la medida en que podía sentirme agradecida por algo. Estaba tan dolorida como si de verdad me hubiesen apaleado, pero el pavor me mantenía en ello. No dejaba de pensar en cómo lo harían, en qué harían. ¿Pondrían un cuchillo en manos de aquella niña pequeña y esperarían que ella sola se rajase el cuello, o la matarían ellos mismos? ¿La obligarían antes a ver morir a su madre, o sería al revés? ¿Obligarían a Flek a hacerlo? Fuera lo que fuese, sabía que no habría clemencia, no habría espacio para la bondad. Una no podía corresponder a la bondad después de muerta.

En la sala central, fui volcando los cofres uno detrás de otro y los convertí, hasta que por fin vacié el último e hice que se transformase entero en oro. Sacudí el último montón de monedas de encima del mantel y me puse en pie entre tambaleos. El azul del cielo en el espejo estaba empezando a oscurecerse con la llegada del ocaso. Quizá me quedase una hora hasta que se me agotara el tiempo. Con el mantel a rastras a mi espalda, abrí las puertas.

El almacén estaba prácticamente vacío. El trineo se encontraba en la abertura del otro extremo de la sala, casi lleno de nuevo, y en la boca del túnel alcancé a ver el brillo de la plata amontonada desde la superficie de hielo hasta el techo. Flek y Tsop estaban trabajando en el último rincón del lado más próximo al río, y Shofer se hallaba al otro lado. Corrí hacia ellos.

—¡Id a ayudarlo! —les dije a Tsop y a Flek.

Ni siquiera se detuvieron a asentir con la cabeza; se marcharon sin más hacia donde trabajaba Shofer y se unieron a él. Extendí el mantel, eché encima

la plata a puñados con las manos desnudas y la convertí. Todo cuanto quedaba era un pequeño montículo, casi patético en aquel enorme espacio, apenas un resto de miel que rebañarías del borde de un tarro vacío cuando ya no te quedase nada más. Pero aquel tarro era grande, e incluso aquel pequeño resto había de ser de oro, no de plata.

Ya me temblaban las manos cuando convertí las últimas monedas. Shofer había ido al túnel a vaciar otro cargamento, y mientras él lo hacía, Flek y Tsop reunieron a paladas lo que quedaba del último rincón en una pila junto al río para poder cargarla con rapidez cuando Shofer regresara con el trineo. Dejé que se encargaran de ello y me di una vuelta por la sala, buscando el brillo de la plata en cada rincón, cualquier moneda suelta que quedara. El espejo estaba oscuro casi por completo.

Los tres staryk habían vaciado la sala. Sólo encontré una única moneda de plata atrapada en una pequeña cornisa que sobresalía de la pared. Oí el traqueteo de las pezuñas de los ciervos en el hielo a mi espalda cuando Shofer le dio la vuelta al trineo, que tan sólo llevaba un pequeño montón en el fondo. Habían llenado tanto el túnel, que tuvieron que remontar la plata para que les quedara espacio donde volcar aquella última pila en el hielo. Flek y Tsop se acercaron lentamente hacia mí. Cogí aquella última moneda y la sostuve en alto, y, entre mi índice y mi pulgar, el oro barrió la cara de la moneda en el preciso instante en que se abrieron de golpe las dos puertas grandes del almacén, y mi esposo entró en la sala.

Traía una severa expresión de ira contenida en el rostro, que le desapareció de inmediato. Se detuvo boquiabierto, observando su almacén vacío. Yo temblaba de fatiga y por lo que me esperaba, pero me erguí.

—Ahí lo tenéis —le dije con una ronca rebeldía—. He convertido en oro todas las monedas que hay en vuestros almacenes.

Volvió de golpe la cabeza para mirarme. Me esperaba que se pusiera furioso, pero parecía casi... perplejo, como si no tuviese ni idea de cómo interpretar aquello, qué pensar de mí. Giró lentamente la cabeza para echar un

vistazo: al oro apilado dentro del túnel, a Shofer allí desinflado y sujetando la cabeza de los ciervos del trineo, a Flek y a Tsop, que flaqueaban como unos sauces jóvenes mecidos por un fuerte viento, y, por último, otra vez a mí. Recorrió despacio la sala, me cogió la última moneda de entre los dedos, la observó y la partió por la mitad con las manos.

—¡Es entera de oro! —le solté.

—Sí —dijo con asombro—. Lo es. —Permaneció allí quieto un buen rato más antes de levantar la cabeza para salir por fin de su aturdimiento. Dejó las dos mitades de la moneda sobre la cornisa y me hizo una reverencia, rebotante de formalidad y distinción—. Se ha consumado la tarea que os impuse. Os llevaré al mundo iluminado por el sol, tal y como os prometí, para que bailéis en la boda de vuestra prima. Formulad ahora vuestras preguntas, mi señora.

Aquella cortesía me confundió; había estado controlando mis emociones para batallar con él. Lo miré con asombro. No se me ocurría una sola pregunta.

—¿Me da tiempo a darme un baño? —le pedí pasado un momento.

Estaba hecha un verdadero desastre después de los tres días y las tres noches que había pasado más o menos enteros convirtiendo la plata entre tambaleos.

—Arreglaos a vuestra entera satisfacción. Dispondréis de tanto tiempo como requiráis —me contestó. No me pareció una respuesta, exactamente, pero si tanta certeza tenía él, no se lo iba a discutir—. Preguntad dos veces más.

Miré a Flek, a Tsop y a Shofer.

—Les he prometido que convertiría en oro toda la plata que tengan, a cambio de su ayuda. Ellos han aceptado y se han ofrecido como compensación. ¿Son ahora mis feudatarios?

—Sí —me dijo, e inclinó la cabeza ante ellos, como si no le costase lo más mínimo pensar en los tres criados como unos nobles, así por las buenas.

A los otros tres staryk les costó un poco más; habían empezado a agacharse

para postrarse ante él, y tuvieron que parar a medio camino. Cuando Flek volvió a erguirse, fue como si de repente se percatase de que ya habíamos terminado, de que todo se había acabado. Dio un respingo como un muñeco, se dio la vuelta y se llevó las manos a la cara con el llanto sofocado de una emoción que se encontraba en algún lugar entre el tormento y el alivio.

A mí también me hubiera gustado sentarme y romper a llorar.

—¿Me da tiempo ahora a convertirles la plata? —le pregunté, porque no tenía la intención de regresar allí si podía evitarlo.

—Eso ya lo habéis preguntado y se os ha respondido —me dijo—. Volved a preguntar.

Aquello era irritante, cuando, por una vez, estaba intentando gastar mis preguntas.

—¿Qué significa eso? —quise saber—. ¿Cómo es que da lo mismo si quiero ir a darme un baño o convertir también en oro su plata?

Me miró con el ceño fruncido.

—Igual que vos habéis cumplido, yo cumpliré también, y no en menor grado —replicó un poco malhumorado—. Si es necesario, impondré mi mano sobre el flujo del tiempo para que dispongáis de tanto como pretendáis. Id, por tanto, y arreglaos como deseáis, y cuando estéis lista para partir, nos marcharemos.

Hizo una pausa para echar otro vistazo más al almacén mientras yo cavilaba lentamente sobre lo que acababa de decir.

—¿Podrías llevarme allí a tiempo, entonces, pasara lo que pasase? —reventé un poco tarde, porque se lo dije a una puerta ya vacía, una puerta a la que aquello le importaba tanto como al rey, supongo.

Lanzaba una mirada fulminante a aquel espacio que antes ocupaba el rey, cuando intervino Tsop con una cierta timidez.

—No podría haberlo hecho.

—¿Qué? —exclamé.

Tsop desplazó la mano en un gesto hacia la sala.

—Habéis logrado una gran obra, así que él puede hacer otra a cambio, pero la magia más elevada siempre tiene un precio.

—¿Por qué es una gran obra que hayamos metido en un túnel más de la mitad de su tesoro? —le pregunté exasperada.

—Os desafiaron más allá de los límites de lo posible, y hallasteis la manera de hacerlo realidad —explicó Tsop.

—Ah —repuse, y caí en la cuenta—. ¡Me has respondido! ¡Dos veces!

—Ahora soy vuestra feudataria, Dadivosa —me dijo con un tono que parecía de sorpresa—. No tenéis que negociar conmigo.

—Entonces, ¿ahora responderéis a mis preguntas? —pedí tratando de comprender, y los tres asintieron.

Y, sin embargo, no se me ocurría nada que preguntar. Más bien, tenía una gran cantidad de preguntas que deseaba formular, pero me parecía desaconsejable hacerlo en voz alta, incluso en aquellas circunstancias: ¿cómo se mata a un rey staryk?, ¿qué magia tiene?, ¿vencerá él si se enfrenta a un demonio? Lo que dije, en cambio, fue:

—Bueno, pues si dispongo de todo el tiempo del mundo, ahora quiero darme un baño. Y después os convertiré en oro toda la plata que tengáis, antes de marcharme.

Yo misma escribí las cartas al príncipe Ulrich y al príncipe Casimir, pero Mirnatius las firmó, e incluso me llevó de mala gana a su mesa para cenar... después de ciertos preparativos.

—Ya os pusisteis eso hace dos días —me dijo Mirnatius, cortante, cuando salí del vestidor, y por un momento se me detuvo el corazón.

Pensé que por fin se había fijado en mis joyas staryk, pero entonces me percaté de que se estaba quejando de mi vestido de color gris pálido, la obra más fina de todas las mujeres de mi madrastra, que, en efecto, pretendía lucir

de nuevo sin haberme parado siquiera a pensarlo. Ni las archiduquesas eran lo bastante ricas como para tener un vestido distinto para cada día.

Sin embargo, estaba claro que él insistía en ponerse un atuendo completamente nuevo un día tras otro, una extravagancia tan indignante que, sin duda ninguna, tenía que haber estado sirviéndose de la magia con sus consejeros tan sólo para evitar que aullasen cada vez que le echaban un vistazo a sus cuentas. Y, al parecer, ahora pretendía que yo hiciese lo mismo.

—Y vos deberíais saber más sobre vuestros impuestos —le dije mientras él rebuscaba malencarado en el baúl de mi ajuar con la evidente intención de comprobar por sí mismo que sólo, «sólo», tenía tres vestidos apropiados y que todos ellos tenían ya demasiado uso para resultar aceptables para su zarina.

Se irguió, me fulminó con la mirada y, de repente, me puso las manos sobre los hombros; debajo de ellas, mi vestido comenzó a desplegarse en un terciopelo verde y un brocado azul como una mariposa de colores chillones que se abre paso a través del capullo gris, con unas mangas colgantes que se extendieron hasta el suelo con el fuerte golpe de unas borlas de plata. Él también iba vestido de un azul pálido, con una capa de forro verde oscuro, así que íbamos a juego como pareja cuando bajamos con la corte. Él aún distaba mucho de contentarse con mi apariencia.

—Al menos tienes bonito el pelo —mustió descontento al fijarse en la parte de atrás de mi cabeza, y el complejo diseño de mi trenzado; obviamente esperaba que se burlasen de él por su elección.

Yo llevaba sin pisar Koron cuatro años, pero había oído los suficientes refunfuños en la mesa de mi padre para saber lo que me podía esperar. Mirnatus había modelado la corte a su imagen y semejanza, tanto como había podido: por supuesto que muchos de los nobles más poderosos de Lithvas seguían teniendo casa en la ciudad, y éstos eran los más importantes, pero el resto, los cortesanos y adláteres que allí había y a los que el zar toleraba, eran todos ellos la personificación de la belleza y el esplendor. La mitad de las mujeres llevaba los hombros y el cuello al descubierto a pesar del palmo y

medio de nieve que había en los alféizares de las ventanas, y todos los hombres lucían sedas y terciopelos tan poco prácticos para cabalgar como los del propio Mirnatius, pero sin la ayuda de la magia para mantenerlos impolutos o para cambiarse cada dos por tres. Se miraban los unos a los otros como lobos hambrientos en busca de algún desliz: qué lástima me habría dado la joven que Mirnatius hubiese elegido para arrojarla delante de ellos, por muy bella que hubiera sido.

Sin embargo, se volvieron menos sentenciosos gracias al hechizo de la plata de los staryk. Cuando hicimos nuestra entrada, me miraron de arriba abajo con los ojos entornados desde todos los rincones de la sala, al principio con sonrisas de suficiencia, pero me volvieron a mirar con una expresión de desconcierto, se les fue el santo al cielo y perdieron el hilo de la cortesía de sus conversaciones. Algunos de los hombres me miraban como auténticos dragones, codiciosos, y no dejaban de mirarme ni cuando se dirigían al mismísimo Mirnatius. Después del cuarto que se tropezó al bajar del estrado del trono por no quitarme la mirada de encima, el propio Mirnatius fue quien se volvió para mirarme con cara de perplejidad.

—¿Estáis hechizándolos? —me preguntó durante un breve intervalo entre las cortesías.

Dos jóvenes nobles imberbes del mismo rango mantenían una acalorada discusión con el heraldo acerca de a cuál de los dos se me debía presentar primero.

No tenía un particular interés en que Mirnatius pensara en qué podría estar utilizando para hacerme parecer más hermosa. Me incliné hacia él con aire conspiratorio.

—Mi madre poseía la suficiente magia como para hacerme tres bendiciones antes de morir —le dije, e instintivamente él se inclinó para escuchar—. La primera fue la del ingenio; la segunda, la belleza, y la tercera..., que los necios no fueran capaces de reconocer ninguna de las dos.

Se sonrojó.

—Mi corte está llena de necios —me contestó—. Así que parece que vuestra madre lo hizo todo al revés.

Me encogí de hombros.

—Bien, aunque los estuviera hechizando, está claro que no sería más de lo que vos mismo hacéis. Las brujas siempre pierden su apariencia al final, ¿verdad?, cuando su poder comienza a menguar. Yo siempre he pensado que ése era su verdadero aspecto, y que se limitaban a ocultarlo con hechizos.

Se le agrandaron los ojos.

—¡Yo no estoy ocultando nada! —dijo, pero cuando creyó que yo miraba para otro lado, se tocó la cara de forma subrepticia con las yemas de los dedos, como si temiese que hubiera un horrendo trol en algún lugar bajo la máscara de su belleza.

De cualquier manera, aquello lo distrajo.

—¿Cuáles de estos hombres son de vuestra parentela? —le pregunté para mantenerlo distraído, y él me señaló irritado a una media docena de primos.

En su mayor parte tenían la impronta del difunto zar: corpulentos, de barba tupida y botas sucias, con aire de que los hubiesen obligado a lucir de mala gana su elegancia cortesana. Todos eran más mayores que Mirnatus, por supuesto; él era el hijo de la segunda esposa de su padre. Pero había uno que hacía mohínes, un joven bastante imponente que se encontraba de pie junto a la tía de Mirnatus, una anciana que lucía un generoso brocado y dormitaba junto al fuego. Saltaba a la vista que era el hijo mimado de su vejez, y aun cuando su belleza no llegase a la altura de la de Mirnatus, al menos había tomado como modelo a su primo el zar en lo referente al atuendo, y era un joven alto y de anchas espaldas.

—¿Está casado?

—¿Ilias? No tengo la más remota idea —dijo Mirnatus, aunque, para reconocerle algún mérito, se levantó y me llevó a presentarme a su tía, que subsanó de inmediato nuestra falta de conocimientos.

—¿Quién es vuestro padre? —me preguntó levantando la voz—.

Erdivilas... Erdivilas... ¿qué? Ah, sí, el duque de Vysnia. —Al decir aquello me miró con cierta sospecha (cómo, ¿ni siquiera un archiduque?), pero tras valorarlo un instante hizo un gesto negativo con la cabeza y le dijo a Mirnatus —: Bien está, bien está. Ya era hora de que os casarais. Quizá sea este de aquí el siguiente en darle a su anciana madre la alegría de un casamiento —añadió, y le dio al molesto Ilias un empujoncito con los nudillos enjoyados.

Ilias se inclinó sobre mi mano con una notable frialdad a pesar de mi plata, lo cual quedó explicado de forma obvia cuando, acto seguido, miró a Mirnatus. El zar mostraba un mayor interés en hacer un examen crítico de las amplias piezas del abrigo de Ilias, bordadas con dos pavos reales de ojos brillantes y minúsculos.

—Un bonito diseño —le dijo a su primo, que resplandeció de agradecimiento y me lanzó otra mirada cargada de unos violentos y miserables celos.

—Al menos, os será leal a vos —le dije a Mirnatus cuando regresamos a nuestros asientos.

Aquello no me servía a mí como recomendación, pero la mirada perspicaz de su madre sí lo era: todo noble de verdaderos caudales se detenía a presentarle sus respetos, y la mitad de los primos que había señalado Mirnatus eran sus hijos. Ver caer a Mirnatus podría entristecer a Ilias, pero a ella le alegraría muchísimo ver a su amado hijo en la cama de Vassilia —por poco que a él le gustase estar allí—, y pensé que la anciana aceptaría bien el ascenso de su hijo como compensación por la caída de su sobrino.

—¿Por qué os imagináis tal cosa? —dijo Mirnatus con amargura—. Aquí, la lealtad no le dura a nadie ni cinco minutos más de lo que dictan sus propios intereses.

—Él sí tiene interés —le repliqué con sequedad.

Pensé que podría ofenderse, pero se limitó a elevar la mirada al techo en un gesto de impaciencia.

—Todo el mundo tiene interés en eso —se burló.

Me sonó extraño, y pasado un instante me percaté de que ya había oído lo mismo muchas veces, pero siempre de labios de una mujer, y más a menudo de una sirvienta: a dos de las criadas más jóvenes que charlaban mientras limpiaban la plata del armario junto a la escalera de atrás, que era para mí el camino más rápido para llegar al ático, o a otra carabina que conversaba con Magreta en un baile, a la madre de otra joven más guapa cuyo padre era menos poderoso. Había en ello un resentimiento que no encajaba con su corona: como si sintiera sobre sí el peso de las miradas hambrientas y le diese la sensación de que debía ser cauteloso.

No obstante, a su madre la habían ejecutado por brujería cuando él todavía era pequeño, y por aquel entonces aún seguía vivo su hermano, un joven prometedor a los ojos de la corte; yo tenía un vago recuerdo de él, mucho más del estilo de aquellos hombres tan corpulentos repartidos ahora por el salón. Después de aquello, Mirnatus habría sido un descarte de la corte, el hijo excesivamente guapo de una bruja ajusticiada, hasta que una oportuna y devastadora fiebre se llevó tanto a su padre como a su hermano de la noche a la mañana y lo convirtió a él en zar. Quizá tuviese Mirnatus más motivos que la simple codicia para hacer su pacto y entregarse a sí mismo a cambio de su corona.

De ser así, podía sentir algo de compasión por él, al fin y al cabo, pero sólo un poco. Su propio padre, su hermano también y el archiduque Dmitir: el demonio no se los había llevado como un mero refrigerio. Mirnatus había negociado de manera intencionada su muerte, su corona y su comodidad. Y lo había negociado con todas esas personas anónimas con las que había alimentado al demonio durante los años transcurridos desde que él permitiese que se le metiera por la garganta y se acomodara en sus entrañas. Tuve la fría certeza de que yo no era el primer bocado que le ofrecía a aquella criatura abrasadora de la chimenea, con su lloriqueo sobre su insaciable sed y su insaciable hambre.

Me levanté de la silla mientras el baile aún continuaba. Con el cielo

encapotado, no podía saber el momento exacto en que llegaba la puesta de sol. No quería convertirme en otro de aquellos bocados, y aún no contaba con el acuerdo del demonio, aunque Mirnatius sí hubiera accedido al plan. No confiaba en ninguno de los dos en particular.

—Tengo la intención de marcharme y ver al personal de la casa antes de acostarme..., a menos que vos pretendáis encerrarme una vez más en vuestra alcoba —le dije, e hice que sonase como si estuviera hablando de un capricho infantil.

—Sí, muy bien —concedió escueto y distraído con su copa de vino.

Miraba más allá de mí, por las poco prácticas ventanas de su salón de baile: los copos de nieve se mecían al caer con suavidad y se perdían de vista para unirse al suelo blanco y helado.

En las cocinas, me acerqué a unos criados un tanto perplejos pero obedientes y les di la orden de que me preparasen una cesta de comida. Me la llevé de regreso a los salones protocolarios y encontré uno que estaba vacío, con un arpa solitaria entre divanes de terciopelo que aguardaban para la ocasión. En el espejo de marco dorado de la pared, vi el murete bajo del huerto y los árboles oscuros de detrás, el mismo lugar del que me había marchado, y lo atravesé hacia la pequeña cabaña del bosque con la pesada cesta colgada del brazo.

No nevaba, al menos en aquel preciso instante, pero sí había caído la nieve desde que me marché, allí lo mismo que en Lithvas: ya ascendía por los laterales de la casa. Mis solitarias pisadas crujían sobre una gruesa capa de hielo endurecida por encima de los montículos de nieve que había acumulado el viento. Me detuve en el patio vacío al borde del crepúsculo, donde éste partía la casa por la mitad, y cogí por impulso un trozo de pan de la cesta y lo desmigüé sobre la nieve. Quizá hubiera algún ser vivo por allí, y no me pareció que fueran a encontrar mucho más de comer que las ardillas de Lithvas.

Magreta estaba durmiendo cuando entré, ensombrecidas las profundas

arrugas de su anciano rostro y los mechones de plata de su cabello. Por una vez, sus manos descansaban sobre su regazo, como si alguien le hubiese quitado su labor de punto. El fuego ardía muy bajo, pero el cajón de leña estaba aún lleno, por lo menos. Fui a echar otro tronco y a remover la lumbre cuando Magreta masculló: «Aún está oscuro. Volved a dormir, Irinushka», igual que me decía cuando era pequeña y me despertaba demasiado pronto por la mañana y quería salir de la cama. Entonces se despertó, me riñó para apartarme del fuego e insistió en poner agua a hervir para hacer té y cortar un poco de queso y de jamón. Nunca le gustó que me arrimase demasiado al fuego, o que tuviera la posibilidad de cortarme con un cuchillo.

Dormité otra vez en el camastro durante las horas de oscuridad, observando cómo se movían las agujas de punto de Magreta a la luz del fuego, igual que solía hacer de pequeña en aquel cuartito en el que crecí, cerca de lo más alto de la casa: gélido en invierno, sofocante en verano. El frío del reino de los staryk se filtraba en la cabaña igual que en la casa de mi padre, donde se deslizaba como un cuchillo por los alféizares de las ventanas y bajo los aleros. Aun así, prefería esta casita al palacio del zar.

Capítulo 17

Mi amada zarina se volvió a esfumar después de la cena, en algún lugar entre las cocinas y mi alcoba. A estas alturas, ya nada me sorprendía. Tampoco puse objeción ninguna. Tras varios e ininterrumpidos años de sermonearme acerca de la importancia de escoger bien a mi prometida y de tantos y tan tediosos factores que hay que tener en consideración, todos esos zotes carcamales de mi consejo han venido desesperados a felicitarme por haberme encadenado a una cría que no tiene ni pizca de la dote ni del valor político en que tanto insistían ellos, lo cual ya ha sido bien irritante, pero resulta que los zotes jóvenes de mi corte también han venido a la desesperada a felicitarme por la deslumbrante belleza de esa flacucha, pálida y apocada que tengo por recién casada esposa.

Hasta el más solvente de mis cínicos, lord Reynauld, por quien habría apostado un millar de piezas de oro con toda mi confianza por que encontraría algún insulto despiadado que poder decir de cualquier recién casada que presentase —con esa magnífica cortesía que él se gasta, por supuesto—, se ha acercado a mi trono a última hora y me ha alabado con toda naturalidad la elección tan inteligente e inesperada que he hecho, y después ha mirado alrededor del salón y me ha preguntado dónde se había metido, y lo ha hecho con un tono tan ingenioso de desinterés que me he percatado con enorme indignación de que tenía un apasionado interés en volver a verla un rato más.

Eso bastó para hacer que me preguntase si mi esposa me habría estado diciendo la verdad sobre aquel encantamiento de su madre. Hacer que los necios sean ciegos a su belleza parecería más bien una maldición antes que una bendición, dada la cantidad de necios que existe entre la nobleza, pero, tal

y como tenía yo sobrados motivos para saber, tampoco se debía confiar necesariamente en que una madre te conceda semejantes bendiciones, digan lo que digan los cantares y poemas al respecto. O quizá anduviese yo en lo cierto, y la bendición fuese la opuesta.

Pero mi tía Felitzja, quien a buen seguro no era una necia —me resultó imposible enredarla a ella sin hacer uso de una cantidad verdaderamente grande de mis poderes—, obligó a su hijo Ilias a ayudarla a venir tambaleándose hacia mí antes de marcharse y me dijo con aire resignado: «Pues bien, os habéis casado tal y como lo hace la mayoría de los hombres, con una cara bonita, así que haced que haya valido la pena y encargaos de que se celebre un bautizo antes de que haya pasado otro año más». Y todo esto mientras Ilias, que ha estado haciendo cuanto ha podido con tal de ingeniárselas para meterse en mi cama incluso antes de haber decidido qué deseaba hacer una vez llegase allí —resulta indescriptible la cantidad de poesía espantosa a la que me ha sometido—, se quedó mirando como si estuviese a punto de echarse a llorar.

Me daban deseos de ponerme en pie y gritarles a todos que mi esposa no sólo no era de una divina belleza, sino que su fealdad no resultaba ni siquiera interesante, que su conversación consistía por entero en insultos, advertencias alarmantes y unas tediosas lecciones que yo no alcanzaba siquiera a ignorar, y ellos no eran sino unos inmensos idiotas por imaginar concebible en mí el mal gusto de enamorarme de semejante bruja plomiza, fastidiosa y cariacontecida. El único motivo por el que no cedí a la tentación fue que me habría visto en la embarazosa necesidad de explicar por qué me había casado con ella. «Porque me lo dijo un demonio» no es una razón que se acepte por lo general, aunque lleves una corona en la cabeza. Y yo mismo habría puesto más objeciones de haber sabido dónde me metía.

En circunstancias normales, cuando mi buen amigo quiere un bocado, no suele durar mucho. Yo me tapo la nariz y me zambullo de cabeza hasta que cesan los gritos, después oculto las cosas y, en ocasiones, envío una bolsa

como compensación al domicilio pertinente. He tenido unas palabras con él al respecto de llevarse a personas que resulten un tanto incómodas, como nobles o padres de niños pequeños, y, de mala gana, algún efecto han tenido, pero se debe únicamente a que no es muy selectivo. Esto, a menos que yo cometa la estupidez de ofrecerle una sonrisa de aliento a alguna sirvienta o a un lacayo apuesto, aun a plena luz del día, en cuyo caso tengo la certeza de que unas noches más tarde me toparé en la cama con la mirada perdida de su cadáver. «¿Por qué no te casaste con la hija del príncipe Ulrich?», desde luego. Se regodea haciendo ese tipo de cosas: el placer añadido de sorprender a esos pobres necios, que creen que van a gozar de las delicias de una noche y tendrán una buena recompensa por la mañana. Temo la noche en que Ilias haga por fin gala de una verdadera iniciativa y se abra paso hasta mi alcoba a golpe de sobornos. Mi tía no se alegraría ni lo más mínimo. En cuanto a la hija de Ulrich, de haber permitido que mis consejeros me encamaran a empujones con ella, la muchacha habría tenido numerosas objeciones a posteriori, si es que no a priori.

No así la dulce e inocente Irina, de quien resulta obvio que ni pestañea ante flamígeros horrores. Echando ahora la vista atrás, no debería haber pensado ni por un instante que Irina tendría problema alguno en la corte; una mujer capaz de negociar tan fresca con un demonio ansioso por roerle el alma difícilmente se sentirá intimidada por lord Reynauld D'Estaigne. Es más, ni por su propio esposo.

Ya podía ver cómo iba tomando forma ese nuevo y espantoso futuro por delante de mí. Tendría que cargar con ella. Mi condenado demonio se iba a aferrar a la oferta de Irina con ambas garras, la tía Felitzja estaría encantada con la oportunidad de casar a Ilias con una princesa rica a la que toda mi corte ya consideraba de una belleza encantadora, y mis consejeros sí que estarían extasiados con que yo tuviese una esposa que escuchara sus aburridas charlas sobre impuestos y que después viniese a arengarme a mí durante horas en su

nombre, ya que a ella no podía despacharla. Y todo el mundo la adoraría a ella igual que absolutamente nadie me adoraba a mí.

Ah, y no transcurrirían ni cinco minutos antes de que ella, sin duda, me informase de que esperaba consumir nuestra relación con el fin de poder parir uno o dos herederos para mayor aclamación generalizada, después de lo cual no me sorprendería lo más mínimo encontrarme una mañana con un puñal clavado en la espalda. Qué truculenta inevitabilidad había en todo ello. Mi vida ha sido una consecución de monstruos, uno detrás de otro, que me zarandeaban al acomodo de sus caprichos; poseo un sentido muy fino para detectar cuándo se avecina otra tanda de sacudidas.

Y ahora ciertamente venía otra en camino. Me bebí media botella de brandy cuando el sol comenzó a descender por las ventanas del salón de baile, y el resto me lo llevé conmigo a mis aposentos. No tenía ni idea de lo que pensarían los sirvientes que habría sido de Irina esta vez, ni tampoco me importaba. Ya podía preocuparse la zarina de los rumores que ella misma hacía correr, si es que tanto le preocupaba.

Salvo —comprendí taciturno— que dichos rumores acabarían concerniéndome a mí sin la más mínima duda. Yo sería el trasgo que encerraba a su pobre e inocente esposa en algún armario en alguna parte, y si me negaba a tumbarme y a dejar que se me subiera encima cuando ella decidiese que había llegado el momento de tomar posesión, sería el patético impotente incapaz de engendrarle un hijo a la que todo el mundo parecía tomar por la mujer más bella del mundo.

Estaba de buen humor cuando llegué a la intimidad de mi alcoba, y, para mejorarlo, apenas tuve tiempo de dar un último trago de brandy antes de que el fuego me surgiese del nudo de la base del cráneo y me sacudiese para ponerme en pie como a un títere.

—*¿Dónde se ha ido?* —me bufó en la garganta, con mi propia lengua, arañándome en la psique y en la memoria lo suficiente para descubrir que Irina había vuelto a desaparecer, y entonces chilló con furia y salió de mí en un

torbellino, una lengua de fuego en el aire que se retorció en torno a mi cuerpo —. *¿Por qué la has dejado marchar?* —me gruñó, y no me permitió responder.

Me lanzó por la garganta una tea en llamas que abrasó mis gritos antes de que pudieran surgir en el aire, me arrojó al suelo y me azotó salvajemente con latigazos de fuego: cada golpe era el impacto de un intenso dolor en la piel. No había nada que hacer salvo soportarlo. Afortunadamente, me había lanzado boca arriba: me sirve de cierta ayuda seguir el interminable recorrido del adorno dorado que bordea el techo, a lo largo de toda la alcoba. El demonio estaba en una magnífica forma esta noche: ya me había revolcado cinco veces antes de que la paliza cesara por fin y me lanzase al suelo bajo la chimenea con un aire malhumorado y tajante. Se introdujo cabizbajo en el crepitar de las llamas y me dijo de buenas a primeras:

—*¿Qué trato?*

De modo que ya me había sacado eso del pensamiento, al menos, y no le había parecido necesario permitir que tal cosa se interpusiera y le impidiese terminar de darme una paliza en condiciones.

No podía ni levantar una ceja sin un dolor agónico, y tenía la garganta en carne viva como si me hubiese tragado cristales rotos, pero claro, aquello no tenía nada que ver con que me sucediera algo verdaderamente malo. Es como si el demonio sintiese la necesidad de mantener los términos del pacto original por la belleza, la corona y el poder por mucho que hubiesen cambiado las circunstancias, y supongo que dejarme engalanado de cicatrices no encajaría. No obstante, con el paso de los años se ha convertido en un maestro a la hora de generar la sensación de unas heridas permanentes sin dejarme ninguna verdadera marca.

—El rey de los staryk en lugar de ella —le dije, y mi voz sonó perfectamente normal.

Fue necesario un considerable esfuerzo para no permitir que flaqueara, pero el demonio gusta de ver lágrimas y sufrimiento, así que hice cuanto pude

con tal de no dar muestra de ellos; lo último que deseo es alentarlos para que extiendan sus divertimentos.

En estos días me he convertido más en una aburrida comodidad que en un juguete emocionante. He dado con esa línea que discurre entre el servilismo, con el que tanto disfruta el demonio, y la provocación, que le hace estallar de ira. Había pasado cerca de un año desde la última vez que se tomó la molestia de azotarme, hasta que la querida Irina apareció en escena, quiero decir. Cuando es otra la causa de su frenesí, pero yo soy el blanco que tiene más a mano —como inevitablemente soy—, entonces no hay mucho que yo pueda hacer al respecto.

Me sentía algo más que reacio a arriesgarme a aguijonearlo más, pero la oferta de Irina tuvo un efecto sobresaliente: el demonio volvió a salir flotando de la chimenea y se enroscó a mi alrededor, ronroneando como un gato. Sus llamas aún me acariciaban la piel, pero sólo por casualidad, no trataba ya de provocarme dolor. Aun así, no quedaba nada ya que me protegiese del escozor de aquellos tentáculos, ya que había causado unos daños bien permanentes en mis ropajes. Menudo bufido de censura dejó escapar Irina cuando le insistí en que se asegurara de no lucir dos veces el mismo vestido. Supongo que ella preferiría repartir limosnas entre los pobres o dotar de algún emolumento a cualquier pandilla de monjes de por ahí, con sus monótonos cantos, lo que encajaría mucho mejor con esas bobadas de tan elevada moral con las que trató de hacerme comulgar. Ahora bien, ya me he desvivido yo lo mío con tal de asegurarme de que todo el mundo sepa que jamás aparezco en público dos veces con el mismo atuendo. Lo último que necesito es que alguien comience a preguntarse qué ha sido de mis pantalones preferidos, o de esas botas de montar tan caras que me puse tres días atrás. Preferiría que me tomaran por un perturbado manirroto que por un hechicero, y parecería extraño que no insistiera en que mi zarina fuese a juego con mi estilo.

—¿Cómo? —me susurró el demonio en el oído con unas garras de fuego que se curvaban sobre mis hombros; su solo contacto me hacía sufrir un nuevo

martirio que me descendía por la espalda. Apreté los dientes para contener un aullido. Si no suscitaba su interés, me soltaría en un instante—. *¿Cómo me lo entregará...?*

—Ha sido parca en detalles —logré decir—. Dice que ese rey está alargando los inviernos.

De la garganta del demonio surgió un rugido grave, y el fuego volvió a alejarse de mí merodeando y dejando rastros de humo en las alfombras en su recorrido de regreso a la chimenea. Cerré con fuerza los ojos y respiré varias veces antes de recomponerme para apoyarme en el suelo y levantarme.

—No cabe duda de que está mintiendo sobre una buena cantidad de cuestiones, pero se ha estado escondiendo en alguna parte —le dije—. Y dos ventiscas pasado el Día de la Primavera ya es forzar en exceso los límites del azar.

—*Sí, sí* —crepitó el demonio para sí mientras roía distraído un tronco—. *Él las tiene encerradas bajo la nieve, y allá huye ella, donde no puedo ir yo..., pero ¿podrá traerlo a él hasta mí?*

Por poco interés que tuviera yo en confiar en las ingeniosísimas explicaciones de Irina —ni por un segundo me imaginaba que se tomase mi bienestar ni mucho menos a pecho—, mi esposa había expuesto varios argumentos excelentes.

—Si no puede hacerlo, tampoco saldremos peor parados por el hecho de que lo intente —le expuse—. ¿Estás seguro de que podrás derrotarlo si es que ella lo consigue?

Soltó el chisporroteo de esas risotadas tuyas.

—*Ay, cómo aplacaré mi sed, cuánto beberé* —masculló—. *¡Tan sólo hay que sujetarlo con firmeza! Una cadena de plata para engrilletarlo, un anillo de fuego para sofocar su poder... ¡Tráemelo!* —me ordenó entre dientes—. *¡Tráemelo y prepárate!*

—Ella quiere tu promesa, por supuesto —le dije.

Pese a tanta inteligencia y superioridad moral, Irina parecía bastante

deseosa de confiar en la palabra de una criatura maligna, pero claro, mi esposa ya había decidido que fui yo quien hizo un pacto con aquel demonio para conseguir el trono, y cierto era que estaba en ello hasta el cuello, con todos los deleites que traía consigo. No habría dudado en considerar mi circunstancia como la perfecta demostración de que se ha de tener cuidado con lo que uno desea.

—*Sí, sí* —aseguró el demonio—. *Será la zarina con su corona de oro, y suyo será todo cuanto desee, ¡pero que lo traiga a mí!*

De manera que yo estaba en lo cierto: me iba a tocar aguantar a la adorable Irina por el resto de mis días, y qué poco tendría yo que decir respecto a la cuestión.

Por la mañana, mi Irina regresó con el demonio. Qué rápida se me había pasado la noche haciendo punto. Cuando ella se marchó, pasé las manos por la lana con un temblor en los dedos que no había notado mientras trabajaba. Había hecho unas flores y unas ramas, la funda de un colchón nupcial, y me dio la sensación de que cada vez que cerraba los ojos crecían por sí solas, más veloces de lo que mis manos habrían podido lograr. Dormité bajo el buen peso de la funda en mi regazo, junto al fuego, hasta que la puerta se cerró y de nuevo tuve la mano de Irina en el hombro.

—Irinushka, me habéis dado un susto de muerte. ¿Ya es de noche otra vez? —le dije.

—No —me dijo ella—. El acuerdo está hecho, Magreta. Me dejará en paz y se llevará al rey staryk en mi lugar. Ven, nos marchamos a Vysnia de inmediato. Tenemos que estar allí dentro de dos días.

Dejé la funda de punto sobre la cama cuando me marché con ella. Quizá viniese otra persona a esta casita y la necesitase algún día. No protesté. Aunque ella no lo sabía, ahora llevaba a su padre en el rostro, y yo estaba segura de que no serviría de nada. Ésa era la cara que él tenía en el estudio del

viejo duque, la misma que cuando llevó a Irina a la capilla para desposarla con el zar: sus pasos seguían una senda, y de haber algún recodo, él no los iba a desviar. Ese aspecto tenía ella ahora.

Lo único que yo esperaba era no seguir pasando frío cuando me sacó de allí y me metió en el palacio, en una sala llena de silencio y de espejos relucientes, con un arpa que nadie tocaba. Sin embargo, la nieve se acumulaba bien alta en los alféizares de las ventanas, y en aquella oscura estancia no había fuego que me calentase las manos. Tampoco había oportunidad de hallar otro encendido.

La casa estaba sumida en un frenesí cuando salimos: los criados corrían por los pasillos salvo cuando veían a Irina y se detenían a hacerle una reverencia. Le preguntó su nombre a todos y cada uno de ellos, y, cuando se marchaban, ella se lo repetía tres veces para sí, un truco que su padre utilizaba también cada vez que se incorporaban nuevos hombres a su ejército. Pero ¿de qué le iban a servir a ella los lacayos y las fregonas, si tenía un demonio y un diablo a cada lado?

La seguí a los jardines: un trineo real estaba preparado, un gran carruaje en oro y blanco recién pintado, quizá aquella misma mañana, y el zar aguardaba a su lado con pieles negras, borlas de oro y guantes de lana roja y piel negra. Ay, qué joven tan vanidoso, tenía la mirada puesta en mi niña, y yo no podía ocultarla de él por más tiempo.

«Magra, el zar es un hechicero», me había dicho ya cuando tenía diez años, con un cabello que ya le fluía como un oscuro río bajo el cepillo de plata, allí sentadas las dos ante el fuego en una pequeña habitación en el palacio del antiguo zar. «El zar es un hechicero», lo dijo de tal modo, con calma y en voz alta, como si fuera algo que cualquiera podría decir en cualquier momento sin que nada malo pasase, como si una cría pudiera decirlo en la mesa de la cena ante toda la corte con la misma facilidad como ella lo había dicho recién salida del baño sólo para los oídos de su vieja nanushka; una cría que tan sólo era la hija de un duque cuya nueva esposa ya tenía una buena barriga.

Pero era peor que eso, incluso: después de darle un toque en la mejilla con el cepillo y pedirle que no dijera esas cosas, Irina se llevó la mano a la mejilla donde el color ya se desvanecía, me miró fijamente y me dijo: «Pero es cierto», como si eso importara, y añadió: «Me va dejando ardillas muertas».

No volví a dejarla salir a los jardines mientras estuvimos en Koron, aunque la piel le palideciese más aún y ella languidciese y se hartara de pasarse el día entero sentada junto al fuego, ayudándome a hilar. Con aquellas madejas de lana soborné a la muchacha que nos fregaba los suelos para que me avisara de cuándo se levantaba el zar de la mesa, todos los días: la chica lo sabía por su hermana, que era dos años mayor y le confiaban la retirada de los platos; a cambio de una lana bien hilada, se llevaba el plato del zar y después subía corriendo medio tramo de escaleras para llamar a su hermana, que volvía a subir deprisa con nosotras a las habitaciones del ático, y hasta ese momento no me llevaba yo a Irina abajo a comer, en esos minutos finales con la comida fría en las últimas fuentes que aún faltaban por llevarse.

Fueron siete semanas así, siete duras semanas, ya que el zar siempre se incorporaba muy tarde a la mesa y permanecía mucho tiempo allí, pero todas las mañanas, ahí sentadas con hambre y frío, esperando en el piso de arriba, le cepillaba el pelo a Irina hasta que la fregona llegaba y nos decía que ya se había ido, y todas las noches la mantenía entretenida cardando la lana y dándomela en forma de nubes hasta que fuera seguro bajar sin hacer ruido para recoger lo que quedase.

Por fin, una mañana de ambiente blanquecino y enrarecido, Irina se levantó corriendo de la silla y fue a la ventana: soplaba un viento frío, la primera helada del año, y exclamó: «El invierno llegará pronto, y yo quiero salir», y se echó a llorar. Se me partió el corazón, pero yo ya no era una jovencita que temiese quedarse atrapada detrás de una puerta para siempre. Sabía que la puerta era la seguridad, sabía que la puerta no estaría siempre cerrada, y no la dejaba salir. Aquella noche llegó el criado de su padre, impaciente después de

subir las escaleras porque no estábamos sentadas a la mesa, donde el duque pudiera encontrarnos. Nos dijo con brusquedad que los caminos se habían congelado y que nos marcharíamos por la mañana. Cuando el criado se fue, le di las gracias a todos los santos.

No fueron poca cosa los siete años a salvo que gané desde entonces para ella, gracias a aquellas duras siete semanas de paciencia, pero lo parecieron cuando vi cómo la miraba con la dureza de una piedra. Siete años habían pasado, tan rápido, y ya no podía cerrarle ninguna puerta. Alguien más fuerte que yo la había abierto. Él le ofreció su mano enguantada, y ella se soltó de mi brazo.

—Sube en ese trineo con los guardias, Magra —me murmuró—. Cuidarán de ti.

Eran soldados jóvenes, pero Irina estaba en lo cierto: yo era una anciana de pelo cano, y mi señora era ahora su zarina. Aquellos muchachos tan toscos me ayudaron a subir al trineo, me taparon con unas mantas y me pusieron un calentador en los pies, me llamaban *baba* con afecto, y vieja *nanushka*, y por lo demás no me prestaron atención. Hablaban los unos con los otros sobre los lugares buenos para beber en Vysnia, refunfuñaban porque las cocinas del duque no eran muy generosas, e hicieron comentarios sobre esta chica o la otra cuando creyeron que dormitaba.

Le daban codazos y zarandeaban a uno de ellos, un joven hombretón con bigote, lo bastante apuesto como para tener a las muchachas suspirando por él, aunque no hablaba de ninguna, hasta que otro de ellos se rio y dijo:

—Ah, dejad en paz a Timur, ya sé yo dónde tiene puesto el corazón: en el joyero de la zarina.

Todos se echaron a reír, aunque no demasiado, y tampoco siguieron tomándole el pelo; cuando me incorporé y bostecé para hacerles creer que de verdad estaba durmiendo, vi que él tenía la mirada herida, como si lo hubiese alcanzado una flecha. Miraba al frente, más allá del cochero, al trineo blanco

que marchaba en la distancia, y yo también pude ver el cabello oscuro de Irina bajo las pieles blancas de su gorro.

Mirnatius no me habló más de lo necesario en el trayecto; su rostro reflejaba una expresión muy cercana a la amargura.

—Como queráis —respondió conciso cuando le conté que deberíamos marcharnos a Vysnia enseguida—. ¿Y en qué preciso momento se materializará ese staryk? Confío en que os daréis cuenta de que la paciencia de la que podemos disponer no es infinita.

—Mañana por la noche, en Vysnia —le dije.

Hizo una mueca, pero no discutió. Me había puesto junto a él en el trineo y fue mirando para otro lado, salvo cuando nos detuvimos en la casa de otro noble para interrumpir nuestro viaje. Salió toda la casa y nos hizo una reverencia, así como el mismísimo príncipe Gabrielius, orgulloso y de pelo cano. Había combatido junto al antiguo zar, y también tenía una nieta en liza por ser zarina, de modo que contaba con sobradas razones para ese frío y ofendido resentimiento que se le veía en la cara cuando me lo presentaron, pero se desvaneció en cuanto se irguió ante mí con mi mano entre las suyas, mirándome.

—Mi señora —me dijo con voz grave, e hizo una marcada reverencia.

Mirnatius se pasó toda la cena mirándome enfadado y desesperado, como si estuviera a punto de volverse loco preguntándose qué veía en mí el resto del mundo.

—No, no nos vamos a quedar a pasar la noche —le espetó después al príncipe con una violenta grosería, y prácticamente me sacó a rastras al trineo en un arrebató que, supuse yo, parecería de celos.

Mirnatius se lanzó con brusquedad al rincón del asiento, con la mandíbula encajada, y chasqueó los dedos al cochero para que pusiera en marcha a los caballos. Por el camino fue lanzándome miradas fugaces, casi contra su

voluntad, como si pensara que quizá podría sorprender a mi misteriosa belleza y pillarla desprevenida antes de que lo esquivara.

No había pasado ni una hora cuando dio la orden de parar en medio del bosque y ordenó a un lacayo que le trajese una caja de dibujo: un bello trabajo de madera con incrustaciones y oro que se convertía en una especie de pequeño caballete, con un libro de papel fino en el interior. Hizo un gesto con la mano para que el trineo continuase la marcha y abrió la caja. Vi fugazmente unas imágenes del interior mientras él pasaba las páginas, decoraciones, patrones y caras que me miraban desde el libro, algunas muy bellas y reconocibles de entre el oropel de su corte, pero en otra página asomó otro rostro como una breve llamarada, extraña y terrible. Ni siquiera era un rostro, pensé después de que se desvaneciese; apenas lo formaban unas cuantas sombras aquí y allá, como volutas de humo, suficiente para dejar la sugestión del horror.

Se detuvo en una página en blanco, cerca del final.

—Sentaos erguida y miradme —me dijo con tosquedad, y obedecí sin discutir, con una cierta curiosidad.

Me pregunté si la magia se mantendría cuando los hombres viesan mi retrato. Mirnatus dibujaba con trazo rápido y seguro, mirándome más a mí que al papel. Avanzábamos deslizándonos sobre el hielo, y rápidamente mi rostro cobró forma en la página. Cuando terminó, se quedó observándolo, lo arrancó de un tirón furioso y me lo mostró.

—¿Qué es lo que ven los demás? —quiso saber.

Lo cogí y me vi por primera vez con la corona. Con sus escasos trazos, me pareció que había más de mí en aquella página de lo que jamás había visto en un espejo. No había sido cruel, aunque lo había hecho sin la menor adulación, y era como si me hubiese compuesto a base de piezas: una boca fina y un rostro delgado, mis pobladas cejas y la escueta nariz de mi padre —pero sin fracturar dos veces— y con los ojos uno un poquito más alto que el otro. El collar era un garabato en el hueco de la base del cuello, igual que la corona en

la cabeza y la trenza doble y gruesa que me caía por el hombro con la sugerencia de su peso y su lustre en los trazos. Era un rostro corriente, sin belleza, pero sin duda era el mío, y no el de otra, aunque sólo hubiese unas cuantas líneas en la página.

—A mí —le dije, y se lo ofrecí de vuelta, aunque no quiso cogerlo.

Me estaba mirando, con el rojizo de la puesta de sol en sus ojos, un sol que terminó por desaparecer, y entonces se inclinó hacia mí:

—*Sí, Irina, es a ti a quien ven, dulce y fría como el hielo* —me dijo con una voz de humo, una horrible caricia—. *¿Cumplirás tu palabra? Tráeme al rey del invierno y te convertiré en la reina del verano.*

Cerré las manos, arrugué el papel y templé la voz antes de hablar.

—Te llevaré al rey staryk y lo pondré bajo tu control —le respondí—. Y tú jurarás que me dejarás vivir después, a mí y a todos mis seres queridos.

—*Sí, sí, sí.* —El demonio sonaba casi impaciente—. *Gozarás de belleza y riquezas y poder, las tres cosas; una corona de oro y un castillo en las alturas; te daré cuanto desees, pero tráemelo cuanto antes...*

—No quiero tus promesas ni tus regalos, y ya tengo una corona y un castillo —le dije—. Te lo traeré para interrumpir el invierno en Lithvas, y ya me encargaré yo de mis propios deseos cuando nos hayas dejado en paz a mí y a los míos.

No le gustó aquello. Aquella llamarada del cuaderno, la sombra del horror, me miraba desde el rostro de Mirnatius con el ceño fruncido, y me costó un esfuerzo no retroceder de un respingo.

—*Pero ¿qué recibirás, qué te daré yo a cambio?* —quiso saber con tono quejumbroso—. *¿Elegirás la eterna juventud, o disponer de la magia de la llama en tus manos? ¿El poder de nublar la mente de los hombres y doblegarlos a tu voluntad?*

—No, no y otra vez no —le dije—. No aceptaré nada. ¿Te echas atrás?

Hizo un ruido malicioso, como un siseo, y se acurrucó sobre el asiento del trineo de forma poco natural; hizo que Mirnatius subiese las piernas y las

rodeó con los brazos balanceando la cabeza hacia delante y hacia atrás, como un fuego que se aferra a un tronco.

—*Pero lo va a traer..., ella me lo va a traer a mí...* —masculló, y me lanzó otra mirada fulminante, con los ojos rojos—. *¡Acepto! ¡Acepto! Pero si no me lo traes, aun así tendré mi banquete, de ti y de todos tus seres queridos.*

—Vuelve a amenazarme y me los llevaré a todos a vivir conmigo a la tierra de los staryk —le dije como una pura bravuconada—, y te quedarás solo a pasar hambre en un invierno sin final, hasta que desaparezca todo tu alimento y tu fuego mengüe en rescoldos y ceniza. Mañana por la noche tendrás a tu rey staryk. Y ahora márchate, hasta entonces. Disfruto de tu compañía menos aún que de la de este de aquí, que ya es decir.

Me bufó, pero debí de dar con una amenaza que no le importaba, o bien él tampoco disfrutaba de mi compañía; se redujo hasta regresar a Mirnatius como una chispa que se extingue, desapareció el brillo rojo, y mi esposo se hundió jadeando contra los cojines, con los ojos cerrados, hasta que recobró el aliento. Una vez lo recuperó, volvió la cabeza para mirarme.

—Lo habéis rechazado —me dijo casi iracundo.

—No soy tan necia como para aceptar regalos de monstruos —le advertí—. ¿De dónde creéis que procede su poder? Ese tipo de cosas siempre tiene un precio.

Soltó una risa, un tanto aguda y cruel.

—Sí, el truco es hacer que otro lo pague por ti. —Luego gritó hacia delante, al cochero—: ¡Koshik! ¡Busca una casa donde detenernos a pasar la noche! —Y se volvió a hundir en el asiento tapándose la cara con la mano.

Mirnatius no había valorado bien la situación cuando nos hizo continuar el viaje de forma tan apresurada, y yo tampoco lo había hecho, mientras le soltaba mis grandilocuentes discursos a su demonio. El único refugio que había era la casa de un boyardo modesto, nada tan grandioso como si nos hubiéramos quedado con el príncipe Gabrielius. Como es natural, el boyardo cedió su alcoba al zar y a la zarina —y, con ella, una cama con un buen dosel

—, pero a todos los demás los acomodaron a duras penas. Volvía a hacer un frío cortante, tanto como para que hubiese que poner a cubierto a todos los caballos y el ganado. Era impensable que nadie durmiera al raso, y había poco espacio en los establos. Aquello significó que varios criados tuvieran que dormir en el suelo de nuestra alcoba, así que no podía huir, y, aunque el demonio no estuviera allí, mi esposo sí que estaba.

Hasta ahora, mi noche de bodas me había generado un pavor tan horrendo y antinatural que se me había olvidado temer el común y corriente horror de tener que yacer con un desconocido. Me dije que él al menos no me deseaba, y me sentí aliviada por desagradable que resultara el simple hecho de acostarnos juntos en una cama. Cuando los criados comenzaron a desvestirlo y él reparó en que aún seguía allí, se fijó en la cama y la miró con una especie de asombrada resignación. Se apagaron las velas y nos vimos allí tumbados y rígidos el uno al lado del otro, echadas las cortinas del dosel a nuestro alrededor, con el frío invernal filtrándose aún pese a las paredes de madera y el fuego en la chimenea, y Mirnatus soltó un fuerte suspiro de enfado y se volvió hacia mí con los labios tan tensos como los de un preso camino del cadalso.

Le puse ambas manos sobre el pecho y le paré los pies, sin dejar de mirarle en aquella penumbra rosada y con el pulso acelerado de pronto.

—¿Y bien, mi amada esposa? —soltó con amargura y en voz bien alta, una ternura de burla dirigida a nuestro público, y me di cuenta de que al final sí pretendía tenerme.

No podía pensar; estaba absolutamente perpleja. Había cuatro criados fuera, escuchando: si le decía que no, si le decía que todavía no, si me oían... y su mano me agarró entonces el camisón, me subió la fina tela por los muslos y sus dedos me recorrieron la piel. Me produjo un sobresalto, un escalofrío involuntario, y las mejillas se me sonrojaron de manera dolorosa, ardiendo.

—Oh, amado mío —dije bien alto, le puse las dos manos en el pecho y lo empujé para apartarlo de mí con todas mis fuerzas.

Él no se lo esperaba, apenas apoyado en la cama con los brazos, y se cayó al suelo. Se levantó con cierta expresión indignada, ya que lo había hecho todo como un hombre obligado por una condena. Me incliné hacia él y le susurré con fiereza:

—¡Saltad en la cama!

Se me quedó mirando. Me moví yo misma en el lecho, lo suficiente para lograr que la vieja madera se quejara de forma audible, de cara a la galería, y él se me unió con una expresión de una cierta perplejidad hasta que solté otro gritito para nuestro querido público y él agarró una almohada de buenas a primeras, hundió el rostro en ella y comenzó a temblar con una risa tan violenta que por un momento creí que de nuevo estaba poseído y le había dado un ataque.

Y, de repente, ya no se estaba riendo sino que lloraba, un llanto tan sofocado que ni yo misma oía un solo ruido allí detrás de las cortinas con él; sólo cuando tuvo que separarse el tiempo justo para coger aire entre tanto sufrimiento. De haberle oído en el resto de la habitación, nada les habría hecho dudar de nuestro teatro, porque apenas soltaba unos pequeños jadeos, silenciado cualquier otro ruido.

Me quedé allí sentada tan tiesa como una muñeca de madera, sin saber qué hacer. No quería sentir nada, y al principio sólo me molestó que hubiese tenido el mal gusto de llorar delante de mí, como si tuviera el derecho de esperar que a mí me importase, pero jamás había oído a nadie llorar tanto. Me habían asustado, me habían hecho daño y había sentido profundos pesares, pero yo no tenía semejante llanto en mi interior. Y él me habría llenado de ese llanto si me hubiera entregado a su demonio para que me devorase. Igual que lo estaba devorando a él, quizá.

Culpa suya, habría dicho yo, y en efecto lo dije para mis adentros con fiereza, una y otra vez, allí sentada con su cuerpo ablandándose a mi lado como la nieve al derretirse, cuando se hundió en la quietud inerte del agotamiento. Aun así sentía lástima por él aunque no quisiera, como si él

estuviera haciendo surgir en mí la compasión. Encogí las rodillas bajo el camisón y las rodeé con los brazos, muy fuerte, tratando de retener esa compasión dentro de mí, hasta que pensé que quizá se había quedado dormido. Me arriesgué a asomarme por encima de su hombro: tenía los ojos abiertos, la mirada apagada, y el rojo inyectado en sangre ya se desvanecía en ellos. Los cerró y volvió la cara un poco más hacia la almohada.

Capítulo 18

Me daba miedo que Stepon y la madre de Miryem lo pasaran mal caminando con tanta nieve después de salir de la casa, pero ésta ya se había congelado, y conseguimos no hundirnos. Sólo Sergey se hundió un par de veces, y le sacudimos la ropa para que no se le derritiese y cogiera frío. Y tampoco anduvimos mucho rato. Llevábamos una media hora, incluso con él hundiéndose a cada pisada, cuando Sergey dijo de repente: «Creo que ya se ve el camino», y estaba en lo cierto. Salimos de entre los árboles, y allí estaba el río, congelado, y el camino paralelo, ya con huellas de trineo en la nieve.

Vimos casas y aldeas por el camino durante el resto del día, mientras caminábamos. Estaban cada vez más juntas, porque nos íbamos acercando a Vysnia, nos dijo la madre de Miryem. No entendía cómo era posible que hubiéramos estado tan cerca de tantas casas. Con lo lejos del camino que estábamos cuando nos topamos con la cabaña, en las profundidades del bosque. Era extraño que no hubiésemos oído los ruidos de la gente, que Sergey no hubiera visto a nadie cuando salía a por leña; pero allí estaban las casas y las aldeas. Me daba un poco de miedo cuando veíamos a otras personas, pero nadie nos hizo caso. Cuando comenzó a oscurecer, el padre de Miryem nos dijo que esperásemos en el camino y se adelantó hasta la siguiente casa, una granja. Volvió con un cesto de comida y nos contó que les había pagado para que nos permitieran dormir esa noche en el granero, encima de los animales. Por la mañana hicimos el resto del trayecto hasta Vysnia, y fue un recorrido de apenas unas horas.

Yo pensaba que Vysnia sería como el pueblo sólo que más grande, pero en realidad era como un edificio. Lo único que se veía de ella era una muralla

que se extendía en ambas direcciones hasta donde se perdía la vista. Estaba hecha de unos ladrillos rojos, puestos unos encima de otros, y llegaban tan alto que no alcanzabas a ver por encima, e incluso más alto que eso aún. En aquella muralla no había ventanas salvo unos pequeños agujeros muy estrechos en lo alto del todo que parecían tan diminutos que habría que pegar la cara de lado para asomarse sólo con un ojo. La única entrada era una puerta al final del camino, de un tamaño suficiente para que la atravesara un trineo grande tirado por cuatro caballos y cargado de lana hasta los topes.

No había otra manera de acercarse a la muralla. Habían excavado un gran foso alrededor. Estaba lleno de nieve, pero se notaba que estaba ahí porque la nieve descendía y había unas puntas afiladas que sobresalían: grandes árboles a los que les habían quitado las ramas y les habían afilado el extremo del tronco. Cualquiera diría que no querían que nadie entrara jamás.

Pero había muchísima gente esperando ante la puerta de la ciudad para entrar. Yo nunca había visto tanta gente. Se extendían a lo largo del camino como si fueran gallinas que caminasen en fila. Cuando nos acercamos lo suficiente para ver aquella muralla y la fila de gente, me pegué a Sergey, y Stepon me cogió de la mano y tiró de ella. No quiso decirme nada hasta que bajé la cabeza lo suficiente para que me susurrara al oído.

—¿No podemos volver a la cabaña?

Pero los padres de Miryem no parecían preocupados.

—Hoy habrá que esperar mucho —dijo la madre de Miryem—. Será que viene alguien importante a ver al duque. Mirad, mantienen la puerta despejada hasta que llegue.

—He oído que viene el zar —nos informó una señora que estaba delante de nosotros en la fila, tras darse la vuelta.

Aquella mujer llevaba puesto un vestido de lana buena, de color marrón, con un bordado en el dobladillo, un chal rojo por la cabeza y un cesto en el brazo. Su hijo era un muchacho alto y callado con rizos detrás de las orejas igual que panov Mandelstam, así que también eran judíos.

—¡El zar! —exclamó la madre de Miryem.

La otra mujer asintió.

—Se casó la semana pasada con la hija del duque, ¡y ya vuelven de visita! Espero que no sea una mala señal.

—La pobre muchacha debe de echar de menos su hogar —dijo la madre de Miryem—. ¿Qué edad tiene?

—Ah, la suficiente para casarse —respondió la mujer—. Mi hermana me la señaló en la ciudad el año pasado, caminando con sus sirvientes. No es que hubiera mucho que ver, diría yo, pero cuentan que el zar se enamoró de ella a primera vista.

—Bueno, el corazón sabe lo que quiere —dijo panova Mandelstam.

Nunca la había oído hablar así con nadie. Pensé que tenían que conocerse, pero, un rato después, la madre de Miryem le preguntó:

—¿Tienes familia en la ciudad?

—Mi hermana vive aquí con su marido —le contó la mujer—. Nosotros tenemos una granja en Hamsk. ¿De dónde sois vosotros?

—De Pavys —dijo la madre de Miryem—. A un día de camino. Hemos venido a una boda: la de mi sobrina Basia.

La mujer soltó un grito de alegría y la cogió por los hombros.

—¡Con mi sobrino Isaac! —dijo.

Se besaron en las mejillas, se abrazaron y se pusieron a hablar de nombres de personas que yo no conocía: ya eran amigas, así de fácil. No comprendía cómo se habían encontrado la una a la otra haciendo cola entre tanta gente. Parecía cosa de magia.

Estuvimos esperando mucho tiempo. Me habría imaginado que sería más fácil esperar de pie que seguir andando, pero no lo era. La mujer traía comida en la cesta, e insistió en que la probásemos, y a mí también me quedaba todavía algo en la mía, así que la compartimos toda. Quitamos la nieve de unos tocones y de unas piedras grandes que había a un lado del camino para poder sentarnos al menos un rato.

Mientras estábamos sentados comiendo, comenzamos a sentir una vibración en el suelo bajo nuestros pies, y después un tintineo que sonaba muy lejos. Unos hombres salieron por las puertas de la ciudad y recorrieron la fila empujándonos a todos para que retrocediéramos todavía más fuera del camino, y cuando llegaron a nosotros nos dijeron con aire brusco que nos levantásemos y nos preparásemos para hacer reverencias. Llevaban espadas en el cinto, y eran espadas de verdad, no de juguete. Aún seguimos de pie durante un largo rato esperando mientras el tintineo sonaba cada vez más fuerte, aunque muy poco a poco, y de pronto lo teníamos al lado. Vi unos caballos negros, con colores rojo y oro, y un trineo bajo y largo, tallado con caídas pronunciadas y dorados relucientes, y sentada en él, a una muchacha con una corona de plata. Pasaron tan rápido que apenas estuvieron allí un instante y ya se habían ido. Aquel gran trineo cruzó la puerta, se adentró en el mayor edificio de la ciudad y desapareció sin ni siquiera aflojar la marcha.

—¡La zarina! ¡La zarina! —oí que alguien gritaba, pero se nos olvidó hacer una reverencia, y cuando nos percatamos ya habían pasado de largo, así que la hicimos un poco tarde. Pero estuvo bien, porque todavía pasaba gente ante la que hacer reverencias: trineos llenos de bolsas, de cajas y de personas, las suficientes para formar su propia aldea, todas ellas siguiendo al zar como si en realidad él no fuese una persona, sino todos ellos juntos, algo formado de gente.

Cuando por fin terminaron de pasar todos y aquel zar entero entró en la ciudad, los hombres comenzaron a dejarnos pasar a nosotros. Habíamos estado esperando todo aquel tiempo tan sólo para que el zar pudiese entrar en la ciudad sin esperas. La fila era todavía más larga detrás de nosotros que delante, pero, en cuanto empezaron a dejarnos entrar, apenas tardamos una media hora en vernos ante la puerta, y eso que nos habían tenido horas allí. Estaba cansadísima de esperar; sólo tenía ganas de llegar a la puerta, pero Stepon caminaba muy despacio, tanto que la gente comenzaba a agolparse

pisándonos los talones con impaciencia. Mi hermano pequeño miraba a la puerta.

—¿Y si no podemos volver a salir? —me preguntó.

Yo no sabía la respuesta. Entonces nos acercamos más y vi que la gente no cruzaba la puerta por las buenas. Los hombres de las espadas les hacían preguntas y escribían cosas. De repente tuve miedo. ¿Y si nos preguntaban quiénes éramos, de dónde veníamos y qué hacíamos allí? No sabía qué les iba a decir.

Pero panova Mandelstam alargó el brazo y me cogió de la mano que no asía a Stepon, me la apretó y me dijo en voz baja:

—Tú no digas nada.

Cuando llegamos ante la puerta, panov Mandelstam habló con uno de los hombres de las espadas, y vi cómo le daba a aquel soldado una moneda de plata.

—Muy bien, muy bien —dijo el hombre, y nos hizo gestos con la mano para que entrásemos.

Estaba tan contenta y tan aliviada que seguí adelante sin planteármelo siquiera, y me vi dentro de la ciudad. La muralla era tan gruesa que había veinte pasos desde que se entraba por la puerta hasta que se salía por el otro lado. El ruido no dejó de crecer y crecer mientras la cruzábamos. Salimos por el otro extremo, y el cielo se abrió sobre nosotros, y a nuestro alrededor aparecieron más edificios, como si la ciudad se los hubiese tragado y los tuviese en la panza igual que a nosotros y al resto de la gente.

Stepon se quedó quieto, se tapó los oídos con las manos y se negó a ir a ninguna parte. Estaba temblando cuando lo toqué.

—Ven, habrá más silencio cuando salgamos del ajetreo de estas calles —le dijo panova Mandelstam, pero él no se movía.

—Vamos, Stepon, yo te llevo a caballito —le propuso por fin Sergey, aunque no lo había hecho desde hacía mucho tiempo, desde que Stepon era muy pequeño, y ahora ya era lo bastante grande como para que le colgaran las

piernas por los costados de Sergey, con las botas que panova Mandelstam le había dado, y llegasen muy abajo y pataleasen mientras Sergey caminaba.

Stepon hundió la cara en la espalda de Sergey y no la levantó en todo el rato.

No resultaba fácil andar por allí. Las calles se habían llenado de nieve durante un tiempo, la habían quitado del paso y habían formado un muro alto en cada lado de la vía para que la gente pudiese andar, despejando el acceso a la puerta de cada casa. De todas formas, las calles no eran muy anchas, y había vuelto a nevar el día antes, así que los muros de nieve nos llegaban por encima de la cabeza, y en el suelo había todavía más nieve, que no cabía ya en lo alto de aquellas montañas, y estaba ennegrecida de mugre, medio helada y resbaladiza al caminar. Había casas grandes por todas partes, amontonadas las unas contra las otras sin espacio de separación a ambos lados, y se elevaban tanto que me daba la sensación de que se nos echaban encima y nos miraban desde lo alto a nosotros, allí en la calle debajo de ellas. Había gente allá donde mirases. No había ningún lugar donde no hubiese alguien.

Seguimos a panova Mandelstam. No sé cómo, pero ella sí sabía adónde iba. Cada esquina que doblaba era exactamente igual que las demás, pero ella caminaba con paso firme y seguro, como si no tuviera que pensar hacia dónde girar, y no se equivocaba, porque acabamos llegando a otra muralla grande — no tanto como la primera— con una puerta, y con otros dos hombres con espadas. Panov Mandelstam les dio también una moneda, y nos dejaron cruzarla. Pensé que a lo mejor nos estábamos marchando, pero había más ciudad al otro lado de aquella muralla, sólo que en esta parte todos los que nos rodeaban eran judíos.

Yo nunca había visto más judíos que la familia de Miryem, excepto la mujer de la fila en la puerta y su hijo, y ahora no veía a nadie que no lo fuera. Era una sensación extraña. Pensé que quizá hubiera sido así para Miryem cuando se marchó al reino de los staryk. De repente, todos los que te rodeaban eran iguales entre sí, pero distintos de ti. Y entonces pensé que las cosas ya eran así

para Miryem. Siempre había sido así para ella, en el pueblo, de manera que a lo mejor no se sentía tan rara.

Así que estaba pensando en Miryem y me estaba preguntando cómo serían las cosas para ella, y por eso me percaté de golpe de que panova Mandelstam había venido aquí a buscarla. Me detuve en plena calle. No les había preguntado por qué habían venido. Me había alegrado tanto el verlos en el bosque, y a Stepon, que no me había quedado hueco más que para la alegría y no para preguntas, pero estaba claro que habían venido a eso. Estaban buscando a Miryem, aunque Miryem no estaría aquí.

Tuve que seguir caminando, porque panova Mandelstam continuaba avanzando, y si nos perdíamos, Sergey, Stepon y yo no sabríamos qué hacer. No sabía cómo volver a salir de aquella ciudad. Era como estar en una casa con un millar de habitaciones y todas las puertas iguales. Atravesamos un gran mercado muy ruidoso en una plaza, lleno de gente que compraba y vendía, y bajamos por una calle que parecía silenciosa después del mercado, pero había mucho ruido en comparación con el bosque. No tardó en haber más silencio, y las casas empezaron a ser más grandes y más anchas, con enormes ventanales completamente de cristal, y allí la nieve estaba recogida en montones más ordenados, con unas escaleras que salían de la nieve y subían hacia los hogares. Llegamos por fin a una casa grande con un arco y un patio a continuación, donde había caballos y gente que cargaba con cosas, muy ajetreada.

La madre de Miryem se detuvo en la escalinata. Iba cogida del brazo de panov Mandelstam, y él alzó los ojos hacia la puerta, y pensé que quizá no quisiera entrar en aquella casa, pero subieron juntos los escalones, y ella se volvió y nos dijo: «Venid», así que subimos detrás de ellos y entramos.

—¡Rakhel! —exclamó una mujer.

Tenía el pelo más bien gris, plateado y blanco, y había algo en su cara que me hizo pensar en panova Mandelstam, y se besaron, y pensé que aquella

mujer era la abuela de Miryem. La madre de Miryem también tenía a su madre, que seguía viva.

—¡Y Josef! Cuánto tiempo ha pasado. Entrad, entrad, y dejad vuestras cosas —decía, y besaba a panov Mandelstam en las mejillas.

Me temía que panova Mandelstam le preguntase por Miryem de inmediato, pero no lo hizo. Salieron más mujeres de la cocina, y se formó un escándalo de saludos y de charlas entre ellas. Al principio pensé que estaban hablando tan rápido que no las entendía, pero entonces me di cuenta de que estaban diciendo palabras que no entendía en absoluto, mezcladas con otras que sí conocía. Eso me dio unas ganas repentinas de marcharme, de volver a aquella casita del bosque. Sentada a la mesa en casa de panova Mandelstam, comiendo del plato de Miryem, había pensado un tanto en secreto, en mi corazón, sin pretenderlo realmente, que quizá pudiese ocupar el lugar de Miryem, pero ahora me daba la sensación de que no conocía el verdadero lugar de Miryem. Había visto parte de él, pero no lo había visto todo. Aquel sitio también formaba parte del lugar de Miryem, y no era para mí. Allí no era necesaria en absoluto.

Me habría marchado si hubiera sabido adónde ir. Sergey estaba conmigo, y Stepon se había bajado de su espalda y estaba acurrucado contra mí, con la cabeza hundida en mi costado y tirándome del delantal para taparse la cara. Ellos se habrían marchado conmigo, pero no conocíamos ningún lugar adonde ir. Y entonces oí mi nombre: panova Mandelstam se había llevado aparte a su madre para charlar lejos del ruido, y le estaba contando algo sobre mí, sobre nosotros, en voz baja, y su madre escuchaba con cara de preocupación y nos miraba. Quería saber qué se estaban diciendo para parecer tan preocupada, y me pregunté qué haríamos si ella decía que no nos quería allí ni siquiera para dormir. Había un problema con nosotros, y ella no nos conocía.

Pero no fue eso lo que dijo. Habló de algo con panova Mandelstam, y luego ella vino hacia nosotros con una sonrisa que daba a entender que todo iría bien, aunque no estuviera segura de que fuera a ser así, y nos llevó al interior

de la casa. Había una escalera que subía, y seguimos a panova Mandelstam hasta un pasillo grande con una alfombra en el centro, y al final de aquel pasillo había otra escalera, y subimos por ella, y después había otra más, con escalones de madera, y salimos a un pequeño pasillo donde no había alfombra, tan sólo un simple suelo de tablillas de madera y dos puertas, una a cada lado, y otra en el techo con un cordel que colgaba de ella. Abrió la puerta de la izquierda y nos metió en una habitación que tenía el tamaño de la cabaña del bosque, así de grande era aquella casa, que podías subir y subir por ella y en lo alto te encontrabas otra casa entera, y así de grande era aquella ciudad, que tenía tantas de aquellas casas que no podías distinguir las unas de las otras.

Sin embargo, había una ventana en la pared de enfrente de la puerta, y Stepon se soltó de mi mano, corrió hasta la ventana y apretó la cara contra ella a la vez que gritaba. Pensé que estaba disgustado, pero exclamó:

—¡Somos pájaros! Wanda, Sergey, mirad, somos pájaros.

Fui hacia él con un poco de miedo, nos asomamos a la ventana y vi que Stepon decía la verdad: éramos pájaros. Habíamos subido tan alto en aquella casa que ahora veíamos allá abajo los tejados de los demás edificios de la ciudad, y las calles al fondo. Desde allí arriba podía ver el mercado por el que habíamos pasado, pero era tan pequeño que lo podía cubrir con una sola mano al ponerla sobre la ventana, y también se veía la gran muralla de la ciudad, que no era más que una línea muy fina, como una serpiente naranja con nieve en el lomo, y al otro lado estaba el bosque, con todos los árboles convertidos en una gran masa oscura, y un grueso manto de nieve blanca que me hacía daño en los ojos al mirarlo. También había en los tejados de todas las casas, pero la de las calles estaba sucia y negruzca, aunque desde esas alturas no tenía tan mal aspecto.

—Vamos, sentaos y descansad —nos dijo la madre de Miryem.

Yo ni siquiera había echado un vistazo a la habitación, por culpa de la ventana. Había tres camas, y eran camas de verdad, de madera, cada una con su colchón y sus mantas y sus almohadones. Había una chimenea pequeña

donde no ardía ningún fuego, pero el cuarto estaba muy caldeado igualmente, con una mesita enfrente de la ventana, una silla en la mesita y otras dos delante de la chimenea. Tenían cojines en los asientos, y sólo estaban un poco desgastados.

—Ya sé que estaréis hambrientos. Haré que os suban algo de comer. Siento haberos acomodado tan arriba, en los cuartos de los criados: todas las demás habitaciones de abajo están ya ocupadas por invitados, pero algunos se marcharán mañana, después de la boda, y ya no estaremos tan apretados.

No sabíamos qué decir, así que no dijimos nada. Nos dejó allí, y nos sentamos cada uno en una cama y nos miramos entre los tres de un extremo al otro de la habitación. Yo ya sabía que el abuelo de Miryem era rico, pero hasta entonces no supe lo que realmente significaba «rico». Significaba que aquella habitación con tres camas, con una mesa y tres sillas y una ventana entera de cristal era algo por lo que había que pedir disculpas. Era todavía más grande de lo que había pensado en un principio, porque cuando nos sentamos vi un gran espacio abierto en el suelo, entre nosotros, donde no había nada con lo que cocinar, ni había una gran pila de leña, ni tampoco había cacerolas, ni un hacha ni cepillos en las paredes. En la pared sobre mi cama había un pequeño cuadro que había hecho alguien; un cuadro de la ciudad que se veía por la ventana, sólo que ahí era primavera, con los árboles verdes y los pájaros volando por el aire.

Un rato después volvió panova Mandelstam, y con ella venía una chica, una joven alta y fuerte con el pelo recogido debajo de un pañuelo. Traía una bandeja grande y pesada con comida, la dejó en la mesa, le hizo un gesto con la cabeza a panova Mandelstam y se marchó. Me quedé mirándola y pensé que esa chica era yo; allí no había sitio para mí ni siquiera trayendo y llevando cosas. Ya tenían a alguien también en ese puesto.

Stepon y Sergey se pusieron a comer de inmediato, pero yo no podía sentir hambre. Sí tenía hambre, pero sentí un dolor en la barriga cuando miré la comida, y le dije a panova Mandelstam: «Aquí no te hacemos ningún bien», y

casi le dije: «Deberíamos irnos», pero no pude, porque no teníamos adónde ir a no ser que nos convirtiéramos en pájaros y saliésemos volando.

Panova Mandelstam me miró sorprendida.

—¡Wanda! —exclamó—. ¿Después de toda la ayuda que nos has prestado? ¿Acaso debo decir: «Ah, sí, pero de qué me sirve ahora esta muchacha»? — Extendió los brazos, me cogió la cara entre las manos y me meció un poco hacia delante y atrás—. Eres una buena chica con un gran corazón. Cuánto trabajo has hecho sin una sola palabra de queja. Desde que tú entraste en mi casa, yo no he tenido que mover un dedo. Antes de que se me ocurriese ir a hacer algo, ya estaba hecho. Estuve enferma, y me recuperé porque tú estabas allí ayudando. Y nunca has pedido nada. Sólo aceptas lo que te obligamos a coger, así que ahora debes dejar que yo haga lo mismo.

—¡Lo que me obligáis a coger es más de lo que tengo! —le dije, porque me dolía oírla decir aquellas cosas que no eran ciertas, como si hubiera ido a ayudarla sólo por ser buena con ella, y no porque quisiera la plata y deseara estar a salvo.

—Entonces, tú no tienes suficiente, y yo tengo más de lo que necesito — respondió—. Calla, cariño mío. Tú ya no tienes a tu madre contigo, así que permíteme que te hable yo por un minuto como si lo fuera. Escucha. Stepon nos contó lo que pasó en tu casa. Hay hombres que son lobos por dentro, que quieren devorar a otras personas para llenarse la barriga. Eso fue lo que tuviste contigo en tu casa, toda tu vida. Pero aquí estás con tus hermanos, nadie os ha devorado, y no lleváis un lobo en vuestro interior. Os habéis dado de comer los unos a los otros y habéis mantenido lejos al lobo. Eso es todo cuanto podemos hacer por los demás en este mundo, mantener lejos al lobo. Y si en mi casa ha habido algo de comer para ti, entonces me alegro, me alegro con todo mi corazón. Y espero que siempre lo haya.

»Ssh, no llores —me dijo, y sus pulgares me secaban las lágrimas de la cara aunque acudían más rápido de lo que ella era capaz de retirar—. Ya sé que tienes miedo y que estás preocupada, pero hoy se va a celebrar aquí una

boda. Es momento de regocijarse. Hoy no permitiremos que los pesares entren en esta casa. ¿Te parece? Ahora siéntate y come. Descansa un poco. Si quieres, cuando no estés cansada, baja a ayudarme. Todavía hay trabajo por hacer, y será un trabajo alegre. Levantaremos el palio nupcial para los novios, pondremos la comida en las mesas y comeremos juntos y bailaremos, y no entrará el lobo. Ya pensaremos mañana en otras cosas.

Le respondí que sí con la cabeza y no dije nada. No podía decir nada. Me sonrió y me secó más lágrimas, y luego dejó de intentarlo y me dio un pañuelo que se había sacado de la falda, me acarició de nuevo la mejilla y se marchó. Sergey y Stepon estaban sentados ante la mesa, mirando fijamente la comida que había en ella. Había pan, sopa y huevos, y cuando me senté a su lado, dijo Stepon:

—No sabía que era magia, cuando tú la traías a casa. Pensaba que sólo era comida.

Extendí las manos hacia ellos, de buenas a primeras —una hacia Sergey, a un lado, y la otra a Stepon, al otro—, y ellos me cogieron las manos e hicieron lo mismo entre sí. Nos agarramos con fuerza, con mucha fuerza; hicimos un círculo entre los tres, mis hermanos y yo, alrededor de la comida que habíamos recibido, y no había ningún lobo en la habitación.

Por la mañana, Mirnatus descorrió temprano las cortinas y puso a los criados a corretear antes incluso de que yo me hubiese incorporado en la cama. Nos trajeron una bandeja con té caliente y pan recién hecho con mantequilla y mermelada, otro plato con unas lonchas gruesas de jamón y queso, una comida abundante que con toda seguridad sería lo mejor que tenían, aunque sólo estuviese un peldaño por encima de las vituallas de un campesino. Mirnatus le puso mala cara y se limitó a picotearla. Yo me obligué a comer y a no alzar los ojos hacia él, para no ver el lujoso bordado de su camisón, sus manos y sus labios. Sentía el calor de la chimenea en una mejilla, pero la otra también

la tenía caliente. No dejaba de recordar sus dedos en mi muslo, y el anillo no parecía dispuesto a engullir aquel calor.

Exigió un baño, y tuve que soportarlo: lo colocaron delante del fuego, y dos criadas lo asearon mientras yo intentaba no fijarme en cómo recorrían el cuerpo de Mirnatus con las manos, o no sentir algo similar a los celos. No tenía celos por él, sino por lo que él me había hecho sentir, aquel despertar que debería haber pertenecido a un hombre al que yo hubiera permitido tocarme, un hombre que habría querido tocarme, que de verdad pudiera ser mi esposo. Deseaba que aquel estremecimiento en la pierna fuese un regalo que no me hubiese esperado nunca. Quería ser capaz de mirarle en su baño, de sonrojarme y de alegrarme por ello. En cambio, tenía que apartar a propósito la mirada, porque, si me salía con la mía, esta noche lo arrojaría a un foso con un rey staryk, los enterraría a los dos y me casaría con un bruto de la edad de mi padre.

Magreta entró sin hacer ruido, con una tímida valentía, con su peine y su cepillo para arreglarme el pelo. Sus manos sobre mis hombros me planteaban una temblorosa pregunta que yo no podía responderle ya. Hacía algún tiempo, y en términos bastante prosaicos, me contó cómo eran las cosas entre un hombre y una mujer, cuando todavía era lo bastante pequeña para considerarlo una bobada y para prometerle sin vacilar que jamás permitiría que un hombre lo hiciera hasta que estuviéramos casados. «Tampoco es que os vayáis a quedar nunca a solas con un hombre, dushenka», añadió a toro pasado, acariciándome el cabello: me había transmitido un discurso que alguien le había soltado a ella mucho tiempo atrás, un discurso al que había prestado atención y obediencia durante todos los días de su vida.

Unos años después de aquello, cuando ya tenía edad suficiente para comprender lo que significaba el matrimonio para la hija de un duque y por qué jamás me quedaría a solas con ningún hombre el tiempo suficiente como para elegir algo hasta el momento en que ya se me hubieran agotado las opciones, me volvió a hablar de todo ello para consolarme, como si fuese algo

que hubiera que soportar: tampoco era para tanto, únicamente duraba unos minutos, no dolería mucho, y sólo la primera vez. Pero entonces ya era demasiado mayor para que aquello me consolase como ella pretendía. Lo que entendí fue que me estaba mintiendo, aunque no sabía muy bien en qué me mentía; quizá doliese todas las veces, o quizá doliese muchísimo, o tal vez durara una eternidad, todo un amplio abanico de posibilidades desagradables. Llegué incluso a preguntarle cómo lo sabía ella, y Magreta se sonrojó avergonzada.

—Todo el mundo lo sabe, Irinushka, todo el mundo lo sabe —me dijo, y eso significaba que no tenía la menor idea.

Pero tampoco me habló nunca sobre otras posibilidades, ni sobre el motivo por el que me había hecho prometerle aquello en un principio. Ahora me preguntaba si ella habría sentido este tipo de hambre, y cómo la habría aplacado; qué mendrugo de pan se habría metido a la fuerza en la boca con tal de no probar la semilla del desastre. Permanecí sentada mientras sus manos me trenzaban el pelo muy despacio y las mías descansaban agarradas en mi regazo, con el reflejo dorado de las llamas en la plata del anillo, igual que la piel de mi esposo, lustrosa con la luz ámbar al salir chorreando del baño.

Se alzó como una estatua ante la amplia chimenea, delante de mí, mientras las criadas le secaban las gotas de agua con unos paños suaves y con demasiada ternura, algo que traté de pasar por alto. Las dos eran muy guapas, por supuesto, escogidas para agradarle la vista al zar, pero él se limitó a sacudir los hombros como un caballo que espanta unas moscas y les dijo con una brusca impaciencia: «Mi ropa». Las dos muchachas se marcharon con prisas cuando los ayudas de cámara del palacio las hicieron salir y trajeron sus vestimentas, seda y terciopelo dispuestos en capas con tanto cuidado como la armadura de mi padre, mientras pronunciaba constantes comentarios críticos y afilados por su parte, descontento con tal arruga o cual bulto.

Yo ya estaba vestida. Los criados se inclinaron ante Mirnatius cuando les mandó retirarse, y después se volvieron hacia mí en el instante en que Magreta

me ponía la corona sobre el pelo recién trenzado. Guardaron silencio durante un momento delante de mí, observándome, y se inclinaron de nuevo más aún; las dos criadas se agacharon en una reverencia exagerada y salieron de la habitación cogidas de la mano, con sus cestos de ropa y el jabón en el otro brazo y susurrándose la una a la otra con aire de nostalgia. Mirnatius se quedó mirándolos a todos con mayor desconcierto e indignación, y agarró su libro del lugar donde descansaba el bolso, contra la pared. Sin siquiera sentarse, volvió a dibujar mi rostro de forma tosca, con trazos rápidos y furiosos. Se dio la vuelta para llamar a un criado que aún iba y venía vaciando cubos de la bañera.

—¡Mira esto! ¿Es una cara bonita? —le preguntó.

Como no podía ser de otra forma, el pobre hombre estaba muy alarmado y sólo miraba el dibujo tratando de adivinar qué respuesta quería el zar. La miró fijamente.

—¿Es la zarina? —dijo de golpe, y alzó los ojos hacia mí, volvió a bajarlos sobre el dibujo y lanzó una mirada de impotencia al zar.

—¿Y bien? —le espetó Mirnatius—. ¿Es bella o no lo es?

—¿Sí? —balbució el hombre con voz leve, desesperado.

Mirnatius apretó los dientes.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de bello? Mírala y cuéntamelo. ¡No te pongas a gimotearme lo que sea que creas que quiero oír!

El hombre tragó saliva, aterrorizado.

—¿Porque el parecido es bueno? —dijo.

—¿Lo es? —repuso Mirnatius.

—¿Sí? Sí, muy bueno —dijo el hombre, que se apresuró a sonar más decidido cuando Mirnatius se dirigió hacia él—. ¡Pero yo no soy quién para juzgarlo, majestad! ¡Perdonadme! —E inclinó la cabeza.

—Dejad que se marche —pedí por compasión—, y preguntadle al boyardo en lugar de a él.

Mirnatius me miró con mala cara, pero hizo un gesto para que el criado se

retirara. En efecto, le llevó el dibujo al boyardo, y se lo puso en las manos en la puerta, mientras nuestra comitiva se apretaba de nuevo en los trineos. El boyardo y su mujer miraron el dibujo, y ella lo tocó con los dedos.

—Qué belleza, majestad —dijo.

—¿Por qué? —le soltó Mirnatus, y se volvió hacia ella de inmediato—. ¿Qué rasgos os agradan, qué es lo que tiene?

La mujer le miró sorprendida, volvió a fijarse en el dibujo y dijo:

—¿Por qué?... Ningún rasgo por sí solo, supongo, majestad. Pero vuelvo a ver el rostro de la zarina cuando lo miro. —Le sonrió de repente—. Quizá vea lo que ven vuestros ojos —le comentó cortés y bienintencionada, y él se dio media vuelta tan airado que casi le faltó el aliento, se lanzó al interior del trineo y los dejó con la hoja suelta en la mano.

Aquel día me dibujó una docena de veces más, un retrato tras otro, desde todos los ángulos que era capaz de conseguir; me agarraba la barbilla y me empujaba la cabeza hacia acá y hacia allá con una airada frustración. Dejé que lo hiciese sin quejarme. Muy a mi pesar, yo seguía pensando en su llanto silencioso. Tenía el libro lleno de dibujos, e hizo que los criados los vieran, y también el boyardo en cuya casa nos detuvimos a media mañana.

Llegamos a Vysnia un poco pasado el mediodía, y el trineo se detuvo ante la escalinata de la casa de mi padre. Mirnatus se bajó de un salto antes de que nos detuviésemos por completo; sin decir una sola palabra de saludo, lanzó el libro a las manos de mi padre y le dijo de forma casi violenta:

—¿Y bien?

Mi padre observó lentamente los dibujos y pasó las páginas con la yema callosa del dedo mientras en su rostro se iba formando una expresión extraña. Yo ya me había bajado del trineo con la ayuda de un criado, y mi madrastra Galina me ofrecía ambas manos en un gesto de bienvenida. Nos besamos en las mejillas y me erguí. Mi padre aún observaba el último dibujo, un boceto de mi rostro mirando a unos árboles cargados de nieve, con una sola línea curva como el borde del trineo, y lo único que se veía era la parte más lejana de mi

cara, apenas las pestañas, la comisura de los labios y la línea del nacimiento del cabello.

—En estos dibujos se parece a su madre —dijo.

Le devolvió el libro a Mirnatus de manera brusca, con los labios apretados en una línea recta, y se dio la vuelta para besarme en las mejillas.

Yo nunca había dormido en la alcoba más grandiosa de la casa de mi padre. Me había colado en ella un par de veces jugando a ver si me atrevía, cuando no había invitados de honor y Magreta me dejaba hacerlo. Siempre me había parecido una habitación enorme e impresionante. Los alféizares eran de piedra tallada, igual que aquel balcón pesado e imprudente que se asomaba sobre el bosque y el río. «Era la alcoba de la antigua duquesa», me dijo una vez Magreta. Había tapices en las paredes: Magreta había ayudado a reparar algunos, pero mi costura no era lo bastante buena como para que me lo permitiesen; había hecho un poco del bordado de dos de los cojines de terciopelo que llenaban la cama, con esas curiosas y enormes patas a modo de garras que tanto me gustaban: el escudo del último duque era un oso, y media docena de antiguas piezas del mobiliario conservaban aún la talla de aquellas patas.

Ahora, sin embargo, la habitación de repente me parecía pequeña, enclaustrada y demasiado cálida para mí tras la delicada belleza del palacio del zar. Salí al balcón mientras los sirvientes traían nuestras cosas, ajetreados a mi alrededor, y agradecí el viento frío en el rostro. Ya estaba un poco entrada la tarde, y el sol descendía. Magreta entró regañando a los criados que traían el baúl de mis vestidos, pero acto seguido vino a mi lado, me apretó la mano entre las suyas y me acarició el dorso.

Cuando los demás se marcharon y nos quedamos a solas por un momento, le dije en voz baja:

—¿Podrás encargarte de que uno de los criados se entere de dónde está la casa de panov Moshel? Está en alguna parte del barrio judío. Allí se va a

celebrar una boda esta noche, y el cochero deberá conocer el camino. Y encuéntrame un regalo que llevarles.

—Oh, dushenka —dijo en voz baja, temerosa.

Se llevó mi mano a la mejilla, la besó y se marchó a hacer cuanto le había pedido.

Uno de los guardias de Mirnatius, un soldado del palacio que había venido con nosotros, entró en la alcoba. No era un lacayo, y, al contrario que para los demás sirvientes, que bullían de actividad en la habitación, yo para él no era la hija del duque, sino la zarina. Cuando lo miré, me hizo una reverencia exagerada y se detuvo en el sitio, a la espera.

—¿Irás a decirle a mi padre que me gustaría verlo? —le pedí.

—De inmediato, majestad —me contestó con un tono de voz similar al zumbido de la cuerda más grave de un instrumento, y se marchó.

Mi padre vino a verme. Se paró en la puerta y me volví, todavía en el balcón, y lo miré con la espalda recta. Tenía los ojos puestos en mí, tan cargados y calculadores como siempre, midiendo mi valor, y tras un instante cruzó la habitación y vino a unirse a mí en la fría piedra. Abajo, el blanco casi ininterrumpido del bosque y del río congelado se perdían en el manto de la campiña.

—La cosecha no será buena este año —le dije.

Casi me esperaba que se irritara o incluso que se enfadase porque lo hubiera mandado llamar, que me hablase con brusquedad. Estaba claro que para él yo sólo era un peón inesperadamente útil. No se suponía que me dedicara a desplazarme a mi aire por el tablero. Sin embargo, se limitó a decirme:

—No. El centeno se ha echado a perder en los campos.

—Padre, lamento haberos obligado a este gasto, pero se va a celebrar una boda mientras estemos aquí —le conté—. Vamos a casar a Vassilia con Ilias, el primo de Mirnatius.

Hizo una pausa y me miró durante un buen rato.

—Podemos arreglarnos —aseguró lentamente—. ¿Cuánto tiempo después de que ella llegue?

—En la misma hora —respondí.

Intercambiamos una mirada, y supe que me entendía a la perfección.

Se frotó los labios con la mano en un gesto pensativo.

—Me aseguraré de que el padre Idoros esté listo y esperando en la capilla cuando los caballos de Ulrich crucen las puertas. Tendremos la casa abarrotada, pero tu madre y yo les cederemos nuestra alcoba. Ella dormirá arriba, con sus doncellas, y yo ocuparé la puerta de al lado, con tu primo Darius. Podemos compartir la habitación con algunos hombres de la casa de tu esposo para disponer de más sitio.

Asentí, y supe que no tendría que preocuparme ante la posibilidad de que Ulrich encontrase la manera de hacer que su valiosa hija se esfumase y desapareciese de delante de las narices de su flamante prometido.

—¿Vendrá de visita el príncipe Casimir? —me preguntó mi padre un segundo después, aún estudiándome.

—Es posible que no llegue hasta el día siguiente, me temo —le dije—. El mensajero que le enviamos tardó en ponerse en marcha, hubo algún problema con el caballo.

Mi padre echó un vistazo a nuestra espalda, a la habitación. Los criados seguían trabajando, pero ninguno de ellos estaba cerca del balcón.

—¿Cómo está la salud de tu esposo?

—Bien por lo general, pero tiene una... afección nerviosa —le expliqué—. Un problema que ya tuvo su madre, diría yo.

Mi padre hizo una pausa y frunció las cejas muy juntas.

—¿Y eso le genera... dificultades?

—Por el momento, sí —repuse.

Guardó silencio, y dijo luego:

—Tendré unas palabras discretas con Casimir cuando llegue. No es ningún necio. Es un hombre sensato, y un buen soldado.

—Me alegra que penséis bien de él —le dije.

Mi padre alzó la mano y me sujetó la mejilla por un segundo, algo tan inesperado que permanecí muy quieta, sorprendida.

—Estoy orgulloso de ti, Irina —me dijo con una voz grave y fiera, y me liberó la cara—. ¿Bajaréis a cenar tu esposo y tú esta noche?

—Esta noche no —le dije después de tomarme un instante. De primeras me costó un esfuerzo hablar. No me había parado a pensar que deseaba que mi padre estuviese orgulloso de mí. Aquello jamás me había parecido posible, pero no había sido consciente de que me importase. Tuve que obligarme a volver a encontrar las palabras—. Hay una cosa más. Algo... más.

Estudió mi rostro y asintió.

—Cuéntame.

Aguardé en silencio hasta que la habitación de nuevo se vació de criados por un momento.

—Este invierno lo están generando los staryk. Pretenden congelarnos a todos. —Se puso en tensión, y, de manera instintiva, extendió el dedo a medio camino hacia las cadenas que colgaban de mi corona de plata, sin dejar de mirarla—. Su rey pretende traernos nieve durante todo el verano.

La mirada de mi padre era dura y penetrante.

—¿Por qué?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé, pero hay una forma de detenerlo.

Le conté el plan en aquellos escasos instantes de intimidad, sin rodeos y a una velocidad brutal. Al hablar de política, sabía cómo contarle un millar de cosas sin decir una sola palabra delatora que cualquier otro pudiese entender, y sin temor a que él no entendiese a qué me refería, pero no cuando le hablaba de señores del invierno y de demonios de fuego. Ahora se cruzaban en nuestra conversación, igual que se movían por nuestro mundo, desastres que superaban sus límites. Hablé con rapidez no sólo para evitar que nos oyesen, sino porque deseaba darme prisa: la historia no tenía sentido en comparación con la dura

realidad de las murallas de piedra, del asesinato y del brillo del sol en una senda donde relucía la nieve.

Aun así mi padre escuchó con atención y no me dijo «No seas tonta», o «Eso es un disparate». Lo que me dijo cuando terminé fue:

—Había una torre en el extremo sur de la muralla de la ciudad, cerca del barrio judío. Abrimos una brecha en ella durante el sitio, cuando entramos en Vysnia. Reconstruimos la muralla justo después, y dejamos fuera el sótano y los cimientos de aquella torre, cubiertos con tierra. Cogí a mis dos mejores hombres y excavamos hasta allí un túnel desde los sótanos del palacio, cuando la ciudad estaba aún medio abrasada.

Yo asentía decidida, lo entendía: había abierto una salida trasera de la ciudad, una escapatoria en caso de sitio, algo de lo que el antiguo duque no pudo disponer.

—Una vez al año, de noche, recorro el túnel de ida y de vuelta para comprobarlo. Despejaré la salida esta noche con mis propias manos y te esperaré allí, extramuros. ¿Tienes la cadena?

—Sí —le dije—. En el joyero. Y doce velas grandes, para formar el círculo de fuego.

Asintió. Entraron más criados, y los dos guardamos silencio al tiempo. Mi padre no dijo nada mientras deshacían otros dos baúles de ropa suntuosa, terciopelo, seda y brocados. Miraba las prendas, pero en realidad no las veía. Yo podía ver cómo su mente desenmarañaba una madeja de hilo con meticulosa paciencia, siguiéndolo desde un extremo hasta el otro a través de una espesura.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando los criados volvieron a marcharse.

Pasaron unos instantes, y me respondió:

—Los hombres llevan viviendo aquí desde hace mucho tiempo, Irina. Mi bisabuelo tenía una granja cerca de la ciudad. Los staryk gobiernan el bosque, ansían el oro, y salen a lomos de las ventiscas invernales para conseguirlo, pero hasta ahora jamás habían entorpecido la llegada de la primavera. —Mi

padre me miró con sus ojos claros y fríos, y supe que me estaba advirtiéndome cuando me dijo—: Sería bueno saberlo: ¿por qué?

Contaba con la promesa del rey staryk, pero no quería confiar en ella; aún me invadía el pánico de los almacenes. De todos modos, estaba tan cansada que me quedé dormida en el agua en cuanto me metieron en la bañera. Supongo que podría haber dormido tanto como hubiese querido, pero allí tumbada y dormitando, tuve una especie de sueño, el de encontrarme de pie en el umbral del salón de baile de la casa de mi abuelo, con la habitación vacía, las luces en penumbra, y el staryk burlándose a mi lado: «Os equivocasteis de fecha».

Me incorporé de golpe con un terror repentino, los ojos muy abiertos y un martilleo en el corazón. Por un momento me quedé mirando, confundida, la pared de la alcoba que tenía delante y que ya no era transparente, sino de un blanco opaco, y luego me arrastré con torpeza para salir de la bañera y me envolví en una sábana mientras me tambaleaba. No era la pared lo que había cambiado: lo que se había vuelto blanco era todo el mundo. El bosque quedaba tan sepultado que apenas sobresalía la pequeña copa de los pinos más cercanos, en forma de punta y cubierta por un manto grueso, sin que fuera visible ni una sola aguja verde por ningún sitio. El río había desaparecido por completo bajo aquel manto, y el cielo se había puesto de un blanco perlado en lo alto.

Lo observé con la sábana agarrada entre los puños, contra mi cuerpo, pensando en toda aquella nieve cayendo en mi hogar, en Vysnia, hasta que una de las sirvientas a mi espalda me dijo con timidez:

—¿Os vestiréis, mi señora?

Flek, Tsop y Shofer se habían esfumado ahora que el simple trabajo de un criado quedaba claramente por debajo de su rango, pero antes de marcharse habían dispuesto todo cuanto necesitaba. Shofer fue a darle a otro cochero la orden de tener el trineo preparado para mi viaje, y había hecho llamar a toda

una multitud de criados con diferentes expresiones de silencio y de premura, como si algún tipo de voz o de susurro hubiese corrido ya por el reino, y me hubiese cambiado a la vista de todos.

Me trajeron un vestido de seda blanca y gruesa, con un recubrimiento de un brocado blanco y bordado en plata y el cuello alto con encaje plateado y unas gemas transparentes alrededor de los hombros. Me pusieron la pesada corona de oro encima de todo aquello, y en un principio desentonaba, pero en cuanto me miré en el espejo y me di cuenta, surgió el oro y recorrió cada línea de plata desde lo más alto hasta el bordado del dobladillo. A mi alrededor, las mujeres soltaron la seda al bajar los brazos y apartar la mirada de mi rostro para dirigirla al suelo.

Iba a desentonar muchísimo más en la boda de Basia, como si fuera una muñeca de fantasía que alguien se hubiera imaginado sin restricciones en los costes y con poco sentido común. Aun así no les pedí que me trajeran otro atuendo. Llevaba a un rey staryk de invitado a una boda, y tenía la esperanza de matarlo en plena celebración; mi ropa sería lo de menos. Y si tenía la suficiente fortuna para escapar viva esa noche con mi vestido intacto, se lo vendería a alguna noble dama para reunir una dote para un casamiento de verdad. No me creía capaz de convertir la plata en oro en el mundo iluminado por el sol, pero aun así sería una mujer rica hasta el final de mis días gracias al vestido.

Así que mantuve la cabeza alta bajo el peso de la corona y dejé que su carga me obligara a deslizarme con paso majestuoso hasta la parte frontal de la habitación. Tsop y Shofer habían vuelto y me estaban esperando allí, cada uno con una caja pequeña pero llena de plata: más que nada, piezas de joyería de tamaño pequeño, una copa o dos, tenedores y cuchillos sueltos, platos y monedas sueltas que llenaban los huecos entre todo aquello. También se habían cambiado de ropa y ahora lucían atuendos del marfil más pálido. Tsop había cogido los botones de oro de la ropa antigua y se los había puesto a la

nueva. Los demás criados se inclinaron ante ellos y los miraron de soslayo al mismo tiempo.

Después entró Flek, también vestida de marfil y con su propia caja, seguida de una niña pequeña, una niña staryk. Era el primer niño que veía allí, y me resultó más extraña a la vista, si cabe, que los staryk adultos: era delgada y enjuta como un carámbano de hielo, y casi igual de translúcida, con sombras y venas de color azul oscuro visibles bajo la piel, una fina capa de hielo transparente. A su lado, los demás staryk parecían montañas nevadas, y ella un bulto helado en el que aún se debía acumular la nieve. Alzó la mirada hacia mí con los ojos muy abiertos y una silenciosa curiosidad.

—Dadivosa, ésta es mi hija, que ahora también es vuestra feudataria —dijo Flek en voz baja, tocó a la niña en el hombro, y la pequeña se inclinó para hacerme una esmerada reverencia.

Llevaba en las manos un collar fino de plata, un simple adorno que, evidentemente, no había querido dejar con el resto en la caja. Extendí la mano y fue lo primero que toqué.

Un oro cálido brotó a lo largo de todo el collar con el más tenue impulso de mi voluntad, y la niña dejó escapar el leve tintineo de un suspiro de alegría que lo hizo parecer más mágico que todo el trabajo que había hecho en las cámaras del tesoro. Muy despacio, me di la vuelta hacia la caja de Flek y toqué la parte superior de la pequeña pila de plata que había dentro. Todo resplandeció en oro de inmediato, del mismo modo rápido y veloz, como si hubiera conseguido llevar mi don a una nueva cota, como si ahora sí que hubiese podido convertir en oro tres almacenes llenos de plata sin ningún truco de por medio. Convertí también la de Tsop y la de Shofer, y ninguno de ellos se sorprendió ante la facilidad con la que sucedió. Terminé y les pregunté:

—¿Es admisible daros ahora las gracias, o es algún tipo de grosería?

—Mi señora, no rechazaremos nada que deseéis darnos —dijo Tsop sin poder contenerse, tras cruzarse la mirada los tres—. Pero siempre hemos oído

que, en el mundo iluminado por el sol, los mortales se dan las gracias los unos a los otros para llenar el vacío de lo que no consiguen compensar, y vos ya nos habéis dado tanto que no nos queda sino responder a ello con nuestra propia vida de servicio: nos habéis dado un nombre en vuestra lengua, nos habéis elevado muy alto y nos habéis llenado las manos de oro. ¿Qué son vuestras gracias en comparación con eso?

Cuando lo expresó de aquel modo —aunque no había considerado los nombres como un regalo que les hubiera hecho—, tuve que pensar en qué habría querido decir al darles las gracias, pues no se trataba de un gesto automático de cortesía. Anduve a tientas un rato. Había salido de golpe de mi dormitar, y aún me sentía algo torpe, como si me hubieran acolchado con lana el interior de la cabeza.

—Lo que quiero decir, o lo que queremos decir con ello, es el reconocimiento de un mérito —dije recordando de pronto a mi abuelo—. Los regalos y las gracias... Aceptamos de alguien lo que puede dar en ese momento, y se lo compensamos cuando la situación lo requiere, si podemos. Y claro que hay trampas, y deudas que no se pagan, pero hay otras que se pagan con intereses para compensarlo, y es más lo que uno puede hacer cuando no tiene que pagar sobre la marcha. Así que os doy las gracias —añadí bruscamente— porque habéis arriesgado todo cuanto teníais para ayudarme, y aunque ya consideréis justa la compensación, no dejaré de recordar el riesgo que habéis corrido y estaré encantada de hacer más por vosotros si puedo.

Me miraron fijamente y, pasados unos segundos, Flek alargó una mano y la posó en la cabeza de su hija.

—Entonces, mi señora —me dijo—, si no consideráis que va más allá de vuestro deber, os pediría: ¿le daríais a mi hija su verdadero nombre?

La expresión de mi rostro debió de reflejar la perplejidad que sentía, porque Flek bajó la mirada.

—El que la engendró no aceptó la carga cuando ella nació, y la dejó sin un nombre —susurró—. Y si se lo vuelvo a pedir ahora, aceptará, pero tendrá a

cambio el derecho de exigir mi mano, y ya no deseo dársela.

Desconocía lo que decían las leyes de los staryk sobre el matrimonio, pero sabía a la perfección lo que pensaba de un hombre que engendraba a un hijo y se negaba a reconocerlo: yo tampoco lo habría querido.

—Sí. ¿Cómo lo hago? —le pregunté, y después de que me lo contara, extendí la mano hacia la pequeña, que vino conmigo hasta el extremo opuesto del balcón, me incliné y le susurré—: Te llamas Rebekah *bat* Flek.¹ —Se me ocurrió un nombre que tendría un grado de dificultad considerable para un staryk que quisiera averiguar su significado.

Se le iluminó todo el cuerpo, como si alguien le hubiese encendido una llama dentro, y volvió corriendo con su madre.

—¡Mamá, mamá, tengo un nombre! ¡Tengo un nombre! ¿Te lo puedo contar? —le dijo.

Flek se arrodilló, la tomó entre sus brazos, la besó y le dijo:

—Duerme esta noche y guárdatelo en el corazón, mi copo de nieve, y me lo contarás por la mañana.

Me alegró ser testigo de su felicidad: en ese momento sentí que la compensación que les había ofrecido era justa, incluso por aquel día y aquella noche de terror que habían pasado todos conmigo, y si no volvía a verlos nunca, aun así tenía la esperanza de que les fueran bien las cosas. Sentía una punzada de culpa, porque no sabía con exactitud qué pasaría si mi plan triunfaba y dejaba vacante el trono de los staryk para que otro lo reclamase. ¿Significaría eso que mi escalafón había caído, y el de ellos caería con el mío? Sin embargo, esperaba que eso los situase en algún nivel inferior de la nobleza, en el peor de los casos. De todas formas, tenía que arriesgarme por el bien de mi propia gente, cada vez más enterrada en vida bajo esa interminable nieve que veía por la ventana.

Respiré hondo.

—Estoy lista para marcharme —anuncié, y casi al instante se abrió la pared de cristal y entró mi marido: ese al que pretendía asesinar.

Era por una causa justa, pero me sentía un tanto inquieta, y no le miré a la cara. Antes evitaba mirarle por lo terrible y extraño que parecía aquel brillo de unos carámbanos vivos; ahora lo evitaba porque de repente me daba la impresión de que me parecía alguien, como si fuera una persona. Había sostenido la mano de aquella pequeña estatua congelada de hielo que era la niña, y ahora era mi ahijada o algo muy similar, y cuando miraba a Flek, a Tsop y a Shofer, con el rostro iluminado por el cálido reflejo del oro de los cofres a sus pies, veía los rostros de mis amigos, amigos que me habían ayudado y que me volverían a ayudar si lo necesitaba. ¿Qué importancia tenía que allí no hablasen de amabilidad? Ellos la habían puesto en práctica conmigo con sus propias manos. Sabía cuál de aquellas dos cosas escogería yo.

Sin embargo, ellos hicieron que de repente me costase ver sólo el invierno en el rostro de mi esposo. Él no era mi amigo: todo él era una serie de monstruosas aristas de hielo que deseaban abrirme en canal y hacer brotar de mí el oro mientras engullía mi mundo. Aunque por ahora era un monstruo satisfecho: yo misma me había abierto en canal y le había llenado de oro dos almacenes enteros, y él tenía que igualar mi logro para cumplir con su propio sentido de la dignidad, de modo que vino a mí vestido con un esplendor a la altura del mío, como si pretendiera hacer honor a la ocasión, y se inclinó ante mí con la misma cortesía que si de verdad fuera su reina.

—Venid, entonces, mi señora, y partamos al casamiento —me dijo, y me sonó incluso educado, ahora, cuando más deseaba que se mostrase frío, mezquino y resentido.

Supongo que no tendría por qué haberme sorprendido: nunca me había dado nada que yo quisiera a menos que le hubiese obligado de antemano.

Miré a mis amigos una última vez, incliné la cabeza ante ellos para despedirme y salí con el rey. Bajamos juntos al patio. El trineo aguardaba con una pila de pieles blancas inmaculadas. El vestido y la corona me pesaban tanto que alargué la mano al costado para ayudarme a subir, pero, antes de que

podiese hacerlo, él me cogió por la cintura y me elevó sin esfuerzo al interior y ocupó su sitio a mi lado.

Los ciervos arrancaron con una levísima sacudida de las riendas del cochero, y la montaña pasó centelleante a nuestro alrededor. Sentía el viento en la cara, fuerte y dulce, no demasiado frío, mientras descendíamos veloces por el pasadizo hacia las puertas de plata para volver a salir al mundo con el susurro de los patines del trineo sobre el camino y las pezuñas de los ciervos como un ligero tamborileo. En apenas unos minutos ya avanzábamos con rapidez hacia el bosque. Los ciervos y el trineo volaban sobre la capa de nieve recién caída sin dejar más que unas leves huellas, y los árboles medio enterrados parecían extrañamente pequeños al pasar entre ellos.

Me fijé bien para ver qué hacía el staryk, qué hechizo o encantamiento utilizaba para abrir una senda hacia el mundo iluminado por el sol, pero lo único que hizo fue darse la vuelta y mirarme a mí casi de la misma manera especulativa, como si se estuviese preguntando si no podría yo utilizar alguna clase de magia inesperada.

—Esta noche no os responderé a ninguna pregunta —me advirtió entonces de forma abrupta.

—¿Qué? —Casi se me quebró la voz por la alarma. Por un instante pensé que lo había averiguado, que sabía lo que había planeado y que ya no íbamos a ninguna boda, sino a mi ejecución. Luego comprendí a qué se refería en realidad—. ¡Tenemos un acuerdo!

—Tan sólo a cambio de vuestros derechos. Vos no me habéis dado nada a cambio de los míos. No les otorgué ningún valor, y ahora veo que negocié falsamente... —Se interrumpió de golpe, giró la cabeza para mirar al frente y dijo muy despacio—: ¿Es ése el motivo por el cual exigisteis como compensación las respuestas a las preguntas de un ignorante? ¿Para mostrar vuestro desdén por mi insulto?

Permaneció allí sentado durante un momento de silencio, y, antes de que pudiera corregirlo, se echó a reír de pronto, como un coro de campanas que

entonase un largo canto sobre la nieve, un sonido desconcertante. Ni siquiera me lo había imaginado riéndose. Me quedé boquiabierta, medio atónita y medio indignada, y entonces se volvió hacia mí, me cogió la mano y la besó, y el roce de sus labios en mi piel fue como echar el aliento en un cristal congelado.

Fue tal la sorpresa que me produjo, que al principio no dije nada ni retiré la mano.

—Esta noche os desagruararé, mi señora, y os mostraré que he aprendido a valoraros mejor. No requeriré de más lecciones, después de ésta —anunció con un tono de ferocidad en la voz, y extendió el brazo fuera del trineo para abarcar el amplio paisaje cubierto de nieve.

Al principio lo miré confundida, preguntándome a qué se referiría, porque no había nada a nuestro alrededor, nada que ver salvo aquel insondable invierno. Un centenar de años de invierno que habían llegado de repente en un día de verano, cuando los staryk tenían que haber estado confinados tras las paredes de cristal de su montaña esperando a que el invierno regresara. Pero los staryk jamás habían sido capaces de contener la primavera durante tanto tiempo.

Cien años de invierno en un día de verano.

—Vos no habéis creado este invierno —dije de pronto con la garganta tensa y cerrada.

—No, mi señora —respondió sin dejar de mirarme con la enorme autocomplacencia de quien halla un tesoro oculto entre la suciedad de un abrevadero.

Un tesoro de oro, como siempre ansiaban los staryk; y cuando comenzaron a asaltarnos más, cuando comenzaron a venir con más frecuencia a por ese oro..., fue entonces cuando los inviernos empezaron a volverse cada vez más crudos. Y ahora —ahora— había dos almacenes inmensos repletos de un oro que brillaba y relucía como el sol; el calor del sol del verano atrapado en el

frío metal para que los staryk lo acumulasen en las profundidades del bastión del rey, mientras él sepultaba mi hogar bajo un muro de invierno.

Me sonrió, sin soltarme la mano; me sonrió, se volvió hacia el cochero y dijo:

—¡Adelante!

Y, con una sacudida, estábamos en el camino blanco, el camino del rey, como lo había llamado Shofer; el camino de los staryk que yo conocía y había divisado en la oscuridad del bosque durante toda mi vida. Se extendía ante nosotros como si hubiera estado siempre ahí, y también a nuestra espalda, hasta donde me alcanzaba la vista, como un interminable pasadizo abovedado. Aquellos extraños árboles de un blanco sobrenatural formaban hileras a ambos lados con las ramas cargadas de gotas de hielo transparente y de hojas blancas, y la superficie era de un hielo azul blanquecino, nublado. El trineo volaba por encima cuando, de golpe, me llegó a la nariz el fuerte y repentino olor de las agujas de pino y la resina, una lucha desesperada por la vida. El cielo comenzó a cambiar a través de la techumbre de ramas blancas sobre nosotros: el gris se fue tiñendo lentamente de azul por un lado y de un dorado naranja por el otro, el cielo de una noche de verano sobre un bosque invernal, y supe que habíamos salido de su reino y estábamos de vuelta en mi mundo.

Aún sujetaba mi mano en la suya. La dejé allí adrede, pensando en Judith y en el canto de su dulce voz para conseguir que le pesaran los ojos a Holofernes en su tienda, y en todo lo demás que había soportado antes allí. Era capaz de aguantar aquello. Estaba tan enfadada que me había enfriado por completo. Que pensara que me tenía y que podía tener mi corazón con sólo mover un dedo. Que pensara que traicionaría a mi gente y a mi familia con tal de reinar a su lado. Podía cogerme la mano el resto del camino si lo deseaba, como justa compensación por el regalo que él me había hecho, lo único que quería de él, al fin y al cabo: había perdido hasta el menor escrúpulo respecto a matarlo.

Capítulo 19

Algunos criados iban a veces al barrio judío: Palmira, la doncella de Galina, acudía a mirar por sus puestos cuando su señora quería alguna joya. Antes no se rebajaba a hablar conmigo si no era con impaciencia, cuando mi señora era la hija indeseada de la anterior esposa. Todo ese baile que se producía en los grandes salones y en los dormitorios también lo interpretábamos los del servicio en la estrechez de nuestros pasillos. Pero ahora yo era la criada de la zarina, que me valoraba lo suficiente como para haber enviado a alguien a buscarme, y así, cuando llamé a la puerta del vestidor de la duquesa, Palmira dejó de brillantar las joyas, se levantó, vino, me besó en ambas mejillas, me preguntó si estaba cansada del viaje y me ofreció su propio asiento junto a la pared, a la espalda de la chimenea de la alcoba. Envió a su doncella inferior a por una taza de té. Me senté encantada junto a la pared caliente y me tomé la infusión. Qué cansada estaba.

—¿El banquero? —respondió enseguida cuando le mencioné el nombre de Moshel—. No sé dónde vive, pero el administrador sí lo sabrá. Ula —le dijo a la joven—, tráenos unos kruschikis y unas cerezas, y después ve a decirle a panov Nolius que ha venido nuestra querida Magreta y que pregunta si se uniría a nosotras para tomar una taza de té: no deberíamos obligarla a recorrer toda la casa después de tanto viaje. —Aquél era otro pequeño paso de baile, ya que a Palmira le encantaba obligar al administrador a que fuera a verla, cosa que él no hacía, con la excepción de que en aquel momento estaba yo allí.

Y en efecto, allí estaba, con la pared caliente a mi espalda, y ya era demasiado mayor para seguir bailando. Me quedé sentada, tomándome el té, cogí otro cuenco de cerezas, me comí un kruschiki dulce y crujiente que se

deshacía y le di las gracias a panov Nolius cuando se dignó a venir y a sentarse a tomar el té con nosotras.

—Panov Moshel vive en la cuarta casa de la calle Varenka —me dijo con aire frío y estirado cuando le pregunté por aquel nombre—. ¿Desea su majestad solicitar un préstamo? Estaría encantado si puedo ser de ayuda.

—¿Un préstamo? ¿La zarina? —exclamé, confundida.

Irina me había hablado de un hombre del barrio judío, y yo me había imaginado a aquellos prestamistas en sus tenderetes, esos que se ponían las gafas redondas y estudiaban el anillo de plata que era de tu madre y luego te daban un dinero por él. Una nadería en comparación con el valor que tenía para ti, pero claro, era justo el dinero que te hacía falta en ese momento, porque una de las chicas que estuvieron metidas contigo durante horas en aquel cuarto oscuro se había escapado después a ver a uno de los soldados que os habían liberado a todas, y ahora necesitaba un médico, que no vendría sino a cambio de una buena cantidad de plata y en la oscuridad de la noche. Eso era lo que significaba para mí alguien que prestaba dinero en el barrio judío. No era alguien con quien tuviese tratos un duque ni una zarina.

Nolius disfrutó con que yo no tuviera la menor idea; podría ser la criada de la zarina, pero seguía siendo una anciana tonta que pensaba que el mundo estaba hecho de pequeñeces, mientras que él era el acreditado administrador del duque. Así que se irguió un poco, cogió un kruschiki y me dijo complacido y rebosante de saber:

—No, no. Panov Moshel tiene un banco, es un hombre de incuestionable valía, muy reputado. Colaboró en la gestión de los créditos para reconstruir la muralla de la ciudad después de la guerra y con gran discreción. Su excelencia el duque lo ha hecho venir a esta casa en ocho ocasiones, por negocios, y en todas ellas ha dado la orden de que se le trate con sumo respeto. Y Moshel no ha intentado sacar partido de ello ni una sola vez. Siempre viene a pie, no en carruaje; las mujeres de su familia visten con sobriedad, y él lleva una casa modesta. Jamás ha pedido un favor a cambio.

Siempre había pensado en la muralla de la ciudad como en algo que habían construido los soldados, y no con dinero, aunque por supuesto hubiera que pagarla de alguna manera: la piedra, el cemento, el rancho de los hombres y la ropa que se pondrían mientras la construían, pero aunque me hubiese llegado a imaginar todo aquello, no se me habría ocurrido que el dinero viniese de otro sitio que no fuera una cámara acorazada en alguna parte, un cofre lleno de oro como el que tendría un duque o un zar. No se me habría pasado por la cabeza que procedería de hombres discretos con abrigos sencillos que no se desplazaban en carruaje.

Nolius se inclinó para asegurarse de que comprendía que me estaba contando algo privado que sólo conocería alguien de su importancia, y añadió de un modo muy significativo:

—Ya se le hizo saber que tendría las puertas abiertas si se convertía. —Se apoyó en el respaldo y se encogió de hombros—. Pero él prefirió no hacerlo, y su excelencia quedó satisfecho igualmente. Le he oído decir: «Prefiero que mis asuntos estén en las manos de un hombre contento que en las de un hombre hambriento. Prefiero dejar los riesgos para el campo de batalla». Yo, desde luego, recomendaría a panov Moshel en caso de que su majestad deseara llevar a cabo cualquier arreglo financiero.

—Oh, no —le dije—. Se trata de otro tipo de asunto, un tema de mujeres. La nieta de este hombre le hizo un regalo a su majestad, uno que valora mucho, y ella desea corresponder con ocasión de la boda de la joven. Me ha pedido que busque un obsequio.

Nolius parecía perplejo, y miró a Palmira: estaba claro que los dos pensaban que les había embarullado con la historia, y estaban en lo cierto. Yo ya sabía que había dicho algo que no encajaba, pero no tenía importancia. Ésa sería la historia. Ya era lo bastante rara.

—Fue un regalo anterior a la boda de su majestad —añadí para que les resultara algo menos extraño.

—¡Ah! —dijo Palmira con mucha delicadeza, y enseguida ambos

decidieron dejar de presionar con aquella cuestión.

Al fin y al cabo, para ellos no tenía ningún sentido volver sobre aquellos días de antaño en los que quizá fueron groseros conmigo al cruzarnos por los pasillos, la época en que Irina y yo vivíamos en dos frías habitaciones que estaban demasiado altas en la casa para ser ella la hija del duque, una época en que Irina se habría alegrado con cualquier regalo que le hubiese podido enviar la nieta de un judío: una chica con gran visión de futuro, que había sido más inteligente que ellos y había plantado la semilla de una gratitud que podría florecer ahora.

—Bueno, pues tendrá que ser algo distinguido, por supuesto —afirmó Nolius con firmeza: se debía recompensar a cualquiera que hubiese tenido un gesto de reconocimiento con mi señora, igual que había que imponer un castigo a quienes la desatendiesen—. Nada de joyas, desde luego, ni dinero. Algo para la casa, quizá...

—Deberíamos pedir consejo a Edita —sugirió Palmira, refiriéndose al ama de llaves.

A Nolius también le alegraría que la hiciésemos venir, ya que él se había rebajado, y por allí llegó Edita unos minutos más tarde, se tomó un té con cerezas y me hizo algunas preguntas sobre el palacio del zar.

—Es un lugar demasiado frío para una vieja —le dije—. ¡Con esas ventanas por todas partes! Son dos veces más altas que esta pared —se lo mostré con la mano—, y la pared es tan larga como el salón de baile, y eso es sólo la alcoba. Hay seis chimeneas encendidas a la vez, para no helarte viva, y todo es de oro, absolutamente todo: las ventanas, las patas de las mesas y la bañera, todo. Seis mujeres para limpiar la habitación.

Suspiraron todos encantados, y Edita le dijo a Nolius:

—¡No envidio a quien sea que lleve esa casa! ¡Cuánto que administrar!

Nolius asintió en un gesto serio con la cabeza. Por supuesto que ambos rebosaban de una intensa envidia, pero, viendo que ninguno de los dos podía cargar con ello sobre sus espaldas, al menos se contentaban recordándose muy

felices el uno al otro que ellos también tenían una gran casa que llevar y que comprendían mejor que nadie lo difícil que era.

Aquella, sin embargo, no era una charla tonta: nos dio a todos una excusa para permanecer allí sentados un poco más y descansar en una habitación caldeada con el fuego a mi espalda, los cuatro muy juntos y con el té caliente, una excusa que todos necesitábamos, o de lo contrario seríamos unos malos criados que desatendían su trabajo. La duquesa no se quedaba a los malos criados. Edita le dio otro sorbito a su taza y me dijo pensativa:

—¿Y aquel mantel, querida Magreta? ¿Lo recuerdas, el regalo para la boda de la hija del boyardo que al final quedó en nada? Era un trabajo de costura maravilloso.

Lo recordaba, lo recordaba muy bien. Aquel boyardo era un hombre que había luchado por el duque, y por eso el señor deseaba que se le hiciese un buen regalo. Todo el mundo tenía entonces tanto trabajo como era capaz de abarcar, tanto la duquesa como sus doncellas, y yo, precavida, había ido bajando el ritmo con el paso de los años, para conservar las manos mientras Irina crecía. Me disculpaba y decía que tenía todo lo de la niña para coser, y terminaba las tareas que Edita me enviaba con un poco más de lentitud de lo que ella pedía, y así me asignaba algo menos. Aquel año, sin embargo, Irina ya había cumplido los catorce, de manera que nos subieron los cestos de la seda a nuestras pequeñas habitaciones, y Edita dijo con una sonrisa que ya era hora de que Irina fuese aprendiendo a realizar las labores más finas. Yo podía enseñarle. Y tenía que estar hecho en un mes, querida Magreta.

Y así fue como Edita, al final, consiguió recuperar todo el trabajo que yo le había estado tratando de ahorrar a mis manos. Me quedé hasta altas horas de la noche hilando la seda a solas, con los ojos y los dedos doloridos mientras mi niña dormía, porque ya se veía que no era hermosa, con esa cara pálida y delgada y la nariz afilada, y me daba miedo afearla más obligándola a entrecerrar los ojos y a inclinarse sobre el trabajo sin dormir lo suficiente. Por aquel entonces ya pensaba que no tendría un gran casamiento, pero al menos sí

habría alguna casa en algún lugar, quizá la de un hombre mayor que no la molestara demasiado, donde disfrutaría de una alcoba que no estuviese en lo alto de la escalera, y allí sería la señora. Y habría un rincón para mí donde me pudiese mecer junto a la cuna si venía algún niño, y sólo tejería cosas pequeñas.

Hilé la seda y la tejí con las agujas más finas, con las ramas y las flores del escudo del duque, para que cuando los recién casados sacasen el mantel en los días de fiesta, lo viesan al ponerlo en la mesa y pensarán en su patrón, el hombre que tal favor había mostrado para con ellos. Y, en efecto, todo quedó en nada poco más tarde. Llegaron unas fiebres. La hija del boyardo murió antes de la boda, el joven se casó con otra muchacha peor relacionada, y todas mis horas y mis esfuerzos quedaron doblados entre papeles y guardados en el armario de la duquesa para cuando ella tuviese otro regalo que hacer.

—Gracias, Edita, si es que puedes prescindir del mantel —le dije.

Era algo amable por su parte. Algo amable y una disculpa, ambas cosas, porque ella no había sido lo bastante hábil como para haberme prestado un poco de su ayuda y haberlo convertido en el trabajo de las dos. Así, la próxima vez que la duquesa tuviese que hacer un buen regalo, Edita no contaría ya con un mantel doblado en papel que poder sacar, y tendría que ser ella misma quien se ocupara de que lo hiciesen, sin disponer de un par de manos de sobra en el piso de arriba al que poder recurrir con tanta facilidad. Irina tenía ahora un regalo que ofrecer, un regalo que necesitaba, porque yo había conseguido conservar el aspecto lo suficiente como para que su padre no la abandonara allí en lo alto hasta quedar reducida a un simple par de manos útiles para las esposas de sus hermanos; su padre le había puesto una corona sobre ese cabello oscuro y brillante que yo le peinaba, y se la había entregado a un demonio por esposa.

—Bueno, faltaría más, después de todos tus esfuerzos con su costura —dijo Edita, con más facilidad ahora que le había aceptado su disculpa.

Me sonrieron los tres, aliviados, porque era demasiado vieja y estaba

demasiado cansada como para ponerme a bailar con ellos, como para mostrarme tan altiva como debía ahora que mi señora era la zarina, y porque no les pediría demasiado como pago por esa antigua deuda que habían contraído conmigo; costaba mucho recaudarlo. Y, bueno, lo que yo deseaba era volver arriba sin hacer ruido, a las pequeñas habitaciones, acercar mi dura silla al fuego y cerrar otra vez la puerta. Pero era tarde.

Nos terminamos el té y Edita me trajo el mantel. Nolius me hizo un dibujo de las calles de la zona donde estaba la casa, y me lo llevé todo arriba. El duque estaba fuera con Irina, en el balcón. Sus rostros enfrentados eran unas siluetas oscuras recortadas contra el cielo gris del fondo, un patrón tejido en forma de espejo. Ella era tan alta como él, y tenía su misma nariz. Mantuve la cabeza baja y me apresuré hacia un rincón durante los escasos minutos que pasaron hasta que el duque se marchó.

—Gracias, Magra —me dijo Irina distraída cuando volvió a entrar del balcón, mirando el mantel envuelto en papeles y medio desplegado sobre la cama.

Cogió su pequeño joyero de madera y lo abrió: una pesada cadena de plata y doce velas chatas de pura cera blanca descansaban en el fondo, y metió el mantel encima del resto. Lo tocó con los dedos, pero no se fijó en él, la verdad; no estaba pensando en manteles, en hilo, ni en aquel tiempo en que ambos se convirtieron en uno. No tenía por qué. Yo la había dejado dormir, y ahora podía pensar en coronas y en demonios, y eso sí tenía que hacerlo, o moriría.

Cerró la caja cuando entró el zar con una riada de sirvientes. Había venido a cambiarse de ropa. Miró a Irina con frialdad.

—¿Tenéis alguna otra cosa que poneros? —le preguntó mientras se dejaba caer en una silla y alzaba las piernas, una detrás de otra.

Los criados le tiraron de las botas para quitárselas, y él se levantó, se situó en el centro de la habitación y no hizo nada mientras ellos salían disparados a quitarle el abrigo, el cinturón, la camisa, los pantalones, todo.

—Tenéis el vestido azul —susurré a Irina, un vestido que yo misma le había estado cosiendo.

Lo habíamos apartado con las prisas previas al casamiento. No se pudo terminar a tiempo para incluirlo en el ajuar, y no era lo bastante grandioso para una zarina. Lo había estado haciendo con la idea de que se lo pusiera para sentarse a la mesa de su padre, para que realizara su gruesa trenza y le diese un poco de color en la cara. Pero Irina se marchó con su baúl en un trineo con el zar, y yo me quedé allí sola en aquellas habitaciones tan frías. Al menos, sabía que no tardarían en meter allí conmigo a otras doncellas, pero esperaba que me permitieran quedarme allí arriba, de modo que saqué el vestido azul y me puse a trabajar en él por mucho que me doliesen las manos, con la intención de arreglarlo para la duquesa en vez de para Irina: después lo habría bajado sin hacer ruido y se lo habría entregado a Palmira a la vista de la señora, con la esperanza de que aquel vestido bastase para que quisiera conservarme cosiendo para ella. Así que estaba terminado.

Irina asintió con la cabeza. No fui a buscarlo yo misma. Salí, busqué a otra de las doncellas y le dije que fuese a por el vestido a las habitaciones frías y lo bajase, y la joven lo hizo, porque yo, ahora, era lo bastante importante como para pasar una hora tomando el té con Palmira, con Nolius y Edita. Volví a entrar, e Irina estaba otra vez de pie junto al balcón, con la mirada fija en el bosque mientras el zar se encontraba completamente desnudo ante el fuego y rechazaba un abrigo, una camisa o un chaleco que le sacaban de las bolsas y las cajas apiladas en medio de la habitación como si formaran una pequeña empalizada. Ninguno importábamos allí, por supuesto, pero no es que no le importásemos al zar por ser criados: ni Galina ni el duque se quedarían ahí desnudos eternamente ante el espejo mientras escogían de entre todas las camisas de su vestuario, como si en el fondo de su ser no tuviesen la menor necesidad de sentir vergüenza por su desnudez, ni de cubrirse. El zar, sin embargo, estaba allí como si pudiera salir de la habitación y plantarse de tal guisa ante los ojos de todo el mundo, con la misma facilidad que para vestirse,

como si la ropa sólo le preocupara por el placer de su belleza, y si nada lo satisfacía, entonces no se molestaría y haría que fuesen todos los demás quienes se ocupasen de apartar de él la mirada o se viesan obligados a fingir que no estaba desnudo delante de ellos.

En cuanto a Irina, desplegué un biombo para crear así un lugar privado en un rincón de la estancia. Bajó la chica con el vestido azul, y ayudamos a Irina a vestirse en aquella pequeña esquina oscura. Cuando terminamos de ponérselo, recogimos el biombo, y el zar ya estaba por fin vestido, o casi: llevaba un abrigo de terciopelo rojo y un chaleco rojo bordado en plata, y le estaban calzando unos zapatos elegantes con hileras de joyas rojas enhebradas a lo largo de las costuras. Se levantó, se dio la vuelta y miró a Irina con un frío descontento.

—Salid —nos dijo a todos, y me tuve que marchar.

Me di la vuelta para mirar un instante a Irina desde la puerta, pero ella no parecía asustada. Estaba allí de pie, observándolo con una mirada firme, mi tranquila muchacha silenciosa cuyo rostro no dejaba entrever nada.

Volvieron a salir un poco después, y el vestido ya no era como antes. Era más ancho y estaba más lleno, y el azul se degradaba desde el intenso color oscuro de la cintura hasta un gris pálido en el dobladillo con una cascada de enaguas que caía por debajo; un bordado de plata seguía el recorrido de cada arista con un rastro de gemas rojas que parpadeaban ante mis ojos, y que yo jamás había cosido allí. Llevaba su joyero en los brazos, y las largas mangas se habían convertido en una gasa tan fina como un velo de verano, con más gemas rojas en hileras serpenteantes, como si el zar la hubiese salpicado con gotas de sangre extraídas de su casaca roja. Cerré las manos, la una sobre la otra, y bajé la mirada cuando pasaron, para no verlo. Yo misma había hecho el vestido igual que había cosido el mantel, a base de esfuerzo y de largas horas de trabajo, y sabía lo mucho de ambos que había sido necesario para terminarlo. Y de igual manera sabía cuánto habría costado aquel atuendo, ese que él le había puesto, y no quise pensar en cómo lo había pagado.

Wanda y Sergey bajaron a ayudar con la boda.

—¿Vienes, Stepon? —me preguntó Sergey, pero me eché a temblar al recordar toda aquella gente tan apretada en las habitaciones y en las calles, más gente de la que yo sabía que había en el mundo entero.

—No, no, no —le dije, y ellos no me obligaron, pero se marcharon; un rato después empezó a ponerse el sol, y a mí empezó a no gustarme estar solo en la habitación.

Estaba absolutamente solo, sin nadie, ni siquiera las cabras, y Wanda y Sergey se habían marchado. ¿Y si se habían vuelto a ir de verdad? ¿Y si alguien había venido a buscarlos y habían tenido que huir? Abrí la ventana y asomé la cabeza y miré hacia abajo, y entonces pude oír el ruido de abajo del todo, en el suelo. Había mucha gente fuera de la casa, y caballos también, pero en la calle ya estaba oscuro aunque el sol aún entraba por la ventana, y no pude verle la cara a nadie. No pude ver a Wanda ni a Sergey. Había una mujer con el pelo rubio, pero no estaba seguro de si era ella.

Volví a meter la cabeza, pero la casa se estaba poniendo tan ruidosa y tan llena de gente que seguí oyendo algo de ese mismo ruido incluso después de cerrar la ventana. Subía por la chimenea y se metía por debajo de la puerta. Se oía cada vez más, y entonces comenzó a sonar la música. Era una música muy ruidosa, y la gente se puso a bailar. La notaba en los pies, no sólo en los oídos. Me senté en la cama, me tapé las orejas con las manos, y aun así la notaba subir por toda la casa.

Aquello seguía y seguía. Fuera ya estaba completamente oscuro, y entonces sí que tuve miedo de verdad, pues ¿por qué iban a quedarse abajo Wanda y Sergey, con todo aquel ruido, a no ser que algo malo los obligara? Tenía la cara apretada contra las rodillas, y los brazos sobre la cabeza, y llamaron a la puerta. No les dije que podían pasar, porque habría tenido que quitarme los brazos de la cabeza, y panova Mandelstam entró de todos modos.

—Stepon, ¿te encuentras bien? —me preguntó.

Lo decía en serio, pero en realidad no, eso lo notaba. Ella estaba pensando en otra cosa. De todas formas, cuando vio que no le respondía nada y que no levantaba la cabeza, sí empezó a decirlo de verdad, se fue a coger la vela que nos había dejado en la mesa y le quitó dos trozos grandes de cera, los sopló hasta que dejaron de estar calientes y me dijo:

—Toma, Stepon. Ponte la cera en los oídos.

Pensé en probarlo. Saqué la mano sólo un momentito y cogí la cera. Todavía estaba blanda y templada. Me la apreté en el oído, se escurrió dentro de los huecos pequeños y dejó de estar tan templada, y los ruidos dejaron de sonar tan fuertes por ese lado. Aún los podía sentir en el cuerpo, pero ya no los oía tanto, así que me alegré mucho y cogí el otro trozo de cera, que también ayudó.

Panova Mandelstam me puso la mano en la cabeza y me acarició el pelo. Me gustó la sensación, pero ella ya estaba pensando en otra cosa, otra vez. Miró alrededor de la habitación como si estuviera buscando esa otra cosa, como si le preocupase.

—¿Están bien Wanda y Sergey? —le pregunté, porque eso me hizo recordar que yo también estaba preocupado.

Estaba tan contento de que el ruido hubiese mejorado tanto que se me había olvidado por un segundo.

—Sí, están abajo —dijo Panova Mandelstam.

Sonaba de un modo muy curioso y lejano por culpa de la cera que llevaba en los oídos, pero aun así la entendía.

Entonces volví a estar contento, y no preocupado, pero ella sí seguía preocupada, así que le pregunté:

—¿Qué estás buscando?

Se quedó allí de pie, echando un vistazo a la habitación, y después me miró a mí.

—¿Sabes una cosa? Se me ha olvidado. Menuda bobada, ¿verdad? —Me

sonrió, pero no lo hizo en serio, no era una sonrisa de verdad—. ¿Quieres bajar conmigo y tomarte un *macaron*?

Yo no sabía lo que era un *macaron*, pero pensé que si había alguien que se metía entre tanto jaleo para comérselos, entonces tenían que estar buenos, y me dio pena no poder ayudarla a encontrar lo que había olvidado.

—Muy bien —le dije—. Lo intentaré.

Me dio una mano, la cogí, y bajamos juntos. El ruido aumentó, pero no tanto como yo me temía. Cuanto más nos acercábamos, menos fuerte sentía el golpeteo en los dientes. Ahora oía la música y a la gente cantando la letra, aunque la cera me impedía entender lo que decían. Sonaban felices. Panova Mandelstam me llevó a una habitación grande: muy grande y con muchos hombres. Otra vez me dio miedo, porque algunos de ellos tenían la cara roja, hablaban a gritos y olían a bebida, pero no estaban enfadados. Estaban sonriendo, soltando carcajadas y bailando juntos, agarrados de las manos en un círculo, aunque en realidad no era un círculo, porque la habitación no era lo bastante grande y allí estaban muy apretados, pisándose los unos a los otros, aunque a ellos no parecía importarles. Pensé en estar arriba y en darle la mano a Wanda y a Sergey: esa sensación me daba. Sergey estaba con ellos, y en el centro de aquel círculo había un hombre joven que bailaba, y todo el mundo se turnaba para entrar al centro y bailar con él.

Pasamos a la siguiente habitación, que estaba llena de mujeres bailando rodeando a una mujer vestida de rojo con dibujos de plata brillante, que llevaba un velo que le llegaba casi hasta los pies y se estaba riendo y era muy guapa. Panova Mandelstam me llevó a una mesa con sillas vacías junto a la pared, y allí había una fuente llena de unas galletas ligeras y dulces, como si alguien hubiera metido una nube en el horno. Me la puso delante, y también me dio otras cosas de comer en gran cantidad: unas rodajas gruesas de una carne blanda que yo no había probado nunca y que me dijo que era ternera, y también pollo asado, pescado, patatas, zanahorias, buñuelos y unas verduras pequeñas de color verde, y un trozo grande que había arrancado de un pan dulce y

amarillo. Me senté allí y comí, y seguí comiendo, y todo el mundo estaba feliz —yo también lo estaba—, salvo panova Mandelstam, que estaba sentada a mi lado y no parecía feliz. No dejaba de mirar por la sala en busca de lo que fuese que estuviera buscando, y no estaba allí. La gente no dejaba de acercarse a hablar con ella, y cuando lo hacían, ella se distraía durante un rato y se le olvidaba que estaba buscando algo, pero cuando se marchaban, se acordaba y se ponía a buscar otra vez.

—¿Dónde está Wanda? —le pregunté.

—Wanda está en la cocina, cielito mío, ha estado ayudando a traer la comida —dijo panova Mandelstam, y entonces vi a mi hermana donde ella me acababa de señalar, así que no era a Wanda a quien ella buscaba.

Se fijaba ahora en la novia, que bailaba otra vez en el centro, y trataba de sonreír, pero enseguida dejaba de hacerlo.

Todo el mundo comenzó a dar palmas al mismo tiempo, y los hombres vinieron a esta habitación con el novio a la cabeza. Todos se levantaron y empujaron todas las sillas y las mesas a los extremos de la habitación, y las mujeres, en su círculo, dejaron espacio para que los hombres pudieran estar también allí dentro. Uno de los hombres tomó una silla en la que no se sentaba nadie y la colocó en el centro de su círculo, y el novio se sentó en ella, y una de las mujeres puso una silla para la novia, también en el centro de su círculo. Yo estaba esperando a ver qué hacían, pero no hicieron nada. Se quedaron quietos de repente, porque alguien había llamado a la puerta.

Había muchísimo ruido en la habitación. Todo el mundo estaba cantando, riendo y charlando tan alto que casi se gritaban, porque si no, no se oirían los unos a los otros, y estaba sonando la música. Pero la llamada de aquellos nudillos sonó más fuerte que todo eso. Sonó tan fuerte que atravesó la cera que llevaba en los oídos, y los dos pegotes se me cayeron al suelo. Pero el ruido de la sala no me molestó más cuando se me cayó la cera, porque después de que llamaran a la puerta no quedó ningún ruido. Nadie hablaba, y la música había parado.

En un lado de la habitación había dos puertas grandes que daban al patio, y era allí donde habían llamado. Un momento después volvieron a llamar. Me dio la misma sensación que había tenido con la música cuando estaba arriba, al atravesar la casa. Así martilleaba. Me tembló en los huesos y me dio miedo.

Entonces, panova Mandelstam se levantó de pronto y echó a correr para atravesar la sala apartando a todo el mundo, y panov Mandelstam también se abría paso entre los hombres; agarraron las puertas y tiraron de ellas para abrirlas. Nadie se lo impidió. Yo quería decirles: «No, no, no», pero no pude decir nada. Me dieron ganas de esconder la cabeza, pero pensé que así me imaginaría algo peor de lo que en realidad sería.

Pero no me podría haber imaginado algo peor. Eran los staryk.

Sergey y Wanda estaban a mi lado. Habían venido conmigo en cuanto llamaron a la puerta, y ahora estaban de pie junto a mí, Sergey con una mano en el respaldo de mi silla. Él era tan alto que podía ver por encima de la cabeza de los demás; le oí coger aire y pensé que estaba asustado. Yo también lo estaba. Todo el mundo lo estaba. Eran los staryk, dos de ellos, con coronas en la cabeza: un rey y una reina, que también iban cogidos de la mano. El rey era tan alto como Sergey. La reina no lo era, pero su corona era tan alta que casi lo compensaba, entera de oro, y llevaba un vestido blanco y dorado. Se quedaron en la puerta, y nadie se movió.

Entonces, un hombre salió del gentío. Era mayor, tenía la barba blanca y el pelo blanco. Se detuvo delante del staryk y dijo:

—Soy Aron Moshel. Ésta es mi casa. ¿Qué buscáis aquí?

El staryk dio un paso atrás cuando el anciano les dijo su nombre, y se quedó mirándolo desde su altura. Temí que aquel rey le fuese a hacer algo malo. Pensé que podría ponerle la mano encima y tocarlo, y el viejo caería al suelo y se quedaría allí tumbado igual que le pasó a Sergey en el bosque, como si ya no hubiera nadie dentro de él. En cambio, el staryk le respondió:

—Venimos por una invitación y por fidelidad a una promesa que se hizo: la de bailar en la boda de la prima de mi señora.

Su voz sonaba como los crujidos que hace un árbol cuando está cubierto de hielo. Giró la cabeza hacia la reina, y panova Mandelstam hizo un ruido; la reina se volvió hacia ella y la miró, y al final me di cuenta de que no era una staryk. No era más que una chica con una corona, y estaba llorando, igual que panova Mandelstam. Y entonces pensé que aquella chica era su hija, y por fin me acordé de todo: panova Mandelstam tenía una hija. Tenía una hija que se llamaba Miryem.

Todo el mundo seguía muy quieto, y entonces el viejo panov Moshel dijo:

—Pues entrad, sed bienvenidos y alegraos con nosotros.

Y entonces pensé otra vez: «No, no, no», pero aquella no era mi casa, era la suya, y el staryk entró con Miryem. Había dos sillas vacías mirando al baile, y se sentaron en ellas. La gente seguía sin moverse incluso después de aquello, así que panov Moshel se volvió a los músicos y les dijo con una voz muy dura y decidida:

—¡Esto es una boda! ¡Tocad! ¡Tocad la danza de la *hora*!

Entonces los músicos empezaron a tocar un poco, y él se puso a dar palmas con ellos y se giró para mirar al resto de la sala y para mostrarnos a todos cómo lo hacía. Poco a poco, todo el mundo empezó a dar palmas y también zapatazos, como si trataran de hacer tanto ruido como cuando habían llamado a la puerta.

Yo no creía que nada pudiera conseguir aquello. Nosotros sólo éramos personas. Pero los músicos empezaron a tocar más alto, y todo el mundo se puso a cantar, y la canción se volvió más y más fuerte, y todos a nuestro alrededor se levantaban para unirse a los que ya estaban de pie. Se cogieron de las manos y empezaron a bailar de nuevo, todos ellos: los niños que no eran tan mayores como yo se levantaban y se ponían a bailar, y lo mismo hicieron los que eran muy viejos: más que nada se quedaban en el exterior dando palmas, pero todos los demás formaban otra vez unos círculos grandes y bailaban veloces, un círculo de hombres y otro de mujeres. La novia y el novio

estaban dentro de aquellos círculos, como si los presentes los estuviesen protegiendo.

La gente de los círculos se acercaba hacia el centro, todo el mundo con las manos en alto al mismo tiempo, y volvían a alejarse. Los invitados bailaban excepto Wanda, Sergey y yo: nos habíamos quedado fuera observando, temerosos, y al otro lado del círculo estaban el rey staryk y Miryem, también sentados en las sillas y mirando. Él mantenía cogida la mano de ella. El círculo nos pasaba por delante lleno de gente extraña, que yo no conocía, pero entonces vi a panova Mandelstam, que venía hacia nosotros, se soltó de la mujer que tenía a su lado y extendió la mano, y Wanda alargó la mano hacia la de ella.

Panov Mandelstam venía hacia nosotros en el otro círculo, pero yo no quería entrar en la rueda, quería escabullirme bajo la mesa y quedarme al margen. Pero panova Mandelstam nos lo estaba pidiendo, deseaba que participásemos y ayudáramos a formar los círculos. A mí me daba miedo y no quería, pero Wanda se levantó y entró, y no podía dejar que mi hermana fuera sola, así que, cuando panov Mandelstam nos ofreció la mano, la cogí, le di la otra a Sergey y entramos también en el baile.

Entonces, todo el mundo en la casa estaba bailando excepto Miryem y el staryk, pero el círculo seguía en marcha, y panova Mandelstam le ofreció la mano a su hija. Yo no quería que lo hiciese, no quería bailar con el staryk y con su reina aunque la chica fuese la hija de panova Mandelstam. Pero la mujer le ofreció la mano, y Miryem la cogió y se levantó. Tiraban de ella hacia el círculo, y el rey staryk no le soltaba la mano, así que él también se levantó y vino bailando con ella.

Algo extraño sucedió cuando empezamos a bailar. Estábamos en dos círculos, pero, no sé cómo, cuando él se unió, sólo hubo un círculo formado por todos, y yo tenía sujeta la mano de Wanda aunque nunca me llegué a soltar de panov Mandelstam. Al seguir avanzando, la gente mayor de fuera del círculo comenzó a entrar, y bailaban a pesar de ser tan mayores, y los niños

bailaban a pesar de que no tuviesen estatura suficiente para llegar a cogernos de la mano sin levantar los pies del suelo.

Aunque ya habíamos estado muy apretados, ahora había sitio para todo el mundo, porque ya no estábamos dentro. Ya no teníamos un techo sobre la cabeza. Estábamos al aire libre, en un claro nevado, rodeados de árboles blancos, unos árboles blancos que eran iguales que el árbol de Ma, y en lo alto había un círculo grande y gris de cielo y no sabíamos si era de día o de noche. Estaba demasiado ocupado bailando como para tener miedo o frío. No sabía cómo bailar ni cantar aquella canción, pero eso tampoco importaba, porque me ayudaban todos los demás del círculo, que tiraban de mí, y lo que importaba era que habíamos decidido estar allí.

Los novios seguían en el centro del círculo, en sus sillas. Se agarraban de las manos el uno al otro, con fuerza. Bailamos hacia dentro, hacia ellos, y después otra vez hacia fuera, y unos hombres salieron del círculo, pero sin dejar de bailar. Llegaron al centro, se agacharon, agarraron las sillas y las levantaron del suelo con los novios aún encima, y empezaron a llevarlos juntos por allí, moviéndolos arriba y abajo sin dejar de cantar aquella canción. Sonaba tan fuerte y tan alto que llegó a ser mayor que la llamada del staryk en la puerta. Era tan fuerte que la notaba por todo el cuerpo, todo el rato, pero no me asustó igual que me había pasado antes con el ruido. Ahora no me importaba sentirlo dentro de mí. Era como si el corazón me latiese con la música, al mismo tiempo, y no podía respirar, pero estaba feliz. Todo danzaba. Los árboles también, con el balanceo de las ramas, y las hojas hacían un ruido como si cantasen.

Seguíamos bailando, e íbamos rápido, pero yo no me cansaba. Los hombres sí se cansaron de llevar las sillas, pero salieron otros corriendo a ayudarlos, los sustituyeron y continuaron llevando a los novios de aquí para allá. Incluso Sergey fue a ayudar una vez, lo vi salir y después volver. Todos seguíamos moviéndonos, y nadie quería parar. Permanecimos bailando bajo aquel cielo

gris, bailando y bailando, y pensé que a lo mejor bailaríamos para siempre, pero el cielo empezó a oscurecerse.

No se oscureció como cuando el sol se pone. Se oscureció como cuando se despejan las nubes en una noche de invierno, que primero se esfuman un poco y dejan un trocito de cielo despejado, y después un poco más, y luego otro poco más, hasta que en lo alto sólo queda un enorme cielo nocturno, y en él brillaban todas las estrellas por encima de nosotros, aunque no eran las estrellas correctas para la primavera; eran las estrellas del invierno, muy intensas y relucientes en aquel cielo limpio, y toda la nieve bajo nuestros pies y las flores blancas de los árboles les lanzaban destellos en respuesta. Paramos todos de bailar y nos quedamos juntos mirando las estrellas, y entonces dejamos de estar fuera, estábamos otra vez dentro de la casa, y todos aplaudían y se reían, porque habíamos hecho una canción. A pesar del staryk, a pesar del invierno, habíamos hecho una canción.

Entonces sonó un gran estruendo metálico como el de la campana de una iglesia, pero muy cerca, justo al otro lado de la puerta, y todos dejamos de reírnos. La campana empezó a dar las doce de la noche. El día se había acabado, y también la canción. La música se había acabado. La boda se había terminado, y el staryk seguía allí. Habíamos hecho la canción a pesar de él, pero la canción no había logrado que se marchase. Estaba de pie en el centro de la sala, y todavía tenía cogida la mano de Miryem.

Se volvió hacia ella y le dijo:

—Venid, mi señora, el baile ha terminado.

Cuando habló, todo el mundo se apartó de él, tanto como pudieron en aquella habitación. Sergey y yo también quisimos apartarnos, pero cuando lo intentamos, nos quedamos quietos, porque Wanda nos tiró de la mano y no se movió.

Panova Mandelstam aún tenía cogida la otra mano de Miryem, la sujetaba con fuerza y no se iba a mover. Siguió allí con su hija y no la soltó, y panov Mandelstam la sujetaba a ella, y Miryem tampoco quería soltarlos a ellos. El

staryk los miró con el rostro todo contraído, con las cejas como unos carámbanos afilados que brillaban.

—Soltadla, mortales, soltadla —les ordenó—. Una sola noche de baile es lo que conseguí de mí. No os la quedaréis. Ya es mi señora, y ha dejado de pertenecer al mundo iluminado por el sol.

Sin embargo, panov Mandelstam no se soltaba, y panova Mandelstam tampoco. Miraba fijamente al staryk con una cara pálida y enfermiza, y no decía nada; sólo hizo un pequeño gesto negativo con la cabeza. El staryk levantó la mano, y Miryem gritó: «¡No!», e intentó soltarse la mano de panova Mandelstam, pero ella seguía sin liberarla, y en ese momento se volvieron a abrir de golpe las puertas del lateral de la habitación, con tanta fuerza que todos los que estaban cerca tuvieron que saltar o quitarse de en medio enseguida. Golpearon con estruendo contra las paredes.

Allí de pie, en la puerta, había otro rey y otra reina. Sólo la reina llevaba corona, pero yo sabía que él era un rey, porque se trataba del zar y la zarina a los que habíamos visto aquel mismo día en su trineo, entrando por la puerta antes que nosotros, después de haber esperado y esperado. El zar echó un vistazo a la habitación, miró al staryk y soltó una carcajada, igual que se reiría un fuego, y el staryk se quedó muy quieto.

—*Irina, Irina* —dijo el zar—, *¡has cumplido tu promesa, y está aquí!*
¡Dame la cadena!

La zarina abrió la caja, sacó una cadena de plata y se la dio, y el zar entró en la sala sonriendo y enseñando los dientes. Ninguno de nosotros se interpuso en su camino. Estábamos todos apretados contra las paredes, hasta donde podíamos.

Pero el staryk dijo de pronto con una voz fiera:

—¿Piensas que te será tan sencillo capturarme, devorador? Nunca había visto tu rostro, pero conozco tu nombre, Chernobog.

Saltó hacia delante y agarró la cadena por el centro con ambas manos. El hielo surgió de repente, disparado por la cadena, con las puntas largas y

afiladas de unos carámbanos saliendo del metal como si soplara de golpe toda una ventisca, y el hielo recorrió toda la cadena hasta las manos del zar y ascendió por ellas. El zar aulló y soltó la cadena. El staryk la lanzó al suelo a su espalda con un ruido muy fuerte y golpeó al zar con el dorso de la mano.

Pa me pegaba a mí así a veces, o a Wanda o incluso a Sergey, y Pa era un hombre muy grande y muy fuerte, pero hasta cuando me pegaba a mí, yo sólo me caía al suelo. Pero cuando el staryk golpeó al zar, fue como si le pegase a una muñeca de trapo. Le levantó los pies del suelo, e incluso después de aterrizar de nuevo con fuerza contra el piso, todo su cuerpo se fue deslizando hasta que se estampó contra la tarima y se le cayeron encima algunos instrumentos con un horrible ruido de cuerdas alrededor de él.

Al ver cómo le había zurrado, pensé que debía de estar muerto. Cuando Pa cogió el atizador para pegar a Wanda, pensé que la iba a matar si le pegaba con aquello, pero Pa no podía pegarle con tanta fuerza como para que todo su cuerpo atravesara toda la habitación, ni siquiera con el atizador. Pero el zar no estaba muerto. Ni siquiera se quedó allí tumbado en el suelo, alegrándose de no estar muerto, ni tampoco trató de esconderse para que no le pegaran otra vez. Se volvió a poner de pie. No se levantó sin más, sino que lo hizo de un modo extraño y retorcido, y le salía sangre por la boca, tenía todos los dientes rojos, y soltó un bufido al staryk, y cuando lo hizo, la sangre empezó a quemarse y a salirle humo por la boca, y tenía los ojos rojos.

—¡Salid! —gritó de repente la zarina—. ¡Todo el mundo, huid todos, salid de la casa!

Fue como si hubiera provocado una estampida. Todos comenzaron a salir de la habitación. Algunos pasaron corriendo por delante de ella y salieron al patio por las puertas abiertas; otros regresaron por la entrada a la otra habitación donde habían estado bailando los hombres, y otros salieron por la cocina. Por allí se fueron corriendo los novios, cogidos de la mano. La gente se llevaba a los niños pequeños y ayudaba a las personas mayores. Todo el mundo se marchaba.

Pensé que nosotros también deberíamos irnos, pero Wanda no quería. Miryem estaba intentando que panova Mandelstam se marchase con el resto del mundo, pero ella tampoco quería irse. Se agarraba con las dos manos a la mano de su hija, y no la soltaba.

—¡Padre, por favor! ¡Mamá, te matará! —dijo Miryem.

—¡Mejor será morir! —le gritó panova Mandelstam.

—Vete tú, huye tú —le decía panov Mandelstam, que intentaba rodearla con el brazo.

Miryem negó con la cabeza, se dio la vuelta y gritó:

—¡Wanda! ¡Wanda, por favor, ayúdame!

Así que Sergey y yo no podíamos irnos, porque Wanda había ido corriendo hacia ella. Miryem empujó a su madre hacia Wanda y le dijo:

—¡Llévatela de aquí, por favor!

—¡No! —gritó panova Mandelstam, que seguía agarrada con fuerza.

Me daba cuenta de que Wanda no sabía qué hacer. Quería hacer lo que le pedía Miryem, y quería hacer lo que le pedía panova Mandelstam. Tenía tantas ganas de hacer las dos cosas que no podía marcharse de aquella habitación, así que yo tampoco podía irme, porque no podía dejar a Wanda y a Sergey allí dentro.

Durante todo aquel rato en que ellas discutían, el zar y el staryk se estaban peleando, aunque el zar no peleaba como un zar. Yo pensaba que un zar combatiría con una espada. Sergey a veces me contaba unas historias que Ma le había contado a él sobre unos caballeros que mataban monstruos. Un caballero bajó una vez por nuestro camino. Yo estaba con las cabras, y lo vi venir desde muy lejos. No lo vi utilizar su espada, pero sí salí por el camino tanto como pude con tal de seguir viéndolo. Y pude hacerlo durante bastante rato, porque no iba muy rápido. Llevaba una espada, tenía una armadura y dos muchachos caminaban con él guiando un caballo de refresco y una mula con equipaje. Después de haberlo visto y de saber qué era un caballero, yo a veces

combatía con una espada en el campo cuando estaba con las cabras, aunque sólo era un palo, pero yo fingía que era una espada.

Pensaba que un zar sería como un caballero, sólo que con una armadura más espléndida y una espada más grande, pero el zar ni siquiera llevaba armadura. Tenía puesta una casaca de terciopelo rojo que sí había sido espléndida, pero ahora estaba rota, húmeda y chamuscada. Y no tenía una espada. Peleaba con las manos, intentando atrapar al staryk, pero no dejaba de fallar. No sabía cómo fallaba tanto, porque el staryk estaba justo ahí. Pero el zar se lanzaba a agarrarlo, y el staryk ya no estaba en el mismo sitio al que se había abalanzado. Y cuando cogía una silla o una mesa que estaba de por medio, o si ponía la mano en el suelo, entonces olía a humo, y cuando apartaba la mano, quedaba una marca quemada con la forma de la mano. En la cara tenía algo en lo que no me podía fijar durante demasiado tiempo, o de lo contrario me hacía sentir como si el zar me estuviera poniendo encima aquella mano ardiendo, dentro de la cabeza.

Pensé que en realidad no era un zar. Era Chernobog, aquel nombre que había dicho el staryk, el nombre de algo que era como el staryk, otro monstruo más. Yo no quería que venciese el staryk, pero tampoco quería que venciese Chernobog. Esperaba que, a lo mejor, pudieran seguir peleando para siempre, o al menos lo suficiente para que nos diese tiempo a escapar a todos. De todas formas, podía ver que el staryk acabaría ganando. Chernobog era un monstruo, pero seguía dentro de una persona. Cada vez que fallaba, el staryk le daba un golpe, como si se turnasen, y el zar ya empezaba a tener sangre por todas partes. La cara se le había puesto muy rara y se le había hinchado, y eso me hizo pensar en cuando a Pa se le cayó el puchero de kasha encima. No quería mirarle, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Me daba miedo que si me tapaba los ojos, el staryk venciese cuando yo no estaba mirando. Entonces vendría y mataría a panova Mandelstam y a panov Mandelstam. No es que me creyera capaz de impedirselo con la mirada, y no quería ver cómo pasaba, pero tampoco quería volver a abrir los ojos después y ver que había pasado.

La zarina había rodeado la pelea para ir corriendo hacia Miryem.

—¡La cadena de plata! —le dijo—. ¡Necesitamos la cadena de plata para reducirlo!

Panov Mandelstam se dio la vuelta y recogió del suelo la cadena de plata. Estaba rota en dos trozos y esos trozos parecían demasiado cortos para rodear por completo al staryk. Sin embargo, la zarina se llevó las manos al cuello y se quitó el collar. Estaba hecho de plata, brillaba y era tan bonito como copos de nieve que cayesen por delante de una ventana. Metió uno de los extremos del collar por la primera mitad de la cadena, pasó el otro extremo por la otra mitad y cerró el collar, y de nuevo era una larga cadena entera, de principio a fin. Panov Mandelstam tomó entonces la cadena de sus manos.

El zar se fue otra vez a por el staryk, bufando, aunque su cara estaba toda roja de sangre, y no sólo la cara. Tenía los dedos torcidos en un sentido antinatural, y las piernas se le doblaban como una ramita que está partida por la mitad, pero seguía lanzando los brazos hacia delante. El staryk se apartó de él a toda velocidad, igual que si intentas atrapar una mosca y crees que la tienes, y entonces abres la mano y no está ahí, y luego te vuelve a zumbiar en el oído. Pero él no era una mosca. Estaba de pie junto a la chimenea. Cuando empezaron a pelearse, estaban en el centro de aquel gran salón, pero ahora se habían ido hacia un extremo. Todo el tiempo en que se estuvieron peleando, el staryk había obligado al zar a perseguirlo cada vez más cerca de aquella chimenea. Lo había hecho todo a propósito, y allí estaban ahora, y cuando el zar falló esta vez, el staryk lo agarró a él.

De las manos del staryk salió una gran nube de vapor con un resoplido, y fue como si aquello le doliese, pero aun así agarró al zar, lo lanzó a la chimenea y le dijo:

—¡No salgas del lugar al que perteneces, Chernobog! ¡Por tu nombre te lo ordeno!

De la boca del zar salió un rugido terrible, como si crepitase, y en el sitio donde tenía los ojos y la boca, bien abiertos, se veía fuego en su interior, pero

el resto de su cuerpo se quedó como si estuviera muerto. El sonido crepitante se convirtió en una voz.

—¡Levanta! ¡Levanta! —dijo como si hablase consigo mismo y no se estuviese escuchando.

No se levantaba. Se quedó allí tumbado en la chimenea y no se movió.

El staryk estaba encima de él, con las manos juntas y observando para ver si salía de aquella chimenea y entonces panov Mandelstam echó a correr hacia él y trató de lanzar la cadena y rodearlo con ella.

Yo no lo vi, porque dejé de mirar justo cuando el padre de Miryem empezó a correr. Pensé que el staryk lo iba a matar, pero después no quise verlo, así que bajé la cabeza y me la tapé con los brazos, y entonces panova Mandelstam gritó: «¡Josef!», y Miryem dijo: «¡No!», y no pude evitar mirar. Panov Mandelstam estaba tirado en el suelo y no se movía. Pensé que estaba muerto, pero entonces se movió, y vi que no era así, pero la cadena tampoco estaba alrededor del staryk. Estaba en el suelo bastante lejos de él. Panova Mandelstam había ido corriendo junto a su marido, y ahora estaba de rodillas, a su lado. Miryem corrió y se puso delante del staryk, y de repente se quitó la corona de la cabeza, la tiró al suelo con un estruendo metálico y dijo a voces:

—¡Jamás volveré con vos si les hacéis daño! ¡Antes moriría! ¡Lo juro!

El staryk tenía la mano levantada como si le fuera a hacer algo a panov Mandelstam, pero se detuvo cuando Miryem le dijo aquello. Y no quería parar, estaba enfadado.

—¡Me importunáis como una lluvia de verano! —le gritó a Miryem—. ¡Él ha venido a mí con una cadena para reducirme! ¿Acaso no debo responder?

—¡Vos vinisteis antes! —le gritó ella—. ¡Vinisteis antes y me llevasteis con vos!

El staryk seguía enfadado, pero después de un momento soltó un gruñido y bajó la mano.

—¡Ah, muy bien! —Lo dijo como si aquello siguiera sin gustarle mucho pero tal vez no se tomara la molestia de matar a panov Mandelstam. Entonces

le ofreció la mano a Miryem—. ¡Y ahora venid! ¡Es tarde, y se ha acabado el tiempo, y jamás os volveré a traer aquí, para que me insulten unas manos débiles que osan pensar que pueden apartaros de mí!

Hizo un gesto con la otra mano hacia las puertas. Se volvieron a abrir, y fuera ya no estaba el patio. Era el bosque en el que habíamos estado bailando, pero ya no había estrellas, sólo aquel cielo gris y el trineo del que tiraban esos monstruos, esperándolos a ellos.

Miryem no quería ir con él. Yo tampoco habría querido ir con él, así que me dio pena por ella, pero aun así quería que se fuera. Quería que cogiese al staryk de la mano, porque él entonces sólo se la llevaría a ella, y no volvería. En ese caso, Chernobog se quedaría atrapado en la chimenea, el staryk se habría ido, y todos estaríamos a salvo. Los Mandelstam no morirían. Deseé con todas mis fuerzas que Miryem se marchase.

Miryem volvió la mirada hacia sus padres, le vi la cara y sentí un enorme alivio dentro de mí, porque pude ver que lo iba a hacer. Me dio lástima porque estaba llorando, y eso hizo que se me revolviera el estómago y se me hiciera un nudo por dentro al pensar qué pasaría si fuera yo, si panova Mandelstam fuese mi madre y yo tuviera que separarme de ella e irme con el staryk, pero aun así me alegraba. También me daba miedo, porque ¿y si Miryem cambiaba de opinión? Pero no lo hizo. Sólo se había dado la vuelta una última vez para verlos, y se volvió a girar hacia el staryk, aunque estaba llorando, y dio un paso hacia él.

—¡No! —gritó panova Mandelstam, pero ya no tenía a Miryem cogida de la mano, estaba arrodillada en el suelo con la cabeza de panov Mandelstam en su regazo, muy lejos de su hija. De todas formas, extendió el brazo y la llamó—: ¡Miryem! ¡Miryem!

El staryk hizo un sonido de enfado.

—¡Y aún osas! —le bufó a panova Mandelstam—. ¿Piensas que la retendrás? ¡La victoria está de mi lado esta noche, y el devorador ha caído abatido! Ahora cerraré el camino blanco durante toda una vida de los hombres

y mantendré mi reino aislado hasta que hayan muerto todos los que conocen el nombre de mi dama, ¡y no os dejaré ni las virutas de la memoria con las que tratar de aprehenderla!

Fue a coger a Miryem de la mano y tiró de ella hacia la puerta, y yo me alegré tanto de que el staryk se marchase que, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo Wanda, no tuve el tiempo suficiente como para que me diese miedo o para dejar de mirar, así que tenía los ojos bien abiertos cuando mi hermana le lanzó la cadena y lo rodeó con ella.

Entonces vi lo que había hecho el staryk para librarse de ella la última vez, porque estuvo a punto de hacerlo de nuevo. Se retorció para salir de debajo de la cadena, pero esta vez cuando lo hizo, Miryem se lanzó al suelo, y, al tenerla cogida de la mano, hizo que el staryk perdiese un poco el equilibrio. Wanda bajó los brazos enseguida y mantuvo la cadena alrededor de él. Así, cuando el staryk se volvió a levantar, seguía dentro de la cadena. Puso tal cara de enfado que se le iluminó de blanco. No soltó la mano de Miryem, pero extendió el otro brazo, agarró los extremos de la cadena y tiró de ellos.

Estuvo a punto de levantar a Wanda del suelo, pero Sergey cruzó la sala corriendo hacia ella y también agarró la cadena. Él sujetó un extremo, y Wanda sujetó el otro, y los dos la sostuvieron con fuerza y empujaron con los pies como cuando intentas arrancar un tocón del suelo, sólo que aquel tocón tiraba también de ellos, y estuvo a punto de tirarlos a los dos en vez de que fuesen ellos los que lo sacasen a él. Y yo tenía mucho miedo, muchísimo miedo, pero pensé que era igual que con el baile, así que salí de debajo de la mesa, corrí al otro lado de la sala y me agarré del nudo del delantal de Wanda y de la parte de atrás del viejo cinto de cuerda de Sergey y formé el círculo con ellos.

Cuando lo hice, el staryk soltó un alarido que sonó igual que cuando se rompía el hielo del río al final del invierno. Fue un ruido terrible que me dolió en los oídos, pero seguí agarrado, y él dejó de hacerlo. Se mantuvo allí de pie, dio unos pisotones en el suelo y le dijo a Wanda:

—¡Muy bien, me has reducido! ¿Qué pides para dejarme marchar?

Nos quedamos allí, y Wanda dijo:

—¡Soltad a Miryem y marchaos!

Miryem seguía en el suelo, tratando de liberarse de él, pero él no le soltaba la mano.

El staryk clavó los ojos en ella, centelleando.

—¡No! Me habéis atrapado con plata, pero vuestros brazos no tienen la fuerza para retenerme. ¡No renunciaré a mi señora!

Se abalanzó de nuevo contra las cadenas e intentó que soltáramos las manos, pero ya no éramos sólo nosotros quienes sujetaban: panov Mandelstam se había levantado del suelo, se había acercado y había agarrado la cadena con Wanda, y panova Mandelstam tiraba del lado de Sergey, y ambos se daban la mano por detrás de mí para darme más fuerza. Todos tirábamos muy fuerte, y aun así estuvo a punto de soltarse, pero no lo consiguió, se quedó quieto y se enfadó otra vez.

—¿Qué aceptarías a cambio de soltar las ataduras? —le preguntó a Wanda—. Pide cualquier otra cosa, ¡o tiembla con lo que te haré cuando te agotes!

Wanda negó con la cabeza.

—¡Soltad a Miryem! —le gritó.

Él volvió a chillar con aquel horrible ruido del deshielo.

—¡Jamás! —dijo entre dientes—. No os abandonaré, mi reina, mi dama de oro. ¡Una vez fui un necio, no lo seré dos!

Y se revolvió de nuevo, tan fuerte que nos arrastró por el suelo, a todos, deslizándose los pies, y casi nos caemos. Pensé que no íbamos a poder contenerlo durante mucho tiempo más. Podía ver cómo se les resbalaban las manos a Wanda y a Sergey por la cadena. Habían metido los dedos entre los eslabones, pero les sudaban las manos, y la cadena se resbalaba de eslabón en eslabón, y no se podían arriesgar a soltarla el tiempo suficiente para volver a agarrarla más arriba, porque el staryk se liberaría de inmediato.

Pero lo contuvimos otra vez, y dejó de hacerlo. Respiró hondo, tres veces. Al jadear, grandes nubes de escarcha salieron de entre sus labios. Entonces se

irguió mucho, y el hielo comenzó a crecer en él. Le salía de las aristas en una fina capa transparente, y encima de esa capa le salía más hielo, y entonces aparecía otra arista fina, más delgada que la primera, y volvía a pasar una y otra vez, y el hielo se iba volviendo afilado y espinoso, y yo notaba en la cara el terrible frío que salía de él. Sergey y Wanda se inclinaban para apartarse del hielo, que avanzaba por la cadena hacia sus dedos.

El staryk no volvió a chillar a Wanda. Cuando habló esta vez, sonó suave, como cuando la nieve profunda ha dejado de caer, sales fuera y todo está muy silencioso.

—Suéltala, mortal, suéltala y pídemme un favor distinto —le dijo—. Te daré un tesoro de joyas o el elixir de una larga vida; incluso te devolveré la primavera en justa compensación por haberla sujetado con tanta fuerza. Apuntas muy alto y es mucho a lo que te atreves cuando me pides a mi reina. Vuelve a ponerme a prueba de ese modo y haré caer el invierno sobre vuestra piel y os abriré el corazón para dejar que se os congele sobre esa nieve, en su sangre roja: careces de poderes elevados, no tienes ningún don de verdadera magia, y el amor por sí solo no te puede dar la fuerza para contenerme.

Cuando dijo aquello, supe que no mentía. Todos lo supimos. Miryem se levantó y se puso en pie de nuevo. Había dejado de tirar de la mano del staryk, agarrada a su muñeca.

—Wanda —dijo, y quería darle a entender que debíamos soltar al staryk.

Pero Wanda miró a Miryem y dijo: «No», y fue el mismo no que le había dicho a nuestro padre, en nuestra casa, cuando él quiso devorarla.

Yo no pretendía decirle que no a mi padre aquel día. Nunca lo había hecho, porque sabía que nos haría daño si se lo decíamos, y como ya nos hacía daño de todas formas, supe que nos haría un daño aún peor si le decíamos que no. Hiciera él lo que hiciese, ni se me habría pasado por la cabeza decirle que no, porque siempre podía hacer algo peor aún. Y cuando Wanda le dijo que no, yo se lo dije también, aunque tampoco es que tomara la decisión de hacerlo, sino que le dije que no sin más. Pero claro, ahora se me ocurría que se lo dije

porque no había nada peor que me pudiera hacer que pegar a Wanda con aquel atizador una y otra vez hasta matarla mientras yo me quedaba mirando. Si eso era lo que iba a hacer él, entonces yo también podría acabar muerto, y eso no sería tan malo como quedarse ahí mirando.

Ahora Wanda decía que no porque el staryk no podía hacerle nada peor que llevarse a Miryem. Y yo no estaba muy seguro de si pensaba lo mismo, pero me di cuenta de que no podía soltarme sin hacer que panova Mandelstam y panov Mandelstam también se soltaran, porque me rodeaban con sus brazos. Y estar muerto no sería tan malo como tener que mirar a panova Mandelstam después de haberle hecho tal cosa.

De todas formas, el staryk tampoco estaba mintiendo. No era como con Pa, que teníamos a Sergey para que entrase en la casa, fuese más fuerte que él y lo empujase al fuego. Sergey ya estaba ayudando tanto como podía, y ninguno de nosotros era tan grande y tan fuerte como el staryk. Así que todos íbamos a acabar muertos. No podíamos hacer nada al respecto salvo soltarlo. Y no lo íbamos a soltar.

De pronto, una voz ronca, húmeda y horrible dijo:

—Una cadena de plata para reducirlo con fuerza, un anillo de fuego para sofocar su poder.

Y entonces a nuestro alrededor se encendieron doce velas grandes.

Eché un vistazo y vi que el zar estaba otra vez en pie: la zarina había colocado todas aquellas velas en un círculo amplio a nuestro alrededor, mientras nosotros intentábamos contener al staryk, y después había ido a ver al zar y a ayudarle a levantarse en la chimenea. Ella lo sostenía, y era él quien había dicho aquellas palabras con la boca destrozada, aunque le saliesen entre burbujas rojas de sangre. Estaba señalando con una mano: temblaba y tenía los dedos torcidos en unos ángulos horribles, pero señalaba con un dedo, y en todas las velas se encendieron unas llamas altas y calientes, casi tan largas como las propias velas.

En el interior de la cadena, el staryk soltó un suspiro ahogado, y la

armadura de hielo que lo envolvía se desprendió en grandes fragmentos y cayó al suelo con el sonido de una campanilla. Se puso completamente blanco. El zar se echó a reír con estruendo, pero no era el zar quien se reía, sino Chernobog, el monstruo. Era un sonido terrible, como el del crepitar de un fuego. Dio un paso para salir a rastras de la chimenea, y en ese momento se le enderezaron aquellos dedos que tenía torcidos en extrañas direcciones. Dio otro paso y se le recolocó el hombro, que se le había salido de mala manera, y después se le arregló la nariz, que también la tenía rota, y poco a poco, al ir acercándose, todo él se fue arreglando hasta que la cara le quedó perfecta y hasta la casaca roja deshilachada se quedó lisa y ni siquiera húmeda. Pero él no estaba bien, en él no había nada bueno, y venía hacia nosotros.

Alzó una mano y la giró en el aire, y la cadena se liberó de las manos de Wanda y de Sergey, se ajustó con fuerza alrededor del staryk y le pegó los brazos a los costados. Miryem se liberó la mano y retrocedió de un salto, y todos nos apartamos para alejarnos de Chernobog tan rápido como pudimos. Pero el monstruo no nos prestaba atención a nosotros. Se estaba colocando delante del staryk, y le sonreía. El último eslabón de la cadena en el lado izquierdo se abrió como unas fauces y se cerró en torno a otro eslabón más alejado del otro extremo, y el último eslabón de la derecha se unió a otro eslabón del otro lado de tal forma que la cadena quedó muy ceñida alrededor del staryk.

—*Ya te tengo, ya te tengo* —canturreó Chernobog.

Levantó la mano y tocó el rostro del staryk con un dedo y le recorrió con él la mejilla y la garganta, y surgió el vapor en el aire. El staryk tenía la mandíbula encajada, y aquello le estaba haciendo daño. Chernobog casi tenía los ojos cerrados, y soltó un leve crepitar de felicidad, aunque su felicidad se debía a algo que era horrible. Yo quería volver a ponerme la cera en los oídos, pero no sabía dónde había caído. Me agarraba a la mano de Wanda y la apretaba, y Sergey estaba de pie frente a nosotros, y Miryem y sus padres se daban unos abrazos muy fuertes los unos a los otros.

—*Dime* —le dijo Chernobog al staryk—. *Dime tu nombre.*

Otra vez alzó la mano y le tocó.

El staryk se estremeció entero, pero susurró:

—Jamás.

Chernobog crepitó de ira y posó la mano entera, de lleno, sobre el pecho del staryk. Alrededor de la mano surgió una horrible nube blanca que se retorció y los envolvió, y el staryk soltó un alarido.

—*¡Tu nombre, tu nombre!* —siseó Chernobog—. *Estás retenido, te tengo; ¡te tengo entero! ¡Dime tu nombre! ¡Por estas ataduras te lo ordeno!*

El staryk había cerrado aquellos terribles ojos y temblaba en la cadena de plata; tenía el rostro muy estirado, con el aspecto de tener afiladas todas las aristas, como si estuviera en tensión. Respiraba como si respirar fuera lo único que pudiese hacer, y como si fuese lo único en lo que pudiese pensar, pero cuando pudo hacer algo más aparte de respirar, abrió de nuevo los ojos y dijo en voz muy baja:

—Tú no me has atado, Chernobog; sujetas mis cadenas, más a ti no te debo rendición ninguna. No es por tu mano ni por tu ingenio que estoy retenido. Tú no has pagado por esta victoria, falsa y tramposa, y nada he de darte.

Chernobog soltó un enorme bufido, enseñó los dientes y se dio media vuelta hacia nosotros, hacia la zarina.

—*Irina, Irina, ¿qué me pedirás? Pide un regalo y será tuyo, ¡di dos o tres, incluso! Basta con que aceptes el pago de mis manos y me entregues al staryk de verdad.*

Pero la zarina negó con la cabeza.

—No —dijo—. Ya te lo he traído, como prometí, y eso es todo lo que prometí. No aceptaré nada de ti. Lo he hecho por Lithvas, y no por codicia. ¿Acaso no está atado? ¿Es que no puedes interrumpir su invierno?

Chernobog estaba muy irritado, y se puso a merodear en un gran círculo alrededor del staryk, mascullando, crepitando y bufando para sí, pero no dijo que no.

—*Me daré un banquete contigo todos los días* —dijo entre dientes mientras se enroscaba alrededor del staryk. Levantó la mano, pasó los dedos por el rostro del rey y le dejó unas líneas humeantes más profundas—. *Dulce y fresca será cada sequía, y cada una te quemará hasta que no quede nada. ¿Cuánto tiempo seguirás diciéndome que no?*

—Toda la eternidad —susurró el staryk—. Aunque te des conmigo un banquete hasta el final de los días, jamás te abriré las puertas de mi reino, y no obtendrás de mí nada que no robes.

—*¡Lo robaré todo!* —exclamó Chernobog—. *Te tengo encadenado, bien sujeto. Robaré todo el fruto de tus árboles blancos y lo devoraré con ansia; beberé de tus criados y de tu corona, ¡derrumbaré tu montaña entera!*

—Y aun entonces —dijo el rey staryk—, aun entonces te rechazaré. Mi pueblo se arrojará a las llamas con su nombre bien guardado en el corazón; no lo obtendrás de ellos, ni de mí.

Chernobog rugió de furia, le agarró la cara al staryk con ambas manos, y el rey chilló igual que antes pero peor, con el mismo sonido que hizo Pa cuando se le cayó en la cabeza el puchero de kasha. Yo escondí la cara en la falda de Wanda y me tapé los oídos, pero no pude dejar fuera el sonido, aunque ella me pusiera también las manos sobre las orejas y apretase conmigo. Cuando terminó, yo estaba temblando. El staryk estaba de rodillas en el suelo, con la cadena aún alrededor de su cuerpo, y Chernobog se encontraba de pie sobre él, con las manos húmedas, se llevó una a la boca y se la lamió, y el lugar por donde pasó la lengua quedó seco después.

—*¡Ah, qué sabor tan dulce, cómo se mantiene el frío!* —dijo—. *Rey del invierno, rey de hielo, te absorberé hasta que mengües tanto que te pueda aplastar con los dientes, y ¿qué valor tendrá entonces tu nombre? ¿Por qué no me lo das ahora y te arrojas a la llama mientras te queda algo de grandeza?*

El staryk se estremeció de arriba abajo, pero sólo le dijo con voz muy tenue:

—No. —Y fue el mismo «no» que el nuestro, un «no» que decía que, le hiciera lo que le hiciese Chernobog, no sería tan malo como si el staryk le diese su nombre.

Chernobog crepitó decepcionado.

—*Entonces te mantendré atado con la plata y con la llama, ¡hasta que cambies de opinión y me des tu nombre! ¡Llámalos! —vociferó—. ¡Llámalos, llévatelo de aquí y ocúltalo!*

Y de repente sufrió una sacudida y estuvo a punto de caerse, se tambaleó tanto que tiró algunas sillas y se fue agarrando a otras hasta que consiguió dar con una que no se cayó y que le sirvió de apoyo a pesar de la tiritona, con la cabeza baja.

La zarina atravesó la habitación y fue hasta él. Él la miró, y fue una mirada de una persona, ya no era Chernobog quien estaba ahí.

—Los guardias —dijo el zar pasado un segundo, casi en un susurro, y su voz sonó muy bella, como una música, aunque sólo hablaba en un tono muy débil.

Se dio la vuelta y señaló con la mano hacia las puertas, igual que había señalado las velas, salvo que ahora tenía la mano perfecta y enderezada, y las puertas se abrieron. Ahí fuera ya no estaba el trineo, sólo el patio vacío.

—¡Guardias! —gritó el zar, y unos hombres llegaron corriendo al patio.

Eran hombres con espadas y armaduras, pero cuando vieron al staryk se detuvieron, temerosos, y se quedaron mirándolo. Se hicieron unos signos en el pecho.

El zar fue a señalarlos igual que había señalado las puertas y las velas, pero de pronto, la zarina levantó la mano, la puso sobre el brazo del zar y le obligó a bajarlo.

—¡Tened coraje! —les dijo a aquellos hombres, y todos se quedaron mirándola—. Éste es el señor de los staryk, que ha traído la perversa maldición de este invierno a nuestra tierra, y ha sido capturado por la gracia de Dios. Tenemos que encerrarlo para traer de vuelta la primavera a Lithvas.

¿Sois hombres temerosos de Dios? Persignaos y coged cada uno una vela, ¡y mantenedlas alrededor de él! Y tenemos que buscar una cuerda para atarla a la cadena que lo sujeta, para tirar de él.

Aquellos guardias parecían muy asustados, pero uno de ellos que era muy alto, tanto como Sergey, y tenía un gran bigote, le dijo a la zarina:

—Majestad, yo me atreveré a hacerlo, por vos.

Se marchó y trajo una cuerda del patio, fue hasta el staryk y ató con rapidez la cuerda a la cadena. Retrocedió con una mueca de dolor, y vi que tenía unas heridas en las yemas de los dedos, blancas y quemadas como si se le hubieran congelado. Pero tenía la cuerda, y llegaron otros hombres que le ayudaron a tirar de ella. El staryk se puso en pie para que no lo arrastrasen por el suelo. Los demás guardias se habían acercado, habían cogido las velas y ya estaban a su alrededor.

Aun así, cuando tiraron de él, el staryk no se dejó llevar por ellos. Se dio la vuelta y miró a Miryem, que estaba de pie con sus padres, sin quitarle ojo. Los Mandelstam la rodeaban con los brazos, y Miryem tenía cara de angustia y de preocupación, como si todavía tuviese miedo por mucho que el staryk ya estuviese atado. Pero él no trató de ir a por ella. Tan sólo le dijo, como si estuviera muy sorprendido:

—Mi señora, no pensaba que pudierais responder, cuando os llevé de vuestro hogar sin vuestro permiso y sólo otorgué un valor a vuestro don. Pero he recibido una verdadera respuesta. Por tres veces habéis compensado mis insultos de forma justa y habéis establecido vuestro valor: más elevado que mi vida y que todo mi reino y que todos cuantos viven en él. Y aunque enviéis a mi gente a las llamas, no puedo reclamar deuda ninguna por pagar. Se ha hecho en justicia.

Se inclinó mucho ante ella, en una reverencia, se dio la vuelta y se marchó con los guardias que tiraban de él. Miryem se llevó las manos a la frente y se le escapó un sonido como si quisiera llorar y dijo:

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué voy a hacer?

Capítulo 20

Lo cierto es que no fue una gran sorpresa descubrir que el padre de mi amada zarina contaba con una mazmorra secreta y oculta extramuros, enterrada bajo una alfombra de hierba y paja. Era ese mismo tipo de preparativos meticulosos y pensados con antelación que ya empezaba a esperarme de mi querida reina; estaba claro que su padre la había entrenado bien.

Había una puerta en la muralla del barrio judío, una puerta estrecha al final de un callejón encajonado entre dos casas, no muy lejos de la vivienda donde se había celebrado la boda. Irina nos llevó hasta allí. El staryk parecía una figura silenciosa que cualquiera podría haber tomado por una estatua de sal entre los guardias con sus velas; yo cerraba la marcha de la procesión. Debíamos de ser la viva imagen de la hechicería diabólica en movimiento. En mi barriga, el demonio —Chernobog, qué maravilla tener por fin un nombre para mi pasajero; nos estábamos familiarizando después de tantos años— todavía se retorció y ronroneaba de alegría. Menos mal que era muy tarde y que no quedaba nadie en las calles salvo los borrachos y los vagabundos.

Ante la muralla, Irina apartó una cortina de hiedra y abrió la puerta con una llave que sacó de su bolsa. Siguiendo sus indicaciones, la mitad de los guardias fueron pasando uno detrás de otro, sin romper el anillo de velas en torno a nuestro silencioso prisionero, antes de que ese soldado tan alto, tan guapo y tan audaz que iba delante tirase de la cuerda y lo hiciese pasar. El staryk no se resistió, aunque tampoco hubiesen podido tirar de él a la fuerza. Aún notaba por todo el cuerpo los fantasmales ecos de las manos del staryk, allá donde me habían golpeado, cada impacto como un martillazo sobre un

yunque, como si yo fuera un metal bien caliente que había que aplanar a base de golpes.

Pero el demonio no había dejado de arrojarme hacia él, de obligarme a lanzar zarpazos furiosos en el aire con las manos hechas añicos, con las costillas perforándome los pulmones, las caderas rotas de tal forma que las piernas se me balanceaban, la mandíbula descolgada y los dientes cayéndoseme como piedrecillas sueltas. Me podían haber machacado hasta convertirme en pulpa de vino, y aun así creo que Chernobog me habría obligado a rezumar pastoso por el suelo para hacer que le brillaran las botas con mi sangre. Cuando el staryk por fin nos arrojó a la chimenea y le dijo al demonio que se quedara allí, me habría echado a llorar de gratitud, de alivio, tan sólo con que hubiese tenido la amabilidad de propinarme una última patada que me aplastase el cráneo y pusiera fin al sufrimiento.

Pero me dejó allí. Y llegó mi dulce Irina y me rodeó con los brazos en una especie de grotesca parodia del consuelo. Si lo que quería era consolarme, me podía haber rajado el gaznate, pero aún me había encontrado otra utilidad, porque sí, ella también me iba a utilizar: soy de una utilidad tan infinita... Se arrodilló y me dijo con urgencia: «El anillo de fuego. ¿Podéis encender las velas?». Al principio pensé que sólo me había echado a llorar un poco ante ella, o quizá me riese, en la medida en que era capaz de hacer salir cualquier sonido de entre mis labios. Es una experiencia que tengo un tanto nublada en el recuerdo. Pero entonces me agarró por los hombros y me dijo con violencia: «¡Os quedaréis aquí atrapado para siempre si no lo detenemos!», y abrí los ojos ante la truculenta y horrorosa certeza de que Irina estaba en lo cierto.

Y yo que creía que ya conocía un destino peor que la muerte; qué inocente había sido, y de qué manera tan absurda y tan ridícula. No estaba lo bastante destrozado como para morir, sólo para quedarme allí tirado en los rescoldos y la ceniza. Me imaginé que toda la casa se habría quedado desierta, que todo el mundo habría salido corriendo de las casas vecinas, que habrían huido del horror de aquel destrozo retorcido que quedaba de mí en la chimenea.

Cegarían con tablas las ventanas y las puertas, y quizá quemarían el edificio entero y me sepultarían en una montaña de maderos ennegrecidos, y allí debajo yacería yo para siempre, con el demonio aullándome aún en los oídos y devorándome a mí porque no llegaba a alcanzar a nadie más.

Así que me levanté y, gracias a un hechizo que solté con un triste graznido y a una pizca de la magia que el demonio me había dado cuando no era más que un maltrecho trozo de carne que se le tira a un perro obediente, capturé al rey staryk para mi amada reina y mi querido amo. Y he aquí que recibí mi recompensa: ¡de nuevo estaba entero! ¡Podía respirar sin que me borboteara una fuente de sangre en la garganta! Podía ponerme en pie, caminar y ver por los dos ojos, y, ay, qué gratitud sentí por ello, salvo que entendí que no había escapado de nada. Únicamente lo había postergado durante un rato. Aquel destino me aguardaba, antes o después. Chernobog jamás me dejaría marchar, ni siquiera en la muerte. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía por qué. Me habían entregado entero con una simple firma, sin letra pequeña ni limitaciones por mi parte. Y, en el futuro, lo único que podría hacer al respecto sería lo mismo que había podido hacer hasta ahora: nada. Nada salvo agarrar esos jirones de vida cuando se presentaban, y devorarlos, y chuparme los dedos grasientos, e intentar que la vida fuera algo soportable cuando tenía la oportunidad.

Así que me permití respirar en el aire de la noche, me miré aquellas manos, otra vez bellas y bien formadas, y seguí a mi reina y a mis guardias por las calles y al cruzar aquella puerta estrecha, porque mientras Chernobog tuviera un staryk con el que darse un banquete, yo no tenía nada que temer. Lo sentía pesado y ahíto en mi barriga, un monstruo bien alimentado, casi somnoliento de satisfacción. Y así podría dormir un rato largo.

Fuera de la muralla, Irina nos guio hasta lo alto del cerro, a un lugar junto a un árbol marchito, y les dijo a los guardias que dejaran las velas en un círculo alrededor del staryk.

—Hoy habéis servido a Lithvas y a Dios —les dijo—. Seréis recompensados por lo que habéis hecho. Ahora regresad a la ciudad, y, antes

de volver al palacio, id directos a la iglesia y dad las gracias, y no habléis con nadie de lo que habéis visto esta noche.

Todos se marcharon de inmediato, hombres sensatos como a todas luces eran, excepto nuestro valeroso héroe, que dejó con cuidado la cuerda dentro del círculo de velas y le preguntó a Irina:

—Majestad, ¿es que no puedo quedarme y servirlos?

Irina le miró y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Timur Karimov, majestad —repuso él.

Cierto, sus ansias por servirla saltaban a la vista, pero querría un pago por ello antes o después, me imaginé. No obstante, estaba pensando justo eso cuando se me ocurrió que aquel hombre tenía rasgos tártaros. Apuesto, de piel oscura, ancho de espaldas, y, a juzgar por aquel bigote, tenía un cabello oscuro que le realzaba los ojos claros. Y si Irina insistía en que no le proporcionase yo mis servicios como semental, alguien iba a tener que hacer ese trabajo.

—Has mostrado tu valor, Timur Karimov —le dije, y le sorprendí cuando le hice reparar en que, en efecto, era el esposo de Irina el que estaba allí de pie, su esposo el zar de Lithvas, ese que podía hacer que le sacaran los ojos, que le rajaran la lengua, que le cortasen la cabeza y las manos y las clavasen sobre la puerta del castillo, y todo con el simple esfuerzo de decir una sola palabra.

Habría sentido una cierta satisfacción de haberlo notado un poco nervioso, pero el hombre me vio y adoptó un aire... arrugado, con una lastimosa envidia, como si en realidad no esperase disfrutar de ningún favor, al fin y al cabo, y sólo soñase con su deslumbrante ideal en la distancia, anhelante, y por un momento se le hubiese olvidado que mi esposa estaba fuera de su alcance. Bueno, quizá se le pudiese poner remedio a su falta de ambición.

—Te nombro capitán de la guardia personal de la zarina, y te exhorto a mostrar siempre tanto coraje al proteger mi mayor tesoro como has mostrado esta noche.

Estaba claro que me había pasado un poco; se abalanzó para dejarse caer sobre una rodilla, a mis pies, me cogió la mano y la besó.

—Majestad, os lo juro por mi vida —dijo con una voz vibrante, como si pensara que estábamos actuando en una obra de teatro, pero sonó como si de verdad estuviese a punto de echarse a llorar.

—Sí, muy bien —le dije, y aparté la mano.

Irina me miraba con el ceño un tanto fruncido, como si no comprendiese mis motivos; lancé una significativa mirada hacia la cabeza baja de aquel joven gallardo, tan encantador, y las mejillas de Irina se oscurecieron con un sonrojo virginal completamente injustificado cuando, ay, ¡por fin cayó en la cuenta! Como si tuviera algún motivo para no comprenderlo desde un primer instante, después de aquellas peroratas que me había soltado sobre la sucesión dinástica.

—¿Y bien? —añadí mirándola a ella.

Me sentía muy cómodo con Timur por allí; aquel hombre no iba a contarle a nadie nuestros secretos con tal de no traicionar a su hermosa y amada majestad.

Irina debió de llegar también a esa conclusión por su cuenta, porque un segundo después le señaló un punto en el suelo delante de los pies del staryk y le dijo:

—Cava ahí.

No fue necesario mucho trabajo para retirar las piedras y dejar la trampilla al descubierto. En cuanto la tuvimos despejada, Irina dio unos golpes en ella; al momento se hundió y se abrió, y vi el rostro de mi suegro, que emergía de la oscuridad de allá abajo. Hizo un gesto con la barbilla hacia Irina y nos dejó espacio para que bajásemos al staryk. Él también había estado ocupado con sus propios fines: había cogido un pico y había abierto un canal redondo en el suelo, entre las piedras, y lo había llenado con carbones. Había otro círculo de velas encendidas alrededor del canal, como una segunda hilera de

fortificaciones, y había más amontonadas en una carretilla que aguardaba contra la pared para reponer el suministro. Todo muy bien organizado.

Timur tiró del staryk con la cuerda y lo metió en el anillo de carbones, volvió a salir y tiró al suelo la cuerda, que se arremolinó a sus pies. El staryk no le prestó atención. Permaneció dentro del círculo, mirándonos con ese carámbano reluciente que tenía por rostro, la cabeza alta y orgullosa incluso con la cadena de plata atada aún a su alrededor, algo increíblemente extraño: era el invierno lo que teníamos encerrado en aquel sótano entre nosotros. No terminaba de parecer una criatura viva. Tenía algo raro en la cara, algo raro que iba variando cada vez que lo mirabas, como si las aristas estuvieran derritiéndose y reformándose constantemente. No era bello, era aterrador; y después era bello, y luego ambas cosas a la vez, y de un momento al siguiente me veía incapaz de decidir cuál de las dos cosas era.

Aquello hizo que me surgiera una inquietud; me hubiera gustado dibujarlo, capturarlo con pluma y tinta, y no sólo con plata y fuego. Observé a Irina en aquel foso oscuro: una porción de aquella luz fría y azulada del staryk se le reflejaba en la cara, en la corona de plata y en los rubíes rojos de su vestido plateado, y se me ocurrió que justo eso era lo que veían cuando la miraban: la veían como a una staryk, pero tan cercana a un ser mortal como para llegar a tocarla.

Dentro, Chernobog se retorció y soltó un leve eructo interno, nada que no hubiera notado ya, espantosamente desagradable, y lo sentí como un pequeño latigazo. Apreté los dientes, chasquéé los dedos hacia el círculo de carbones y los prendí con una llama roja. Timur se apartó de ellos de un respingo. El staryk no dio ningún respingo, pero tuve la impresión de que le hubiera gustado hacerlo, si el simple hecho no hubiera sido tan impropio de su dignidad. Reprimí el impulso de decirle que disfrutase de los respingos tanto como quisiera. Chernobog jamás reparaba demasiado en la dignidad de nadie, ni en su ausencia, según había visto yo hasta ahora. Le complacía de un modo u otro.

—¿Nos retiramos? —le dije a Irina—. Lamento renunciar a los evidentes encantos de este lugar, pero tenemos otra boda a la que asistir mañana, ¿no es cierto? Qué temporada tan repleta de enlaces.

Irina le dio la espalda al staryk.

—Sí —respondió con aire sombrío.

No parecía particularmente feliz con el resultado final de sus planes, trazados con tan buena mano y que, hasta donde yo podía saber, se habían ejecutado sin ninguna pega. A menos, por supuesto, que tuvieran un corolario que ella no hubiese compartido conmigo: por ejemplo, que la idea fuese que yo me quedara para siempre en la chimenea, a buen recaudo, quizá encadenado en oro y dentro de un círculo de hielo; ése parecía ser el reflejo poético. Sí, cuanto más pensaba en ello, mayor certeza tenía de que algo así figuraba en un principio en el guion. Ja, estúpido de mí, «en un principio»... Aquel puñal por la espalda continuaba desenvainado, desde luego.

—¿Un hombre de confianza? —le preguntó el duque a Irina señalando hacia Timur, y ella asintió—. Bien. Vendrá conmigo y me ayudará a volver a cubrir la puerta, y a hacer guardia. Bajad rectos por el túnel. No os desviéis. Se cruza con unas cuantas alcantarillas viejas por el camino.

Qué manera tan maravillosa de transmitirnos la calidad panorámica que teníamos en perspectiva durante nuestro paseo. Sonreí a Irina con la última brizna del afecto sincero que florecía por ella en mi corazón y le ofrecí el brazo en un gesto formal. Ella me miró, de nuevo apagada e inexpresiva como un cristal, y puso la mano en el pliegue de mi brazo. Dejamos al staryk allí de pie, en silencio y solo, con sus ataduras de fuego y de plata, y partimos por la impenetrable oscuridad de un hediondo túnel de ratas lleno de chillidos y de raíces de árboles que colgaban como si fueran gusanos. Formé una llama en mi mano ahuecada mientras caminábamos, una luz rojiza que danzaba por las paredes de tierra.

—Qué refugio tan apropiado es éste —le dije—. ¿No debería tenerlo en mente si tu padre se rebela alguna vez contra la corona? Supongo que eso no

será ya muy probable..., ¿o sí lo es? —Ella se limitó a mirarme—. Supongo que piensas que soy un idiota —le solté.

Su silencio resultaba más irritante que sus peroratas. Yo no había pedido nada de aquello: no deseaba casarme con ella, no quería que ella sobreviviese, ni tampoco quería que me dejaran machacado como la cáscara de un huevo sólo por ella. Tenía a Chernobog asentado en la barriga como si me hubiera tragado unos carbones, una espesa y ahíta presencia, complacida consigo misma... y con Irina, sin duda. Ni siquiera podía darle un empujón en aquellos túneles oscuros y echar a correr, dejarla atrás.

—¿Os encontráis bien? —me preguntó de forma brusca.

Me eché a reír; qué absurdo era todo.

—¿Qué son un poco de sufrimiento brutal y unas lesiones mortales aquí y allá? —me burlé de ella—. La verdad, no me importa. Estoy encantado de ser de ayuda en cualquier momento. Mmm, «encantado»... ¿es eso a lo que me refiero o acaso habrá otra palabra para decirlo? Tendré que pensarlo un poco. ¿Qué es exactamente lo que esperáis de mí? ¿Debería estaros agradecido?

Irina se detuvo, y tras un instante dijo:

—El invierno se interrumpirá. Lithvas...

—Callaos ya sobre Lithvas —le solté—. ¿Acaso hacemos ahora teatro para las lombrices, o es algo que siempre tenéis a mano para vuestras apariciones en público? Como si Lithvas significase algo más allá de esas líneas donde los últimos terminaron de matarse los unos a los otros. ¿Que si me importa Lithvas? Los nobles me rajarían el cuello con mucho gusto, los campesinos no saben quién los gobierna, al polvo del suelo le da lo mismo, y yo no le debo absolutamente nada a ninguno de ellos ni tampoco a vos. No puedo evitar que me sigáis haciendo bailar por el tablero, pero no os voy a dar las humildes gracias por permitirme haberos sido útil, mi señora, como ha hecho ahí arriba ese mono humillado. Dejad de intentar fingir que no os habría encantado abandonarme allí despedazado y ensangrentado en el suelo. ¿No tenéis ya al

siguiente zar esperando entre bastidores? Cualquiera diría que es justo el tipo de cosa que tendríais preparada, por si acaso.

Irina guardó un bendito silencio durante un rato, pero no el suficiente para mi gusto.

Llegamos al final del túnel y atravesamos un arco recortado en un muro de piedra: daba paso a una habitación pequeña, oscura y estrecha como el interior de un armario; una porción de la pared tenía un ingenioso diseño que se abría a las bodegas donde se guardaba el vino. Cuando salimos y la volví a empujar para cerrarla, apenas se habría podido distinguir que aquel cuartucho estaba allí. Pasé los dedos por los ladrillos, y a duras penas logré hallar los bordes, y eso únicamente porque faltaba el cemento. Chernobog tarareaba adormilado de satisfacción: regresaría mañana, se daría otro banquete...

Me di la vuelta y me encontré a Irina mirándome en la oscuridad. Yo ya había cerrado la mano sobre la llama, y sólo había algo de luz de los faroles de la escalera y se reflejaba en los negros estanques que eran sus ojos, para mostrarme su rostro.

—No os importa nada de esto —me dijo—. Y aun así hicisteis un pacto para ser el zar y ocupar el lugar de vuestro hermano...

Cómo se parecía aquello a que un monstruo te machacase las costillas hasta que se te clavaran en el corazón. Oh, cómo la odiaba.

—Me temo que a vos no os habría caído muy bien Karolis, mi querida niña —mustié—. ¿Quién creéis que me enseñó a matar ardillas? Nadie más tuvo un minuto para el imbécil del hijo de la bruja, hasta que a él lo...

Me detuve en seco; todavía no podía contar nada. No sobre aquello. Chernobog incluso se retorció un poco y asomó la lengua por el interior de mi cabeza, relamiéndose con pereza por el inesperado y delicioso capricho de mi dolor. Qué agradable saber que aún podía ofrecerle alguna satisfacción, aun cuando estaba tan bien alimentado.

Irina me estaba mirando.

—Vos le queríais. ¿Y aun así negociasteis?

—Ah, no —dije repleto de ira—. Yo jamás tuve la oportunidad de negociar nada. Veréis, mi dulce Irina, mi madre no fue tan afortunada como vos. Ella no contaba con una corona, ni con una belleza mágica, ni tampoco tenía un rey staryk con el que comprarlas. Así que, en cambio, las pagó con una carta de compromiso, y la tinta de mi contrato ya estaba seca incluso antes de que yo saliera del vientre de mi madre.

Cuando regresó Irina, yo estaba cosiendo en el rincón de su alcoba, tan rápido como podía. Había acudido a Palmira y le había contado que el zar no permitiría que Irina luciera dos veces el mismo vestido, y que si ella tenía algún vestido que yo pudiese arreglar para que la zarina se lo pusiera al día siguiente, le daría el azul con rubíes como compensación para Galina. La duquesa no sabría de dónde habían salido; Palmira tampoco. Mejor no saberlo. Para ellas serían unas gemas finas y suntuosas que alguien habría comprado y pagado con oro, no con sangre. Ya se habrían apartado mucho de la crueldad que les había dado forma, y entonces sólo podrían ser hermosas. Y tendría trabajo que hacer durante la noche, aquella larga noche, sentada junto a un farol y preguntándome si Irina volvería alguna vez.

—Pero ha de ser espléndido —le dije—. De lo contrario no servirá: ¡fíjate en cómo se viste él! No permitirá que ella luzca menos elegante.

Así que Palmira me dio un vestido de un brocado verde esmeralda muy intenso y con una seda en un verde manzana de lo más pálido, con tal cantidad de bordados de plata que tuve que buscarme a una doncella joven que me ayudara a llevarlo de vuelta a la habitación; también tenía unas cuentas minúsculas de esmeralda engarzadas: no eran tan valiosas como los rubíes, pero eran tantas que el vestido centelleaba a la luz. Galina se lo ponía cuando era joven, antes de su primer matrimonio. Ahora le quedaba demasiado pequeño, pero aun así lo habían conservado, para una hija o para la mujer de uno de sus hijos. No para una hijastra —hasta ahora—, pero a Irina le valdría

sin demasiado trabajo. Ella tenía menos pecho. Ya casi había terminado de meter el corpiño cuando Irina regresó a la alcoba, con el rostro blanco y cegado sobre el brillo de los rubíes de aquellas gotas de sangre.

El zar se acercó al fuego y chasqueó los dedos a sus criados, que rápidamente se espabilaron, para que le trajesen vino caliente; extendió los brazos para que le quitaran aquella casaca de terciopelo rojo, como si nada hubiera sucedido. Me aproximé y traté de coger las delgadas manos de mi querida niña, pero no me dejó verlas ni abrirle la capa. La rodeé con el brazo, me la llevé hacia mi silla y la senté en ella, y había un denso y terrible olor a humo en su cabello; cuando se sentó vi que había sangre en el vestido azul, sangre de verdad, sangre seca, y también en las palmas de sus manos y bajo las uñas, como si hubiera estado trabajando en el tajo del carnicero con aquel vestido. Le acaricié la cabeza.

—Pediré el baño —le susurré—. Os lavaré el pelo.

No me dijo nada, así que hablé con los lacayos y los envié a buscar la bañera y agua fría para lavar el vestido.

El zar ya tenía puesto el camisón y se estaba tomando su vino mientras le volvían a calentar la cama una vez más. Para cuando subieron la bañera y estuvo lista, él ya se había metido en la cama y había echado las cortinas. Hice salir a todos los demás criados y le retiré a Irina la corona de la cabeza. Dio un respingo y se llevó la mano al pelo. Sólo entonces se fijó en la cama y vio que él dormía, y entonces me dejó hacer. El collar había desaparecido, y no le pregunté qué había sido de él.

Lo primero que hice fue lavarle las manos y los brazos en la palangana. Estaba oscuro, así que el agua sólo se veía sucia y turbia, no roja. Agarré la palangana y me fui temblando hasta el balcón para tirar el agua afuera, sobre las piedras que había abajo. Los hombres del duque practicaban en aquella plaza. No les llamaría la atención un poco más de sangre en las piedras. Le quité a Irina el vestido azul y lo puse a remojo en agua fría en la palangana. Las manchas no eran tan antiguas; saldrían del tejido.

Acto seguido la ayudé a meterse en el baño y le lavé el pelo con mirto seco que había ido a coger del armario de nuestra vieja habitación, con el dulce olor de las ramas y las hojas; después de lavarlo tres veces, por fin me llevé el pelo a la nariz y sólo olí a mirto, no a humo. La ayudé a salir del baño, la sequé con una sábana y la senté junto al fuego mientras le cepillaba el pelo. La lumbre se estaba apagando, pero no eché más leña, porque todavía no hacía demasiado frío en la habitación. Se sentó en la silla y se le cerraban los ojos. Le canté mientras la peinaba, y después de darle las últimas cepilladas desde la coronilla hasta el final, apoyó la cabeza en el lado de la butaca y se quedó dormida.

La sangre había salido del vestido azul. Lo saqué empapado de la palangana y me la llevé al balcón para volver a tirar el agua. Esta vez, sin embargo, no sentí frío al salir fuera. Un aire cálido me vino a la cara con el olor de los árboles frescos y la tierra, un olor a primavera que ya casi había olvidado de tanto tiempo como había transcurrido desde la última vez que llegó. Me quedé allí con la palangana llena de agua roja y respiré aquel olor sin pensar hasta que me temblaron los brazos; la palangana me pesaba demasiado como para poder sostenerla durante tanto rato. Conseguí llevarla hasta la barandilla de piedra, la volqué y regresé dentro. No cerré las puertas, sino que dejé que la primavera entrase en la habitación. Mi niña, mi valiente niña había hecho aquello. Se había marchado y había vuelto ensangrentada, y nos había traído de regreso la primavera. Y había vuelto, Irina había vuelto, algo que para mí valía tanto como toda la primavera y más aún.

Froté el vestido azul hasta que las últimas marcas desaparecieron. Tuve cuidado, por supuesto, pero los rubíes estaban tan bien cosidos que no se cayeron. Cogí el vestido, lo puse sobre una silla y lo llevé fuera para que se secase; más tarde se lo podría llevar a Palmira, y ella jamás se percataría de que había estado sucio. Cuando volví a entrar, Irina estaba de pie junto a la silla, sujetando la sábana alrededor de su cuerpo y mirando por la ventana. El pelo le caía suelto y se le acumulaba en los pies, prácticamente seco. Fuera

comenzaba a clarear, ya llegaba el sol, e Irina salió al balcón con los pies descalzos. Estuve a punto de decirle: «Vais a coger frío, dushenka», pero contuve aquellas palabras en mis labios y desplazé la butaca para que pudiese llegar hasta la barandilla. Me quedé junto a ella y la rodeé con los brazos para mantener caliente su cuerpo, tan delgado. El estruendo de los pájaros y demás animales llegaba desde la distancia, más cerca a cada instante, más y más cerca, hasta que de repente nos rodeó por todas partes. Vi las ardillas que saltaban como sombras entre los árboles del jardín, allá abajo, antes de que los rayos del sol acariciaran las hojas, esas hojas nuevas y suaves, y allí juntas Irina y yo, con la alegría de los pájaros, vimos cómo el sol ascendía sobre unos campos verdes en lugar de nevados.

Le acaricié la cabeza y le susurré:

—Todo va bien, Irinushka, todo va bien.

—Magreta —me dijo sin mirarme—, ¿siempre fue tan guapo, Mirnatius, incluso de niño?

—Sí, siempre —respondí. No tuve que pensar en ello; lo recordaba—. Siempre. Qué niño tan guapo, incluso en la cuna. Asistimos al bautizo. Tenía los ojos como dos gemas. Vuestro padre tenía la esperanza de pedir que le permitieran acogerlo: vuestra madre no tenía hijos aún, y él pensó que quizá pudiera convencer al zar de que eso sería mejor que la casa de un hombre con muchos hijos. Pero vuestra madre se negaba a coger al niño. Se quedó ahí como si fuera de piedra y no extendió las manos. La niñera ni siquiera se lo pudo poner en los brazos. Oh, qué enfadado estaba vuestro padre.

Hice un gesto negativo con la cabeza al recordarlo, los gritos que dio el duque diciéndole que por la mañana tenía que ir y coger al niño en brazos, cómo le habló de su belleza y le explicó que ella estaba triste por no tener el suyo propio; y mientras tanto, Silvija se había quedado en completo silencio delante de él, con la cabeza baja, sin decir nada...

Y entonces recordé de pronto, como una gota de aceite que sube flotando a la superficie del agua, que él había gritado y gritado, y cuando terminó, Silvija

alzó la mirada con sus ojos de plata y le dijo en voz baja: «No, hay otro bebé en camino hacia nuestra casa, y llevará una corona de invierno». Él dejó de gritar, le cogió las manos y las besó, y no dijo nada más sobre darle un hogar al príncipe. Irina, sin embargo, no nació hasta cuatro años después, y a mí ya se me había olvidado todo aquello cuando ella llegó.

Irina estaba de pie observando la primavera, mi zarina con su corona de invierno y la mirada de halcón de su padre, y seguía teniendo la tez muy pálida. La abracé un poco en un intento por reconfortarla, fuera lo que fuese lo que tanto le dolía.

—Venid dentro, dushenka —le pedí con dulzura—. Ya tenéis el pelo seco. Os lo trenzaré, y deberíais dormir un poco. Venid y tumbaos en el sofá. No permitiré que entre nadie. No tenéis que meteros en la cama con él.

—No —me dijo—. Ya lo sé. No tengo que acostarme con él.

Irina entró, y después de trenzarle el pelo, se tumbó en el sofá y la tapé. Luego salí al pasillo y dije a los lacayos de allí fuera que el zar y la zarina estaban muy cansados por sus diversiones, y que no habían de molestarlos. Entré y me llevé el vestido verde a la ventana, para terminar mi costura animada por aquella brisa primaveral.

Cuando me desperté en la casa de mi abuelo a la mañana siguiente, hacía un calor sofocante en la habitación. Aún medio dormida, me tambaleé hasta la ventana para dejar que entrase un poco de aire. Mis padres seguían en la cama, y camino de la ventana pisé con los pies descalzos el vestido con incrustaciones de oro, que estaba arrugado en el suelo. La noche anterior me lo había arrancado del cuerpo como si fuera la camisa de una serpiente y me había subido a rastras por los pies de la cama mientras mis padres todavía me estaban hablando. Sus palabras habían dejado de tener ningún sentido. Guardaron silencio y me pusieron las manos en la cabeza. Me dejé llevar por

el sueño mientras ellos me cantaban con voz suave, con el conocido olor de la leña y de la lana en la nariz, caliente otra vez, por fin otra vez caliente.

Abrí la ventana, y el aire cálido me sopló en la cara. Estaba a una altura suficiente en la casa de mi abuelo como para ver por encima de la muralla de la ciudad y divisar los campos del otro lado, y todos estaban verdes, verdes y más verdes: verdes con el centeno tan alto como si ya hubiera dispuesto de cuatro meses de primavera para crecer, verdes con hojas nuevas que ya se oscurecían con el verano, y todas las flores silvestres abiertas al unísono. Los frutales de abajo, en el huerto de mi abuela, también estaban llenos de flores, y ciruelos, cerezos y manzanos florecían juntos, y hasta en la jardinera había flores abiertas, y un zumbido grave en el aire como si todas las abejas del mundo se hubiesen puesto a trabajar a la vez. No había ni rastro de nieve en el suelo.

Después de un desayuno que no me supo a nada, doblé el vestido de oro y plata y lo envolví en papel. Había una multitud en la calle cuando salí cargada con mi paquete. Oí cánticos al pasar por las puertas de la sinagoga, que rebosaba de gente aunque era un día entre semana y la mañana ya estaba avanzada. Nadie estaba trabajando en el mercado. Todos se contaban historias sobre lo sucedido: se decían que Dios había alargado la mano y había entregado al staryk al zar, y que había interrumpido aquel invierno de brujería.

El vestido me sirvió para cruzar las puertas de la casa del duque cuando le mostré una esquina a un criado, pero aún tuve que esperar sentada en la entrada del servicio durante una hora antes de que alguien llevase un mensaje a Irina y ella me hiciese subir..., porque era la zarina, la zarina que había salvado el reino, y yo no era más que una insignificante prestamista del barrio judío con mi vestido de lana marrón. Cuando le llegó el mensaje, envió a alguien a buscarme de inmediato, a su vieja carabina Magreta, que me miró de soslayo y con cara de ansiedad, como si pensara que mi vestido y mi peinado sencillo eran un disfraz, pero me llevó arriba de todos modos.

Irina estaba en su alcoba. Había cuatro mujeres sentadas juntas al lado del

fuego, cosiendo frenéticas para arreglar un vestido casi tan espléndido como la monstruosidad que yo había traído. Al parecer, iba a asistir a otra boda aquel mismo día. Sin embargo, ella estaba en el balcón, echando migas de pan a los pájaros y las ardillas, que también habían vuelto a salir, igual que la gente en las calles, flacas y hambrientas después de un largo invierno y dispuestas a tolerar la compañía humana a cambio de alimento. Cuando les echaba un puñado, los animales se le acercaban veloces a los pies para hacerse con algún trozo y se alejaban raudos para comérselo, antes de correr a por otra ración.

—Tengo que verle —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó ella muy despacio.

—¡Hemos hecho algo más que detenerlo! —respondí—. Si lo mantenéis ahí para... —miré por encima del hombro hacia el ajeteo de la habitación y no dije su nombre—... para que ése lo devore, no sólo se acabará el invierno, sino que destruirá todo su reino. ¡Morirán todos los staryk, no sólo él!

Irina terminó de echar el pan y extendió la mano vacía hacia mí, sin más adorno que el resplandor del anillo de la plata de los staryk, una fina banda de luz fría aun en el sol radiante.

—¿Y qué más querías que hiciéramos? —me dijo, y la miré fijamente—. Miryem, los staryk han saqueado este reino desde que los primeros hombres se asentaron en él. Nos tratan como a alimañas que merodean entre sus árboles, pero incluso con mayor crueldad.

—¡Son sólo unos pocos! —protesté—. La mayoría de ellos no puede venir aquí, no más de lo que nosotros podemos cruzar a su reino cada vez que queremos. Sólo los poderosos entre ellos son capaces de abrir una senda... —Me detuve al darme cuenta de que no estaba mejorando las cosas, quizá las estuviese empeorando.

—Y éstos tienen también el poder para decidir por el resto —dijo Irina—. No siento placer al pensar en la muerte de todos los staryk, pero fue su rey quien comenzó esta guerra. Él se llevó la primavera; él habría dejado que toda

nuestra gente, Lithvas entera, se muriese de hambre. ¿Me estás diciendo que no sabía lo que hacía?

—No —reconocí muy seria—. Lo sabía.

Irina asintió ligeramente.

—Yo tampoco siento las manos limpias después de lo de anoche, pero no me las lavaré en la sangre de mi pueblo. Y no veo nada más que podamos hacer.

—Si pudiéramos llegar a un pacto a cambio de su vida, lo respetarían. Los staryk nunca faltan a su palabra.

—¿Y quién haría ese pacto? —preguntó Irina—. Y aunque viniese... —Miró hacia la alcoba, su alcoba: una habitación que compartía con el zar y con una cosa negra de humo y sed que vivía dentro de él. Tenía un aire sombrío en el rostro—. No finjo alegrarme por el trato que hemos hecho, pero hoy tenemos la primavera en Lithvas, y este invierno habrá pan en la mesa de cada campesino. —Me volvió a mirar—. Eso es lo que conseguiré para ellos —dijo en voz baja—. Aunque me cueste más de lo que me gustaría pagar.

Así que me marché, sin más recompensa por mi visita que una sensación de náusea en el estómago. Su carabina me detuvo en la habitación cuando me marchaba y me preguntó qué quería por el vestido, pero le dije que nada con un gesto de la cabeza y me fui. De todos modos, dejarlo allí no sirvió de ayuda. Podía quitarme el vestido de reina de los staryk como si mudase la piel, pero había sido aquella reina durante demasiado tiempo como para olvidarlo sin más. Y, aun así, no podía decirle a Irina que se equivocaba, ni siquiera podía decirle que estaba siendo egoísta. Ella iba a pagar el precio que yo misma no me había mostrado dispuesta a pagar: iba a yacer con aquel demonio a su lado, y aunque no permitiese que sus manos le alcanzasen el alma, sí las notaría arrastrándose por su piel.

Con aquel pago nos conseguiría algo más que la primavera. Nos conseguiría la primavera, el verano y también el invierno, un invierno en el que ningún camino de los staryk brillaría entre los árboles, en que no vendría

ningún saqueador envuelto en una capa blanca a robarnos nuestro oro. En cambio, nuestros leñadores, nuestros cazadores y nuestros campesinos se adentrarían en el bosque con sus hachas y sus trampas para los animales de pieles blancas. Ella nos conseguiría el bosque y el río helado, y todo revertiría en las cosechas y en la madera, y, diez años después, Lithvas sería un reino rico en lugar de ser pequeño y pobre, mientras, en algún lugar de las profundidades, Chernobog machacaba a los niños staryk entre sus dientes, de mordisco en mordisco, para mantenernos calientes a todos nosotros.

Regresé a la casa de mi abuelo. Mi madre me estaba esperando fuera con ansiedad, sentada en los escalones, como si no hubiera podido soportar tenerme lejos de su vista. Fui a sentarme a su lado, me rodeó con los brazos, me besó en la frente y me sujetó la cabeza contra su hombro mientras me acariciaba el pelo. A nuestro alrededor entraba y salía mucha gente de la casa: invitados de la boda que se marchaban, todos con una sonrisa en el rostro. Ya se les iba olvidando la noche con bailes bajo los árboles blancos, con todo aquel invierno y una sombra en llamas que entró en la casa con nosotros.

Sólo mi abuelo se acordaba un poco. Me había levantado de la cama esa mañana sin hacer ruido y había dejado durmiendo a mis padres para hacerme con una taza de té y un mendrugo de pan en la cocina, perpleja y tratando de llenar el vacío helado de mi interior. Todavía era temprano, y sólo un par de criados se movían por la casa y empezaban a poner comida en las mesas para unos invitados que no tardarían en despertarse. Transcurrido un rato, se me acercó uno de ellos y me dijo que mi abuelo quería verme. Subí a su estudio. Estaba de pie junto a la ventana, observando la primavera con el ceño fruncido, me miró a la cara de forma brusca y me dijo: «¿Y bien, Miryem?», igual que me preguntaba cuando venía a enseñarle mis libros. Me estaba preguntando si mis cuentas cuadraban y si estaban limpias, y me percaté de que no podía responderle.

Por eso había ido al palacio del duque, y ahora acababa de volver sin una respuesta aceptable. Tendría que haber sido fácil. El propio staryk me lo había

dicho: se inclinó ante mí sin odio ni reproches siquiera, como si yo tuviese el derecho de comportarme exactamente igual que él lo había hecho y prenderle fuego a su reino por haber tratado de sepultar el mío en hielo. Y quizá fuera así, pero yo no era una staryk. Yo le había dado las gracias a Flek, a Tsop y a Shofer y le había dado un nombre a aquella niñita en la que no quería ni pensar. Ella sí que me podía pedir cuentas, sin duda, aunque fuera la única de todo aquel reino entero.

—Mañana nos iremos a casa —me dijo mi madre con voz suave y los labios sobre mi pelo—. Nos iremos a casa, Miryem.

Eso era todo lo que yo había querido, la única esperanza que había conservado para darme coraje, pero ya no podía imaginármelo. Me parecía algo tan irreal como una montaña de cristal y un camino de plata. ¿De verdad iba a regresar a mi pueblecito, a dar de comer a las gallinas y a las cabras, sintiendo en la espalda todos los días la mala cara de aquellos a los que había salvado? No tenían ningún derecho a odiarme, pero lo harían de todos modos. Los staryk eran un cuento de una noche de invierno, y yo era su monstruo, el que ellos podían ver, comprender e imaginar que derribaban. No se creerían que hubiese hecho nada para ayudarlos ni aunque alguien les diera una explicación al respecto.

Y tenían razón, porque yo no lo había hecho por ellos, en absoluto. Irina los había salvado, y la amarían por ello. Yo lo había hecho por mí y por mis padres, y por esta gente: por mi abuelo, por Basia, por mi prima segunda Ilena, que bajaba las escaleras y nos daba un beso en la mejilla antes de subirse a la carreta que la aguardaba para marcharse a su hogar en otra pequeña aldea, donde vivía rodeada de otras siete casas y del odio de todas las aldeas a su alrededor. Lo había hecho por los hombres y las mujeres que pasaban por la calle por delante de la casa de mi abuelo. Lithvas no era un hogar para mí, no era más que el agua junto a la que vivíamos, mi pueblo arremolinado en la orilla del río, y a veces venía la riada por la pendiente y nos arrastraba al

fondo a algunos de nosotros, hasta las profundidades, para que los peces nos devorasen.

Yo no tenía un país por el que luchar. Yo sólo tenía personas, ¿y qué pasaba con esas personas? ¿Qué me dices de Flek, de Tsop y de Shofer, cuyas vidas había vinculado a la mía, y de la pequeña niña a la que había dado un nombre judío como si fuera un don antes de marcharme a destruir su hogar?

Pero ya lo había hecho, y deshacerlo parecía algo fuera de mi alcance. Aquí no era nadie que importase. No era más que una cría, una prestamista de un pueblucho con algo de oro en el banco, y lo que una vez me pareció una fortuna ahora me parecía un escaso puñado de monedas, ni siquiera un solo cofre de los del almacén de mi rey staryk. Esa mañana había cogido un tenedor de plata y lo había sostenido en la mano sin estar muy segura de lo que deseaba que sucediera. Pero no sucedió lo que yo deseaba. No sucedió nada. El tenedor siguió siendo de plata, y cualquier magia que yo tuviera se había quedado en aquel reino del invierno que no volvería a ver jamás. Un reino que pronto desaparecería bajo aquella misma riada. Y a mí no me quedaba nada que decir al respecto.

Así que entré con mi madre. En nuestra alcoba, preparamos un paquete con las pocas cosas que mis padres habían traído de casa y bajamos a ayudar. Todavía quedaba mucha gente allí, gente a la que ni siquiera había llegado a conocer, pero que seguían siendo mis familiares y amigos; y había que cocinar, había platos que lavar, mesas que poner y que volver a recoger, niños que alimentar y bebés que lloraban a los que había que coger en brazos. A mi alrededor una multitud de mujeres realizaba aquella marea de trabajo femenino que jamás te daba un respiro, que nunca cambiaba y siempre engullía todo el tiempo que le dedicases, y aun así te pedía más, otra masa de agua hambrienta. Me sumergí en ella como en un baño ritual y dejé que se cerrase sobre mi cabeza, encantada. Quería que me paralizase los oídos, los ojos y los labios. Podía preocuparme por aquello: de si había comida suficiente, de si el pan se hacía como es debido, de si la ternera se cocía el tiempo suficiente, de

si había bastantes sillas en la mesa; sí, podía hacer algo respecto a aquellas cosas.

A nadie le sorprendió verme. Nadie me preguntó dónde había estado. Todos me besaban al verme por primera vez y me decían lo alta que estaba, y algunos me preguntaban cuándo bailarían en mi boda. Se alegraban de que estuviera allí y de que estuviese ayudando, pero, al mismo tiempo, yo carecía de una verdadera importancia. Podría haber sido cualquiera de mis primas. No había nada de especial en mí, y me alegraba, me alegraba muchísimo volver a ser normal y corriente.

Por fin me senté a una mesa para llenarme el plato, al fin cansada de traer cosas y de cocinar, lo bastante agotada como para pensar. Los invitados se marchaban conforme terminábamos de comer, y ya se despedían y salían por la puerta. Yo seguía en las profundidades del agua, un pez inmerso en un banco, indistinguible. Pero la corriente se detuvo de pronto. La gente se apartó de la puerta, y entró un lacayo que lucía la librea del zar en rojo, oro y negro, y miró alrededor con una expresión altiva y el ligero desdén de una superioridad que tomaba de prestado.

Cuando entró, me puse en pie. No era mi lugar, no era el lugar de una muchacha soltera en la casa de mi abuelo, pero me puse en pie y le dije con brusquedad desde el otro lado de la mesa:

—¿A qué has venido?

El lacayo se detuvo, me miró y frunció el ceño, y entonces respondió con mucha frialdad:

—Tengo una carta para Wanda Vitkus. ¿Eres tú?

Wanda se había pasado toda aquella mañana nadando a mi lado entre la muchedumbre de mujeres; había cargado con pesadas montañas de platos y había traído unos grandes cubos de agua, y apenas habíamos hablado, pero nos mirábamos la una a la otra y estábamos juntas en el trabajo, en ese trabajo tan simple y tan seguro. Wanda estaba de pie en el fondo de la sala, nada más entrar en la cocina, y tardó un segundo en dar un paso al frente mientras se

secaba las manos en el delantal. El lacayo se dio la vuelta hacia ella y le entregó la carta: una hoja gruesa de pergamino, doblada y sellada con un gran pegote de lacre rojo que se había ennegrecido por el humo y del que se habían escurrido unas gotas como si fueran de sangre, antes de endurecerse.

La tomó en sus manos, la abrió y se quedó mirando el interior durante un largo rato; luego se levantó el delantal para taparse la boca, con los labios tensos, asintió dos veces con la cabeza, volvió a doblar la carta y la sujetó con fuerza, la apretó contra el pecho. Se dio la vuelta y se alejó hacia el fondo de la casa, camino de las escaleras. El lacayo nos lanzó a todos una mirada desdeñosa —dábamos igual, no éramos importantes—, giró y salió de la casa tan rápido como había llegado.

Yo continuaba de pie ante la mesa. Las conversaciones se reiniciaron a mi alrededor, la corriente siguió su curso: «¿Cuándo volverás por la ciudad?», «¿Qué edad tiene ya el mayor de tus hijos?», «¿Cómo va el negocio de tu marido?», el constante romper de las olas, pero no regresé al agua. Aparté mi silla de la mesa y subí las escaleras hasta el estudio de mi abuelo. Allí estaba con algunos otros ancianos, charlando todos ellos con su voz tan grave. Fumaban en pipa, fumaban puros y hablaban de trabajo. Me miraron con cara de extrañeza: aquél no era mi sitio, a menos que fuese a llevarles más brandy, más té o más comida.

Pero mi abuelo no me frunció el ceño. Me miró sin más, dejó a un lado la copa y el puro y me dijo: «Ven», y me llevó al cuartillo junto al estudio donde guardaba bajo llave sus papeles importantes, tras unas puertas de cristal. Cerró la sala a nuestra espalda y me miró.

—Tengo una deuda —le dije—. Y tengo que hallar la manera de pagarla.

Capítulo 21

Por la mañana, tenía unas marcas rojas con ampollas en las palmas de las manos, allá donde había agarrado la cadena de plata con Sergey y Stepon. Anoche, antes de marcharse, la zarina me dijo: «¿Cómo te puedo compensar?». No supe qué decirle, porque justo eso era lo que yo estaba haciendo; estaba compensando. Miryem me había sacado de la casa de mi padre por seis kopeks, cuando yo sólo valía tres cerdos para él, y se había aprovechado del dinero de la prestamista con mentiras. La madre de Miryem me había puesto pan en el plato y amor en el corazón. Su padre había entonado unas bendiciones sobre aquel pan antes de dármelo para que me lo comiese. Daba igual que yo no conociese aquellas palabras. Me las habían ofrecido aunque yo no supiese lo que querían decir con ellas y me pareciesen algo diabólico. Miryem me había dado plata por mi trabajo. Me había tendido su mano y había estrechado la mía como si yo fuese alguien capaz de negociar por mí misma, y no alguien que, simplemente, le roba a su padre. En su casa había habido un plato para mí.

Y aquel staryk quería llevársela a cambio de nada. Quería obligarla a darle oro sólo por seguir viviendo, como si ella le perteneciese porque él era lo bastante fuerte como para matarla. Mi padre era lo bastante fuerte como para matarme, pero eso no significaba que yo le perteneciese. Me vendió por seis kopeks, por tres cerdos, por una jarra de krupnik. Intentó volver a venderme una y otra vez como si continuara siendo suya por muchas veces que me hubiese vendido. Y así era como pensaba aquel staryk. Quería quedarse con Miryem y obligarla por siempre a hacer más oro, y no importaba lo que ella quisiera, porque él era fuerte.

Pero yo también era fuerte. Era lo bastante fuerte como para hacer que panova Mandelstam se pusiera bien, y era lo bastante fuerte para aprender magia, la magia de Miryem, y utilizarla para convertir tres delantales en seis kopeks. Fui lo bastante fuerte —con Sergey y Stepon— como para evitar que mi padre me vendiese o me matase. Y anoche no sabía que sería también lo bastante fuerte como para detener al staryk, incluso con la cadena de plata, incluso con Sergey y Stepon, incluso con los padres de Miryem. Y no supe que era lo bastante fuerte para hacer ninguna de esas cosas hasta que las terminé y las hice. Tuve que hacer antes el trabajo, sin saberlo. Después, Stepon escondió la cara en mi delantal y se echó a llorar porque aún tenía miedo, y me preguntó cómo sabía yo que la zarina haría magia e impediría que el staryk nos matase, y tuve que decirle que no lo sabía. Yo sólo sabía que el trabajo había que hacerlo primero.

Por eso, cuando la zarina me preguntó cómo me podía compensar, no supe qué decir. No lo había hecho por ella. No la conocía. Quizá fuese la zarina, pero yo ni siquiera sabía su nombre. Un día, cuando yo tenía diez años, uno de nuestros vecinos vino a casa y dijo que el zar había muerto, y, cuando le pregunté qué significaba eso, me dijo que habría un nuevo zar, así que, la verdad, no veía por qué un zar tenía tanta importancia. Y ahora que había visto uno, no deseaba tener nada que ver con ellos. Era algo terrible, lleno de fuego. Le habría dicho a la zarina que, para compensarme, podía hacer que el zar se alejase, pero él ya había salido de la casa con los guardias que se llevaban al staryk.

Sin embargo, el padre de Miryem la oyó preguntarme, y vio también que no supe qué decir. Tenía una gran magulladura en un lado de la cara, y las manos le dolían y le temblaban después de haber estado sujetando aquella cadena de plata conmigo. Estaba sentado con panova Mandelstam, y los dos rodeaban a Miryem con los brazos, le daban besos en la cabeza y le acariciaban la cara como si para ellos fuese más valiosa que los kopeks de plata, más que el oro, más que cualquier cosa que tuvieran. Y cuando panov Mandelstam vio que no

sabía qué hacer, le dio un beso a Miryem en la frente, se levantó, vino cojeando y le dijo a la zarina:

—Esta joven tan valiente y sus hermanos han venido con nosotros a la ciudad porque tienen problemas en el pueblo. —Me puso la mano en el hombro y me dijo con voz suave—: Ve a sentarte y a descansar, Wanda. Yo se lo contaré todo.

Así que me aparté y me senté con Sergey y con Stepon, y los rodeé con los brazos, y ellos me rodearon a mí con los suyos. Estábamos demasiado lejos para oír lo que estaba diciendo panov Mandelstam, porque lo decía en voz muy baja, pero habló con la zarina durante un rato, y luego regresó cojeando con nosotros y nos dijo que todo iba a salir bien. Le creímos. La zarina se marchaba de la casa en aquel momento. Salió por aquellas grandes puertas hacia el patio, donde había más guardias esperándola. Dos de ellos alargaron la mano hacia el interior, agarraron las puertas y las cerraron. Y nosotros nos quedamos dentro de la casa, ya sin ellos.

La habitación estaba hecha un tremendo desastre. En las mesas junto a las paredes aún quedaba comida que se estaba estropeando, y las moscas ya zumbaban alrededor. Había sillas tiradas por todas partes, y del suelo de la chimenea salían unas huellas negruzcas como las que deja en la nieve un hombre con unas botas pesadas.

La gran corona de oro que llevaba Miryem estaba en el suelo cerca de la chimenea, y estaba totalmente deformada, casi derretida. Nadie se la podría volver a poner. Pero daba igual. Miramos a la familia de Miryem, y ellos nos miraron a nosotros. Nos levantamos todos, y panov Mandelstam pasó el brazo por la espalda de Sergey, yo se lo pasé a panova Mandelstam, y formamos un círculo todos juntos, los seis: éramos una familia, y otra vez habíamos mantenido a raya al lobo; durante otro día habíamos conseguido mantener a raya al lobo.

Subimos entonces y nos fuimos a dormir. No recogimos aquel desastre. Dormí un rato largo en aquella maravillosa habitación tan grande y silenciosa

en lo alto de las escaleras, y cuando me desperté ya era primavera en la calle, era primavera por todas partes, y me sentí como si llevase también en mi interior la primavera que flotaba en el ambiente. Aunque tenía ampollas en las manos, me sentía tan fuerte que ni siquiera me preocupé un poco por lo que nos sucedería a continuación. Besé a Sergey y a Stepon y bajé a ayudar a las otras mujeres de la casa, y dejó de importarme el no entender lo que decían. Cuando alguien me decía algo que no entendía, yo le sonreía, y ella me sonreía a mí y me decía: «¡Ah, se me olvidaba!», y entonces me repetía lo mismo pero con palabras que yo sí conocía.

Llevé platos a las mesas: había mesas en todas las habitaciones para que se sentase a comer la gente, no tanta como el día anterior, pero la suficiente para tener que poner mesas en todas las habitaciones, con muchas sillas apretadas a su alrededor. También había mesas en el otro salón de baile. Alguien más había limpiado el desastre, y ya no se veían las marcas negras en el suelo, porque habían desplegado una alfombra enorme y habían puesto mesas. Y no había fuego en la chimenea, porque hacía tanto calor que habían abierto las ventanas para que entrase el aire. El olor a humo había desaparecido.

Y había comida por todas partes, tanta que casi no veíamos dónde poner más, porque todos los espacios estaban ocupados ya con cosas de comer. Cuando sentí hambre, me senté a la mesa y comí hasta que me quedé llena, y después ayudé otra vez a sacar más comida para más gente. Y seguí haciéndolo. Más adelante vinieron también Miryem y su madre, y trabajamos todas juntas.

Acababa de dejar dos cubos llenos de agua que había ido a buscar a la fuente de más abajo, en la ciudad, cuando oí un ruido en el salón donde estaban las mesas, y entonces oí a Miryem que preguntaba alto y claro: «¿A qué has venido?», como si alguien hubiese vuelto para hacernos daño. Empujé la puerta de la cocina y me quedé en el umbral, y vi allí a un guardia con una espada y una ropa elegante que dijo mi nombre. Dijo que tenía una carta para mí. Entonces sentí miedo durante un segundo, pero me encontraba en aquella

casa, con toda aquella gente, y pensé que también era lo bastante fuerte para aquello, así que di un paso al frente, extendí la mano y dejé que me pusiera la carta en ella.

En aquella carta había un trozo pesado de cera roja como la sangre, y parecía que hubieran presionado sobre ella la forma de una gran corona. La rompí para abrirla y me quedé mirando aquellas palabras. Sabía leerlas, porque Miryem me había enseñado, así que formé las palabras en mis labios, silenciosa, con la lengua, de una en una, y decía así: «Se hace saber a todo aquel llegado a Nuestro dominio de Lithvas que, por Nuestra orden imperial, la mujer llamada Wanda Vitkus y sus hermanos Sergey Vitkus y Stepon Vitkus quedan perdonados de todos los crímenes de los que se les acusa. Ningún hombre levantará la mano en su contra, y todo Nuestro pueblo les rendirá honores por el gran y valiente servicio que han prestado a Nos y a Lithvas. Además, se les concederá el permiso para adentrarse en el Gran Bosque y hacerse allí con cuanto deseen dentro de cualquier terreno sin propietarios, y así podrán reclamar de Nuestro puño y letra título de propiedad de cualquier tierra que sean capaces de cultivar o de cerrar para el pastoreo en un plazo de tres años, y la conservarán para sí y para sus herederos».

Y debajo de aquellas palabras había un gran garabato de tinta que no era una palabra, sino un nombre, «Mirnatius», y después de eso, «Zar de Lithvas y de Roson, gran duque de Koron, de Irkun, de Tomonyets, de Serveno, príncipe de Maralia, de Roverna, de Samatonia, señor de Markan y de las Marcas Orientales» y, después de toda esa lista, «amo y señor del Gran Bosque del Norte».

Miré aquella carta y entonces comprendí por qué importaba un zar. Era una magia como la de Miryem. Aquel zar, aquel terrible zar, podía entregarme aquella carta, y ahora estábamos a salvo. Ya no tenía que estar asustada en absoluto. Nadie de nuestro pueblo que viese la carta intentaría colgarnos a Sergey o a mí. Verían el nombre del zar escrito en el papel y lo temerían, aunque el zar estuviera muy lejos.

Pero ni siquiera teníamos que volver al pueblo. No teníamos que volver a la casa de nuestro padre, donde quizá estuviese él aún tirado en el suelo, y tampoco teníamos que volver a aquella granja donde no crecía prácticamente nada y por donde pasaba todos los años el recaudador de impuestos.

La carta decía que podíamos adentrarnos en el bosque y quedarnos con cualquier tierra que quisiéramos. Podría ser la mejor que encontrásemos. Podría estar repleta de árboles enormes que talaríamos y venderíamos por muchísimo dinero. Yo sabía que un árbol grande valía mucho, porque el año antes de que mi madre muriese, había un árbol en las tierras de nuestro vecino, y un año se cayó ese árbol, y él se apresuró y trabajó mucho para cortarlo antes de que vinieran los hombres del boyardo para llevárselo, y el vecino escondió dos trozos grandes en el bosque. Pa lo vio, y un día entró a cenar y nos dijo con amargura: «Ese hombre es muy listo. Se sacará diez kopeks con esa madera».

Pero Ma negó con la cabeza. «Esas tierras no son tuyas, habrá problemas», dijo ella, y él la abofeteó y le dijo: «Qué sabrás tú»; pero los hombres del boyardo llegaron al día siguiente con una carreta grande en la que cargaron los trozos del árbol, y con ellos vino un hombre que se quedó mirando los trozos y se dio cuenta de que le faltaba algo al árbol. Azotaron duro a nuestro vecino hasta que les dijo dónde había escondido los trozos, los hombres los echaron también en la carreta y lo dejaron en el suelo, ensangrentado. Por culpa de aquello, estuvo enfermo mucho tiempo, y su mujer tuvo que intentar recoger ella sola la cosecha, porque él no podía caminar. Un día de aquel invierno, la mujer vino a casa a pedirnos comida, y Ma le dio un poco. Pa le pegó aquella noche por haberlo hecho, a pesar de que el vientre ya se le estaba poniendo grande.

Pero nadie nos azotaría a nosotros por talar árboles, porque el zar decía en aquella carta que podíamos hacerlo. Decía que eran nuestros. Decía que aquella tierra, y toda la tierra de la que fuésemos capaces de ocuparnos, sería nuestra. Podríamos tener cabras y gallinas, y plantar centeno. Y ni siquiera

teníamos que construir una casa. Podíamos ir a la cabaña, aquella casita que nos había salvado, donde ya había un huerto y un granero, y podríamos hacer una granja a su alrededor. Aquel papel decía que eso estaba bien, porque no había nadie viviendo allí. Pensé que podríamos ir, entrar en la casa y prometer que la cuidaríamos, y además prometeríamos que si cualquiera que hubiese vivido allí deseaba volver, le dejaríamos la mejor cama, y le daríamos toda la comida que quisiera, y podría quedarse allí con nosotros todo el tiempo que decidiera.

Y entonces pensé que, si alguien venía realmente a la casa —alguien que tuviese hambre y tuviese algún problema—, nosotros le dejaríamos quedarse. En nuestra casa habría comida para él, y lo haríamos encantados. Igual que panova Mandelstam. Eso era lo que decía la carta. Haríamos una casa como la suya, y podríamos dar de comer a cualquiera que viniese.

Me llevé la carta arriba, con Sergey y Stepon. Sergey había ayudado con los caballos, y Stepon le había ayudado a él durante un rato aunque continuaba habiendo mucho ruido, pero luego tuvo que subir porque seguía muy asustado, y Sergey subió con él. Subí, entré en la habitación y les enseñé la carta, y ellos no sabían leer lo que ponía, pero sí vieron el gran sello rojo y tocaron aquel papel grueso y suave, y les conté con cuidado en voz alta lo que decía, y después les pregunté si ellos querían hacer lo mismo que yo, les pregunté si ellos querían ir a la cabaña del bosque y hacer allí una granja, y dejar que viniera cualquiera que tuviese un problema. No les dije «Esto es lo que vamos a hacer», aunque era lo que yo quería. Les pregunté si ellos también lo querían.

Sergey extendió la mano con mucho cuidado y cogió el papel. Dejé que lo tuviera en las manos. Tocó muy levemente con el dedo la forma de una de las letras sobre el papel, para ver si se desprendía. No se desprendió ni siquiera un poquito.

—Sí —dijo en voz baja—. Sí.

Y Stepon preguntó:

—¿Podemos pedirles que vengan a vivir con nosotros? —Se refería a Miryem y a su familia—. ¿Podemos pedirles que vengan? Yo puedo plantar la nuez, y entonces Ma también estará allí. Estaremos todos juntos, y eso será lo mejor de lo mejor.

Cuando lo dijo, me eché a llorar, porque tenía razón, eso sería lo mejor de lo mejor, sería algo tan bueno que ni siquiera había sido capaz de que se me ocurriese. Sergey me pasó el brazo por los hombros y le dijo a Stepon:

—Sí, les pediremos que vengan.

Y entonces me limpié las lágrimas de la cara, con mucho cuidado para que ninguna cayese en la carta.

Cuando salí del estudio de mi abuelo, fui a la habitación de mis padres. Estaban sentados juntos al lado del fuego, y Wanda y sus hermanos habían bajado a verlos. Wanda había traído la carta del zar y se la había entregado a mi padre, que la observaba sorprendido.

—Podemos ir a por las cabras —les explicaba Wanda a él y a mi madre—, y a por las gallinas. Ahora hace calor. Podemos hacer más grande la casa para el invierno. Podemos talar algunos árboles. Habrá sitio.

Y cuando llegué y miré la carta, vi que el propio zar la había firmado como «amo y señor del Gran Bosque del Norte», y lo comprendí: Irina ya estaba extendiendo la mano. Le había dado una granja a Wanda a cambio de que ella se llevase a sus hermanos, con sus fuertes brazos, al bosque para limpiarlo de árboles, para que sembrasen cosechas y construyesen una casa y un granero, la primera de muchas que estarían por llegar.

—¿Dejar nuestra casa? —dijo lentamente mi madre—. Pero si hemos vivido allí mucho tiempo.

Entonces comprendí también que Wanda les estaba pidiendo a mis padres que se fueran a vivir con ellos, en aquella granja que el zar les había dado;

quería que abandonasen el pueblo, la casa, nuestra pequeña isla en el río que siempre estaba en peligro de verse inundada.

—¿Y qué hay ahí que justifique quedarse? —les pregunté—. No es nuestra, sino del boyardo. Todo cuanto hemos hecho siempre para mejorarla lo hemos hecho para él, a cambio de nada. Ni siquiera se nos permitiría comprarla si quisiéramos. Pero con ayuda en la casa, Sergey y Wanda pueden limpiar más tierras y hacer que la granja sea más rica. Por supuesto que deberíais iros.

Mi madre se quedó callada. Todos me miraron y se percataron de lo que no había dicho. Mi madre me cogió la mano.

—¡Miryem!

Tragué saliva. Tenía aquellas palabras en la punta de la lengua: «Marchaos mañana, quedaos un día más», pero pensé en Rebekah, flaca como una lasca de hielo azulado. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se derritiese?

—Deberíais marcharos ya —dije—. Hoy mismo, antes de que se ponga el sol.

—No —contestó de plano mi padre, que se puso en pie: mi amable y cariñoso padre, al fin enfadado—. No, Miryem. Ese staryk... ¡tenía razón! ¡Se merece lo que ha sido de él! Ésa es la recompensa que recibe el malvado.

—Hay una niña —expliqué con un nudo en la garganta irritada. La mano de mi madre me apretó la mía—. Le di un nombre. ¿Voy a permitir que un demonio se dé un banquete con ella, porque el rey fue malvado?

—Vienen todos los inviernos desde un reino de hielo para robar y asesinar entre los inocentes —replicó mi padre después de un momento, exactamente igual que había dicho Irina, pero luego me preguntó, como en un ruego—: ¿Hay siquiera diez justos entre ellos?

Respiré hondo, aún temerosa aunque también con cierto alivio: la respuesta se volvía muy clara.

—Sé que hay tres. —Puse la otra mano sobre la de mi madre y la apreté—. Tengo que hacerlo. Sabéis que tengo que hacerlo.

Me llevé la corona de oro deformada al puesto de Isaac, donde su hermano

pequeño se ocupaba de todo en su lugar, y la fundió entera, con sumo cuidado, en unos lingotes planos de oro. Salí con ellos ocultos en un saco y me marché al gran mercado del centro de la ciudad. Los fui cambiando uno tras otro, y no me importó si hacía un buen negocio mientras fuese rápido. Los cambié por una carreta, dos caballos fuertes para tirar de ella, una jaula llena de gallinas, un hacha, una sierra, martillos y clavos. Compré un tiro y un arado, dos hoces bien afiladas y unos sacos de semillas de centeno y de judías. Sergey y Wanda vinieron conmigo. Lo cargaron todo en la carreta y lo apilaron bien alto. Por último escogí dos largas capas con capucha de una mesa llena de ellas; las dos eran exactamente iguales, de un color gris apagado: ésas sí que fueron un buen negocio, ya que su precio había bajado mucho respecto al del día anterior.

Tardamos un buen rato en llevar la carreta cargada hasta arriba de vuelta a la casa de mi abuelo: las calles estaban abarrotadas y prácticamente no se movía nada. Avanzábamos a paso lento cuando dijo Wanda:

—Hay una boda.

Me asomé por una calle hacia la gran catedral y vi a una princesa que bajaba por los escalones con mi vestido staryk de oro y color blanco y con una pequeña corona en la cabeza. Se la veía sonriente y triunfal, tanto como a su esposo a su lado, entre una multitud de espléndidos nobles. El vestido encajaba mejor allí que en la casa de mi abuelo. Mis ojos buscaron a Irina, que ya estaba al pie de la escalinata, con el zar junto a ella, subiéndose a un carruaje abierto. La luz del sol se reflejaba en su corona de plata, y él se sentó sin más, apoyado sobre un codo y con aspecto irritado por el aburrimiento, sin rastros de que el demonio acechase bajo su piel. Aparté la mirada de inmediato.

Ya empezaba a hacerse tarde cuando regresamos, pero el sol no se había puesto: al fin y al cabo era casi verano. No esperamos para tomarnos la cena. Era nuestro turno de marcharnos, de despedirnos de un grupo de gente cada vez más reducido. Besé a mis abuelos en la mesa, y mi abuelo me atrajo hacia sí y me besó en la frente.

—¿Lo recuerdas? —me dijo en voz baja.

—Sí —le contesté—. En la calle de detrás de la casa de Amtal, junto a la sinagoga.

Asintió con la cabeza.

Nos subimos a la carreta y nos alejamos de la casa a la vista de todo el mundo, diciendo adiós con la mano. Sergey y mi padre iban sentados en el pescante: los caballos habían salido caros, pero eran buenos, unos caballos bien adiestrados, así que no era difícil guiarlos. Yo llevaba puesta la capa, y me cubrí la cabeza con la capucha en la parte de atrás de la carreta. Incluso a aquellas horas, las calles seguían bulliciosas: las casas de comidas sacaban mesas y sillas para que la gente pudiera sentarse y reunirse en aquel ambiente tan cálido, y tuvimos que doblar la esquina de una calle más estrecha donde sólo había casas y ya habían llamado a los niños para que entraran a cenar. A mitad de la calle no había nadie. Mi madre extendió la segunda capa sobre un par de sacos de grano en el fondo, como si yo estuviera allí tumbada durmiendo. Stepon se quitó las botas —mis botas viejas— y las metió debajo de forma que asomaran por el borde. Entonces me dejé caer de la carreta sin hacer ruido.

Me oculté en la sombra entre dos casas mientras la carreta recorría el resto de la calle y giraba hacia la puerta del barrio judío. Allí, en la entrada de la ciudad, le pedirían a mi padre los nombres de todos los pasajeros, y él incluiría el mío con el de los demás y pagaría el peaje de cada uno con algunas monedas de más para acelerar las cosas. Si Irina sospechaba algo y enviaba hombres a buscarme al día siguiente, a preguntarme si yo sabía adónde había huido el staryk, todo el mundo le diría con absoluta honestidad que yo me había marchado de la ciudad con mi familia antes de la puesta de sol. Encontrarían los registros en poder de sus propios guardias, y nadie reconocería que un soborno había acelerado los trámites.

Cuando la carreta desapareció de mi vista, me dejé la capucha bien calada y los hombros caídos como una anciana *baba* y recorrí los callejones hasta la

sinagoga. Allí pregunté por la casa de Amtal a un joven que entraba a rezar; me la señaló. Los adoquines de la calle de detrás estaban viejos y desgastados, con hendiduras de las ruedas de las carretas, muchas piedras sueltas y agujeros donde faltaba el cemento. La parte de atrás de la casa tenía un pequeño espacio recortado en el centro, apenas lo bastante ancho para que entrase una persona, y había unos sacos viejos de desperdicios que lo bloqueaban.

Después de abrirme paso entre ellos, vi que, en el suelo, la antigua reja de la alcantarilla estaba despejada. La levanté sin esfuerzo, y había una escalera esperando a que yo bajase, esperando a que bajase mucha gente, allí tan cerca de la sinagoga, en caso de que algún día viniesen los hombres y cruzasen la muralla del barrio judío con hachas y antorchas, igual que sucedió en el oeste cuando la abuela de mi abuela era una cría.

Me deslicé dentro y tiré de la reja para colocarla sobre mí antes de descender el largo recorrido hasta el estrecho charco que había en el túnel de la alcantarilla. Tan sólo tenía sobre la cabeza la tenue luz del círculo de la puesta de sol, que cada vez se hacía más y más pequeño conforme bajaba. No contaba con un farol ni con una antorcha, pero tampoco los quería. Una luz permitiría que alguien me viese llegar desde muy lejos. Aquél era un camino que había que recorrer a oscuras.

Me di la vuelta para darle la espalda a la escalera, extendí los brazos y palpé las paredes hasta que localicé la pequeña marca que alguien había tallado con la forma de una estrella: seis puntas que pude distinguir con los dedos. La cubrí con la mano y comencé a caminar en la oscuridad, pasando los dedos bien abiertos a esa misma altura. Una vez conté diez pasos, encontré otra estrella.

Aquellas marcas me guiaron en mi avance durante lo que me pareció un largo trecho, aunque tampoco podía serlo, no había tanta distancia desde la sinagoga hasta la muralla de la ciudad. La poca luz que quedaba de la reja de la alcantarilla se desvaneció enseguida a mi espalda, y me sentí ciega,

asfixiada y ruidosa con el escándalo de mi propia respiración en los oídos. Pero seguí contando hasta diez, y si no encontraba una estrella, palpaba la pared hasta que daba con ella, o retrocedía un paso y volvía a palpar por allí. En una ocasión tuve que retroceder dos pasos sin nada más que una pared vacía bajo mis manos, y, asustada, di cuatro pasos al frente antes de encontrarla por fin. Se acabaron entonces las estrellas, y la pared desapareció bajo mi palma cuando me tropecé con un montículo de tierra en el suelo, me caí y metí las manos en una humedad pegajosa. Me volví a poner en pie, me limpié las manos en la capa y regresé palpando a ciegas en la oscuridad hasta que di con la esquina del recodo con los dedos, y con la pared de tierra del túnel.

—Aquí había una torre en la muralla, antes de que sitiaran la ciudad —me había contado mi abuelo en voz baja en aquel cuartillo suyo tan pequeño—. Los hombres del duque abrieron en ella una brecha y entraron. Después, cuando el duque reconstruyó las murallas, no quiso que se restaurase la torre. Los cimientos eran sólidos y había suficiente dinero para ello, pero decidió no hacerlo. ¿Por qué no? —Mi abuelo tenía las manos abiertas, se había encogido un poco de hombros y había fruncido los labios—. Una torre para proteger la retaguardia de la ciudad, ¿por qué no? De manera que, después de la reconstrucción de la muralla, cuando se marcharon todos los peones, mi hermano Joshua y yo bajamos a las alcantarillas con una cuerda para poder buscar sin perdernos, y encontramos el túnel que él había hecho.

»Nadie más lo sabe. Sólo tu tío abuelo, tu abuela y yo, y Amtal y el rabino. Amtal se encarga de mantener limpia la rejilla. Yo le pago para que lo haga, le pago el alquiler. Cuando él sea mayor, se lo contará a su hijo. Jamás lo utilizamos: nunca para el contrabando, nunca para evitar los peajes. Nadie sabe que lo sabemos. Es allí donde lo deben de haber metido, a ese esposo tuyo, en aquella torre al final del túnel.

»Y ahora debes decirme, Miryem. Entiendes lo que significa ese túnel. Supone la vida. Si el prisionero se escapa, aunque no te cojan a ti, esos

grandes hombres como el duque y el zar no se van a encoger de hombros y van a decir “ah, bueno”. Se preguntarán cómo ha podido ocurrir. Buscarán huellas. Quizá bloqueen el paso de las alcantarillas. O quizá las sigan y encuentren la reja. Hasta es posible que salgan por ella y vean allí la casa de Amtal, que le pongan un cuchillo en el cuello a sus hijos, y Amtal les contará quién le paga para mantenerla despejada.

»Te cuento esto y espero que entiendas que nada de ello es una certeza. Si vienen aquí, aunque Amtal les haya dicho mi nombre, habrá cosas que podré hacer. Tengo una gran cantidad de dinero, y soy útil para el duque. No vendrá corriendo y enfurecido a acabar conmigo. No es ese tipo de hombre. Y también existe la posibilidad de que no hagan ninguna de esas cosas. Podrían decirse que ese rey es una criatura mágica, ¡y ha desaparecido! No se marchó por las alcantarillas. Podrían dejar las cosas como están.

»Así que no te estoy diciendo que pongas mi vida y la vida de tu abuela en la balanza. Lo que te estoy diciendo es: mira, éstos son los peligros. Algunos son más probables que otros. Valóralos, reúnelos todos y conocerás el coste. Y entonces tendrás que preguntarte: ¿es esto lo que debo? ¿Es tanto lo que le debes a ese staryk que vino y te llevó sin tu consentimiento ni el nuestro, contra la ley? El resultado de sus actos pende sobre su cabeza, no sobre la tuya. Un ladrón que roba un cuchillo y se corta no puede clamar contra la mujer que lo tenía afilado.

No esperó a mi respuesta. Tan sólo me puso la mano en la mejilla y se volvió a marchar. Ahora, me había detenido un momento ante aquella esquina, con la tierra del túnel del duque entre los dedos, un camino para la salvación de mi propio pueblo, una vía que yo podría cerrarle para siempre sólo por rescatar al staryk. O quizá me atrapasen a mí si había guardias en el extremo del túnel, y en ese caso no le habría hecho ningún bien a nadie. Ya me había respondido la pregunta, pero tendría que seguir respondiéndomela a cada paso que diera por aquel pasadizo, y no terminaría hasta que llegase al mismísimo final.

Después de que Miryem se bajase de la carreta, me quité las botas y las dejé asomando por debajo de la capa. No me importó quitármelas, porque hacía calor y, de todas formas, iba sentado. Me alegraba muchísimo de estar marchándome de aquella ciudad tan terrible. Era todavía peor que antes. Las calles estaban todas llenas de gente, por todas partes, porque ya no había nieve, y todos querían estar fuera, todos querían charlar al mismo tiempo y hacer ruido. Me tumbé en el fondo de la carreta junto a los sacos que fingían ser Miryem, e intenté fingir que yo era un saco, aunque no lo era. Tuve que quedarme ahí tumbado, taparme los oídos y esperar a que hubiésemos salido. Tardamos mucho en llegar hasta aquellas grandes puertas de la ciudad, y panov Mandelstam se bajó para pagarle un dinero al hombre de la puerta, porque aquella ciudad era un lugar tan terrible que había que pagar para que te dejasen salir.

Después de eso, Sergey sacudió las riendas y chasqueó la lengua a los caballos como un cochero de verdad, y los animales echaron a andar a buen paso, y nos alejamos. Durante un ratito, todos estuvimos a salvo. Sergey llevó la carreta por el camino hasta que dio tantas vueltas que ya no se podían ver las puertas si te asomabas en la parte de atrás de la carreta y echabas un vistazo a tu espalda. Lo intenté cuando detuvimos los caballos, pero no las vi, aunque sí podía ver el humo de todas las casas y de tanta gente que había allí. Sergey le entregó las riendas a panov Mandelstam y se bajó, nos miró a Wanda, a mí y a todos nosotros y nos despedimos con un gesto de la barbilla. Iba a ir por detrás de la muralla de la ciudad y se iba a esconder hasta que saliese Miryem, si es que salía.

A mí no me gustaba dejar allí a Sergey. ¿Y si Miryem no salía?, ¿y si salía el staryk solo? Podría matar a Sergey. Podría dejar a Sergey allí, otra vez, tirado en el suelo y vacío. O, ¿y si era el zar el que salía? Eso sería igual de malo o aún peor.

Pero panov Mandelstam había querido ir en lugar de Miryem y después quiso ir con Miryem, y ella le había dicho que no y que no. Primero le dijo que no porque el staryk no le haría daño a ella, y después le dijo que no porque una sola persona haría menos ruido en caso de que hubiera un guardia, y después le dijo que no porque no podíamos engañar a los guardias si nos faltaban dos personas, pero ninguna de aquellas razones era real. La verdadera razón era que panov Mandelstam estaba herido. Tenía magulladuras por todo el cuerpo.

Lo sabía porque se le veían algunas marcas moradas que le salían por el cuello de la camisa aunque el staryk no le había pegado allí. Yo ya sabía con qué fuerza te tenía que pegar alguien para que te saliesen moratones en un sitio donde no te había pegado. Así de fuerte le había zurrado el staryk, por eso supe que tendría marcas moradas por debajo de toda la ropa. Y, aunque no hubiera sabido eso, habría seguido sabiendo que estaba herido, porque cojeaba, y a veces se ponía la mano en la cadera y respiraba con cuidado durante un rato, como si le doliese, y ya se había quedado dormido dos veces durante aquel día.

Pero Miryem no le dijo eso, sino que le dio todas aquellas otras razones, y panov Mandelstam respondió al final:

—Entonces te esperaré fuera de la ciudad.

Y Miryem también le dijo que no a eso, aunque panov Mandelstam meneaba la cabeza muy decidido: ya había permitido que su hija le dijera que no varias veces, y no iba a escuchar ningún «no» más, y le dijo que ella ni siquiera sabía dónde estaba la cabaña.

Fue entonces cuando Sergey le dijo a panov Mandelstam:

—Yo la esperaré. Tú no puedes caminar rápido, y yo sí la puedo llevar a la cabaña.

Panov Mandelstam seguía preocupado, pero Sergey ya era más grande y más fuerte que él, y no estaba herido. Y Miryem dijo:

—Tiene razón. Tardaremos menos.

Y así se decidió que Sergey iría a esperar a Miryem, y, mientras tanto, el resto seguiríamos adelante, de manera que si alguien venía a la cabaña a buscarnos antes de que ellos volvieran, estaríamos todos allí ocupados y diríamos que Miryem y Sergey ya se habían ido a por las cabras.

—Pero volveremos mucho antes de eso —dijo Miryem como si todo fuera seguro, como si Sergey y ella sólo tuviesen que ir de paseo desde la ciudad hasta la cabaña, pero en realidad no era eso lo que Miryem quería decir.

Al principio pensé que estaba diciendo tonterías, porque Miryem no podía saber si ella iba a poder salir, pero no estaba siendo tonta; simplemente no quería decir eso. Lo descubrí porque, cuando fuimos arriba a nuestra habitación a recoger nuestras cosas, Miryem vino a vernos y le dijo a Sergey: «Gracias. Pero no vengas a la muralla de la ciudad. Cuando te bajes de la carreta, espera en los árboles cerca del camino. Ya te encontraré yo si puedo».

Y así fue como lo supe, que no lo decía en serio. Miryem tampoco sabía si iba a salir o no, y se alegraba de que Sergey hubiera dicho que la esperaría, porque no quería que su padre se hiciera daño, y sabía que panov Mandelstam no aceptaría quedarse entre los árboles. Pero Miryem sí le había dicho a Sergey que se quedara entre los árboles, y me alegré, aunque él después la miró y le dijo:

—Te esperaré cerca de la muralla. Quizá necesites ayuda.

Miryem levantó entonces las manos y respondió:

—Si necesito ayuda, será demasiada la que necesite. Y si no, no necesitaré ninguna.

Sin embargo, Sergey se encogió de hombros y replicó:

—He dicho que esperaría.

Y eso fue todo, estaría esperando cerca de aquella muralla de la que saldría un staryk, o un demonio, o tan sólo unos hombres con espadas. Aquellos hombres que se habían llevado al staryk de la casa eran todos grandes y fuertes como Sergey, y tenían armas y unas cotas tan gruesas que no parecía fácil atravesarlas, así que, aunque no fueran tan malos como un zar o como un

staryk, ya eran lo bastante malos. Yo no quería que ninguno de ellos matara a Sergey. Tampoco quería que mataran a Miryem, pero a ella no la conocía muy bien aún, así que, principalmente, lo que no quería era que panova Mandelstam estuviera triste, que ya era un motivo importante para mí, pero no tanto como si me tocaba a mí directamente, que era lo que sucedería si le pasaba algo malo a Sergey.

Y estaba cansadísimo de tener miedo todo el rato. Era como si hubiese estado asustado y asustado todo el tiempo, sin parar. Ni siquiera me había dado cuenta de lo asustado que me había sentido, salvo aquella mañana en que dejé de tener miedo sólo durante un ratito y no tuve miedo de absolutamente nada, cuando Wanda subió a la habitación con aquella carta mágica del zar y pensé que se había terminado todo y que ya no tendría que tener miedo nunca más. Podía dejar de tener miedo de tantas cosas, fue buenísimo y me alegré mucho, pero ahora tenía miedo otra vez.

Pero no dependía de mí. Dependía de Sergey, y él no iba a esperar entre los árboles. Así que me senté en la carreta cuando panov Mandelstam arrancó y vi a Sergey alejarse del camino y adentrarse en los árboles, pero en la dirección en la que rodearías la ciudad entera por detrás, aquella ciudad tan terrible, y me quedé mirándolo hasta que ya no pude verlo más. Y entonces me tumbé en el fondo de la carreta junto a los sacos. Ya no teníamos que fingir que eran Miryem, así que panova Mandelstam me puso a mí la capa encima y me dejó poner la cabeza sobre un saco como si fuera una almohada. Me metí la mano en el bolsillo, agarré la nuez que Ma me había dado y me dije que todo iría bien. Llegaríamos a la casita, Sergey volvería, yo plantaría la nuez y Ma crecería, estaría con nosotros, y nos quedaríamos todos juntos.

La carreta se había desplazado muy despacio cuando estábamos en la ciudad, tan llena de gente, pero fuera, en el camino, avanzó muy rápido. Resultaba extraño ir por un camino sin nieve. No había nada de nieve en ningún sitio. Vimos montones de animales como ardillas, pájaros, ciervos y conejos que corrían por todas partes, felices en la primavera. Comían hierba,

hojas y bellotas, y estaban tan contentos que no se preocupaban por nosotros, por la gente. Hasta los conejos se nos quedaban mirando desde un lado del camino y seguían comiendo; tenían tanta hambre que ni se molestaban en tener miedo. Me alegró verlos. Pensé que también los habíamos ayudado a ellos. Era como había dicho Wanda sobre convertir nuestra casa en un lugar donde diésemos de comer a otra gente. Habíamos dado de comer incluso a los animales.

Supimos que nos estábamos acercando a la cabaña porque había otra casa en el camino de la que nos acordábamos, una con una gran rueda de carreta clavada delante del granero y unas flores pintadas en un lado. Sólo habíamos visto la parte más alta de aquellas flores por culpa de la nieve, pero ahora ya no había nieve, y pudimos verlas enteras. Eran altas, bonitas, rojas y azules.

El campesino de aquella casa estaba de pie junto al granero y miraba el centeno, todo verde en sus campos. Entonces nos miró a nosotros, le saludé con la mano y él también me saludó con una sonrisa.

—No podremos llegar con la carreta hasta la cabaña —dijo panov Mandelstam, porque no había un camino, y los árboles estaban muy juntos cuando pasamos andando, pero resultó que se equivocaba, o que no lo recordaba bien.

Vimos el lugar por donde habíamos salido, entre dos árboles grandes, y sí había espacio para que pasaran los caballos. Seguimos avanzando y seguía habiendo espacio, aunque no mucho. La carreta no era demasiado grande, y conseguimos pasar aunque un poco justos. Estaba empezando a oscurecer, y dijo panova Mandelstam:

—Quizá deberíamos parar aquí y prepararnos para pasar la noche. Sería un problema si pasáramos de largo sin darnos cuenta.

Pero en ese momento Wanda anunció:

—Veo la casa.

Y yo también la vi, salté de la parte de atrás de la carreta aunque panov Mandelstam podía haber continuado hasta el final, la rodeé, adelanté a los

caballos y corrí hasta llegar al patio, y allí estaba la casa esperándonos.

Si Sergey ya hubiera estado allí, eso habría sido lo mejor, pero aun así estaba muy bien. Ayudé a panov Mandelstam a quitarles el arnés a los caballos, a limpiarlos y a darles de comer. Casi llegaba hasta el lomo de los caballos, aunque no del todo, pero se quedaron quietos mientras yo me estiraba bien alto para cepillarlos. Saqué dos zanahorias del huerto y se las di a los animales, y les gustaron, y ayudé a descargar de la carreta todas las cosas buenas que traía, lo guardamos todo, y Wanda soltó a las gallinas para que corriesen y escarbasen. Al día siguiente les haríamos un gallinero. Mientras tanto, panova Mandelstam estaba dentro cocinando, y de la casa salía un olor muy rico y caliente, y la luz salió por las ventanas y por la puerta, que ella se había dejado abierta.

—Ve a lavarte las manos antes de cenar, Stepon —me dijo panov Mandelstam, y me fui a la parte de atrás de la casa, donde había una bañera grande, llena de agua. Cogí un cuenco de agua de la bañera, y estaba a punto de lavarme las manos, pero entonces pensé que si me las lavaba, no querría volver a ensuciármelas, y después cenaríamos, y luego sería la hora de irse a la cama. Ya era tarde, y no quería esperar más.

Así que, en vez de lavarme las manos, cogí el cuenco, volví a la parte de delante de la casa y, allí, justo al lado de la puerta de la cabaña, hice un agujero en el suelo, me saqué la nuez del bolsillo y la puse dentro. Le di unas palmaditas a la tierra y dije:

—Estamos a salvo, Ma. Ahora ya puedes crecer y estar con nosotros.

Estaba a punto de echarle tierra encima y regarla con el agua, pero sabía que algo iba mal. Me quedé mirando la nuez blanca. Estaba allí descansando sobre la tierra cálida y oscura, y no me dio la sensación de que estuviese nada bien. Era como si estuviera tratando de plantar una moneda y hacer brotar un árbol del que creciese el dinero como si fuera fruta. Pero no iba a brotar ningún árbol de una moneda.

La recogí, le sacudí la tierra y la sostuve en las manos.

—¿Ma? —le dije a la nuez, y entonces, un ratito después, sentí como si alguien me pusiera la mano en la cabeza, pero muy suavemente, como si en realidad no pudiese llegar hasta mí. Y no oí ninguna respuesta.

Capítulo 22

Vassilia llegó enojada a su boda, por supuesto, casi tanto como su padre. Ella esperaba ser zarina, y lo esperaba en justicia, pues aquella unión hubiera sido vital para ella. En cambio, allí estaba yo, triunfal, ocupando su lugar, y el candidato propuesto para Vassilia era un poco agraciado archiduque de treinta y siete años que ya había enterrado a dos esposas antes de ella, y no un zar joven y atractivo que le habría puesto una corona en la cabeza.

Si aquello ya era bastante malo, ahora la arrastraba yo por el hielo y la nieve al hacerla venir a Vysnia, una ciudad pequeña y atrasada, próxima a la principal sede de su padre en el oeste, con su gran ciudadela amurallada con gruesos ladrillos rojos, y ella sabía por qué, pues era perfectamente consciente de cómo habría actuado ella en mi lugar. Vassilia se habría paseado altiva por delante de todas las princesas y las hijas de los duques de todo el reino, con la cabeza coronada y bien alta. Al llegar al banquete, se habría inclinado y se habría dignado —con una indiferente y fría cortesía— a hablar con aquella de entre nosotras a la que se le hubiera dado especialmente bien el agasajarla o el congraciarse con ella de manera obsequiosa. Yo no habría figurado entre ellas. De modo que Vassilia sabía que la había traído aquí a rastras para obligarla a inclinarse ante mí y llamarme majestad, y así poder saldar yo tantas deudas de risitas disimuladas y sonrisas burlonas a nuestro alrededor.

Se lo había imaginado tan a la perfección que, cuando alzó la mirada y me vio con mi corona de plata y subió los escalones a mi encuentro, venía con los puños bien cerrados esperando verse humillada, y no supo qué hacer con aquellos puños cuando descendí de mi lugar para ir a su encuentro, antes de tiempo, y la tomé por los hombros y la besé en las mejillas.

—Mi queridísima Vassilia —le dije—. Hace siglos desde la última vez que nos vimos, cuánto me alegro de que hayáis venido. Mi querido tío Ulrich —añadí al volverme hacia él, sorprendido, un escalón por encima de mí, desde donde miraba a Mirnatus y a mi padre. Me observó mientras le ofrecía la mano y por un solo instante se le olvidó su enfado—. Disculpadme, qué duro es para una joven vivir tan lejos de sus amigos. Pero, por favor, no nos detengamos en formalidades. Vamos todos dentro y tomemos una copa de bienvenida, y permitidme que os robe a vuestra hija.

Me la llevé arriba, a la gran alcoba con el balcón abierto, ordené a todos los criados que se retirasen y le conté en voz baja que Lithvas debía tener un heredero más pronto que tarde, que podría no ser suficiente con que Mirnatus se hubiera casado. Dejé que fuese ella quien sacase sus propias conclusiones. Entraron entonces mi padre y Mirnatus, seguidos por un Ilias con aire huraño, y sostuve la mano de Vassilia mientras Mirnatus decía con una voz fría como la ceniza:

—Son tantos los gozos del matrimonio, que hemos decidido otorgarlos con plena generosidad. Ilias, mi querido primo, permitidme que os presente a vuestra prometida.

En la iglesia se quedó a mi lado, con la boca torcida en un constante gesto de cínico divertimento. Vassilia estaba feliz, y con motivo: le había regalado el vestido de oro de Miryem, tan espléndido que tenía más aspecto de zarina que yo, y se iba a casar con un joven apuesto que esa noche se iba a encamar con ella con un mínimo atisbo de cuidado. Mi padre había visto el aire hosco de Ilias, y, mientras mis criadas ayudaban a Vassilia a vestirse, se lo había llevado al balcón y le había dicho que, si pretendía comportarse como un necio en todo aquello, se buscaría a otro candidato. Por el contrario, si se comportaba como un hombre con sentido común y se aseguraba de satisfacer a la gran heredera con la que estaba a punto de casarse, podría dejar de ser el perrito faldero de su madre, convertirse en príncipe y gobernar sobre los hombres por derecho propio cuando muriese Ulrich. Cuando regresaron a la

habitación, Ilias besó la mano de Vassilia y tuvo un éxito razonable en sus esfuerzos por agasajarla. Resultó que incluso las grandes pasiones se podían satisfacer por otros medios.

Ulrich absorbió la ira de su hija y, por supuesto, se quedó lo bastante lívido por los dos, pero tampoco podía hacer nada al respecto: los sacamos de la alcoba y nos los llevamos directos a la iglesia, sin pausa, y Mirnatius reclamó para sí el privilegio de entregar a la novia. Mientras tanto, yo cogí el brazo de Ulrich y hablé con él. Aunque el príncipe hubiera deseado salir corriendo de allí con su hija por entre las filas de sus soldados, la plata me lucía en la frente. No se acordó de su enfado mientras me estuvo mirando, y por entonces ya corrían por la ciudad los rumores que habrían llegado a oídos de sus hombres: se decía que la magia había derrotado al invierno.

El banquete fue espléndido dentro de lo razonable. Aunque no hubiese habido nada más, las verduras amontonadas en las mesas nos habrían dejado satisfechos a todos: ni siquiera los archiduques habían probado la lechuga fresca en aquellos últimos meses. Había montañas de fresas recogidas de los bosques a la carrera, gracias a toda la ayuda que mi padre fue capaz de hallar y reclutar a su servicio, y, aunque todavía eran pequeñas, te reventaban en la lengua, rojas, dulces y jugosas. Mirnatius ordenó a un criado que le trajera un cuenco entero de fresas que se fue comiendo con delicadeza, de una en una, sin dejar de observar la sala con un gesto decaído en los labios. No me habló, y yo tampoco le dije nada. Cuando lo miraba, lo único en lo que podía pensar era el tono agudo de su voz allá en la bodega.

Mi madre no era algo real para mí. No recordaba el roce de su mano ni el sonido de su voz. Dentro de mí, todo eso lo era Magreta. No obstante, mi madre me había puesto a salvo dos veces; me había llevado bajo su corazón hasta que fui capaz de respirar, y me había dado una última gota de magia, casi devenida en nada en nuestra sangre, pero suficiente para que hallase una vía hacia el invierno a través de un espejo. Había recibido esos dones de ella y los había dado por hechos, de modo que jamás se me había ocurrido dar las

gracias por ellos. Y menos aún por mi agudo y ambicioso padre, que me habría entregado sin vacilar a una bestia de marido o incluso a un hechicero. No se me había ocurrido que hubiera un límite en el uso que podría haber hecho de mí. Sin embargo, con el recuerdo de Chernobog crepitando en la chimenea, el humo y las llamas rojas, hallé en mí la nítida certeza de que mi padre, que me había dicho que estaba orgulloso de mí, no le habría vendido mi alma a un demonio a cambio de una corona.

Tampoco es que hubiese mucha bondad que encontrar en un espacio tan estrecho. Me había dejado fría, toda mi vida, pero hasta eso era más de lo que había recibido Mirnatius. No podía seguir culpándolo por su falta de interés. ¿Dónde, en qué parte de él había algo con lo que sentir interés? «Nadie más tuvo un minuto para el imbécil del hijo de la bruja», me había dicho, las únicas palabras amables que había dicho de alguien, del único de quien recibió jamás alguna bondad.

Si el curso de los acontecimientos hubiera sido normal, al hijo de una esposa ejecutada lo habrían metido en algún lujoso monasterio en cualquier parte, para evitar que se convirtiese en un niño incómodo una vez que su hermano hubiera sido coronado y él ya no fuese necesario como sustituto. Me había imaginado que aquél era un destino que Mirnatius habría deseado evitar, uno de los motivos por los que habría hecho su pacto; habría sido un castigo para un hombre ambicioso. No obstante, aquello no era ni mucho menos cierto. El hombre que empleaba una magia ardiente y demoníaca para construir su propia jaula de oro y dedicaba más tiempo a sus cuadernos de dibujo que a sus impuestos podría haberse marchado a aquel retiro sin el menor lamento. Mirnatius se habría pasado sus días entre pluma, tinta y pan de oro, dando forma a la belleza y encantado de la vida. En cambio, aquel demonio había matado al hermano al que él amaba para ponerle en la cabeza una corona que él nunca había deseado.

Y aquí estaba yo ahora, tirando de él como una niña descuidada que arrastra un muñeco roto y le da golpes, negociando con el demonio que

llevaba en su interior por el bien del reino que a él no le importaba, como si él ni siquiera hubiese estado allí. Como si él no importase, como si nunca le hubiese importado a nadie. No era de extrañar que me odiase por ello.

Sin embargo, no fue aquello lo que me hizo lamentar cuanto había hecho. Ya lo lamentaba. Miryem ya me había llorado por el horror del sótano de aquella torre, encadenar a una víctima sacrificial para que un demonio de fuego la devorase una y otra vez, y tampoco me había hecho falta que ella me dijese lo malvado que era el plan.

Pero sólo podía lamentarlo a la manera en que mi padre lo lamentaba. Sentía lástima por los hijos de los staryk y, si hubiera podido, le habría parado los pies a su rey del invierno de alguna otra forma. Habría liberado a Mirnatus, de haber tenido la oportunidad, en lugar de acrecentar su sufrimiento encadenándolo como a un esclavo. Pero el mundo que yo quería no era el mundo en el que vivía, y si no hacía nada hasta que pudiese reparar de una vez todas aquellas cosas tan terribles, entonces no haría nada en toda la eternidad.

Ni siquiera podía disculparme con él. No me habría creído, y no tendría por qué creerme. En Lithvas aún había un abismo sobre el que era preciso tender puentes, y había un demonio en el trono. Me alegraba de haber interrumpido el invierno con independencia de cómo se hubiera logrado, pero no era tan necia como para pensar que podíamos convertir algo como Chernobog en un aliado. La noche anterior, todo había quedado reducido a la elección entre ayudarlo o permitir que el rey staryk nos sepultase en hielo, así que había elegido, y no me había decidido por el mal menor, sino por el menos inmediato. No obstante, yo sabía que cuando Chernobog terminase de consumir las vidas de los staryk, daría media vuelta y vendría directo a por nosotros, y yo no iba a dejar a Lithvas desprotegida ante él.

Así que al día siguiente, cuando llegara Casimir —más airado aún que Ulrich—, mi padre le susurraría al oído la promesa de una traición. Y cuando el rey staryk fuese devorado y quedase en nada allá abajo, los dos se irían con

Ulrich, los tres juntos, y hablarían con los ancianos sacerdotes que veinte años atrás sacaron de la catedral las cadenas bendecidas y santificadas para atar a una zarina bruja camino de la hoguera. Y en el amanecer de ese día, cuando el demonio fuera a esconderse del sol, se llevarían a mi esposo a la hoguera y lo quemarían igual que a su madre, para liberarnos a todos de su yugo.

Sabía que todo aquello sucedería, y no movería un dedo para impedirlo, incluso ahora que estaba segura de que el propio Mirnatius era inocente. No lo salvaría a él —en esa vida a medias que llevaba— para condenar a Lithvas a las llamas en su lugar, al igual que no trataría de salvar a los hijos de los staryk sin un acuerdo que garantizase la vida de mi propio pueblo. Mantenía la suficiente frialdad como para hacer lo que debía hacer, para poder salvar Lithvas.

Pero eso también me volvería a dejar fría por dentro. Me fijé en Vassilia y en Ilias, que se inclinaba sobre ella, le susurraba y hacía que se sonrojara, y la envidié tanto como ella podía haber deseado jamás que la envidiase, ahora que ya no podía permitirme soñar —ni siquiera con una cierta falta de entusiasmo— con el calor de mi propio lecho matrimonial. Eso era lo único que podía hacer por Mirnatius. No iba a fingir que le ofrecía amabilidad. No le volvería a pedir gratitud, perdón ni cortesía. Ni tampoco lo miraría y desearía algo para mí, como si fuese otro lobo hambriento que se relamiese ante un hueso rojo ya expuesto.

De manera que me quedé sentada en silencio durante la comida, salvo para hablar con Ulrich, a mi lado, y ofrecerle lo mejor de todo, agasajarlo y tranquilizarlo tanto como podía. Cuando se hizo tarde y el sol comenzó a ocultarse bajo las ventanas, Mirnatius se puso en pie, y todos acompañamos a la feliz pareja en una procesión hasta su alcoba, más abajo por el mismo pasillo de la nuestra. Ulrich vio que los demás hombres de la familia de Mirnatius se acomodaban en una habitación al otro lado, y también vio que Vassilia sonreía a Ilias, que había puesto el brazo de su esposa sobre el suyo y le besaba de una en una la yema de cada dedo, ambos sonrojados por el vino y

la sensación triunfal. Ulrich encajó la mandíbula, pero aceptó la invitación de mi padre para acudir a su estudio y brindar con su buen brandy por sus futuros nietos, así que al menos había cedido, aunque aún no se hubiese reconciliado con la idea.

—Me temo que vos, sin embargo, mi querida esposa, tendréis que resignaros con un lecho frío —dijo Mirnatius, burlándose rudamente, cuando nos quedamos a solas en nuestra habitación, mientras se quitaba el aro que llevaba en la cabeza, lo tiraba y desperdigaba en la mesilla de noche los anillos de los dedos. Los rayos del sol ya descendían por el balcón—. A menos que deseéis enviar a buscar a ese guardia mío tan entusiasta; de ser así, dispondréis de un buen par de horas para pasarlo bien. Hay un paseo bastante largo y pesado de ida y vuelta desde aquel sótano, y me imagino que mi amigo querrá tomarse su tiempo con su banquete.

Permití que me escupiese aquellas palabras y no dije nada. Me miró con mala cara, y de pronto me sonrió, enrojecido, y, ay, hubiera preferido que siguiera mirándome con mala cara.

—*Irina, Irina* —me canturreó Chernobog entre humo—. *De nuevo te lo pregunto, ¿no aceptarás de mí algún don elevado a cambio del rey del invierno? Dímelo, pon tu precio, ¡cualquier cosa te daré!*

Allí no había tentación ninguna. Mirnatius me había salvado de aquello para siempre. No creo que jamás pudiese querer algo lo suficiente como para aceptarlo de sus manos, con un demonio que me sonreía desde su rostro vacío. Traté de imaginarme algo que me obligaría a hacerlo: un niño cuyo rostro no había visto aún y que muriese en mis brazos; una guerra a punto de asolar toda Lithvas, las hordas en el horizonte y la llegada de mi propia y horrible muerte. Ni siquiera entonces, quizá. Aquellas cosas tenían un final. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No, tan sólo que nos dejes en paz a mí y a los míos. No quiero nada más de ti. Vete.

Soltó un bufido, masculló y me lanzó una mirada rojiza y fulminante, pero

se marchó indignado por la puerta. Magreta entró en cuanto él se fue, como si hubiera estado escondida en alguna parte, esperando. Me ayudó a desvestirme y pidió un té, y acto seguido me senté en el suelo junto a su silla y apoyé la cabeza en su regazo como nunca lo había hecho cuando era niña, porque allí siempre había algo que hacer. Esta noche, sin embargo, por una vez Magreta no tenía nada que hacer, ni costura ni labor de punto. Me acarició la cabeza y me dijo con voz suave:

—Irinushka, mi valiente. No lo lamentéis de ese modo. El invierno se ha ido.

—Sí —respondí, y me dolió en la garganta—. Pero se ha ido porque yo he alimentado el fuego, Magra, y ahora pide más leña.

Se inclinó y me besó en la cabeza.

—Tomad un poco de té, dushenka —me pidió, y me endulzó mucho la taza.

Ya no quedaban estrellas talladas en la pared que pudiera seguir, tan sólo una línea recta, pero aun así continué muy despacio. Intenté mantenerme en el mismo centro del túnel de tierra, pisar con tanta levedad como pudiese y dejar que la capa me arrastrase por detrás para alisar mis huellas: era larga, y ya había pasado el dobladillo por la humedad de la alcantarilla. No había avanzado mucho cuando la oscuridad comenzó a ceder, una leve luz en la distancia que asomaba tras un recodo e hizo que las paredes del túnel adoptasen una reconfortante forma real, llenas de piedrecillas y de raíces de árboles. Ya no caminaba a ciegas, y sentía un olor a humo cada vez más fuerte en los orificios nasales. Un centenar de pasos más y me encontraba mirando hacia la estrella de luz amarillenta que formaban las velas en la distancia.

Relucía tanto en contraste con la oscuridad del túnel que no podía ver otra cosa. Empecé a caminar hacia allá. La luz creció de tamaño, y ralenticé el paso, y a cada paso que daba, la pregunta me sonaba cada vez más fuerte en los oídos. Había sido más fácil decirles a mis padres que tenía que ser

valiente cuando estaba a salvo en una habitación con ellos, con la mano de mi madre sobre la mía. Había sido más sencillo, incluso, plantarse delante del staryk y negarme a doblar la rodilla ante él. En aquel momento, al menos, estaba enfadada; tenía de mi parte la venganza y la desesperación, y nada valioso que perder. Ahora, los platillos de la balanza estaban cargados con un peso muy grande: mi gente, mi abuelo, mi familia; Wanda y sus hermanos, que me habían salvado; mi propia vida, una vida que había luchado por recuperar. No tenía que hacer aquello. Podía darme la vuelta, salir de aquel túnel y seguir siendo yo misma, tan lista y tan valiente como quería ser.

Pero al aproximarme despacio, tan cerca que empecé a ver los muros de piedra de la sala al final del túnel y la luz de las velas que brillaba firme en ellos, de repente sentí en la espalda el fuerte soplo de un viento caliente, y la luz de la habitación parpadeó con la ráfaga. Sentí un cosquilleo en la piel y supe qué era lo que había allí, a mi espalda, qué era lo que había abierto una puerta detrás de mí y ahora venía por el túnel, camino de esa misma habitación.

Todavía quedaba un instante para volver a formular la pregunta una vez más. A aquellas alturas, ya estaba en el punto más lejano de la ciudad. No tardaría mucho en regresar a la alcantarilla, pero sí había un largo trecho desde allí hasta el palacio ducal. Todavía estaba a tiempo de dar la vuelta. Nadie sabría jamás que yo había estado allí. Sin embargo, me apresuré a seguir avanzando hacia el arco de salida, tan en silencio como pude. Me asomé rápidamente por el borde y no vi ningún guardia, sólo la curva de un círculo de velas que goteaban ya consumidas en meros cabos, y, más allá, la línea resplandeciente de carbones encendidos en el suelo. Había humo en el aire, aunque no tanto como me había esperado: allí ascendía una corriente de aire.

Respiré hondo y entré en la sala, y el staryk se dio la vuelta y me vio. Se quedó muy quieto durante un momento, después inclinó ligeramente la cabeza hacia mí.

—Señora —me dijo—. ¿Por qué habéis venido?

Estaba solo, de pie dentro del anillo de carbones, con las llamas parpadeando a su alrededor. La cadena de plata le apretaba lo suficiente como para dejar una marca en sus ropas plateadas. Aún me daban ganas de odiarlo, pero era difícil odiar a alguien que está encadenado, esperando a aquella cosa que venía por el túnel.

—Aún me debéis tres respuestas —le recordé.

Hizo una pausa y contestó:

—Así es, según parece.

—Si os dejas marchar, ¿prometéis que no traeréis de vuelta el invierno, que dejaréis en paz a mi gente y no trataréis de matarlos de hambre a todos?

Se apartó de mí de un respingo, se irguió resplandeciente y dijo con frialdad:

—No, señora. No os haré semejante promesa.

Clavé en él la mirada. Había meditado mis preguntas con cuidado durante todo el camino en la oscuridad. Una para obligarle a acabar con el invierno, otra para que me dejase en paz y otra para que pusiera fin a los saqueos para siempre. Tenía una posición inmejorable para llegar a un acuerdo. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza detenerme a considerar que, incluso ahora que estaba atado, destinado a morir y a que murieran todos los suyos, todavía se negase a...

—De modo que hasta ese punto nos queréis a todos muertos —le solté atragantada por el horror—, más aún de lo que queréis salvar a vuestro propio pueblo... Nos odiáis tanto que preferís morir aquí, mientras se dan un banquete con vos...

—¿Salvar a mi pueblo? —dijo levantando la voz—. ¿Creéis que he empleado mis fuerzas y el tesoro de mi reino hasta la última moneda y le he entregado mi mano a quien considero una indigna mortal —incluso airado, se detuvo e inclinó la cabeza ante mí a modo de disculpa una vez más— por alguna causa menor que ésta?

Me callé. Se me había cerrado la garganta como para hablar.

Me fulminó con la mirada y añadió con amargura:

—Y después de todo lo que he hecho, ¿venís ahora y me planteáis la pregunta que se le hace a un cobarde: si compraré mi vida con la promesa de mantenerme al margen y dejar que se lleve a todos los demás en mi lugar? Jamás —espetó enseñando los dientes, lanzándome las palabras a la cabeza como si fueran piedras—. Me mantendré firme ante él mientras me queden fuerzas, y cuando me fallen, cuando no pueda ya proteger la montaña contra sus llamas, mi pueblo al menos sabrá que me he ido por delante de ellos y que he conservado sus nombres en el corazón hasta el final. —Hizo un violento gesto negativo—. Y vos me habláis a mí de odio. ¡Fue vuestro pueblo quien escogió esta venganza contra nosotros! ¡Fuisteis vosotros quienes coronasteis al devorador y lo nombrasteis vuestro rey! ¡Chernobog no tenía fuerza suficiente para quebrar nuestra montaña sin teneros a vosotros detrás de él!

—¡No lo sabíamos! —le grité gracias al horror, que me devolvió la voz—. ¡Ninguno de nosotros sabía que el zar había hecho un pacto con un demonio!

—¿Tan necia es vuestra gente, pues, como para darle a Chernobog el poder sobre vosotros sin pretenderlo? —gruñó con aire de desprecio—. Bien empleado lo tenéis, entonces. ¿Creéis que mantendrá su palabra? Se aferra a las formas en busca de protección, pero cuando ve la oportunidad de aplacar su sed, las vuelve a abandonar sin la menor vacilación. Cuando nos haya exprimido hasta la última gota, se volverá contra vosotros y convertirá vuestro verano en un desierto y en sequías, y me regocijará pensar que os habréis arrojado vosotros solos y habréis caído conmigo y con los míos.

Me llevé las manos a las sienes y las presioné con las palmas abiertas: la cabeza me martilleaba con el humo y el horror.

—¡No somos necios! —le dije—. Somos mortales que carecen de magia a no ser que vosotros nos la hagáis tragar. Mirnatus fue coronado porque su padre era el zar y porque su hermano murió; él era el siguiente en la línea sucesoria, eso es todo. No somos capaces de ver un demonio oculto en un zar.

¡No hay ninguna magia elevada que nos proteja, seamos fieles o no a nuestra palabra! Vos no necesitasteis mi nombre para amenazarme y sacarme a rastras de mi hogar. Y pensabais que eso me convertía a mí en indigna: a mí y no a vos.

Dio un respingo como si le hubiese golpeado, se afiló y se le volvieron irregulares las aristas en su prisión.

—Por tres veces habéis demostrado que me equivocaba —lamentó pasado un instante, rechinando los dientes como si fueran témpanos de hielo que rozasen unos contra otros—. No puedo decir ahora que seáis una embustera, por muchas ganas que tenga, pero aun así me mantengo en mi respuesta. No. No lo prometeré.

Intenté pensar, a la desesperada.

—Si os dejo marchar —le planteé por fin—, ¿prometéis cesar el invierno una vez que Chernobog no ocupe ya el trono, y nos ayudaréis a buscar la manera de derrocarlo? ¡La zarina nos ayudará! —añadí—. Ella también quiere que desaparezca de aquí. Ya visteis que se niega a aceptar nada de él. ¡Ella nos ayudará mientras eso no signifique que nos congelemos todos! Y todos los señores de Lithvas nos ayudarán con tal de poner fin al invierno. ¿Nos ayudaréis a combatirlo en lugar de limitaros a matarnos para dejarlo a él sin sus presas?

No se podía mover con la cadena de plata, así que dio un pisotón en el suelo y reventó.

—¡Ya lo había derrotado! ¡Ya lo había hundido y lo había atado con su nombre! ¡Fueron vuestros actos los que lo liberaron de nuevo!

—¡Porque vos tratasteis de llevarme a rastras y gritando para que crease más invierno para vos durante el resto de mis días, y me amenazasteis con matar a todos mis seres queridos! —le respondí a voces—. No os atreváis a decir que fue por mi culpa. ¡No os atreváis a decir que nada de esto es culpa nuestra! El zar apenas fue coronado hace siete años, pero vos habéis estado enviando a vuestros caballeros a robarnos el oro desde el mismo instante en

que los mortales llegamos a vivir aquí, y a quién le importaba si mataban y violaban por diversión mientras estaban en ello: ¡no éramos lo bastante fuertes como para impedirlo, de manera que nos mirasteis desde lo alto de vuestra montaña de cristal y decidisteis que no importábamos! ¡Os merecéis estar aquí confinado y que os devore un demonio, y por eso estáis aquí! ¡Pero la hija de Flek no se lo merece! ¡Os salvaré a vos por el bien de ella, si vos me ayudáis a salvar a los niños de aquí!

Estaba a punto de responder, y entonces vaciló y miró hacia el túnel. Me di la vuelta y me asomé al negror de las profundidades. Allí había un leve resplandor rojo que se acercaba, un fuego que cada vez ardía más. El staryk se volvió hacia mí y me dijo:

—¡Muy bien! Liberadme, y esto os prometeré: que no mantendré el invierno una vez que Chernobog sea vencido y mi pueblo esté a salvo de su hambre, y que os ayudaré a derrotarlo. Pero hasta que eso se produzca, ¡no daré palabra ninguna!

—¡Perfecto! —le solté—. Y si os libero, ¿me prometeréis...? —dije, y me detuve al percatarme de pronto de que sólo me quedaba una pregunta, y no dos. Me apresuré a cambiarla y la terminé—: ¿Me prometeréis en vuestro nombre y en el de todos los staryk que nos dejaréis en paz a mí y a mi familia, que os marcharéis de Lithvas? Se acabaron los saqueos, se acabó el salir a violar y asesinar, ni por el oro ni por ningún otro motivo...

Se quedó mirándome y contestó:

—Liberadme, y esto es lo que os prometeré: no daremos más caza a vuestro pueblo en los vientos del invierno; vendremos, cabalgaremos por el bosque y por las llanuras nevadas, y cazaremos las fieras de pelo blanco que nos pertenecen, y si alguno de vosotros es lo bastante necio como para entrometerse en nuestro camino o para adentrarse en el bosque, podrá acabar aplastado; pero no buscaremos la sangre de los mortales ni nos llevaremos tesoro alguno, ni aun el oro que atrapa el calor del sol, salvo en justa venganza

por un daño igual que hayamos recibido primero, ni tampoco nos llevaremos a ninguna mujer que no lo desee y que nos haya negado su mano.

—Ni siquiera vos lo haréis —añadí con toda la intención.

—¡Eso acabo de decir! —De nuevo miró hacia la puerta, y la luz era cada vez más brillante, un rojo que flameaba en las paredes. Ahora llegaba más rápido—. ¡Romped esos anillos de fuego!

Me agaché y soplé para tratar de apagar una de las velas, pero la llama tan sólo saltaba sin apagarse. La cera estaba tan fundida en el suelo que ni siquiera pude arrancarla. Tuve que correr al túnel, escarbar la tierra con las manos y echarla encima de la vela para sofocarla como si fuera el fuego del aceite caliente en una cocina, y me quemó las manos en el último momento antes de extinguirse. Los carbones, sin embargo, estaban tan calientes que toda la tierra que me cabía entre las dos manos no sirvió de nada y no impidió que siguieran encendidos, así que me quité la capa y la doblé de forma que la parte húmeda quedase en el fondo y la lancé sobre el anillo.

—¡Tenéis que sacarme fuera! —dijo él.

Estiré el brazo sobre el anillo abrasador, agarré la cuerda y tiré de él para sacarlo por encima de la capa, justo a tiempo. Se prendió fuego bajo su pie cuando fue a sacarlo, y las llamas ascendieron con tal fuerza que se le quemó la punta rizada de las botas. Aquello le abrasó la pierna en una llamarada repentina de fuego y humo, y se tambaleó sobre mí, jadeando. Estuve a punto de caerme con su peso, y apenas conseguí darle la vuelta para apoyarlo en la pared. Estaba temblando, con los ojos prácticamente cerrados y translúcido de dolor. Por todo el pie le ascendieron las leves líneas rojizas de una telaraña, hasta la rodilla, donde le colgaba abrasado el borde de los pantalones, todavía envuelto en un poco de humo.

Agarré la cadena de plata e intenté quitársela por la cabeza; después traté de tirar de ella hacia abajo, pero no se movía ni con todo mi peso. Miré a mi alrededor, desesperada, y vi una pala encajada en una carretilla que aguardaba allí llena de carbón. Cogí al staryk por los hombros y lo incliné para tumbarlo

en el suelo, de forma que pudiese meter la punta de la pala en uno de los eslabones de plata. Apoyé el pie sobre la hoja de la pala como quien cava e intenté clavarla en el suelo, con el eslabón atrapado entre el metal endurecido y el suelo de piedra: no llegaba a un dedo, ni siquiera era tan gruesa como mi meñique, pero no se abría. No se abría, y a mi espalda oí distante un repentino aullido de ira.

No miré: ¿de qué me iba a servir mirar? Levanté la pala y la volví a clavar en un movimiento desesperado, la tiré al suelo, me arrodillé y agarré la cadena de plata con las manos. Intenté convertirla. Cerré los ojos y recordé los cofres de los almacenes, recordé la sensación de la plata convirtiéndose en oro bajo mis manos, un universo que se volvía resbaladizo entre mis dedos porque así lo deseaba yo. Sin embargo, la cadena sólo se calentó en mis manos, casi ardiendo. Unos pasos corrían hacia nosotros por el túnel, y todos los carbones se incendiaron con el rugido de las llamas, incluso los de la carretilla, y un espeso humo negro se arremolinó a nuestro alrededor.

El staryk se agitó en mis manos y susurró:

—La pala. Rápido. Ponedme la hoja en el cuello. Matadme, y él no podrá devorar a mi pueblo a través de mí.

Le miré horrorizada. Lo quería muerto, pero no pretendía mancharme las manos de sangre. No había tenido ganas de parecerme tanto a Judith como para cortarle a un hombre la cabeza.

—¡No puedo! —le dije con la voz ronca—. ¡No puedo miraros... y clavaros una pala en el cuello!

—¡Habéis dicho que salvaríais a la niña! —me espetó con tono acusatorio—. ¡Habéis dicho que lo haríais! El fuego viene a por nosotros, ¿acudiréis a vuestra muerte como una mentirosa?

Respiré una bocanada de humo, un humo negro abrasador que me quemó en la boca, en la nariz y en la garganta, y se me saltaron las lágrimas. No quería morir y no quería matar. No quería ir a la muerte como una asesina con las manos manchadas de sangre. Eso lo deseaba más que no ser una mentirosa.

Pero él iba a morir de todas formas, moriría de un modo peor, y todos ellos morirían con él. Había un millar de formas de morir, y no todas eran igual de malas.

—Volved la cara —le susurré, y alargué otra vez la mano hacia la pala, me levanté con ella y con los ojos llenos de lágrimas, con el humo que lo amortajaba cuando se dio la vuelta...

... y entre el humo brilló un solo destello en el centro de su espalda aprisionada, un resplandor frío como la luz de la luna, azulada sobre la nieve, en el lugar donde Irina había utilizado su collar de plata de los staryk para unir los dos extremos de la cadena rota de plata. Tiré la pala y alargué los brazos hacia el collar. A mi espalda, un puño me agarró de pronto por el pelo y me tiró de la cabeza hacia atrás; sentí que las llamas me prendían el cabello, el hedor terrible del pelo quemado, pero, con un esfuerzo, enganché el collar con la punta de un dedo y se convirtió en oro nada más tocarlo.

El puño me soltó el pelo. Caí al suelo tosiendo, con náuseas y con el pelo todavía en llamas cuando surgió otro rugido de ira. Pero el rugido se atenuó de repente y se volvió agudo cuando una bocanada de viento invernal surcó la sala en un alarido, tan frío y tan penetrante como lo habían sido las llamas, y se extinguió todo el fuego que había a mi alrededor en la habitación: los carbones se tornaron fríos y negros, las velas se apagaron de un soplido, oscurecidas, y la única luz que quedó fue el resplandor rojo apagado de dos ojos salvajes por encima de mí.

Lo siguiente que respiré fue una bocanada tan limpia como el aire glacial tras una ventisca, que me refrescó la piel quemada y el ardor de la garganta.

—Tus ataduras se han quebrado, Chernobog —dijo el staryk en la oscuridad—. ¡He sido liberado por la magia más elevada y por un acuerdo justo! —Su voz resonaba contra las piedras—. No puedes retenerme aquí y ahora. Huirás, o extinguiré tu llama para siempre y te dejaré enterrado en el polvo.

Los ojos rojos se desvanecieron con otro aullido ahogado de ira. Unas

zancadas pesadas se alejaron corriendo por el túnel. Cerré los ojos y me acurruqué contra la piedra fría, tragando a bocanadas el fresco aire del invierno.

Dormí un rato, después de que Magreta me convenciese para que volviese a echarme. Me sentía cansada y con el cuerpo muy dolorido, pero me desperté con el traqueteo repentino de una ráfaga de aire que entró estremecedora por las puertas abiertas del balcón.

Me levanté y me asomé para mirar. No pude ver nada en la oscuridad más allá de las antorchas encendidas en las murallas del castillo, pero el viento que sentía en la cara volvía a ser frío, y de repente tuve la seguridad de que el staryk se había liberado. Y al mismo tiempo tuve también la seguridad de que había sido Miryem. No sabía cómo ni qué había hecho, pero estaba segura.

No era capaz de hallar la ira en mí, sólo el temor. Comprendía su decisión, aunque no era la mía: Miryem no deseaba alimentar la llama. Yo tampoco, pero ella había desatado el invierno para lavarse las manos. La nieve regresaría, si no esta noche, mañana por la mañana, y moriría todo lo verde que había crecido.

El resto de los cadáveres se acumularían luego con rapidez. Ya había visto las costillas flacas de los animales que habían acudido a mí en busca de pan esa mañana; no les quedaba mucho. El inesperado botín de verduras y de frutos rojos fue lo único que mantuvo el banquete de anoche a la altura del rango de mi padre, con todo lo que él había podido hacer. No apareció en la mesa ningún buey ni cerdo asado entero del que poder alardear. La caza y el ganado eran ambos demasiado escasos como para dar un buen espectáculo. Probablemente habría que sacrificar el doble de animales para conseguir el mismo banquete, y había visto a los músicos mojar los mendrugos de pan durante un buen rato en la sopa aguada que habían recibido, porque estaban

duros. Y esto en la mesa de un duque, en la boda de una princesa. Ya sabía lo que significaba para las mesas más pobres de extramuros.

Pero no sabía qué hacer. Sólo habíamos conseguido atrapar al staryk con la ayuda de Miryem, y aun así había estado a punto de derrotarnos. No cometería un error tan tonto de nuevo. Me hubiera gustado creer que Miryem había hecho algún pacto con él, ese acuerdo del que había hablado para detener el invierno, pero la nieve que traía el viento me decía que no lo había hecho, y no nos quedaba tiempo para negociaciones. Si la nieve regresaba mañana y acababa con el centeno, toda la alegría que había hoy en la ciudad se convertiría en disturbios en cuanto las calles se despejasen lo suficiente. Y si nunca se volvían a despejar, moriríamos todos de hambre sepultados en nuestras casas, nuestras cabañas y nuestros palacios por igual. ¿Seríamos capaces de fabricar un espejo lo bastante grande como para que nuestros ejércitos marchasen a través de él? Sin embargo, los cazadores de los staryk, con sus espadas de plata resplandeciente, segaban a los mortales como si fueran espigas de trigo cuando se lanzaban a por ellos. Podríamos ser los protagonistas de un cantar épico, nosotros y nuestra guerra contra el invierno, pero la música no serviría para alimentar a la gente que quedase.

Magreta me puso la capa de pieles sobre los hombros. Bajé la mirada. En su rostro había tristeza y temor. Ella también sentía el frío.

—A vuestra madrastra le gustaría que la honraseis con una visita en sus aposentos —me dijo con voz suave.

Lo que quería decir era que nos marchásemos de aquella habitación, que no estuviéramos allí cuando regresara el zar. Chernobog volvería, por supuesto, encendido, violento y enfadado. El fuego y el hielo, ambos en el horizonte al mismo tiempo, y mi pequeño reino de ardillas atrapado entre ambos. Pero él era también mi única esperanza de encontrar alguna manera de salvarlo.

—Ve a ver a mi padre —le ordené—. Dile que quiero que envíe lejos a Galina y a los niños, de vacaciones al oeste, esta misma noche, de inmediato. Con patines de trineo en el carruaje. Dile que quiero que tú vayas con ellos.

Me apretó las manos.

—Venid.

—No puedo —le ordené—. Tengo una corona. Si algo significa, es esto.

—Entonces dejadla —replicó—. Dejadla, Irinushka. No es más que un disgusto detrás de otro.

Me incliné y la besé en la mejilla.

—Ayúdame a ponérmela —le pedí en voz baja, y ella fue, la cogió, la trajo con lágrimas en los ojos y me la volvió a poner en la cabeza.

La conduje con delicadeza hacia la puerta. Se marchó con prisas y con los hombros caídos.

El frío aumentaba rápidamente a mi espalda. No había fuego en la chimenea, y no obstante comenzó a percibirse un olor a humo, al principio como un tufo en una habitación que lleva mucho sin ventilarse, y después como si alguien quemara demasiada leña seca demasiado rápido, justo antes de que se oyesen unos fuertes pasos en el pasillo, corriendo, y la puerta se abriese de golpe. Chernobog entró en la alcoba tan sólo como una llama a medio sofocar, con los ojos de un rojo oscuro y unas leves grietas de calor que brillaban a través de la piel de Mirnatus. Pero al instante se cerró la puerta de golpe a su espalda, y entonces me rugió con todas sus fuerzas, con el destello de las llamas amarillas prendiéndose en las profundidades de su garganta.

—*¡Ya no está! ¡Se ha escapado, libre! ¡Has roto tu promesa y le has dejado escapar!*

—Yo no he roto ninguna promesa —le dije—. Prometí traerlo, y lo he hecho. Si está libre, no es por mis actos, sino en contra de ellos. Yo tampoco lo quiero suelto para que otra vez haga caer el invierno sobre Lithvas. ¿Cómo se le puede volver a encarcelar, o a detenerlo? Dime qué se puede hacer.

—*¡Ha huido, lejos, donde yo no puedo ir! Cerrará las puertas de su reino con hielo y nieve, ¡y me impedirá mi banquete!* —Chernobog se limitaba a crepitar furioso ante mí; comenzó a pasearse arriba y abajo por la habitación encorvado, retorciéndose, con el caminar de una llama—. *Está libre, y sabe*

mi nombre, y ya me ha reducido en una ocasión... Me habría muerto de hambre en la piedra fría, no me habría alimentado de nada salvo huesos... ¡No puedo entrar en su reino! —Se detuvo allí un instante, temblando, y entonces sonó como la leña cuando se parte en el fuego—. *He probado lo más hondo de su ser. Es muy fuerte, ha alcanzado una grandeza excesiva. Tiene las manos llenas de oro. Me sofocará con el invierno, apagará mi llama en un frío eterno.*

Se volvió hacia mí con un fulgor en la mirada.

—*Irina* —entonó mi nombre—. *Irina, dulce y fría como la plata, me has fallado. No me has traído mi banquete invernal.* —Dio un paso hacia mí—. *Así que haré honor a mi promesa y me daré un banquete contigo, en su lugar; contigo y con todos tus seres queridos. Si no puedo tener al rey del invierno, disfrutaré de tu dulzura en mis labios. ¡Me llenarás de fuerza!*

—*¡Espera!* —le espeté con brusquedad cuando dio otro paso hacia mí. Levanté la mano—. *¡Espera!* Si te llevo al reino de los staryk, ¿podrías derrotarlo allí?

Se detuvo, y se le iluminaron los ojos como una chispa que se alimenta de unas briznas de paja.

—*¿Por fin me contarás tu secreto, Irina?* —susurró—. *¿Me enseñarás ahora tu camino? Ábreme la puerta y déjame pasar. ¿Qué me importará entonces un solo rey? Me daré un banquete en sus salones hasta que decaiga su fuerza, y al final aún los tendré a todos.*

Respiré hondo, mirando hacia el espejo del vestidor que tenía cerca de mí, mi último refugio. Una vez que lo supiera él, jamás volvería a disponer de un lugar al que retirarme. Pero sólo me quedaban dos opciones: atravesarlo sola y dejar que devorase a todo aquel a quien dejase yo atrás, o llevármelo conmigo y ser consciente de que vendría a por mí, hambriento. Le ofrecí la mano.

—Entonces ven —le dije—. Te llevaré allí.

Extendió su mano en la forma de la de Mirnatius, los dedos finos y largos

que sujetaron los míos, la piel caliente, con el humo formándole un puño enorme alrededor de la muñeca. Me volví hacia el espejo, y cuando él giró la cabeza, cogió aire con un repentino siseo: entonces supe que veía lo mismo que yo, el reino del invierno resplandeciente en el espejo, los gruesos copos de nieve cayendo entre los pinos oscuros. Me acerqué al cristal y tiré de él conmigo, lo atravesamos y accedimos al bosque cargado de nieve.

Chernobog, sin embargo, lo atravesó como una figura de llama y ceniza, unas líneas rojas que le brillaban entre los dientes, y la lengua ennegrecida detrás de éstos, como si Mirnatius fuese una simple piel que pudiera mudar y todo su cuerpo fuese un carbón vivo envuelto en humo. Llegó el frío y me sopló en la cara como en una bocanada, una ventisca, y, a mi lado, Chernobog soltó un pequeño chillido y se apagó en un conjunto oscuro y húmedo de carbón y ceniza con aquella ventolera. Tras un instante de lucha, el calor rojo volvió a refulgir bajo su piel: ardía demasiado profundo, demasiado caliente, como para extinguirse con tanta facilidad. El frío se apartó de él, y a nuestro alrededor se abrió un espacio cada vez mayor donde no caía la nieve. Estábamos de pie en la parte de atrás de la pequeña cabaña, el lugar de donde me marché la última vez. Me fijé en la bañera llena de agua, y en ese momento el hielo se resquebrajó y se deshizo en pequeños trozos que se fundían con rapidez.

Chernobog daba grandes bocanadas de aire con una expresión ensoñada y glotona en la cara.

—*Ah, el frío* —suspiró—. *Ah, qué dulces los tragos que beberé. Qué festines me aguardan aquí... Irina, Irina, permíteme recompensarte, querida, ¡antes de que me marche!*

—No —le dije, fría y desdeñosa.

Era como si el demonio pensase que podía poner en práctica la traición una y otra vez, y que nadie se percataría. La madre de Mirnatius no había obtenido nada bueno de su pacto con él, aunque al final la hubieran enterrado con aquella corona por la que intercambié a su hijo en un trueque.

—No aceptaré nada, salvo que nos dejes en paz a mí y a los míos.

Volvió a emitir un sonido quejumbroso, pero estaba demasiado distraído para que le importase: el viento le sopló en la cara con un aullido gélido, cortante como el filo de un cuchillo, y Chernobog se dio la vuelta y se abalanzó contra él casi como si pudiera agarrarlo con las manos. Y quizá pudiese, porque al saltar abrió los brazos y los estiró como si fuera a abrazar el aire, y el viento que me llegó a mí, detrás de él, era cálido. Se alejó corriendo entre los árboles, hacia el río, y sus pies dejaban unas amplias huellas en la nieve, tan profundas que llegaban hasta la hierba verde que había enterrada debajo, con el húmedo olor de la primavera brotando del suelo a cada paso que daba. Incluso después de haber desaparecido de mi vista, aquellas huellas derretidas continuaban creciendo y devorando la nieve que las separaba.

Capítulo 23

El staryk me levantó en sus brazos, o quizá fuese un viento invernal lo que me acunó; en cualquier caso, sentí que me cogían en volandas y ascendía como un copo de nieve, y salía por una trampilla cuadrada a la ladera de una colina, con la muralla a menos de veinte pasos de distancia y las luces de la ciudad encendidas al otro lado. Fuera lo que fuese lo que cargaba conmigo, me volvió a dejar con un golpetazo poco elegante, y allí me quedé tumbada, jadeando con la garganta dolorida sobre la tierra —una tierra cálida y exuberante de hierba verde y suave—, y aunque se formaba una franja circular de escarcha alrededor del lugar donde se había arrodillado el staryk, su piel brillaba húmeda por todas partes, como si se estuviera derritiendo.

Aun así, se tambaleó para ponerse en pie, con uno de ellos aún descalzo, y levantó los brazos con un resplandor en la mirada. El círculo de escarcha comenzó a extenderse a su alrededor: las briznas de hierba se curvaban y se solidificaban cubiertas de cristales de hielo, el suelo debajo de mí se endurecía y se enfriaba como si, ahora que ya era libre, pudiese volver a invocar aquel invierno del que nos habíamos librado.

—¡Esperad! —le grité en tono de protesta al ponerme de rodillas, indignada.

Me miró desde lo alto y me dijo con voz fiera:

—¡Ya ha bebido de mi gente! ¡No permitiré...!

Se interrumpió y se dio la vuelta de golpe, pero un instante demasiado tarde. Chillé sin poder evitarlo cuando lo atravesó una espada, la hoja lo perforó por delante, entre las costillas y salió por la espalda, blanca y brillante de escarcha entre el vaho helado que desprendía en el aire a su

alrededor. Era uno de los soldados del zar, aquél tan valiente que había cogido la cuerda para sacar al staryk de la casa de mi abuelo. Debía de estar de guardia fuera de la torre: tenía un pálido gesto de horror bajo el bigote, pero decidido, con los ojos muy abiertos, la mandíbula encajada y ambas manos agarradas a la empuñadura de su acero.

Intentó tirar de ella para sacarla del cuerpo del staryk, pero no cedía, y la escarcha avanzaba veloz hacia sus manos enguantadas. Apartó los dedos de sopetón, como si lo hubieran hecho ellos solos cuando los alcanzó la escarcha, y el staryk cayó al suelo de golpe, con la mirada perdida, blanquecina y nublada. El soldado clavó en él los ojos, temblando, retorciendo las manos. La punta de los dedos de los guantes se le había cubierto de blanco. Yo también lo miraba fijamente, con ambas manos sobre la boca, conteniendo otro grito. La espada había atravesado por completo el cuerpo del staryk. No veía cómo iba a poder sobrevivir. Casi no me parecía real, aquella herida, y me invadió un extraño desconcierto: era incapaz de pensar.

El staryk, sin embargo, llevó a tientas y a ciegas la mano al lugar donde sobresalía de su cuerpo la empuñadura de la espada, que comenzó a ponerse blanca bajo su tacto, mientras las capas de hielo se amontonaban una detrás de otra. Se estaba congelando la espada entera. El soldado y yo nos pusimos de golpe en movimiento; él desenvainó una daga larga de su cinto, y yo, entre jadeos, grité otro «¡Espera!», me puse de pie con esfuerzo y le sujeté el brazo.

—¡Escúchame! ¡Tenemos que detener al demonio, no al staryk!

—¡Guarda silencio, bruja! —me espetó el soldado—. Tú has hecho esto, tú lo has liberado para deshacer la labor de nuestra bendita zarina.

Acto seguido me golpeó en la cara con el otro puño, un golpe que me sacudió los dientes y me hizo estremecer. Caí al suelo confusa y con el estómago revuelto, y él se dio la vuelta para apuñalar al staryk.

Y entonces Sergey salió de la oscuridad, se abalanzó sobre nosotros, le sujetó el brazo y se lo impidió. Los dos permanecieron unos instantes forcejeando sobre el staryk: Sergey era un muchacho fuerte y alto, y, ay, cómo

agradecí cada vaso de leche, cada huevo y cada filete de pollo asado que mi madre le había dado. Había refunfuñado mentalmente por ello, contando cada penique, y ahora —demasiado tarde— me hubiera gustado haber sido más generosa. De haberlo sido, de haberle llenado más el plato y haberle insistido en que se lo comiese, quizá ahora hubiera sido lo bastante fuerte. Pero no lo era. Apenas era aún un muchacho, y el soldado era un hombre hecho y derecho, llevaba una cota de malla y estaba entrenado para matar por el zar. Con una de sus pesadas botas le estampó al pobre Sergey un pisotón sobre los zuecos de esparto, lo retorció y lo tiró al suelo para liberar la mano que sujetaba la daga.

Sin embargo, el soldado se quedó en el sitio. Una extraña y serena palidez le ascendió por la armadura, le cubrió el cuello y el rostro. La espada que atravesaba el pecho del staryk se había quebrado en fragmentos de acero congelado y azul blanquecino, desperdigados por la hierba a su alrededor. Estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados, las pestañas escarchadas contrastaban con el tono violeta de sus mejillas, pero había alargado la mano y agarrado la pierna del guardia que estaba junto a él. El hielo surgía de aquel punto de contacto. Había ascendido por la bota del soldado hasta llegar a todo su cuerpo, congelado en el sitio.

Al soldado se le oscureció la cara, se le abrió la piel de los pómulos y se le rizó ennegrecida por la congelación. Me tapé el rostro con las manos y no miré hasta que todo terminó y no quedó de él nada más que unos fragmentos de hielo por todas partes. La daga, brillante y mortífera, cayó al suelo.

Me arrastré para volver a ponerme de rodillas, y sentía dolor con sólo rozarme la cara. Sergey también se había incorporado entre quejidos, tocándose los pies con las manos. El staryk permanecía tumbado en el suelo, brillando. La escarcha lo rodeó en un círculo cada vez más grande, con unos delicados y suaves dibujos que se extendían sobre las briznas de hierba. Todavía respiraba. El punto donde lo había perforado la espada se cubrió con un grueso montón de hielo blanquecino escarchado, como si se hubiera echado

encima un pegote de nieve, pero no se incorporó. Sergey lo observó y después me miró a mí.

—¿Qué hacemos? —me preguntó en un suspiro, y yo me quedé mirándolo.

No tenía ni idea. ¿Qué iba a hacer yo con él allí tumbado en el suelo, extendiendo el invierno a su alrededor igual que la tinta se expande en el agua?

Me incliné sobre el staryk, que abrió los ojos y me lanzó una mirada tan difusa como la niebla.

—¿Podéis invocar vuestro camino? —le pregunté—. ¿Vuestro trineo? ¿Podéis hacerlos venir para llevaros de vuelta?

—Demasiado lejos —susurró—. Demasiado lejos. Mi camino no puede discurrir entre los árboles verdes.

Y entonces cerró otra vez los ojos y yació allí inmóvil, desamparado, herido y puede que hasta moribundo, justo ahora que yo había dejado de querer que muriese. De manera que estaba decidido a seguir siéndome exactamente de la misma utilidad que hasta ahora. Me daban ganas de sacudirlo, de hacer que se levantase, pero también tenía miedo de que se hiciera añicos a lo largo de aquella línea de fractura donde lo había atravesado la espada. Sergey seguía mirándome, y le dije muy seria:

—Tendremos que cargar con él.

Sergey no quería tocarlo directamente, y, a decir verdad, tampoco es que pudiera culparlo por ello. Me quité la capa húmeda y manchada de ceniza y la coloqué en el suelo. Con sumo cuidado, levanté las piernas del staryk para ponerlas sobre la capa, primero una y después la otra; luego los hombros, y después pasé las manos por debajo de la cintura para cargar con el resto de su cuerpo. Ni se inmutó.

—Muy bien —dije—. Tú coge la parte de la cabeza, yo lo cogeré por los pies.

Y entonces sí se movió el staryk, cuando Sergey fue a agarrar la parte superior de la capa, e hizo un débil intento de atacarle.

Sergey retrocedió aterrorizado, y yo solté mi extremo de la capa con un fuerte golpe.

—¿Qué estáis haciendo? —le pregunté al staryk.

Volvió la cabeza hacia mí y me respondió:

—Viene en mi ayuda sin que nadie se lo pida, ¡sin que nadie lo quiera! ¿Acaso he de permitir que este espectro acobardado, este ladrón escurridizo me someta a una obligación sin fin, para que me pueda pedir lo que quiera?

Podía haber agarrado la daga y haberlo apuñalado yo misma.

—Chernobog sigue sentado en ese castillo dispuesto a devorarnos a todos, y vos seguís aquí tirado pensando antes en vuestro orgullo. ¡Mostraos orgulloso después de que se haya ido!

Él, sin embargo, se limitó a lanzarme una mirada de reproche.

—Señora, me mostraré orgulloso entonces y también antes; no le pongo límites a mi orgullo.

Apreté los dientes y le dije a Sergey:

—¡Pídele algo!

Sergey se me quedó mirando como si pensase que me había vuelto loca.

—¿Qué le pedirías a cambio de tu ayuda? Y no te quedes corto —añadí, vengativa—, ya que está tan dispuesto a mostrarse orgulloso.

Después de unos segundos, como si no se fiara por completo de mí, Sergey dijo muy despacio:

—¿Que... que las heladas nunca me estropeen las cosechas? —Asentí, y el staryk no volvió a intentar matarlo de inmediato, así que Sergey se envalentonó y añadió—: ¿Y que ninguno de mis rebaños se pierda nunca en una ventisca? Y... —Yo seguía haciéndole gestos para que continuase hablando—. ¿Y cazar en el bosque, incluso los animales blancos?

El staryk puso mala cara a aquella proposición, así que Sergey se detuvo enseguida, aunque a mí me daba la sensación de que, de todas formas, estaba bien.

—¡Ahí lo tenéis! —le dije al staryk—. ¿Valdrá con eso? ¿Aceptaréis estas

condiciones a cambio de la ayuda para ponerlos a salvo, o es que os vais a quedar aquí tirado hasta que las lluvias de la primavera os derritan entero?

—Pide un alto precio para ser un ruin ladrón, pero la fortuna le sonríe; muy bien, acepto —masculló el staryk, dejó que la cabeza se le hundiese de nuevo en la capa y se quedó inerte.

Muy despacio, Sergey se fue acercando al extremo de la capa, y más despacio aún se agachó para agarrarlo de nuevo sin perder de vista al staryk.

—Está bien, Sergey —concluí—. Ha dicho que sí.

Aunque él se limitó a lanzarme una mirada rápida como para decirme que muchas gracias, pero que aun así se tomaría su tiempo.

Por fin lo levantamos y nos alejamos, tambaleándonos por el balanceo de su peso en aquella hamaca improvisada que habíamos formado con la capa. Era un fardo bastante incómodo de llevar, y tras haber caminado diez minutos sin que el staryk invocase otra ventisca ni intentara otro asesinato, sin que se incorporase siquiera para pronunciar una palabra, me dijo Sergey en voz baja:

—Espera, yo cargaré con él sobre los hombros.

Lo pusimos de pie y ayudé a Sergey a inclinarlo sobre sus hombros todavía envuelto en la capa. El chico se tambaleó un poco bajo aquel peso y se estremeció, pero a partir de entonces avanzamos más rápido.

A nuestro alrededor, el aire era frío y cortante, sin llegar a congelarse, pero lejos de la calidez de la primavera. Cuando miré a nuestra espalda, vi que íbamos dejando un rastro de escarcha blanca por el camino, y que en los árboles sobre nosotros se rizaban las hojas nuevas al marchitarse con el frío. Cualquiera habría podido seguirnos. Temía al demonio, temía que apareciesen más guardias, incluso temía una revuelta de hombres normales y corrientes, desesperados por acabar con el invierno. Pero nadie seguía nuestros pasos, y, en cambio, sí oímos el traqueteo de las ruedas de una carreta que venía hacia nosotros desde la otra dirección. Nos detuvimos y nos ocultamos a toda prisa entre los árboles de un lado del camino: tampoco fue un escondite muy útil cuando florecieron las brillantes agujas de la escarcha a nuestro alrededor,

aunque al menos seguía estando oscuro. Llegó la carreta y pasó de largo como el resplandor de la lumbre de un hogar entre los árboles, pero se detuvo.

—¿Miryem? —me llamó en un susurro la voz de mi padre, hacia la oscuridad.

Salimos y subimos al staryk en la carreta. Me senté junto a él mientras mi padre y Sergey le daban la vuelta al carro y lo ponían en marcha; las ruedas crujían con la escarcha, que las ponía de color blanco y avanzaba sobre las tablas de madera. Los caballos movían inquietos las orejas hacia atrás para escuchar a su espalda y apresuraban el paso, pero no tenían escapatoria: llevábamos el invierno con nosotros. Al menos, el trayecto fue muy corto. Por lo que había dicho mi padre, me imaginaba que el recorrido desde Vysnia sería más largo, pero me pareció que tardamos menos de una hora en salir de entre los árboles y llegar a una cabaña con huerto y rodeada por un murete bajo de piedra. Y detuvieron los caballos.

Wanda salió a abrirnos la puerta del huerto, y Sergey se bajó y se fue a meter los caballos en el pequeño cobertizo. Desperté al staryk lo suficiente para decirle:

—El mismo acuerdo con todos los que viven aquí, por ayudarlos.

Me miró con los ojos blancos entornados.

—Sí —masculló antes de desvanecerse.

—¿Lo metemos en la cama? —preguntó mi padre, que me observaba desde detrás de la carreta, pero le hice un gesto negativo con la cabeza.

—No —respondí—. En el lugar más frío que podamos encontrar: ¿hay algún sótano?

Sergey, que ya regresaba, me oyó preguntarlo y se encogió de hombros.

—Podemos buscarlo —me dijo como si pensara que podría aparecer un sótano de buenas a primeras. Cogió un farol y se fue a mirar detrás de la casa, después dio la vuelta al cobertizo, y entonces se oyó su voz en un tono suave —: Aquí hay una trampilla.

Mi padre le sostuvo el farol mientras Sergey tiraba de la puerta horizontal

de madera y la abría: una corriente de aire frío ascendió hacia nosotros, junto con el olor de la tierra congelada. Metimos al staryk escaleras abajo. Era un espacio abierto y grande, con las paredes de tierra y el suelo de piedra aún gélido al tacto. Cuando lo tumbamos sobre él y le quitamos la capa, la escarcha se extendió con rapidez a su alrededor, y, ahora que habíamos dejado de moverlo, comenzó a acumularse una capa blanca cada vez más gruesa. Mi padre soltó una leve exclamación cuando le pilló los dedos al retirar la capa.

Retrocedimos y nos quedamos mirando al staryk: tenía el rostro tenso y contraído de dolor, y las afiladas líneas de sus pómulos aún brillaron húmedas por un segundo, pero la película de agua se convirtió en hielo allí mismo, ante nuestros ojos, y me dio la sensación de que respiraba con menos dificultad.

—Un poco de agua, quizá —pedí un instante después.

Desde el exterior, Wanda nos bajó un cubo con una taza de madera. La sumergí en el agua y le levanté la cabeza al staryk para acercársela a la boca. Se despertó y bebió un poco, y la taza se escorchó con el roce de sus labios. Cuando la aparté, ya se estaba formando una capa de hielo en la superficie del agua.

Me fijé en su pie descalzo y abrasado, deforme en algunas zonas como un muñeco de nieve a medio derretir y apenas reconocible ya. Cogí la capa de hielo de la taza y se la coloqué donde peor lo tenía. Se hundió en su piel y la elevó un poco. Miré a Wanda, que desde arriba seguía atenta nuestros movimientos.

—¿Hay algo de hielo en alguna parte? ¿Sigue congelada alguna zona del río?

Wanda ya había ido antes a buscar agua, y negó con la cabeza.

—Todo se ha fundido —me aseguró—. Todo el río está despejado, de una orilla a la otra.

—Podríamos envolverlo en paja —sugirió mi padre con voz dubitativa—. Como cuando guardamos el hielo para el verano.

—Lo que tenemos que hacer es llevarlo de vuelta a su reino —dije.

Si Chernobog nos encontraba aquí, no necesitaría ninguna ayuda para ponerle al staryk una cadena de plata y meterlo en un círculo de fuego. Esta vez lo haría todo él solo, y luego quizá sería capaz de obligarle a confesar su nombre y el de toda su gente. Pero yo no sabía qué hacer. El camino de los staryk no discurriría bajo el verdor de los árboles, y el único invierno que quedaba en Lithvas se hallaba en nuestro sótano. Wanda me dio la mano para ayudarme a salir; los clavos de la escalera y el contorno de hierro de la puerta estaban blancos y helados, dolorosamente fríos al tacto, y toda la hierba de arriba se había marchitado, crujiente y quebradiza. La tierra estaba fría y congelada bajo nuestros pies.

Y allí estaba yo en la oscuridad, mirando hacia abajo, observándolo en el sótano como un sarcófago pálido que yaciese en un anillo de hielo, cuando una repentina racha de aire cálido llegó de entre los árboles y me revolvió el pelo. Al dirigir la mirada hacia el camino, vi que el rastro de escarcha que habíamos dejado a nuestra espalda se había desvanecido como el rocío. Y al llegar la mañana, saldría un sol de verano.

Le había deseado la muerte, y aún quería estar enfadada con él: con todo lo que me había hecho, él seguía sin lamentarlo de verdad. Lo único de lo que se arrepentía era de no haberme creído capaz de hacerle pagar por ello. Pero yo había recorrido aquel túnel para salvar a Rebekah, a Flek, a Tsop y a Shofer, y el rey staryk también se había adentrado en la oscuridad para lograrlo. Se había ofrecido como sacrificio por ellos; había dado a torcer el brazo de aquel orgullo férreo suyo y se había casado con una mortal, no para acumular tesoros para sí ni por lograr más conquistas, sino para salvar a su pueblo de un terrible enemigo. Y ahí estaba ahora, tumbado y medio muerto, y la sola idea me retorció el estómago, verlo derretirse en la nada, verlo desaparecer a él y a todos ellos como si nunca hubieran logrado rescatar su reino invernal de las tinieblas.

Sentí la corona de plata extrañamente cálida sobre la cabeza. Me ceñí las pieles blancas y observé cómo se alejaba en la distancia el tenue resplandor rojo de Chernobog: el fuego que yo misma había liberado en aquel reino de hielo que me había servido de refugio. El viento que me soplaba en la cara venía cargado de ceniza en lugar de nieve, y del olor a madera quemada, y lo lamenté tanto como Miryem. Pero sabía que tenía que hacerlo, y sabía lo que aún me quedaba por hacer. Tenía que regresar a mi propio reino, hacer llamar a mi padre y enviar a buscar a los sacerdotes y las cadenas bendecidas. No sabía durante cuánto tiempo satisfarían a Chernobog las vidas de los staryk, pero regresaría cuando terminase con ellos. Y durante las horas del día, mientras durmiese agazapado y ahído en el seno de Mirnatius, le pondríamos las cadenas y lo quemaríamos, quebrantaríamos un fuego con otro.

Cuanto antes me fuese, mejor; teníamos que estar listos cuando él regresara. Pero seguía sin moverme de allí, mirando cómo crecía el fuego, y dije: «Lo siento», aunque allí no hubiese nadie ante quien me hubiese podido disculpar. Estaba sola en un huerto, una mitad nevada y la otra con hierba verde. No tenía delante a ningún niño staryk que me lanzase miradas acusadoras, ni siquiera a mi propio esposo prisionero; la única criatura viva a la vista era una solitaria ardilla que había salido a jugar con las migas que yo misma había echado unos días antes. Y de haber habido allí alguien más, habría guardado silencio. Daba igual que aquello me importase, daba igual que lo lamentase. Lo que no daba igual era lo que había hecho, lo que haría.

—También salvaría tu reino, si pudiera —le dije a la ardilla, que no prestó ninguna atención: sólo le interesaban las migas, que por lo menos le eran de alguna utilidad a una criatura, algo que no sucedía con mis disculpas.

Volví a la bañera llena, me asomé y vi mi alcoba, con el tocador delante del espejo, y con los anillos que Mirnatius había desperdigado, y con la capa que había lanzado con descuido. A mi espalda tenía un fuego mortal que yo misma había avivado, y aún tenía otro por delante. Cerré los ojos cuando unas lágrimas inútiles me rodaron por las mejillas y cayeron al agua.

Metí la mano a ciegas para pasar al otro lado, pero en lugar del aire cálido de la alcoba, la mano se adentró en el agua helada, y, bajo la superficie, otra mano salió al encuentro de la mía y me puso algo en ella. Sorprendida, retrocedí de un salto y me miré la mano. Era una nuez de algún árbol extraño, ovalada, lisa y de un blanco pálido como la leche, como si no se hubiera estropeado aún. En los lados tenía un poco de tierra. Volví a mirar al agua: allí seguía la alcoba, a la espera. Probé a meter la otra mano, y esta vez no sentí el agua, la vi aparecer por el otro lado.

Aun así, saqué la mano en lugar de terminar de pasar al otro lado. Volví a mirar la nuez que tenía en la palma. Muy despacio, me di la vuelta y regresé a la parte de delante de la cabaña. Había una pequeña zona donde habían escarbado en el suelo, junto a la puerta, justo sobre la línea que dividía el crepúsculo de la noche, donde la nieve se había derretido: era como si alguien hubiera estado allí escarbando en el suelo, removiéndolo. Pensé que quizá mereciese la pena intentar plantarla. No se me ocurrió nada mejor que hacer con ella, y me la habían enviado aquí, al reino de los staryk; no pensé que debiese llevármela de vuelta.

Dejé la nuez en el suelo y comencé a abrir un agujerito en la tierra, pero antes de que me diese tiempo de terminar, de repente la ardilla se acercó en un par de saltos y me la arrebató.

—¡No! —dije.

La verdad era que no sabía si estaba haciendo lo correcto al intentar plantar la nuez, pero de lo que sí estaba segura era de que no estaba previsto que fuera el alimento de una ardilla. Infeliz de mí, traté de atraparla por la cola mientras se alejaba saltando, y por supuesto se me escapó. Pero su huida finalizó justo en la puerta del huerto medio enterrada, allí se detuvo y comenzó a escarbar en el montículo de nieve.

Me levanté y traté de acercarme sin asustarla, aunque ya me costaba atravesar los montículos de nieve. Allá donde no se había derretido, la nieve estaba húmeda, era densa y se me agarraba a las faldas y las pieles. Junto a la

puerta, me llegaba por encima de la rodilla. Cuando me aproximé, la ardilla dejó caer la nuez en el agujero que había hecho y se adentró corriendo en el bosque. No es que el animal hubiese llegado muy hondo en la nieve, pero en aquel pequeño hueco nevado, la nuez resplandecía con un brillo de luz de luna casi como la plata de los staryk, como algo vivo bajo la superficie.

Esta vez me metí la nuez en el bolsillo, a buen recaudo, y empecé a apartar la nieve, a escarbar en el montículo. Los dedos me escocían y me quemaban por el hielo, y tenía empapados los pies y las rodillas, que hacían que se me metiera el frío en el cuerpo mientras escarbaba y escarbaba. Probé a envolverme las manos en la capa de pieles, pero eso me hacía ir más despacio. Me rendí y seguí escarbando mientras se me entumecían las manos y sentía los dedos hinchados, aunque podía ver que seguían teniendo el mismo tamaño, sólo que estaban blanquecinos y helados.

Por fin alcancé el suelo, congelado y compacto, lleno de grava. Tuve que coger un palo del cajón de la leña para intentar sacar las piedras grandes y abrir un hueco; se me partieron las uñas y me sangraron con la tierra mientras escarbaba. Seguí trabajando igualmente hasta que hice un agujero en el suelo helado, no muy profundo, saqué la nuez con las manos ensangrentadas, la dejé en el agujero y lo volví a tapar con la tierra y la nieve.

Me levanté y esperé a ver si sucedía algo más, pero no pasó nada. El bosque volvió a guardar silencio, y no vi más ardillas ni pájaros moviéndose. Incluso el resplandor rojo de la llama de Chernobog había desaparecido en la distancia. No sabía qué significaba aquello. Quería que tuviera un sentido, quería que alguien o algo hubiese oído mi disculpa y me hubiese dado algún medio para repararlo. Quería, por lo menos, satisfacer a mi ardilla, aunque tal vez ella sólo esperaba que allí creciese algún árbol que le proporcionase nueces para darse un banquete algún día. O quizá yo no tuviera que saber qué era lo que había hecho. No tenía derecho a exigir respuestas ni explicaciones: había llegado allí con un ejército invasor.

Me dolían las manos y los pies, y los tenía helados; no podía seguir allí.

Me di la vuelta y me arrastré con mi capa empapada de regreso a la parte de atrás de la casa, me metí en la bañera, y, cuando la atravesé y salí por el espejo al otro lado, Magreta vino corriendo hacia mí con exclamaciones de horror al ver las manos tan sucias, ensangrentadas y congeladas que traía. Me llevó hasta la palangana para echarme agua sobre ellas, una y otra vez, hasta dejarlas limpias.

Mientras estaba allí de pie mirando hacia el interior del sótano, a mi rey staryk durmiente, Wanda me sujetó por los hombros y me dijo con delicadeza:

—Ven dentro y come algo. Te pondremos algo frío en la cara. Eso ayudará.

Fuimos juntas hacia la casa. Estaba intentando pensar en qué hacer, y entonces ralenticé el paso, me detuve en el patio y me quedé mirándolo. Me di la vuelta, me fijé en el cobertizo —aquel pequeño cobertizo que me resultaba conocido— y de nuevo en la casa. La pendiente de paja del tejado ya no estaba cargada de nieve, pero la forma era la misma, igual que la luz de la lumbre que te daba la bienvenida.

Los demás habían seguido avanzando unos pasos antes de darse cuenta de que no iba con ellos; me miraron del todo desconcertados. Me di la vuelta y eché a correr de pronto hacia la parte de atrás, y allí me encontré con la profunda bañera llena de agua, ésa a través de la cual había intentado llevarme Irina, y me quedé observando el reflejo de mi rostro.

—Es la misma casa —aseguré en voz alta. Vino Wanda, se asomó al agua y después me miró a mí. Y le dije—: Esta casa también está en el reino de los staryk. Está en los dos mundos.

Guardó silencio.

—Aquí encontrábamos cosas todos los días —respondió por fin—. Eran cosas que necesitábamos, que no estaban aquí la noche antes. Alguien hilaba la lana por mí, y se tomaba nuestra comida.

Pensé en la anciana niñera de Irina, Magreta, a la que habíamos metido allí

dentro para ocultarla de un demonio.

—¿Fuiste tú quien hizo las gachas? —le pregunté, y Wanda asintió con la cabeza.

No sabía de qué nos iba a servir. Habría nieve al otro lado, habría témpanos de hielo colgando de los aleros, pero no podía estirar los brazos y cogerlos sin más. Regresé al sótano. El staryk tenía mejor aspecto: los leves rastros de color desaparecían de sus mejillas.

—Ésta es la cabaña —le expliqué cuando le temblaron los ojos y los abrió para mirarme—. La cabaña de la bruja de la que me hablasteis, esa que se encuentra en ambos reinos. ¿Hay alguna manera de cruzar desde aquí?

Se me quedó mirando un rato antes de comprenderlo, y entonces me susurró:

—Sellé el paso, apenas quedan unas rendijas. No quería que entrasen más mortales extraviados. Hay que volver a abrirlo...

—¿Cómo? —le dije—. ¿Con qué?

Cerró los ojos. Respiró hondo, volvió a abrirlos y dijo:

—Ayudadme a ponerme en pie.

Llegamos juntos hasta la escalera. Alzó la mirada hacia el rectángulo de cielo abierto sobre nuestras cabezas, donde las estrellas brillaban contra el cielo oscuro de la noche, y se estremeció un poco.

—¿No os pondréis peor si salís fuera? —le pregunté—. Hace calor.

—Y no tardará en hacer más calor aún —me dijo—. A partir de ahora, mis fuerzas menguarán, no crecerán. Debo hacer buen uso de las pocas que me queden, mientras duren.

Salió lentamente, haciendo pausas, y cojeando despacio se dirigió hacia la casa con una mano apoyada en el costado, pero se detuvo ante la puerta, observando la luz anaranjada de las llamas del carbón, con un rostro plano e inexpresivo, y recordé que Shofer lo había mirado con temor.

—Esperad —le pedí, y entré, me apresuré a echar una palada de ceniza sobre las llamas para apagarlas y cerré el horno.

Luego me di la vuelta y me detuve a observar la habitación: mis padres estaban de pie cogidos de la mano y con los ojos clavados en la puerta, con Wanda a su lado, y Sergey había cogido un atizador. Stepon ya estaba acurrucado en lo alto del horno y tapado con la capa a modo de manta, pero incluso él había levantado la cabeza. Todos ellos vigilaron al staryk cuando agachó la cabeza para poder pasar bajo el dintel y entrar en la cabaña.

No miró a ninguno de ellos, sino que echó un vistazo a la habitación, levantó las manos y las dejó caer prácticamente inertes como si estuviera desesperado, se dirigió hacia un armario que había en un rincón a su izquierda y lo abrió. Mi madre lo miraba fijamente.

—¿Había un armario ahí...? —le dijo a mi padre, pero el staryk ya lo tenía abierto de par en par y rebuscaba dentro lanzando objetos al suelo con impaciencia, según registraba los cajones: un collar de cuentas verdes, una capa de color rojo oscuro, desgarrada y manchada de sangre, un ramo de rosas marchitas, un saquito de guisantes secos que reventó y salieron rodando por el suelo en todas las direcciones...

Se dio la vuelta, nos vio a todos mirándole y nos soltó:

—¡Ayudadme! ¡O no estaréis asistiéndome tal y como habéis acordado!

—¿Qué estamos buscando? —le pregunté.

—¡Algo de mi reino! —repuso—. Algo del invierno, algo que me ayude a abrir el camino.

Wanda se detuvo y después fue a mirar en uno de los lados del horno, donde había unas estanterías, pero tampoco contenían mucho.

—No hay más lugares donde mirar —concluyó.

El staryk emitió un ruido de impaciencia.

—¡Ahí! —dijo—. Y ahí. —Señaló hacia dos puertas que había en la pared a ambos lados del horno.

Todos nos quedamos mirándolas: no podíamos haberlas pasado por alto, pero el staryk se dio la vuelta sin más y continuó sacando y lanzando tazas, pañuelos y cucharas en pleno frenesí. Un instante después, Wanda se acercó y

tiró de la puerta de la izquierda para abrirla. Al otro lado había un dormitorio que no habría podido caber en el perímetro de la cabaña. Allí había una gran cama de madera con un dosel y un armario ropero grande a cada lado. Detrás de la otra puerta se oía un débil golpeteo: cuando mi padre la abrió con cuidado, encontró una despensa con ristra viejas de ajos sequísimos colgando del techo entre unos manojos de lavanda que se deshacían, y una sólida mesa de madera en el centro con un mortero cuya mano rodaba ligeramente en el cuenco, como si alguien acabase de usarlo, con un leve olor a hierbas machacadas en el ambiente.

—Alguien debería sujetar la puerta —dijo mi madre con recelo cuando entramos en cada habitación a buscar.

Wanda se quedó junto a la puerta de la alcoba para mantenerla abierta mientras rebuscábamos en los roperos y en el baúl de madera a los pies de la cama: todos colmados de la habitual, inútil y apolillada ropa de cama y los vestidos con los bolsillos llenos de un polvo que se deshacía; botas viejas y podridas, capas y mantas. No obstante, en el bolsillo de un vestido que parecía pesar, localicé un puñado de piedrecillas negras y lisas que resplandecían de un modo extraño. Salí corriendo con ellas, pero el staryk me dijo con impaciencia:

—¡No! ¿Para qué sirve eso? Podría tirarme diez mil años paseándome por las profundidades de los trasgos y jamás volver a encontrar la salida. ¡Apartadlas!

Debajo de la almohada, mi madre dio con una vieja moneda de cobre deslucido, que el staryk rechazó diciendo:

—¡Tampoco puedo soñar mi camino a casa!

En un estante de la despensa encontramos un precioso tarrito de cristal con su tapón que contenía perfume; aún quedaban unas gotas en el fondo. Tan sólo le hizo encogerse de hombros.

—Veneno o elixir, ¿qué importancia tiene ahora? —dijo mientras abría otro cajón, de donde salieron disparados tres ratones grises que echaron a correr

por el suelo y salieron por la puerta.

El cielo comenzaba a clarear ligeramente a lo lejos, y el pie herido y descalzo del staryk iba dejando marcas de humedad en los tablones de madera del suelo allá donde pisaba.

—¡Quizá no haya nada! —le dije.

Bajó la cabeza, se detuvo y se apoyó en la puerta.

—¡Hay algo! —replicó—. Lo hay. Noto el viento de mi reino en la cara, me murmura en los oídos y por los rincones, aunque no puedo saber por dónde ha entrado. Hemos de encontrarlo.

—Yo no siento nada más que calor —reconocí—, aunque el fuego está casi apagado.

Guardó silencio, levantó la cabeza de nuevo, y en la cara tenía una terrible expresión de abatimiento.

—Sí —admitió con voz hueca—. El viento es cálido.

Le miré fijamente.

—¿Qué significa eso? —pregunté con cautela.

—Chernobog está allí —respondió el staryk—. Ha entrado en mi reino. ¡Está allí!

Se dio la vuelta en un renovado arrebato de desesperación y comenzó a arrancar los pequeños cajones de la parte alta del armario, uno por uno, y a lanzarlos al suelo. La mitad de ellos se rompieron y lo desperdigaron todo por doquier: canicas, plumines para escribir, pañuelos, una muñeca hecha de harapos, cuerdas deshilachadas, un puñado de peniques, unos caramelos viejos en una bolsa, bolas de lana cardada, mil y un objetos disparejos y metidos con descuido en un agujero u otro, y ninguno de ellos procedía del reino del invierno.

—No encontramos nada más —me dijo mi madre en voz baja al volver a salir de la alcoba llena de polvo y cansada—. Ya hemos buscado tres veces en todos los rincones, a menos que él nos muestre algún otro lugar donde mirar.

—¡Está aquí! —exclamó al tiempo que se volvía hacia ella girando sobre

sus talones con violencia—. ¡Está en alguna parte!

Lancé las manos al aire en un gesto de impotencia mientras mi madre retrocedía, sorprendida, y en ese instante, aún acurrucado en lo alto del horno, Stepon dijo en voz muy baja:

—Yo tengo esto, pero no soy capaz de hacerlo crecer.

Nos dimos la vuelta. Wanda y Sergey se habían quedado muy quietos, mirándolo: en la mano, Stepon tenía un fruto de color blanco pálido, con la forma de una nuez que aún estuviera en condiciones. El staryk la vio, soltó una exclamación y avanzó de un salto.

—¿Dónde diste tú con eso? —le dijo en tono acusatorio—. ¿Quién te lo ha dado?

Estaba extendiendo el brazo como si se la fuese a arrebatar de la mano. Stepon cerró los dedos sobre la nuez y la retiró, y Wanda se interpuso entre los dos y dijo con dureza:

—¡Ma se la dio! ¡Vino de ella, en el árbol, y es suya, no vuestra!

El staryk se detuvo, mirándola.

—¡No hay aliento suficiente en la vida de un mortal para lograr que un árbol de la nieve dé su fruto! —afirmó él—. Por mucho que lo alimentaseis con una vida, con dos, o con tres, apenas conseguiríais que brotasen las hojas. ¿Con qué sangre lo regasteis como para afirmar que es cierto?

—Pa enterró allí a los cinco bebés —dijo Wanda. Tenía la cara blanquecina y endurecida, enfadada como jamás la había visto—. Mis cinco hermanos muertos. Y a Ma al final. ¡Ella se la dio a Stepon! ¡Es suya!

El staryk miró a Wanda, y después a Sergey y a Stepon, como si se estuviese valiendo de ellos para calcular las seis vidas perdidas: cinco hermanos que jamás llegaron a crecer y una madre a la que perdieron, además. Dejó caer la mano en el costado. Con un rostro deslucido y terrible, clavó la mirada en la nuez blanca medio oculta bajo los dedos de Stepon.

—Suya es —suspiró para aceptarlo, pero sonó como si estuviera aceptando su propia muerte.

Se derrumbó de tal manera que incluso Wanda dejó de parecer enfadada. Y allí nos vimos todos juntos, de pie con aquella nuez blanca que brillaba en la cabaña con el mismo resplandor pálido de la plata de los saryk, mientras el rey se limitaba a mirarla con desesperación aunque sin decir una palabra, como si no fuera capaz ni de imaginarse el modo de ofrecer algo a cambio de aquel fruto. ¿Y cómo podría nadie? ¿Qué le darías a alguien como justo precio por todo su dolor, por todos aquellos años de penas enterradas? Yo no hubiera aceptado ni un millar de reinos a cambio de mi madre.

Stepon la volvió a mirar, allí en su mano, y la volvió a ofrecer en silencio. El saryk se quedó observándola y miró a Stepon, desolado; no extendió la mano para cogerla, como si no pudiese aceptarla ni aun cuando se la ofreciesen.

Mi madre se inclinó y besó a Stepon en la frente.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —le dijo, cogió la nuez de su mano, se dio la vuelta y se la ofreció al saryk—. Cogedla y salvad a los niños saryk. ¿Qué otra cosa mejor podríais hacer con ella?

El saryk se limitó a mirarla sin moverse, hasta que alargué yo la mano y la cogí, y entonces se volvió hacia mí con el rostro inexpresivo y desamparado.

—¿Qué hacemos? —le pregunté—. ¿Cómo la utilizamos?

—Señora —me dijo—, debéis hacer con ella vuestra voluntad. No es mía. Lo fulminé con la mirada, un poco indignada.

—¿Qué habríais hecho vos, entonces, si hubiera sido vuestra?

—La dejaría en la tierra y le infundiría aliento —repuso—, y abriría mi camino bajo sus ramas. Pero no puedo hacer tal cosa. No tengo derecho ninguno sobre esta semilla, y no responderá a mi voz. Y tampoco sé cómo podéis hacerlo vos. Un árbol de nieve no arraiga en primavera, y vos lleváis el oro bañado por el sol en vuestras manos, no el invierno.

No dejó de mirarme... a la expectativa, como si ya le hubiera sorprendido tantas veces que ahora esperaba sin más que lo volviese a hacer, cuando yo no tenía la menor idea de qué hacer.

—Intentaremos plantarla de nuevo —propuse, a falta de otra opción mejor—. ¿Podéis venir y congelar el suelo?

Inclinó la cabeza, pero, cuando abrimos la puerta, retrocedió, estremecido, y casi se cayó con la bocanada de aire caliente que entró, más caliente incluso que dentro de la cabaña. Olía a tierra blanda y húmeda y a primavera. A pesar de todo, salió con esfuerzo de la cabaña y le plantó cara, inclinado como un hombre que se empeña en abrirse paso con el hombro contra el aullido de una ventisca.

Junto a la puerta hallamos el montón de tierra donde Stepon ya había tratado de plantar la nuez, un buen lugar para que creciese un árbol y le diera sombra a la casa. Sin embargo, cuando el staryk tocó la tierra, tan sólo la sombra de la escarcha surgió de sus dedos y desapareció tan rápido como el vaho sobre un cristal frío. Me apresuré a poner otra vez la nuez en la tierra e intenté compactarla con su mano: sólo un breve contorno plateado se extendió de sus dedos y volvió a desvanecerse.

El staryk apartó la mano, nos fijamos un rato en la tierra, y él hizo un gesto negativo con la cabeza. De nuevo escarbé para sacar la nuez y la sostuve en la mano tratando de pensar en algo: no crecería en la primavera. Y entonces pensé, de repente: ¿cómo había entrado Chernobog en el reino de los staryk, ahora, cuando antes sólo había sido capaz de alterarlo desde la distancia?

Me levanté y corrí a la parte de atrás de la casa, hasta la profunda bañera que había allí. Me asomé a mirar en ella. No era más que agua en una tina de madera, pero podría haber algo más al otro lado... si es que Irina se encontraba en ese otro lado con su corona de plata después de haberse llevado a Chernobog y de colarlo en el reino del invierno, en otro intento por salvar Lithvas del rey staryk, al que yo había liberado.

No sabía si ella estaba allí, ni si intentaría ayudarme siquiera en el caso de que estuviera. Y si estaba, y quería, tampoco podía explicarle lo que quería que hiciera. Pero sí sabía que no podía hacer nada más desde este lado yo sola. Pensé en aquellas puertas que se habían abierto donde antes no las había,

en las habitaciones y en los armarios que aparecían de la nada, y entonces cerré los ojos y metí la mano en el agua en busca de la esperanza, de ayuda.

No llegué a tocar el fondo con los nudillos. Seguí bajando, más hondo, y por un instante sentí una mano al otro lado, que se estiraba hacia mí. La cogí y le puse la nuez blanca en la palma, saqué la mano del agua y me quedé mirándola, vacía. También me asomé a la tina, y la nuez había desaparecido. Podía ver claramente el fondo de la bañera a través del agua: allí no había nada.

Permanecí mirando hacia abajo otro instante, casi sin creermelo que hubiese funcionado, y eché a correr de vuelta a la parte de delante de la cabaña. Todos formaban un círculo alrededor del staryk, apoyado en la pared de la casa, adelgazado y brillante casi como si estuviera sudando, con un sufrimiento ciego en el rostro. Lo sujeté por los brazos.

—¡Ha pasado! ¡Ha conseguido cruzar! ¿Qué más tengo que hacer?

Abrió los ojos, pero no me pareció que me viese; sobre sus córneas se extendía una mancha blanca y azul.

—Infundidle aliento —me susurró—. Infundidle aliento si podéis.

—¿Cómo? —le pregunté, pero cerró los ojos y no dijo nada, y me quedé sentada y perpleja.

—Miryem —me dijo entonces mi padre con voz lenta. Me volví para mirarlo, llena de desesperación—. No es el mes apropiado, pero los árboles tampoco han estado en flor antes, y no han dado su fruto. Podemos decir la bendición. —Miró a Stepon, a Wanda y a Sergey, y añadió con delicadeza—: Incluso hay quien dice que ayuda a aquellos cuyas almas han regresado al mundo en los frutos o en los árboles, para que sigan adelante.

Me tendió a mí una mano, y la otra a mi madre. Nos pusimos en pie como siempre hacíamos en primavera delante del único y pequeño manzano de nuestro jardín, y dijimos juntos la bendición de los frutales en flor.

—*Baruch ata adonai, eloheinu melech haolam, shelo hasair b'olamo kloom, ubara bo briyot tovot v'ilanot tovot, leihanot bahem b'nai adam.*

Siempre me había encantado decir la: significaba la esperanza, un profundo aliento de alivio; significaba que el invierno se había terminado, que pronto habría fruta que comer y que la habría en abundancia. De pequeña, en los primeros días de la primavera, salía al jardín todas las mañanas y revisaba las ramas en busca del primer atisbo de una flor para salir corriendo y decirle a mi padre que ya podíamos decir la bendición. Sin embargo, esta vez la dije con más intensidad que nunca, tratando de conservar cada palabra metida en la cabeza, imaginándomelas escritas con unas letras de plata que se convertían en oro conforme las pronunciaba en voz alta.

Cuando terminamos, permanecemos de pie y en silencio. No sucedió nada al principio, hasta donde nosotros alcanzábamos a ver, pero entonces Stepon dio un grito y echó a correr de nuestro lado hacia la puerta del huerto, agitando las manos para espantar a un pajarillo que acababa de posarse en el suelo para picotear. Se mantuvo allí con la mirada en el suelo y los puños cerrados hasta que, primero Wanda y Sergey, y después todos nosotros, nos acercamos y nos unimos a él.

Un pequeño brote blanco asomaba de la tierra retorciéndose como una lombriz suave que acabara de salir. Nos quedamos mirándolo. Yo ya había visto germinar antes otras semillas, judías que crecían de la tierra, pero este brote salía más rápido, toda una primavera completa ante nuestros ojos en cuestión de unos momentos: se enderezó en un plantón blanco y empezó a tirar hacia arriba como quien intenta escalar por una cuerda y se detiene cada dos por tres para tomar aliento, antes de seguir ascendiendo un poco más. En la copa se desplegó una corona de minúsculas hojas blancas, como unos estandartes de una palidez fantasmal que empezaron a sacudirse y a estirarse con urgencia, empujando hacia arriba. Cuando ya me llegaba por la rodilla, comenzó a echar unas finas ramas que se abrían en los costados como unos látigos en miniatura, y surgieron más hojas blancas. Tuvimos que retroceder para dejarle espacio, y continuaba creciendo, ahora con suavidad, constante, sin dejar de elevarse.

Me di la vuelta y corrí hacia el staryk. No se despertó ni se movió; estaba tumbado contra la cabaña, muy delgado y de color azul oscuro, como si una especie de núcleo en su interior emergiese de dentro de un caparazón de hielo. Cuando lo toqué se me humedecieron las manos, y Wanda vino a ayudarme. Cargamos con él entre las dos hasta el árbol y lo tumbamos bajo sus ramas, y, de repente, el crujido de la escarcha surgió por todo el suelo debajo de él, ascendió por la corteza blanca del árbol y sobre la propia piel del staryk. El azul oscuro desapareció de nuevo bajo aquella capa congelada.

El rey exhaló un aliento invernal, abrió los ojos y observó cómo se extendían las ramas del árbol. Y lloró, aunque apenas lo pude notar, porque las lágrimas se le congelaban de inmediato en la cara, y sólo se veía un brillo en él. Se levantó, y para entonces el árbol ya era lo bastante alto para que él cupiese debajo, por mucho que no hubiese parecido tan grande apenas un segundo antes. Cuando el staryk puso ambas manos en el tronco, brotó una multitud de flores de plata impregnadas de oro. Alzó una mano y acarició una flor con las yemas de los dedos, mirándola desconcertado.

—Ha crecido, ha crecido —decía Stepon, que se atragantaba con los sollozos, llorando como si no supiera si estaba triste o contento, mientras mi madre, arrodillada, lo abrazaba por los hombros, tan delgados, y le acariciaba la cabeza.

El staryk se apartó del árbol entonces y puso la mano en la puerta del huerto, y cuando la abrió, al otro lado se extendía un camino blanco, una senda blanca flanqueada por más árboles blancos; eso sí, ya no se perdía en el invierno infinito: en el otro extremo había una oscuridad, una nube de humo y fuego. La observó con el rostro tenso, cruzó la puerta y se adentró en el camino, y un ciervo blanco salió brincando de entre los árboles. Los demás habíamos seguido sus pasos hasta la puerta, pero mi familia retrocedió al patio cuando el animal surgió de un salto. Por un momento pude verlo con sus mismos ojos, aquellas garras afiladas, los monstruosos colmillos que asomaban por el labio superior y la lengua roja, pero para mí ya no era más

que uno de los ciervos. El staryk fue hacia el animal, y cuando se montó en él, ya no tenía el pie descalzo; ahora lo cubría una bota de plata, y allí estaba él entero en plata, con su armadura y las pieles blancas, mirándonos desde lo alto.

Me tendió la mano y me dijo:

—Chernobog está en mi reino. Haré tal y como he prometido: si conseguimos expulsarlo y mi pueblo queda a salvo, no volveré a provocar el invierno. Solicitasteis una alianza para llevarlo a cabo: ¿seguís dispuesta a venir y a prestar vuestra ayuda aunque Chernobog ya no se encuentre en vuestro mundo?

Lo miré fijamente y tuve ganas de preguntarle, medio indignada, de qué pensaba que iba a servirle yo en una guerra abierta con un demonio de fuego. Tenía tierra bajo las uñas, me dolía la cara y aún notaba el pómulo hinchado y rojo donde me había golpeado el guardia, estaba agotada, y no era más que una joven mortal que había bravuconado en exceso cuando él podía oírme. Pero me quedé mirando el árbol blanco a mi lado, con esas ramas tan altas y cubiertas de flores, y supe que preguntarle no serviría de nada. Se limitaría a encogerse de hombros y a mirarme otra vez expectante, a la espera de la magia más elevada: una magia que sólo se producía cuando creabas una versión agrandada de ti misma a base de palabras y de promesas y después te metías en ella y, sin saber muy bien cómo, conseguías rellenarla para estar a la altura.

—Sí —respondí—. Iré y haré lo que pueda... ¡si me traéis de vuelta después!

—Mi camino sigue sin discurrir bajo el verdor de los árboles, señora —repuso—, y ya me habéis obligado a prometeros que levantaré el invierno si salimos victoriosos. Aun así, el verano tampoco durará para siempre aunque yo levante la mano, y esto sí os lo puedo ofrecer: el primer día en que caiga la siguiente nevada, abriré mi camino hasta aquí y os devolveré a casa con vuestra familia.

Me di la vuelta. Mis padres se encontraban en el patio, y no estaban solos.

Wanda, Sergey y Stepon estaban con ellos, y en la casa que tenían a su espalda había ahora espacio de sobra. Estarían a salvo, todos ellos, aunque yo jamás regresara tras un recorrido salvaje por un camino invernal. Se tenían los unos a los otros para quererse, para vivir los unos por los otros, para pasar juntos las penas y para ayudarse mientras tanto.

Era como si, aunque apenas a unos pasos, ya me pareciesen muy lejanos, y sus rostros se me antojaban irreales allí mirándome. Corrí hacia ellos, me apresuré a besarlos a todos.

—Búscame en el primer día de invierno —le susurré a mi madre, y sus dedos se deslizaron por los míos cuando me di la vuelta, crucé la puerta del huerto y cogí la mano del rey staryk para que me alzase detrás de él, a lomos de su venado.

Capítulo 24

Cabalgamos por el camino blanco con una mezcla de nieve y de ceniza que nos soplaba en la cara. Las pavesas calientes me escocían en los brazos, pero nos movíamos con rapidez. El camino era un borrón plateado que nos pasaba por debajo con cada salto del venado; el animal iba tan rápido como el staryk le pedía, tanto como podía, y con un salto más nos vimos bajo los pinos ardiendo, una terrible llama roja que bramaba sobre nosotros. Con otro salto más, el camino salió de golpe de debajo de los árboles, y ahora discurría junto al río.

Pero era un río en primavera, estruendoso, cargado de placas de hielo que cabeceaban en el agua y chocaban las unas contra las otras al pasar de largo corriente abajo. Entre ellas brillaban desperdigadas las monedas de plata, y el staryk soltó un grito de horror cuando vio más adelante que la cascada volvía a discurrir como un torrente estrepitoso a través de la ladera de la montaña y que caía entre nubes de vapor. En la base, Chernobog danzaba y daba vueltas con los brazos en el aire, vociferando de placer. Ya no estaba ardiendo por completo. Se había hinchado más allá de una forma humana y se había vuelto monstruosamente grande, una imponente figura de carbón cubierta por una gruesa capa de ceniza adornada con unas grietas profundas donde brillaban y se veían unas venas rojas de calor, con llamaradas que se inflamaban aquí y allá por todo su cuerpo. Metió la cara en el agua que caía, bebió unos enormes tragos con avidez y creció un poco más, como si, de algún modo, estuviera consiguiendo que ardiesen más partes de su ser. Las monedas de plata de los staryk le resplandecían por la cara y los hombros como un caparazón que la catarata iba desperdigando sobre él.

No se encontraba allí solo: un puñado de caballeros staryk trataba de combatirlo y le lanzaban picas de plata desde la orilla de la poza de la cascada, cada vez más grande, pero no podían acercarse. Ya había un bosque de picas flotando en el agua, desperdigadas y abrasadas, y él ni se molestaba en distraerse de su forma insaciable de beber. El rey staryk saltó del ciervo.

—¡Hay que defender la montaña ante él, haced lo que podáis! —me gritó antes de desenvainar una espada de plata, echar a correr hacia la poza y poner un pie sobre la superficie.

Allá donde pisaba, el hielo se solidificaba debajo, y arrancó a correr directo hacia el demonio sobre un camino blanco y reluciente. En su éxtasis de sed, Chernobog no lo vio venir: el staryk blandió la espada contra su monstruosa pierna y la clavó profundamente, y Chernobog gritó de furia cuando una ola crujiente de hielo se extendió por la superficie.

Yo ascendí corriendo por el camino hasta las altas puertas de plata de la falda de la montaña y las aporreé. Estaban cerradas y atrancadas.

—¡Dejadme entrar! —grité.

De repente se oyó un roce al otro lado, y allí estaba Shofer, levantando una gran viga de plata que bloqueaba la puerta y abriéndola lo justo para que yo me pudiese colar dentro. Sopló una ráfaga de aire frío que se escapó del interior, lo bastante fría como para que me percatase del calor que ya hacía fuera de la montaña: tan sólo con permanecer en la rendija que había abierto, el rostro de Shofer comenzó a brillar de inmediato con el hielo fundido. Arrastró la puerta para volver a cerrarla a mi espalda, bajó de nuevo la viga en su sitio y se apartó desinflado y pálido.

—¡Shofer! —exclamé al tiempo que trataba de sostenerlo en pie.

No estaba allí solo; a su espalda, guardando la puerta, había toda una compañía de caballeros o señores de los staryk, todos ellos pertrechados con altos escudos de hielo azul translúcido enmarcado en plata, solapados los unos sobre los otros como si formaran un muro. Se habían retirado bastante de la puerta abierta, pero, una vez cerrada, se apresuraron a avanzar de nuevo, y

surgieron varias manos para ayudarnos a retroceder tras el muro de escudos de hielo. Ya detrás de aquella protección, Shofer se enjugó la humedad del rostro y se levantó con esfuerzo.

Lo agarré por el brazo, con urgencia.

—Shofer, la montaña..., el lugar donde está quebrada, por donde sale la catarata, ¿sabes dónde está? ¿Puedes llevarme hasta allí?

Me miró con los ojos húmedos y velados, pero asintió. Subimos juntos corriendo por el camino hasta el corazón de la montaña, resbalándonos un poco prácticamente a cada paso: la superficie se había puesto resbaladiza, y en algunos lugares goteaba el agua en unos hilos que discurrían por el suelo. Cuando por fin salimos al gran espacio abovedado, parecía como si tuviese menos altura, como si el techo hubiera descendido sobre nosotros, y la arboleda estaba llena de mujeres staryk agolpadas muy juntas bajo los árboles blancos formando una pequeña ciudadela con sus cuerpos. Entre ellas vi los núcleos de color azul oscuro de unos niños a los que protegían del calor cada vez más intenso. Alzaron la mirada cuando pasé corriendo con Shofer, y vi la desesperación en sus rostros. El suelo se reblandecía bajo nuestros pies, y las ramas de los árboles blancos se ponían mustias. El estrecho riachuelo surgía borboteando de su manantial y discurría por la arboleda para adentrarse en las paredes de la montaña.

Shofer me condujo a un túnel que discurría paralelo al arroyo; las paredes gruesas y cristalinas exudaban una fina niebla a nuestro alrededor y lo inundaban todo con los graves crujidos de un lago helado que comienza a quebrarse en primavera. El sendero finalizaba de forma abrupta en otro túnel de paredes muy lisas, y el arroyo se ensanchaba al discurrir por debajo. Shofer se detuvo en el borde y vio correr el agua con una mezcla de temor y desolación.

—¡Puedo seguirlo a partir de aquí! —le dije—. ¡Vete!

Me quité los zapatos de un puntapié, me metí en el agua y corrí por el largo túnel con la corriente, chapoteando hasta que volvió a salir en el interior del

gran almacén vacío. Lo recorrí, llegué al otro lado y seguí avanzando con las manos y los pies por el estrecho espacio que quedaba estrangulado entre el agua y las monedas, amontonadas en una pila de la que el agua se llevaba buenas porciones. La cascada rugía un poco más adelante. Chernobog me pareció una silueta borrosa y saltarina al otro lado cuando me aproximé, una sombra que refulgía al rojo por el carbón. Logré ascender por una última y enorme pendiente de monedas que se había formado en el túnel, hasta la grieta de la montaña: unas anchas y terribles fauces de cristal roto como si tuvieran una dentadura de bordes redondeados. Siete años habían transcurrido desde la coronación de Mirnatius, desde que la montaña se quebró por primera vez.

Me imaginé cómo un terremoto reverberaba por todo el reino de los staryk y lo hacía estremecer, y cómo la grieta se abría para dejar entrar el calor del verano. Pude ver, incluso, los lugares donde habían tratado de parchearla o de taparla, pero el agua la había vuelto a romper una y otra vez para agrandarla y agotar, cada año un poco más, aquellas fuerzas con las que Chernobog podía deleitarse desde su asiento en el trono. De manera que el rey staryk se había dedicado a combatir el verano todos los años, mientras pudo; nos había ido robando a nosotros más y más luz del sol, atrapada en el oro, para poder invocar las ventiscas y las tormentas invernales durante el otoño y la primavera y para mantener el río congelado, ya que no podía cerrar la grieta de la montaña. Y, al final, había venido a por mí, a por una joven mortal que fanfarroneaba de ser capaz de convertir en un tesoro invencible aquella plata que llenaba sus almacenes.

Las monedas de plata iban saliendo con el agua como peces saltarines, dando tumbos entre los fragmentos de hielo, un tesoro que no era nada en comparación con la propia agua: aquella agua clara y fría era la vida —las vidas de todos ellos— que se perdía por la abertura de la montaña para saciar una sed infinita. Chernobog se bebería la montaña entera y a todos los staryk que había en ella, y después regresaría a Lithvas y dejaría seco a todo el mundo allí también. Aunque el rey staryk no me lo hubiese dicho, lo habría

sabido. Reconocía aquellas ansias: un ser devorador que se tragaría encantado aquellas vidas y que se limitaría a fingir que le importaban la ley o la justicia —a menos que contases con el respaldo de algún poder superior de manera que aquella cosa no tuviese forma de quebrantar ni de engañar—, y que nunca jamás se quedaría satisfecho.

El rey staryk estaba allá abajo, y todos sus caballeros con él, sobre un anillo de hielo que el propio rey mantenía congelado alrededor de Chernobog. Estaban luchando juntos, decididos, y la escarcha se extendía por el cuerpo del demonio allá donde las espadas de plata lo golpeaban, pero los staryk no eran capaces de extinguir su fuego. Chernobog vociferaba de ira, y aquella escarcha se evaporaba en cuanto las heridas arrojaban unas lenguas de fuego. Y no podían llegar hasta su núcleo vital. Se había vuelto demasiado grande, y continuaba creciendo. Seguía agotándolos mientras ellos trataban de combatirlo. Ahuecó las manos bajo el agua de la cascada y se llevó unos cuantos tragos a la boca, echó la cabeza hacia atrás y se rio con unas horribles gárgaras. Y crecía un poco más con cada trago.

Me agarré con cuidado a los bordes de la grieta y me asomé.

—¡Chernobog! —grité—. ¡Chernobog!

Se volvió hacia mí y me lanzó una mirada que brillaba como el metal fundido en la forja. Lo llamé a voces:

—¡Chernobog, te doy mi palabra! ¡Voy a cerrar esta grieta con la magia más elevada, ahora mismo, y te expulsaré para siempre!

Se le agrandaron los ojos.

—*¡Jamás, jamás! ¡Es mía, mía, un pozo para mí!* —me chilló, se lanzó a la ladera de la montaña y comenzó a ascender hacia mí clavando las garras.

Me apresuré a apartarme de la abertura y retrocedí al túnel con la ayuda de manos y pies, por las montañas y los valles de plata. Esperé hasta que se asomó a la oscuridad para buscarme. Se rio de mí en la grieta y golpeó los bordes con el puño, hizo añicos más trozos de la pared de cristal de la montaña para agrandarla.

—*¡Entraré y beberé hasta saciarme!*

Entró a rastras por la grieta, vino a por mí, y unas lenguas de vapor surgieron alrededor de sus manos y del vientre cuando se apretó para caber por el túnel. Hundió la cara en el arroyo y dio un gran sorbo, echó la cabeza hacia atrás para tragárselo en un gesto de placer, me sonrió mientras dejaba que una parte se le escapara por las comisuras de los labios y siguió avanzando a rastras. Continué retrocediendo por el túnel hasta que ascendí por el último montículo de plata y me encontré con la puerta del almacén a mi espalda. Seguía acercándose, un resplandor rojo que surgía en el túnel. El agua hervía, se apartaba bullendo a su alrededor y ascendía por las paredes. Debajo de él sólo quedaba un río de monedas de plata que se le pegaban al cuerpo al arrastrarse, al pecho, al vientre y a la parte anterior de las piernas, unas monedas de plata con los bordes ennegrecidos pero que no se fundieron. Otra vez se echó a reír, y el eco resonó por el túnel; sacó del agua una mano cubierta de monedas de plata, como si fuera una armadura, la levantó y la agitó ante mí en un gesto de burla.

—*Reina staryk, joven mortal, ¿de verdad pensabas que una cadena de plata me podía detener? ¿A mí?*

—La plata no —le dije—, pero una amiga me ha contado que no te gusta mucho el sol.

Bajé la mano para tocar el último montón de plata que tenía ante mí, aquellas monedas que estaban apenas lo bastante frías como para tocarlas, unas monedas que formaban parte de aquel tesoro tan descomunal. Las convertí de golpe en oro reluciente, todas ellas juntas, de la primera a la última.

Chilló horrorizado cuando la plata se convirtió en oro a su alrededor. De inmediato, las monedas que tenía debajo empezaron a fundirse y a mezclarse para formar un riachuelo, como gotas de agua que se iban uniendo, y, conforme se derretían, el túnel se iluminaba con el fulgor de la luz del sol que escapaba de las monedas, tan intensa que se me humedecieron los ojos. Brilló a través

de las paredes de cristal de la montaña, iluminada entera. Chernobog volvió a gritar y retrocedió a rastras sobre los brazos, a la desesperada, tratando de retorcerse por el túnel para escapar.

Sin embargo, la luz llegaba hasta él por todos lados. Las cenizas y el carbón que formaban parte de su cuerpo comenzaron a desprenderse y a dejar al descubierto la llama fundida de debajo. Las monedas que se le amontonaban en la cabeza y en los hombros se fundieron en una densa telaraña de chorros que lo recorrieron entero y emitieron más luz solar, y su vientre quedó cubierto por una capa de charcos de oro. Se le desprendieron del cuerpo unos grandes fragmentos y se le agrietaron las extremidades. Estaba encogiendo sin dejar de forcejear y de gemir, mientras retrocedía a rastras por el túnel. El agua seguía discurriendo, me rodeaba las piernas y pasaba de largo, pero ya no alimentaba a Chernobog: enfriaba aquel rastro tan ancho de metal fundido y sin brillo que él iba dejando a su paso y arrojaba nubes de vapor que se precipitaban en las paredes sin llegar a tocar nunca su cuerpo.

Ya casi no podía verlo entre el vaho. Chernobog había encogido ya lo suficiente como para darse la vuelta; los brazos y las piernas iban adoptando un aspecto largo y flaco conforme el cuerpo le adelgazaba y se desmoronaba a pedazos, y en las manos y en los pies se le abrían nuevos dedos que de inmediato comenzaban a astillarse, a desprenderse y a arder en unas pequeñas llamaradas que los consumían. Casi había llegado a la grieta: oí su llanto y sus quejidos cuando vio allí apilada la monstruosa montaña de monedas de oro. A su alrededor, el túnel estaba más iluminado que en pleno mediodía, un centenar de años de sol de verano amortizados de golpe, que recorrían las profundidades de la montaña en un centelleo y regresaban mientras él se iba encogiendo más y más a cada instante.

Se lanzó desesperado a la pila de monedas y ascendió por ella hacia la grieta, frenético, con ayuda de las manos, mientras el oro se derretía en un océano de luz a su alrededor. Él mismo taponó el orificio irregular cuando volvió a salir a rastras a través de él: los dientes de cristal le rasparon unas

enormes porciones de metal fundido de los costados, y con ellos se llevaron trozos aún más grandes de su cuerpo, que ardían en llamaradas. La propia pared de cristal se fundió en un líquido incandescente, con unas hebras que goteaban desde la parte superior de la grieta y cerraban la abertura. Se desprendió otro trozo grande, y de la montaña cayeron, entre gritos, los restos consumidos de un Chernobog que no dejaba de retorcerse.

Yo jadeaba en busca de aliento sobre un lecho de metal sin brillo al que habían quedado adheridos algunos pegotes de oro, aquí y allá, que no habían terminado de fundirse, y el agua caía como la lluvia por las paredes del túnel. Cuando la luz dorada del sol se desvaneció de los muros de la montaña —y escapó al lugar del que procedía, esperaba yo—, el agua que discurría a mi alrededor comenzó a ascender por la pendiente de oro y alcanzó la grieta en una gran nube de vapor. Volvió a enfriar el vidrio y el metal, los solidificó y selló la ladera de la montaña con un cristal con líneas metálicas entrelazadas y salpicadas de oro.

El aire del túnel comenzó a enfriarse con rapidez, lo suficiente como para helarme el sudor que por una vez me había brotado en la piel. Los hilos de agua que goteaban por las paredes del túnel ya se estaban congelando en un sólido blanco, y, en el techo, unos delgados carámbanos brillantes extendían la fina punta hacia el suelo al tiempo que el arroyo empezaba a cubrirse con una capa de hielo. Me di la vuelta para regresar al almacén vacío y tuve que forcejear contra la corriente que se enfriaba a gran velocidad: cuando lo alcancé, todo el arroyo era ya una masa de fragmentos puntiagudos de hielo que chapoteaban a mi alrededor como si fueran trozos de cristal que subían y bajaban en oleadas. Las puertas del gran almacén se abrieron de golpe, e irrumpió el rey staryk.

Se agachó, me agarró por la cintura y me sacó a la orilla. Le costaba respirar; en el combate había perdido algunas de sus aristas, ahora fundidas en unas suaves curvas donde el azul asomaba bajo la superficie, pero ya se le estaban formando en la piel unas nuevas capas de hielo grueso, con la misma

rapidez con que se cubría la superficie del riachuelo, y en sus hombros surgían las puntas de unos carámbanos nuevos como si fueran racimos, escarchados de blanco al principio, pero que ya se endurecían y se volvían transparentes.

Me sostuvo por la cintura durante unos instantes, con el rostro casi desolado al mirar hacia el túnel y fijarse en aquel veteadado de encaje de metal que cerraba la ladera de la montaña. Luego se dio la vuelta y me cogió las dos manos, las sujetó con fuerza mientras me miraba con un resplandor atrapado en los ojos, casi como si la luz del sol brillase a través de las paredes de la montaña. Correspondí a su mirada, y por un momento pensé que iba a... Entonces me soltó las manos, dio un paso atrás con una reverencia elegante y exagerada y se apoyó sobre una rodilla ante mí, bajó la cabeza y me dijo:

—Señora, aunque preferáis un hogar en el mundo iluminado por el sol, no cabe duda de que sois una reina staryk.

Mi pobre Irina traía el pelo medio suelto, en una maraña desastrosa, frío, húmedo y enredado con la misma tierra negra que tenía debajo de las uñas rotas, las manos heladas y magulladas. Le quité la corona de la cabeza, la dejé a un lado y le lavé las manos hasta que desaparecieron las manchas de tierra y de sangre, y hasta que dejaron de tener un aspecto tan pálido. Estaba mustia, con los hombros caídos, y le estaba poniendo unos vendajes cuando de repente irguió la cabeza, miró al espejo y se puso lívida.

—¿Qué pasa, Irina? —le susurré.

—El fuego —me dijo—. El fuego viene de regreso. Magreta, ve enseguida...

Pero ya era demasiado tarde. Una mano surgió del cristal, terrible, como un pez que rompe la superficie de unas aguas quietas, y se agarró del borde del marco del espejo con las yemas de los dedos. Era como un tronco que ardiese sin llama, gris ceniciento y negro de hollín por debajo, con un núcleo que llameaba. Salió una segunda mano, y entre las dos tiraron de la cabeza y de los

hombros del demonio y los hicieron asomar de golpe. No me podía mover. Yo era un conejo, un cervatillo que se había parado entre los árboles e intentaba empequeñecerse, quedarse quieto y que no lo viesen; estaba escondida en un sótano oscuro, detrás de una puerta secreta, con la esperanza de que nadie me oyese. Tenía la voz atascada en la garganta.

El demonio surgió muy rápido, al descubierto, sin ningún disfraz con el que pretendiese dar la impresión de que era un hombre. Salió a rastras del espejo con una velocidad espantosa y cayó al suelo. El humo le salía en volutas de la espalda, y reptó arrastrando las piernas, muy oscuras. Lanzó una mano a la mesa que había cerca para apoyarse y levantarse, la misma mesa donde estaba la corona mágica.

—Irina, dulce Irina, ¡qué traición has obrado en mi contra! —musitó nada más salir—. ¡Nunca jamás me podré deleitar en los salones invernales! Ha venido, sí, ha venido el rey del invierno. ¡Y la reina me ha cerrado la montaña! ¡Me han desterrado, han mermado mis fuerzas! ¡Y ella me ha robado mi llama para restaurar la pared!

Se dio la vuelta, hizo un barrido con el brazo humeante y tiró el espejo y la mesa. El cristal se hizo añicos que salieron despedidos por todas partes, y la corona rodó por el suelo bajo la cama. Irina vino hacia mí; me apartó y me empujó hacia la puerta, pero el demonio salió disparado, más rápido que nosotras, en un desplazamiento repentino y veloz arrastrando los pies, y nos impidió el paso. Dio un fuerte pisotón en el suelo, y en sus muslos volvió a brillar, rojiza, una pequeña llama que fue bajando hasta quedar reducida al parpadeo de unas chipas en sus pies, como dos carbones encendidos que se atizan para revivir un fuego.

—¡Estoy tan sediento, tan reseco! —dijo el demonio con el chisporroteo de una queja—. ¡Tengo que beber de nuevo, y mucho! ¡Cómo deseaba entretenerme contigo, Irina! ¡Cuánto tiempo me habría deleitado con tu sabor! Pero, al menos, dulce Irina, llora una vez por mí y dame de beber tu dolor.

Yo sí estaba llorando, tenía miedo, pero Irina permanecía de pie delante de mí, erguida y fría como el hielo incluso frente a un demonio, y le dijo:

—Te he traído al rey del invierno, Chernobog, tal y como prometí, y te he abierto las puertas del reino de los staryk. Y ya he llorado una vez por cuanto habrías hecho. Te he dado todo cuanto me has pedido. No te daré nada más.

El demonio le enseñó los dientes y se nos echó encima. Me hundí aterrorizada cuando me fallaron las piernas y caí sobre el sofá. No pude ni apartar la mirada cuando se lanzó por la habitación y agarró a Irina por los brazos. El calor de su aliento era como una ventolera en la cara, un horror..., y entonces se encogió con un aullido como si fuera él quien se estuviera quemando, retrocedió de un salto y se protegió las dos manos.

Parecían dos carbones fríos recién salidos de la carbonera, dos carbones que nunca hubieran pasado por el fuego. Se quejó, soltó un bufido y gimió mientras se miraba las manos, abriéndolas y cerrándolas como si le doliesen tras un largo día de trabajo. Empezó a estirarlas, y arrojaron unas lenguas de vapor hasta que por toda la superficie surgió el chisporroteo de una llama, y de nuevo relucían con el rojo de una forja. Alzó la vista de las manos y miró a Irina, hirviendo de furia.

—*¡No! ¡No! ¡Eres mía! ¡Mi festín!* —gritó airado, dio un pisotón en el suelo y se dio la vuelta... hacia mí.

Por fin grité; se me abrió la garganta cuando se abalanzó sobre mí en lugar de Irina.

Durante un momento, sólo sentí el roce de sus espantosos dedos en la cara: sudorosos y nauseabundos, acalorados como en unas fiebres, pero eran unas fiebres en el cuerpo de otra persona, y no entraron en el mío. El demonio se apartó de mí crepitando con otro gemido y con las yemas de los dedos de nuevo frías y apagadas. Se me quedó mirando con la boca abierta en un gesto de ira, con el baile de las llamas del infierno en su interior como si fuera un horno muy profundo. Irina me puso la mano en el hombro.

—A mí y a los míos —dijo lentamente—. Debes dejarnos en paz a mí y a

los míos, Chernobog. Diste tu palabra, y no he recibido nada más de ti.

El demonio la miraba fijamente cuando se abrió la puerta de la habitación. Una doncella fregona se asomó con timidez, como si hubiera oído mi grito y hubiese venido a ver qué pasaba. Vio al demonio y se quedó boquiabierta. El horror también la dejó paralizada a ella, como a un animalillo. El demonio se dio la vuelta, la vio y se abalanzó hacia ella. Se detuvo por un instante, cauteloso, y extendió tan sólo un dedo para acariciar la suave piel de aquella mejilla tan joven cuando la muchacha volvió la cara para apartarla, aterrorizada, y levantó las manos para protegerse.

Me tapé la boca y estuve a punto de gritar de nuevo, pero Irina, a mi lado, ni siquiera se movió. Permaneció inmóvil, erguida y orgullosa, mirando al demonio en el otro extremo de la alcoba con aquellos ojos claros y fríos, y no hubo rastro de sorpresa en la expresión de su rostro cuando el demonio apartó el dedo con un gruñido, se dio media vuelta y regresó hacia nosotras hecho una furia. Esta vez, sin embargo, no se le veía tan descontrolado como para volver a intentar ponernos las manos encima, por mucho que lo deseara: se detuvo y dio un violento pisotón en el suelo.

—*¡No!* —chilló—. *¡No! ¡Prometí que sólo estaría a salvo tú y los tuyos!*

—Sí —respondió Irina—. Y ella también es mía. Todos ellos son míos, son mi pueblo, hasta el último ser de Lithvas, y no volverás a tocar a ninguno de ellos.

El demonio se mantuvo allí de pie mirándola, con un agitado vaivén de los hombros, la llama ardiendo baja en las cuencas de los ojos y los dientes como carbones apagados. Los rechinó y soltó:

—*¡Embustera! ¡Tramposa! ¡Me has negado mi banquete! ¡Me has robado el trono! Pero esto no será mi final. Hallaré un nuevo reino, encontraré un nuevo hogar, ¡daré con la forma de volver a alimentarme!*

Se estremeció de arriba abajo, y la llama retrocedió a su interior. La piel volvió a cerrarse sobre su carne, y el rostro del zar se desplegó como un sudario que cubrió el horror de debajo. Hasta sus bonitos ropajes cobraron

forma en seda, terciopelo y encaje. Me tapé la cara para no mirar y me acurruqué contra el sofá mientras él se daba la vuelta hacia la puerta, hasta que Irina me soltó el hombro.

—Él también es mío, Chernobog —le espetó con dureza—. A él también debes dejarlo en paz.

Alcé la mirada llena de horror: Irina se había interpuesto en su camino. El demonio se detuvo y la fulminó con el resplandor rojo que aún brillaba en las pupilas del zar.

—*¡No!* —dijo de sopetón—. *¡No lo haré! ¡Él me fue entregado en una promesa, por un acuerdo justo, y no tengo ninguna necesidad de entregártelo!*

—Pero eso ya lo hiciste, cuando le obligaste a casarse conmigo. El derecho de una esposa antecede al de una madre —dijo Irina, que se quitó el anillo de plata del dedo, extendió el brazo y le cogió la mano.

Él trató de retirarla, pero ella la sostuvo con fuerza y rápidamente le puso el anillo en el dedo hasta los nudillos.

El demonio se miró el dedo con una furia rojiza que le contorsionaba el rostro, y la boca abierta en el gesto de otro alarido que no llegó a surgir; todo su cuerpo se dobló con la curvatura de un arco tenso. Tenía un resplandor luminoso en las profundidades del vientre, un fulgor que comenzó a ascender: el brillo de una luz rojiza que se anunciaba como una vela que se acerca a un recodo en la oscuridad, y que luce cada vez más intensa. De pronto, el zar se sacudió hacia delante y arrojó por la garganta un enorme carbón de fuego que fue a caer sobre la alfombra ante la chimenea. El bulto prendió en un nudo de llamaradas naranjas que se rizaban y humeaban, que nos bufaba furioso, nos escupía y crepitaba cargado de ira, unas fauces rojas abiertas en un rugido.

Medio acurrucada contra la pared, incluso, y con los ojos aún muy abiertos en un gesto de alarma, la fregona se lanzó de forma instintiva a por el cubo de hierro con arena, cenizas y carbonilla que había junto a la chimenea. Lo vertió

directo sobre las llamas, las sofocó, y lo cubrió todo con el balde con un golpe metálico. Allí lo dejó antes de retroceder a toda prisa.

Unas finas volutas de humo se filtraron por debajo, y en la alfombra se quemó un anillo negro que oscureció el contorno del cubo, pero no fue más allá. Instantes después, hasta dejó de salir humo. La fregona lo miraba sin un parpadeo, con la respiración agitada, y luego me miró a mí con los ojos muy abiertos, sorprendida, y se llevó la mano a la mejilla, donde aún tenía una pequeña mancha negruzca. De todas formas, tenía las manos llenas de hollín, y en cuanto se tocó la piel, fue imposible distinguir unas manchas de las otras.

A mí me temblaba todo el cuerpo. No pude apartar la mirada del balde durante un largo rato, aterrorizada. Sólo después de que desapareciese la última voluta de humo, por fin me sacudí y me di la vuelta para mirar a mi niña, mi zarina. El zar sostenía las manos de Irina contra su propio pecho, y la plata pálida del anillo en el dedo brillaba como las lágrimas que le rodaban por las mejillas en unas líneas plateadas. La miraba con un brillo verde esmeralda en los ojos, como si ella fuese lo más bello del mundo.

Capítulo 25

Sergey y yo regresamos a Pavys tres semanas más tarde, cuando papá Mandelstam se encontró mucho mejor, y entre Stepon y él pudieron cuidar de los frutales mientras nosotros estábamos fuera. De todas formas, todos ellos estaban creciendo muy bien. Sergey había regresado en dirección al camino y había conseguido que aquel granjero del cobertizo con flores viniera y le ayudase a desbrozar algunas tierras y a talar algunos árboles a cambio de una parte de la madera. Nos llevamos aquella madera a Vysnia, la vendimos en el mercado y compramos los plantones de los frutales: manzanos, ciruelos y cerezos ácidos. Todos ellos estaban en flor.

Mientras papá Mandelstam se recuperaba, escribió muchas cartas para que nos las llevásemos: una para cada persona que aún tuviese una deuda con él. «Hemos sido afortunados —decía—, así que ahora seremos generosos. Ha sido un invierno muy duro para todo el mundo.» Yo creo que también pensaba que, si llegábamos al pueblo con aquellas cartas, todos tendrían más ganas de alegrarse que de colgarnos. Nos llevamos también la carta del zar, pero claro, el zar estaba lejos. No tuvimos que preocuparnos por que vinieran a por nosotros, porque ya nadie perdía el tiempo persiguiéndonos: ahora que ya comenzaba a acercarse el verano, todos tendrían que hacer todo el trabajo que habrían hecho durante la primavera, y con muchas prisas.

Pero aun así nos sorprendimos al llegar al pueblo. Panova Lyudmila estaba delante de su casa, barriendo el patio, y nos dijo a voces:

—¡Hola, viajeros! ¿Necesitáis algo de comer para el camino?

Nosotros la miramos, y ella vio entonces quiénes éramos. Chilló, levantó los brazos, y vinieron corriendo unos hombres, que se detuvieron y se

quedaron mirándonos.

—¡No estáis muertos! —exclamó uno de ellos como si pensara que debíamos estarlo.

—No —confirmé—, no estamos muertos, y el zar nos ha perdonado.

Saqué la carta, la abrí y se la mostré.

Hubo un gran revuelo durante un rato. Me alegré de que Stepon no estuviese con nosotros. Vinieron el cura y el recaudador de impuestos, que cogió la carta y la leyó en voz bien alta y resonante, y todo el mundo en el pueblo lo escuchó. El recaudador de impuestos me devolvió la carta e hizo una reverencia.

—¡Pues bien, tendremos que brindar todos por vuestra buena fortuna! —dijo.

Sacaron mesas y sillas de la posada y de la casa de panova Lyudmila, krupnik y sidra, y todo el mundo se tomó un trago a nuestra salud. Kajus no vino, ni tampoco su hijo.

Me tuvo perpleja todo el tiempo el motivo por el que pensaban que estábamos muertos, pero no quise preguntar. Lo que hice fue sacar las cartas y se las entregué a todos los que estaban allí, y las cartas de los que no estaban se las di al cura para que él se las llevase. Todo el mundo se puso entonces muy feliz, e incluso brindaron por la salud de panov Mandelstam.

Después de aquello nos marchamos a la casa de los Mandelstam y lo metimos todo en la carreta. Panova Gavelyte fue la única que no se alegró de vernos. Yo creo que tenía pensado decirle a panova Mandelstam que las cabras y las gallinas eran suyas ahora, y que la antigua dueña no las podría recuperar, pero ya había tenido noticia de la carta del zar igual que todo el mundo a esas alturas, así que, cuando llegamos Sergey y yo, se limitó a decir: «Muy bien, ésas son las suyas», y nos señaló unas cabras enfermizas.

Yo la miré a la cara y le dije:

—Debería darte vergüenza.

Y entonces fui y cogí todas las cabras que nos correspondían, las nuestras y las de los Mandelstam, y las atamos detrás de la carreta. También fui y cogí

todas las gallinas y las metí en una jaula. Nos llevamos los muebles y las cosas de las estanterías y lo empaquetamos todo con cuidado, y el libro de cuentas lo pusimos debajo del asiento de la carreta bien cubierto con una manta.

Ya habíamos terminado y podíamos regresar, pero Sergey se quedó sentado en silencio en la carreta y no arreó los caballos. Lo miré, y él me dijo:

—¿Crees que lo habrá enterrado alguien?

No le dije nada. No quería pensar en Pa, pero Sergey ya estaba pensando en él, así que yo también me puse a hacerlo. Y no dejaba de pensar en él allí tirado, en el suelo de la casa, sin enterrar. Y quizá Stepon empezase también a pensar en ello, de manera que Pa estaría ya siempre tirado en el suelo, incluso cuando dejara de estarlo.

—Vayamos —le dije por fin.

Llevamos la carreta a nuestra antigua casa. El centeno crecía. Estaba lleno de malas hierbas, porque ya nadie se ocupaba de él, pero aun así estaba verde y alto. Detuvimos la carreta en el campo para que las cabras y los caballos pudieran comer algo, y fuimos hasta el árbol blanco. Pusimos juntos las manos en él. Estaba callado. Ma ya no estaba allí, y el árbol que teníamos cerca de la casa tampoco nos hablaba. Pero ya no hacía falta que Ma nos hablase desde un árbol, porque ahora teníamos a mamá Mandelstam, y ella nos hablaba en su nombre.

Había flores plateadas en las ramas del árbol. Cogimos seis de ellas y pusimos una sobre la tumba de Ma, y otra en cada una de las tumbas de los bebés. Después fuimos a la casa. Nadie había enterrado a Pa, pero aquello no estaba tan mal. Habían venido algunos animales, y sólo quedaban unos huesos y unos harapos, y tampoco olía fatal, porque la puerta se había quedado abierta. Cogimos un saco y metimos en él todos los huesos. Sergey fue a por la pala. Nos llevamos el saco al árbol blanco, cavamos una tumba y enterramos a Pa junto a las demás tumbas, las que él había cavado, y le puse una piedra encima.

No nos llevamos nada más de nuestra casa. Regresamos a la carreta y recorrimos todo el trayecto de vuelta al pueblo. Ya se estaba haciendo tarde, pero decidimos seguir nuestra ruta. Nos detendríamos a pasar la noche en el siguiente pueblo. Estaba a tres leguas, pero el camino estaba despejado, y el anochecer era muy agradable. El sol no se había puesto aún por completo. Al salir del pueblo, venía otra carreta hacia nosotros, con un solo caballo. Estaba vacía, y por eso el cochero se echó a un lado para dejarnos pasar, porque íbamos muy cargados. Cuando nos acercamos y pasamos por delante, vi que era aquel chico, Algis, el hijo de Oleg, quien llevaba las riendas. Nos detuvimos un momento y nos quedamos mirándole, y él nos miró a nosotros. No nos dijimos nada, pero entonces supimos que no le había contado a nadie dónde estábamos. Se había ido a casa sin más y no le había dicho a nadie que nos había visto siquiera. Le saludamos con un gesto de la barbilla, Sergey sacudió las riendas y continuamos nuestro camino. Nos marchamos a casa.

Las paredes de la montaña de cristal ya estaban bien seguras, pero aun así, hubo allí dentro un cierto verano y también un otoño. Muchas de las pozas del fondo se habían secado con el ataque de Chernobog, y bastantes viñedos y huertos se habían marchitado, pero dimos de comer primero a los niños y después compartimos lo que quedaba. «Se volverán a llenar cuando llegue el invierno», me había dicho el rey staryk una vez que paseamos juntos por los pasajes inferiores para ver los daños sufridos.

Habíamos enterrado a los muertos y asistido a los heridos, los tumbamos en silenciosas hileras bajo los árboles blancos: el rey extraía con sumo cuidado las virutas de hielo del propio manantial del arroyo y se las ponía sobre las heridas, colocaba las manos a ambos lados y, con paciencia, lograba que creciesen y se fundieran con el cuerpo. Varias de las grandes cavernas se habían cerrado como unas tortugas que se retiran al interior de sus caparzones, y había que reabrir las. En los campos, allá abajo, cortamos las

viñas y los árboles muertos y sacamos unos esquejes de los que habían sobrevivido, para preparar una nueva plantación.

Al menos, ahora sí era capaz de orientarme por allí. O bien le había cogido el truco sin darme cuenta, o la propia montaña se estaba mostrando agradecida conmigo, porque cuando buscaba alguna habitación o una caverna, las puertas y los pasadizos correctos se abrían con suavidad ante mí. Y, entre todo aquel trabajo, encontré más que de sobra para hacerme un hueco.

Los staryk no sabían nada sobre llevar las cuentas: supongo que era algo que cabía esperar de una gente que no se endeudaba y que estaba acostumbrada a extraviar cámaras enteras que luego había que salir a buscar, como aquel a quien se le escapa el gato.

Sin embargo, con la confusión generalizada que había, necesitábamos algo mejor. Tuve que requisar pluma y papel a sus poetas sólo para disponer de algo con lo que tener controlados los campos, las pozas, para conocer el estado en que se encontraban y cuánto esperábamos tener, para que nos durase hasta el invierno. Dividí los suministros y calculé los días para que ninguno de nosotros pasara hambre antes de llegar al final.

La cuenta de aquellos días se me hizo muy larga al principio, pero tenía ocupada cada hora. Al final, las jornadas se deslizaban a tal velocidad que me sorprendió de veras el día en que me desperté y descubrí los árboles del exterior de la montaña escarchados con las primeras nieves. Entonces supe que el camino del rey volvía a estar abierto. Echaba de menos a mis padres, suspiraba por que supieran que me encontraba bien, pero aun así me mantuve allí mirando al exterior durante un largo rato antes de hacer sonar la campanilla y llamar a los sirvientes para que me ayudasen a prepararme.

No tardé mucho. Había enseñado a Flek y a Tsop cómo llevar mis papeles en orden, y tenía los libros impolutos; mi abuelo no habría encontrado tacha ninguna. Hice un pequeño hatillo, muy pocas cosas pero que me resultaban muy queridas: unas cuantas flores de plata prensadas, un par de guantes mal cosidos que me había hecho Rebekah y el vestido que me había puesto en el

baile del solsticio de verano. No era una prenda espectacular; aquella fiesta había sido la celebración de la supervivencia, unas pocas semanas después de enterrar a los muertos, y no habíamos tenido tiempo ni fuerzas para nada grandioso. Era poco más que un vestido suelto y sencillo, pero de una fresca seda de plata que discurría como el agua entre los dedos y capturaba la luz que se filtraba a través de la montaña. Me lo puse con el pelo recogido entre flores y bailé en un círculo cogida de las manos de mis amigos, los nuevos y los de antes, los que habían trabajado conmigo. Al final vino el rey, se detuvo ante mí e hizo una reverencia, y juntos encabezamos dos filas a través de la arboleda, bailando bajo las ramas blancas que mudaban sus últimas flores hasta la llegada de la nieve.

El rey había mantenido sus promesas, por supuesto. No me había reclamado nada más, y el trineo estaba esperando abajo, en la arboleda. Respiré hondo por última vez, me di la vuelta, salí de mi habitación y descendí por la escalera estrecha. Los árboles blancos habían vuelto a florecer aquella misma mañana y estaban repletos de hojas y de flores. Aún quedaban algunos huecos en los círculos, donde algunos de ellos se habían marchitado durante el ataque de Chernobog. Aun así, en cada uno de aquellos espacios enterraron a un caballero caído con un fruto de plata sobre el pecho, y del suelo surgieron unos arbolillos finos y blancos cuando los alenté con la bendición. Allí seguirían creciendo incluso después de que yo me hubiese marchado. Me alegró pensar aquello, que los dejaría allí vivos.

Al descender lo suficiente como para ver bajo las hojas, me detuve con un escozor en los ojos: detrás del trineo formaba toda una compañía entera y reluciente de staryk montados a lomos de unos ciervos de afiladas cornamentas. Los caballeros y los nobles llevaban halcones blancos posados en unos guanteletes enjoyados, y unos perros blancos de caza se arremolinaban entre las pezuñas de sus monturas; la plata y las piedras preciosas centelleaban sobre el cuero pálido que lucían: a muchos de ellos los había visto en las puertas de la montaña, o los había ayudado o atendido bajo los

árboles. No estaban solos: allí estaban, incluso, algunos campesinos, con un aspecto de entusiasmo y de temor a un tiempo, claramente incómodos por dirigirse al mundo iluminado por el sol, pero aun así se acercaban a despedirme con sus mejores galas y con plata enhebrada en el cabello. En la primera fila, justo detrás del trineo, estaban Flek, Tsop y Shofer, con Rebekah allí sentada, nerviosa y con los ojos muy abiertos delante de su madre, los largos dedos enredados en las riendas trenzadas.

Toda la belleza y el peligro de una noche de invierno había cobrado forma viviente. Cuando bajé y el rey staryk me tendió la mano y me ayudó a subir al trineo, permanecí de pie un instante más, aferrada a él para no perder el equilibrio, mirándolos primero a todos, y por fin a él, para tener una imagen que guardar en el corazón cuando las puertas del reino del invierno se hubiesen cerrado a mi espalda.

Me senté y pestañeeé para enjugarme las lágrimas, él se sentó a mi lado, y el trineo arrancó de un salto sobre la nieve. Salimos de la montaña casi de inmediato, y los árboles blancos se desplegaron a ambos lados del camino reluciente que se abría ante nosotros, con las gotas de unos carámbanos de plata suspendidas en lo alto. Volábamos por el sendero, con la ventisca en la cara, seguidos de la gran partida de staryk que se había congregado a nuestra espalda y tocaba unos cuernos que sonaban un tanto agudos, con la claridad del canto de un pájaro invernal. La gente de Lithvas no tendría ya que temer aquella música nunca más. Los staryk no volverían a mezclarse con ellos sino como un susurro bajo los árboles nevados, un susurro que ellos apenas recordarían. Quizá algún día yo tuviera una hija, y cuando oyese aquel sonido nostálgico por la ventana en una noche de invierno, le contaría historias sobre una montaña de cristal brillante, sobre la gente que vivía en ella y sobre cómo me enfrenté a un demonio junto a su rey.

Me fijé en él, allí sentado junto a mí. En los últimos meses se había puesto con más frecuencia una ropa tan basta como la de cualquier peón —aunque siguiera siendo del blanco más puro— mientras trabajaba para reabrir las

cámaras y los túneles más profundos que se habían derrumbado y sanaba las heridas de la montaña igual que sanaba a los suyos. Pero hoy lucía tan espléndido como el resto de los staryk y se sentaba orgulloso y resplandeciente con la mano aferrada a la barandilla del trineo. No se contuvo lo más mínimo; el viaje se acabó enseguida. Me dio la sensación de que apenas nos habíamos marchado cuando sentí en la cara un viento fresco y brioso con olor a pino y vi que los árboles blancos se abrían para dar paso a un bosquecillo donde destacaba un solo árbol, todavía joven, pero muy bello y cargado de hojas de un tono blanco pálido, detrás de una entrada de madera, con una cabaña cubierta por un leve manto de nieve a su espalda.

No pude evitar una sonrisa en cuanto la vi: habían hecho muchos avances en la casita. Se me humedecieron los ojos y se emborronaron las finas líneas de luz dorada que asomaban por las rendijas de las ventanas y la puerta. Unas agradables volutas de humo se elevaban de tres chimeneas, sendos hogares en las habitaciones a cada lado, y el cobertizo estaba ahora unido al lateral de un establo en condiciones. Vi un gallinero grande, cajones para el grano; unas cuantas cabras que se paseaban por el patio. Justo detrás de la casa había un huerto con hileras de árboles frutales, y de un poste junto a la puerta colgaba un farol que arrojaba luz sobre un acogedor sendero de piedras bien barridas que llegaba hasta la misma entrada de la valla.

El trineo se detuvo ante aquella puerta, justo al lado del árbol. El rey se bajó y me ofreció la mano para ayudarme. La partida de los staryk seguía congregada detrás de nosotros, pero Flek, Tsop y Shofer habían desmontado, y otro staryk sujetaba las riendas de sus monturas. Todos se inclinaron ante mí. Respiré hondo, me acerqué a cada uno de ellos y los besé en la mejilla. Alcé la mano, me quité el collar de oro que llevaba y se lo puse a Rebekah en el cuello. Lo sostuvo sobre la palma, levantó la mirada hacia mí y me dijo con una voz suave y vacilante: «Gracias, Dadivosa». Flek dio un pequeño respingo como si se sintiera insegura y alarmada, pero me incliné sobre su hija, la besé

en la frente y le respondí: «De nada, mi copo de nieve». Me di la vuelta, me acerqué a la puerta de la valla y apoyé la mano en ella.

Se abrió nada más tocarla, y una de las cabras, que había estado rebuscando bajo la poca nieve que había en los postes, se sorprendió, se quejó con un balido y echó a correr hacia el establo, quizá descontenta con que una misteriosa desconocida hubiese salido de la nada para irrumpir en su tan acogedor patio. La puerta de la casa se abrió de golpe, y allí estaba mi madre, con un chal agarrado sobre los hombros y una expresión esperanzada en la cara, como si hubiera estado aguardando allí mismo. Soltó un grito, echó a correr hacia mí y dejó caer el chal, que voló rojo sobre la nieve a su espalda. Corrí también hacia ella y me dejé caer en sus brazos riendo y llorando, tan contenta que se disiparon todos los lamentos. Mi padre estaba justo detrás de ella, y acto seguido salieron en tropel Wanda, Sergey y Stepon. Me rodearon entre todos: mis padres, mi hermana, mis hermanos, y había incluso un perro pastor lanudo que daba saltos de emoción a nuestro alrededor e intentaba darnos lametones a todos al mismo tiempo. Plantó las patas en el suelo, ladró ruidoso un par de veces, dio un aullido y corrió de nuevo a los pies de Sergey, desde donde se nos quedó mirando.

Me di la vuelta: no se había desvanecido aún aquella partida reluciente de staryk. El rey había entrado en el patio siguiendo mis pasos, allí de pie como el cuento de hadas de un invierno, en parte irreal bajo la luz cálida de los faroles, que sólo era posible gracias al brillo frío y azulado de la nieve a su espalda. Mis padres se aferraron un poco más a mí y lo miraron recelosos, pero yo tenía su palabra, y no sentía ningún miedo. Tragué saliva, me obligué a llevar la cabeza alta y le sonreí.

—¿Me permitiréis daros las gracias, esta vez, por traerme a casa?

Me hizo un gesto negativo con la cabeza y dijo:

—Señora, no sería digno de mí el obligaros con semejante truco.

Se dio la vuelta, hizo un gesto, y Flek, Tsop y Shofer entraron en el patio, cada uno con un cofre, y Rebekah los siguió con una cajita en las manos.

Dejaron los cofres en el suelo y los abrieron: dos estaban llenos de plata, uno de oro, y la cajita rebosaba de piedras preciosas transparentes. El staryk se volvió hacia mis padres y, mientras ellos le miraban, les dijo:

—Tenéis en vuestra casa una hija casadera cuya mano pretendo. Soy el señor del bosque blanco y la montaña de cristal, y he venido hasta aquí con mi pueblo reunido como testigo para declararos mis intenciones. Traigo estos obsequios para vuestra casa como prueba de mi valía, con el fin de solicitaros vuestro consentimiento para poder cortejarla.

Mis padres me miraron alarmados. Me veía incapaz de decir nada. Estaba demasiado ocupada lanzándole una mirada fulminante: seis meses, y no me había dirigido una sola palabra, porque ahora estaba decidido a hacerlo todo siguiendo cualesquiera que fuesen las disparatadas normas que sin duda regían el cortejo formal de una dama por parte de un rey staryk. Me imaginé que aquello incluiría matar a algún dragón, alguna cruzada inmortal y, quizá, una guerra o dos. No, gracias.

—Si de verdad queréis cortejarme —le dije—, tendréis que hacerlo siguiendo las normas de mi familia, y tendréis que desposarme de la misma manera. ¡No perdáis el tiempo!

Hizo una pausa y me miró, y en sus ojos prendió de repente una luz. Dio un paso hacia mí, me tendió la mano y me dijo con urgencia:

—¿Y si lo hago? Sean cuales sean, me aventuraré con ellas, si me dais alguna esperanza.

—Ah, lo haréis —le contesté, y me crucé de brazos, consciente de que con eso quedaba zanjada la cuestión, por supuesto.

Y no lo sentía; ni lo sentiría. No me lamentaría por ningún hombre que no lo hiciera de ese modo, y daba lo mismo qué más fuese él o qué otras cosas me ofreciese: se trataba de algo que había llevado dentro de mi corazón durante toda mi vida, una promesa entre mi pueblo y yo, la promesa de que mis hijos seguirían siendo hijos de Israel vivieran donde viviesen, por mucho que en algún rincón escondido de mi mente hubiera podido pensar una o dos veces —

tan sólo por un instante— que sería de algún valor tener un marido que preferiría rebanarse el cuello antes que mentirte o engañarte. Pero no si él no te valoraba a ti por lo menos tanto como a su orgullo. No me pondría yo un precio tan bajo, no me casaría con un hombre que me amase menos que a todo lo demás que tuviese, aunque lo que tuviera fuese un reino del invierno.

Todo eso le dije, sin pesar ninguno, y, cuando terminé, el rey guardó silencio unos momentos, mirándome.

Y entonces dijo mi madre:

—¡Y un camino para que venga a casa siempre que ella quiera visitar a su familia!

La miré fijamente: me estaba apretando la mano con fuerza mientras atravesaba al staryk con una mirada furibunda.

El rey se volvió hacia ella y le dijo:

—Mi camino sólo se abre en invierno, pero mientras esté abierto, la traeré cuando dicte su voluntad. ¿Os contenta eso?

—¡Siempre que el invierno no se esfume en el aire cada vez que no queráis que venga! —replicó mi madre, cortante.

De pronto me dieron ganas de echarme a llorar, de aferrarme a ella, y al mismo tiempo me sentía tan feliz que me podría haber puesto a cantar a gritos. Y cuando el rey me volvió a mirar, alargué el brazo hacia él y lo cogí de la mano.

Nos casamos dos semanas después: tan sólo una pequeña boda en aquella casita, pero vinieron mis abuelos desde Vysnia con el rabino en el carruaje del mismísimo duque, y con ellos trajeron un regalo: un espejo alto de plata con un marco dorado que alguien había enviado desde Koron. Mi marido me tomó las manos bajo el palio, bebió el vino conmigo y rompió la copa.

Y en el contrato nupcial, delante de mí y de mis padres, del rabino, de Wanda y de Sergey como testigos, firmó con su nombre en tinta de plata.

Pero eso es algo que jamás te contaré.

Notas

1. En hebreo, «Rebekah, hija de Flek». (*N. del t.*)

Un mundo helado
Naomi Novik

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Spinning Silver*

© del diseño de la portada, Cover Kitchen

© Temeraire LLC, 2018

Publicado de acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC

© de la traducción, Julio Hermoso, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21568-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta